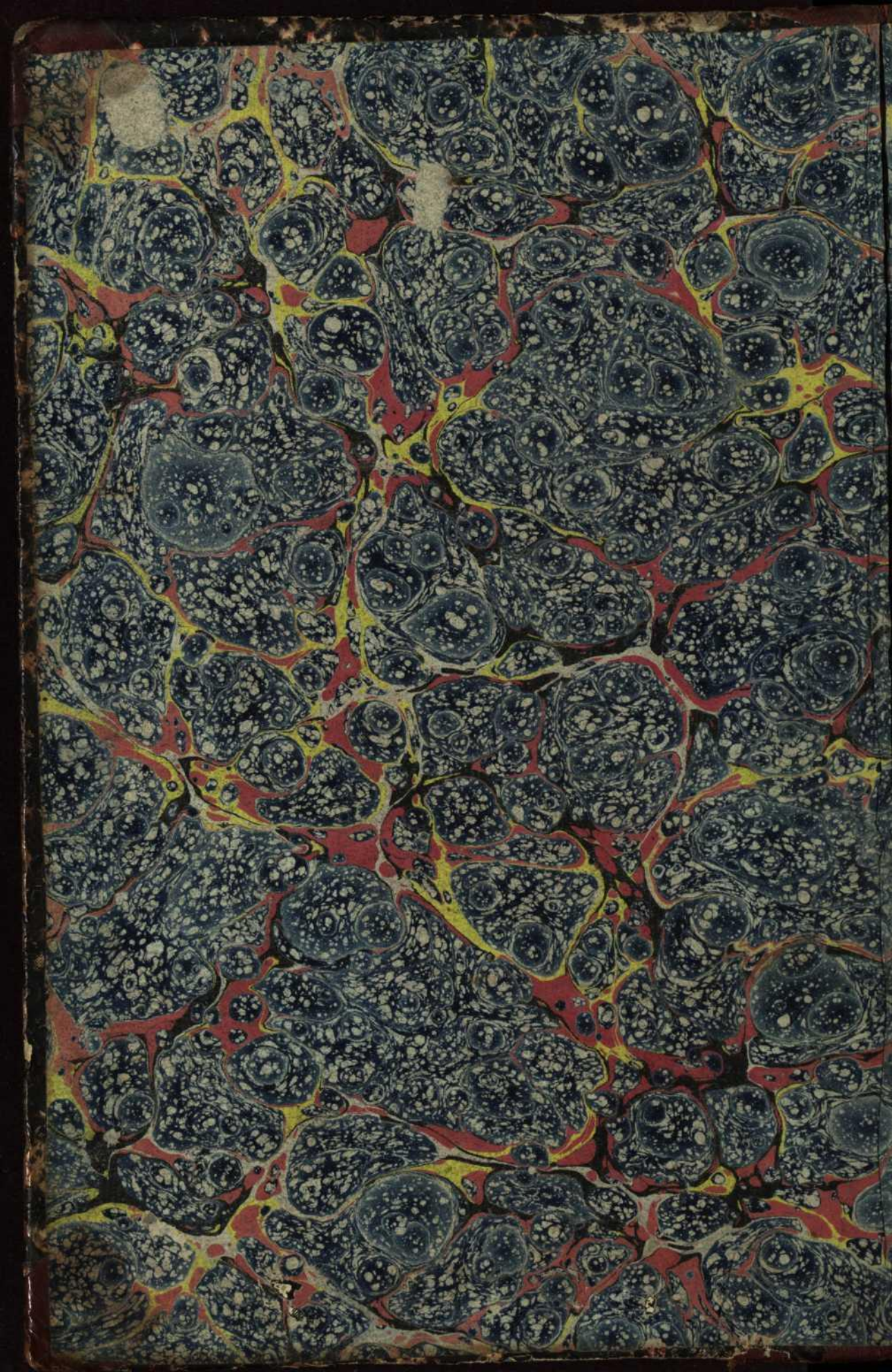
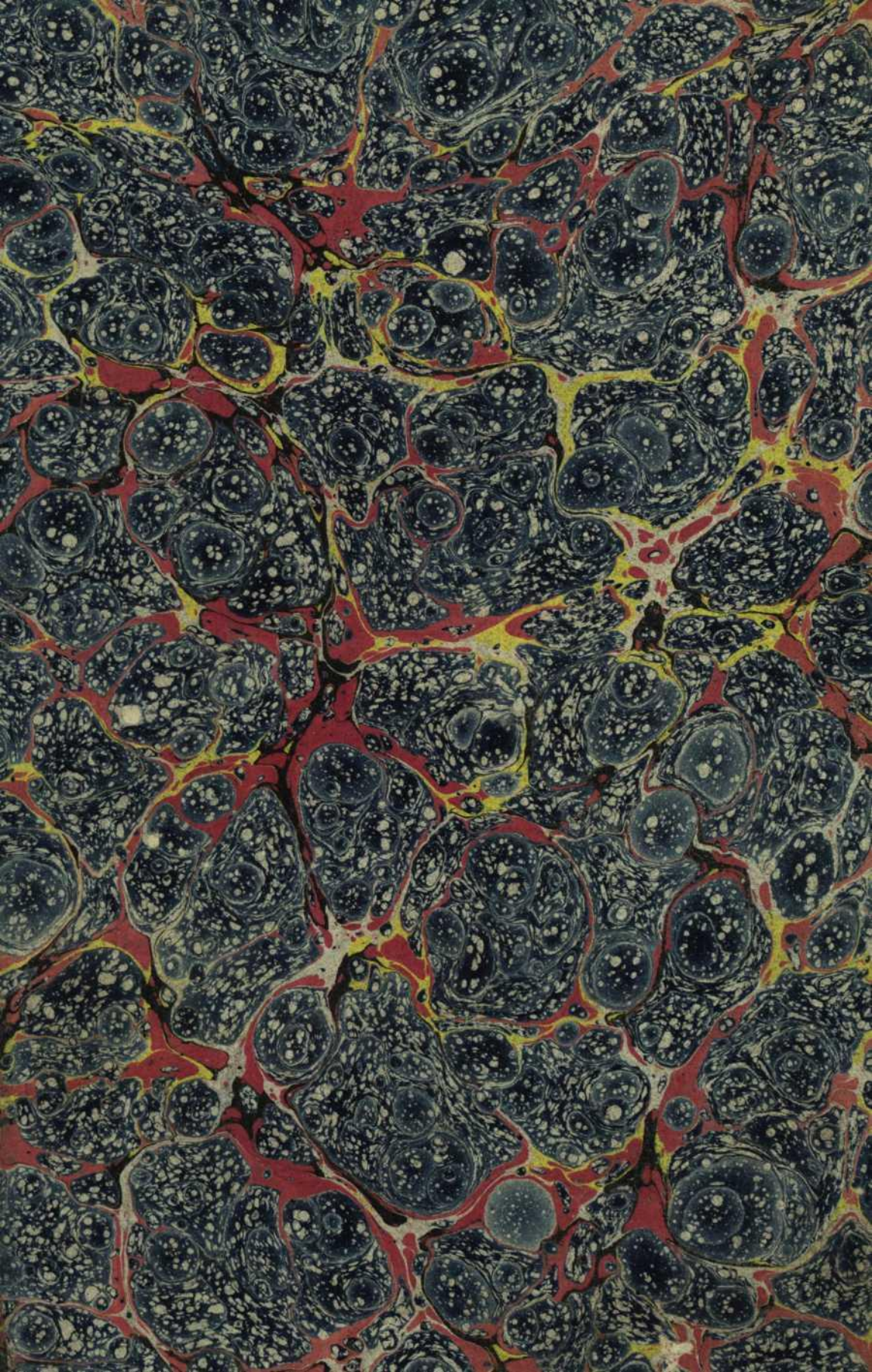




DIPUTACION PROVINCIAL DE MALAGA
MICROFILMADO
FECHA
14-5-97
CENTRO DE MICROFILMACION
1.142

REVISTA

PINTORESCA

DEL

Avisador Malagueño.

I

I


REVISTA
PINTORESCA
AÑO DE
1841

414p-14

REVISTA SEMANAL PINTORESCA

DEL

AVISADOR MALAGUEÑO.

Coleccion de lecturas

de literatura, historia, ciencias, viajes, novelas y anécdotas.

AÑO 1847.



MALAGA

Imprenta de Martinez de Aguilar, Editor.

Calle del Marques, n.º 10 y 12.

1847.

REVISTA SEMANAL

PINTORESCA

DE

SALVADOR MADRIGUERA

Coleccion de lecturas

de literatura, historia, ciencias, viajes, novelas
y anécdotas.

AÑO 1847.

REVISTA PINTORESCA
DEL
AVISADOR MALAGUEÑO.

Estudios históricos.

LA CORONA Y EL HACHA.



CAPÍTULO I.

LA CORONA.

Entre las jóvenes de la primera nobleza de la Gran Bretaña que acompañaron á Francia á la princesa María, hermana de Enrique VIII de Inglaterra, para desposarse con un Rey anciano que podia ser su abuelo, se hallaba Ana Boleyn, ó Bolena, que despues fue Reyna de Inglaterra. Su historia es curiosa, y digna siempre de llamar la atencion.

Ana Boleyn era hija de Sir Tomas Boleyn, á quien Enrique habia confiado mas de una mision diplomática. Hallábase emparentado con la primera nobleza del reyno. Su madre

era hija del conde de Ormond; su abuelo Sir Geoffroy Boleyn, se habia casado, siendo maire de Lóndres, con una de las hijas de lord Hasting, y lady Boleyn, madre de Ana, era hija del duque de Norfolk. Ana era muy jóven cuando pasó á Francia, acompañando, como hemos dicho á la princesa Maria. Sábese que habiendo enviudado esta princesa á los tres meses de casada, contrajo segundas nupcias con el duque de Suffolk; y Ana, cuya hermosura debia apreciarse en lo que valia en la corte de Francisco I, pasó al servicio de la Reyna Claudia hija de Luis XII y esposa de Francisco. Pero en breve tuvo Claudia la dicha de morir, y Ana, á quien un fatal destino la llamaba á su patria volvió á ella, despues de haber estado algun tiempo mas al servicio de la duquesa de Alenzon, princesa de un mérito poco comun.

Ignórase en que época volvió Ana á Inglaterra, pues son varios los pareceres; pero de cualquier modo, el dia de su regreso fue un dia muy funesto para Catalina de Aragon. Admitida Ana Boleyn en el número de las damas de honor de la Reyna, en breve se vió obsequiada y distinguida por el tirano, cuyo amor no daba mas que el deshonor ó la muerte. Ambas debian ser víctimas á la vez, la una de su preferencia, la otra de su abandono.

Entonces fue cuando Enrique concibió escrúpulos de la legitimidad de una union contraida hacia veinte años. Catalina de Aragon se habia desposado antes que con él con Arturo, príncipe de Gales y hermano mayor de Enrique. Arturo murió de edad de diez y siete años; pero Catalina y él se habian arrodillado delante de un mismo sacerdote, y habian pronunciado el *sí*, á presencia de un crucifijo. Despues cuando razones de estado hicieron que los dos cuñados se casasen, ningun remordimiento asaltó al nuevo príncipe de Gales.

Pero en la época á que nos referimos su conciencia tanto tiempo dormida, empezó á martirizarle, presentándosele bajo la forma de una jóven, radiante de hermosura, de ingenio, y de gracias. Los modales de Ana tenian un encanto particular al lado de las mugeres inglesas; modales que habia adquirido en la corte mas cortés y galante de Europa. Amóla Enrique no solo con amor, sino con delirio..... y este delirio era espantoso como el rugido del tigre cuando llama á su compañera.

Ana no queria ser la querida del Rey; creia y con razon, que mientras mas elevada es la deshonra, mas bien se ve desde lejos.

—Soy de familia bastante noble, dijo á Enrique, para aspirar á ser vuestra esposa. Si es cierto, como decis, que vuestro matrimonio es nulo, haced que se pronuncie el divorcio, y me entrego á vos.

Desde entonces quedó decretada la desgracia de la infeliz muger que ya no era amada. Enrique ordenó al cardenal Wolsey, que era su favorito y su primer ministro, escribiese á Roma á fin de obtener del Papa declarase nulo su matrimonio con Catalina de Aragon.

El momento parecia favorable. Ocupaba entonces la silla pontificia Clemente VII, quien si bien eludió por largo tiempo dar una respuesta decisiva temiendo á Cárlos V, de cuyo monarca casi se conceptuaba prisionero, y que en su cualidad de sobrino de Catalina debia protegerla al menos por el bien parecer, ostigado al fin por el Rey de Francia, que en esta ocasion se unió al de Inglaterra, por el odio que profesaba al de España, el Santo Padre, aunque prisionero del Emperador, concedió á Enrique lo que solicitaba; es decir, reconoció que Julio II, no habia tenido poder para expedir la bula en que se permitia el matrimonio de Catalina y Enrique. Debe tenerse presente que la situacion de Clemente VII era bastante triste, y debia influir mucho en la ambigüidad de su conducta.

Entretanto, decíase que Ana Boleyn se habia casado en secreto con el Rey. Dábalo á creer la actividad que desplegaba para que el cardenal Wolsey y su secretario Esteban Gardines no dejasen de la mano aquella obra. Como una prueba de ello y del espíritu y carácter de Ana, publicamos á continuacion una carta que escribió al cardenal el 12 de Mayo de 1528 en cuya época se hallaba en el campo con el Rey, á donde ambos se habian retirado huyendo de la peste que reynaba en Lóndres.

«Milord:

«Os ruego humildemente me disimuleis la libertad que me tomo de interrumpir vuestros importantes trabajos, al dirigiros esta carta escrita sin meditacion y sin arte. Pero es preciso que os manifieste la alegria que siento al veros bueno y sano en medio de tantos males. Solo pido á Dios os conserve en tal estado, pues solo asi podré pagaros

lo que os debo; pues estoy convencida, milord, de las buenas intenciones que abrigais respecto á mi, y de que habeis tomado tan á pecho la defensa de mis intereses que no os dejan descansar ni de dia ni de noche. El modo de corresponder á vuestras bondades, milord, es el de profesaros una particular amistad; y estad seguro que *despues del Rey*, sois la persona á quien mas amo..... Por lo demas, milord, aguardo con la mayor ansiedad la llegada del legado, pues estoy persuadida que me será en estremo ventajosa, siendo vos el que le hace venir. Conozco vuestras intenciones acerca de este particular. Sé que estais tan impaciente como yo, y que vuestra impaciencia no cesará hasta que nuestros asuntos tengan un resultado feliz. Entretanto debemos someternos, y confiar siempre en la bondad de Dios.

«Soy, milord, vuestra apasionada, humilde y obediente servidora.

«ANA BOLEYN.»

Al pie de la carta habia añadido el Rey de su propia mano:

«La que os escribe estas líneas no me ha dejado un momento de sosiego hasta añadir á ellas estas breves palabras. Mas por cortas que sean, os ruego que las conceptueis como una prueba de mi amistad, y de la satisfaccion que siento al saber que la peste os ha respetado..... *Nosotros* estamos bastante disgustados por no saber cuando llegará el legado. Pero confio en vuestros buenos oficios y cuidados y en la bondad del cielo. Es cuanto tengo por ahora que deciros. Solo una cosa tengo que añadir, y es el que seais tan feliz como lo desea el que escribe estas líneas, que es vuestro Rey y buen amigo.

«HENRY.»

Aunque el Rey se habia alejado de Lóndres temiendo al contagio, no habia dado ninguna órden para que la Reyna Catalina hiciese lo mismo á fin de librarse de aquel azote. Parece positivo que semejante conducta era producto del infernal pensamiento que habia asaltado á Enrique de que acaso la muerte le libraria de una esposa á la que ya no amaba.

Pero no sucedió asi; y por el contrario, en el momento en que iba á expedirse el breve aconteció el saqueo de Roma .... Prisionero el Papa durante un año en el castillo de San Angelo, y puesto en libertad por Cárlos V, no podia pronunciar el deshonor de la tia de éste, cuyos clamores aturdian toda la Europa. Finalmente, para no chocar con ninguna clase de intereses, nombró legado suyo en Lóndres, á fin de que se informase sobre el asunto, al cardenal Campeggio, mandándole que se dirigiese á su destino, con toda la lentitud que le fuese dable emplear..... El cardenal era anciano, y lleno de achaques; de modo que sin necesidad de esforzarse, observó tan bien aquella órden que invirtió diez meses en ir de Roma á Lóndres.

Al saber Ana Boleyn que el legado se habia al fin puesto en camino para Inglaterra escribió otra carta al cardenal Wolsey, expresándole su alegria:

«Entonces será, le decia, entonces será, milord, cuando podré reconocer todo lo que haceis por mí; mientras tanto, solo tengo para vos una buena voluntad..... pero es muy grande..... y quedo rogando á Dios por vuestra prosperidad, y porque os conserve en ese alto puesto de gloria y de honor..... Es el voto, milord, de vuestra humilde y afectísima servidora

«ANA BOLEYN.

No se mostraba por cierto Catalina tan reconocida como Ana por los cuidados que se tomaba Wolsey en facilitar la anulacion de su matrimonio, pero poco le importaba esto á Wolsey que contaba con el favor del Rey, el de la querida de su Rey y el de los aduladores que siempre rodean á hombres que como Wolsey no comia mas que en bajilla de oro, pues la de plata era demasiado vulgar.

Mucho habia contribuido Wolsey á anudar los lazos de Ana con el Rey, pues en su deseo de apoderarse enteramente del poder, necesitaba que Enrique no tuviese ojos para ver ni oidos para oir. El amor, una querida, una vida de molicie y de voluptuosidad debian llenar los momentos de un tirano que jugaba con las cabezas de aquellos que mas amaba; y el ministro habia encontrado en Ana Boleyn una criatura formada de amor y para amar..... Enrique vivia bajo un yugo muy dulce..... estaba dominado por una fascinacion en la cual es preciso creer porque existe en realidad.

Pero una vez sugeto Enrique con su florida cadena, era indiferente á Wolsey que aquella fuese santificada y legítima. En su corrompido pensamiento puede que la juzga-

se mas duradera de otra suerte: mas sea de esto lo que se fuese, Wolsey recibió su comision del Papa. Campeggio llegó y ambos legados procedieron al punto á entablar el juicio. Ana salió de Lóndres solamente por el buen parecer.

Formado el tribunal, los legados citaron al Rey y á la Reyna de Inglaterra á comparecer ante ellos. Ambos lo verificaron. La Reyna despues de haber implorado en vano la clemencia de su esposo, despues de recordarle su amor, sus deberes, lo que debia al fruto de su matrimonio, manifestó que en aquel tribunal solo veia enemigos en vez de jueces, y se retiró recusándolos.

Enrique declaró que ningun motivo de descontento tenia contra ella, y que solo los *remordimientos de su conciencia* le impelian á socilitar el divorcio.

Los legados citaron de nuevo á la Reyna, y como esta no compareciese ni contestase fue declarada *contumaz*. En esta causa tan inícua se mezclaba cierto tinte de ridículo que hacia que fuese todavia mas espantosa. No obstante, acercábase á su conclusion. Ana Boleyn, que habia vuelto á Lóndres asediaba á Wolsey con todo el peso de sus encantos, y ya se sabe que era sensible á este género de seduccion. Enrique aguardaba todas las mañanas la sentencia que le habia de facultar el coronar á Ana, cuando de improviso el cardenal Campeggio, anunció que el Papa se reservaba la instruccion de aquel negocio, y que las partes quedaban avocadas á Roma al mismo tribunal de Su Santidad.

Al principio solo pudo Enrique rugir y blasfemar, respirando venganza contra el gefe de la Iglesia. No solo despreciaba sus rayos sino que se los lanzaba. Ana, al verse por un momento destronada, no pudo hacer mas que llorar, pero ¡qué poder tenian sus lágrimas!..... Ana se veia amada, amada con pasion por un hombre que debia vengar con arroyos de sangre cada lágrima de su querida!..... Entonces fue cuando tuvo lugar la escision de las dos iglesias en toda Inglaterra. ¡Cuantos desastres debian consolidar aquel rompimiento!

Ana necesitaba vengarse para calmar algun tanto los tormentos de su alma; necesitaba acusar algun ser humano, porque le era preciso una víctima: esta fue el cardenal Wolsey..... Parecíale imposible que este hombre tan poderoso, que tanto influjo tenia en el Sacro Colegio, que este hombre, cuya mano habia tocado la tiara, no lo hubiera podido hacer todo en un dia, á haber querido. Enrique no era de esos hombres á quienes es menester incitar muchas veces para que dejen de amar á una persona. Wolsey habia sido su favorito, y esto bastaba para perderle..... El amor ó la amistad de Enrique VIII eran una maldicion!

Celebraba Wolsey una fiesta en su palacio de York, (hoy palacio de White-Hall) en ese palacio que los mas grandes soberanos de Europa y de Asia no hubieran contemplado sin una envidiosa admiracion... Hallábase allí descuidado, alegre, llevando mejor la vida que le era posible, y bebiendo los vinos de Francia é Italia en copas de oro enriquecidas con diamantes y preciosos esmaltes. Mesas de un trabajo inmenso sostenian en sus tableros platos de oro macizo, guarnecidos de brillante pedrería..... Cien criados con la librea de su dueño circulaban al rededor de aquella sala suntuosamente fantástica; jóvenes hermosas con coronas de flores, quemaban perfumes y embalsamaban el aire; mientras que en una galeria superior los mas famosos músicos de Italia y de Alemania hacian oir los ecos de una música voluptuosamente encantadora.....

De improviso se presentaron dos hombres á la presencia del cardenal..... Ambos eran poderosos en el reyno, y su vista turbó al insolente ministro, porque el uno era el duque de Suffolk, cuñado del Rey, y el otro el duque de Norfolk.....

Llevaban la órden de pedirle el gran sello.

—No os lo entregaré por vuestra sola palabra, dijo Wolsey.

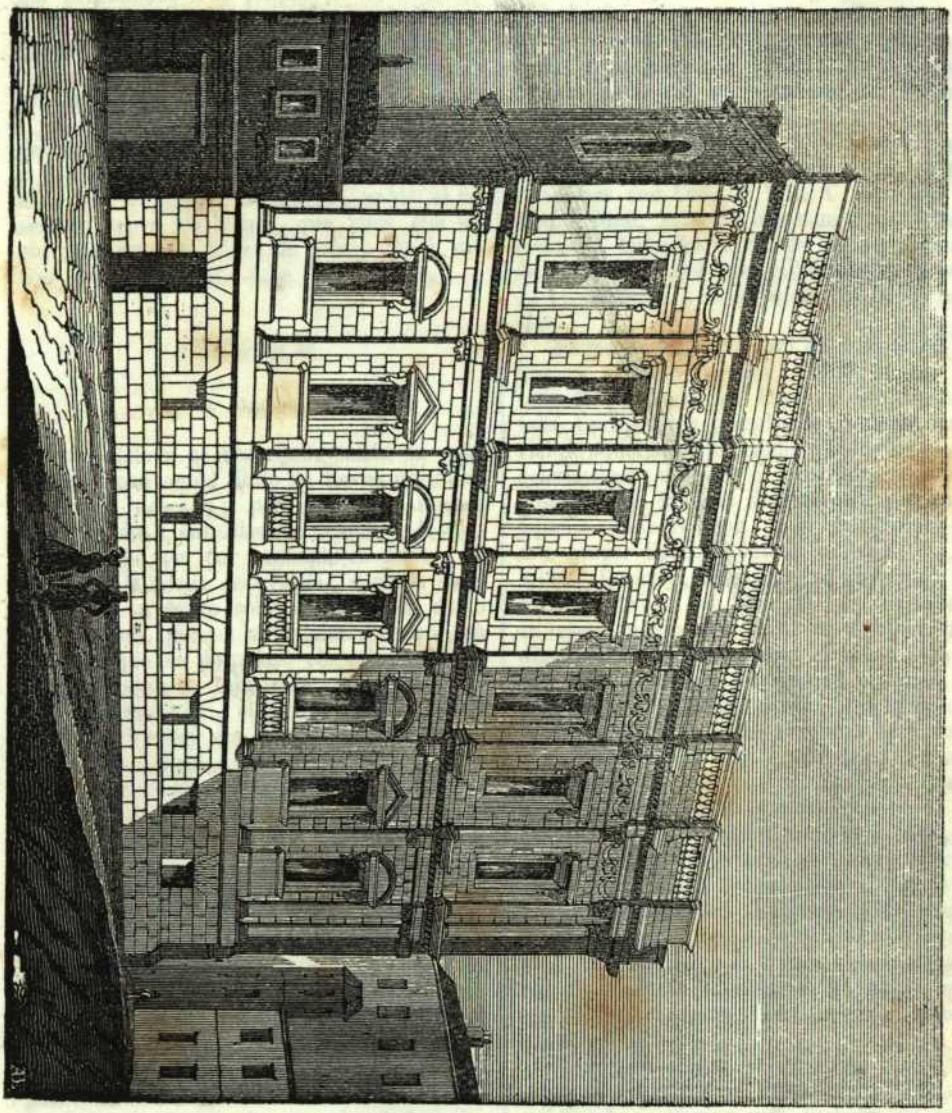
Los duques se retiraron; mas en breve volvieron con una órden firmada por el Rey, en vista de la cual Wolsey entregó el sello del Estado, que al punto pasó á poder de Tomas Moro. ... ¿No hay razon para decir que el amor de aquel Rey, que su gracia, daba siempre la muerte?.....

Despues de la desgracia de Wolsey, una sola palabra dicha por Tomas Crammer á los jesuitas de Cambridge, ilustró al Rey sobre lo que debia hacer..... Aquella palabra era el secreto de la conducta que debia guardar.....

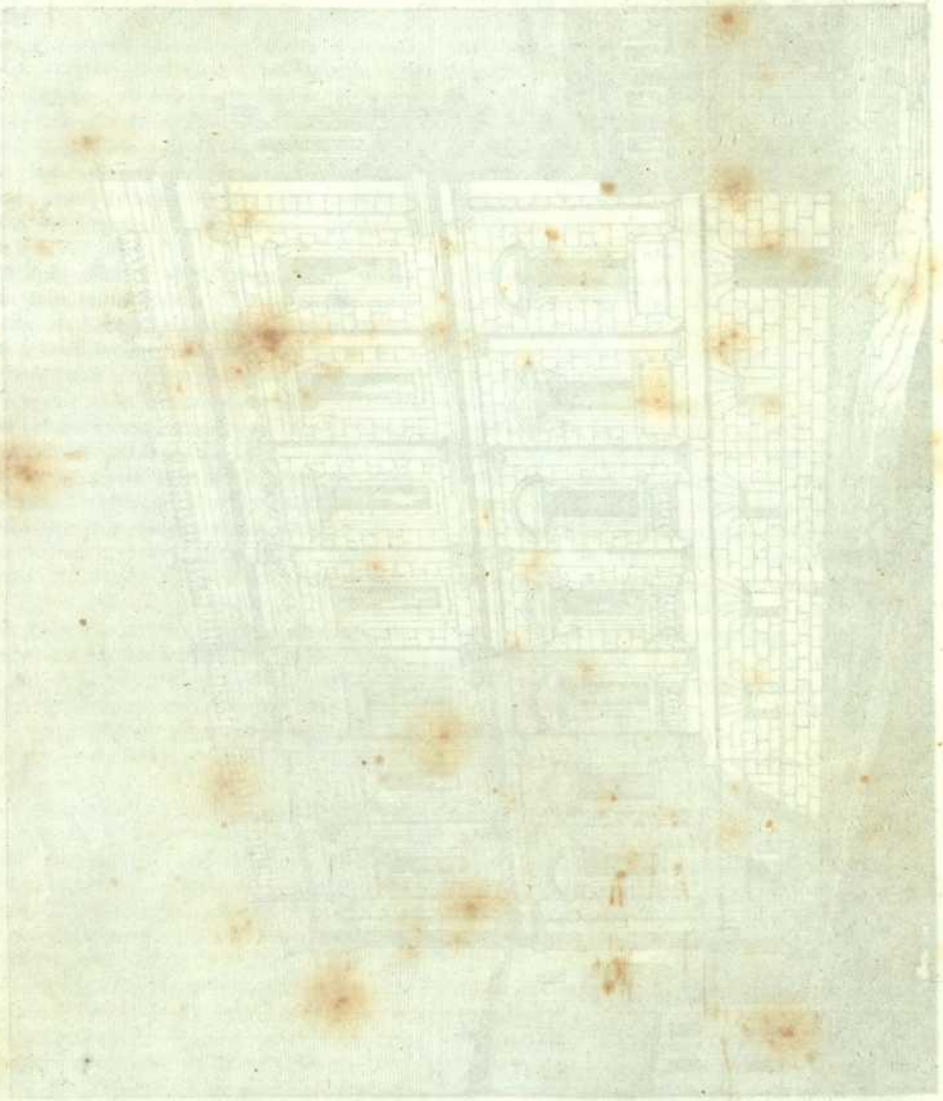
—Oh! esclamó con una grosera alegria; verdaderamente ese hombre ha cogido la *trucha por la oreja*.

Tratábase de que se pronunciasen todas

PALACIO DE WHITE-HALL.



Morada del Cardenal Wolsey.



las universidades de Europa, y llegar á los pies del Santo Padre con todas sus decisiones: así se hizo. Pero nada podia impedir lo que se preparaba. El Papa no concedió nada; y Enrique, que desde luego se habia proclamado á sí propio el defensor de la fe, renegó del poder del *Obispo de Roma,* (segun él le llamaba) hizo lo que Lutero..... y uniendo el poder espiritual al temporal se proclamó Papa de Inglaterra.

A este acto siguieron inmediatamente los del matrimonio y coronacion de Ana Boleyn. y esta muger, por cuya causa hacia cuatro años que se agitaba la Europa, se vió al fin sentada sobre un trono, que para ella no era mas que un lugar de paso, para entrar mas pronto que otra en la tumba.

CAPÍTULO II.

EL HACHA.

Ana Boleyn se regocijaba hasta la embriaguez con aquel título de Reyna que tanto habia deseado; pero en las noches que seguian á sus dias de triunfo, la turbaba mucho oir dar tambien el título de *Reyna* á la infeliz desterrada, á quien en el fondo de su retiro solo se percibia como una sombra que se lamentaba. Preciso era tambien que se despojase ella misma del título de Reyna de Inglaterra; ella!..... Catalina de Aragon!..... ella! hija, muger y hermana de Reyes; era preciso que cediese su lugar y su rango á una jóven coqueta y frívola..... Vencido por las lágrimas de Ana Boleyn, Enrique envió á lord Montjoie al retiro en que vivia Catalina desterrada, para intimarla que en lo sucesivo se titulase solo princesa viuda de Gales, y no usase mas el título de Magestad, asi como que se despojase enteramente de todas las prerogativas que pudiera darle el rango de Reyna.

—Yo soy siempre Reyna de Inglaterra, contestó con altivez á lord Montjoie: y solo dos cosas me lo podrán impedir..... La sentencia de mi divorcio pronunciada por el Papa..... ó la muerte.....

Por este tiempo fue cuando el Papa declaró que Enrique habia incurrido en la pena de *excomunion mayor.* Por esta excomunion quedaba privado de la corona, é incapaces de sucederle en el trono los hijos que tuviera de su matrimonio con Ana Boleyn: mandábase á todos, bajo pena de excomunion que no le reconociesen por Rey, y, bajo las mismas penas, á la nobleza que se sublevase é hiciese armas contra él, como rebelde á la Iglesia y á Jesucristo. Ordenábase asimismo á los Arzobispos, Obispos y Curas del reyno, que lo escomulgasen todos los dias festivos despues del Evangelio de la misa; y se exhortaba al Emperador, para que, como protector de la Iglesia, velase á mano armada para que se ejecutasen las órdenes del Pontífice.

Invitóse tambien al Rey de Francia, como Rey cristianísimo, á que cesase en sus relaciones con Enrique VIII. Y para que el insulto fuese mayor y mas completo, el Papa mandó á todos los Curas de los alrededores de Calais que predicasen públicamente la bula de excomunion, y la proclamasen en el púlpito.

Reuniose el parlamento de Inglaterra, y por un acuerdo solemne revistió al Rey de toda la autoridad del Papa en la Gran-Bretaña. Enrique que pensaba en la parte material de aquel negocio, confiscó todos los bienes eclesiásticos, muebles é inmuebles.... Ahorcóse á todos los que se negaron á reconocer aquella nueva religion, y el matrimonio de una muger llenó de luto á millares de familias. Enrique, naturalmente violento, era excitado al rigor por Ana, la que dirigia todo su resentimiento contra la Reyna Catalina, cuya dignidad en la desgracia se atraia la compasion de la Europa. Enrique la prohibió de nuevo, bajo terribles penas, que tomase el título de Reyna, y las personas que tenia á su servicio recibieron órden de no llamarla mas que *princesa de Gales.* Catalina se opuso á que la sirvieran los que obedeciesen la órden del Rey, y durante algunos dias, se vió precisada á servirse á sí propia. Por último, sucumbió á tantos pesares; y cayó enferma de gravedad..... Entonces el Rey mandó á su guardian el duque de Suffolk que la cuidase en estremo y la tratase con los mayores miramientos..... Despues de haber asestado el golpe como hábil asesino, queria curar la herida!.....

Alarmóse Ana al ver renacer en el Rey estos sentimientos de humanidad. El clamor público hacia tiempo que turbaba su reposo, y temia que el Rey fuese accesible á lo que aquel demandaba. Para evitarlo se presentó á Enrique deshecha en lágrimas, desconsolada, y arrojándose á sus pies le suplicó declarase que la princesa Isabel, su hija, era la sola legítima, y que la princesa

Maria no podia suceder en el trono. Consintió en ello Enrique, y mandó publicar á son de trompeta que su hija, la princesa Isabel, era la que despues de su muerte debia ser Reyna de Inglaterra.

Abrumada con tantos males Catalina, murió al fin el 5 de Enero de 1536 en Kimbolton, en el condado de Huntingdon, á la edad de cincuenta años. Antes de espirar escribió á Enrique una carta muy espresiva en la que le recomendaba á su hija..... La última frase de esta carta es notable, y solo puede escribirla una muger.

«.....Os juro que en este momento en que mis ojos van á cerrarse para siempre, mi único deseo es el poderlos fijar en vos.»

Conmovióse Enrique á estas palabras sencillas pero proferidas en la agonia y por una alma que se escapaba de su cuerpo, destrozada por los golpes que él la habia descargado..... Dicen que lloró sobre aquella carta escrita por una mano helada con el frio de la muerte..... lloró! pero el sepulcro se habia cerrado sobre su victima.

Al saber Ana esta noticia manifestó una bárbara é insensata alegria. Cuando el caballero Sothon se la comunicó se hallaba lavándose las manos en una palangana de plata sobredorada de gran precio, dentro de la cual habia un magnífico jarro de inmenso valor; y tan fuera de sí la puso aquella nueva, que tomando ambas alhajas se las dió al venturoso mensajero.

—Recibid este presente, le dijo, por la buena noticia que me acabais de dar.

Aquel mismo dia, al presentarse sus padres en White-Hall salió á recibirlos y los abrazó con una alegria que rayaba en delirio.

—Alegraos, les gritó desde que los vió llegar; hasta hoy verdaderamente no ha sido vuestra hija Reyna!

Insensata!..... bailaba sobre una tumba apenas cerrada, sin ver que se cababa á sus pies la suya.

Algunos dias despues de este acontecimiento de grande importancia en la vida de Enrique y de la nueva Reyna, Ana dió á luz por segunda vez un niño muerto. Los católicos, bastante numerosos todavia en Inglaterra, pretendieron que aquello era efecto del anatema que pesaba sobre los culpables. Por otro lado Enrique ya no amaba á Ana; la inconstancia era en él tan habitual como la crueldad. Ana le pertenecia; asegurada su posicion á costa de inmensos sacrificios, tan grandes en efecto, que solo un Rey podia hacerlos, ningun encanto tenia ya á sus ojos. En breve los cortesanos notaron que el Rey amaba á otra. Juana Seymour reemplazó á Ana Boleyn, como Ana habia reemplazado á Catalina. Pero en esta ocasion para ocupar el lugar de la que habia caido en desgracia, se necesitaba cometer un crímen; y como en todas las cosas se sigue siempre una marcha progresiva, Enrique sacrificó á su nuevo amor la cabeza de una muger y de una muger inocente.

Ana tenia enemigos. Su injenuidad y alegria maliciosa le atrajeron mas resentimientos que si hubiera hecho graves injurias. Asi, pues, al punto que el odio encontró posibilidad de vengarse, se vió el Rey asediado de denuncias, de las cuales la mas inocente bastaba á causar la pérdida de la Reyna.

El conde de Rochefort, hermano de Ana, fue envuelto en la misma proscripcion: para hacerla mas cierta en sus resultados, haciéndola mas infame, el baron de Norris, primer gentil hombre de la cámara del Rey, Werton y un músico de la capilla real llamado Smetton fueron comprendidos igualmente en el plan que debia asegurar la victoria á los enemigos de Ana. Ella misma les abrió el camino con sus imprudencias.

Ana era mas vana que orgullosa; y su vanidad provenia del conocimiento que tenia de su belleza. Era coqueta, y para obtener una mirada de admiracion prodigaba dulces sonrisas. Criada en la corte de Francia, habia adquirido en ella, esa galantería en la conversacion y en los modales mas bien que en las acciones, que se vió en los primeros años y durante el reynado de Francisco I. El odio y la envidia se encargaron de esplicar las inconsecuencias de Ana; y la vizcondesa de Rochefort, cuñada de la Reyna fue su primera acusadora. Sus calumnias no respetaron nada, nada, ni aun lo mas sagrado; y Enrique la creyó porque su alma corrompida necesitaba creer en todos los vicios.

El 1.° de Mayo de 1536, hallábase la corte en Greenwich, asistiendo á un gran baile: nunca habia sido mas viva la alegria de la Reyna. Enrique creyó notar que ella miraba á su hermano con una expresion que podia alarmarle; y pocos instantes despues, el baron de Norris, despues de haber bailado, volvió al lado de la Reyna; tenia calor; ella le acojió con una sonrisa y le alargó su pa-

ñuelo..... El Rey pronunció una imprecacion terrible, y al punto volvió á Londres. Su pronta partida confirmó á la faccion enemiga de Ana en que el Rey estaba irritado contra ella. La Reyna, siempre imprudente, se rió cuando le anunciaron la partida del Rey.

—El volverà, dijo:

Mas Enrique no volvió; y aquel mismo dia todos los que habian sido acusados de tener parte en el adulterio de la Reyna fueron presos y conducidos á la Torre de Londres.

Al saber Ana esta resolucion de la cólera del tigre se creyó perdida.

—Estoy perdida, dijo llorando á su madre y á miss Methly; una de sus damas de honor; estoy perdida para siempre.

En efecto, á la mañaua siguiente fue presa y conducida en una litera á la Torre, donde fue encerrada y puesta en la mas rigorosa incomunicacion.

Cuando el alma cruel de Enrique concebia un crimen, ardia en deseos de consumarlo. Asi, pues, aquel mismo dia se creó un tribunal compuesto de doce jueces y presidido por el duque de Suffolk, cuñado del Rey. El 15 de Mayo se reunieron en la misma Torre y la Reyna compareció ante ellos. Allí protestó que era inocente, y arrodillándose no delante de sus jueces, sino de Dios, juró por todo lo que es mas sagrado para los cristianos qne estaba pura de todos los crímenes que se la imputaban..... Examináronla con una escrupulosa rigidez, y la interrogaron como á una criminal de alta traicion, cuando la infortunada era tan solo culpable de locura ó de ligereza. Finalmente, el tribunal la declaró no culpable; pero el duque de Suffolk obligó à los jueces á que emitiesen de nuevo sus votos, y esta vez fue sentenciada á muerte.

Ninguno de tantos como Ana habia favorecido, se atrevió á levantar la voz para defenderla. Su mismo tio el Duque de Norfolk fue su mas cruel enemigo. Crammer fue el único que no la abandonó.

El tribunal que juzgó tanto à ella como á su hermano, estaba presidido por el duque de Norfolk, y se componia del marques de Exeter, del conde de Arundel, y de otros veinte y tres pares. Ana se defendió á sí misma. La sentencia decia que seria *decapitada ó quemada*, á gusto del Rey..... este le perdonó la hoguera.

Si Ana habia sido en su vida ligera y algo inconsecuente en sus acciones, se preparó para la muerte con tanta nobleza como dignidad. Hay en el alma de las mugeres sentimientos grandes, fuertes y generosos; los hombres se los han negado por largo tiempo, pero la evidencia muestra que en el corazon de una muger puede albergarse tanto ánimo como amor. Existe una carta escrita por Ana Boleyn á Enrique, algunas horas antes de su muerte. Nada hay mas solemne ni mas grande como esta idea: *En breve voy á morir!*..... Entonces, todo lo que es mentira desaparece delante de la inmensidad de la recompensa ó del castigo; entonces cada cual se presenta como verdaderamente es: los cirios que arden al rededor de nuestro féretro, forman un dia sombrio, es verdad, pero verdadero para alumbrar nuestra vida.

He aquí la carta que hemos citado:

«Señor:

«La cólera de V. M. y mi prision son cosas tan estrañas para mí, que ignoro como debo escribirle y de qué debo justificarme; y me veo tanto mas apurada porque V. M. me manda á decir que confiese la verdad y que á este precio obtendré mi perdon, y el portador de este mensaje es mi mas cruel enemigo; al verle he penetrado demasiado las intenciones que abrigais respecto á mí. Sin embargo, señor, si es cierto, como decis que una confesion sincera, puede salvarme, obedeceré vuestras órdenes con tanta mas alegria y sumision, cuanto que en nada podrá alterar aquella la estimacion que debeis profesarme.

«Señor, puesto que V. M. me conjura en nombre de la verdad, en nombre de la misma y en la hora suprema, que cuando suena proclama que ha pasado la de la mentira, protesto en nombre de Dios, ante cuya presencia voy á comparecer, que jamas ningun príncipe tuvo una muger mas adicta al cumplimiento de sus deberes, ni mas tierna y amante que Ana Boleyn lo fue para vos: siempre me hubiera contentado con ese nombre de *Ana Boleyn* si V. M. no lo hubiese dispuesto de otro modo. No me he olvidado tanto de mí en el trono à que me elevásteis, que dejara de esperar la desgracia que hoy me cobija. Me he hecho bastante justicia para decirme, que no estando fundada mi elevacion mas que en un capricho, otro capricho podia derribarme. V. M.

me sacó de un rango obscuro para sentarme á su lado en el trono de Inglaterra; para darme el título de Reyna..... el de compañera vuestra, que es el mas precioso para mí. Ambos eran superiores á lo qne yo valgo y á mis deseos; pero, señor, ya que V. M. me ha creido digna de tanto honor, que no me prive un leve capricho de vuestras bondades..... que la mancha, la odiosa mancha que se me imputa de albergar un corazon pérfido, no empañe nunca la memoria de una muger que fue la de vuestra eleccion y la madre de vuestra hija la princesa; que se me juzgue y que un tribunal decida de mi suerte, pero que no compongan este tribunal mis mas mortales enemigos..... Señor, de nuevo os digo que el acusador no debe juzgar al acusado: elijanse mis jueces entre los pares y los altos barones de Inglaterra, entre hombres justos y libres de toda prevencion: entonces, señor, conocereis mi inocencia, vuestras inquietudes y conciencia quedarán satisfechas, la calumnia será obligada á guardar silencio, ó mi crimen se hará patente; entonces, señor, de cualquier manera que Dios ó vos decidan de mi suerte, V. M. no quedará espuesta á sufrir ningun cargo. Luego que se pruebe mi falta, V. M. tendrá derecho, ante Dios y ante los hombres, para castigar una muger culpable, y tambien para entregarse á su nuevo amor; toda vez que V. M. ha determinado ya reemplazarme con la persona por cuyo amor me veo reducida al estado en que me hallo. Por lo demas hace tiempo que conozco vuestra inclinacion hácia ella; y V. M. no ignora mis inquietudes sobre este particular.

«Si V. M. ha tomado ya decididamente su partido respecto á mí; si para asegurarros la posesion de la que amais, es menester no solo que yo muera, sino que una infame calumnia manche mi nombre para siempre, deseo que Dios os perdone, como yo lo hago en lo íntimo de mi corazon. ¡Ojalá que el dia del último juicio no os pida una cuenta rigorosa por la crueldad con que me habeis tratado! En breve compareceremos entrambos ante su tribunal: en él el mundo no ahogará la voz de mi inocencia, y seré justificada.

«Pero todavia nos hallamos en la tierra donde tanto poder ejerceis! Oh señor mio! oh Rey mio! haced de mí lo que gusteis, pues os pertenezco..... Mas oh señor! no me dejeis morir en la terrible idea de que todos esos fieles servidores que sufren por mi causa me servirán de cortejo funerario! ellos son inocentes, señor! inocentes como yo! Si es menester que yo muera, hágase vuestra voluntad; pero ellos ¿por qué han de morir? ¿por qué se ha de derramar sangre, cuando esta sangre es pura? Oh Enrique¡ Si alguna vez fuí agradable á vuestros ojos, si mi nombre fue dulce á vuestro oido, concededme su perdon! esta es mi última súplica!... despues... no os importunaré mas..... nunca.... Rogaré, suplicaré, pero será á Dios..... rogaré por vos, por vuestra grandeza y hasta por vuestra dicha y felicidad.

«Vuestra leal y siempre fiel esposa

«ANA BOLEYN.

«De la Torre á 6 de Mayo.

Esta carta no tuvo otro efecto que apresurar la ejecucion de Ana; Enrique la habia condenado desde el dia que amó á Juana Seymour. Ya hemos dicho que este hombre heria de muerte todos los corazones que habian latido junto el suyo.

En su consecuencia Ana se preparó á sufrir su sentencia. Antes de salir para el lugar del suplicio, se inclinó delante de la muger del lugar-teniente de la Torre, y le pidió en nombre de Dios fuese á ver á la princesa Maria, y le dijese de su parte que la perdonase por los disgustos y afrentas que la habia hecho sufrir, suplicándola no la castigase en la persona de su hija Isabel, y se condujese con ella como buena hermana.

Para este acto se vistió con una magnificencia régia.

—Es necesario ponerse hermosa, dijo, para figurar como Reyna de la fiesta!.... Antes de morir envió otro mensage al Rey no para solicitar ningun favor, sino para darle las gracias por los esfuerzos que seguia haciendo para elevarla cada vez mas.

—De una simple señorita, le dijo, me hicísteis marquesa, despues Reyna!... y ahora, no pudiendo elevarme mas, haceis me den el nombre de santa.... porque muero inocente!

Cuando el lugar-teniente de la Torre se le acercó para advertirla que era hora de partir, ella le recibió no solo con firmeza sino con alegria.

—El verdugo es diestro, dijo, y ademas mi cuello es bien delgado.

Al decir esto se midió el cuello con la mano y se echó á reir.

Dirigióse al suplicio con mucho ánimo.

Su belleza, siempre notable, lo era mas en aquel momento terrible bajo los velos bordados de oro y pedreria que la cubrian. Algunas mugeres de la corte tuvieron la desfachatez de verla pasar cuando caminaba á la muerte! Ana las reconoció, se detuvo, y mirándolas desdeñosamente las dijo con una sonrisa irónica.

—A pesar vuestro, señoras, muero Reyna y como Reyna.

Ya sobre el patíbulo, hizo del Rey un elogio, que solo debe atribuirse al temor de que su hija Isabel no sufriese por ella, lo que Catalina de Aragon habia hecho sufrir á la princesa Maria por su obstinacion. Ana fue decapitada el 29 de Mayo de 1536, por el ejecutor de Calais, que mandaron venir, por ser el mas hábil de toda Inglaterra. Su cuerpo fue depositado en una caja de madera ordinaria y enterrado en la capilla de la Torre.

La conducta de Enrique VIII es la mejor justificacion que puede hacerse de Ana Boleyn. Al dia siguiente de muerta ésta se casó aquel con Juana Seymour! y el último responso de la misa de los muertos resonaba aun, cuando el sacerdote bendecia el nuevo enlace del esposo de aquella que iban á enterrar.

T. por L. F.

VIAJES.

COSTUMBRES KALMUKAS.



Trages de los kalmukos.



Antiguamente fueron los kalmukos uno de los pueblos mas numerosos y formidables de la Tartaria; y aun hoy habitan una gran parte de la Rusia asiática. Este pueblo nómade ocupa una vasta estension de territorio, en el cual apenas se descubre un corto número de habitaciones á orillas de algunos rios. En dicho territorio no hay un árbol, únicamente se ven algunos arbustos, plantas y collados, y solo un kalmuko pudiera guiarse por estas señas, pues su regularidad impide al estrangero conocer por donde ha de dirigirse. El kalmuko nómado sin distinguir la menor señal de camino y aun sin fijar demasiado la atencion conduce sus caballos ó camellos durante un largo trecho

como un piloto dirigiria su buque.

La choza de un kalmuko se asemeja á una gran quilla de buque redonda que descansa sobre troncos de madera de tres ó cuatro pies de altura; la circunferencia es de seis á ocho toesas. Su armazon consiste por la base en una especie de enverjado de madera, y por su cúspide en un conjunto de varias varas colocadas oblicuamente y sugetas por una especie de corona. Por fuera estan forradas con cuero sujeto con fuertes ataduras fabricados de pelo de camello. Cuando encienden candela levantan la tapadera de fieltro que cubre la choza, á fin de que salga el humo. Para formarse una idea precisa de la construccion de estas chozas es menester haberlas visto. Resisten á las lluvias y á las mas violentas tempestades. En el invierno estan mas abrigadas y en verano son menos impenetrables á los rayos del sol que las tiendas de lona de nuestros soldados. La permanencia de los kalmukos nómadas en un mismo lugar no se prolonga mas de una semana, y nada podian haber inventado mas cómodo que tales chozas, que pueden desarmar con facilidad y trasportarlas sobre los camellos.

Las tiendas que pertenecen á una horda ó grande division de este pueblo nómade están bastante alejadas las unas de las otras, á fin de procurar sitios mas cómodos á sus numerosos rebaños. Los principales cuarteles ó barrios de una horda son el del príncipe, el de los sacerdotes, el mercado, que en la lengua kalmuka como en la rusa y en la tártara se designa con el nombre de *bazar*. Al rededor de estos tres barrios están colocadas las chozas comunes que solo se diferencian de la de los personages mas distinguidos, porque son mas pequeñas y mas ó menos graciosas y elevadas.

El alimento usual de estos tártaros es la carne de vaca, de carnero y de caballo que asan enteros, ó cuecen en calderas de un tamaño enorme. Los kalmukos son muy aficionados al té, y al *tchigan*, leche de yegua, que en sí misma tiene algo que embriaga, sus sacerdotes beben de ella en gran cantidad. Pero la bebida ordinaria es el agua que sacan de estanques ó cisternas.

Si se fuera á juzgar del mérito de una religion por los actos de sus ministros, mala opinion se formaria de la de los kalmukos. Sus sacerdotes se parecen mucho á las bestias por su voracidad, bebiendo á proporcion de lo que comen.

La religion de estas poblaciones es una de las numerosas ramas del islamismo. El número de sus dioses es considerable, y el culto que se les tributa no tiene reglas fijas

Los sacerdotes kalmukos se dividen en tres clases. La clase inferior se compone de ministros jóvenes que se llaman *mandchís*; la media comprende la reunion de los sacerdotes de un órden inferior llamados *ghetzull*, y la clase superior se compone de *ghellounq*. Ademas cada órden tiene un sacerdote de superior categoria que titulan *lama*. Esta religion celebra muchas fiestas, siendo una de las mas importantes la de Urûs, en celebracion del nuevo año y en la que el *lama* nombra nuevos sacerdotes. Estos no deben contraer matrimonio; pero sí no les importa perder la estimacion de los demas compañeros, pueden tomar una concubina; y en este caso se retiran con algunos parientes y amigos á un lugar retirado donde ejercen la medicina y la ciencia de los agoreros.

Entre los muchos ídolos que adoran se distinguen como los principales *Dckakdchamouní, Yaman Dagos, Okin-Tengheri, Tsagaan, Mansouckarí, Erlik-Khan* y otros. Unos son de bronce, otros pintados en pedazos de lienzos amarillos, y otros de barro que fabrican los mismos sacerdotes.

En estos pueblos administra la justicia el príncipe en persona asistido de sus *sargatchí*. Cuando el príncipe se sienta entran los *sargatchí*, se aproximan á él uno despues de otro y doblando la rodilla derecha, é inclinando sus cuerpos tocan con la mano derecha el brazo izquierdo del príncipe, lo que significa una señal de saludo y de respeto. El príncipe toca tambien la mano del *sargatchí*, que en seguida se aleja andando hacia atras hasta llegar al asiento que le está señalado.

Desde tiempo inmemorial tienen los príncipes kalmukos y mogoles este consejo particular, quien, sin embargo, no puede hacer oposicion á su poder, pues el gefe del consejo tiene la facultad de exonerarlos de su cargo. Los deberes de los *sargatchí* ó miembros del consejo han sido siempre, como lo son hoy, entender en los negocios del pueblo con el gefe. Este consejo que se llama *sarga* (*) se compone de ocho miembros. En el año de 1761, habiendo sido nombrado Oubacha, sucesor del Khan Douduk Da-

(*) *Derivase de la palabra* sar *que significa* mando.

chi, el gobernador ruso tuvo á bien poner trabas al poder de aquel príncipe decidiendo que los *sargatchí* formasen parte del consejo de negocios estrangeros; y á fin de atraerlos mas á los intereses de los rusos, se les asignó una pension anual de cien rublos.

Cuando los kalmukos se ven obligados á prestar juramento se coloca en la sala de justicia una imágen que por lo comun representa al Dios del Tiempo. (*Otchirbani*).

Las tres grandes fiestas principales de los kalmukos son: el *Urüs* que se celebra al principio del año; el *Zagaan*, que quiere decir fiesta blanca y que se celebra en el primer mes de la Primavera, y la *Sonlla* ó fiesta de las lámparas, que tiene lugar á fines de Otoño. Estas dos últimas fiestas son estraordinarias.

La fiesta del *Zagaan* fue instituida en honor de la victoria que alcanzó *Dchakdchamouni* sobre seis falsos doctores, á los que tuvo que combatir durante una semana; por cuya razon dura la fiesta toda una semana. En este tiempo de oracion reyna el mayor silencio en la choza de los kalmukos, y los devotos se dirigen al *Kouroull* (*) para orar.

Los sacerdotes celebran con cánticos y juegos la noche del último dia consagrado á la oracion que es la última del tercer mes del invierno. Al amanecer del dia siguiente tres sacerdotes de los mas distinguidos, se sientan delante de la imagen de *Dchakalchamouni*, que esta cubierta con un quitasol, y rodeada de mesas cargadas de ofrendas; tocando una especie de címbalos, mientras que otros en pie y sentados forman un semicírculo. Desde este momento empiezan á cantar, y mientras tanto llegan los kalmukos á pelotones, se aproximan á la imagen, se prosternan ante ella, y en seguida forman una procesion que da la vuelta al rededor de las chozas de los sacerdotes, y vuelven confundidos unos con otros para asistir á las ceremonias religiosas. A pesar de lo rígido de la estacion y del penetrante frio que hace por lo regular, á aquella hora de la mañana los sacerdotes estan con la cabeza descubierta, teniéndola rapada la mayor parte de ellos.

Luego que termina la oracion, los sacerdotes y una gran parte del pueblo se dirigen á la gran choza de reunion, á la cual conducen la imágen de *Dchakdchamouni* y las ofrendas. Los sacerdotes cantan una corta oracion, y en seguida se levantan de pronto, y cada cual procura aproximarse á las imágenes que se hayan colgadas para tocarlas con la frente. La multitud que se haya allí hace otro tanto, y sacerdotes y pueblo luego que han tocado las imágenes, vuelven atras empujándose unos a otros, gritando, *Mendou*. Facil es calcular el tumulto que ocasiona esta ceremonia. Momentos despues se sientan los sacerdotes, y se trae te y aguardiente, que se distribuye entre los concurrentes con unos pedazos de carne fiambre. Despues de este almuerzo todos se retiran.

Desde este momento empiezan las visitas particulares, á cuya costumbre, lo mismo que á la de hacerse mutuos presentes, que consisten en frutas secas no falta nadie ni el Khan ni el lama. Tambien convidan á comer unas familias á otras; y mientras asi se solazan, particularmente, en las habitaciones del Príncipe y de los principales kalmukos, hacen en el *Khouroull* una ceremonia religiosa, en la que figuran muchas figuritas de pasta de harina y miel, á las cuales tienen los kalmukos tal veneracion que se acercan á ellas con respeto, no se atreven á tocarlas con las manos desnudas, y hasta miran como un crimen el aproximar la boca á causa del aliento. Solo se fabrican para las grandes fiestas, y luego que han figurado en el altar las arrojan á los rios. En su consecuencia, la tarde de dicho dia se dirigen en procesion, llevando las figuras para echarlas al agua, á orillas de algun rio. Por lo regular todos los que toman parte en esta fiesta se embriagan, asi sacerdotes como la gente del pueblo, y las mugeres casadas y solteras.

La fiesta del Zagaan dura ocho dias, y como el primero es el que se celebra con mas ostentacion, se le llama el gran dia de la fiesta del *Zagaan*. La alegria que produce entre los kalmukos el uso de los licores, se deja notar en los sacerdotes no solo por los discursos que pronuncian sino tambien por sus danzas y canciones.

Las danzas y canciones no religiosas estan prohibidas á los sacerdotes, pero ni los mas cuerdos y respetables de ellos cumplen esta prohibicion en la fiesta de que hablamos.

La tercera y última fiesta del año es la de las *lámparas*. Muchos dias antes que llegue, se preparan á ella en la *Khouroull* con oraciones diarias por la mañana al mediodia y

(*) *Llámase asi el lugar donde están las habitaciones de los sacerdotes.*

tarde, que acompañan con instrumentos de música, mientras que en las chozas de los particulares se celebra este tiempo de oracion con el vino tártaro y el juego.

El nombre de esta fiesta procede del modo como se celebra, es decir de encender las lámparas (*soulla* en kalmuko significa lámpara), y está consagrada por los kalmukos á festejar su comun nacimiento. El kalmuko que nace la víspera de la fiesta se le considera como si tuviese un año. Llegada aquella, cada cual se ocupa de los preparativos necesarios á la ceremonia que debe tener lugar á la noche cuando empiezan las estrellas á brillar. Cada familia kalmuka tiene una lámpara general con tantas mechas como años tienen todos los miembros de la familia: estas lámparas se colocan juntas ó separadamente.

Las personas de distincion forman delante de sus chozas una especie de altar llamado *dender*. Su altura es por lo comun la de un hombre y se compone de ramas enlazadas unas con otras, colocadas sobre pedazos de madera y cubiertas de yerba.

Al caer el dia los sacerdotes se reunen cerca del *dender* de su *Khouroull*. Al lado de los altares arde una pequeña candelada, que rodean aquellos, mientras aguardan para encender las lámparas la llegada de la familia del khan ó vice-khan que debe presidir esta ceremonia. Al punto que llegan los príncipes se ponen á la cabeza de la procesion seguidos de un cortejo numeroso, llevando la imágen de Soukouba, y al sonido de una música estrepitosa dan tres vueltas al rededor del altar, arrodillándose en cada una de ellas. Concluida esta ceremonia, cada cual se retira á su choza y continuan celebrando la fiesta bebiendo y jugando.

Tambien son bastante estrañas las costumbres que siguen estos pueblos en sus matrimonios. Conviene saber que las mugeres kalmukas corren à caballo tambien ó mejor que los hombres. Cuando un kalmuko jóven quiere casarse, comunica su deseo al padre de la moza, y la respuesta no se da de palabra, porque decir *sí*, seria vergonzoso para una virgen, y un *no* podría dar ofensa á un apasionado; para evitar, pues, estos dos inconvenientes se ha establecido la costumbre siguiente: Se señala el dia para el desposorio; y todos los parientes y amigos se juntan en un campo inmediato; la novia monta en un caballo muy lijero, y el novio procura otro; la moza rompe la carrera cuando se le antoja, y el mozo corre al instante tras ella; si la alcanza, es su muger, y desde alli se la lleva á su tienda; pero si no la alcanza, antes de pasar el término ó la señal, la pierde, y se retira maldiciendo su caballo; mientras que los padres van á traer la hija à casa. Aunque estos casamientos se hacen tan de carrera, se asegura que no hay un ejemplar de casarse una muchacha kalmuka contra su voluntad; porque si le gusta el pretendiente no apura mucho al caballo; pero si le disgusta, el látigo la saca siempre de apuros.

Los kalmukos son de estatura mediana; tienen la nariz larga y chata, el cabello negro, espeso y reluciente, y los ojos pequeños: estan divididos en tribus: son hospitalarios y generosos; y su principal industria es la cria de ganados.

C. H.



DOS NEGACIONES EQUIVALEN A UNA AFIRMACION.



Julia Berger.

I.

Pablo Hamelin á Eduardo Derode en Forcade

Paris 2 de Julio de 1846.

Dentro de pocos dias, querido Eduardo, queda casado tu amigo Pablo!

Me parece verte soltar la carcajada con tan inesperada revelacion..... Búrlate cuan-

to gustes, amigo mio; recuérdame mis amargas diatribas contra el matrimonio, y los juramentos que hicimos tantas veces de no aumentar jamas la lista de sus víctimas. Cómo ha de ser! yo no he mudado de opinion; pero hago lo contrario de lo que pienso. ¿Seré el primero cuyas acciones estén en completa oposicion con sus palabras, ó al menos, que no tenga valor para sostener su opinion?

Ya conocerás que mi historia se asemeja á la de muchas novelas y comedias. Escuso decirte si es bonita mi Julia: á tí propio te pareció tan perfecta que cuando te fuiste me recomendabas la vigilancia. He luchado como un héroe; paro he sucumbido, y, como los antiguos paladines, pera rendir mis armas he preferido el mas peligroso enemigo, el matrimonio..... en vez de insultar á la desgracia, dí saludando al prisionero: Honor al valor desgraciado!

De veras te digo que me ha sido imposible resistir. No traeré á cuento el vivo deseo de mi padre de verme casado; de mi pobre padre, que estaba acongojado por mis ideas anticonyugales. Esta consideracion, aunque poderosa, no habrá bastado para resolverme; pero quiero tanto á Julia!—Lo digo para mi mengua; lo que los deberes y el grito de mi padre no han podido conseguir, se ha realizado por efecto de mi propia pasion, por el deseo egoista de mi felicidad. En vano he invocado contra mi flaqueza el recuerdo de nuestros convenios, y el auxilio de nuestras ardientes repugnancias... aborrezco de veras el matrimonio, pero amo mas á Julia: y está visto que puede mas el cariño de la una que el odio al otro.

Acabo de escribir á mi padre pidiéndole su consentimiento. Dudo que las tareas de su fábrica y la obstinada gota le permitan venir á traérmele en persona; pero estoy seguro de que no tardará mucho la respuesta. Quiere tanto á Julia desde que es huérfana! Qué feliz va á ser mi escelente padre! La idea de su júbilo me consuela algo de la tristeza..... sí, de la tristeza que me causa, en medio de mi dicha, el descontento de mí mismo.

Vive Dios que soy el ente mas singular y miserable que se conoce! me caso libremente, voluntariamente; y si viniese Julia á decirme «ya no quiero» seria el mas desdichado de los hombres y lloraria tal vez como un chiquillo. Sin embargo, la idea del matrimonio me hace estremecer, y antes de dar el primer paso titubeo..... Eh! tanta flaqueza pasa ya de raya: me he mostrado cobarde retrayéndome de la firme resolucion de no casarme nunca: no quiero serlo tambien rehusando ahora el matrimonio.

Tengo la cabeza loca... Afortunadamente el corazon está satisfecho.—Adios.

PABLO HAMELIN.

P. D. Al tiempo que firmaba la carta he recibido el consentimiento de mi padre, y corriendo se lo he llevado á Julia.—Crees que la entrevista ha sido viva y tierna como las circunstancias requerian? Nada de eso. Al recibir la noticia ha dejado vislumbrar Julia, á través de una púdica reserva, ciertos arranques de gozo que me han chocado. Se parecia á ese gozo necio y vulgar de nuestras solteras cuando tropiezan con un *partido*... Oigase á todas; cuando notician su casamiento á alguna amiga, comienzan invariablemente escribiendo: «me caso» en seguida mil comentarios, y al fin y como por postdata rematan diciendo: «Ahora me falta decirte algo de mi novio» etc. etc.

Y ¿fuera lisonjero para mí un sentimiento semejante? Si de veras ama Julia mi persona, deberia estar gozosa de mi amor, y este amor le conoce tiempo hace. Luego ¿á qué viene manifestar alegria cuando ve la certidumbre de una union que no hará seguramente que yo la ame mas? ¿Será que como todas las otras guste mas del matrimonio que del marido?

Esta idea que me ha atormentado atrozmente, ha dado alguna tibieza á nuestra conversacion..... Conozco que es una locura, porque no puedo dudar de la pureza, de la realidad del amor de Julia; pero qué quieres? estoy agitado, tengo calentura..... Si estuvieras á mi lado, me parece que no me atreveria á casarme.

II.

M. Hamelin (padre) *á Mlle. Julia Berger en Paris.*

SAINT DIZIER 3 de Julio de 1841.

Cómo daros las gracias, querida hija... ! porque de antemano puedo daros este nombre..... Qué bello triunfo para vos haber reducido á mi hijo á un partido de que le tenian alejado no sé qué falsas ideas y ridículas terquedades! Os aseguro que me tiene dados muy malos ratos, y convenciendo

á mi hijo me habeis devuelto la vida. Yo os amaba como hija de un buen amigo; pero ahora amaré en vos á la par á mi hija y á mi angel tutelar.

DIONISIO HAMELIN.

III.

Eduardo Derode á Pablo Hamelin.

FORCADE 14 de Julio de 1841.

Tú mismo lo has dicho, eres un cobarde.

Por lo demas, ninguna cosa nueva me has dicho. Cuando salí para este pueblo presagiaba tu caida; para reforzar tu valor, si era tiempo aun, ó para hacer mas patente tu perjurio, te convidé á un banquete donde solo se admitieron solteros: *solteros,* entiendes?

Eramos seis, enemigos todos del matrimonio, enemigos acérrimos, y cuando indiqué en chanza tu próxima desercion, gritaste «calumnia», y cuando alegamos en prueba tu pasion por Julia, contestaste: «Si tan violento se hiciere este amor que me espusiese á faltar á mi palabra, le romperia como rompo este vaso...» y los pedazos del cristal cayeron en la mesa en medio del estrépito de nuestros aplausos. Nuestros juramentos, esos juramentos de que hablas en tu carta, fueron renovados con toda solemnidad; y cuando apareció el Champagne, tú entonaste el himno de: *Libertad querida único bien de la vida*!... etc. cuyos coros repetimos nosotros con formidable entusiasmo.

De los seis amigos que unieron aquel dia sus manos y sus juramentos, cuatro están en la actualidad en mi quinta, junto á mí que soy el quinto, y tu carta nos ha dado asunto para reir todo un dia de lluvia. Por lo que toca al sesto, se está amonestando y disponiendo el trage de boda. Buen provecho!

Si aun eres hombre, rompe por todo, toma un caballo y ven aqui á repetir el juramento de 1.° de Mayo. Si no, déjanos en paz y allá te las compongas.

Nosotros vamos de pesca: tú vé á hacerte *marido.*

EDUARDO DERODE.

IV.

Julia Berger á Pamela Furner.—Dijon.

PARIS 16 de Julio de 1841.

Apenas tengo tiempo, amiga mia, para escribirte unas pocas líneas. Mañana se celebrarà mi casamiento que se limitará á la simple ceremonia de la municipalidad y de la Iglesia, como conviene á mi situacion de huérfana, y sobre todo por la ausencia de los parientes de mi marido.

Ya te dije que Pablo era en punto á matrimonio, un rebelde feroz que a duras penas he conseguido amansar. Aun tiene de cuando en cuando arrebatos de insurreccion; pero su amor los reprime.

Aqui cierra hoy su carta Julia Berger; Mad. Hamelin te escribirá mañana, aunque solo sea una palabra, despues de la ceremonia.

JULIA BERGER.

V.

La misma, á la misma.

17 de Julio de 1841.

No sé cómo puedo escribirte, ni cómo vivo despues de la abominable escena que acaba de pasar. Vengo de la municipalidad.... la afrenta mas cruel..... Ya te lo escribiré todo, querida Pamela; ahora solo tengo fuerzas para llorar.

JULIA BERGER.

VI.

Pablo Hamelin á Eduardo Derode.

SAN GERMAN 17 de Julio.

(*A las cinco de la tarde.*)

Tú triunfas, Eduardo; pero, gran Dios! á qué precio!

He vencido al enemigo, he triunfado del matrimonio; pero, he sucumbido en el tiempo de batalla. Si aun no he exhalado el último suspiro, me falta poco.

Escucha mi drama, que tal parece.

Recibí ayer tu carta, precisamente á la hora en que acabábamos de firmar el contrato. La rasgué de despecho; mas tu fria zumba habia penetrado en mi corazon, depositando la roedora hiel. ¿Necesitaba esta nueva instigacion, cuando agitado por mis recuerdos y reflexiones, veia flaquear mi resolucion á medida que se acercaba el temido instante? Esta mañana, dia fijado para la ceremonia, estaba tan sombrío como mi trage de etiqueta.

A todo el mundo parecia Julia hechicera con el vestido blanco y el velo virginal: em-

pero yo apenas hacia alto. Pensaba en mi cara independencia, en las infinitas delicias de la vida de soltero, en los bienes inestimables que no habia sabido apreciar hasta la hora de perderlos. Al atravesar el vestíbulo de la municipalidad, os veia reir á los cinco á mis espensas, y cuando el *maire* leia los artículos del código, se me reproducia en la imaginacion el banquete de seis.

Hasta entonces, absorto en mí mismo, habia andado y escuchado maquinalmente. Pero cuando el maire me dirigió rotundamente la pregnnta sacramental, hube de sacudir mi letargo para oirle y responderle.

Pablo Hamelin, consentís en tomar por esposa á Julia Berger, aqui presente?...

Iba á consumarse mi destino... La repugnancia que me inspiraba el escándalo de una negacion, luchaba en mi corazon con la que me sugeria la idea de comprometerme irrevocablemente con una afirmacion... Un sudor frio inundaba mi rostro.

Iba á mirar á Julia para tener fuerza para dar el *Sí*..... cuando de pronto sonó un organillo en la calle, y entonó el himno de: «¡ *Libertad querida*!....»

Esta fue una evocacion repentina, pode rosa; volví la cabeza y contesté: *No*!

Lo que ocurrió despues de esta escena, no te lo puedo esplicar..... Ni veia, ni oia nada. Por otra parte, antes de que los concurrentes se recobraran de su primera sorpresa, dí á huir, á huir como un criminal. Eché á andar por la calle, sin saber adonde..... pero repuesto por el aire libre, comprendí que necesitaba aislarme, reconcentrarme en mí mismo, y me dirigí al camino de hierro de S. German. Tres horas he estado vagando por el bosque, y de vuelta á la fonda he tomado la pluma para escribir.

Ay Eduardo! no aplaudas demasiado mi valor, porque tengo desgarrado el corazon... Amo á Julia, la amo mas que antes, y veo que la he perdido para siempre! En adelante nos separará un abismo... el recuerdo de una injuria infame, de una afrenta imperdonable. He destrozado el alma, el porvenir quizá de esa pobre muchacha, que no tiene otra falta que la de amarme... Soy un miserable!

Es preciso que salga de Paris, aunque solo sea para sacudir mis remordimientos: voy á buscaros á Forcade si puedo.

Si puedo... porque ¿tendré valor para alejarme de los sitios donde ella respira? Ella, ay! de quien estoy alejado para siempre!

PABLO HAMELIN.

VII.

M. Hamelim (padre) *á Mlle. Julia Berger.*

SAINT DIZIER 20 de Julio de 1841.

Anoche supe, hija mia, la horrible escena de la municipalidad, y he sufrido tanto, he llorado tanto, que me ha sido imposible escribiros inmediatamente. Mi hijo es un ser vil y despreciable; no solo os ha faltado del modo mas infamante, sino que me ha faltado á mí, á su padre, sabiendo bien que esta innoble conducta destruiria mi postrera ilusion y abreviaria mi vida. Desde ahora no tengo hijo, porque la persona á quien doy este nombre es un desdichado insensato ó un detestable parricida.

Pero me quedais vos, Julia mia, vos á quien me habia acostumbrado á dar el dulce nombre de hija; ese aire de Paris, henchido de recuerdos que envenenarán una herida sangrienta todavia, debe seros nocivo; venid á mi lado, venid en busca del antiguo amigo de vuestro padre. Os invito pues, no solo por vuestro interés sino que os lo pido en favor por mí. Venid con vuestra madrina si no quereis separaros de ella; ó si os asusta la vida de provincia, decid una palabra y liquidaré mis negocios para, á pesar del mal estado de mi salud, acabar mis dias al lado vuestro.

Oh Dios! yo que esperaba de esta union una felicidad tan grande, tan dulce! Dejadme, Julia, siquiera una parte de ella!

DIONISIO HAMELIN.

VIII.

Julia Berger á Palmela Furnet.

PARIS 31 de Julio.

Hoy estoy tranquila, querida mia, y conozco que si bien el porte de M. Pablo Hamelin conmigo es de los mas odiosos, su corazon es menos culpable. La cabeza se ha exaltado en una de esas crisis de rebelion que te indiqué. Si en el momento de la pregunta fatal, hubiera estado su mano asida á la mia, solamente un *sí* habria salido de sus labios: pero su imaginacion desordenada le arrastraba á cien leguas de mí: materialmente estaba á un paso de su muger, moralmente á un medio segundo del matrimonio .. El terror del matrimonio ha sido mas poderoso que el amor de la muger, y ha dicho *no*.

Pero bien vengada estoy! jamas me habia dado mas pruebas de ternura que ahora; está pálido, desmejorado como si convaleciese de una larga enfermedad: dos veces al dia me escribe las escusas mas humildes, las protestas mas ardientes: no atreviéndose á presentarse en mi casa porque sabe que no le recibiria, se planta desde que amanece en un gabinete de lectura frontero de nuestra casa, para tener constantemente los ojos fijos en mis ventanas. He sabido que tres veces ha tenido asiento tomado en la diligencia de Burdeos, y tres veces le han faltado fuerzas y se ha quedado. Cuánto me ama, qué felices hubiéramos sido!

Su padre está desesperado, y me escribe cartas que te harian llorar... Oh! amiga mia, qué suerte he perdido!

JULIA BERGER.

IX.

M. Hamelin (padre) *á Mlle. Julia Berger.*

SAINT DIZIER 4 de Agosto.

Hija mia, acabo de recibir una larga carta del desventurado Pablo. No os encubriré que á pesar de mi justo enojo contra él, me ha enternecido profundamente. Se arrepiente de su conducta con tan sensible contricion, os hace tan merecida justicia, está en fin tan aflijido, que comienza á darme lástima.

Dice que no sale de Paris hasta haber recibido de vuestra boca la seguridad del perdon, objeto único de su anhelo. Bien se concibe que no hayais querido verle; pero sin embargo, si para darle un poco de reposo, bastara una palabra vuestra, palabra que acaso merece por su espiacion, ¿la rehusariais obstinadamente? Yo no os aconsejo, hija mia; teneis demasiado tino y prudencia para saber lo que conviene en una coyuntura tan delicada. Consultaos; pero pensad que de vuestra determinacion penderá quizá la curacion moral de ese pobre Pablo, que si no puede darme la felicidad que de él aguardaba, no sea al menos para mí una causa tan amarga de afliccion. Quién sabe? no podria suceder que esta entrevista fuese preludio de una reconciliacion...? Perdonad, Julia, os parecerá ridícula, intempestiva mi esperanza; pero es la de un padre que os ama tanto.. y que anhela de tal suerte poder amarle con vos!

Fio en vuestro corazon, hija mia: en vuestra mano teneis mi consuelo perdonando, y mi dicha haciendo mas, si es posible.

DIONISIO HAMELIN.

X.

Julia Berger á Pamela Furnel.

PARIS 8 de Agosto.

Qué corazon tan noble tiene Pablo! y como revelan sus mismos defectos prendas, que mal aplicadas le han conducido à la mas grave falta, pero que bien dirigidas harian dichosa á una muger! Para ser un escelente marido no le falta sino decidirse á serlo.

Ya está claro para mí que ha sido impelido á esta inconcebible negativa por un esceso de lealtad y franqueza. Locos pensamientos le han inspirado miedo al matrimonio, miedo que no sabe sacudir. Me ama, estoy segura de que me ama con todo su corazon: sin mí será su vida miserable y desolada; pero por efecto del hàbito esa palabra *casamiento* le da miedo, y no ha querido entregarme un corazon donde yo reyno, porque subsiste aun una duda en su imaginacion. Si no hubiese necesidad de matrimonio viviria á mi lado como el marido mas tierno: pero el matrimonio existe, y no sospecha Pablo que le bastaria ser amante bajo esta ley.

Fuera ciertamente una obra de caridad curarle, tanto por él, que siempre serà desgraciado, como por su padre á quien quiero como si lo fuese mio. M. Hamelin me indica, que si quisiera conseguiria facilmente anudar, el proyecto roto una vez por la imprudencia de Pablo... Ya se ve que es posible; pero la dificultad está en emprenderlo..... Como contigo soy franca, te confieso que no es la voluntad lo que me falta, y que si Pablo me dijese hoy: «olvidad lo pasado: perdonadme mis faltas y permitidme que las repare,» por amistad á su padre, por cariño á él quizà, me dejaria conducir de nuevo á la presencia del magistrado. Pero esto no ha llegado, y por las razones que apunté al principio de esta carta, Pablo que no puede hallar la felicidad sino casándose conmigo, no està aun reconciliado ni acaso lo estará tan pronto con la idea de matrimonio. Es una cosa rara; pero es así. Sus cartas son tan espansivas, tan amantes como puedo apetecer; pero ni se esplica categóricamente, ni propone nada... ya ves si es peliaguda mi situacion, querer hacer y no poder. Meditaremos... Me alegraria tanto hacer un favor á ese buen M. Hamelin!

JULIA BERGER.

XI.

Julia Berger á Pamela Furnel.

PARIS 15 de Agosto.

Hay dado un gran paso que me tiene aun aturdida.

M. Hamelin (el padre) siempre ingenioso para conseguir la reconciliacion que desea, habia encargado á su hijo que me entregase en persona una carta de Saint Dizier. Era con objeto de proporcionar á Pablo un pretesto para el paso á que el pobre jóven no se atrevia. Háseme presentado temblando en ausencia ó con complicidad de mi criada, y me ha entregado la carta de su padre.

«Señorita, ha dicho, vuestro silencio y desdenes, son un corto castigo de mi abominable falta. Empero, ¿será eterno el castigo? ¿jamás le desarmarà el arrepentimiento? No era yo digno de ser marido vuestro: pero prescindiendo del matrimonio y del amor, ¿no puede haber amistad? De que con razon ó sin ella no me haya atrevido à asociaros como esposa à un hombre prevenido contra el matrimonio, y de que por esto haya renunciado à vuestro amor, ¿resulta necesariamente, que debamos estar siempre apartados uno de otro, reñidos, cuando nuestros caracteres simpatizan tan perfectamente?»

Estaba yo conmovida y bajé los ojos. Él continuó:

«Perdonadme, Julia, y dadme permiso para visitaros. En tanto que mi conciencia no se reconcilie con el matrimonio, juro que no saldrá de mi boca una palabra que no pueda oir una hermana de su hermano... Lo dudais? El que amándoos como yo os amaba, ha tenido la fuerza de sacrificar su amor á escrúpulos exajerados, ridículos si se quiere, ¿no la tendrá, sino para vencerle, al menos para contener su esplosion? permitidme Julia, permitidme por Dios que os vea alguna vez. Negaros fuera volverme à la horrible existencia que he tenido en estos últimos veinte y ocho dias, y de que creo haber salido desde que estoy à vuestro lado... Julia, Julia, aguardo vuestra respuesta.»

¿Qué habia de hacer, cuando mi corazon me gritaba *perdon*, cuando tenia aun abierta en la mano la suplicante carta de M. Hamelin? Ceder lo resistia mi amor propio, rehusar repugnaba á otro amor; era necesaria una capitulacion..... y una idea singular me la sugirió.

—Señor, dije á Pablo, despues de lo ocurrido me es imposible conservar la menor relacion con vos. He recibido una afrenta, y mientras no se borre.....

—Mi arrepentimiento, mis escusas.....

—No basta. Me habeis ultrajado indignamente contestando *no* delante del *maire* y los testigos. Quiero una posicion igual. Volvamos otra vez: vos respondereis *sí*, y yo publicamente delante del mismo magistrado y de los mismos testigos daré un *no* redondo. Entonces la afrenta será recíproca, la venganza igual á la injuria, y como suelen decir los hombres, quedarà satisfecho el honor. Despues podremos vernos segun consientan nuestras relaciones de familia: y puesto que ya no pende de nosotros ser esposos, nada impedirá que seamos buenos amigos.

Ya conoces, querida mia, que esta proposicion aunque hecha en tono serio, necesitaba por lo rara ir acompañada de un cierto aire risueño; mi sonrisa alentó á Pablo, aceptó sonriéndose tambien, y se hizo el trato delante de mi madrina.

Dentro de tres dias se verificará esta comedia, si para entonces no han variado las cosas. Estrañaras esto ciertamente; pero por lo mismo llevaré esto á cabo mi idea. Adios.

JULIA BERGER.

XII.

M. Hamelin (padre) *á Mlle. Julia Berger.*

SAINT DIZIER 16 Agosto.

Desde ayer estoy en cama con calentura, y apenas puedo trazar estas pocas líneas.

Mi mal procede del corazon; el rompimiento de la boda ha sido un golpe demasiado fuerte para un anciano achacoso como yo. La esperanza de ver consumarsè al cabo esa union me habria sostenido, á ser mejor mi salud; pero conozco que solo un poco de reposo y contento pueden curarme..... Adios.

DIONISIO HAMELIN.

XIII.

Pablo Hamelin á Eduardo Derode.

No sé si estoy soñando ó despierto. Me parece que sueño.

Te dije en mi última el singular convenio hecho con Julia; ayer era el dia fijado,

y me encaminé á su casa decidido á representar mi papel, si era sério hasta el fin, ó para continuar la chanza. La cosa iba séria.

Tenia Julia el mismo vestido blanco, y el velo de desposada..... Qué hermosa estaba, amigo mio! mil veces mas hermosa que el primer dia.

Echamos á andar: el maire leyó los artículos y me hizo la pregunta consabida, á que contesté *sí* con la sonrisa en los labios. Cuando preguntó à Julia, el corazon me latió con violencia..... miraba con enamorados ojos á mi linda compañera, y el *no* preparado de antemano daba á mi entender á aquel vano simulacro la apariencia de una especie de blasfemia y culpable sacrilegio.

Julia estaba vivamente conmovida y el maire hubo de repetir la interrogacion: alzó la cabeza Julia y respondió con voz firme: «SI»

Estàbamos casados.

Decirte lo que me pasó entonces, fuera empresa muy superior á mis fuerzas: un movimiento de Julia para alargarme un papel; me hizo volver en mí: era una carta de mi padre, una carta que acababa de recibir, y que la habia decidido á cambiar un artículo de nuestro programa por salvar al anciano enfermo.

Inquieta aguardaba Julia el instante de leer una impresion en mis miradas..... Derramé una lágrima y apreté su mano..... Mi muger estaba divina.

Dentro de un cuarto de hora nos ponemos en camino para casa de mi padre. Luego que nos estreche en sus brazos, estará curado.

En cuanto á vosotros, camaradas, no podeis quejaros de mí, porque si me he casado, no ha sido por culpa mia. Me han hecho esposo por sorpresa, y en lo único que falto á mis pactos con vosotros es en estar muy contento.

No he faltado al celibato; el celibato es el que no me ha querido por mas tiempo.

Heme pues casado!!! Compadéceme, amigo mio, compadéceme..... soy el mas venturoso de los hombres!

PABLO HAMELIN.

Todas estas cartas están conformes con el original.

T. por L. P.

GUSTOS DE DIFERENTES NACIONES

POR VARIOS MANJARES.

Las naciones de Europa suelen reirse unas de otras al oir los platos favoritos y los mas frecuentemente usados en cada una; y lo mas curioso es, que muchas veces ignoran de qué se componen, ni cómo se aderezan. Los españoles no pueden pasar sin su olla comun ó podrida. Los italianos no creen servida su mesa si no hay en el centro un gran plato de macarrones. Los ingleses piensan que no se santifica un dia de fiesta, y que no puede haber regocijo en las Pascuas, sin un *plum pudding*. Los escoceses, y particularmente los de las montañas, viven esclusivamente con harina de avena; mientras que los irlandeses se consideran felices mientras no les faltan las papas y la leche. Los franceses no pueden dispensarse de su caldo de agua, pues no es otra cosa su sopa, algun *fricassee*, y por colmo de lujo un plato de ranas. El gusto de los alemanes es que haya cuatro dedos de grasa sobre las coles que comen. Los rusos, particularmente las tropas, los caminantes y el pueblo bajo, viven contentos con su pan de centeno y aceite de ballena. Los noruegos hacen su pan con cortezas de árboles, y lo suavizan con la grasa de venados para que conserve alguna humedad; y algunos añaden un puñado de aserrin para que el pan salga mas rico. Todos se rien unos de otros al oir sus alimentos respectivos y ordinarios aunque muchos de estos sean tan desconocidos á otras naciones como lo son á los europeos la carne con

cuero y la mazamorra de los americanos. Tan ignorantes estan los españoles del modo de hacer un *pudding* ingles, como estan los rusos de hacer nna olla española, la mejor prueba de esto será la anécdota siguiente.

Un caballero español fue á San Petersburgo á fin del siglo pasado, y en virtud de sus cartas de recomendacion fue introducido entre las principales familias. Un magnate ruso le convidó á comer para un cierto dia, y para mayor obsequio quiso sorprenderle sirviéndole con una olla podrida en la mesa. Para saber como se habia de hervir la olla mandó consultar al cocinero del Embajador francés, el cual respondió lacónicamente, que todo el secreto consistia en hervir juntamente carnes y todas las cosas que los españoles gustaban mas. Con esta informacion mandó hervir varios géneros de carne con las verduras de la estacion en una marmita grande; entretanto se le ocurrió que las pasas de Málaga, siendo tan escelentes no podian dejar de gustar á un español, y luego puso en la olla dos libras. Ansioso por el buen éxito de su olla continuó pensando, hasta que por fortuna, á su parecer, se acordó que el chocolate es lo mas estimado en España, y en seguida puso dos libras en la olla. Facil será imaginar la sorpresa del huesped español cuando le pusieron delante aquella olla verdaderamente podrida. Los ingleses se rien igualmente de la anécdota del frances, que habiendo hecho un *pudding*, segun la receta que halló en un libro, lo envolvió en un paño, y sin atarlo lo puso á hervir en la caldera, resultando al fin un agua de pudding, solo buena para levantar el estómago mas fuerte.

Es necesario considerar que el modo de vivir en diferentes paises depende, no solo de la abundancia ó privacion de otros alimentos, sino tambien del clima y de los hábitos de la vida. La abundancia de gordura animal fuerte y escitante, que es necesaria para mantener la constitucion de los rusos, suecos, y otras naciones del norte de Europa, en terrenos frios y húmedos, seria casi un veneno para los habitantes de paises cálidos y secos como el sud de España y de Italia: mientras que la calabaza, zapallo, y aun verdolagas herbidas, adaptadas al clima de Andalucia, arruinarian el estómago de un tártaro ó cosaco. Lo mismo se puede decir en cuanto al ejercicio de la vida: un paisano español, italiano ó del sud de Francia, con poco ejercicio y este solo de manos, se ahitaria si comiera tanto asado como un gaucho que está casi siempre corriendo á caballo; mientras que si este no comiera mas de un gaspacho ó un racimo de uvas, á un cuarto de hora de trote no podria sufrir los pasmos en su vientre. Bajo el ardiente clima del Indostan, los indios viven con solo dos comidas moderadas de arroz, ó media docena de plátanos, no solo por pobreza, pues los bramines, la clase mas principal entre ellos, no prueban mas carne que un polluelo ó un pez de agua dulce, y aun esto rara vez. Los indios peruanos, particularmente antes de la conquista, con una vida quieta é inactiva en cuerpo y mente, tenian suficiente alimento con un puñadito de maiz tostado; y aun los que hacen ahora mucho ejercicio se mantienen con algunas hojas de coca, como los indostanes con las hojas de betél, que es la misma planta. Que el alimento es ó debe ser adaptado al clima, los holandeses é ingleses por una parte, y los españoles y portugueses por otra, son ejemplos muy notables; aquellos, continuando en su obstinacion de vivir en Batabia, Jamáica y otros parajes tropicales con el esceso de carnes y bebidas fermentadas, han hecho estender prodigiosamente los recintos de sus cementerios, mientras que los peninsulares con su abstinencia y sobriedad se libran de muchas enfermedades en Filipinas y Goa, en el Brasil, Cuba, &c.

La costumbre ó necesidad reconcilia tambien á algunas naciones con alimentos sumamente repugnantes para otras. Los isleños del mar Pacífico, no teniendo cuadrúpedos grandes, crian y engordan perros, como nosotros hacemos con los carneros ó gallinas; y los mas pobres andan en busca de ratas como nosotros á caza de perdices. Los tártaros y los indios pampas, aunque tienen abundancia de bacas, no comen mas que carne de caballo. Los aborígenes de Nueva Holanda se mantienen con gusanos; otras tribus con culebras, y aun hay indios á las orillas interiores del Orinoco que cuando no tienen otro alimento, comen una especie de tierra untosa que les mantiene sin hacerles daño.

F.

Literatura inglesa.

EL MUERTO NOVIO.

Cuento por Washington Irving.



Sobre uno de los mas altos picos del Odenwald, region salvage y romántica de la Alemania superior, próxima á la confluencia del Mein y del Rhin, se elevaba en otro tiempo el castillo del baron Von Ladshort. En la actualidad está arruinado y casi sepultado entre los troncos de árboles y los negros abetos, sobre los cuales, sin embargo, puede distinguirse su vieja torre de atalaya, esforzándose, como su primer poseedor, en llevar erguida la cabeza y dominar todo aquel pais.

El baron era un digno vástago de la ilustre familia de Katzenellenbogen, que heredó, con las ruinas del hogar paterno,

todo el orgullo de sus antepasados. A pesar de que las pasiones belicosas de sus predecesores habian disminuido mucho las propiedades de la familia, el baron se esforzó en conservar alguna apariencia de su primer esplendor. Los tiempos eran tranquilos y los nobles alemanes habian abandonado sus viejos é incómodos castillos, edificados, como los nidos de las águilas entre las montañas, para construir en los valles residencias mas agradables. Pero el baron permaneció orgullosamente en su antigua fortaleza, acariciando con un amor hereditario é inveterado todas las antiguas discordias de familia: hallábase, pues, indispuesto con la mayor parte de sus mas próximos vecinos, por disensiones de sus abuelos.

El baron no tenia mas que una hija, pero la naturaleza, como para compensarle la falta de muchos hijos, habia derramado sobre ella todos sus dones. Todas las nodrizas y comadres del pais aseguraban á su padre que no habia quien la igualase en belleza en toda Alemania. ¿Y quien podia saberlo mejor que ellas? En primer lugar el baron la habia colocado bajo la dependencia de dos tias solteronas, que habian prodigado algunos años de la primavera de su vida en una de las pequeñas cortes alemanas donde se habian perfeccionado en todos lòs ramos de conocimientos necesarios á la educacion de una jóven; y gracias á sus instrucciones la hija del baron era un prodigio de perfeccion. En la época á que nos referimos tenia diez y ocho años, bordaba admirablemente, y habia hecho un tapiz lleno de episodios sacados de la historia de los santos, con tanto talento que parecian las figuras otras tantas almas del purgatorio. No encontraba mayor dificultad en leer; y hasta habia hecho considerables progresos en escribir, pues podia poner su nombre sin que faltase ninguna letra, y tan correctamente que sus tias lo podian leer sin anteojos. Sobresalia en hacer primores de todas clases, bailaba todas las danzas de la época, tocaba el harpa y la guitarra, y tenia en la punta de los dedos todas las mas tiernas baladas de *Minnieliders*.

Nadie mejor que sus tias, que en su juventud habian sido unas grandes coquetas podian servir de vigilantes guardianes y censores de la conducta de su sobrina, porque no hay dueña de tan rigida prudencia, ni tan decorosa y mirada, como una coqueta rancia. Rara vez perdian de vista á la jóven; nunca salia ésta sola del castillo, y siempre tenian aquellas algun sermoncillo que hacerle sobre el estricto *decorum* y la obediencia implícita: en cuanto á los hombres, oh! habian cuidado tanto de tenerla apartada de ellos, y la habian inspirado una desconfianza tan absoluta, que á no mediar la conveniente autorizacion no se hubiera atrevido á mirar al caballero mas lindo del mundo, ni aun en el caso de haberle visto espirar á sus pies.

Los buenos efectos de este sistema brillaban de un modo portentoso: la jóven era un modelo de docilidad y de jucio. Mientras otras disipaban su juventud en el torbellino del mundo, y se esponian à verse atropelladas y echadas á uno ú otro lado por la mano del primer recienvenido, ella florecia en silencio bajo la proteccion de sus inmaculadas tias celibatas, como florece el capullo de la rosa entre las espinas que la guardan. Sus tias hablaban de ella con orgullo y exaltacion, y decian que si todas las jóvenes del mundo estaban en peligro de estraviarse, este era un motivo de dar nuevas gracias al cielo por la imposibilidad que habia de que sucediese nada semejante á la heredera de Katzenellenbogen.

Entretanto el baron Von Landshort debia conceptuarse feliz en no tener mas hijos; la pobreza le obligaba á hacer diariamente nuevas economias en su casa, porque la providencia le habia enriquecido con gran número de parientes pobres. Cada uno de estos poseia las disposiciones afectuosas propias de aliados humildes; se mostraban prodigiosamente adheridos al baron, y aprovechaban todas las ocasiones posibles para venir á alegrar el castillo con su presencia. Estas buenas gentes celebraban todas las fiestas á espensas del baron, y cuando se veian hartos hasta no mas, declaraban que nada habia mas delicioso sobre la tierra que las reuniones de familia.

El baron aunque pequeño de cuerpo tenia una alma muy grande, y se llenaba de orgullo y satisfaccion á la idea de ser el hombre mas notable del pequeño mundo que le rodeaba. Gustábale narrar largas historias sobre los francos y antiguos guerreros, cuyos retratos parecia estaban haciendo visages al rededor de las paredes, y nunca hallaba un auditorio mas atento, que el de los que engordaban á sus espensas. Aficionado en estremo á lo maravilloso, creia á pie juntillas en todos aquellos cuentos sobrenaturales que

circulan con abundancia en las montañas y en los valles de Alemania; pero la fé de sus huéspedes superaba la suya: oian todas aquellas historias con los ojos y la boca abierta, y en ciertos pasages manifestaban el mayor espanto, aunque las oyesen por la centésima vez. Asi vivia el baron Von Landshort, oráculo de su mesa, monarca absoluto de su pequeño territorio, y dichoso sin comparacion, por estar persuadido que era el hombre mas sabio de su siglo.

En la época en que pasa esta historia, se hallaba reunida en el castillo una gran parte de la familia para tratar de un asunto de la mayor importancia: tratábase del recibimiento del novio destinado á la hija del baron. Habiase entablado de antemano una negociacion entre el baron y un viejo gentil-hombre de Baviera, á fin de reunir sus dos casas con el matrimonio de sus hijos. Los preliminares se habian conducido con la mayor etiqueta: los jóvenes habian sido prometidos sin conocerse, y fijada la época en que habia de celebrarse el matrimonio. Con este motivo, el novio, que era el jóven conde de Von-Altenburg, habia recibido su licencia para dejar el servicio, y se hallaba en vísperas de recibir á su prometida de manos del baron. Él mismo habia escrito desde Wurtzburgo á su futuro suegro, anunciándole el dia y la hora en que debia llegar al castillo.

Púsose todo el castillo en conmocion; y desde el mas mas chico hasta el mas grande todos se ocuparon en los preparativos necesarios para recibir como era debido al conde. Adornaron á la novia con gran primor y esmero; y como ambas tias que asistian al acto, se hubiesen agarrado en disputa con motivo de los adornos que mejor sentaban á la jóven, ésta habia aprovechado la ocasion para seguir las inspiraciones de su propio gusto que por fortuna era delicado. Así, pues, tenia el aire tan amable, como puede desearlo una muchacha que va á casarse, aumentando la turbacion de la esperanza el brillo de sus encantos.

Las emociones que hacian ruborizar su rostro, las dulces palpitaciones de su seno y la languidez de sus miradas, todo revelaba el dulce tumulto de su tierno corazon. Las tias no hacian mas que dar vueltas en torno suyo, porque las tias solterona son á propósito para tomar grande interés en negocios de esta naturaleza. A cada paso la aconsejaban respecto al modo como debia conducirse y hablar y recibir al amante que se esperaba.

El baron por su parte andaba muy agitado, porque aunque nada tenia que hacer, su natural colérico é inquieto no le permitian estarse pacífico cuando todos los demas se movian. Asi pues, recorria todo el castillo con la mayor ansiedad, subia y bajaba, distraia á los criados de sus ocupaciones para exhortarles á ser activos y diligentes, y murmuraba en cada sala y en cada cuarto, lo mismo que un abejorro en un ardiente dia de verano

Al mismo tiempo se habia matado un becerro, los bosques de las inmediaciones habian retumbado con los gritos de los cazadores; los gatos se reunian en torno del hogar, las cuevas habian producido océanos de vino del Rhin y de *Ferne-wine*, y hasta se habia puesto á contribucion el gran tonel de Heidelberg. Cada cosa estaba dispuesta para recibir al huesped distinguido con *gaudeamus* y alegria, segun el verdadero espíritu de la hospitalidad alemana.... Entretanto pasaba el tiempo; las horas sucedian á las horas, y el huésped no parecia. El sol que habia derramado sus rayos inclinados sobre los verdes bosques del Ordenwald, doraba ya las cumbres de las montañas. El baron subió á la torre mas alta del castillo, y abrió tamaños ojos esforzándose en descubrir algo del conde y de su comitiva. Por un momento creyó verle, y en efecto distinguió algunos caballeros adelantarse con lentitud en direccion al castillo; pero cuando se hallaban casi al pie del monte, retrocedieron de improviso en diferente direccion. El último rayo del sol desapareció. Los murciélagos empezaron á revolotear en el crepúsculo. La campiña se oscureció mas y mas, y ya nada vió el baron sino á un campesino que volvia de la labor.

Mientras que los habitantes del castillo de Landshort estaban sumidos en la mayor perplegidad, en otra parte del Odenwald acontecia una escena muy interesante.

El jóven conde Von Altenburg seguia tranquilamente su camino, llevando su cabalgadura ese trote moderado con que camina un hombre al matrimonio, mucho mas cuando, como le sucedia al conde, teme las consecuencias que puede tener una union en que él no ha intervenido.

En Wurtzburgo habia encontrado un jóven compañero de armas con el cual habia servido en las fronteras: llamábase Herman

Von Starkenfaust, y era uno de los jóvenes mas valientes y nobles de la caballería alemana. El castillo de su padre estaba próximo á la vieja fortaleza de Landshort, pero ambas familias permanecian estrañas y hostiles una á otra á causa de una disputa hereditaria.

Al punto que se reunieron los dos jóvenes, se contaron sus aventuras: el conde refirió la historia de su proyectado enlace con una jóven señorita á quien no habia visto, pero de cuya hermosura y gracias tenia las noticias mas alhagüeñas.

Como ambos amigos seguian un mismo camino, convinieron pasar el dia juntos, y partieron de Wurtzburgo de madrugada, habiendo el conde indicado á su comitiva el camino que iba á seguir para que pudiese alcanzarle.

Por el camino fueron contándose sus escenas y aventuras militares, pero el conde fastidió algun tanto á su compañero por su obstinacion en pintarle los supuestos encantos de su novia.

Mientras tanto habian penetrado en las montañas del Odenwald y atravesaban un desfiladero peligroso y solitario. Bien sabido es que los bosques de Alemania están siempre tan infestados de ladrones como sus castillos de espectros; y en la época á que nos referimos eran aquellos muy numerosos y traian atemorizado todo el pais. He aqui la razon porque no parecerá estraño que nuestros caballeros fuesen atacados en medio del bosque por una partida de estos bandidos. Defendieronse los dos amigos tan obstinadamente que dieron lugar á que la comitiva del conde llegase en su ausilio. A su vista los ladrones emprendieron la fuga, pero no sin herir antes mortalmente al conde. Trasladóse á este con mucho cuidado á la ciudad de Wurtzburgo; llamóse á un monge cuya habilidad en el arte de curar era asombrosa; pero por mas que se hizo todo fue inútil: el infeliz jóven tenia contados los momentos de su vida.

Conociéndolo asi, suplicó con voz moribunda á su amigo que partiese al punto para el castillo de Landshort, é informase al baron de todo lo sucedido. Aunque el conde no estaba perdido de amores por su desconocida novia, era no obstante muy exacto en el cumplimiento de su palabra, y por lo tanto hizo los mayores esfuerzos para determinar á su amigo á que se pusiese en camino. «Hasta que hayas desempeñado esta comision, le dijo, no dormiré tranquilamente en mi tumba!» A una súplica hecha con tal solemnidad y en semejantes momentos, no habia nada que oponer. Starkenfaust procuró calmarle, le prometió cumplir fielmente sus deseos y le dió la mano como prenda solemne de su compromiso. El moribundo se la estrechó con reconocimiento, pero en breve cayó en un delirio: habló de su novia... de sus compromisos... de la palabra que habia dado .. pidió el caballo que debia montar en el castillo de Landshort, y espiró figurándose que ponia el pie en el estribo.

Starkenfaust tributó un suspiro y una lágrima de soldado al infeliz destino de su camarada, y se puso á reflexionar sobre la desagradable mision de que estaba encargado. Estaba triste y perplejo porque iba á presentarse como huesped, sin haber sido invitado, ante una familia enemiga, y cuya alegria iba á destruir con noticias contrarias á sus esperanzas. Pero al mismo tiempo sentia en su corazon cierto deseo de ver aquella beldad tan famosa que con tanto cuidado encerraban los muros de Katzenellenbogen, porque era admirador del bello sexo, y porque su carácter escéntrico le llevaba á emprender las mas estrañas aventuras.

Antes de partir lo dispuso todo para los funerales de su amigo, que debia ser enterrado en la catedral de Wurtzburgo, al lado de algunos de sus ilustres parientes.

Ya es tiempo de volver al lado de la antigua familia de Katzenellenbogen que esperaba impaciente á su huesped, y sobre todo á la cena y al ilustre baron que dejamos tomando el fresco en la torre del castillo.

Cuando vino la noche y no vió llegar á su huesped, el baron desesperado bajó de la torre. La cena no podia aguardar mas; los manjares estaban demasiado cocidos, el cocinero se hallaba poco menos que en la agonia, y todos los habitantes del castillo presentaban el aspecto de una guarnicion reducida al hambre. Asi, pues, el baron se vió obligado aunque á su pesar, á dar las órdenes necesarias para que se sirviese la cena en ausencia de su huesped. Sentáronse á la mesa, y ya iban á empezar la cena cuando el sonido de una corneta anunció la llegada de un estrangero. Al oirlo el baron se apresuró á salir al encuentro de su futuro yerno.

Habíase bajado el puente levadizo y el estrangero permanecia de pie delante de la

reja del castillo. Era un elegante caballero montado sobre un caballo negro. Tenia el rostro pálido, pero sus ojos brillaban, y todo su porte respiraba una dignidad melancólica. Algo incomodó al baron ver á su yerno vestido con tanta sencillez y tan solo, pues creyó que era una falta de respeto á la solemnidad del momento y á la importante familia con quien iba á enlazarse. Mas reflecsionando que solo la impaciencia le habria inducido á adelantarse, y que su comitiva le seguiria á corta distancia, se calmó al punto.

—Mucho siento, le dijo el recienvenido, incomodaros...

Interrumpiole el baron con un diluvio de cumplimientos y de saludos, porque á decir verdad tenia formada una alta idea de su cortesia y de su elocuencia. El huesped procuró aunque en vano detener aquel torrente de palabras, mas viendo que sus esfuerzos eran inútiles, bajó la cabeza y se resignó á escuchar. Al fin hizo el baron una pausa. Habian atravesado el patio del castillo, y ya iba el huesped á romper el silencio, cuando fue interrumpido de nuevo por la llegada de la parte femenina de la familia, que acompañaba á la trémula y ruborizada novia. Al verla el jóven la contempló por largo rato, espresando en su semblante bastante emocion. Una de las viejas tias dijo algunas palabras al oido de su sobrina; ésta hizo un esfuerzo para hablar, levantó hácia el extrangero con timidez sus hermosos ojos azules, miróle como á hurtadillas, y los volvió á fijar en el suelo; sus palabras espiraron en sus labios, que se animaron con una sonrisa encantadora, y sus mejillas se sonrosaron. Imposible era, en efecto, que una jóven de diez y ocho años predispuesta de antemano al amor y al matrimonio no se diese por contenta con tan cumplido caballero.

La hora no era la mas á propósito para discurrir. El baron, exigió que se dejasen las esplicaciones para el dia siguiente, y señalando el camino de la sala del banquete todos se dirijieron á ella.

El caballero prestó poca atencion á la conversacion que se entabló; y apenas probó bocado; pero se mostró absorto en la hermosura y gracia de su prometida. Habló con ella en voz baja, mas bien para ser comprendido que oido, porque el lenguaje del amor nunca es claro; ¿pero qué muger tiene el oido tan duro que no pueda oir el cuchicheo de su amante? Los modales del caballero tenian tanta ternura y gravedad que parecian ejercer un efecto poderoso sobre la jóven. Escuchábale con la mayor atencion, palideciendo y ruborizándose á la vez: cuando le contestaba, se atrevia á mirarle á hurtadillas y al contemplarle tan gallardo exhalaba un leve suspiro de felicidad. Era evidente que ambos jóvenes se habian comprendido. Las tias, señoras muy versadas en los misterios del corazon, declaraban que habian quedado enamoradas á primera vista.

La cena fue alegre, ó al menos ruidosa, por que los convidados participaban de esos violentos apetitos que escitan las bolsas vacias y el aire de las montañas. El baron refirió sus mejores y mas largas historias; y nunca lo hizo con mas gracia, ó al menos nunca produjeron mejor efecto. A la menor cosa maravillosa, el auditorio se mostraba asombrado, y si por acaso se mezclaba algun incidente gracioso, todos reian á la vez. Verdad es que el baron, á semejanza de los personages elevados, tenia demasiada dignidad para permitirse ninguna frase chistosa, pero acompañadas las que proferia con un vaso de escelente *Hockheimer*, es decir de un buen vino añejo, propio de la cueva del baron y servido en su mesa, cualquier chanza por pesada que fuese, debia producir un efecto irresistible. Muchas cosas buenas se dijeron, tanto por los ingenios mas pobres como por los mas mordaces, cosas que solo podrian repetirse en ocasiones semejantes; muchos dichos lisonjeros aunque engañosos se murmuraron al oido de las señoras, que fueron, sin embargo, acogidos con sonrisas; y ultimamente un sobrino del baron berreó una ó dos canciones, obligando á ambas tias á ocultarse el rostro con los abanicos.

En medio de esta semi-bacanal el huesped permanecia grave y silencioso, y semejante conducta era estraña é inesplicable. A medida que la noche adelantaba, su tristeza aparecia mas profunda, y se hubiera dicho que los chistes del baron aumentaban su melancolia. A veces parecia abismado en sus reflexiones, y otras se mostraba inquieto como si no se hallase á su gusto. Poco á poco, las conversaciones que tenia con su novia se hicieron mas misteriosas; algunas nubecillas comenzaron á anublar la serenidad de la frente de la hermosa jóven, y un leve estremecimiento se notó en su gracioso cuerpo.

Nada de esto se ocultó á la atencion de

los concurrentes, y la inconcebible tristeza del novio dió en tierra con la alegria general: desde entonces empezaron los cuchicheos, se cambiaron unas miradas con otras, y hubo movimientos de cabeza y encogimientos de hombros. Las risas y canciones fueron menos frecuentes, y tras de algunas leves pausas vinieron los cuentos bárbaros y las leyendas sobrenaturales. Una historia triste produjo otra aun mas triste, y el baron fue causa de que se desmayasen algunas señoras al contar la novela del caballero fantasma que robó á la hermosa Leonor; historia horrible pero verídica, que algun tiempo despues se puso en verso y que todo el mundo ha leido dándole cumplido crédito.

El novio escuchaba con grande atencion. Tenia los ojos fijos en el baron, y á medida que la historia llegaba á su fin se levantaba gradualmente de su silla, y crecia mas y mas, hasta el punto que parecia un gigante á los ojos del baron. Al concluirse la historia exhaló un profundo suspiro, y con un tono solemne pidió permiso para retirarse. Todos quedaron sorprendidos, y el baron positivamente petrificado.

—Como! esclamó; ¿vais á salir del castillo á media noche? Por qué? Todo se ha dispuesto para recibiros; y si quereis descansar se os conducirá al aposento que he preparado para vos.

El huesped movió la cabeza triste y misteriosamente.

—Es menester que mi cabeza descanse esta noche bajo otro techo, dijo.

Esta réplica, y el tono en que fue pronunciada hizo temer al baron algun triste acontecimiento; pero reuniendo todas sus fuerzas renovó sus hospitalarios ofrecimientos.

El huesped movió silenciosamente la cabeza, y sin responder á los nuevos ofrecimientos que se le hacian y sin despedirse otra vez salió de la sala con paso mesurado y continente solemne. Las tias estaban petrificadas, la novia bajó la cabeza, y una lágrima brilló en sus ojos.

El baron siguió al huesped hasta el patio del castillo en donde le aguardaba su caballo negro dando muestras de la mayor impaciencia. Montó en él, y al llegar bajo la bóveda que formaba la entrada alumbrada solamente por una antorcha, se detuvo, y con voz sepulcral dijo:

—Ahora que estamos solos voy á informaros del motivo de mi partida. He contraido un compromiso solemne, á que no puedo faltar.....

—Pero, dijo el baron, no podeis enviar á cualquiera en vuestro lugar.

—Imposible. Debo cumplir mi mision en persona. Debo ir á la catedral de Wurtzburgo.

—Ah! replicó el baron animándose; aguardad á mañana; mañana conducireis á vuestra novia á la iglesia.

No! no! contestó el extrangero con un tono mas solemne; mi compromiso no me permite tener novia, ni amante; los gusanos! los gusanos me aguardan! Yo soy un muerto! Me han asesinado los ladrones! Mi cuerpo descansa en Wurtzburgo..... deben enterrarme á media noche..... la tumba me espera..... debo cumplir mi palabra!

Y clavando las espuelas en los costados de su caballo negro, desapareció fugaz como el relámpago, perdiéndose á poco los pasos de su corcel entre los silbidos del viento de la noche.

El baron consternado y fuera de sí volvió apresuradamente á la sala á contar lo que le habia sucedido. Al oir su relacion se desmayaron dos señoritas, y otras se pusieron malas á la sola idea de que habian cenado con un espectro. Algunos opinaron que acaso el extrangero seria el cazador salvage, famoso en las leyendas alemanas. Otros hablaron del espíritu de las montañas, de los demonios de los bosques y de seres sobrenaturales, con cuya existencia se ha asustado á las buenas gentes de la Germania, desde tiempo inmemorial. Uno de los pobres parientes se aventuró á decir que bien podia ser todo alguna chanza, algo pesada en verdad, del jóven caballero; y que la singularidad del capricho se avenia muy bien con la melancolia del personage. Esta opinion le atrajo la indignacion de todos los concurrentes y particularmente la del baron, quien le consideró poco menos que un ateo; de suerte, que se vió obligado á abjurar su heregia tan pronto como le fue posible, y á volver á la fe de los verdaderos creyentes.

Mas cualesquiera que fuesen las dudas que tuviesen, todas quedaron completamente disipadas á la siguiente mañana con la llegada de varias cartas confirmando la noticia del asesinato del jóven conde y su entierro en la catedral de Wurtzburgo.

Puede concebirse facilmente el terror que semejante noticia causaria en los habitantes del castillo. El baron se encerró en su aposento. Los huéspedes que habian venido á

regocijarse con él no se resolvieron á abandonarle en su desgracia. Paseábanse por los patios ó se reunian en grupos en la sala, moviendo las cabezas y encogiendo los hombros á la idea de los pesares que afligian á un hombre tan bueno, y bebian animosamente á fin de conservar sanos sus espíritus. Pero la situacion de la desposada-viuda era la mas lastimosa. Perder á su marido aun antes de haberle abrazado, y qué marido! ¿Si el espectro era tan gracioso y tan noble, que no habria sido el hombre vivo? Asi, pues, la jóven aturdia la casa con sus lamentos.

La noche del segundo dia de su viudedad, se hallaba en su habitacion acompañada de una de sus tias que habia insistido en dormir con ella. Esta, que sabia y contaba á las mil maravillas la historia de los aparecidos de toda la Alemania, se habia quedado dormida justamente en la mitad de uno de sus mas largos y hermosos cuentos. La habitacion se hallaba bastante apartada del castillo y sus ventanas daban á un jardin pequeño. La jóven descansaba en su lecho contemplando pensativa los rayos de la luna que penetraban en el aposento, cuando el relox del castillo dió las doce, á la vez que del jardin se elevaban los dulces sonidos de un sonoro instrumento. Levantóse con presteza, y asomándose á la ventana vió una forma humana que se ocultaba debajo de los árboles. Esta figura misteriosa alzó la cabeza y un rayo de la luna inundó con su luz su rostro. ¡Cielos y tierra! La jóven reconoció al espectro su desposado! En aquel momento sonó en su oido un grito apenas articulado, y su tia que se habia despertado al oir la música, y se habia aproximado de puntillas á su sobrina, cayó desmayada en sus brazos. Cuando la jóven miró de nuevo al jardin, el espectro habia desaparecido.

De entrambas mugeres, la tia era la que exijia mayores cuidados, pues su terror la habia desvanecido. Declaró que no queria dormir mas en aquella habitacion; pero la sobrinita, por la primera vez de su vida pensó distintamente, y con la mayor energía se opuso á que trasladasen su dormitorio á otra parte. La consecuencia de esta discusion fue el determinarse que la jóven dormiria sola; pero obtuvo de su tia la promesa de que no contaria á nadie la historia del espectro por temor de que se la privase del único placer melancólico que le habia quedado en la tierra, el de habitar el aposento bajo cuyas ventanas venia la sombra de su desposado durante sus oraciones nocturnas.

¿Cuanto tiempo hubiera tardado la buena señora en faltar á su promesa? Difícil es decirlo; y mucho peligro corria el secreto si se atiende á cuan aficionada era á hablar de cosas maravillosas, y el gran triunfo que hubiera sido para ella ser la primera en contar una historia tan terrible! Lo cierto es que no tuvo que luchar por mucho tiempo contra la tentacion, porque una mañana á la hora del desayuno, vinieron á decirle que la jóven habia desaparecido. Su habitacion estaba vacia, la cama estaba como si nadie la hubiese tocado.... la ventana estaba abierta, y el pájaro habia volado!

El asombro y la consternacion que causaron estas noticias pueden imaginárselo los que han sido testigos de la agitacion que los desastres de un hombre de algun valor causan entre sus amigos. Hasta los pobres parientes dieron por un momento treguas al abastecimiento de sus estómagos; y la tia que hasta entonces no habia podido articular una palabra levantó las manos y esclamó:

—El espectro! el espectro! ha sido arrebatada por el espectro!

En seguida contó en breves palabras la horrible escena del jardin, concluyendo que el aparecido debia haber robado á su desposada. Dos criados confirmaron su opinion, porque habian oido los pasos de un caballo en la montaña á eso de la media noche, y no les quedaba duda que era el espectro montado en su negro corcel que se llevaba á su desposada á la tumba. Todos los que oyeron su relacion se estremecieron al notar aquella horrible probabilidad, porque en Alemania son muy comunes los acontecimientos de esta naturaleza segun lo atestiguan muchas historias auténticas.

¡Qué situacion tan lamentable para el pobre baron! ¡Qué cruel alternativa para un padre amante, miembro de la gran familia de Katzenellenbogen! Su hija, su única hija, ha sido arrastrada á la tumba, ó bien se halla él á punto de tener por yerno á algun demonio de los bosques y por nietos una comparsa de espectros. Como le sucedia siempre quedó completamente desconcertado y todo el castillo en desórden. Al momento mandaron hombres á caballo con encargo de registrar todos los caminos, senderos y valles del Odenwald. El baron en persona acababa justamente de ponerse las botas de montar, de ceñirse la espada, y estaba á punto de cabalgar,

cuando fue detenido por una nueva aparicion. Veíase aproximarse al castillo una dama montada en un palafren y acompañada de un caballero. A poca distancia de él puso su caballo, á galope y al llegar á la puerta se bajó y arrojándose á los pies del baron abrazó sus rodillas. Era su hija perdida, y su compañero, el novio muerto! El baron quedó anonadado. Contempló á su hija y al espectro y casi dudó de la evidencia de sus sentidos. El último, al parecer, habia ganado mucho desde su visita al pais de los espíritus. Sus vestidos eran espléndidos, y llevaba erguida su cabeza, respirando su presencia nobleza y gallardía. Habian desaparecido su palidez y melancolia. Su bello rostro parecia animado con el brillante colorido de la juventud, y sus negros ojos espresaban toda la alegria de su corazon.

En breve se aclaró todo el misterio. El caballero (pues nosotros hemos sabido siempre que no era un espectro) se anunció con el nombre de Sir Herman Starkenfaust. Refirió su aventura con el jóven conde, cómo se habia apresurado á llegar al castillo para contar el desgraciado acontecimiento de la muerte de su amigo, y cómo la elocuencia del baron le habia impedido hablar; no echó en olvido que habia quedado prendado de la desposada, confesando que por tener el gusto de pasar algunas horas á su lado, habia consentido que durase aquella equivocacion; tambien refirió los apuros en que se habia visto para hacer una retirada honrosa, hasta que la historia del baron le sugirió la idea de su escéntrico comportamiento; cómo temiendo la hostilidad hereditaria de la familia del baron habia repetido sus visitas clandestinas, de qué modo habia penetrado en el jardin; cómo la habia suplicado, y obtenido de ella que le siguiese, y en una palabra de qué modo se habian desposado en una capilla de las inmediaciones.

En cualquier otra circunstancia el baron se hubiera mostrado inflexible, porque tenia en mucho su autoridad paterna, y no cedia tan fácilmente en las querellas de familia; pero amaba á su hija, la habia llorado como perdida y no podia menos de regocijarse al verla viva, y de que su marido no fuese un demonio, por mas que la familia de éste estuviese indispuesta con él. Sentiase, sin embargo, ofendido, y con razon, á la idea de la falta de veracidad del caballero que se habia hecho pasar por muerto no siéndolo; pero algunos ancianos amigos que se hallaban presentes, antiguos militares, le aseguraron que en casos de amor eran disculpables toda clase de estratagemas, y que el caballero tenia derecho á pretender un privilegio especial, por haber servido en las filas de la caballería.

Asi, pues, todo se arregló á las mil maravillas. El baron perdonó al punto á la jóven pareja. Las fiestas empezaron en el castillo. Los parientes pobres abrumaron al nuevo individuo de la familia con protestas de adhesion; era tan galante, tan generoso... tan rico! Por lo que hace á las tias, es cierto que se escandalizaron al ver que de nada habia servido su sistema de estricta reclusion y de obediencia pasiva; pero lo atribuyeron al descuido que habian tenido en no mandar poner rejas en las ventanas. Pero lo mas mortificada por tan inesperado desenlace fue la que habia contado la historia del mentido espectro, lamentablemente desvirtuada con la presentacoin del caballero, y lo que sentia quizá aun mas, era que el solo espectro que habia visto en su vida hubiese sido falso, pero en cambio su sobrina se conceptuaba muy dichosa de haberle encontrado en carne y hueso.—Aqui concluyo, queridos lectores, se acabo el cuento.

(T. por S. C.)



ESTUDIOS
DE
HISTORIA NATURAL.

Al salir por las puertas de Francfort, el doctor Miger, clavó las espuelas en los costados de su caballo; este tomó un paso bastante acelerado, y asi anduvo una legua y media, sin que el doctor pareciese animado de otros deseos que el de llegar pronto al término de su viage, y sin cuidarse del suave calor que hacia y que daba al mes de Marzo todos los encantos del de Mayo. Sin embargo los pájaros cantaban en los árboles, despojados todavia de sus ojas, pero cuyas ramas empezaban á reverdecer, y el cielo estaba despejado y resplandeciente: solo las preocupaciones del amor ó de la ciencia podian hacer el corazon insensible á este espectáculo delicioso. Ahora bien, como las canas y la apariencia sexagenaria del doctor, no permitian suponer que el amor tuviese algun dominio en aquella cabeza semi-calva, es menester dejar á la ciencia el honor de sus meditaciones. En efecto, el doctor Miger, pensaba, no sin cierta envidia, en una especie de hidrófilo, desconocida hasta entonces: *hydrophilus marginatus*, con la cual acababa de enriquecer su coleccion el doctor Gast su rival entomológico. El digno Miger se perdia en este problema de la naturaleza que parecia formar una transicion directa entre las dos familias tan diferentes de los insectos acuáticos conocidas con los nombres de *dísticos* é *hidrófilos*.

Mientras que se embrollaba en una serie de suposiciones, de analogías, de deducciones y de consecuencias, su caballo, ostigado siempre por la espuela, que maquinalmente le clavaba, puso un pie sobre un montecillo de tierra formado por un foso que habian abierto á un lado del camino, se resbaló y cayó hasta el vientre en un agua verdosa, contenida en un pantano que exalaba un olor acre y penetrante. A tan brusco movimiento no dejó de asustarse el doctor, pero cuando se convenció que sus ordinarias distracciones no habian cansado aquella vez mas que un baño inofensivo á sus anchas y largas botas, miró tranquilamente en torno suyo para buscar un sitio fácil por donde pudiese salir de allí. En breve vió lo que sus ojos buscaban, y dirigió su caballo hacia el sitio en que el camino estaba casi á nivel del fondo del pantano. Pero de pronto se detuvo, pues acababa de ver en el agua removida por la brusca caida del caballo, millares de insectos acuáticos que se agitaban é iban de una á otra parte en grandes grupos. Entre ellos distinguió con facilidad, gracias á la dimension de su cuerpo parecido á la quilla de un buque, tres hidrófilos grandes. A su vista olvidándolo todo el doctor, y la tierra que queria alcanzar, se quita el sombrero, le arroja al agua á guisa de red, le retira, y lanza una esclamacion de júbilo, porque de los tres hidrófilos ha cogido dos, y una simple mirada le ha bastado para reconocerlos. Son *hydrophilos marginados!* Nada ya tiene que envidiar Miger al doctor Gast!

Antes de salir del agua, atraviesa los dos insectos con los alfileres de su corbata, los clava en el sombrero, y llega al fin á tierra firme. En seguida enjuga como puede su sombrero, se lo pone, y emprende de nuevo su camino, no sin descubrirse siete ú ocho veces entre tanto á fin de contemplar la preciosa conquista debida á la dichosa caida de su caballo.

Domingo 31 de Enero.

Al fin llegó sano y salvo al término de su viaje delante de una linda casita de alegre aspecto. En la puerta habia una niña que parecia aguardar al doctor, porque al punto que le vió entró precipitadamente en una alcoba donde habia un enfermo, gritando:

—El doctor! ya está ahí el doctor!

Mientras tanto Miger se apeó, ató la brida de su caballo en una argolla de hierro fijada en la pared, y entró en la casa, sin reparar que tenia las botas chorreando y llenas de verdin. Puso su sombrero sobre la cama y tomó el brazo que le presentaba un anciano, que estaba medio recostado en una poltrona. Interrogó silenciosamente el pulso del enfermo, y á poco dijo:

—La calentura ha desaparecido como por encanto: la sangre circula, y el pulso late con mucha uniformidad. A la tempestad ha sucedido la calma, y los síntomas no pueden ser mejores.

Tranquilizado el doctor acerca del estado de la salud de su enfermo, quiso gozar de la sorpresa y de la envidia que su caza entomológica iba á causar á su amigo, y tomando su sombrero lo depositó triunfalmente sobre las rodillas del anciano. Este al ver los insectos lanzó un grito de sorpresa.

—Hidrófilos marginados! dijo, manifestando en la espresion de su semblante que sabia apreciar en su justo valor la conquista de Miger. Muy feliz os reputareis ya por el disgusto que vais á causar al doctor Gast! Ya os veo pasar las noches y los dias estudiando estos insectos, para que vuestra memoria sobre su organizacion se publique antes que la de vuestro rival en ciencia; y estos pobres insectos serán causa de que no vengais á verme tan á menudo. ¿Y donde habeis cogido estos prisioneros?

Y al hacer esta pregunta, halló al mismo tiempo la respuesta porque reparó en las botas del doctor.

—Ah! habeis ido á pescar á la balsa del bosque! dijo:

—Y no he dejado de nadar en ella, pardiez! replicó Miger.

En seguida refirió su aventura riéndose.

Alma, (asi se llamaba la niña que habia anunciado al doctor), y su madre prestaron la mayor atencion á la aventura de este, el cual habló largamente de sus distracciones, de su baño frio, y de su decidido amor á la ciencia. El anciano, cubierta su venerable cabeza con las manos, se dejaba dominar de los recuerdos de su juventud que evocaban las palabras de Miger: oia pero no escuchaba.

—Yo he pasado muchos dias, dijo al fin, muchos dias hermosos y largos meditando á orillas de esa balsa, á cuyo lado no se habia construido aun el camino que ahora atraviesa el bosque. En aquel tiempo era el sitio mas retirado y misterioso de él. Habia entonces un ángel, que Dios tuvo á bien llevarse, una jóven hermosa, Margarita, que iba á sentarse sobre el césped al lado de aquel pequeño lago, y que sostenia en su falda la cabeza del pobre que se alimentaba solo de ilusiones. Oh! cuantas horas vimos transcurrir asi abismados en la contemplacion de las obras sublimes de Dios!

Qué de recuerdos habeis evocado, doctor, cuantos goces infantiles, cuantas alegrias celestiales me recordais! Un dia me causaron los insectos las mismas emociones vivas y sencillas que os rejuvenecen en este momento. Voy á contároslo, porque á estas circunstancias, pueriles en la apariencia, debo la pasion que siento por la historia natural y los estudios que le he consagrado.

Habiamos llegado demasiado tarde para evitar una catástrofe. Si no nos hubiéramos entretenido como media hora presenciando la batalla que se daban dos ejércitos de hormigas de diferentes especies, hubiéramos podido salvar la vida á un pobre topo que habia caido en el pantano, sin duda por la falta de vista. Conociase que el animalito habia hecho los mayores esfuerzos para salvarse. En un rinconcillo de la orilla se notaban las señales de las vanas tentativas que las pequeñas manos de la víctima, que tanto se asemejan á las humanas, habian hecho para asirse de alguna piedra y salir de aquel golfo de tres pies de profundidad. Pero no teniendo brazos, ni ojos, ni piernas, y si al contrario un cuerpo pesado y cilindrico, no tuvo mas remedio que sucumbir y morir. Habíanle faltado las fuerzas, y yacia inmovil bajo el agua clara y sosegada. «Vamos á sacarle, me dijo Margarita; puede que el poderoso calor del sol reanime su cuerpo sin movimiento.»

—Ah! contesté obedeciéndola, mucho me temo que no se verifique tal milagro. El cadaver del topo ha perdido todo su calor animal, su corazon no late, y su boca entreabierta muestra sus dientes poco ha tan poderosos y temibles, y con los cuales pueden jugar ahora mis dedos impunemente. En fin, gracias á Dios! helo aquí tendido so-

bre la piedra, que al menos le servirá de lecho mortuorio, lecho magnífico, imperial, abrigado bajo la cúpula embalsamada de un espino albar en flor. En rededor se elevan algunas matas altas que inclinan con melancolía el estremo de sus tallos sobre el catafalco, como para llorar, mientras que multitud de violetas ocultas entre el césped, levantan tímidamente sus cabezas, y exhalan, á guisa de incienso, sus perfumes.

Mientras que arrodillada sobre la yerba y con la cabeza reclinada sobre mi hombro, miraba Margarita el pobre muerto, sonaron al rededor del lecho fúnebre dos susurros de naturaleza bien distinta. El uno, que se parecia al sonido lejano de una campana, lo causaba una moscarda que revoleteaba por encima del topo; el otro, agudo y chillon, se asemejaba al seco retintin de un timbal destemplado. Todavia no podiamos distinguir bien la forma del insecto que lo producia, pero veiamos que perseguia violenta y obstinadamente á la moscarda. Seguíala en todas sus evoluciones, la ostigaba y fatigaba. La moscarda no parecia dispuesta á ceder: huia delante de su enemigo; pero con insolencia; le provocaba, le atraia sin cesar hácia el topo; poníase en la cabeza del cadáver durante un segundo, y de pronto recobraba su vuelo y su canto monotono, se elevaba en el aire, y evidentemente se burlaba de su adversario.

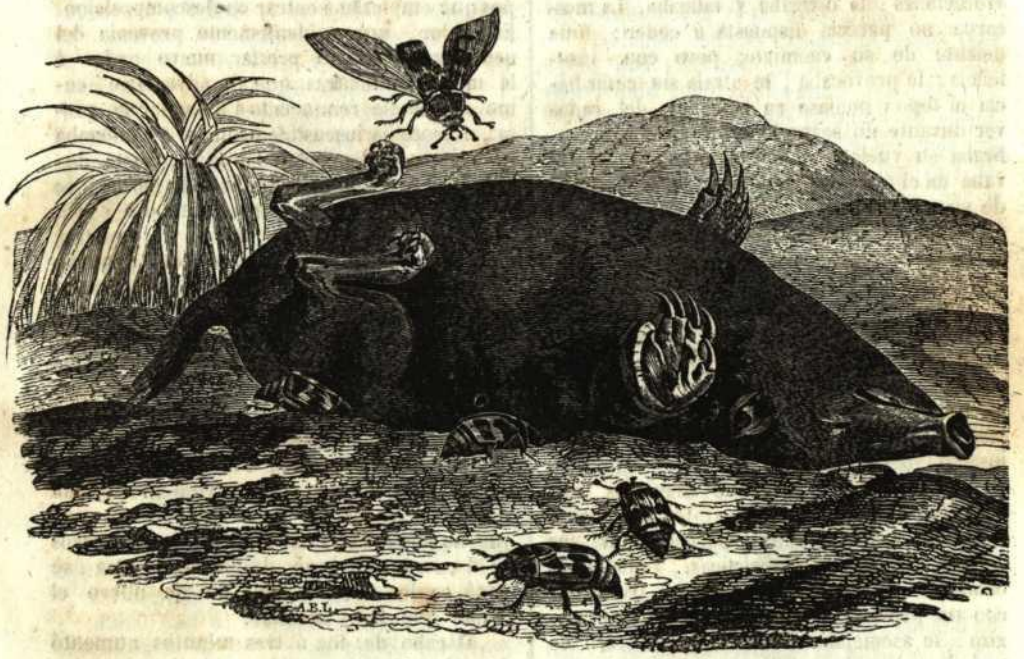
Viendo el insecto cuan imposible le era alcanzar á la moscarda que triunfaba como los partos, huyendo, cambió al fin de táctica, se precipitó sobre el topo, y se acampó en medio de su vientre, porque el pobre animalito estaba tendido boca arriba, y allí permaneció pronto á elevarse de nuevo en los aires. En esta posicion, no era posible distinguir todavia las formas reales del insecto; pero pasados uno ó dos minutos, viendo que la moscarda se mantenia retirada, desplegó todo su aparato aereonauta y entonces distinguimos perfectamente sus formas raras y características. Tenia unas ocho líneas de largo, y su cabeza triangular con un penacho de dos antenas de color rogizo, se asemejaba á un viejo sombrero de tres picos, raido por la intemperie de las estaciones y por un uso demasiado frecuente y prolongado. Sus alas de un negro parduzco, cuadradas y tronchadas en sus estremidades de suerte que dejaban descubierto una parte de su grueso abdomen, se parecia sin exageracion á una levita vieja, cuyas espaldas hubiesen compuesto á espensas de los faldones. Sus seis patas largas, delgadas y desmadejadas, añadian algo mas al conjunto pobre, raido y mezquino de su estraña figura. Conocí al momento era un necróforo. (*Necrophorus.*)

Entretanto la moscarda despues de haber cobrado aliento y descansado algunos instantes, volvió de nuevo á la carga renovando el combate. Arrojábase sobre el topo, se elevaba en los aires, abandonaba el campo, volvia á él, aparecia y desaparecia, y fatigaba á su enemigo con una rara inteligencia. Este último iba y venia sobre el cadaver, cuya posesion habia tomado. Sus antenas al viento, sus cuatro primeras patas prontas á asir su presa, abria y cerraba, en señal de amenaza, sus poderosas mandíbulas. Al mismo tiempo una ráfaga de viento trajo al sitio donde nos hallábamos, que era á siete ú ocho pasos del lugar de la escena, un falso olor de almizcle desagradable, nauseabundo, y semejante al que exhalan á menudo ciertos cuerpos que empiezan á entrar en descomposicion. Este olor, que evidentemente provenia del necróforo, pareció prestar nuevo ardor á la mosca; mientras que su adversario, como si hubiese renunciado á defender su presa, retrocedia insensiblemente, y abandonaba paso á paso el cuerpo del topo, hasta desaparecer del todo. Triunfante la mosca, se arrojó bruscamente sobre el topo, y sin precaucion alguna se puso á registrar con su trompa las narices del pequeño cuadrúpedo. Cuando mas engolfada estaba bebiendo la sangre del topo, el necróforo que habia permanecido oculto debajo del cadáver, salió sigilosamente, se deslizó detras de la que no pensaba en él, la aprisionó en sus temibles garras, la asesinó, en fin, sepultando en su cuerpo sus cortantes mandíbulas, que manejaba á la manera de unas tijeras de jardinero, y la arrojó moribunda al pie de la piedra. En seguida, seguro de que no depositaria la moscarda sus huevos en el cuerpo del topo, desplegó sus alas, se elevó en los aires y dejó oir de nuevo el sonido que le es peculiar.

Al cabo de dos ó tres minutos aumentó el ruido: otros necróforos batian sus alas al lado del primero, y en breve se hallaron reunidos cinco de aquellos insectos, revoleteando á unos quince pies del suelo. Entonces bajaron cerca del topo y formaron un círculo al rededor del catafalco. De pronto desaparecieron los cinco, sin que pudiése-

mos saber qué habia sido de ellos. Asi, pues, dejamos de ocuparnos del topo y nos pusimos á mirar en el agua dos chinches acuáticas que se disputaban un pequeño cárabe. Luego que uno de los combatientes quedó triunfante y se halló con dos presas para alimentarse, el cárabe y su muerto compañero, dirigí maquinalmente la vista al topo. Juzgad de mi sorpresa y de la de Margarita, al ver que el pequeño animal no estaba ya en la piedra! Creí que el topo habia recobrado el conocimiento, y que se habia aprovechado de su resurreccion para volver á buscar su galeria subterránea. En efecto, le vimos á cuatro ó cinco pasos de la piedra, pero muerto y en la misma actitud que antes. Sin embargo, se movia y adelantaba por leves movimientos uniformes y acelerados. De pronto se detuvo, un grueso tallo de un cardo le obstruia el camino. Entonces vimos salir de debajo del topo un necróforo, que despues de haber examinado el obstáculo que se oponia á su marcha desapareció por un momento, volvió en seguida con seis de sus compañeros, tocó con sus entenas las de cada uno, y todos fueron á ocupar otra vez su puesto debajo del muerto. El convoy se puso en movimiento, rodeó con mucha habilidad el pie del cardo, y continuó tranquilamente su viage hasta llegar al pie de un árbol que cubria con su sombra una tierra movediza y algo húmeda. Allí se detuvo, y ningun otro movimiento vimos que hiciese el topo.

Diez minutos transcurrieron, y ya iba á levantarme para ver por qué causa se habian alejado los necróforos de la presa que con tanto trabajo y por una combinacion tan maravillosa de su industria y de su fuerza habian llevado junto al árbol, cuando noté levantarse al rededor del topo un leve polvo: cada grano resplandecia al sol y parecia rodear al difunto de una aureola. Figurándome que no se trataria de su apoteosis, me aproximé silenciosamente; pero tales eran la preocupacion y ardor de los trabajadores que no les hubiera distraido de su tarea un ruido mas fuerte que el de mis



Necróforos enterrando un Topo.

pasos, ni un peligro mas real que mi curioso espionaje.

Situados debajo del topo al cual sostenian con la ayuda de sus cabezas planas, unidas al cuerpo por medio de músculos robustos, los enterradores (1) cababan la tierra con sus patas delanteras. Estas patas, anchas por sus estremidades, y terminadas en uñas, les sirven maravillosamente de pala y de espiocha. Levantaban el cuerpo tan pronto adelante como atras, y cababan siempre, con el fin de sepultar el cadáver cada vez mas. Si alguna cosa detenia los progresos de la fosa, un necróforo, siempre el mismo, el vencedor de la moscarda, y que á mi entender era el gefe de la banda, dejaba por un momento los peones y salia á observar lo que impedia que continuasen las operaciones. Bastábale una ojeada para comprender las causas del obstáculo, y dos segundos de meditacion le sugerian el modo de allanarlo. Volvia á ponerse á la cabeza de los trabajadores, y entonces cortaban y llevaban lejos de aquel lugar la raiz tuberculosa que impedia que el topo fuese sepultándose, ó bien si se trataba de alguna piedra, sacaban esta, y uno ó dos necróforos, segun su peso, la separaban. Por lo demas ninguna señal de pereza, ni la menor detencion se notaba en la obra comenzada. Tres horas de trabajo no habian bastado á mitigar su ardor; y guardando la debida proporcion, ante semejante trabajo hubieran sucumbido cinco hombres, porque entre las dimensiones de un topo y las de un necróforo hay la misma diferencia que existe entre un hombre y un elefante de los mayores. Y siendo esto asi, mucho dudo que en dos horas hubieran podido cinco hombres trasportar un elefante á larga distancia, abrirle una zanja y enterrarlo.

Los necróforos habian hecho todo esto; no solo habia continuado el cadáver ahondándose, sino que se hallaba ya bajo el nivel de la tierra; los bordes del sepulcro sobresalian en su alrededor. Entonces, la alegria de mis enterradores no conoció límites; reuniéronse sobre el vientre del topo; entregáronse á mil estravagancias, y empezaron una fiesta á la que solo faltaba el vino para que sobrepujase en locuras á las cenas mas desenfrenadas de Heliogábalo.

De repente cesó el ruido, se calmó el delirio de las pasiones, los necróforos replegaron sus alas, y á una señal de su gefe, todos se pusieron á trabajar de nuevo. Cubrieron con tierra el cadáver que acababan de profanar, y llevaron á cabo esta obra con tanta prontitud y cuidado, que despues de haberlos visto volar ó deslizarse entre la yerba nos costó trabajo reconocer el sitio donde habian enterrado el topo. Antes de alejarse habian esparcido polvo seco sobre la tierra húmeda y echado aquí y allí, matas de césped y pedacitos de paja que ocultaban completamente su trabajo. Por lo que hace á la tierra que sobraba y cuya porcion hubiera podido indicar á otros insectos el sitio en que yacia el cadáver, fue trasladada á siete ú ocho pasos de allí, y esparcida de suerte que pudiese engañar la mirada mas perspicaz.

Margarita y yo hemos recordado muchas veces los incidentes de aquel drama estraño que habia pasado á nuestra vista, y se habia verificado en el polvo por algunos pobres insectos sobre los cuales Dios habia dejado caer un rayo de su inteligencia. Si algunos trabajos de historia natural han valido cierta fama á Goëthe, os repito que todo lo debo á aquella mañana. ¡No habria yo sido un ingrato si no hubiese procurado leer por completo el magnífico libro de la naturaleza, del cual la Providencia me habia mostrado una página tan maravillosa!

—Por qué los necróforos se daban tanta prisa en sepultar su comida? preguntó Alma, que colocada entre las piernas de su abuelo habia oido su relacion con mucha atencion y sin separar de él sus grandes ojos.

—Haz esa pregunta al doctor, hija mia! Yo me siento muy fatigado.

—Vamos, decídmelo, doctor! dijo la niña saltando sobre las rodillas de Miger.

—Con mucho gusto, querida. Para conocer el secreto de ese misterio, seria necesario visitar diariamente y con mucha precaucion la zanja del animal enterrado por los necróforos. Apenas transcurriria una semana, cuando verias á una familia de necróforos deslizarse furtivamente sobre el topo enterrado; escabar la tierra y abrir un agujerito redondo. En seguida meteria su abdomen en este agujero pondria sus huevos sobre el topo, cerraria la abertura con minuciosas precauciones, y desapareceria.

En breve llegaria otra familia y haria otro tanto; con la diferencia que escarbaria al lado de los pequeños pozos abiertos y vueltos á tapar por su predecesora. Nunca suce-

(1) Los necróforos se conocen tambien con este nombre.

de que ninguna se equivoque y ponga sus huevos donde otra los haya puesto. Ordinariamente entre cada cinco *enterradores* se cuentan tres hembras: tres hembras vendrán solamente á poner en el osario que les pertenece. Jamas la hembra del necróforo usurpa para su cria una parte en una presa que no le pertenezca, porque, sin duda la esquisita organizacion de sus sentidos le enseña que allí yace un cadáver enterrado por otros insectos de su especie.

Al cabo de doce ó quince dias si se destapa la zanja donde han puesto los necróforos, se hallarán larvas blancas en forma de uso, y de unas 15 á 20 líneas de largo cuando mas. En cada uno de los anillos de su cuerpo hay una mancha transversal y proeminente, de color de naranja y guarnecida de cuatro espinas, las que ayudan, sin duda á la locomocion de estos embriones de insectos que no han recibido de la naturaleza sino unas patas estremadamente débiles. En cambio poseen unas quijadas temibles, que no ceden en fuerza ni por lo que cortan á las mandíbulas de los necróforos ya formados. Nada iguala á su voracidad; devoran las carnes medio podridas del animal en cuyo cuerpo han nacido, no perdonan la piel ni los tendones, y hasta quebrantan los huesos pequeños. Luego que crecen y su piel les está ya muy estrecha, se desembarazan de ella, como de un vestido incómodo, y se preparan para pasar al estado de ninfas. Para verificar sin peligro esta transformacion se ocultan bajo la armazon del animal en que han nacido, y se revisten con una toga bien lisa, con la cual permanecen hasta el dia en que se convierten en verdaderos necróforos. Entonces rompen su envoltura, ensayan sus fuerzas, horadan la tierra, vuelan, y se asocian á otros necróforos para preparar á su progenie un asilo semejante al que ellos debieron á sus padres.

Asi concluyó el doctor Miger, y poniendo la niña en el suelo estrechó la mano de Goëthe, saludó á la hija del ilustre poeta, y subió á caballo para volver á Francfort. Luego que llegó á su casa, á pesar del cansancio del camino y de su caida en el pantano se sentó delante de su escritorio y escribió de corrido y en latin una larga memoria sobre los hidrófilos marginados. Al dia siguiente la imprimió y publicó, lo cual desesperó al naturalista Gast que escribia muy descansadamente su disertacion sobre aquellos raros insectos muy convencido de que era el único que poseia la preciosa muestra de ellos.

T. por C. F.

MEMORIAS DE IOUSOUF.



Iousouf (dice un escritor frances que ha escrito una relacion de la vida de este personage), que tanto ha figurado en la lucha que sostienen los franceses en el Africa, Iousouf, hermoso como Malek-Adel, y no menos intrépido que este amante de Matilde, es el hombre que las circunstancias han traido á nuestro campo, pudiendo figurar entre los cuentos árabes la historia de su vida aventurera.

Es italiano de nacimiento, habiendo nacido en la isla de Elba; tomado por un corsario africano fue llevado esclavo á Túnez, donde le compró el Bey, cuya aficion se grangeó tanto, que vino á ser su favorito.

Crecia Iousouf, y habiendo echado de ver el bey su raro entendimiento, le dió un empleo en su serrallo y le admitió entre los mamelucos.

Pero el bey tenia una hija, hermosa como las *huries*, sus cabellos eran negros y suaves como una seda, su boca de rosa, su cutis trasparente, y esta hija causó la desgracia del favorito. Iousouf y Zurla se profesaban el amor mas tierno, cuando la ze-

losa rabia de un griego vino à turbar su felicidad. Veíanse los dos amantes en el terrado del harem, y pasaban alli las noches enteras acostados en alfombras de oriente; sabia el griego que Zurla estaba con Iousouf, pero ignoraba el sitio en que se reunian, hasta que un esclavo infiel se lo descubrió á Saled, y la dichosa pareja se vie perdida.

Salia la aurora vertiendo oro y azul, y Iousouf daba ya á Zurla el último beso de amor, cuando repentinamente se presenta el griego en el terrado; su vista petrificó á los dos amantes. ¡Corred! ¡corred! esclamó Saled, y vereis á la hija de nuestro amo en brazos de un giaour renegado, ¡corred! La resistencia era inútil, y Iousouf acudió á la astucia Se echó á los pies del pérfido griego, y le prometió un saco de mil cequies al mes mientras viviese, si guardaba silencio Dame todas las joyas de tu amante en prendas de tu promesa, respondió Saled. Inmediatamente se quitó sus diamantes la tierna Zurla y se los entregó al griego.

Saled iba á buscar todos los meses el precio de su silencio; pero Iousouf al cabo de un año de comprarle tan caro, resolvió deshacerse de él, y he aqui como se compuso.

Llegó una vez el griego al término señalado, tomó su saco, empezó á contar los cequies uno por uno diciendo con la cabeza baja y dobladas las rodillas, uno, dos, tres, cua..... no pudo continuar; su cabeza estaba ya rodando por el cuarto, disforme y sangrienta..... Un cuarto de círculo descrito por un sable acababa de concluir la cuenta del codicioso griego. Apenas se verificó esta terrible ejecucion, cojió Iousouf el cuerpo, clavó en él su yatagan, y arrancándole las entrañas, y poniendo en su lugar varias sustancias corrosivas, le ocultó en un hueco hecho de intento en la pared del cuarto.

Despues que hubo lavado, perfumado y cerrado el sitio en que estaba el cadáver, envió á su amante una caja que contenia dentro un ojo, una mano, una lengua y una carta en estos términos.

«Ahí te envio el ojo que te vió, la mano que te tocó, y la lengua que te ha profanado.»

El ojo, la mano y la lengua eran del miserable Saled.

El griego, empero, era porta-pipa del bey; y su desaparicion pareció haber hecho impresion en su amo; echólo de ver el esclavo que proporcionó á Saled sorprender á los dos amantes, y creyó que se le ofrecia una ocasion de ganarle la voluntad, diciendo aquella misma noche en el palacio que el porta-pipa habia entrado en casa del favorito y que no habia vuelto á salir. Se hicieron pesquisas en el cuarto de Iousouf y al cabo de una hora de andar buscando, dieron con el cadáver mutilado del contador de cequies.

Iousouf egercia el cargo de tesorero, y esto le habia obligado á salir aquella misma mañana á recojer las contribuciones en varios pueblos, feliz casualidad que le salvó la vida.

En efecto, decretóse al momento su muerte, y Zurla, que velaba sobre los dias de su amante, tomó cuantos diamantes y oro pudo llevarse y se marchó á buscar á Iousouf.

Llegado esto à noticia del bey envió en seguimiento de los fugitivos un destacamento de mamelucos, con órden de que se los trajeran muertos ó vivos, los cuales les alcanzaron á eso de las cinco de la mañana.

Los dos amantes estaban acostados descuidadamente en un lecho de flores, cuando el silbido de las balas les dió á entender que estaban vendidos. Iousouf se montó en su corcel y esperó fieramente sable en mano á los mamelucos.

Mas de una hora se estuvo batiendo contra treinta, pero estenuado por último de cansancio y atravesado de dos balazos, bajóse del caballo, se hincó de rodillas, y haciendo su última oracion al Eterno, entregó su cabeza á los verdugos. Pero el torbo gefe de los mamelucos mandó atar á los dos amantes y llevarlos á Túnez, adonde llegaron cuando ya el bey acababa de dar garrote al esclavo denunciador en castigo de su indiscrecion.

Cedió primeramente el principe á un movimiento de ternura paterna que debia ¡ay! durar muy poco, perdonó á su hija, pero Iousouf fue puesto en un calabozo esperando se preparase su suplicio que era morir empalado.

El amor sin embargo es muy ingenioso y una muger como Zurla tenia que morir ó salvar á su amante. La noche que siguió al arresto de Iousouf, se desprendió de su oro y de sus diamantes, y se lo ofreció à los guardas de la carcel, prometiéndoles doble mas si querian dejarle libre. Una sonrisa feroz, pero afirmativa de estos, dió á entender que abririan las puertas á la hora que señalase Zurla. ¡A las dos de la mañana! respondió esta, y los feroces mudos repitieron con los dedos: ¡á las dos!

Ligera como la gacela del desierto, la hermosa jóven se retiró respirando amor y felicidad y esperando el momento de tener á su amante estrechado entre sus brazos. ¡Vana esperanza! La tierna Zurla no debia ya volver à ver à Iousouf.

Arrepentido el bey de haber perdonado à su hija, ahogó en su pecho los dulces sentimientos de padre, que al principio no pudiera contener, y la mandó coser dentro de un saco de cuero, y arrojarla despues al mar.

Pero ignorando los mudos la suerte de Zurla, y habiendo ya recibido cuanto ella les habia prometido, pusieron á Iousouf en libertad.

Hallàndose este infeliz herido y derramando sangre, no dudó andar mucho tiempo, y cayó tendido boca abajo junto à una mezquita; mas un morabito que iba alli á orar, reparó en un hombre que estaba arrojado en el suelo en un estado desastroso, le cargó sobre sus espaldas y se lo llevó á su casa que, era un asilo inviolable.

Todo Túnez hablaba del suceso, y no habia nadie que hiciese comentarios sobre la evasion del favorito; decian unos que Mahomet le habia hecho desaparecer durante la noche; otros que ignoraban la suerte de Zurla, pretendian que habia ganado á los guardias y escapádose con él; otros, en fin, sostenian que el bey les habia perdonado. Solo este último penetró el secreto, y en su consecuencia mandó cortar la cabeza á los cuatro mudos.

Iousouf contó al fiel morabito las aventuras de su vida, y al acabar su relacion, vino à espirar en sus labios el nombre de Zurla, pero el musulman guardó un profundo silencio sobre la suerte de esta desventurada.

Apenas sanó de sus heridas el jóven tunecino adoptivo, le llevó el morabito á una legua de la ciudad, dióle una bolsa con veinte piastras, un caballo y un libro del Coran. Quiso Iousouf hablarle otra vez de Zurla; pero Assan le dijo: Vete, jóven; en este momento ya es dichosa.

Argel, la santa ciudad, Argel, terror de los navegantes y asilo de viles piratas, acababa de sucumbir con aplausos de la Francia y de toda la cristiandad; todos los pechos generosos proclamaban la gloria de los soldados franceses, y saludaban en ellos á los dignos hijos de los vencedores de Marengo y Austerlitz.

Acababan de apagarse los fuegos de los vívaques franceses, el aire estaba embalsamado, y en la cresta de las montañas se distinguia un vapor azul celeste, cuando un oficial de las avanzadas vió á la claridad de la luna adelantarse hácia el campo á un ginete turco. Su caballo, lleno de espuma, con la crin desordenada y su nariz humeante, indicaba que su amo acababa de hacerle correr en poco tiempo una larga distancia. A la voz de ¿quién vive? respondió el ginete: «Mameluco, amigo de los franceses.» Era Iousouf.

Presentáronle al general en gefe, à quien contó su huida de Túnez y los sucesos que le habian obligado à dejar esta ciudad, y añadió: «Quiero consagrar mi vida al servicio de la Francia, quiero sacrificarle mi sangre, mi juventud y mi suerte, quiero ser uno de sus valientes, y merecer una noble adopcion; y ademas, ¿no soy yo frances? Sí, lo soy (y en sus ojos brillaba un ardiente entusiasmo); si, lo soy, porque vi por primera vez la luz en la isla de Elba! ¡Soy frances porque allí ha reynado el grande Emperador!»

Estimando el general en gefe la nobleza de estos sentimientos, hizo al mameluco intérprete del ejército; pero Iousouf no era para esto; lo que él necesitaba era un sable, pistolas y pólvora; lo que él necesitaba era un arrogante corcel que fuese el digno compañero de su valor y de las cabezas árabes colgadas en el arzon de su silla lo que él deseaba era conseguir su bautismo!... Todo lo alcanzó con su valor y su audacia, y el mariscal Clausel le hizo capitan del primer cuerpo auxiliar que se formó en Africa.

Entretanto el general en gefe meditaba la toma de Bona, que habíamos tenido que abandonar por la traicion del bey Ibrahim, y la mortandad de los zuaves. Queria dos hombres hábiles y de una intrepidez conocida, y puso los ojos en Iousouf y en otro valiente à quien quiero dar à conocer; hablo del capitan de artilleria d'Armandy. Sigamos à estos dos hombres que van solos à tomar esta ciudad.

El bey Ibrahim, lleno de remordimientos, ó temiendo por mejor decir, la venganza de la Francia, á quien acababa de vender, envió á hacer proposiciones al general en gefe, mientras que este, como acabo de decir, pensaba en reconquistar la ciudad. El mariscal hizo salir à M. d'Armandy con plenos poderes, eleccion tanto

mas acertada, cuanto que este militar era agente consular de la ciudad de Bona, cuando la mortandad de los zuaves. D'Armandy llegó cerca del bey escoltado por un oficial y dos artilleros; pero mientras estaban conferenciando en la ciudadela sin llegar à entenderse, acometia la ciudad un ejército de constantineses à las órdenes de Ben-e-Yssa, nuevo enemigo de la Francia y de Ibrahim.

Bloqueada la ciudadela, quedaron interceptadas las comunicaciones, y en su consecuencia faltaron los víveres. D'Armandy despachó un buque al general en gefe para pedírselos, insistiendo especialmente en que Iousouf fuera á reunírsele cuanto antes.

El mameluco salió en la goleta la *Bearnesa*, su capitan Freart, el cual tenia órden de desembarcarle en la costa, y escoltar el convoy destinado à la ciudadela.

Llegado que hubo Iousouf á la plaza, corre cerca del bey, y le dirije estas notables palabras delante de diez ó doce turcos que estaban á su devocion: Tú has vendido á la Francia, y la Francia quiere tomar venganza de tu traicion; yo, que soy su enviado, vengo á decirte en su nombre, que es menester que mueras ó que dejes inmediatamente la plaza. Respondióle furioso Ibrahim: Si estás una hora mas en mi territorio, te mandaré cortar la cabeza. Y yo, replicó el fiero mameluco, puedo anunciarte, que si me tocas à un pelo de mi barba, el Rey de Francia te hará inmediatamente hacer cuartos. Mudó á esto de color el rebelde; pero mandó á sus turcos que prendieran á Iousouf: desenvainaron sus sables, pero d'Armandy y Iousouf tenian desnudos los suyos, y la lucha iba á principiar. Entonces Iousouf corre á un turco con la rapidez del rayo, y le derriba la cabeza, ¡derriba dos, tres!

Y entretanto Ibrahim, mudo y medio desenvainado el yatagan, tuvo que quedarse clavado en la pared por las dos pistolas de d'Armandy que le magnetiza con sus ojos de fuego.

El bey y sus esclavos imploran perdon y salen de la ciudadela en número de 30 y van à refugiarse en las montañas.

Entre los turcos que quisieron quedarse en la ciudadela unos eran enemigos, otros amigos dudosos, y otros amigos seguros; porque d'Armandy, que hablaba perfectamente el árabe, habia sabido ganarlos durante su permanencia entre ellos. ¿Pero qué podian hacer dos hombres contra 30 que habian sido sorprendidos por el miedo, pero que podian de un momento á otro recobrarse de su terror? Absolutamente nada; túvose pues un consejo, y se resolvió que se iria á pedir al capitan Freart un refuerzo de marinos para tomar la plaza à viva fuerza. Antes de salir se previno á los turcos con quiénes se podia contar, y se les mandó que se encontraran junto à la puerta de entrada, la noche señalada para la egecucion del proyecto, que lo fue la del dia siguiente.

Juntóse el consejo de guerra, y se decidió que irian dos cortos destacamentos de marina á las órdenes de dos valientes jóvenes, los dos tenientes de fragata Ducouedic y Conulhier, por dos diferentes caminos à los muros de la ciudadela; salieron y entretanto Iousouf, d'Armandy y los tres artilleros tomaron el camino de la puerta de entrada. Pero al verlos los turcos enemigos que estaban en la muralla, les dispararon algunos tiros que obligaron á nuestros guerreros á refugiarse en los aloes hasta la noche; llegó esta, la puerta fue abierta, y la espuela del mameluco resonó sobre las piedras de la ciudadela.

Los oficiales Ducouedic y Conulhier estaban con sus catorce marinos bajo los muros de la ciudadela en el ángulo menos elevado, y esperaban la señal del escalamiento, porque era menester otro combate para reducir á los turcos no convenidos.

Iousouf contuvo con su audacia y su presencia de espíritu á los enemigos, que quietos y silenciosos con las armas en la mano, no se atrevian á hacer fuego á un hombre solo. D'Armandy y los tres artilleros arrojaron una escala de cuerda á los marinos, que subieron gozosos y alegres á la ciudadela porque iban á combatir.

¡Es menester rendirse, dijo una voz terrible, es menester rendirse! de rodillas! Los turcos; á quienes la desesperacion habia vuelto el valor, respondieron á fusilazos; el combate se empeñó, tres ó cuatro mordian ya el polvo, dos de sus cabezas rodaban por el suelo, y los demas con las manos unidas y la cara en tierra, esclamaban: «¡*Alah, Alah, la ira, Iousouf, Alah!!*» Dios es Dios y Iousouf es su profeta. La bandera francesa sucedió al estandarte verde de Mahomet, y Iousouf mandó á la guarnicion vencida hacer una descarga en su honor: solo uno de ellos se negó!

En una pared blanca del pabellon del bey hay cinco dedos sangrientos puestos alli despues de este suceso, esta sangre no ha sido

borrada, porque es un monumento histórico; es la del turco que rehusó tirar en honor de nuestra bandera.

El dia que siguió à esta memorable noche, disparó el capitan d'Armandy à la ciudad 50 coñonazos para hacer ver à Ben-e-Yssa que la ciudadela habia cambiado de señor, y que era menester evacuarla so pena de ser abrasada. Resolvióse à lo primero, pero antes destruyó à la poblacion amiga de la Francia; incendió las casas, se llevó los habitantes que pudieron seguirle, no dejando en la asolada Bona mas que ancianos y cadáveres.

Pero los constantineses iban à recibir otra leccion.

Mientras que d'Armandy quedaba mandando en la ciudadela,, lousouf con 50 ó 60 turcos que vencidos se habian hecho nuestros aliados, fue à emboscarse por la noche en una casa llamada *Caranverarail*, que está à la izquierda de la puerta de Constantina: allí, mientras d'Armandy hacia fuego á la ciudad, lousouf mataba à boca de jarro á los fugitivos que no tenian mas salida que aquella puerta. Imajínense los gritos de las mugeres y de los niños, los ahullidos de los árabes, el cañoneo de d'Armandy, y el fuego de lousouf, y se formará una idea del espectáculo que se ofreció á los ojos de los vencedores.

Tales son los principales sucesos de este hombre que tan notable se ha hecho en la guerra de Africa. *J. I.*

EL MÚSICO DE HERNIVAL.

A mi parecer una historia toma una gran parte de su interes del paraje mismo en que se cuenta. Referiré la que una tarde me contó un jóven francés en medio de las ruinas del teatro de Pompeya, y á cuyo jóven no he vuelto á ver desde entonces. No recuerdo el motivo de haberme referido esta historia. Principió la conversacion por hablar de las ruinas que nos rodeaban, despues de la Italia, despues de Francia y por último del pueblo natal de mi jóven interlocutor. La historia que se va à leer apareció al fin de la conversacion como una flor que se vé en la extremidad de un tronco sin que se sepa cómo.

En una larga escursion que hice á Normandia, seguia, al declinar un hermoso dia de verano, las repetidas vueltas de una senda que se estendia á manera de una larga serpiente, sobre la verde pradera en que rumiaban echados sobre la yerba diferentes bueyes, cuando à la vuelta de una laguna oí los cadenciosos ecos de un violin, que salian de entre las espesas ramas, y ví al mismo tiempo sobre una colina inmediata un molino de viento, cuyos estendidos brazos azotaban el aire semejantes à las alas de un ave gigantesca. Detrás de los árboles se descubrian algunas columnas de humo; me hallaba en la aldea de Hernival.

Aunque no soy músico, me gusta mucho la música, y el preludio que oí en aquel momento me causó sumo placer! En pocos momentos llegué delante de un enorme castaño que cubria un grande espacio que servia de salon de baile. El castaño estendia sus ramas para cubrir una escena de baile, à que servia de alfombra la menuda grama, que pisaban una multitud de doncellas y mancebos bailando al son de un violin que tocaba un jóven de rostro pálido, que se hallaba subido sobre un tonel.

A poco de haber llegado yo, cesó el baile, y cada uno de los que en él habian tomado parte fue á dejar un sueldo sobre el tonel que servia de pedestal al músico; en seguida se dispusieron otras cuadrillas para entrar en baile.

—¡Daniel! exclamaron todos á una voz; tócanos la música de *Landeriré*.

Esta órden pareció que incomodaba mu-

cho al músico, porque al principio estuvo dudoso en hacerlo, y solo se resolvió á tocar aquella música en vista de las repetidas voces de los que iban à bailar. La música que pedian, como observé despues de oirla ejecutar, era la misma que me habia parecido tan espresiva y sentida al acercarme al baile. Acompañaba á la música una letra cuyo estrivillo era este:

Bailad muchachas,
Que Dios reirá;
Landeriré,
Landerirá.

Yo no podia comprender la tristeza del pobre Daniel. Mientras que tocaba, el aspecto de su semblante, su voz trémula, las gotas de sudor que le caian de la frente, todo parecia dar à entender que cada punto de su violin le arrancaba el corazon. Al concluir la última copla, conocí claramente, á pesar de su empeño en disimular su emocion, que una lágrima se desprendia de sus ojos.

—Hermosa jóven, dije á una que estaba á mi lado, ¿podriais decirme quién es ese músico que toca el violin?

—Es Daniel, me contestó, el músico de Hernival, el prometido de Jacinta la hilandera.

Esta contestacion no satisfizo mi curiosidad, pero fué preciso darme por contento, porque mi jóven principió á bailar un rigodon sin pensar en satisfacer mis curiosas preguntas.

La noche principiaba á oscurecer los contornos de los objetos distantes, y la luna cubria la naturaleza con su velo de gasa plateada, cuando se oyó de repente la campana de la aldea, que en el momento hizo parar á los que bailaban, que se dispersaron por aquella campiña entre murmullos y carcajadas de risa. Solo quedaron allí como inmóviles el castaño, el músico y yo.

Apenas se creyó solo el infeliz músico, dió algunos suspiros, puso el violin debajo del brazo y se encaminó hácia su habitacion. Ya fuese por curiosidad, ya por el interés que me inspiraba, no pude menos de seguirle de lejos. Despues de haber andado un rato, entró en una casa cuya puerta dejó abierta por distraccion. Yo pasé por delante para ver con disimulo lo interior de aquella casa. Una luz que habia sobre una mesa, me dejó ver á una vieja en cuyas faldas depositó el músico lo que habia ganado en el baile. La vieja levantó la cabeza y yo seguí andando para no ser visto; pero al pasar por delante de la ventana ví una mano trémula que parecia bendecirle y oí una voz que pronunciaba estas palabras:

—Daniel, ¡mereceis la felicidad de los ángeles!

Me dirijí á la posada de la aldea, donde pedí de cenar. Mientras el huésped me servia, le pregunté por el músico.

—Qué ¿conoceis á Daniel? es un mozo que para tocar el violin no tiene igual en diez leguas á la redonda. El infeliz ha esperimentado bien pronto las miserias de esta vida. Hace muchos años que amaba á Jacinta la hilandera, que hilaba un lino menos rubio que sus cabellos. El músico la amaba, al menos así se creia, pues él nunca le habia revelado su atrevido pensamiento, y aun ni siquiera le habia dicho aquellas palabras que hacen suspirar de gozo á las muchachas; pero iba todos los dias á verla y á distraerla tocando algun ayre en su violin. La madre de la jóven no llevaba á mal estas frecuentes visitas, porque Jacinta hilando y Daniel tocando su violin, podian pasarlo muy decentemente. Pero el hombre propone y Dios dispone. Jacinta era una muchacha aseada, sana y robusta; daba gusto verla bailar los domingos bajo el gran castaño, con su saya encarnada y su corpiño negro. De pronto ocurrió que se pasaron muchos domingos sin verla en el baile. Parece que le faltaba el aliento cuando hacia algun ejercicio violento: perdia poco á poco sus fuerzas, sus manos se ponian blancas y delicadas como las de una duquesa, y sus vestidos cada vez le estaban mas anchos. El color pálido de su rostro se encendia alguna vez, y sus ojos azules brillaban como estrellas.

Entonces parecia mas bella à los ojos de Daniel. Pero cuando brillan estas rosas sobre las mejillas de las jóvenes, ya puede decirse que la primavera huye y que no verán el invierno.

El músico hizo un viaje á la aldea inmediata, y volvió con un señor vestido de negro con su baston y su anillo. Este señor pulsó á Jacinta, contó sus pulsaciones y miró su reloj; despues le tocó el pecho con un palo hueco; oyendo el ruido, se sonrió, dió una media vuelta y dijo que aquello no era nada, y que todo se quitaria con el tiempo y con una poca de distraccion. Daniel lo acompañó y volvió despues de una hora; sus cabellos estaban desordenados y sus ojos parecian encendidos.

—¿Teneis alguna pena, Sr. Daniel? le preguntó Jacinta; ¡parece que habeis llorado!

—¡Pena!... ¿por qué habia de tenerla ahora que el médico dice que eso no será nada?

—¿Era un médico? pues bien, creo que tiene razon, porque hoy me siento bien, y si quereis acompañarme, iremos á dar un paseo por el campo.

—Con mucho gusto, contestó Daniel.

Jacinta se colgó del brazo de éste y salieron. Era un hermoso dia de primavera, de un temple suave. de estío. Jacinta respiraba con mas desahogo, y durante el paseo empleó mil rodeos para que Daniel le declarase su amor y le hablase de sus proyectos. Cuando el músico, en un instante de ilusion iba á dejar escapar una declaracion, de repente se cubrió el cielo de nubes, cayeron algunas gotas, y Jacinta tuvo frio: se puso pálida, le faltaron las fuerzas, y le costó mucho trabajo volver á su habitacion. Apenas llegó, su madre la llevó á su lecho, donde se le declaró una fuerte calentura y una tos seca y frecuente.

Pasó el verano bastante bien; si su salud no se restablecia, tampoco se empeoraba. Pero cuando llegó el otoño con su viento seco y sus hojas amarillas, hizo la enfermedad rápidos progresos, y la fiebre se hizo casi continua. El músico en su dolor olvidó su amado violin y solo tocaba los domingos á fin de ausiliar á aquella desgraciada familia, pues Jacinta no trabajaba y su madre ya era vieja.

—Señor Daniel, le dijo un dia Jacinta, hace mucho tiempo que no habeis tocado el violin.

—Es cierto, contestó, ya no pienso en eso; pero si quereis os haré una cancion que os tocaré mañana para que baileis un rigodon.

—Hacedla, sí, bailaré ¡ah! será muy bonita... hace tanto tiempo que no he bailado!

Al dia siguiente cuando llegó Daniel, Jacinta estaba adornada con un vestido blanco, teniendo sujetos sus cabellos con una cinta verde.

El músico tomó su violin, y Jacinta bailó sola algunas vueltas, mientras que Daniel cantaba acompañado de su violin una cancion que tenia este estrivillo:

Bailad muchachas,
Que Dios reirá;
Landeriré
Landerirá.

A pocos pasos que dió Jacinta no pudo mantenerse en pie, y Daniel dejó corriendo su violin para sostenerla. Su madre la llevó á la cama, donde se humedecieron sus labios con unas gotas de sangre. Daniel sollozaba como un niño, y ella no pudo hablarle palabra, sino extender la mano sobre los cabellos de su amante.

Desde aquel dia se agravó cada vez mas la pobre Jacinta.

Una tarde que estaba mas agobiada que otras veces por el peso de la enfermedad, dijo á Daniel:

—Creo que me amais, Sr. Daniel, y que en breve, cuando yo muera, tendreis un gran dolor.

—¡Morir!... Daniel se esforzó á tranquilizar á Jacinta con una aparente tranquilidad, pero las palabras se le anudaban en la garganta.

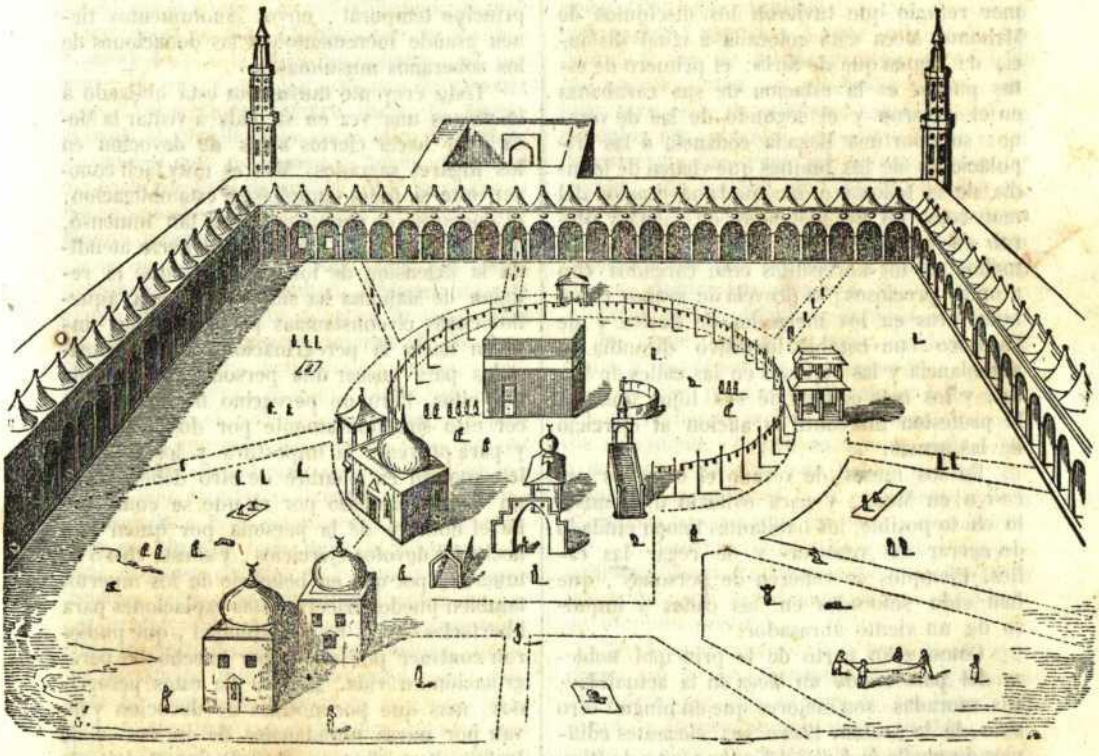
—Cuando yo haya muerto, amigo mio, añadió Jacinta, levantando sus ojos azules humedecidos de lágrimas, venid alguna vez á tocar vuestra cancion sobre mi tumba, y pensad en mí... ¿Me lo prometeis?

Daniel tuvo que salir fuera por no acongojar mas á la infeliz Jacinta... Al dia siguiente halló un cadáver, cuyos pálidos labios parecian expresar una sonrisa. Pero lo mas cruel para el desgraciado mancebo fue, que no habiendo dinero en la casa, se vió obligado á tocar en un baile aquel mismo dia en la aldea inmediata para poder enterrar á su amada Jacinta. Al presente sostiene á la madre de aquella, y este es el único vínculo que lo liga á la vida.»—Acabada esta historia, pagué al huésped de la posada y me salí. Siguiendo una senda que me encaminaba á la aldea inmadiata, y pasando por un cementerio, oí la música del *Landeriré*. Ya fuese la distancia, ya mi imaginacion, me pareció aquel aire de un efecto extraordinario. Llegué al cementerio y hallé al músico sentado al pie de una cruz, á la luz de la luna tocando con una inspiracion profundamente dolorosa. Aquella no era la música que yo habia oido, pues parecia que las cuerdas lloraban bajo el arco á la manera de una voz humana. Cuando me alejé, la última nota que llegó á mis oidos me pareció un temblor largo y convulsivo. ¡Infeliz músico de Hernival!

F. M.

VIAJES.

LA MECA.



El Kaaba.

Meca es una de las ciudades santas que tienen los musulmanes, célebre por las peregrinaciones y por las caravanas de que tan pintorescas, descripciones han hecho muchos escritores. La memoria del profeta y sus lugares predilectos escitan en los secuaces del islamismo la misma veneracion que la tumba del Salvador y los lugares que fueron señalados con sus divinas plantas, promueven en los cristianos.

Meca está situada en un pais tan seco, árido é infecundo, que segun manifiesta el célebre Gibbon, es menester que motivos desconocidos de supersticion guiasen á los que fundaron la ciudad en la eleccion de un lugar que tan poco prometia. Sus casas construidas de piedra y de barro, lo fueron en un llano de media legua de largo y de una milla de ancho, al pie de tres montañas estériles porque son de roca; el agua del pozo santo es amarga y salobre; cerca de la ciudad no hay pastos, y se necesitan trasladar las frutas necesarias de los jardines de Tayef á cosa de veinte leguas de distancia. Ape-

sar de la fama, y del espíritu emprendedor de los koreishites, que reynaron en Meca, y que tan notables se hicieron entre las tribus árabes, su suelo ingrato se resistió á los trabajos del agricultor, y su posicion solo fue favorable para las empresas del comercio. Asi tuvieron relaciones con Abisinia que distaba poco mas de doce leguas, siendo de este modo el pueblo cristiano el primer refugio que tuvieron los discípulos de Mahoma. Meca está colocada á igual distancia de Yemen que de Siria: el primero de estos puntos es la estacion de sus carabanas en el invierno y el segundo de las de verano: su oportuna llegada consuela á las tripulaciones de los buques que vienen de la India de la tediosa é incómoda navegacion del mar rojo. En los mercados de Saana y Merab en los puertos de Oman y Aden, los camellos de los koreishites eran cargados con aromas preciosos; se proveia de granos y manufacturas en los mercados de Bostra y de Damasco: un cambio lucrativo difundia la abundancia y las riquezas en las calles de Meca, y los mas nobles de sus hijos unian á la profesion mercantil la aficion al ejercicio de las armas.

En los meses de verano el calor es excesivo en Meca: y para evitarlo ó atenuarlo en lo posible, los habitantes tienen cuidado de cerrar las ventanas y de regar las calles. Ejemplos se refieren de personas, que han sido sofocadas en las calles á impulso de un viento abrasador.

Como gran parte de la principal nobleza del pais reside en Meca en la actualidad, sus moradas son mejores que en ningun otro sitio de la Arabia. Entre sus elegantes edificios descuella la *Kaba ó Kaaba*: (casa de Dios) que está tenida en alta veneracion por todos desde muy antiguo y aun antes de los dias del profeta. Los cristianos no se atreven á entrar en la ciudad temiendo la preocupacion del pueblo, que piensa que la santidad de su suelo seria profanada, si lo tocasen los pies de los infieles, aunque las leyes de Mahoma no han establecido acerca de esto ninguna prohibicion. Pero este temor racional es à su vez causa de que la multitud en su supersticion crea que una mano invisible y un poder sobrenatural impide à los cristianos aproximarse á su ciudad santa. De aquí dimana que los cristianos de Europa, que han descrito como testigos oculares la ciudad de Meca, hayan sido frecuentemente tenidos por renegados escapados de la dominacion turca. El mahometano tiene tan alta idea de la santidad de la Meca, que la supone extensiva á las inmediaciones de la ciudad: su territorio es sagrado é inviolable, y á cierta distancia de él tiene levantados signos exteriores tanto con este objeto como para avisar al peregrino que debe tomar el modesto traje con que debe penetrar en un lugar sagrado. El gobierno de esta ciudad está confiado à un príncipe temporal, cuyos emolumentos tienen grande incremento por las donaciones de los soberanos musulmanes.

Todo creyente musulman está obligado á lo menos una vez en su vida á visitar la Meca, y á hacer ciertos actos de devocion en los lugares sagrados. Mas es muy fácil conocer que si todos cumpliesen esta obligacion, el concurso de peregrinos seria tan inmenso, que la ciudad no podria contenerlo atendida la extension de los paises en que la religion de Mahoma ha sido introducida. Aquellos cuyas circunstancias particulares les impiden hacer la peregrinacion, están autorizados para buscar una persona que cumpla por ellos. Pero un peregrino no puede hacer esto simultáneamente por dos personas, y para prevenir la impostura y los fraudes, los que van en nombre de otro deben llevar un formal atestado por el que se compruebe el nombre de la persona por quien han hecho los devotos ejercicios, y si esta vive ó ha muerto, por que en beneficio de los muertos tambien pueden hacerse estas expiaciones para libertarles de la responsabilidad, que pudieron contraer por no haber hecho la peregrinacion en vida. Muchos de estos peregrinos, mas que por motivos de devocion y fé, van por miras mundanales de interes y de tráfico. Para obtener el título de «Hadgi» de gran consideracion é importancia entre los turcos, es menester que esten presentes á todas las ceremonias desde su principio, y que no dejen de llenar ninguno de los actos de devocion, que se les prescriben. El título pues de ciudad santa da á Meca gran consideracion, importancia, y riqueza.

La religion mahometana no es realmente otro cosa que una miscelánea muy mal hecha y meditada de la religion judaica y de la cristiana, con varias prácticas del paganismo, vigentes entre los árabes.

Los mahometanos creen en la existencia de un solo Dios, criador del cielo y de la tierra, renumerador de los buenos, y juez severo de los malos, que ha creado el paraiso para recompensar à los unos, y el in-

fierno para castigar à los otros, y que Mahoma es el gran profeta que Dios ha enviado al mundo para enseñar á los hombres el camino de la salud. Creen en el decálogo de Moises, y están obligados á observarle; el viérnes es su dia de fiesta en la semana, como entre los judios y cristianos lo es respectivamente el sábado y domingo: en aquel dia à las doce se reunen en el templo para hacer sus oraciones. Tienen obligacion de orar cinco veces al dia, à saber, por la mañana à mediodia, à la hora de vísperas, al ponerse el sol, y una hora despues de anochecido, volviéndose siempre hàcia la Meca. ayunan el mes llamado entre ellos Ramadán, durante el cual no comen ni beben en todo el dia hasta despues de puesto el sol, pero por la noche comen y beben cuanto quieren, pudiendo mezclar carne y pescado, excepto la carne de puerco y el vino, que les están prohibidos en todo tiempo. Despues de este ayuno tienen la fiesta del gran Bairan, como los cristianos la pascua despues de la cuaresma; son muy inclinados à fundar templos y hospitales, y estan obligados à dar à los pobres el primer dia del año el diezmo de lo que han ganado en todo el año precedente. Creen que despues de haberse lavado bien el cuerpo diciendo alguna oracion acomodada à esta ceremonia, limpian tambien su alma de toda mancha y pecado, lo cual es causa de que se bañen y se laven muchas veces, principalmente antes de hacer oracion. No tienen ningun sacramento, sino la circuncision, la cual reciben sus hijos en cuanto pueden pronunciar estas palabras *la ilha allha Mehemed razoul allha*, que quiere decir: «no hay mas que un solo Dios, y Mahoma es su profreta.» Esta es su profesion de fé; pero es de advertir que no se hace mencion de la circuncision en ninguna parte del Alcoran, y dicen ellos que la observan à imitacion de Abraham cuya ley les fue recomendada por Mahoma. Creen que el Alcoran, como ya queda dicho en su lugar, le fué revelado en diversas veces por el àngel Gabriel en la ciudad de la Meca ó en la de Medina, porque los judios y cristianos habian alterado las santas escrituras y la ley de Dios.

Les es permitido tener cuatro mujeres á la vez, y tantas concubinas cuantas puedan mantener; pueden abandonar sus mujeres cuando les parezca, pagàndoles lo que les han prometido, por el contrato esponsalicio, y volverse à casar si les acomoda; pero las mujeres antes de contraer otro enlace tienen que aguardar hasta cerciorarse que no estan embarazadas: los maridos estan obligados à criar y educar los hijos; tratando los de sus esclavas de la misma manera que los de sus mujeres propias, y todos son tenidos por legítimos.

Tienen templos, hospitales y colegios con buenas rentas, y conventos de religiosos que viven muy ejemplarmente; estos obedecen con mucha sumision à sus superiores, y danzan al son de flautas y otros instrumentos cuando hacen sus oraciones; tienen tambien otra clase de religiosos vagabundos muy ridículos eu su traje, que llevan à veces descubiertas sus carnes por varias partes del cuerpo; son tenidos por santos, y viven de limosnas, que jamas les son negadas: tanto estos como los otros se llaman *dervts*, son conocidos por sus vestidos, y pueden salir y casarse cuando les acomode.

Oran por los difuntos; invocan sus santos, de los cuales tienen un gran catàlogo; sin embargo no creen en el purgatorio, y muchos de ellos juzgan que las almas y los cuerpos permanecen juntos en la tumba hasta el dia del juicio. Tienen en grande veneracion à la Meca y Medina por haber nacido Mahoma en la primera y estar enterrado en la segunda; hacen à ellas grandes peregrinaciones, y tienen la tierra que ocupan por santa; tambien tienen grande respeto à la ciudad de Jerusalen por haber sido cuna y residencia de muchos profetas.

No usan campanas: á la hora de sus oraciones suben los sacerdotes à lo mas alto de una torre que està en uno de los lados del templo y llaman en alta voz al pueblo, cantando ciertos himnos ú oraciones compuestas para este objeto. Tampoco en sus mezquitas se encuentra una sola imágen, ni de pintura, ni de escultura, porque su culto es considerado entre ellos como idolátrico y detestable; tambien estan vigentes entre ellos la mayor parte de las leyes de los judios respecto à la clasificacion y comida de los animales mundos é inmundos, como igualmente la pena del talion y otras sanciones pertenecientes al derecho civil.

La peregrinacion merece que hagamos de ella mencion especial. El Alcoran dice: «cumplid con la peregrinacion que os està mandada, si no os lo impiden vuestros enemigos, ó careceis de los medios necesarios para verificarla: no rasureis vuestras cabezas hasta que llegueis al lugar destinado para los sacrifi-

cios...¡Los que no pueden cumplir con la peregrinacion ó no tengan bienes con que satisfacer los sacrificios prescriptos, ayunarán tres dias durante ella, y despues à la vuelta siete dias mas.. Temed á Dios, y sabed que él no abandona á los que le temen... Los que hagan la peregrinacion á la Meca harán mal en no visitar los dos montes Safa y Merva; los que obedezcan harán bien.»

Esto es lo mas notable que sobre la peregrinacion à la Meca se previene en el Alcorán. No fue esta instituida por Mahoma, como generalmente se cree, sino que fue recibida de los gentiles àrabes, entre los cuales estaba en uso; y si hemos de creer à los escritores mahometanos fue practicada ya por Adan y los antiguos patriarcas y profetas. La peregrinacion es permitida á las mujeres con tal que vayan acompañadas de su marido ú otra persona de confianza; sin este requisito les está prohibido emprenderla. Antes de partir debe lavarse el peregrino, y añadir la sagrada purificacion, de lo cual hablaremos despues; pero bastará la locion, y ponerse dos vestidos nuevos ó lavados, y la taja y el palio, que es la especie de capota de que usan los mahometanos frotándose con flores ó cosas odoríficas si las tuviese, y al orar hacer dos profundas inclinaciones diciendo «¡Oh mi Dios! yo quiero hacer la peregrinacion á la Meca, permite que sea próspera y feliz, y dígnate recibirla de mí.» Despues de haber orado dirá: «Aqui me tienes á tu obediencia.» Si la expedicion la hiciese solo, y no en las caravanas en que van una multitud de devotos, proferirá las mismas palabras con intencion de peregrinar, diciendo «Dios mio, aquí me tienes á tu obediencia..... En la divinidad no tienes compañero. A tí solo te pertenece la dominacion y la felicidad, tu solo debes ser adorado.» No se debe omitir ninguna de estas palabras, aunque se pueden añadir las que se quieran con el mismo objeto. Despues de proferirlas, y dispuesto ya para la sagrada peregrinacion, se abstendrá del uso del matrimonio, y generalmente de toda clase de transgresiones ó pecados. No matará en el camino ningun animal de caza, ni los mostrará á los compañeros por señas ó de otra manera para que los maten. No se pondrá túnica, ni medias, ni turbante, ni cogulla, ni túnica pérsica, ni zapatos, pero si puede calzarse sandalias, cortándolas por los talones. Tampoco puede cubrir su cabeza, ni su cara, ni tocar cosas odoríferas, ni cortarse las uñas, ni afeitarse nada de la barba, ni de la cabeza, ni de otra parte alguna del cuerpo: se les prohibe nsar vestidos de ciertos colores, y si tuviesen que tirarlos por cualquier motivo, es preciso que antes los laven. Despues de hacer oracion y cuantas veces subiese á algun sitio elevado ó descendiese á algun valle, dirá «Aqui me tienes á tu obediencia.

Al entrar en la Meca se dirigirá inmediatamente al templo, y en cuanto lo divise dirá: «No hay mas que un solo Dios, y Mahoma es su profeta.» Despues se pondrá delante de la *piedra negra* (*) para alabar á Dios; elevará sus manos y la tocará con ellas, ó la besará si pudiese llegar á ella sin incomodar á los demas. Despues dejando la capota en el suelo, y principiando por su derecha, dará siete vueltas al templo por el muro que le rodea; las tres primeras marchará con celeridad, las otras cuatro lentamente, teniendo cuidado cada vez que llegue á la *piedra negra* de tocarla con la mano ó besarla; luego entrará en el templo y orará, haciendo dos inclinaciones con todo el cuerpo. Este circuito se llama *el circuito de la llegada* porque se hace á la llegada de los peregrinos aunque no es de necesidad; asi es, que los habitantes de la Meca no suelen hacerlo.

Dspues se pondrá en camino para el monte Safa, inmediato á la ciudad, y en llegando à su cumbre, mirando hácia el templo de la Meca, alabará à Dios diciendo: «No hay mas Dios que Dios," y orarà por el profeta, tambien orará por sus necesidades, y bajarà con paso lento hácia el monte Merva. Al llegar á lo mas profundo del valle principiarà à correr velozmente por espacio de dos millas entre la sombra de los àrboles, haciendo en lo alto de su cumbre lo mismo que ejecutó en el monte Safa, dando despues siete vueltas de uno à otro. Acabada esta ceremonia se volverà à la Meca, y allí permanecerà en clase de peregrino, dando vueltas al rededor del templo cuantas fuesen de su devocion.

El dia antes de beber el agua del pozo Zazan, el Emamo (sacerdote) tiene una oracion para instruir à los peregrinos acerca de otra expedicion al valle de Mina, y sobre la oracion en el monte Arafat. Despues de hacer la oracion de la aurora el dia en que se bebe el agua de este pozo, salen los pere-

(*) Sitio de mucha devocion entre los musulmanes, en la parte exterior del templo.

grinos para el valle de Mina, y allí aguardan hasta despues de la oracion de la aurora del dia siguiente, en que se dirigen al monte Arafat, donde permanecen hasta la caida del sol. El Emamo entonces hace con los peregrinos la oracion meridiana y postmeridiana al mismo tiempo, despues de haberles predicado antes acerca de la oracion y parada en los montes Arafat y Mordalefat, el tiro de las piedras, y el sacrificio de los animales. En el primero de estos montes montado el Emamo sobre su camello, y despues de haberse lavado, reune à su alrededor à los peregrinos y les instruye acerca de los sagrados ritos. Despues de puesto el sol se vuelven á paso lento y cómodo hácia Mordalefat, y en una colina inmediata hacen las oraciones de vísperas y puesta del sol á voz de pregon y en pie. Al apuntar la aurora hacen su correspondiente oracion, y antes de salir el sol se vuelven á poner en camino para el valle de Mina donde se hace la ceremonia *del tiro de las piedras*. Esta ceremonia, bien ridícula y supersticiosa en verdad, está reducida á tirar siete piedras por debajo de las piernas, con las cuales piensan que apedrean al diablo: á cada piedra que tiran alaban á Dios, diciendo: «Aqui me tienes Dios mio á tu obediencia," siendo precisa condicion que esta operacion no se interrumpa. Despues se hace la inmolacion de los animales destinados al sacrificio, y se afeitan la cabeza, ó únicamente se cortan el pelo; pero es mas recomendable lo primero. En aquel mismo dia ó los dos siguientes se vuelven à la Meca, y dan otras siete vueltas al rededor de la mezquita, y es el circuito que se llama de *visitacion*. Si despues del circuito de llegada se corrió velozmente entre el monte Safa y Merva, no hay obligacion de correr en este, y les es lícito desde este iustante usar del matrimonio. El circuito de *visitacion* está establecido en la ley de peregrinacion, y lo mas que puede dilatarse es tres dias; si pasan estos está obligado en satisfaccion á inmolar una víctima.

Son varios los dias destinados para los sacrificios, en los cuales se repite hasta tres veces la ceremonia de *apedrear al diablo*, y últimamente hacen el circuito llamado *sadar ó de la vuelta*, porque concluido pueden ya volverse á su casa, dando por terminada la peregrinacion; este circuito es de necesidad para todos, excepto los habitantes de la Meca. Las mugeres estan obligadas á practicar los mismos ritos que los hombres, excepto el llevar cubierta la cabeza, el no decir en alta voz *¡ Oh Dios mio ! aqui me tienes á tu obediencia*, y el no correr nunca velozmente, ni raparse la cabeza. Estas son las particularidades mas notables de la peregrinacion general, porque hay tambien peregrinaciones particulares que tienen un ceremonial especial por decirlo asi.

Lo que es digno de notarse son las penas establecidas contra el que falta al sin número de preceptos y reglas que tienen que observar los que emprenden la peregrinacion: las penas con que se expían estas faltas son ayunos, limosnas, y ofrendas de animales en sacrificio. Si el peregrino no usa de la clase y color de vestido de ordenanza; si se rae la cabeza ó parte de ella, si no la lleva descubierta, si se corta todas las uñas de pies y manos, ó solo cierto número de ellas; si usa de unguentos ó aguas odoríferas, si lo hace del matrimonio antes del tiempo prescrito, ó antes ó despues de tal y cual ceremonia del primero ó el segundo circuito; si omitió toda ó parte de la carrera en las varias veces que tienen que hacerla, ó no tirase el numero de piedras, y las veces que debe hacerlo..... en estos y otros innumerables casos el peregrino está obligado á ayunar tantos ó cuantos dias; á dar limosnas en tal cantidad ó tal especie de frutos, ó á ofrecer una oveja ó un camello. A veces se le permite la conmutacion de la pena, y si debe *v. g.* una oveja, puede ayunar tantos dias, ó dar tal ó cual limosna.

Si el peregrino mata á la ida ó á la vuelta de la peregrinacion algun animal de caza, sea de intento ó por inadvertencia ó descuido, ó lo muestra á otro para que lo mate, está obligado à la restitucion. Se reduce esta, segun los autores mahometanos, á apreciar el lugar en que fue muerto ó en el inmediato, y si fuese en algun desierto será tasado por un hombre justo é inteligente, quedando entonces à eleccion del matador el ayunar los dias de la tarifa, ó comprar con aquel dinero una oveja, un buey ó un camello para inmolarlos en la Meca, y si el dinero no alcanzase para tanto, comprará con él cierta cantidad de trigo, dátiles ú otros frutos, y lo dará à los pobres. Si únicamente hubiese herido al animal, ó le arrancase plumas, lo encojase &c., está obligado á todo el precio del animal, lo mismo que si le deshiciese el nido, quebrándole los huevos; siendo de advertir que si el pollo estuviese muerto, pagará el precio del animal vivo. Si matase animal, cuya carne

no se come, como un leon, tambien está obligado á la restitucion; pero la tasacion no pasará del precio de una oveja, si interviniesen muchos en la muerte, todos están obligados al precio del animal. Hasta se prohibe al peregrino cortar una espiga, y arrancar árbol ó planta, aunque no sea propiedad particular, y aunque nadie le haya sembrado ni plantado.

Hay tambien estatutos particulares acerca de los que habiendo emprendido la sagrada peregrinacion no pueden continuarla, impedidos por enemigos, por enfermedad ú otras causas: estos cumplirán con enviar una oveja para inmolarla en la Meca, pero si cesa el impedimento debe proseguir la peregrinacion, y visitar los sagrados lugares. Los peregrinos, ó por obligacion ó por devocion, suelen llevar á la Meca, à manera de ofrenda, algun animal, oveja, buey ó camello; pero es preciso que no tengan ninguna clase de imperfeccion, y que vayan adornados con flores, excepto los que se envian por los impedidos en el camino ó en pena de algnn delito.

Parémonos un poco á reflexionar sobre estas célebres peregrinaciones á la Meca, que es una de las pràcticas religiosas mas solemnes entre los mahometanos, y que han llamado la atencion en todos tiempos por lo estraordinario de sus ritos y el gran número de devotos que à ellas concurren. Juzgan los mahometanos, y tienen una especie de vanidad en decirlo que no hay peregrinacion que se parezca à la suya en lo solemne y aparatosa; y tienen razon en cierta manera, porque no la hay que prescriba cosas tan absurdas y ridículas. Es opinion muy constante entre ellos, que esta peregrinacion trae su orígen de Adan, y cuando se les objeta que es imposible, porque el templo de la Meca, segun su Alcoran, fue construido por Abraham é Ismael, se quedan muy satisfechos con decir que el templo que visitó Adan, fue trasladado al cielo por los ángeles antes del diluvio, y que Abraham construyó otro semejante por mandado de Dios, el cual visitó despues el mismo Abraham y los profetas.

Acabamos de hablar de los ritos que se preparan para la peregrinacion; lo que deben observar en la visitacion del templo y otros lugares que tienen por sagrados; de las cosas de que deben abstenerse y de lo que tienen que obtener para el sacrificio que mas bien es una especie de donacion, y desde luego ocurren las reflexiones siguientes. En la preparacion entre algunas cosas laudables y santas, se mezclan muchas otras frívolas y supersticiosas, como son, no ponerse medias ni zapatos, no cubrirse la cabeza ni la cara, no tocar cosas odoríficas, no raerse la cabeza, no cortarse las uñas, y otras fruslerias que mas bien escitan risa que piedad.

Aquella carrera precipitada saltando y moviendo los hombros en el circuito de la Kaaba tiene algo de indecente, y con razon se le prohibe à las mugeres, y es ridículo tambien correr y saltar las tres primeras vueltas, y las cuatro restantes andar lentamente como quien se va paseando. La misma supersticion debe notarse en la visita de los dos montes Zafa y Merva, en los cuales ningun otro vestigio hay de religion, sino que allí estuvieron en otro tiempo los simulacros de los ídolos, que adoraron en otro tiempo los de la Meca. Es tambien por demas supersticioso el tiro de las piedras, con las cuales creen neciamente que apedrean al diablo creyendo por lo mismo que cuanto mas grandes sean mas daño le causan. Parece ser que esta ceremonia la tomaron los árabes idólatras de los indios, idólatras tambien, y Mahoma que la encontró en observancia entre los suyos la estableció por ley de la nueva religion, con la diferencia que entre los idólatras era en honor de Venus. Esto confirma lo que tantas veces hemos dicho, à saber, que la religion mahometana es una fusion del cristianismo, judaismo, é idolatria, y pudiera pensarse con fundamento que Mahoma, que tanto predica en el Alcorán contra la idolatría, no pudo desarraigar ciertos hábitos y supersticiones de aquellos gentiles, ó que tal vez por cálculo juzgó conveniente tolerarlos à trueque de atraerlos hácia su nueva doctrina.

Las cosas que se prohiben en la peregrinacion son tambien ridículas; pero, admírese el lector, no solo se prohibe la muerte de los animales de caza sino tambien la de las moscas, hormigas, langostas y hasta de los piojos; al paso que se permite la del cuervo, el milano, el lobo, la pulga y los mosquitos Los mahometanos para explicar estas bagatelas y contradicciones, dicen que todo tiene su significacion, y que la peregrinacion aun en las cosas mas pequeñas, tiene sus misterios; pero cualquiera se reirá de su peregrinacion y de sus misterios, que todo no es mas que una pura supersticion. La mortandad

de ovejas, bueyes y camellos nada tiene tampoco de sorprendente, sino el excesivo número de víctimas que pareee que llega algunas veces á 300 ó 400 mil; pero ni esto es un sacrificio, porque los mahometanos afirman unánimemente que Mahoma no instituyó ninguno, ni es realmente otra cosa que la provision necesaria para alimentarse aquella inmensa multitud de gentes que ejercen un acto exterior de caridad fraterna, dando à los pobres el sobrante de sus mesas.

Los que nacen durante la peregrinacion son tenidos por nobles, como si fuesen descendientes de Mahoma, y por esta causa procuran los devotos tener prole ó de su propia mujer ó de cualquiera otra, con la que para este efecto contraen matrimonio temporalmente, y dura tan solo el tiempo que permanecen en la Meca.

Es de advertir por fin que esta peregrinacion no se hace solo por devocion y piedad, porque, como dice Gabriel Dremoud, unos tienen por objeto la piedad, otros la especulacion y comercio, y muchos de ellos, los magnantes principalmente, el libertarse de las penas que merecen por algunos delitos; porque esta peregrinacion absuelve de toda culpa, y el que quiera evitarla para no ser cogido, se esconde entre la turba de peregrinos y despues de volver de la Meca, nadie puede perseguirle, á no ser que el gran Sultan quiera á todo trance su cabeza, ó la pena à que se haya hecho acreedor.

Concluiremos este artículo haciendo una breve reseña del templo de la Meca, conocido por los musulmanes con el nombre de *El Harám* ó templo por escelencia.

Compónese de la casa de Dios llamada *la Kaaba*; del pozo de Zemzen; de la *cobbas* ó lugar de Abraham; de los lugares de oracion de los cuatro ritos ortodoxos; de otras dos *cobbas* ó capillas; de un arco aislado en forma de arco triunfal inmediato al lugar de Abraham, y llamado Beb-es-Selem; del *Mombar* ó tribuna del predicador; de una escalera de madera que sirve para subir á la casa de Dios; de un inmenso patio ó plaza rodeado de tres órdenes de arcos; de otros dos mas pequeños rodeados de pórticos; de diez y nueve puertas y siete minaretes, cinco de los cuales son adherentes al edificio y los otros dos colocados fuera del recinto.

La Kaaba ó casa de Dios es una torre cuadrilátera, cuyos lados y ángulos son desiguales; cuya irregularidad desaparece por la grandeza del edificio y por la tela negra que lo cubre. Su altura es de 34 pies.

Para subir á *la Kaaba* durante los dos dias que en el tiempo de la peregrinacion se abre al público hay una escalera de madera montada sobre rodillos de bronce.

El lugar de Abraham forma una especie de cenador paralelógramo, enfrente del punto central de la pared donde está la puerta de *la Kaaba*. La mitad del paralelógramo está rodeada de una hermosa reja de bronce.

El pozo de Zemzen tendrá como unos siete pies y ocho pulgadas de diámetro, y cincuenta y seis pies de profundidad. El brocal es de mármol blanco. Este pozo está encerrado dentro de un edificio.

El *Beb-es-Selem*, es un arco aislado situado casi enfrente del lugar de Abraham y al lado opuesto de *la Kaaba*.

El Mombar ó tribuna del predicador está al lado del lugar de Abraham.

Frente de la puerta del pozo hay dos cobbas ó capillas iguales en forma y dimensiones y ambas terminan en una hermosa cúpula acanalada.

La Kaaba y las piedras de Ismail, colocadas casi en medio del templo, ocupan el centro de una superficie oval que forma una zona sobre la cual andan los peregrinos para dar la vuelta á *la Kaaba*.

Rodea á dicho templo otra superficie elíptica irregular, un pie mas alta que la anterior.

Sobre la grada que forma el limite entre ambas se eleva una hilera de treinta y una columnas delgadas ó pilares de bronce con otro pilar de piedra á cada estremidad.

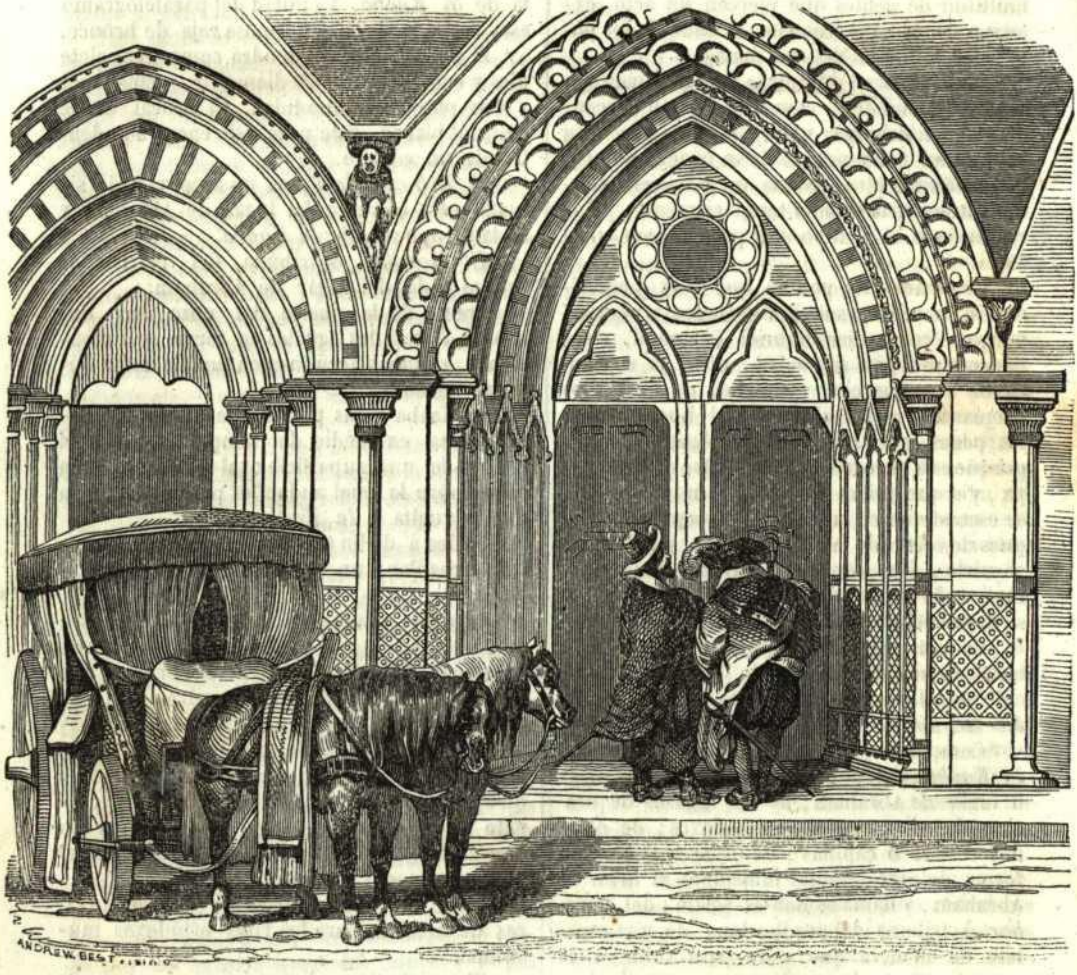
En la parte superior de dichos pilares hay unos pequeños capiteles donde se apoyan varias barras de hierro que pasan de unos á otros y de las cuales hay suspendidas crecido número de lámparas: estas tienen la figura de globo y son de vidrio verde muy grueso y poco transparente.

Sobre el plano esterior se ven los lugares de oracion para los ritos ortodoxos musulmanes.

El templo tiene diez y nueve puertas con treinta y ocho arcos.

J. C.

MARIA.



CAPITULO I.

UNA NOCHE EN UN CONVENTO.

Hácia fines de Enero de 1568, dos hombres embozados en sus ancha capas bajaron de un carruage que se detuvo cerca de la media noche delante de la puerta de la abadia de Ntra. Sra. en Soissons.

El uno de estos dos viageros dió con el aldabon un golpe tan violento, que toda la comunidad se despertó asustada. Mientras que las novicias incorporadas sobre el lecho se preguntaban en voz baja quien podia ser

el que llamaba á tales horas, y mientras la muy noble y muy venerable señora María Mowbray, abadesa, se sentaba inquieta sobre la cama, el aldabon escitó dos ó tres veces mas y con bastante brutalidad la actividad de la hermana tornera. Esta, asustada, entró precipitadamente en la celda de la abadesa, sin que la hubiese llamado el pito de plata de la superiora.

—Mi muy querida madre, esclamó, van á echar abajo las puertas del convento. Dulce Salvador Jesus mio, ¿qué desgracia nos amenaza?

—Ninguna puede amenazarnos, contestó la abadesa. ¿De un año á esta parte no pertenece la ciudad de Soissons al Rey de Francia, que le debe ayuda y proteccion?

Al hablar asi se levantó precipitadamente, se vistió del mismo modo, cubrió su cabeza septuagenaria con el velo sacramental, y bajó acompañada de la tornera. Entretanto seguian llamando cada vez mas fuerte.

—Quién llama asi y á estas horas? preguntó la abadesa.

—Gracias al diablo que han querido al fin respondernos! replicó una voz áspera, acompañando estas palabras con un juramento soldadesco que tenia mucho de blasfemia. Es menester que yo hable al momento á la superiora de la abadía de Ntra. Señora.

—La señora abadesa os está oyendo, dijo temblando la tornera.

Dulcificose un poco la voz del que berreaba detras de la puerta, y pronunció algunas palabras en idioma estrangero.

—Señor Dios mio! esclamó la abadesa turbada hasta lo sumo, abrid pronto, hermana tornera, daos prisa!

Y para excitar mas á la religiosa que habia empezado á descorrer los cerrojos y á meter la llave en la cerradura, repitió:

—Abrid! abrid! en nombre de nuestro Salvador!

Libre la puerta de los innumerables cerrojos que la cerraban, se abrió y dió paso à los dos desconocidos.

—He aqui el depósito que me han encargado os entregue, dijo uno de ellos.

—Y yo os entrego la carta que acompaña ese depósito, añadió el otro.

—Un depósito! à mí! de donde viene? preguntó la superiora asombrada.

—Un noble señor nos la ha confiado sobre nuestro honor y nuestra cabeza, respondió el menos grosero de los dos desconocidos.

En seguida poniendo à los pies de la abadesa, mientras esta tomaba la carta un bulto de mediana dimension, saludaron profundamente, salieron y cerrando la puerta tras sí. Casi al mismo tiempo se oyó el ruido de dos caballos que partian al galope.

Miráronse las mugeres sorprendidas, pero al mismo tiempo, la corriente de aire producida por la puerta, cerrada tan bruscamente apagó la linterna de la tornera, en el momento en que la superiora empezaba à abrir la carta que le habian entregado con circunstancias tan misteriosas.

—Cerrad la puerta, hermana, dijo la abadesa, tomad en seguida ese bulto y llevadle à mi celda.

Mientras que la anciana religiosa buscaba á tientas la escalera, la tornera se bajó para obedecer la órden que acababa de recibir, y sus manos buscaron el bulto que habian dejado los desconocidos. En la oscuridad tropezó con él, y al punto se oyó el lloro de un niño reciennacido. Al oirle la abadesa arrojó un grito en que la sorpresa iba mezclada al espanto. Por lo que hace á la tornera, pensó desfallecer; si se le hubiera aparecido Satanas en persona, no se hubiera asustado tanto.

—Señora, balbució, porque la voz se negaba á salir de su garganta, señora! Dios tenga piedad de nosotras!

Y acompañó estas palabras, que manifestaban su espanto, con la señal de la cruz. El exorcismo, léjos de calmar los gritos de la criatura, pareció que solo habia servido para aumentarlos.

—¿Qué haremos?

—Callaros y seguirme, le dijo la abadesa con tono imperioso levantando la canastilla rodeada de velos que tan bien le daban las apariencias de un objeto inocente.

La abadesa puso su mano sobre la boca del niño y atravesó rápidamente el claustro. De vuelta á su celda se precipitó hácia una luz y abrió la carta que le habian entregado los viageros. Apenas empezó la lectura, sus ojos se inundaron de lágrimas, y tuvo que enjugárselos para poderla concluir. En seguida dijo á la tornera:

—«Hermana tornera, esta niña es un depósito precioso y sagrado que nos ha sido confiado. Debemos dar gracias à Dios por habernos elegido para ejecutar una obra de su misericordia. Esto es todo lo que puedo deciros del mas solemne de los secretos que se haya confiado jamas á mi antigua experiencia. Proporcionaos en los establos la leche necesaria para apagar la sed que hace prorrum-

pir en gritos dolorosos á este ángel. Al ser de dia nos ocuparemos de los medios de buscarle una nodriza, porque esta niña no debe salir del recinto del claustro de Ntra. Sra. Debe crecer, y acaso vivir y morir á la sombra de nuestros protectores y santos muros.»

Todas las ideas de la tornera estaban en desórden, y á pesar del grande deseo que tenia de adivinar el misterio, nada comprendia de lo que via, de lo que oia ni de lo que hacia. Al ir á buscar al establo leche para un reciennacido, se preguntaba si no turbaba su razon algun sueño, y si en efecto estaba despierta. Despues que hizo levantar á los arrendatarios de los establos, no menos asombrados que ella, de verse en tales horas interrumpidos en su sueño por órden de la abadesa, y lo que es mas sorprendente para ordeñar las vacas, volvió á la celda con un jarro de leche tibia. La superiora mecía á la niña sobre sus rodillas, como pudiera haberlo hecho la madre mas tierna, y murmuraba un cántico á guisa de cancion, á fin de apaciguar los gritos de la criatura. La leche tibia produjo mejor efecto que el cántico sagrado; bebióla la niña ávidamente, y poco tardó en dormirse sobre las rodillas de la abadesa, que no se atrevia á moverse á fin de no despertarla, y que permaneció así inmóvil hasta el momento en que las campanas tocaron á maitines. Entonces colocó suavemente á la criaturita sobre su cama y sin detenerse en el contraste que ofrecia la reciennacida niña durmiendo sobre el lecho virginal de una religiosa, se presentó en el coro, donde llamó la atencion no tanto por el fervor de sus oraciones, como por la prisa con que dirigia el oficio de la mañana. Concluido este volvió á su celda, con toda la prontitud que le permitian sus cansadas piernas, que parecian haber encontrado alguna cosa de la viveza de su juventud. Gracias á Dios la niña dormia con un sueño dulce y profundo: sus rosados labios se agitaban dulcemente, como si continuasen todavia bebiendo la leche que acababa de apaciguar su hambre, y habia tanta gracia en los grandes párpados cerrados sobre sus ojos, que la anciana religiosa se conmovió, y esperimentó cierto sentimiento maternal en su corazon, imbuido ya hacia muchos años, en la austera impasibilidad del ascetismo. Lejos de procurar combatir un sentimiento tan dulce y nuevo, se entregó á él sin reserva, y gozó de una alegria indecible, al pensar que iba á ser la protectora de aquel pobre ser abandonado sobre la tierra. Con una inteligencia que no debia esperarse hallar en una muger criada desde su mas tierna edad en un claustro, y que habia visto consumirse lentamente en él sesenta años de su vida, dió las órdenes necesarias para que se cuidase con esmero á la niña, todo bajo su inmediata vigilancia. Por un egoismo de ternura que solo pueden comprender ciertas afecciones de muger, no quiso tomar á una nodriza para criar la niña que la Divina Providencia habia puesto á su cuidado, y decidió que una cabra continuase el oficio que habian empezado las vacas. Ella misma fué á elegir en la manada la mas blanca, la mas nueva y la mas linda de las nodrizas cornudas, y la hizo colocar en un establo que se fabricó inmediato á la celda abadial; finalmente, con una inteligencia que todo lo preveia, y que de todo se hacia cargo, dió las disposiciones necesarias para asegurar los cuidados que reclamaba su hija adoptiva, y la vigilancia personal é inmediata que queria ejercer sobre ella. Una madre no lo hubiera hecho mejor que la abadesa.

Facil es de pensar la novedad que causaria en el convento el alboroto de la noche y las aventuras del dia. La abadesa no habia tomado ni tomaba la menor precaucion para disimular la llegada de la niña en la comunidad de que era superiora. Lo único que permanecia secreto era el origen de aquella niña: respecto á esto, era preciso atenerse á las suposiciones hechas en la comunidad, y á las interminables preguntas que se dirigian á la tornera. Aun para estas pesquizas debian obrar con mucha prudencia, porque asi como sabian que la abadesa no confiaba á nadie sus secretos, tampoco ignoraban que no le gustaba mucho que se ocupasen de ellos. Orgullosa la portera de la importancia que le daba aquella aventura, y ufana de verse objeto de la atencion general, contaba á quien queria oirla hasta la menor circunstancia, la llegada de los desconocidos, la carta misteriosa, y el modo estraño con que habian entregado la niña á la abadesa. Mientras que rodeada de un grupo de novicias, comenzaba por la séptima ú octava vez su inagotable relacion, se presentó de improviso la Madre Mowbray, causando la mayor turbacion al auditorio y á la oradora.

—Hermana tornera, dijo la superiora con el tono frio y sin réplica que acostumbraba emplear con sus ovejas; retiraos á vuestra

celda, donde recitareis veinte veces el *Miserere mei Deus* de rodillas y con los brazos en cruz. De salmo á salmo hareis uso de vuestras disciplinas. Hermanas novicias, vosotras os impondreis la misma penitencia: idos, y pedid á Dios modere la destemplanza de vuestra lengua y el fervor de vuestra curiosidad.

La tornera y las novicias se retiraron confusas y consternadas à sus celdas, donde cumplieron el castigo que les habia impuesto la abadesa en premio de su curiosidad. En breve se divulgó por el claustro la noticia de la manera que tenia la anciana superiora de entibiar la indiscrecion, y esto si no hizo que las conversaciones y suposiciones fuesen menos vivas y frecuentes, hizo que fuesen mas reservadas.

Si la abadesa no permitia que se ocupasen del origen de su pequeña protegida, en cambio dejaba á sus hermanas que la prodigasen sus caricias y cuidados. La niña fue bautizada solemnemente por el Ilmo. Sr. Obispo de Leon en persona.

La abadesa y su confesor el padre Mac Mahon, religioso benedictino, tuvieron á la niña en la pila. Solo estas tres personas supieron los términos en que estaba redactada la fe de bautismo, que escribió el mismo prelado, y la depositó con otros papeles, en una caja de oro sellada con su sello, reservándose ademas la guarda de este depósito. Los padrinos de la niña le dieron por nombre Maria, y la pusieron bajo la proteccion de Ntra. Sra.

Transcurrieron diez y nueve años, al cabo de los cuales la abadesa quedó única dueña de su secreto, porque el Obispo y el religioso benedictino habian muerto. En todo ese largo tiempo no cesó la abadesa de velar sobre su pupila con la solicitud de una madre. Quiso que su educacion fuese muy esmerada, y no parecia en ningun modo destinar á su ahijada á que tomase el velo; pues lejos de esto le daba consejos acerca de la conducta que debia observar en el mundo, y á veces hasta la dejaba entrever una posicion que ni aun en sueños podia figurarse.

Mas sea lo que se quiera, Maria usaba desde el dia de su bautismo el hábito de las novicias de la abadía de Nuestra Señora. Su belleza era estremada; y nada podria dar una idea de la pureza de sus facciones y de la gracia de toda su persona, sino estas palabras de Brantome, que parecian haberse escrito espresamente para ella:

«La blancura de su rostro habia apos-«tado con la de su velo á cual era mas blan-«co; mas al fin la blancura artificial de su «velo perdió, y la nieve de su blanco ros-«tro eclipsó la otra. Ella tenia ademas la voz «estremadamente dulce y sonora.»

Asi, á escepcion de algunas religiosas enemigas de la superiora, todas las demas la amaban y adoraban, y nadie pensaba siquiera envidiarle el favor que gozaba con la abadesa. Sin fijarse nadie en los motivos de esta opinion, se habian acostumbrado á mirar á Maria como una persona superior por su rango à todas las demas de la comunidad, y á quien se debian tributar cuidados especiales y casi casi homenajes.

Maria pasaba una vida tranquila y serena. Algunas veces habia interrogado á la abadesa acerca del misterio de su nacimiento; pero esta la habia suplicado que no procurase penetrar secretos que las circunstancias no le permitian aun revelar. La jóven habia guardado desde entonces silencio: solamente se la veia á veces vagar pensativa en los jardines bajo los espesos árboles de la abadía; pero una palabra de su madrina bastaba casi siempre para volverla la alegria.

Hácia fines del año de 1587, la abadesa de Ntra. Sra. de Soissons cayó en una profunda melancolía. Muy á menudo recibia cartas, con las cuales parecia aumentarse su dolor. Por último, á pesar de su edad, emprendió un viage que duró tres meses, pasados los cuales volvió mas triste y pensativa. Pasaba los dias y las noches al pie del altar, se entregaba á los mas duros ejercicios de penitencia y parecia ocupada de presentimientos horribles: siempre queria que Maria orase á su lado y mezclase con ella sus oraciones.

—Orad, le decia, orad, hija mia, para que Dios desarme su cólera á las súplicas de un ángel puro y ferviente como vos! Orad, Maria, orad, porque amenaza una grande desgracia à la mas digna y virtuosa de las mugeres! Si la cólera del cielo no se aplaca, va á consumarse un crímen sin ejemplo.

A últimos de Febrero recibió la abadesa otra carta; cuya lectura le causó tal impresion que cayó sin conocimiento. Cuando volvió en sí, su razon parecia haberse estraviado. Pronunciaba palabras sin órden y sus labios octogenarios, que solo habian bendecido à Dios, se contrageron para no pronunciar quejas contra el rigor divino. Lágrimas abundantes promovidas por la presencia de

Maria pusieron término á la crísis. La abadesa hizo que Maria se le aproximase, y la estrechó fuertemente contra su seno.

—Hija mia, le dijo, llora porque el crímen se ha cumplido! Llora, porque la Reyna Isabel ha mandado asesinar á su hermana la Reyna Maria Stuard!

—¿Y quienes son la Reyna Maria Stuard y la Reyna Isabel? preguntó Maria sorprendida, porque aquella era la primera vez que oia pronunciar tales nombres.

—La una es una víctima, la otra un verdugo! replicó la abadesa. La una una mártir, la otra una herege! Rogad à Dios, hija mia, que la misericordia divina reciba á la una en su seno, y perdone á la otra y le dé el arrepentimiento que necesita. Rogad, hija mia porque he aqui que llegan dias de duelo y de tribulacion! Orad! porque la mano del Señor se ha estendido sobre la Escocia, mi patria; orad, porque la sangre corre! Ruge la guerra civil, y los hijos dejan matar á sus madres, sin sacar la espada para defenderlas! Orad! porque se necesitan corazones puros que desarmen la cólera divina! Orad, porque hay pobres huérfanas abandonadas, solas en la tierra, sin proteccion, sin apoyo!

Al dia siguiente se celebró en la abadía de Ntra. Sra. de Soissons, asi como en todos los conventos de Francia, un oficio de difuntos por el descanso del alma de Maria Stuard, Reyna de Escocia. María oró entonces con mas fervor que acostumbraba, porque sabia que su madrina era escocesa, y habia visto cuanto dolor le habia causado la noticia de muerte de la augusta mártir.

CAPITULO II.

EL DESTIERRO.

Despues del viage que habia hecho, y sobre todo despues de la fatal noticia de la muerte de la Reyna de Escocia, la abadesa de Ntra. Sra. de Soissons, cedia rápidamente á los achaques de la caducidad, que parecia haberla respetado hasta entonces á pesar de sus ochenta años. Su frente se surcó de profundas arrugas; se estinguió el brillo de sus ojos: sus manos quedaron trémulas é inhábiles, y su voz, poco antes tan pura y sonora, ahora balbuciente y confusa, no producia mas que palabras ininteligibles. En breve fue menester que la llevasen al coro á la hora de los oficios, porque sus piernas paralizadas se negaban á todo movimiento. Solo su alta inteligencia y su incansable actividad de espíritu conservaron su poder. Gobernaba como en otro tiempo, el convento con su firme voluntad, y manifestaba acaso mas energia que antes contra todo lo que tenia visos de querer invadir su poder absoluto. Maria no se ejercitaba en otra cosa que en recibir y llevar á las religiosas las órdenes de la superiora; porque Maria, habia venido á ser el ayudante de campo y la enfermera de su madrina. Velaba á su lado lo mismo de dia que de noche, y le prodigaba todos los cuidados de una ternura filial. Ah! sus esfuerzos no podian ni vencer los progresos de la enfermedad, ni calmar el profundo dolor que consumia á su bienhechora; muy á menudo, y sin motivo aparente, al mirar la religiosa á su ahijada, entregándose à su dolor, prorrumpia en amargo llanto. Atraíala contra su pecho, cubria su frente de besos, é invocaba para ella la misericordia de Dios. Un estado tan violento no debia tardar mucho en gastar la poca fuerza y existencia que quedaba á la octogenaria, y un dia el médico de la abadia, despues de haber pasado media hora á su lado estudiando los síntomas de la enfermedad, le dijo:

—Señora abadesa, siempre me he encomendado á vuestras oraciones en la tierra; espero quo no me olvidareis, y que continuareis mañana intercediendo por mí en la presencia de Dios!

La abadesa miró al médico con la mayor emocion.

—Con que no me engañaba! Dios mio! Debo dejar á la huérfana que no tiene mas apoyo que el mio sobre la tierra. Maria! llamad á Maria! quiero hablarla al instante.

La jóven, que segun su costumbre permanecia en una habitacion inmediata, se presentó al punto.

—Hija mia, le dijo la religiosa con una viva agitacion, hija mia, es menester que hoy mismo en el instante, tomes el velo! Es menester que pronuncies tus votos. Muy á menudo te he dicho que no estabas destinada para el claustro, y no he querido ceder á tus ruegos cuando me has suplicado que te permitiese entrar en la religion. Mas ahora, soy yo quien te lo ruego, quien te lo manda..... Dios mio, dadme algun tiempo mas de vida, para que vea concluida esta ceremonia, y tenga la huérfana un asilo seguro! Que vayan á buscar corriendo al Ilmo.

Sr. Obispo, que le supliquen que venga en nombre de Cristo y de su salvacion! Que venga al punto!

Mientras se cumplian sus órdenes é iban en busca del prelado, la agitacion de la abadesa fue en aumento. Asi que el prelado, supo el peligro en que se hallaba la abadesa y el deseo que habia manifestado de verle se apresuró á llegar al convento: la abadesa estaba casi delirando á impulsos de la fiebre.

—Monseñor! esclamó al punto que le vió; Monseñor, dad en nombre del cielo el velo á Maria! Que la vea yo antes de morir religiosa de Ntra. Sra. de Soissons. Si comparezco à la presencia de Dios antes de que sucediera eso, me pedirá una cuenta muy severa por haberme entregado à esperanzas insensatas, y no haber dado un asilo à esta pobre huérfana en la casa del Señor.

—Yo os prometo, hermana mia, cumplir las voluntades supremas que me expreseis; pero bien sabeis que no se improvisa la toma de hábito.

—Por la salvacion de una alma cristiana que está en peligro, monseñor, sí, por mi salvacion, haced lo que os pido, porque de lo contrario participareis de la terrible responsabilidad de mi falta

Al hablar asi, levantaba expresivamente sus manos al cielo; sus mejillas ardian, y sus ojos brillaban con un resplandor estraño.

—¿La jóven, preguntó el Obispo, reune todas las cualidades necesarias para ser admitida entre las religiosas de Ntra. Sra. de Soissons? ¿Es de legítimo nacimiento? ¿Pertenece à una familia noble? ¿Tiene una dote de doce mil libras?

—La dote está ahí, replicó la abadesa señalando el tesoro de la comunidad colocado en su celda. En cuanto à la nobleza y legitimidad de su nacimiento, no existe ninguno mas puro ni mas ilustre.

—Dadme las pruebas, hermana mia.

—Las pruebas, dijo la abadesa pasando sus descarnadas manos por su abrasada frente. Las pruebas! ¿Donde están? ¿Donde se halla su poseedor?

La abadesa, luchando con la muerte que helaba ya su memoria, se esforzaba en vano por recordar lo que queria. De pronto arrojó un grito.

—Ah! gracias, Dios mio, gracias porque me he acordado! Al Obispo.... monseñor... al Obispo vuestro antecesor.... se las entregué en depósito. Que se alejen todos, que solo vos y Maria sepan el secreto de su nacimiento. Aproximaos, os lo confiaré tambien, pero en voz baja, al oido, porque es un secreto de vida y de muerte. Si se supiese se prepararian contra ella venenos y puñales!.... Ella es la hija de..... la hija de....

El Obispo y Maria se inclinaron para escuchar. Maria iba à conocer, al fin, el nombre de su madre! Ah! los labios de la moribunda solo profirieron sonidos ininteligibles..... Su cabeza se desplomó sobre la almohada; sus párpados se cerraron; oyóse un leve estertor, y el cadáver quedó inmóvil por toda una eternidad.

Maria cayó de rodillas, y el Obispo en pie y con las manos estendidas sobre el cadàver, recitó las oraciones de los difuntos. Luego que concluyó su fúnebre ministerio se volvió à Maria y le dijo:

—Nada temais, hija mia, pues no olvidaré el interés que os manifestaba aquella que Dios ha querido llamar à sí, y el último deseo que espresó. Voy à registrar los papeles del Obispo mi predecesor, y espero que nada se opondrá à que entreis en breve en la religion. Las pruebas de la legitimidad de vuestro nacimiento son tanto mas necesarias, cuanto que sin ellas no podeis tomar el velo en ninguna comunidad de religiosas, à menos de no sacar una dispensa del Santo Padre, que es muy dificil obtener pues el Soberano Pontífice no concede este favor sino con mucha reserva, y solamente cuando se trata de una persona de sangre real.

Maria apenas lo oyó. Oraba y lloraba al pie del lecho de muerte de su bienhechora.

Fiel el prelado à su promesa, de vuelta al palacio episcopal, registró por sí mismo los papeles y demas títulos que su predecesor habia depositado en los archivos de la diócesis. Nada descubrió entonces, ni muchas veces despues concerniente à Maria, à pesar del escrupuloso esmero con que hacia sus pesquisas; y como habia muerto tambien el religioso que tuvo á Maria en las fuentes bautismales, el prelado se halló en el mayor apuro.

Comprendia bien que la difunta abadesa no hubiera pasado tantas angustias por una persona de origen vulgar. Las últimas palabras de la moribunda le habian dejado entrever que Maria descendia de alguna gran familia; pero estos indicios tan incompletos

no llenaban las condiciones que se imponian en los cánones eclesiásticos: en su consecuencia resolvió consultarlo con la nueva abadesa de Ntra. Sra. de Soissons. Esta que en vida de su antecesora solo habia tolerado su yugo à la fuerza, y que habia mostrado en mas de una ocasion la aversion que tenia à Maria, discutió con sobrada severidad y rigor la cuestion que le proponia el Obispo, y le manifestó que no bastaba el testimonio de la difunta abadesa, por respetable y digna de crédito que fuese, para reemplazar las pruebas escritas que exigian las reglas de la órden y los cánones de la Iglesia. Si siquiera la abadesa, dijo, hubiese nombrado los padres de la jóven, ya seria otra cosa, pero solo ha murmurado palabras vagas, sin ilacion en medio de los vértigos de la fiebre y de la agonia! Creedme, monseñor, tengamos ánimo para cumplir hasta el fin y completamente los deberes que se nos han impuesto. Nadie sufre mas que yo, por la infraccion cometida hace mas de veinte años en el convento de Ntra. Sra., à causa de hallarse en él una estraña.

—Cómo! preguntó el Obispo ¿acaso seria vuestra intencion despedir à la jóven del convento en que habita casi desde que nació?

—Monseñor; al nombrarme abadesa he jurado respetar y hacer respetar las reglas del convento que gobierno con peligro de mi conciencia. La presencia de una estraña está contra las reglas, y trae consigo graves inconvenientes.

—¿Y qué quereis que haga esa pobre niña que no conoce el mundo, y que ha pasado su vida en el claustro sin ningun contacto con las cosas de la vida real?

—Monseñor puede colocarla en otro convento.

—Cómo! dijo el prelado con severidad, me aconsejais que se infrinjan en otras casas religiosas las reglas, cuya observancia reclamais tan rigorosamente en la vuestra?

—Monseñor puede hacer lo que juzgue conveniente; y no corresponde à una humilde religiosa darle consejos. Yo cumplo con mi deber, pidiendo la puntual observancia de las reglas de nuestra órden, y poniendo término à abusos graves para la disciplina del convento. Esto es lo que mi conciencia me manda que haga, y nada mas.

En seguida se retiró saludando respetuosamente al Obispo que se quedó solo, descontento y sin saber qué hacerse, porque la nueva abadesa estaba en su derecho, y no hacia mas que cumplir su deber aunque con severidad. Triste y apurado pasó á ver à Maria para comunicarla tan penosas noticias.

Hallábase en aquel momento la jóven arrodillada en el coro del convento cerca de la loza fúnebre que tapaba la bóveda donde habian depositado el cuerpo de su bienhechora. Al ver al Obispo salió à su encuentro, llena de esperanzas; pero al fijar su vista en el semblante del prelado lo comprendió todo.

—¿Nada habeis descubierto entre los papeles de vuestro predecesor? preguntó.

El prelado por toda respuesta bajó la cabeza.

—De modo, continuó Maria, que no puedo tomar el velo ni consagrar mi vida à Dios. ¡Cúmplase su santa voluntad! Al menos me quedará el doloroso consuelo de pasar mi vida orando y llorando sobre la tumba de mi bienhechora.

—Ah! hija mia! la dijo el prelado: tampoco os queda ya ese triste consuelo. La regla de la abadia de Ntra. Sra. de Soissons prohibe que vivan en el recinto del claustro pensionistas que no esten destinadas á tomar el velo.....

Maria arrojó un grito de terror.

—Me echan! dijo; oh Dios mio! Dios mio, me echan!

El Obispo quiso tomarla la mano, mas ella le rechazó.

—Me echan! repitió! Ya lo ois, bienhechora mia! Lo ois, santa muger, y no rogais á Dios que me llame á sí á vuestro lado! ¿Qué quereis, monseñor, que haga yo en un mundo que no conozco, y cuyas miserias y sufrimientos apenas sé de oidas? Sin protector, sin asilo, acaso sin pan! Oh Dios mio! Dios mio, compadeceos de mí, y quitadme la vida!

—No os entregueis asi à la desesperacion, dijo el Obispo, profundamente conmovido. En mi casa hallareis un asilo: yo ya soy viejo y no puedo vivir mucho, pero antes de mi muerte os pondré al abrigo de los sufrimientos y peligros del mundo. Vamos, hija mia, seguidme, y poned término à vuestras dolorosas emociones abandonando estos lugares.

Y la atrajo á sí dulcemente; pero ella se apartó y fue á arrodillarse sobre la tumba de su madrina.

—Adios! le dijo, adios! madre mia! Adios, vos que con tanta ternura me habeis sostenido en mi juventud! vos que me habeis dado á vuestro lado una existencia dulce y pura! Adios! Me destierran del claustro! Me prohiben venir á orar sobre esta piedra ¡ Me echan, madre mia! me echan! Oh! vos no ois mis quejas ni mis sollozos! No velais, pues, sobre mí! Ya no me amais! puesto que todavia vivo, puesto que debo salir de vuestro convento, del cual me echan!

El Obispo la sacó fuera de la Iglesia, la hizo subir en su coche que le aguardaba en la puerta de la abadía, y se la llevó á su palacio episcopal.

El Obispo de Soisons, segun ha podido verse en su entrevista con la nueva abadesa de Ntra. Sra respecto à la huérfana era un anciano mucho mas caritativo que de carácter firme. Acostumbrado por largo tiempo á las costumbres fútiles y brillantes de la corte de Francia, solo hacia cinco ó seis años que habia ido á residir à su diócesis, donde procuraba espiar con una vida grave y severa los errores de una existencia hasta entonces mundana. Habia llevado consigo à su destierro, como él se complacia en llamarle, á su hermana la señora Lidoria de Penevent, viuda del conde de este nombre, y que habia ejercido sobre su marido hasta el momento de su muerte, una absoluta y completa autoridad. Ya viuda, fue á buscar un asilo al lado de su hermano, porque la muerte del conde la dejaba casi sin fortuna, y este suceso no contribuyó poco á la determinacion que tomó el Obispo de dejar la corte y residir en su diócesis. Poco á poco y sin mucho trabajo ni resistencia se apoderó del ánimo de su hermano como se habia apoderado del de su difunto marido, y no dominó menos imperiosamente al Obispo que habia dominado al capitan. Nada se hacia en la casa que no lo mandase la señora Lidoria. Vestida siempre de negro de los pies á la cabeza, embutida su barba en su almidonada valona de viuda no espresando su rostro mas que el mal humor y descontento, gruñendo desde el amanecer hasta el anochecer, censurando siempre, no aprobando nunca nada, ponia en práctica aquella frase de no sé que Emperador romano: «Nada me importa «que me odien con tal que me teman.” En los primeros dias de su dominacion, acostumbrado el Obispo á la vida dulce y pacífica que tenia en la corte, no podia avenirse al genio de su hermana, y armaban unas peloteras que era para ver. Pero como era menester luchar y combatir casi sin cesar; como al fin y al cabo la resistencia no conducia á nada, y siempre su hermana quedaba victoriosa, prefirió al fin una sumision pacífica á una sumision tormentosa. Con la primera evitaba al menos el ruido y la fatiga. Asi, pues, la señora Lidoria mandaba á su gusto en el palacio episcopal, dirigia los criados, arreglaba los gastos, y hasta estendia su poder temporal sobre los asuntos espirituales. Nombraba á los canónigos; indicaba los candidatos á los curatos, y armó un dia tal camorra con su hermano por haber elegido un vicario sin su conocimiento, que el pobre anciano estuvo por perder la cabeza. Hubo ocho dias de recriminaciones, de gritos y de quejas, todo á la vez!..... sin contar que á la hora de comer nunca estaba la comida lista! sin contar que en vano pedia el Obispo su desayuno, teniendo que levantarse de su cama é ir en persona á buscar á su ayuda de cámara ocupado en otras cosas por órden de la señora de Penevent. En una palabra, el infierno debe ser un paraiso en comparacion de la existencia que arrastró durante una semana el desgraciado Obispo, y á la cual solo puso tregua, anulando el nombramiento del vicario y reemplazándolo con un protegido de su hermana.

Por lo espuesto se podrá formar una idea de lo apurado que se veria el Obispo al aproximarse á su casa con la jóven. En un principio habia cedido à los impulsos de su corazon, y á la natural compasion que le inspiraba el abandono de Maria; pero ya casi se arrepentia de su buena accion, porque conocia que su hermana no se acomodaria de ningun modo con la presencia de una estraña, y sobre todo de una estraña cuya admision en el palacio episcopal no habia autorizado de antemano. En vano se calentaba la cabeza en busca de un medio que le permitiese presentar su protegida bajo un aspecto favorable á la adusta cancerbero: ninguna idea le ocurria á propósito para fabricar la torta de miel y de adormideras que hubiera querido arrojar en las tres bocas abiertas del temible guardian. No obstante el estremado rigor de la estacion, corria el sudor por su frente, y su corazon latia con violencia. Mas no podia volverse atrás; la suerte estaba echada, y era menester marchar adelante cualesquiera que fuesen las consecuencias de su resolucion. Una vez fuera de la abadia de Ntra. Sra. si Maria hubiese querido volver á entrar

hubiera hallado cerradas las puertas. Adelantábase, pues, hácia el peligro, acusando en voz baja á las mulas porque andaban demasiado de prisa, pues á medida que iba distinguiendo las ventanas de su palacio, sentia aminorarse su resolucion. Al fin se detuvieron las mulas y uno de los dos pages que seguian el coche vino á abrir la portezuela

El Obispo bajó primero, y por una reminiscencia maquinal de la antigua galanteria de su juventud, presentó à Maria su brazo, en el cual se apoyó la jóven temblando. Asi subieron las gradas y la escalera del palacio episcopal de Soissons.

CAPITULO III.

NO SE DEBE MIRAR POR LA VENTANA.

Nada inspira mas elocuencia ni atrevimiento que la necesidad. Al subir los primeros escalones aun no sabia el buen Obispo de qué modo presentaria la jóven à la temible viuda para que la hiciese una acogida menos terrible. Mas à medida que se aproximaba á su hermana y que la inminencia del peligro se hacia sentir mas, sus ideas confusas y revueltas se enlazaban en su cerebro; se formaban en una ilacion inteligible, y le sugerian dos ó tres medios para mejorar la dificil llegada de la pobre jóven; de modo que al llegar à la meceta de la escalera, habia resuelto decir à la señora Lidoria que la jóven religiosa solo venia provisionalmente à la casa episcopal; y que no habia querido decidir de su suerte antes de haber tomado los excelentes consejos de su hermana; hasta se prometia, como una grande probabilidad de buen éxito, ocultar el deseo que tenia de que la jóven permaneciese á su lado, y pensaba llevar el maquiavelismo hasta manifestar la repugnancia que le causaba este último partido. Manejadas asi las cosas, sin duda habrian dado un buen resultado, pero la fatalidad vino á trastornar los proyectos del digno anciano, pues en el momento en que el page que le precedia abrió la puerta de la señora Lidoria, bien fuese por aturdimiento ó con mala intencion, lo hizo con tanta violencia que la lastimó en la frente, y en nada estuvo que no derribase á la irritada viuda que venia al encuentro de su hermano.

El page recibió un soberbio bofeton, aplicado por la mano mas descarnada que jamas se hubiese visto unida á brazo de dueña. Pero esto no bastaba á la cólera y al dolor de la señora Lidoria. El Obispo conoció, en la mirada que dirigió sobre él y su protegida que todo estaba perdido: hubiera querido huir, y solo logró perder enteramente la cabeza. Maria, tímida como toda jóven que sale del convento por la primera vez de su vida, estaba temblando y con los ojos fijos en el suelo.

—Eh! hermano, esclamó la viuda à quien la efervescencia de la cólera le daba el don de doble vista, qué quiere decir esto? Debe servir nuestra casa de refugio á todas las vagabundas que encontreis?

—Hermana mia, balbució el Obispo sin saber bien lo que se decia, ¿qué será de esta pobre niña si vos le abandonais?

—Y quién es esta pobre niña? preguntó la malhumorada señora.

El Obispo le refirió en pocas palabras la historia de Maria.

—Solo faltaba en vuestra casa una bastarda! interrumpió la viuda. Por Santa Lidoria mi patrona, hela aquí! Dios quiera que ella no sea causa de escándalo, y no venga á revelar á vuestros diocesanos las faltas de su Obispo.

—Calla! hermana, calla! esclamó el prelado indignado: calla! ¡Quién habia de creer que saliesen de vuestros labios semejantes palabras! y delante de las gentes de mi casa! y á presencia de esta jóven!

—Cuando yo lo decia! La llegada de esta jóven me vale ya un sermon! En breve me los predicará ella tambien! Qué os queda que hacer? Echarme à la calle! Ponerla à ella en mi lugar! No es eso?....

Maria lloraba amargamente. Al oir á la dueña se arrojó á sus pies.

—Señora, le dijo, me hallo sin asilo, sin guia, sin apoyo, sola en el mundo! Acabo de salir de un convento en donde entré casi el mismo dia en que nací. Pero antes que causar ningun disgusto á monseñor, antes que excitar vuestro enojo, quiero mejor salir de este albergue, prefiero morir!

La señora Lidoria hubiera querido satisfacer su necesidad de regañar, pero no cometer una mala accion: la aflixion de Maria la afectó tanto mas, cuanto que ya se habia disipado el dolor causado por el golpe que habia recibido.

—Vamos, jóven, dijo; no se trata ahora de echar la soga tras el caldero! No quiero que se diga en Soissons que he echado de

palacio episcopal á los que mi hermano da hospitalidad. Aqui hallareis un asilo, mientras pensamos en proporcionaros lo que mas os convenga. Seguidme, y dad tregua á vuestro llanto y suspiros, que no sirven de nada.

Acostumbrada á las tiernas caricias y à la maternal solicitud de la abadesa su madrina, Maria desde que perdió la sola persona que la amaba, no habia hallado en el convento mas que indiferencia y frialdad; sin embargo, ante aquella brutal proteccion que le daban como una limosna, sintió destrozarse su corazon, y retrocedió ante semejante hospitalidad.

—Vamos, hija mia, le dijo el Obispo con dulzura, seguid á mi hermana.

—Venid, pero aprisa! añadió la señora Lidoria.

Y tomando el brazo de la jóven, que se sintió sujeta como un gorrion en las garras del águila, se la llevó à sus aposentos.

El carácter de la jóven era tan dulce, y se manifestaba tan resignada y servicial, que á fuerza de paciencia, logró ganar el afecto de la anciana, y casi, casi hacerse amar de esta. Pero la señora Lidoria amaba tambien á su hermano, y por las malas pasadas que jugaba al digno é inofensivo prelado, puede juzgarse lo que haria sufrir á la pobre Maria. Al menor descuido en cumplir las órdenes que le daba la viuda, tenia que esperimentar los cargos mas violentos y someterse á amargas y crueles recriminaciones acerca de su nacimiento desconocido y de su pobreza que la ponia á merced de la caridad episcopal. Ademas, para colmo de desgracia Maria desempeñaba sobre poco mas ó menos el oficio de camarera de la viuda; de modo que no podia dejarla durante el dia, y por la noche tenia que dormir á su lado en un pequeño gabinete. Cuando la señora Lidoria no tenia ganas de dormir, su cruel voz despertaba á Maria, que no disfrutaba otro momento de consuelo sino mientras estaba entregada al sueño. A la primera vez que la llamaba su señora tenia que levantarse á toda prisa, y sentarse al lado de la cama de la anciana para sufrir su tos, oir sus quejas sobre la desgracia de no poder descansar, y ponerse á leer las Horas de la digna señora hasta que se cerrasen sus ojos y se volviese á dormir. Entonces Maria, cuando estaba segura del sueño de la señora Lidoria, volvia á su cama, y se conceptuaba feliz, cuando la señora no la obligaba segunda vez á empezar de nuevo con voz fatigada la lectura soporífica de las Horas. Y pobre de Maria si llegaba à bostezar de fastidio, ó si sus miembros no resistian al temblor que les causaba el frio, ó su voz se enronquecia y sus ojos se cerraban. Entonces una voz inexorable la reprendia al punto, y le echaba en cara su ingratitud en términos duros y á veces hasta insultantes.

La pobre niña sucumbia bajo el peso de tales sufrimientos. Sus mejillas, poco antes frescas y sonrosadas, iban cubriéndose de una palidez mate; sus ojos brillaban de un modo estraño, y el círculo azulado que los rodeaba manifestaba bien á las claras, cuanto sufria. Jamás entreabria sus lábios una sonrisa, ni aun con las dulces palabras que el Obispo le dirijia á hurtadillas. A hurtadillas sí, porque la señora de Penevent esperimentaba siempre nuevos ataques de mal humor cuando notaba que la suerte de Maria inspiraba compasion.

—¿No parece, decia ella, sino que yo la hago desgraciada? yo la trato como si fuese mi hija; no se aparta un instante de mi lado, y está siempre tan triste que haria creer que es la jóven mas desgraciada del mundo! ¿Y es culpa mia que sea de un humor tan melancólico, y de un carácter tan encogido? Ella permanece siempre conmigo tan reservada como con una estraña, y al oir mi voz tiembla como si yo le asustase. Esto es insoportable; pero qué quereis! ella es huérfana, no tiene mas apoyo que el mio, y debo llevarla con paciencia, porque si yo le faltase ¿que seria de ella? Sí, Maria, decid, ¿qué hariais si yo os abandonase, vos que no teneis otro asilo ni mas pan que el que os proporciona mi caridad.

Asi transcurrió un año sin que se verificase ningun cambio notable en la existencia de Maria, y que saliese de sus lábios ninguna queja ni ningun cargo. Cuando hablaba de su bienhechora, (asi llamaba á la señora de Penevent), lo hacia siempre en términos respetuosos, siempre habia impuesto dulcemente silencio á las personas que le habian manifestado compasion á espensas del mal genio de la condesa.

—No me toca á mí, decia, juzgar ni permitir que se juzgue á mi presencia à la protectora que me ha recogido. Nunca podré pagarle el reconocimiento que le debo.

Estos sentimientos eran sinceros, y los sentia en el fondo de su corazon. Pobre yedra, débil y miserable, abrazaba con sus delicados nudos el tronco del viejo roble que

la abrigaba, por mas áspera y arrugada que fuese la corteza que le cubria!

A pesar de lo reservada que se mostraba Maria en sus relaciones con los familiares y criados del palacio episcopal, habia logrado grangearse el cariño general por su dulzura, su bondad y su belleza. Amábanla tanto mas cuanto menos querian à la señora Lidoria, y todos á porfia hacian el elogio de la huérfana asi dentro como fuera del palacio.

Por lo que hace al Obispo amaba á Maria como si fuese su hija, y muy amenudo sentia llenársele los ojos de lágrimas al verla sufrir las consecuencias del genio áspero é insufrible de su hermana. Muchas veces se calentaba la cabeza buscando medios que alegrasen la tristeza de la jóven, sin llamar la atencion de la señora de Penevent; pero esto era muy difícil, y muy amenudo el consuelo que queria proporcionar à la huérfana solo le valia alguna nueva incomodidad.

La única hora en que Maria disfrutaba algun descanso, era aquella en que la señora Lidoria, despues de haber comido, se entregaba à las dulzuras de la siesta, y dor-



Maria en la ventana.

mia algunos instantes. Maria se retiraba entonces á su gabinete abria la ventana y respiraba un poco el aire puro; porque no solo tenia la Condesa por sistema no salir ja-

mas de su aposento, sino que tambien exigia que las ventanas estuviesen siempre herméticamente cerradas. La pequeña claraboya que dejaba entrar la luz en el gabinete de Maria daba sobre una plaza plantada de árboles, y le permitia dirigir sus miradas á la casa vecina de un mercader de paños, el mas rico de Soissons, y que gozaba de una voga y fama sin igual en toda la ciudad. La vida doméstica de la pacífica familia que habitaba esta casa, ofrecia por su movimiento y actividad, un espectáculo lleno de encantos à la huérfana prisionera. El mercader de paños se llamaba Juan Pastelot, y vivia con su madre y hermana. La primera tenia á su cargo el manejo de la casa, y la otra ayudaba à su hermano en las atenciones del comercio, recibia á los marchantes, vareaba las telas, y llevaba la correspondencia; maravilla que asombraba á la mayor parte de las personas que hacian sus compras en el almacen de maese Juan; porque en esta época era un milagro que una jóven supiera leer y escribir; pero Juana habia tenido por maestro á su hermano y habia aprovechado las lecciones de este, à quien amaba y respetaba con toda su alma. Cuando murió su padre no tenia mas que cuatro años, y Juan le habia prodigado desde aquel dia cuidados paternales y un estremado cariño. Asi, pues, Juana no tenia mas que una idea, un deseo, un objeto: complacer à su hermano, merecer una sonrisa de Juan; y oirle decir con su voz grave y dulce:

—Juana eres una buena hermana!

Entonces reynaba la alegria en la casa, y la señora Pastelot suspendia sus trabajos caseros para regocijarse de la buena armonia de sus hijos, y tomar parte en su satisfaccion y en su ternura.

Todos los dias despues de comer, daban un paseo de media hora por un pequeño jardin que habia à espaldas de su casa. En estos momentos no acudian marchantes á la tienda, porque toda la ciudad estaba comiendo ó haciendo la digestion. Aprovechábanse, pues, de esta tregua para tomar el aire, conversar alegremente entre sí, regar las flores que crecian en los arriates, ó sentarse bajo una parra tapizada de anchas hojas y de hermosos y dorados racimos de uvas. Muchas veces el corazon de Maria se dilataba al ver la felicidad que gozaban aquellas tres criaturas! Muchas veces tambien se oprimia al pensar que no tenia un hermano como Juan que la protegiese, ni una madre à quien amar como la tenia Juana! Oh! Con cuanto placer hubiera ella querido, asi como lo hacia la jóven, pasar su brazo en torno de la cintura de su hermano, mirarle con una sonrisa, arrojarle dulcemente al rostro, por sorpresa, puñados de ojas de rosas, y escaparse en seguida, segura de recibir, cuando la alcanzase su hermano, un beso en la frente. Y despues, cuan dulce le parecia poder presentar su brazo à una madre anciana, que se apoyaba en él, que en voz alta bendecia á Dios por la alegria que le causaban sus dos hijos, y que nunca tenia para ellos ni una mirada severa, ni una palabra para reprenderlos. Oh! como hubiera querido à este precio sentarse en la trastienda y trabajar todo el dia sin descanso! ¡ Con que gusto se hubiera asociado à los trabajos caseros de la buena anciana! Porque todo era felicidad en aquella familia tiernamente unida, asi el trabajo como el descanso.

Maria pasaba, pues, el tiempo de la siesta de la condesa en espiar con cierta envidia las inocentes distracciones de la familia Pastelot. Casi siempre la voz áspera y chillona de la vieja señora venia à arrancarla de aquel risueño espectáculo, para hacerla entrar de nuevo en su vida triste, monotona, insufrible; para hacerla sufrir todos los caprichos, todas las injusticias y todos los gritos de la señora Lidoria, mil veces mas amargos para Maria por el recuerdo de la paz y dicha que acababa de presenciar!

Una tarde, se asomó Maria segun su costumbre á la ventana, en ocasion que Juana corria locamente huyendo de su hermano, cuyas mejillas habia manchado con el jugo de una guinda. Maria, para no perder nada de esta lucha divertida, sacó el cuerpo algo fuera de la ventana, y fue vista por la alegre pareja. Avergonzada esta de verse sorprendida, sobretodo por una persona de la casa episcopal, en sus ruidosos juegos de niños, se detuvo al punto. Juana, ruborizada y confusa, fue á ocultarse debajo de la parra, y Juan fingió mirar con atencion una rosa que à pocos pasos de él lucia sus colores. Por su parte, Maria, tan turbada como los dos hermanos se retiró precipitadamente de la ventana; pero por mas aprisa que lo verificó, Juan tuvo tiempo para notar su belleza y reconocer à la jóven que pocos dias antes habia visto en el palacio al llevar al Obispo un poco de terciopelo para una estola. Miróla con tanta mas atencion cuanto que Maria era objeto de interes en toda la

ciudad, gracias á los buenos informes que de su paciencia y mansedumbre daban todas las personas que la trataban, inclusos los criados de la casa.

Maria, permanecia aun escondida cerca de la ventana, con el corazon agitado, y toda conmovida, cuando la señora Lidoria, que ya la habia llamado una vez, sin haber obtenido contestacion, llegó de puntillas.

—¿Qué haceis ahí? gritó gozosa de tener al fin un motivo razonable para reprender à Maria. ¡Asi abusais de mi confianza, y os aprovechais de mi sueño! ¿Qué objeto os llama tanto la atencion en esta ventana, que tan distraida estais?

Y asomándose á la ventana, vió á Juan solo, porque la parra ocultaba á su hermana.

—Intrigas por la ventana! Inteligencias con un jóven! Virgen santa! vaya un escándalo en la casa de un prelado! Buen modo teneis de mostraros reconocida á la hospitalidad que se os concede! Menester es que la anciana abadesa que os educó, os inculcara unas ideas muy singulares sobre el decoro que deben guardar las jóvenes. Ya comprendereis que semejante estado de cosas no puede durar mucho. Voy á ver á monseñor, y á ponerme de acuerdo con él acerca de lo que debemos hacer en vista de esta ocurrencia.

Maria no ignoraba que cuando la señora Lidoria apelaba á su hermano, y pronunciaba las fatales palabras: *Voy á ver á monseñor*, pasando de un tono agudo y destemplado á las notas mas bajas de la voz, se preparaba á emplear algun medio violento.

En nombre del cielo, señora, balbució Maria, no me acuseis, no me condeneis sin oirme! Mi culpa consiste solo en haber mirado sin intencion al patio de esa casa, y haber sido vista por las personas que la habitan.

—No junteis la mentira á la intriga! interrumpió con dureza la señora Lidoria: y haciendo pasar á la pobre niña delante de ella, la condujo á su propia habitacion, y la encerró, pasando en seguida á ver al Obispo.

CAPITULO IV.

EL REFUGIO.

Cuando la señora Lidoria llegó al aposento de su hermano halló al Obispo tendido maquinalmente en una cómoda poltrona, y pensando en los buenos dias de su juventud pasada en la corte. Al ver á su hermana, su rostro sereno y alegre tomó cierta espresion de paciencia y conformidad que no pasó desapercibido para aquella.

—Conozco, hermano, que mi presencia os incomoda, le dijo con voz ahogada por la cólera; pero los motivos que me traen á vuestro lado son muy graves, y no consienten que se pierda un instante. ¡Un escándalo vergonzoso deshonra vuestra casa! y si al momento no poneis el remedio debido, os advierto que me veré obligada á partir cuanto antes.

—Quiéralo Dios! pensó el Obispo.

Pero en lugar de expresar esta idea con sus labios ó con sus miradas, presentó un sillon á la condesa, y se dispuso à escucharla. La señora de Penevent estaba demasiado agitada para sentarse y estarse quieta: recorria apresuradamente la habitacion de un estremo á otro, dando al mismo tiempo fuertes patadas en el suelo. Sin este violento paseo, es seguro que no hubiera logrado hacerse oir, pues su garganta estaba horriblemente contraida por la cólera.

—¡Maria esclamó al fin, Maria!..... vuestra protejida! acabo de sorprenderla ahora poco, cambiando señas y gestos por la ventana de su aposento, con un jóven, con el mercader Juan Pastelot! La he arrancado de la ventana, la he encerrado en mi cuarto, la he reprendido, como se merece por su indigna conducta!..... y vengo..... ¡Como! os sonreis al oirme? ¿Pareceis satisfecho de la deshonra que va á caer sobre vuestra casa? Por santa Lidoria mi patrona! esto es cosa de volverse loca.

En efecto, al oir las palabras de la Sra. Lidoria, el semblante del Obispo reveló la satisfaccion que sentia; y cuando su hermana le contó la supuesta intriga de Maria con el mercader se frotó las manos y se aproximó á la chimenea para calentarse los pies con mas comodidad. Solo en el momento de referir la condesa los medios violentos que habia usado con la jóven, fue cuando apareció el descontento en sus facciones.

—Todo lo habeis echado á perder!..... hermana, le dijo con tono de importancia, aunque sonriéndose para desmentir en algun tanto sus palabras. Si hubierais hecho como que nada veiais antes de quince dias hubiera venido Juan Pastelot á pedirme con gran

ceremonia la mano de mi protegida. Juan Pastelot es un jóven honrado, incapaz de amar á una jóven con otra intencion que la de casarse con ella, sobre todo cuando esa jóven se halla bajo mi proteccion! Pero, os repito que lo habeis echado todo á perder con vuestros gritos y vuestra violencia intempestiva. Habeis asustado á los lindos pajarillos que empezaban à gorjear la cancion de amor, y nos ha de costar infinito trabajo el volverles la voz.

—¿Qué estais diciendo?

—Digo que Maria no puede encontrar un esposo que le convenga mas que Juan Pastelot, y que voy á ingeniarme en reparar el perjuicio que habeis causado á sus amores, asustándolos tan á mal tiempo. En fin, espero, Dios mediante, poner todas las cosas en buen camino.

—Puesto que os mostrais tan poco cuidadoso del honor de vuestra pupila puesto que tan poco comprendeis lo que el deber os impone, yo sé, yo, si señor, lo que he de hacer!

Y al pronunciar la condesa estas palabras salió de la habitacion de su hermano, y cerró la puerta con tanta violencia, que toda la casa se conmovió.

Sin cuidarse mucho el Obispo de aquellas muestras de despecho, tocó un pito de plata, y á su sonido se presentó uno de sus pages.

—Ve á casa de maese Pastelot el mercader, salúdale de mi parte, y ruégale que venga á verme al punto, dijo el Obispo. Si te interroga acerca de los motivos que me impulsan á llamarle, dile que regularmente será para encargarle alguna tela para una sotana.

Obedeció el paje y el Obispo se aproximó algo mas á la chimenea porque al abrir primero su hermana y despues el page la puerta habia penetrado algun fresco hasta donde se hallaba.

Unos diez minutos despues se presentó Juan Pastelot. El Obispo no pudo dejar de notar la serenidad del jóven.

—Oh! oh! dijo para sí, el picaruelo es menos novicio de lo que creia, y no carece de aplomo. Ya veo que la partida será mas difícil de jugar que lo que me pareció.

Dios os guarde, maese Pastelot, dijo echando su bendicion al jóven que se habia arrodillado, y mandándole que se levantase y se sentase á su lado. Vamos á ver, hijo mio, ¿como sigue vuestra honrada madre y vuestra linda hermana Juana?

—Vuestra ilustrísima nos hace demasiado honor, contestó el mercader.

—Solo os falta una esposa y un hijo para ser el mas feliz de los hombres. Cuando esto suceda nada os quedará que desear.

—Monseñor tiene razon.

—Por qué, pues, no os casais?

—Porque todavia soy muy jóven para pensar en eso, monseñor! Y ademas no es cosa tan fácil el casarse.

—Y por qué? Vos sois un jóven muy guapo. En todo Soissons no hay una tienda mejor provista ni mas concurrida que la vuestra, y sé ademas que poseeis cuatro casas muy regulares. No conozco á ninguna señorita que no se creyese feliz con teneros por marido. Podeis pedir la mano á la que mejor os parezca, y el dia en que hagais vuestra eleccion es seguro que tendreis muger.

—Monseñor me trata con demasiada benevolencia! Ahora ¿puedo saber à qué debo el honor de hallarme en vuestra presencia?

—¿Qué le parece á V. el diestro y astuto compadre? dijo para sí el prelado. En verdad que su sangre fria haria honor al mas gentil caballero de la corte del difunto Rey Enrique II! Vamos, no disimuleis, compadre, pues se sabe todo! Os han visto hacer señas y cambiar algunas miradas con una linda jóven que bien merece vuestra eleccion.

—Os juro, monseñor, que no comprendo ni una palabra de lo que teneis á bien indicarme.

El Obispo se sintió cortado ante la sangre fria de Juan.

—Como! dijo, no estábais ahora mismo haciendo señas y cambiando miradas con mi pupila Maria?

El mercader no pudo dejar de sonreirse.

—Monseñor, le dijo, hará poco que estando pasando el rato en el jardin de mi casa con mi madre y mi hermana, Juana vió en la ventana de vuestro palacio una muger que nos estaba mirando: al punto cesamos en nuestros juegos, ruborizándonos de haber sido sorprendidos por vuestra respetable hermana la Señora condesa de Penevent. Hasta poco despues no reconocimos á la señorita Maria.

El Obispo se sonrió á su vez; pero acompañó su sonrisa con un suspiro porque comprendia que Juan Pastelot decia la verdad.

—Veo que hay un error en todo esto,

amigo, y que no ha habido miradas ni para mi pupila ni para mi hermana. Maese Juan, escusadme. Mañana se pasará mi sastre por vuestra tienda para escoger tela para una sotana. Hasta la vista.

Juan se arrodilló de nuevo para recibir la bendicion episcopal que le daba el prelado; en seguida, mientras el jóven se alejaba, se dirigió con tanta prontitud como se lo permitian sus ancianas piernas al aposento de su hermana.

—Todo esto ha sido una equivocacion, le dijo sentándose, porque la prontitud con que habia querido venir à justificar á su protegida lo habia cansado mucho. No existe la menor intriga entre maese Juan y Maria. Pastelot, añadió reprimiendo una sonrisa, creia que erais vos, hermana, la que estaba en la ventana.

La sonrisa del Obispo no pasó desapercibida para la señora de Penevent que se puso morada de rabia; pero dominándose contestó:

—Poco me importa que maese Juan el mercader se halla burlado de vos! No tengo ya necesidad de ocuparme de sus intrigas insolentes, ni de sus excusas mas insolentes todavia!

—¿Sabeis, pues, la verdad?

—Lo que yo sé es que he echado del palacio episcopal á la que no se habia ruborizado de introducir en él el escándalo.

—Maria! Echar á Maria! Despedir vergonzosamente de mi casa á esa pobre niña, que no tiene otra culpa mas que la que ha querido atribuirle vuestra malicia y vuestro genio insufrible! Pero no sucederá tal! ¿Dónde está? Quiero que vuelva al punto! No quiero que se vaya ¡ ¿Y qué seria de la pobre niña que no tiene mas apoyo que el mio? Cómo! la calumniais vergonzosamente, y para reparar vuestras faltas la poneis en la calle! Muchos caprichos os he sufrido, pero os aseguro que esta vez no sucederá asi.

Y salió dejando á su hermana asombrada al verlo dispuesto por la primera vez, despues de diez años, á arrostrar su cólera y sus gritos.

La condesa al salir del aposento de su hermano habia entrado en el en que habia encerrado á Maria. Sin hablar palabra la habia cogido del brazo, la habia llevado ó mas bien arrastrado hasta la puerta del palacio, y allí, enseñándole la calle, le dijo:

—Si os atreveis à poner los pies sobre esas losas, si intentais volver à esta casa, os mandaré echar à latigazos como merecen las jóvenes de vuestra clase! Id à encontrar al cómplice de vuestras intrigas; pero no pronuncieis jamas ni mi nombre ni el de mi hermano, ó el verdugo os echará de la ciudad, como yo lo hago de este palacio.

Y volviendo adentro dejó à la pobre Maria, avergonzada, anonadada, moribunda. Al verse la pobre niña en tal estado, no pudiendo resistir mas el dolor que la abrumaba, cayó casi desfallecida en el dintel, y rompió á llorar con el rostro oculto entre las manos.

En aquel momento Juan Pastelot salia tan preocupado de la conferencia que habia tenido con el Obispo que no vió à la jóven y tropezó con ella. Maria levantó maquinalmente la cabeza, y Juan reconoció la protegida de Su Ilustrísima.

—Señorita Maria! esclamó.

—Está solo le contestó con sollozos.

—Ya lo comprendo todo, dijo Juan; esa malvada muger os ha puesto en la calle! Ha querido que pagueis su grosero error, y yo soy la causa inocente de vuestra desgracia! Veamos, añadió con dulzura y bondad, ¿cuales son vuestros proyectos? Qué vais á hacer? porque es deber mio ayudaros con mis consejos y con mi apoyo. ¿A dónde quereis que os lleve?

—Ah! yo misma no lo sé! No conozco á nadie en el mundo! Me hallo sin asilo y sin proteccion ¡No me queda mas que morir!

—No se dirá, repuso el honrado jóven, conmovido al ver tanta aflixion, que os vereis reducida á tan triste estremo. Pero como no es este el lugar ni la hora mas á propósito para semejante conferencia, hacedme el honor de acompañadme á casa de mi madre. En ella hallareis una proteccion mas útil y mas decorosa que la de un jóven como yo. Enjugad vuestras lágrimas, señorita, porque os prometo que ni mi madre ni yo os abandonaremos nunca.

—Bien pensado! bien dicho! interrumpió una voz benigna que no era otra que la del Obispo. El prelado se habia aproximado de puntillas á Juan y á Maria y lo habia oido todo. Bien pensado y bien dicho! Todo lo he oido! Sois un honrado mozo, maese Pastelot; y vos, Maria, á pesar de las necias é injustas prevenciones de mi hermana, vais á entrar de nuevo en palacio, donde será menester que ella confiese su culpa y sinrazon.

Maria hizo un movimiento de espanto é instintivamente se aproximó al mercader.

—Bien mirado, continuó el Obispo, la vida que pasais al lado de mi hermana no es muy apetecible, y los acontecimientos de hoy no la mejorarian. Por otro lado si os refugiais en casa de Maese Pastelot, mi hermana se bañará en agua de rosas, y en vano diré yo la verdad, pues la calumnia no irá por eso menos lejos, y preguntará porque habeis elegido un asilo, precisamente en casa del mismo á quien se os acusa de amar. Es menester buscar otro medio de arreglarlo todo.

—Ese medio es muy sencillo, monseñor, objetó Juan.

—Jesus! esclamó el Obispo asombrado; le habeis ya encontrado? ¡Qué fuego y que decision! pensó para sí: si el amor no ha tomado hasta aquí cartas en el juego, héle ya ahí que se mete. ¿Y qué medio es ese, amigo?

—El medio es, monseñor, llevar à Maria à casa de mi tia Catalina Margerin, la hermana de mi madre, que tiene un almacen de lenceria en la plaza mayor; le direis que deseais que la señorita entre en su casa para instruirse en el comercio de lienzos. Vuestra recomendacion vencerá todas las dificultades, pues mi tia Margerin concederá cosas mucho mas dificiles que esta á una visita personal de monseñor.

—Qué os parece este proyecto, mi querida Maria, preguntó el Obispo.

—Oh! lo acepto con reconocimiento.

—Bien! muy bien! esclamó el prelado. Levantóse el consejo! Enjugad vuestros lágrimas, Maria y apoyaos en mi brazo. Y vos, compadre, volveos á vuestra tienda, y punto en boca sobre todo lo que ha pasado. Este es un secreto entre los cuatro: mi hermana que no sale nunca de casa; yo que lo callaré, y vosotros dos á quienes prohibo hablar una palabra, ni aun à vuestra tia, Juan, ni aun á vuestra madre, y mucho menos á vuestra linda hermana. Gracias á Dios no ha pasado nadie por aqui durante nuestra conferencia, y yo he tenido cuidado en teneros ocultos detras de ese pilar. Adios, maese Pastelot.

El mercader saludó al Obispo, y Maria y su protector se dirigieron á la tienda de lienzos de la señora Margerin.

La señora Margerin estaba ocupada en despachar algunos marchantes cuando vió entrar al prelado. Al punto todos los que se hallaban en la tienda se arrodillaron, y el Obispo les dió su bendicion. Mis lectores pueden juzgar cual seria el asombro y alegria de la señora Margerin al recibir tan ilustre visita.

—Me alegro mucho de veros tan buena, señora Margerin, dijo el Obispo en voz alta y de modo que pudiesen oirle los ricos vecinos del pueblo que en aquel momento llenaban el almacen. Vengo á pediros un favor. Os presento á esta jóven á quien amo como si fuese hija mia: no piensa mas que en el comercio de lienzo, y he creido que ninguna mejor que vos podia ser la maestra de esta querida aprendiza. Así, pues, os la entrego, señora Margerin; vuestras condiciones serán las mias; ademas que yo vendré á menudo á visitar á mi pupila y à hablar con vos.

Y bendiciendo de nuevo á los circunstantes, saludó á la señora Margerin, se retiró dejando á la dueña del almacen llena de orgullo y de alegria. Despachó apresuradamente á sus marchantes, y en seguida aproximándose á Maria la pidió permiso de abrazarla. Gracias á sus modales afectuosos, la señora Margerin tardó poco en grangearse la amistad de la pobre niña, poco antes tan mal tratada por la temible hermana del Obispo.

Concluidos estos benévolos preliminares, instaló à Maria en un lindo cuartito, y se ocupó en seguida del ajuar de su aprendiza, porque los ricos vestidos de Maria no convenian ya con su nuevo estado. Ambas se pusieron á cortar y á coser, y por la noche tenian casi concluido un vestido tal como lo usaban en aquella época las mugeres de Soissons. Al dia siguiente toda la ciudad sabia que el Obispo habia puesto á su pupila de aprendiza en casa de la señora Margerin, y todos envidiban esta fortuna, tanto mas cuando vieron al Obispo ir enmedio del dia á visitar por segunda vez à la dichosa muger, sentarse familiarmente en su trastienda, y no desdeñarse de admitir un vaso de refresco.

CAPITULO V.

EN EL QUE MAESE PASTELOT SE CASA.

La señora Catalina Margerin, hija de un mercader de Soissons, se habia casado á la edad de veinte y un años con un jóven mer-

cader de lienzos á quien amaba desde su infancia. Nunca la mas pequeña incomodidad ni sin sabor habian venido á turbar sus puros y sencillos amores; y con no menos calma y felicidad vió pasar el tiempo que estuvo casada. El trabajo y la ternura, tal fue su vida hasta el dia fatal en que la muerte le arrebató á Margerin quince años despues de su matrimonio. Catalina creyó sucumbir de dolor, y sin los tiernos cuidados de su hermana la señora Pastelot, aquel la hubiera conducido al sepulcro; pero la afectuosa ternura de su buena hermana la hizo apreciar la existencia, y se resignó poco á poco á la cruel separacion que la dejaba en tan grande y triste aislamiento.

Ya habian trascurrido diez años desde la muerte de su marido, y la señora Catalina no se habia quitado el luto; pero poco à poco habia ido recobrando su alegria. Sola en su tienda, de la que no salia sino por la mañana temprano para ir à misa, jamas habia murmurado contra la voluntad de Dios! No obstante, cuando pasaban por delante de su tienda dos esposos ya de edad, suspiraba, y si algun niño de sonrosadas mejillas venia á jugar à la puerta de su casa, ó se paseaba de la mano con su mamá, sus ojos se llenaban de lágrimas. No es esto decir que despues de la muerte de Margerin no hubiera podido casarse ventajosamente, porque á despecho de sus cuarenta y cinco años Catalina estaba todavia fresca y bella; pero à todos los que solicitaban su mano, contestaba con una negativa formal, alegando que habia resuelto llevar hasta su muerte el nombre del marido que durante quince años la habia hecho tan feliz. Nada habia cambiado en su casa; y si habia tomado una criada anciana, lo habia hecho mas bien por no vivir sola, que por los servicios que podia hacerle la sexagenaria.

Con tales antecedentes fácil es juzgar la afectuosa acogida que halló Maria al lado de aquel pobre corazon despojado de la sola afeccion que le habia llenado. Catalina amó desde luego á la jóven como hubiera amado á una hija si se la hubiese dado Dios. Maria encontró en aquella ternura sencilla y dulce, lo que jamas le habian dado ni la brutal proteccion de la condesa ni la benevolencia del Obispo, ni la celosa familiaridad de sus compañeras del convento, ni aun la adhesion de la anciana abadesa; porque en los modales de ésta habia un no se que de respeto hácia la jóven que reprimia las efusiones de su corazon. La señora Catalina, al contrario, amaba à su aprendiza de igual á igual, con el abandono de una alma ansiosa de ternura, que hallaba al fin un objeto á quien prodigarla. Esta ternura inteligente no tenia por otro lado nada exagerado en su espresion: sentia al lado de Maria un bienestar tranquilo y una necesidad infatigable; adivinaba sin esfuerzos y naturalmente lo que podia ser agradable á la jóven y se lo procuraba antes que ésta tuviese tiempo de desearlo. Sentíase alegre y contenta cuando Maria se entregaba con ella à largas conversaciones familiares, que unian cada vez mas sus corazones.

Ambas se levantaban al ser del dia: su primer cuidado era ir á misa; á la vuelta ayudaban á la criada en los quehaceres de la casa, y en seguida se peinaban y vestian modesta pero graciosamente. A pesar de sus cuarenta y cinco años, los magníficos cabellos rubios de la señora Catalina no habian perdido nada de su matiz encantador, y sus ojos negros brillaban con el resplandor de la juventud, lo que sin embargo nada quitaba à sus facciones regulares de su espresion llena de dulzura. Su vestido negro sentaba maravillosamente á la blancura de su rostro y cuello; y por último, si bien no tenia el aspecto de una gran señora, parecia à lo menos una muger todavia hermosa, à la que nadie hubiera dado mas de treinta y cinco años, aun examinando su rostro con severidad.

La belleza de Maria se caracterizaba al contrario, por la distincion que se notaba en su persona y modales.

Los marchantes no podian preguntar sin cierta timidez y embarazo à esta jóven que parecia una reyna, el precio de las telas. Al pronto se entendian mejor con la señora Catalina, pero cuando oian la dulce y suave voz de la aprendiza, cuando conocian su graciosa complacencia, se dirigian à ella con preferencia. Maria se habia puesto al corriente en su profesion con una facilidad que estasiaba á la señora Catalina: sin contar que la jóven reemplazó desde el dia siguiente de su llegada à un viejo borracho é insolente que todas las noches iba à anotar en los libros de la tienda y ajustar las cuentas del despacho; porque la señora Margerin à semejanza del mayor número de las mugeres del pueblo en aquella época, apenas sabia escribir, y no leia con mucha facilidad.

Salvo el tiempo que empleaban en la comida, pasaban todo el dia en la tienda trabajando con actividad pero sin fatiga, y con las muchas distracciones que ofrecian la continua presencia de marchantes. Pero la noche era su tiempo de felicidad y de recreo: sentábanse ambas cerca de una mesa; y mientras que Maria anotaba los libros ó se entretenia en alguna labor de mano, la señora Catalina con su media en la mano hablaba á su aprendiza de mil cosas que admiraban á la pobre niña. Su ignorancia de las cosas del mundo asombraba por su sencillez la misma sencillez de la buena señora. Estas conferencias duraban hasta las ocho; cenaban en seguida, y á las nueve rezaban sus oraciones delante de un crucifijo de márfil y de ébano. Despues se retiraba cada una á su habitacion, y no tardaban en dormirse dichosas y tranquilas.

Era lúnes el dia que Maria entró en casa de la señora Margerin; y cuando llegó el sábado confesó que no comprendia como se habia pasado aquella semana. Volaba el tiempo para la jóven con una rapidez que no habia conocido ni en el convento ni al lado de la adusta hermana del Obispo.

—Oh! esta noche, hija mia, dijo la señora Catalina despues de haber cerrado la tienda y cuando Maria se preparaba como de costumbre á sentarse delante de la mesa, esta noche tenemos que hacer algo mas que bordar ó hacer media. Mañana vienen à comer à casa mi hermana y sus dos hijos, segun acostumbran, y debemos pensar el modo de hacerles un buen recibimiento. Por lo tanto, nos quitaremos estos vestidos, y bajaremos à la cocina para amasar una gran torta, porque à mi sobrino le gustan mucho, y no se contenta con un pedacito. Juan es un lindo chico, añadió, y estoy segura que te ha de agradar.

Maria se ruborizó; pero afortunadamente para ella la señora Catalina no la miraba, pues de lo contrario no se le hubiera escapado su turbacion. Aun no se habia repuesto Maria de su agitacion cuando la señora Margerin vino à ayudarle à quitar el vestido y la condujo à la cueva, donde, segun el uso del pais, se hallaba la cocina y el horno.

En esta tarea pasaron una parte de la velada: la señora Catalina hizo su torta, en cuyo trabajo la ayudó Maria con una inteligencia y destreza superiores á todo elogio. En seguida volvieron ambas à sus habitaciones, en donde numerosas abluciones hicieron desaparecer las señales blanquizcas que la harina y la pasta habian dejado en los brazos de la señora Margerin, y en las torneadas y finas manos de Maria. Hecho esto se acostaron, y nuestro deber de historiador fiel, nos obliga á decir que Maria no se durmió tan fácilmente como otras noches.

No era menor la agitacion que en la misma noche reynaba en casa de Pastelot: su hermana y Juana no hablaban de otra cosa que de la nueva aprendiza de la señora Margerin, y el corazon de Juan latia con violencia, sin que pudiera darse cuenta de los motivos que le hacian latir. Al fin llegó el dia solemne, la señora de Pastelot se dirigió con sus hijos á oir la misa mayor, y en la Iglesia encontró á la señora Margerin y á Maria. Catalina cambió una afable sonrisa con su hermana y su sobrina. Estas saludaron á Maria que les hizo una reverencia, y que ocultó el rubor de su rostro con el libro de devociones que llevaba. Juan se sentia algo cortado, y nunca asistió con menos devocion al santo sacrificio de la misa. No obstante sus esfuerzos, sus miradas se fijaban involuntariamente sobre Maria.

Terminado el Oficio divino, todos juntos se dirijieron á casa de la señora Margerin. Las dos jóvenes iban del brazo; Juan ofreció el suyo á su tia, mientras que su madre se apoyaba en el otro, y de esta suerte atravesaron la plaza mayor y llegaron al almacen. En el camino la señora Catalina no cesó de repetir bajo todas formas el elogio de su aprendiza, sin olvidar que monseñor el Obispo le habia ido á hacer, á ella, la señora Margerin, tres visitas en cuatro dias. La buena muger acompañó esta gran noticia con algunas reflexiones acerca de haber el prelado elegido su tienda entre todas las demas de la ciudad para colocar en ella à su pupila; pero gracias à Dios, no vió la sonrisa que sus reflexiones hicieron asomar à los lábios de su sobrino.

Llegada la noche le pareció à Juan que el dia habia pasado con una rapidez espantosa, y que diez siglos lo separaban del Domingo siguiente. Juana no tenia boca para manifestar cuan graciosa y encantadora le habia parecido Maria, y la señora Pastelot estaba estremadamente satisfecha de los cuidados y atenciones que la jóven habia tenido con ella.

—No es nada orgullosa, decia sin pensar que hablaba de una aprendiza de su herma-

na, porque asi como todos se sentia encantada de que Maria la hubiese tratado con dulzura y benevolencia, y maquinalmente rendia homenage á la superioridad que la pupila de la abadesa de Ntra. Sra. ejercia sin saberlo sobre todos los que la veian; superioridad, que, sea dicho de paso, no habia contribuido poco al odio y á las humillaciones con que la habia abrumado la condesa.

Asi transcurrió un año para la afortunada familia y para Maria. El Obispo iba á menudo á visitar á su protegida; y para librarse de las escenas violentas de su hermana, que conceptuaba como un insulto que se le hacia el afecto que el prelado profesaba á la jóven, habia tomado el partido de mandar detener su litera delante de la casa del corregidor que vivia en la misma calle de la señora Margerin, y desde allí se deslizaba à lo largo de la pared y entraba en la tienda donde se procuraba el triple placer de ver á Maria, de notar la satisfaccion de la señora Margerin, y de hablar con los marchantes que llenaban la tienda.

Por lo que hace á Juan nunca le faltaban negocios, que le obligaron en un principio una ó dos veces á la semana, despues todos los dias, y últimamente dos ó tres veces al dia, á ir à casa de su tia, en la que pasaba horas enteras. La señora Catalina se sonreia à hurtadillas, y Maria se ponia inquieta y triste cuando Juan se tardaba. Pero al punto que el jóven se presentaba, asomaba la alegria à su rostro, y en verdad que la elegante figura de Juan justificaba el interes de la aprendiza.

Pasado algun tiempo sucedió que un domingo, al punto que Juana vió á Maria la abrazó con mas ternura que acostumbraba, y la señora Pastelot, tomándola de la mano la llevó à la tienda, que estaba cerrada, y la dijo sencillamente:

—Querida Maria, Juan os ama ¿quereis ser su muger?

Maria ocultó su rostro en el hombro de la anciana y se echó á llorar; pero sus lágrimas eran de alegria. La señora Pastelot dejó que pasara este momento de emocion, y en seguida volvió adentro dando la mano à la jóven.

—Juana, dijo, abraza à tu hermana.

Las dos encantadoras criaturas se abrazaron tiernamente y Juana besó la mano de su madre.

La comida que siguió à estos esponsales, y todo lo restante del dia fue muy feliz para aquella inocente familia.

Concluida la comida fueron à pasearse al jardin, Juan se atrevió à ofrecer su brazo á Maria. Era la primera vez que hablaba à solas con la jóven.

—¿No es verdad, le dijo, que me amareis siempre?

Maria dejó caer tímidamente su mano en la mano de su feliz novio, é inclinó la cabeza sobre el pecho; de pronto la levantó:

—Por qué he de ocultar, dijo á media voz, lo que me envanezco de poder deciros: Juan, os amo!

Juan sintió que se le doblaban las rodillas; pero en breve se repuso de aquella corta y viva emocion. No sabemos lo que despues se dijeron y las palabras que cambiaron, pero cuando la familia volvió à la casa, los semblantes de ambos jóvenes espresaban una dulce intimidad, y habian perdido la falsa vergüenza de su dicha.

Al dia siguiente Juan Pastelot muy aderezado y compuesto, pasó à ver al Sr. Obispo de Soissons. Evidentemente sospechaba el prelado la causa de aquella visita, ó leia los motivos en el rostro del digno jóven, porque antes que este se levantase y mientras le daba su bendicion, le dijo:

—Ah! ah! amigo mio, parece que ahora no equivocas las jóvenes con las viudas viejas. Las miras frente à frente, y aun deseas mirarlas de mas cerca: esto se conoce en tus ojos.

—Puesto que monseñor conoce el objeto de mi visita, espero que se dignará.....

—Darte á Maria por esposa? Ya hace un año que concebí ese proyecto y que aguardo su ejecucion. Sí, hijo mio, te doy la mano de esa querida niña, y me aplaudo el confiar el cuidado de su felicidad al jóven mas digno que yo conozco.

Juan saludó respetuosamente.

—Y será monseñor tan bueno que se digne asistir al banquete nupcial.

—Y tambien celebrar yo mismo tu matrimonio en mi Iglesia Catedral, asistido de todo el clero. Quiero desplegar una pompa que haga hablar de tus bodas dentro de cien años.

—Gracias, monseñor, replicó Juan confundido, y ya se disponia á solicitar de nuevo la bendicion del Obispo y á volver á su casa, cuando el prelado le llamó.

—Pero me parece, compadre, le dijo que hemos olvidado alguna cosa.

—Qué, monseñor?

—Toma! lo mas esencial de todo despues de la muger! la dote!

—Me he anticipado à vuestros deseos, monseñor! He dotado à mi esposa en 4000 escudos!

—Sin contar que ella te lleva 12000, que sus padres desconocidos, hicieron llegar à la difunta abadesa de Ntra. Sra. de Soissons. Por lo que hace á mi regalo de bodas, creo que no quedarás descontento. Pero, como! la noticia de poseer un caudal que no esperabas no te sorprende ni te regocija?

—Yo era bastante rico para ambos, monseñor; y ademas hubiera deseado...

Juan se detuvo.

—Vamos, acaba; hubieras deseado.....

—Hubiera deseado que Maria me lo debiese todo, añadió bajando los ojos.

—Eres un honrado y excelente jóven! replicó el Obispo conmovido. Pero no por eso debe Maria estarte menos reconocida; y 12000 escudos no son para incomodar à nadie. Adios; ¿cuando es la boda?

—Dentro de quince dias, monseñor.

Juan volvió à su casa y contó à Maria y à su familia las buenas noticias que le habia dado el Obispo. Al momento las cuatro mugeres se pusieron à trabajar con el mayor ardor. Las dos jóvenes se ocuparon de los trages de la novia; la señora Pastelot del aposento nupcial, y la señora Margerin que se sonreia al pensar en la felicidad de Maria y que lloraba à la idea de separarse de ella, limpiaba la plata, sacaba del armario los manteles adamascados, y formaba en su mente la lista de los platos que se habian de servir en la comida de bodas à la que debia asistir el Obispo. Por último, llegó el dia memorable. A las doce de la mañana, envió el Obispo dos de sus carruages à la puerta del mercader. La encantadora novia acompañada de la señora Pastelot, de Juana, y de la señora Margerin, subió en el primero; Juan y otros tres amigos suyos se colocaron en el segundo; y todos se encaminaron à la Iglesia Catedral que estaba adornada como en los dias de las grandes solemnidades.

El Obispo, con sus hábitos pontificales, aguardaba à los novios en la puerta de la Iglesia, y les dió el agua bendita, como pudiera haberlo hecho con un príncipe. En seguida los condujo al pie del altar mayor, donde el síndico de la corporacion de mercaderes de paños acompañado del síndico de los mercaderes de lienzos tuvieron el yugo nupcial sobre las cabezas de Maria y de Juan. El Obispo, concluida la ceremonia dirigió una plática á los recien desposados, y en seguida fue à ocupar su asiento en la comida de bodas, que hizo mucho honor á la señora Margerin, y de la que se habló en la ciudad durante ocho dias.

A la semana siguiente el Obispo convidó á comer en su palacio á la familia Pastelot. Su hermana la señora Lidoria, hacia un mes que se habia ausentado para pasar á Paris, donde la llamaban importantes negocios de familia.

CAPITULO VI Y ULTIMO.

SACRIFICIO Y DESENLACE.

Diez años transcurrieron, sin que en ellos aconteciese otra cosa de notable que la muerte de la señora Lidoria que falleció en Paris devolviendo á su hermano el Obispo una libertad que no supo que hacer de ella, y una tranquilidad con la que no podia avenirse en un principio. Pero no tardó mucho en sacar su partido de aquella vida que se deslizaba para él tranquila y sin incomodidades, gracias á la respetuosa amistad que le profesaba Juan Pastelot, su esposa y todos los individuos de la familia del pañero, inclusa Juana que se habia casado con un platero de la ciudad. La señora Margerin habia traspasado su tienda é idose á vivir con su sobrina y su antigua aprendiza. El Obispo no tenia mayor satisfaccion que cuando sentaba á su mesa á Pastelot y los suyos, á excepcion de los dias en que iba á comer en casa del pañero. Lo único que le afligia algo era el no haber podido ser todavia padrino de algun hijo de Juan, porque esta era la sola felicidad que Dios habia negado á los jóvenes esposos. Cuando se trataba de esto, los ojos de Maria se llenaban de lágrimas, y creyendo que estas lágrimas eran efecto de su indiscrecion, el Obispo se prometia no tratar mas del asunto; mas á poco volvia á sacar la conversacion, porque esta era una de las ideas que mas divagaban en su cerebro septuagenario y débil.

A excepcion de esto, nada faltaba à la felicidad de Pastelot ni à su bienestar; y si continuaba con su tienda, era mas bien por ocuparse en algo que para aumentar su fortuna, que le daba lo suficiente para aten-

der à todas sus necesidades. Su esposa pasaba desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde en el despacho; pero asi que daba esta hora, se dejaban para el dia siguiente todos los negocios, y la familia se entregaba à honestas y sencillas distracciones de las que por lo comun participaba el Obispo.

En el año de 1605 hácia principios de Junio fue necesario hacer algunos reparos en el altar mayor de la Iglesia Catedral. El Obispo no quiso dejar á nadie el cuidado de sacar del tabernáculo los vasos sagrados y las hostias consagradas. Al hacer esta operacion, halló entre aquellos objetos, con no poca admiracion suya una caja de oro sellada con las armas del Obispo su predecesor, y depositada en un rincon que siempre permanecia oculto cuando se abria el tabernáculo. Tomó el Obispo la caja, se retiró con ella, y despues de haber consultado por largo tiempo si la abriria, se decidió à hacerlo, pues habiendo mas de veinte años de la muerte de su antecesor, podia satisfacer su curiosidad sin escrúpulo de conciencia. Abrió, la cajita y halló en ella un rizo de cabellos encerrados en un medallon de oro: acompañaban á esta reliquia dos pergaminos: el uno era una partida de bautismo que decia asi:

«En nombre del Padre, del Hijo y del «Espíritu-Santo,

«Yo, Luis Gerónimo, Obispo de la Dió«cesis de Soissons, bautizé el 10 de Fe«brero del año 1568 de nuestra salvacion, «á la muy alta y muy poderosa señorita Ma«ria Stuard, hija legítima de S. M. cristia«nísima Maria, Reyna de Escocia y de In«glaterra, y de Jacobo, conde de Bothwell. «Fueron sus padrinos el muy venerable her«mano Mac Mahan del órden menor de S. «Benito, y la muy venerable señora Maria «Mowbray, abadesa de la abadia de Ntra. «Sra. de Soissons.

«En fe de lo cual he firmado.

«†Gerónimo, Obispo."

He aqui el contenido de la carta que estaba unida á la partida.

«Querida y venerable señora Maria:

«En el momento en que os escribo me «hallo presa en el castillo de Lochleven, y «acabo de dar á luz una hija. Temo mucho «por la suerte de esta pobre niña, ya que «no por su vida; pues no he sufrido ya po«co por su amor. El 18 de Julio de este «año de gracia, cuando mi esposo el con«de de Bothwell tuvo que fugarse hácia No«ruega, los lores miembros del Consejo se«creto de Escocia, me propusieron que ne«gase mi union con dicho conde, y la de«clarase forzada é ilegítima; pero aunque «cuando en decirlo asi no hubiera faltado à «la verdad, porque solo al verme con el «puñal en la garganta consentí en este ma«trimonio, he rehusado obstinadamente ce«der al deseo de los lores del Consejo se«creto, porque llevaba en mi seno el fru«to de nuestra union; y la declaracion que se «solicitaba que hiciese lo hubiera llenado de «vergüenza y de oprobio. Yo he escrito á mi «familia de Lorena, y me ha censurado amar«gamente mi maternal perseverancia. Asi, no «tengo mas amiga fiel y segura que vos á «quien poder confiar mi querida hija, nacida «en medio de la prision y de la desgracia. «Criadle y educadla en secreto en vuestra «abadía, sin revelar á nadie ni aun á ella «misma el secreto de su nacimiento. Si al«canzo á ver dias mejores traeré á mi hija «á mi lado. Si la adversidad continua persi«guiéndome, vale mas que viva oscura é ig«norando su sangre real: yo sé demasiado «lo que cuesta llevar una corona. No obs«tante no la hagais tomar el velo ni pronun«ciar los votos hasta despues de mi muerte. «Adios! querida Maria, dulce compañera de «mi juventud en esa corte de Francia, adios! «Os confio el tesoro mas precióso que le que«da á una Reyna, prisionera de su hermana. «Un amigo decidido, cuyo nombre no me «atrevo á estampar por temor de perderle, se «encarga, esponiendo su vida, de llevaros mi «hija. Adios!

«Maria, Reyna."

Al leer estos papeles quedó el Obispo asombrado é inquieto.

—¡Válgame Dios! dijo al fin; ahora si que la he hecho buena! He casado con un mercader de paños la hija de la Reyna de Escocia, hermana del Rey Jacobo que acaba de subir al trono por muerte de la Reyna Isabel! Dios quiera que esto no me acarree alguna desgracia!

Mientras examinaba los apergaminados títulos del nacimiento de Maria, llegó un page à decirle que la abadesa del convento de Ntra. Sra. de Soisons le rogaba pasase al punto à verla al convento para un asunto de la mas grave y de la mas alta importancia. El

Obispo, por un presentimiento instintivo comprendió que se trataba del secreto que la casualidad le habia hecho descubrir, y se dirigió à la abadia combatiendo aquella idea. Asi que llegó halló à la superiora en la mayor agitacion, en presencia de un jóven distinguido à quien prodigaba los mas humildes testimonios de respeto.

—Monseñor, le dijo la abadesa asi que vió al Obispo; monseñor, he aquí à S. A. R. el príncipe de Gales que viene à informarse en nuestro convento de una jóven que debió haber entrado aquí hace unos treinta y cinco años. ¿Teneis conocimiento de este hecho, del cual yo no me acuerdo?

Al pronunciar estas palabras estaba pàlida y temblorosa.

—Sin embargo, deberíais acordaros de esa jóven, le contestó el Obispo, que no se sentia muy satisfecho, y que comprendia la necesidad que tenia de justificarse à costa de la abadesa; debiríais acordaros con tanto mas motivo, cuanto que à pesar de mis observaciones y súplicas os empeñásteis en que saliese del convento, bajo el pretexto de que nada, à pesar del testimonio de la abadesa en su lecho de muerte, justificaba la legitimidad de su nacimiento, y que por lo tanto no podia ni tomar el velo en la abadia, ni permanecer en ella por mas tiempo como pensionista.

La abadesa se moria de miedo, porque el jóven príncipe cuya fisonomia era naturalmente severa, fijaba en ella unas miradas que espresaban un amargo descontento.

—¿Y qué ha sido de esa desgraciada à quien espulsásteis? preguntó el príncipe.

—La albergué en mi casa, se apresuró à añadir el Obispo; y si vuestra A. R. lo consiente le contaré cuanto le ha sucedido à esa persona, y hasta se la presentaré à V. A. Pero, añadió, creo que este asunto exige secreto, y si mi palació episcopal no fuese un albergue indigno del heredero de la corona de Inglaterra....

—Acepto vuestra hospitalidad, señor Obispo; pero no perdamos tiempo, porque deseo conocer los pormenores de esa aventura que es para mí del mayor interés.

Antes de salir se volvió à la abadesa:

—Mucho teneis que acusaros en todo esto, señora, le dijo. Y si à ello agregais la indiscrecion de revelar el secreto de mi nombre y los motivos de mi visita, el Rey de Francia os tratará con severidad.

Durante el tránsito de la abadia al palacio episcopal, el Obispo, à cuyo carruage habia subido el jóven príncipe, le refirió todo lo que sabia de Maria, empero sin decirle nada del hallazgo de los pergaminos, porque el príncipe de Gales parecia hacer un misterio del nacimiento de aquella à quien habia ido à buscar al convento de Ntra. Sra.

Ya en el palacio, el prelado vió oscurecerse la frente de su huésped cuando llegó à la revelacion del matrimonio de la hija de Maria Stuard, y mas todavia cuando tuvo que confesar que su marido era un mercader de paños. El príncipe empezó à andar à paso largo, dejando al buen Obispo en una mortal inquietud y encomendándose à Dios en voz baja.

Por último el príncipe se detuvo en frente del Obispo.

—¿No sabeis nada acerca del orígen de esa jóven? le preguntó.

Y fijó en el Obispo una mirada tan penetrante que el anciano tomó los pergaminos hallados en el tabernáculo y se los presentó. A su vista el hijo de Jacobo I dió una patada en el suelo, y profirió palabras de cólera que no por ser dichas en inglés espantaron menos al que las escuchaba.

—¿Y esa muger, preguntó, tiene conocimiento de estos pergaminos?

—Habrá unas dos horas que los he descubierto, y ella ignora que existan.

El príncipe los leyó otra vez, y pareció deliberar consigo mismo lo que debia hacer. Al fin resolvió ver à Maria, y no decidirse à nada antes de haberla hablado; asi, pues, mandó al Obispo que la mandase llamar.

—Para que no sospeche nada, dijo el prelado sin saber lo que se decia, le mandaré à decir que es para encargarle un poco de terciopelo.

El príncipe hizo un gesto de cólera tan violento que el Obispo estuvo à punto de morir de miedo.

—O Dios mio! murmuró enjugándose la frente, Dios mio! qué sucederá en todo esto.

Maria no tardó en llegar. A la vista de la nobleza de sus modales y de su aspecto puro y sereno, el príncipe se sintió algo desarmado. Se quitó el sombrero de anchas alas que hasta entonces habia tenido en la cabeza, y la saludó silenciosamente. Miróle Maria sorprendida, y en seguida reparó en el semblante descompuesto del Obispo. Sin embargo, no se desconcertó, y preguntó qué tenia monseñor que mandarle.

—Señora, le dijo el príncipe, como si

hubiese tomado su partido ; se trata de pediros un consejo.

—Un consejo , caballero ? un consejo à mí? dijo Maria sonriéndose.

—Sentaos y escuchadme. Hay en una ciudad de Francia , no importa el nombre , una muger de ilustre orígen ; digamos mas ; de orígen real..... Esta muger está casada con un plebeyo , con quien se ha casado , ignorando à qué gran familia pertenecia..... ¿Me escuchais bien?

—Os escucho con toda mi alma , caballero, respondió conmovida.

—Hoy van à revelar à esa muger el secreto de su nacimiento. ¿Qué pensais debe hacer?

—Vive su madre ? preguntó Maria con una angustia visible.

—Su madre ha muerto.

—Y su padre? añadió con voz alterada?

—Su padre..... No era digno de su ternura ni de su respeto. Tambien ha muerto.

—Y qué se propone à esa muger?

—Que anule su matrimonio , que no puede ser legítimo ; porque al contraerlo ignoraba à qué clase pertenecia.

—Y qué recibirá en cambio esa muger?

—Un lugar cerca del trono.

—Caballero le dijo levantándose y con voz firme ; os diré ademas que si esa muger titubease en permanecer fiel à su marido , y pensase salir de su feliz oscuridad solo mereceria desprecio

Y como Carlos la mirase asombrado:

—Sí , desprecio ! continuó ; porque llenaria de dolor y de deshonra al que no habia titubeado un momento en elevarla hasta él , en dividir con ella su fortuna y su nombre , cuando solo era una pobre mendiga sin asilo. ¿No es verdad , monseñor , que esto seria una cobardia

El Obispo fingió no oirla y pareció absorto en el breviario que ojeaba.

—¿Y si se tratase de vos , no cambiarian vuestros sentimientos , señora?

—Se que se trata de mí , caballero. Vuestras palabras me han esplicado con bastante claridad las palabras misteriosas de la digna abadesa que me recogió y educó. Ellas me dicen porqué la santa muger me rodeaba de respetos estraños ; ellas me dan à entender porqué me abrazaba estrecha y dolorosamente el dia en que se rogaba en el claustro por el descanso del alma de la Reyna de Escocia Maria Stuard.

El príncipe estaba confundido al ver tanto animo y elevacion de ideas.

Maria continuó:

—Señor , si vos sois el encargado de revelarme , el secreto de mi nacimiento , ya lo sé , si venis de parte de mi hermano el Rey Jacobo á ofrecerme un lugar al pie de su trono ; agradezco en el alma su piadoso recuerdo , pero no puedo aceptar sus ofrecimientos. Quiero vivir y morir siendo la muger del hombre honrado que durante tantos años me ha hecho feliz. Ya no hay en Soissons nada de Maria Stuard , solo queda la muger de Juan Pastelot.

El principe Cárlos tenia el rostro cubierto con las manos. Por lo que hace al Obispo se creia juguete de un sueño , y se agitaba convulsivamente sobre su asiento. El hijo de Jacobo se levantó al fin , y se arrodilló delante de Maria.

—Yo soy el nieto de vuestra madre , la dijo , yo soy vuestro sobrino el Príncipe Cárlos de Gáles ! permitidme que os bese la mano , porque sois una criatura noble y digna de respeto y de admiracion. Voy à partir para Londres ; referiré escrupulosamente al Rey mi padre cuanto acabo de oir y de presenciar , y le suplicaré llame à su lado à vuestro marido. El que ha sabido merecer vuestro amor no puede ser un hombre vulgar. Mi padre le darà títulos de nobleza y.....

—No , interrumpió Maria al príncipe , no monseñor ! Juan Pastelot no es mas que un plebeyo ; la nobleza , los títulos y las grandezas no le sentarian bien. Yo lo amo , lo respeto y lo venero ; sus menores deseos son órdenes para mí : pero gemiria y sufriria si lo viese entre los grandes señores , burlándose de su sencillez y de sus modales. Monseñor , permitidme que abraze una vez , solo una vez , al hijo de mi hermano , y solo me quedarà rogar à Dios me conceda la felicidad de reunirme con mi madre en el cielo ! En el cielo , donde no hay nobles ni plebeyos, sino bienaventurados iguales ante la clemencia divina. Llevad palabras de bendicion y de ternura à mi hermano ! Decidle que su hermana , la humilde y pobre muger de un mercader , dirigirá diariamente al Todo-poderoso fervientes oraciones por su felicidad. Los Reyes tienen mas necesidad de oraciones que los demas hombres : ¿no es verdad , monseñor.

—Sí , respondió gravemente el jóven príncipe ; la corona es una carga pesada y à ve-

ces fatal. Acaso obreis con mucha prudencia permaneciendo alejada de ella. Adios, señora; referiré al Rey mi padre lo que acabo de ver y de oir, su sabiduria sabrà apreciar la generosa resolucion que habeis tomado. Adios, querida tia.

Al concluir estas palabras la abrazó tiernamente y se retiró. Mas antes de salir del aposente volvió de nuevo atras.

—Antes de separarnos, ¿no teneis nada que pedirme?

—Que os acordeis algunas veces de mí.

—Nunca os olvidaré, corazon noble y leal! pero vuestra fortuna...?

—Sobra para atender à nuestras necesidades.

—Si alguna vez teneis que solicitar algo de mi padre ó de mí, juro concedéroslo en cuanto lo manifesteis.

—Gracias, Cárlos!..... gracias monseñor.

—Tiene V. A. R. à bien decirme qué hago de estos títulos! preguntó el Obispo presentando los pergaminos al príncipe.

—Entregádselos à mi tia.

—De mi madre! una carta de mi madre! oh! dádmela, dàdmela.

Y leyó la carta en medio de sollozos; asi que concluyó de leerla, dijo:

—Quédame un deber que llenar. Guardaré cuidadosamente estos cabellos, santa y preciosa reliquia de mi madre; pero esta fe de bautismo, esta carta, he aquí lo que debo hacer de ellas.

Y arrojó los dos pergaminos en la chimenea, donde en breve los consumieron las llamas.

—Y ahora, monseñor, adios; quiera el cielo haceros tan feliz como deseo.

El príncipe partió, y el Obispo se quedó solo con Maria que estrechaba contra sus labios los cabellos de su madre.

—Juan Pastelot, dijo el prelado, no se sorprenderá poco, ni dejará de mostrarse muy reconocido cuando sepa toda esta maravillosa aventura, y vuestro generoso sacrificio.

—Juan Pastelot, jamas sabrá nada, contestó Maria.

El Obispo la tomó una mano, se la llevó respetuosamente à sus labios y la humedeció con una lágrima de admiracion.

—Sois la muger mas noble y virtuosa que he conocido, dijo.

Pasemos por alto muchos años, y trasladémonos al mes de Febrero de 1649. Maria y Juan Pastelot, sentados entrambos al lado de la chimenea, conversaban dulcemente de los tiempos pasados, y se sonreian aun à los tiernos y dulces recuerdos que evocaban. Sentadas à su lado y oyéndolos con un silencio respetuoso se hallaban una muger que parecia tener unos cuarenta años y una bellísima jóven que no pasaba de diez y siete: eran la hija y la nieta de los esposos Pastelot, la linda Francisca, futura esposa de Enrique Raparlier, que tambien era mercader de paños. La jóven, sentada en un cojin á los pies de su abuela, prestaba atento oido á la relacion de las pompas nupciales que habia desplegado el Obispo de Soissons cuando se efectuó el matrimonio de su protejida con Juan Pastelot. Las venerables y dulces facciones de la anciana se animaban al hacer aquellas descripciones, y Juan sentia correr una lágrima de felicidad por sus mejillas nonagenarias. Para dominar su emocion, se levantó y se aproximó á la ventana; su cuerpo no se habia encorbado aun, andabà con firmeza y soltura, y sus cabellos, blancos como la nieve, caian en abundancia sobre sus espaldas. Asi que la señora Pastelot concluyó su narracion, el anciano se colocó detras de ella, se inclinó y arrimó sus labios á la frente casi sin arrugas de Maria.

—Y desde aquel dia solemne, hija mia, mi querida Francisca, dijo Juan, jamas, entre los malos ratos que la voluntad divina ha arrojado en mi oscura existencia, ni uno solo ha sido causado por tu abuela. Muger activa y laboriosa, esposa tierna, madre cariñosa, ha esparcido á manos llenas la felicidad sobre todas las afortunadas criaturas que la han rodeado! Hemos visto morirse, una despues de otra, todas las personas que amábamos, que nos amaban, y que desde el cielo velan por nosotros. Las hemos sentido y llorado; pero al llorar bendeciamos á Dios, porque si su misericordia divina nos las quitaba, era para ponerlas à sus pies en el Paraiso. De toda nuestra familia, de todos aquellos amigos, solo quedan ya tu abuela y yo; esperando sin temor de hora en hora el momento en que á nuestra vez tengamos que presentarnos á la presencia de nuestro Soberano Juez; nos ha dado tantos bienes, y tan pocos males que seriamos los cristianos mas ingratos y culpables si nos hubiésemos separado del camino de salvacion!

—No traigais á la memoria esas tristes ideas de separacion en el momento en que voy á casarme, padre mio; venid mas bien á ver los lindos trages y todas las demas cosas que mi madre y mi abuelita han dispuesto para mi matrimonio. Y ademas, Enrique, no queria decíroslo hasta mañana cuando fuésemos á la iglesia, pero yo no puedo tener secretos para vos; ademas, sabed que monseñor el Obispo de Soissons va á celebrar nuestro matrimonio, como su antecesor celebró el vuestro, querido abuelito! Cuando monseñor supo que Enrique se casaba conmigo, le dijo:

—Imitaré á mis antecesores: ellos han casado á la abuela y á la madre de vuestra futura, y yo casaré á su hija. Vos sois hijo del síndico de la comunidad de mercaderes de paños, y maese Pastelot es el hombre mas honrado y digno de respeto que conozco.

El anciano tembló de alegria al oir aquella fausta noticia. Haciasela repetir, cuando la sola criada que habia en la casa se presentó á anunciar que un caballero solicitaba ver á la señora Maria Pastelot.

Maese Pastelot mandó á la criada que lo introdujese, y á poco entró en la habitacion un jóven de diez y nueve años, vestido de negro. Acercóse respetuosamente á la anciana, puso una rodilla en tierra, sacó de su seno una carta con sello, y no pudo contener sus sollozos. La señora Maria rompió el sello, y contestó con lágrimas á las lágrimas del jóven; éste se arrojó á los brazos de la anciana, quien lo estrechó contra su pecho. Los testigos de aquella escena imprevista, incluso el mismo Pastelot, la miraban sorprendidos.

—Como! esclamó al fin Maria; los desventurados no han respetado á su dueño, á su soberano! lo han asesinado! Ay! estraña á las cosas de este mundo, ignoraba desde el fondo de mi humilde existencia hasta la prision, hasta los peligros de mi sobrino! Carlos! vos á quien ví tan noble, tan generoso, vos habeis perecido bajo el hacha del verdugo!

—Sí, noble y querida tia, sí! Al asesinar Isabel á la Reyna vuestra madre, enseñó al pueblo ingles como se cortaba la cabeza á un Rey. El pueblo aprovechó la leccion, y ha tratado al nieto como Isabel trató á la abuela.

Pastelot y sus hijos escuchaban asombrados aquellas revelaciones del elevado orígen de Maria. Pero la pobre muger estaba demasiado abismada en su dolor para notar su turbacion.

—Lo han juzgado! lo han condenado y decapitado! En medio de sus sufrimientos, y mientras que, semejante á Cristo, su divino modelo, aproximaba á sus lábios el cáliz de la amargura, se acordó de vos, cuya sabiduría ha preferido la dicha de vuestro marido y una existencia oscura pero tranquila á las fatales grandezas del régio mando! La carta que teneis la escribió para vos la víspera de su suplicio: un súbdito leal la recibió esponiendo su vida, y me la entregó con no menos dificultades y peligros. Leedla, querida y venerable tia! Leedla, hija de Maria Stuard, para que yo oiga otra vez las palabras del Rey-mártir.

La señora Maria leyó conmovida:

«Querida y amada hermana de mi padre: en visperas de comparecer á la presencia de Dios quiero daros este último testimonio de mi ternura y del recuerdo que conservo de vos. Sé que vivis todavia, y que nada ha turbado la vida prudente y feliz que habeis elegido, porque á la vez que he respetado vuestro secreto, mi solicitud no os ha olvidado, y todos los años un mensagero fiel iba á saber cómo os hallábais, y volvia á contármelo. Mi hijo os entregará esta carta, juntamente con un rizo de mis cabellos. Ponedlos con los de vuestra madre, asesinada como yo! Y despues consolad á mi hijo! al pobre huérfano! Repetidle que quiero que perdone como yo perdono á los que me matan. Adios! querida y amada tia! volveremos á vernos en el cielo.

«CARLOS, Rey"

—Ahora que he cumplido el encargo de mi padre, querida tia, dadme vuestra bendicion y recibid mi despedida.

—Vais á partir! Tan pronto?

—Voy á conquistar el reyno de mi padre.

—Vais á arrojaros en medio de sus asesinos? Os matarán tambien!

—Qué importa! Nada me supone la vida! El marques d'Ormond á la cabeza de un partido poderoso se dispone á combatir al infame Cromwell: allí está mi lugar. Adios.

—Dios mio! dijo la anciana arrodillándose, mientras que los demas instintivamente la imitaban; Dios mio! ignoro las cosas de este mundo, y solo sé humillarme delante

de vuestros impenetrables designios; pero si la voz de una pobre muger puede llegar hasta vos, Dios mio! escuchad á la mas humilde de vuestras siervas, y proteged á este pobre huérfano!

En seguida se levantó y con sencilla magestad puso su mano sobre la frente de Cárlos II, hizo en ella la señal de la cruz, y dijo:

—Ahora, señor, prontitud, y cumpla V. M. su deber.

El monarca proscripto iba á retirarse, cuando Juan Pastelot se aproximó á él respetuosamente:

—Señor, le dijo, yo no soy rico, pero he aqui mi nieta que se casa bien Por lo tanto, si os dignais permitidme que os ofrezca para ayudar á vuestros nobles designios 500,000 libras.....

—Oh! lo que haces es noble! Juan, está bien hecho, esclamó Maria.

—Señor, añadió la madre de Francisca; participo de los sentimientos de mi padre, y sacrificaremos gustosos nuestro último escudo en servicio de vuestra causa; si tuviese un hijo, su vida os perteneceria.

—Oh! esclamó Cárlos II; la sangre real jamas se desmiente! todos vosotros sois nobles y generosos Stuardos. Gracias! gracias! porque acabais de prodigar dulces consuelos á mi corazon dolorido..... No necesito aceptar vuestros sinceros ofrecimientos; el Rey de Francia ha puesto á mi disposicion cantidades considerables..... Adios, todos! adios. Rogad por el Rey Cárlos.

Y el jóven Rey se alejó.

Entonces el viejo Pastelot se aproximó à Maria; y tomó sus manos entre las suyas.

—Me habeis ocultado vuestro secreto, Maria! No habeis querido abandonar al humilde mercader de paños para ir á sentaros al lado de vuestro hermano el Rey!

—¿Y el mercader de paños, no se casó conmigo cuando era pobre, huérfana, sin nombre, y sin asilo por haber sido espulsada del palacio episcopal?

—Pero al menos ¿ por qué no me habeis dicho el inmenso sacrificio que habíais hecho?

—Porque la idea de ese sacrificio que nada me costaba, hubiera turbado vuestra felicidad; porque à cada momento hubiérais pensado que yo echaba de menos un rango en el que no pensaba.

En seguida, para poner fin á la conversacion, añadió:

—Vamos, hijas mias, vamos á la cocina. Ya es tiempo que pensemos en hacer la torta de boda. Apesar de mis ochenta años, quiero hacerla yo misma.

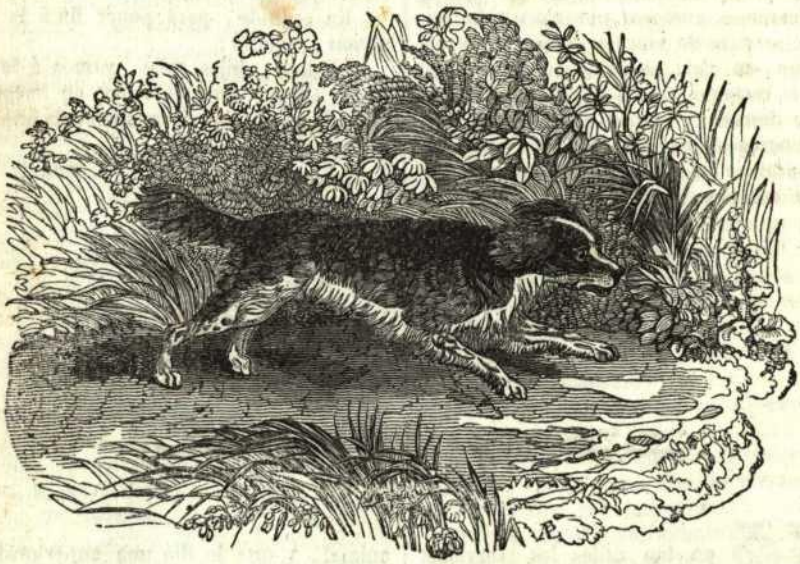
T. POR C. F.

Estudios de historia natural.

EL PERRO.

Son tan útiles los servicios del perro al hombre en todas las edades, que como dice Buffon, para hacer su historia seria casi necesario ir á parar al estado originario de la especie humana, al estado primitivo de sencillez y libertad, marcar los progresos de la civilizacion en los diferentes cambios del mundo, y seguir atentamente el gradual progreso del órden, que puso al hombre á la cabeza del mundo animal, y que le dió una superioridad manifiesta sobre todos los seres de la creacion. El perro independientemente de la hermosura de sus formas, de su viveza, de su ligereza, y de su fuerza, posee todas las cualidades internas que necesita para conciliarse la afeccion del hombre, y hacérle un protector en lugar de tirano. Su natural valor, su feroz disposicion con sus enemigos en el estado salvaje le hacen temible á los demas animales: mas estas cualidades dan pronto lugar á otras en el perro doméstico, cuya

ambicion parece limitarse al deseo de complacer. El hace tributo de su fuerza, de su valor, de todos los talentos útiles que posee, á las plantas de su dueño, espera sus órdenes para prestarles sumisa obediencia, consulta sus miradas que son suficientes para ponerle en movimiento, es fiel sobre todos los elogios que puedan tributàrsele, constante en sus afecciones, amigo sin interes y agradecido por los mas leves favores que recibe. Se acuerda mas de los beneficios que de las injurias que le hacen, no huye por el mal trato que le dan por el contrario continúa humilde, sumiso é implorando; su sola esperanza es servir, su solo terror desagradar; lame la mano en el mismo momento que le hiere, y desarma el resentimiento por su perseverancia en la sumision. Mucho mas susceptible de impresiones que los demas animales, muy pronto adquiere su instruccion, y se adapta de un modo extraordinario á las costumbres, movimientos y maneras de sus amos. Toma la entonacion de la familia con que vive, y como los demas criados es altanero en casa del grande y rústico en la del labrador. Siempre dispuesto á obedecer y á agradar á su amo y á sus amigos no se cuida de los extraños, y repele furiosamente á los mendigos á los que distingue por su voz, por su vestido y por sus ademanes. Cuando está encargado durante la noche de la custodia de una casa ó jardin, se aumenta su intrepidez, y con frecuencia se hace absolutamente feroz: vigila, ronda, huele á los extraños antes de acercarse y si se detienen ó tratan de saltar alguna barrera, ú obstáculo que encuentran, se arroja sobre ellos, y ladrando y haciendo otras demostraciones alarma á los vecinos y precave los males que podian amenazarles.



El Perro.

Para conocer la importancia de esta especie de animal, es menester suponer el caso de que no hubiera existido. Sin el auxilio del perro ¿cómo hubiera el hombre conquistado, domado y reducido á esclavitud á los demas animales? ¿cómo habria descubierto, cazado y destruido las bestias fieras y dañinas? Para su propia seguridad, para ser señor del mundo le era necesario admitir á su lado á los animales á que podia atraerse por caricias, y que siendo capaces de adhesion y obediencia podian oponerse à las demas especies. De aquí es que el amansamiento del perro parece la primera arte in-

ventada por el hombre, arte que le dió por consecuencia la conquista y la pacífica posesion de la tierra.

El perro es uno de los animales, que por haber estado por tanto tiempo bajo la proteccion del hombre, tienen su orígen envuelto en las tinieblas de la incertidumbre. Se han encontrado perros silvestres en grandes rebaños en el Congo, en la baja Etiopia, y en el Cabo de Buena Esperanza: dícese que estos tienen el pelo rojizo, los cuerpos delgados, y las colas semejantes á las de los galgos. Otros parecidos á los sabuesos son de diferentes colores, tienen derechas las orejas, y son de un tamaño semejante al de los perros que en Inglaterra se emplean para la caza de la zorra, destruyen los rebaños, cazan las cabras monteses y otros animales de la misma clase, como nuestros perros lo hacen con los ciervos. Corren con una gran ligereza, no tienen residencia fija, y rara vez se consigue matarlos porque son bastante perspicaces para escaparse de todas las trampas que les ponen, y tienen una gran delicadeza de olfato para evitar todo lo que ha tocado la mano del hombre. Viven en grandes manadas, atacan á los leones, á los tigres, y á los elefantes, y causan grandes daños á los ganados de los hotentotes. Algunas veces se apoderan los hombres de los cachorros de estos perros, pero cuando llegan á ser ya grandes adquieren tal grado de ferocidad, que se resiste á que puedan ser domesticados.

Los naturalistas modernos no se inclinan á conceder que estos perros silvestres constituyan una verdadera y real especie primitiva, sino que creen mas bien que son descendientes de perros domesticados y que han vuelto otra vez á un estado primitivo semejante al originario de su casta. Algunos consideran al lobo como la raza de que proviene en general nuestra numerosa diversidad de perros. Sobre este particular son dignas de consideracion las observaciones que hace Buffon: segun él, el perro y el lobo nunca han sido mirados como una misma especie sino es por algunos nomenclatores de historia natural, que bien hallados con la superficie de la naturaleza, nunca extienden su vista mas allá de sus propios métodos, falaces y erróneos frecuentemente en los hechos mas obvios. El lobo y el perro, dice el mismo Buffon, no pueden procrear juntos, y tener una raza intermedia: sus disposiciones son opuestas y sus constituciones diferentes; el lobo vive mas que el perro: el lobo procrea solo una vez al año, el perro dos ó tres. Estas distinciones son mas que suficientes para demostrar que los dos animales son de muy diferentes especies. Ademas, si nosotros con detenido exámen nos ocupamos de esto, nos percibiremos fácilmente que aun en sus formas externas el lobo se diferencia del perro de una manera esencial y uniforme: la apariencia de la cabeza y de la configuracion de los huesos son absolutamente distintas: la cavidad del ojo del lobo está oblicuamente colocada, sus órbitas están inclinadas, sus ojos brillan en la oscuridad, en lugar de ladrar ahulla, sus movimientos aunque ligeros y precipitados son mas iguales y uniformes, su cuerpo es mas fuerte pero no tan flexible, sus miembros mas robustos, sus quijadas y dientes mas grandes, y su pelo mas basto y espeso. Estas observaciones de Buffon, que fueron anteriores á los experimentos hechos para la reproduccion entre el perro y el lobo, han sido en parte desmentidas por el completo éxito que han tenido. De ellos ha resultado que la union de estos animales no solamente es productiva, sino tambien que sus cachorros son capaces tambien de reproducirse. Esto sin embargo no es suficiente prueba para decir que estos animales traen su orígen de una misma raza, sabiéndose que una circunstancia igual tiene lugar entre el caballo y el burro: presentándose en la Nueva-Holanda ejemplares de mulas que se han reproducido. Nosotros no supondremos por esto que sea una misma la especie, sino deduciremos la consecuencia de que animales que tienen mucha semejanza unos con otros, aunque realmente sean de diferente especie, pueden mezclarse en sus razas. Es mas probable que el orígen del perro provenga del ádiva que del lobo, pero debemos confesar ingenuamente al mismo tiempo que nada cierto puede asegurarse en este particular. La clase de perros domésticos, que generalmente se supone que se acerca mas á la primitiva, es la que Buffon llama perro de pastor, y Linneo perro doméstico. Este perro se distingue por sus orejas erguidas y por la extraordinaria vellosidad que tiene bajo la cola, y está á la cabeza de la primera clase de los perros de campo. Esta casta, segun se supone, está conservada en la mayor pureza en los distritos del norte de la Escocia, en donde su auxilio es necesario para dirigir los numerosos rebaños que se crian en los lugares poco poblados. La misma variedad está difundida en todos los pai-

ses de la Europa, y en algunos se advierte que es mas grande y mas fuerte que en Inglaterra. Un escritor observa que en los parajes, que en Inglaterra estan exclusivamente destinados al pasto del ganado, este animal sagaz es de la mayor importancia: se ven continuamente inmensos rebaños extendidos en estos lugares hasta donde pueda alcanzar la vista, al parecer sin ninguna vigilancia; su sola guia es el pastor auxiliado por el perro, constante compañero de todos sus trabajos, que recibiendo sus órdenes, está dispuesto siempre á ejecutarlas, y celoso guardian del rebaño mantiene juntas las cabezas, impide que se descarrien, y las conduce de unos á otros pastos al mismo tiempo que zela con el mayor cuidado para que no se mezclen con el ganado personas que le sean extrañas. Cuando un buen perro lleva mucho ganado á una parte distante, siempre lo confina al camino, vela en las avenidas que separan de él, donde toma su posicion, amenaza y persigue á las reses fugitivas, y las obliga á volver al ganado sin causarlas el mas pequeño mal. Si el pastor por algun tiempo está ausente del ganado, el perro lo tiene reunido, y siempre que se le hace la señal, lo conduce à su dueño aunque esté á una considerable distancia.

Muchas son las diferentes clases de perros: larga seria nuestra tarea y ocuparia mas columnas de nuestra publicacion, que las que podemos consagrarles si tuviéramos que recorrerlas; por eso, limitados á consideraciones generales, haremos algunas otras observaciones, que creemos convenientes para terminar este artículo.

Los servicios, que el perro nos presta con su compañia y amistad, con su vigilancia y adhesion exigen la consideracion del hombre, que no tan agradecido en todos los paises como en Europa, satisface á veces con malos tratos las ventajas que recibe.

Las facultades naturales extraordinarias del perro pueden ser auxiliadas por la educacion que reciba, y en este punto es tan grande su sagacidad, que pocas veces deja de exceder las esperanzas del que le enseña. Son innumerables los ejemplos que se ofrecen de haber sobrepujado toda idea que pudiera formarse de su inteligencia: apenas habrá un lector, que por lo que él mismo haya observado, y por lo que le hayan dicho personas cuya veracidad esté al abrigo de toda sospecha, no pueda citar muchos de estos ejemplares. Hay sin embargo algunas anécdotas de tanto bulto, que nosotros no debemos omitir, y que parece que prueban un grado de destreza y talento superior á la creacion bruta. Háblase de un perro que pertenecia á la noble familia de los Médicis, que servia á su amo á la mesa, le cambiaba los platos, y le llevaba un vaso de vino en una salvilla sin derramar una sola gota. Mas todo esto pierde mucho de su mérito al lado de un hecho que parece increible, y que necesita la respetable autoridad en que se apoya para no reputarlo desde luego como falso. Los académicos franceses hicieron mencion de un perro que vivia en Alemania y que de un modo inteligible pedia té, café y chocolate, etc. Esta relacion fue hecha por el tan célebre Leibnitz, y su complemento era asi: el perro tenia un tamaño regular, y era propiedad de un labrador de Sajonia: un hijo pequeño de este, creyendo que percibia en la voz del perro semejanza con ciertas palabras, emprendió á enseñarle á hablar distintamente. No omitió ni tiempo ni vigilias con su discípulo, que cuando empezó el aprendizaje tenia ya tres años, é hizo tales progresos que llegó á poder pronunciar hasta treinta palabras. Sin embargo, el perro, que era bastante caprichoso, no ejercia espontáneamente sus talentos, de modo que generalmente tenia que ser apremiado para descubrirlos, y era necesario que se le pronunciasen las palabras para que las repitiese. Los académicos franceses añaden que no se atreverian á hacer mencion de este caso si no mediase el testimonio del gran Leibnitz.

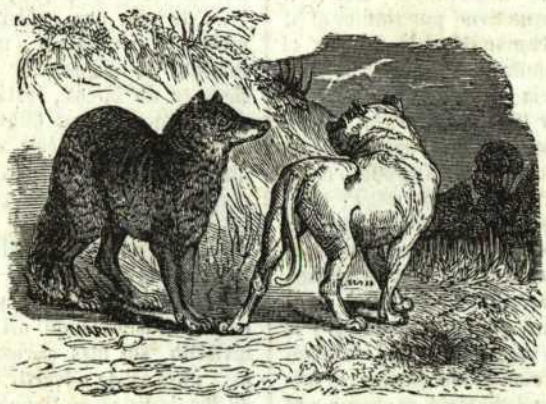
En algunos paises los perros están sujetos á los mas duros trabajos. En la Laponia, en la Siberia se los emplea en conducir pasajeros sobre la nieve y el hielo de estas inhospitalarias regiones, recibiendo solamente por recompensa desperdicios de pescado, que apenas bastan para soportar su vida, y que reciben despues de haber concluido su tarea. No es menos dura su suerte en otros paises donde son empleados como animales de carga. En Holanda, segun Mr. Pratt no se encuentra ocioso un solo perro de regular tamaño, y tanto en este punto como en Bélgica se les emplea en distintos usos de la misma clase.

En Lisboa se ve una gran multitud de perros vagar por las calles sin ninguna habitacion determinada, y que subsisten solo de los desperdicios é inmundicias arrojadas á la calle en las horas en que la policia lo permite. Durante el dia estos pobres y famélicos

animales están en los pórticos, en los callejones, en los establos y en los edificios arruinados, de donde salen por la noche para recorrer las calles en busca de sustento. Entonces es útil á los que pasan evitar en lo posible aproximarse á ellos, porque el hambre y las peleas que tienen unos con otros, les hacen muy feroces.

En Turquia y en otros paises mahometanos es considerable el número de los perros, que en general son tratados con dureza é indiferencia. En Kamtschatka á mas de los servicios, que prestan los perros, sus pieles se aprovechan para vestidos, y su pelo largo para adornos. En otras partes comen la carne de perro y la venden en los mercados públicos lo mismo que la caza: en las islas de la Sociedad los engordan con vejetales y los ceban, cuando no quieren comer mas, como hacen en Europa con los pavos, los matan estrangulándolos, conservan su sangre en cortezas de coco, y la cuecen para la mesa. Entre los antiguos reputaban como una excelente comida los perros pequeños y gordos, especialmente si estaban castrados. Hipócrates clasificó su carne con la del carnero y la del puerco. Los romanos sacrificaban á sus dioses los perros cuando mamaban, práctica observada tambien por los salvajes asiáticos y americanos para atraerse los favores del cielo y conjurar sus males: los mismos romanos los conceptuaban como un manjar con que se deleitaban los dioses.

No queremos concluir este artículo sin hacer mencion de los perros del monte de San Bernardo, á cuyos servicios debe tanto la humanidad. El convento á que pertenecen está situado en una montaña cerca de uno de los pasajes mas peligrosos de los Alpes, entre la Suiza y la Saboya. En estos paises el viajero frecuentemente, despues de dias apacibles, es sorprendido por la tempestad; los caminos se ponen intransitables por las masas de nieve, estas desprendiéndose van á parar á los valles llevando delante de sí árboles y pedazos de roca. Los religiosos abren sus puertas á todos los viajeros, los que encuentran buen trato y un alvergue para refugiarse de la tempestad: no contentos con esto toman el cargo de buscar á estos desgraciados que perecerian sin su auxilio. Para esto estan ayudados por una raza particular de perros cuya extraordinaria sagacidad muchas veces les facilita libertar al viajero de la muerte. Yerto el hombre, frio, cansado de buscar en vano la senda que ha perdido se apodera de sus sentidos la influencia del yelo que le sumerje en un profundo letargo: cayendo en el suelo la nieve le oculta á la vista, sucediendo muchas veces que viene á estar debajo de ella diez y mas pies. Entonces es cuando los perros con la delicadeza de su olfato lo libertan de la muerte, separando la nieve con sus pies y dando continuos y grandes ahullidos, que atraen á los monjes y criados del convento á su socorro. De uno de estos perros se refiere que despues de haber librado en pocos años á veinte y dos personas pereció á impulsos de su celo haciendo un nuevo beneficio. En vida le decoraron con una medalla, despues de su muerte deberian haberle erigido una estátua. (*M. Q.*)



Domingo 14 de Marzo.

Viajes.

LOS LAPONES.



En la parte mas septentrional de la Europa se halla un pais conocido con el nombre de Laponia, que tiene por límites al N. el mar Glacial, al Sur el golfo de Bothnia, la Suecia y la Noruega, al E. el mar Blanco y al O. la Noruega y el Océano Atlántico. Este pais se divide en Laponia rusa, sueca, danesa ó noruega; estas dos últimas partes pertenecen á la Suecia. La Laponia en general está cubierta de elevadas montañas, pantanos, arenales y bosques; su suelo es muy poco productivo, y se cria ganado vacuno y lanar de especie pequeña como todo cuanto corresponde al reyno animal. El cielo es sereno y el clima generalmente sano. Hay en la parte septentrional, en invierno 3 meses de noche, y otros 3 de dia en estío, siendo desconocidos el otoño y la primavera.

Este pais con quien la naturaloza se ha mostrado tan ingrata, negándole las dos épocas mas deliciosas del año, cubierto casi siempre de hielos, está habitado por una poblacion de unos 60000 habitantes, dividida, se puede decir en dos clases, una que es la mas numerosa, perezosa y desaseada, vive la mayor parte del tiempo en las costas del mar y se mantiene de pescado rancio y seco, que reducen á polvo y les sirve en lugar del pan. La otra clase de lapones es mas activa, y habita en las montañas, trashumando asi en verano como en invierno, sin mas abrigo que el de sus chozas: pues es de advertir que el mayor número de los lapones no tienen habitaciones fijas.

Sin embargo de esto y de la aspereza del clima, tienen mucho apego à su pais natal, y en su feliz ignorancia creen ser los mas favorecidos de la naturaleza, costándoles mucho trabajo vivir bajo otro clima.

Los lapones mas acomodados de las montañas se alimentan de la carne y leche que les proporciona el reno, que es un ciervo de la misma especie que el alce, pero de menor tamaño, y que no se halla en pais alguno sino en las regiones polares de Europa, donde presta un servicio inmenso á los lapones. Sin duda alguna estos deben al reno la poca civilizacion que han adquirido en sociedad, y casi todas las conveniencias de que gozan en aquella region inhabitable.

Como quiera que solo con la ayuda de estos animales pueden los lapones proveer, digámoslo así, à su subsistencia, no creemos fuera de propósito, ocuparnos de ellos con preferencia despues de la sucinta idea que hemos dado del pais y de sus habitantes.

«Con motivo de hallarse sujeto el reno à una plaga intorelable en verano, se ven sus dueños obligados à llevarlos à la costa, jornada sumamente penosa, para mitigar sus sufrimientos y preservar sus vidas. M. de Broke en su Viaje à Laponia describe estas migraciones del modo siguiente:

La isla de la Ballena, durante los meses de verano, es frecuentada por los lapones con sus hatos de ganado. La causa que obliga à estos habitantes à emprender estas largas y anuales migraciones desde el interior del pais á las costas, aunque parece singular es suficientemente poderosa. Está bien sabido por la relacion de aquellos que han visitado la Laponia, que durante los meses de verano, las partes interiores de aquel pais, particularmente los bosques, está tan infestadas con varias especies de mosquitos y otros insectos, que ningun animal puede escapar sus persecuciones incesantes. Se hacen varios fuegos grandes para causar humo, en el que los animales meten sus cabezas para librarse de las picaduras de sus enemigos; y aun los habitantes mismos están obligados à untarse las caras con brea, la única proteccion que la esperiencia les ha enseñado contra los aguijones de los obstinados insectos. El reno sufre mas que ningun otro animal con una especie grande llamada por los naturalistas *œstrus tarandi*, la cual no solamente le atormenta con sus picaduras, sino que deposita sus huevos en la herida que hace en el pellejo del animal, lo que atormenta tanto al ganado en los meses de Junio, Julio y Agosto, que si el dueño no lo sacara de los bosques pereceria la mayor parte. Estos insectos molestos no pueden sufrir las brizas frias del mar, ni el viento mas puro de las cumbres altas, por lo que los lapones conducen sus ganados á una ú otra parte segun las circunstancias.

A principios de Septiembre dejan los lapones la costa, y parten con su ganado à sus cuarteles de invierno antes que principien las nevadas. Con el frio del invierno crece y se aumenta el pelo del reno, tomando un color blanquisco, como sucede á la mayor parte de los cuadrúpedos que habitan junto al polo. En esta estacion de la mayor inclemencia hiemal es cuando los lapones conocen el valor peculiar del reno, puesto que sin su ayuda cesaria enteramente toda comunicacion entre los habitantes. Un solo animal tira de un trineo con una carga de tres quintales, con un trote tan lijero que camina sobre la nieve à razon de tres leguas por hora, siendo tal el sufrimiento y perseverancia del reno que frecuentemente hacen jornadas de cuarenta à cincuenta leguas en el espacio de diez y ocho horas. En el palacio de Drotningholm (Suecia) hay una pintura que representa un reno que en 1699, condujo à un oficial con despachos de grande importancia á la increible distancia de doscientas leguas en cuarenta y ocho horas.

El reno come de toda yerba en verano, pero durante el invierno no tiene mas alimento que el lichen ó musgo que descubren por el olfato bajo la nieve, y ultimamente se ha averiguado que comen con ansia una especie de rata que abunda en las montañas, ejemplo muy raro de un ruminante con la propiedad de ser carnívoro.

En un pais donde los servicios del reno son de tanto aprecio é importancia, constituye necesariamente la riqueza de los habitantes. El número de renos que compone un hato es de trescientos á cuatrocientos, lo que basta para mantener à una familia con abundancia por todo el año. Con la leche se hace en verano una cantidad de queso suficiente para todo el año; y en invierno se matan los necesarios para suplir la caza con carne. Doscientos renos bastan para mantener con economia à una familia si no es muy crecida; con solo cien animales la subsistencia será muy precaria; y con cincuenta, nadie puede establecerse separadamente. La práctica comun del pobre es jun-

tar su pequeño número al hato de un lapon rico, cuidar el ganado como si fuera un peon, pero sin recibir mas que el mantenimiento, siendo el aumento del ganado que le pertenece un equivalente à los jornales.

«Es un espectáculo agradable, (dice el viagero Von-Buch) ver el hato juntarse à un lado del rancho para la faena del ordeñamiento; todo es alegria por los valles y por los montes; los perros corriendo y ladrando traen à los renos saltando por el campo con gran variedad de movimientos. Acosado el reno por el perro se para, y levantando la cabeza hace alarde de su grande y ramosa cornamenta, como orgulloso de tan hermoso ornamento y defensa. Cuando corre no hace ruido alguno con sus pies, moviéndose tan lijero como el viento; lo único que se oye es el crujido incesante de las coyunturas de las rodillas, que se puede distinguir à gran distancia cuando el número de renos es considerable. Luego que todo el hato, de tres à cuatrocientos, ha llegado à la lechería se detiene; unos se echan al suelo, mientras que otros retozan jugando con sus crecidos mogotes, ó se forman en grupos para rumiar el musgo. Cuando las ordeñadoras van con sus vasijas à sacar la leche, el criado echa una soga al animal que le señalan, y asegurado por los cuernos lo trae junto à ella. El reno regularmente resiste à ser tirado por el lazo, y cuanto mayor es la resistencia tanto mas hace reir à las mugeres por el trabajo que dan à los criados; y aun despues de atado lo dejan escapar para que lo vuelvan à cojer, lo que hace que los amos salgan del rancho enojados para reñirles por estas travesuras que suelen espantar todo el hato y hacer ariscos à los animales. Cuando una manada se ha multiplicado mucho, le parece à uno ver un vasto campamento sobre el cual preside el dueño colocado en el centro, haciendo recordar lo que refiere la Biblia de Laban, Lia, Raquel y Jacob.»

Hay tambien renos cerriles por los campos de Laponia, y los habitantes mas activos los cazan para hacer comercio de sus cuernos, cueros y lenguas, las que bien curadas, son muy estimadas en los paises del norte de Europa.

Los lapones ó *sahme-ladzhs*, como ellos se llaman son en lo general de estatura pequeña, su color es pálido, muy moreno: tienen el pecho ancho, la cabeza gruesa, los ojos azules y ahondados, y los cabellos duros, negros y largos. Son coléricos, brutales y muy supersticiosos. Se visten de gruesos paños y de pieles de animales de que tanto abunda su pais. Su lengua tiene alguna semejanza con la de los kalmukos.

(*F. S.*)

LA CARCEL DE FILADELFIA.

Solo el homicida proditorio sufre la pena capital en Pesilvania, y todos los demas reos son sentenciados à pagar una multa, á prision, ó trabajo forzado, segun la gravedad de la ofensa. Mandados á la càrcel, están obligados á trabajar diariamente para pagar por su mantenimiento, por su ropa y lavado, las costas de su causa, y por el uso de los instrumentos correspondientes á su oficio: llevando el Contador de la prision una cuenta exacta del gasto y recibo para cada uno, y si al concluir el término de su encarcelamiento hay algun balance á su favor, se le entrega en dinero contante, pero si debe todavía algo á la prision, continúa en ella hasta satisfacer por todo.

En consecuencia de este admirable reglamento, los que visitan á los criminales en Filadelfia no pueden imaginar que aquella es una càrcel, sino una grande fábrica, donde trabajan tejedores, carpinteros, zapateros, &c. con el mayor órden y regularidad, no permitiéndose allí grillos ni cadenas; de modo que escepto la compulsion, parece una comunidad de jornaleros industriosos siguiendo sus respectivas ocupaciones.

Tal ha sido el efecto de este sistema, que ha producido las mayores ventajas no solo al Estado mas tambien á los mismos criminales; los crímenes han disminuido á la mitad de lo que solian desde la abolicion del sistema penal, y la mayor parte de los presos han sido restituidos á la comunidad del Estado hechos hombres de bien y buenos trabajadores. La mayor prueba de su correccion es, que muchos de ellos, por su buena conducta durante mucha parte de su encierro, han merecido ponerlos en libertad antes de concluir el tiempo de su sentencia. ¡Qué ejemplo para todas las naciones de Europa y de América, semejantes en religion, política y costumbres!

—

Literatura inglesa.

El Baron Von-Koëldwethout de Tronsberg.

CUENTO POR WASHINGTON IRVING.



El baron Von-Koëldwethout, de Tronsberg, tenia tan buena traza como era de esperar de un baron. No hay necesidad de decir que vivia en un castillo, por que esto es muy natural, ni que este castillo era viejo, porque ¿qué baron aleman ha vivido jamas en un castillo nuevo?

Muchos y muy estraños acontecimientos hacian célebre aquel edificio venerable. Entre los mas horribles y misteriosos se hacia notar que el viento se introducia siempre en las chimeneas con un estrépito horroroso, y hasta ahullaba entre los árboles del vecino bosque. Cuando brillaba la luna, se deslizaban sus pálidos rayos á traves de algunas troneras de los muros, y teñian con su luz descolorida una parte de las salas y de las galerias, mientras que dejaban sumergidas en una oscuridad profunda todas las demas partes del castillo.

Procurando esplicarnos las causas de tan estraordinarios incidentes, hemos logrado descubrir en algunos viejos pergaminos empolvados y de olorosa vetustez, que uno de los antepasados del baron, hallándose algo escaso de metálico, asesinó á un viagero que habiéndose estraviado durante la noche se habia llegado al castillo á pedir hospitalidad.

Y ya que tratamos de los antepasados del baron, justo es decir que éste reclamaba en alta voz los derechos que creia tener al respeto de todos por la estension de su genealogia. Asústanos de antemano la idea de prefijar el número exacto de aquellos venerables abuelos; pero podemos afirmar sin temor de ser desmentidos, que contaba muchos mas que ninguno de los hombres de su época. Nosotros desearíamos que viviese hoy para que tuviese mas; pues es una desgracia para los grandes hombres antiguos que viniesen tan pronto al mundo, porque un hombre que nació trescientos ó cuatrocientos años ha no puede razonablemente aspirar á tener tantos abuelos, como un quidam de nuestros dias. El último hombre que nazca, aunque sea un zapatero de viejo ó algo peor, podrá vanagloriarse de poseer una genealogía mucho mas larga que la del personage mas noble de nuestros dias, y en verdad que esto no es justo. Muy bien! Mas volvamos al baron Von-Koëldwethout. Era este un guapo mozo, bien plantado, de cabellos negros y espesos bigotes, que corria á la caza con un vestido de paño verde de Lincoln, con botas de montar, y una corneta colgada á la espalda. Cuando tocaba su bien conocida corneta, se presentaban al punto otros veinte y cuatro gentiles-hombres de rango inferior, vestidos tambien de paño verde de Lincoln, aunque mas basto, calzados con botas iguales aunque menos finas; y empeñando todos venablos duros como el hierro, galopaban en persecucion de los

jabalies; algunas veces se salian al encuentro de un oso: en este caso el baron mataba al animal mismo, y reservaba el unto para entretenimiento de sus favoritos.

Por lo que se veia, el baron de Tronsberg pasaba una vida muy alegre, y mas la pasaban todavia sus vasallos, que bebian todas las noches vino del Rhin hasta el momento en que caian todos debajo de la mesa, y colocando para mayor comodidad las botellas en el suelo pedian sus pipas. Nunca se vieron jóvenes tan ruidosos, tan risueños y divertidos como los huéspedes de Tronsberg.

Pero los placeres que se disfrutan en la mesa ó debajo de la mesa, exigen alguna variedad, sobre todo cuando las veinte y cinco personas se sientan diariamente en un mismo sitio para embriagarse con los mismos vinos y referirse y escuchar las mismas historias. El baron se fastidió, y sintió la necesidad de nuevas distracciones. Trabóse de palabras con sus gentiles-hombres, y se propuso apalear dos ó tres todos los dias despues de comer, probablemente para facilitarles la digestion bastante penosa de las viandas alemanas. Esto le pareció durante algunos dias una diversion tan sana como agradable: la continuó por sabiduria y se cansó de ella por exceso. Al cabo de una semana se quejó de su monotonia y volvió á su mal humor, buscando con ansia alguna nueva distraccion.

Una noche, despues de haber vuelto de la caza, en la que habia sobrepujado al mismo Nemrod y al famoso Gillingwaser, despues de haber degollado un oso magnífico, y conducido en triunfo al animal al castillo; el baron Von Koëldwethout se sentó tristemente á la cabecera de la mesa, mirando descontento y fastidiado la ahumada bóveda de la sala. Bebiose un número prodigioso de vasos de vino, pero mientras mas bebia mas fruncia el seño. Los gentiles-hombres, honrados con la distincion peligrosa de sentarse á su lado, no bebian menos que él, y unos á otros fruncian el ceño.

—Yo lo quiero! esclamó de improviso el baron pegando con su mano derecha un puñetazo en la mesa, y retorciéndose el bigote con la izquierda. ¡Bebamos á la salud de la baronesa de Tronsberg.

Los veinte y cuatro gentiles-hombres se pusieron pálidos á excepcion de sus veinte y cuatro narices, cuyo color era inalterablemente colorado.

—He dicho que bebamos á la salud de la baronesa de Tronsberg, repitió el cazador, paseando sus miradas en torno de la mesa.

—A la salud de la baronesa de Tronsberg! gritaron los veinte y cuatro gentiles-hombres.

Y sus veinte y cuatro gaznates se vieron rociados con veinte y cuatro copas de vino del Rhin, que cada una hacia á lo menos una azumbre, y sus veinte y cuatro lenguas lamieron sus cuarenta y ocho lábios, haciendo un guiño.

—Es la encantadora hija del baron Von-Swillenhausen dijo Koëldwethout, dignándose dar algunas esplicaciones. La pediremos á su padre para desposarme con ella. Si rechaza nuestra alianza le cortaremos las orejas.—Por lo tanto, bebamos á su salud!

Un ronco murmullo se elevó del medio de la reunion, y cada cual llevó la mano primero al puño de su espada y luego á cada una de sus orejas; últimamente todos vaciaron sus copas, lanzándose una mirada terriblemente espresiva.

¡Cuán grande y digna de contemplacion y de admiracion es la piedad filial! Si la hija del baron Von-Swillenhausen hubiese dicho á su padre, anegando sus pies de lágrimas, que su corazon no era libre; si solamente se hubiese desmayado ó hubiese procurado persuadir al anciano gentil-hombre con palabras humedecidas de llanto, bien podia haberse apostado mil contra uno que el baron de Swillenhausen hubiera sido precipitado por una ventana de su castillo, y el castillo demolido. Pero la señorita contuvo su lengua y sus lágrimas cuando al otro dia temprano llegó al castillo un mensagero portador de la peticion del baron Von-Koëldwethout, y se retiró modestamente á su habitacion, desde donde se puso á acechar la llegada del pretendiente y de su comitiva. No bien estuvo cierta que el caballero de los espesos bigotes era su futuro esposo, se apresuró á volver al lado de su padre para anunciarle que se sentia dispuesta á sacrificarse por su dicha y tranquilidad; añadiendo que hasta haria este sacrificio con gusto, si con él habia de ganar un protector poderoso la débil casa de Swillenhausen.—El venerable pergamino que nos guia en esta historia, hace con este motivo una pérfida reflexion, en la que salen á relucir la varonil hermosura y los bigotes del baron; pero como somos historiadores de una discrecion á toda prueba, no nos detendremos mas tiempo en esta reflexion.

Si la hija del baron Von-Swillenhausen

tenia motivos para no estar disgustada del rostro de su esposo, en verdad que este debia tenerlos mayores aun para estar encantado, poseido, de los atractivos de su futura. El mas esquisito tinte del fruto maduro!, el suave colorido de las flores, no igualaban la mezcla de blanco y rosa de su hechicero rostro, y ni el azul brillante de sus ojos. La viña en toda su elegante lozania no es mas graciosa que los bucles de espesos cabellos castaños que caian al rededor de su rostro. En fin, su dulce voz era para los encantados oidos de Swillenhausen la música mas dulce que se ha podido oir sobre la tierra.

El dia en que el baron llegó al castillo hubo en él una fiesta espléndida. Los veinte y cuatro gentiles-hombres comensales de Koëldwethout, juraron eterna amistad á los doce gentiles-hombres de Swillenhausen, y prometieron al viejo baron beber de su vino, hasta ponerse todos morados, con lo que probablemente querian decir, hasta que sus rostros tomasen el color de sus narices. Todos se golpearon amistosamente en el hombro al tiempo de separarse, y el baron de Koëldwethout volvió alegremente á su castillo seguido de sus compañeros.

Los osos y los jabalíes descansaron durante seis mortales semanas! Las casas de Koëldwethout y de Swillenhausen se unieron; los venablos se tomaron de orin, y la corneta del baron no hizo oir sus sonidos poderosos y... armoniosos.

Habia pasado el buen tiempo para los veinte y cuatro gentiles-hombres. Ah! los dias de gloria y de felicidad se habian calzado sus botas de viage y se alejaban ya.

—Amigo mio! dijo un dia la baronesa.

—Amor mio! le contestó el baron.

—Esos hombres groseros, alborotadores...

—Y qué! señora, dijo el baron asombrado.

La baronesa le enseñó desde la ventana junto á la cual estaban sentados, á los veinte y cuatro compañeros que bebian en el patio el último trago para prepararse bien á correr uno ó dos jabalíes.

—Es mi comitiva de caza, señora, dijo el baron.

—Licénciala, amor mio! murmuró la baronesa.

—Que la licencie! esclamó el baron en el colmo de la sorpresa.

—Para complacer mi amor, respondió tiernamente la baronesa.

—Para complacer al diablo, señora, replicó el baron.

Al oirlo la baronesa dió un grito terrible, y cayó desmayada á los pies de su esposo.

¿Qué habia de hacer el baron? Lo que vosotros hubiérais hecho en su lugar.—Llamó á la camarera, y mandó buscar el médico; en seguida, se precipitó en el patio, aporreó á dos gentiles-hombres de los que estaban mas acostumbrados á estas bromas, y enviando al diablo á todos los demas, los maldijo enérgicamente y los echó.

No nos corresponde deciros por qué medios ó por qué grados, ciertas mugeres llegan á dominar á sus maridos del modo que lo hacen; sin embargo, tenemos fundada nuestra opinion sobre el particular, y llevados de ella diremos que ningun miembro del parlamento debia ser casado; pues es seguro que de cuatro miembros, tres á lo menos votan segun la conciencia de sus mugeres, se entiende si es que estas tienen conciencia. Lo que importa ahora decir, es, que bien de esta manera ó de la otra la baronesa Von-Koëldwethout tomó en breve grande influencia sobre su marido, y que poco á poco, hora por hora, dia por dia, mes por mes, año por año, el baron concluyó por perder siempre en cada disputa, por ceder en todas las materias, y por renunciar á todos sus antiguos hábitos y manias. Robusto y hermoso todavia á la edad de cuarenta y ocho años, ya no tenia ni festines, ni orgias, ni comitiva, ni caza; nada, en fin, de lo que le agradaba ó de lo que se habia acostumbrado á gozar; y aunque orgulloso como un leon y duro como el acero, se veia decididamente llevado de las narices por su propia muger y en su propio castillo de Tronsberg.

Pero todavia no conocemos todos los infortunios del baron: la privacion de los placeres, la supresion de sus mas queridos hábitos, no podian ponerse en paralelo con el aumento constante de su familia. Un año despues de su matrimonio vino al mundo un baroncito muy lindo y bien formado, y en honor del cual los vasallos de Tronsberg quemaron algunos fuegos artificiales y vaciaron numerosos toneles de vino; al otro año nació una baronesita; al tercero otro pequeño baron; y asi cada año un baron ó una baronesa (y una vez los dos juntos) hasta que el desgraciado baron Koëldwethout se vió padre de una familia de doce niños.

A cada aniversario de estos la venerable baronesa de Swillenhausen daba inequívocas pruebas de su sensibilidad nerviosa, y se inquietaba mucho por la salud de su querida

hija la baronesa de Koëldwethout. Debemos sin embargo hacer justicia á la buena señora, y decir que nunca emprendió nada de eficaz para el restablecimiento de su hija; pero era para ella un punto de honor sentir sus nervios afectados cuanto era posible; y empleaba su tiempo en el castillo de Tronsberg en hacer observaciones morales sobre el comportamiento de su yerno; y en lamentar la triste suerte de su infeliz hija. Y si Koëldwethout, algo incómodo de oir aquellas lamentaciones, se permitia hacer observar que su muger no era mas desgraciada ni estaba menos cuidada que las mugeres de los demas barones, la viuda de Swillenhausen rogaba á todo el mundo que notasen que ella sola era la que se condolia de los sufrimientos de su hija. En seguida sus parientes y sus amigos decian que guardaba demasiadas consideraciones á su yerno, que no le levantaba el gallo cuanto era menester, y que si habia sobre la tierra un animal bruto y malvado era sin duda el baron de Tronsberg.

El pobre marido soportó cuanto pudo todas estas incomodidades; y cuando llegaron á serle insoportables perdió el apetito y la alegria, y cayó en una melancolía profunda. Pero aun le estaban reservados mayores sufrimientos, y cuando le abrumaron á la vez, se aumentó su tristeza. Contrajo deudas; los cofres de Tronsberg se vaciaron poco á poco, aunque la familia de Swillenhausen los habia juzgado siempre inagotables, y justamente en el momento en que la fecunda baronesa iba à hacer una décima tercia adicion á la genealogia de la familia, Von-Koëldwethout echó de ver que no tenia un cuarto.

Ya no sé lo que me queda que hacer, dijo: tengo ganas de matarme.

El viejo pergamino que decididamente creemos ha sido escrito por una mano muy maliciosa, añade que el matarse es un modo muy estraño de arreglar sus negocios. A nosotros, al menos, nos parece que era una idea muy brillante.—El baron sacó de un armario un viejo cuchillo de caza y despues de haberlo pasado varias veces por sus botas se lo aproximó á la garganta.

—Hum! dijo deteniéndose; quizas no corte mucho

Si fuésemos maliciosos podriamos insinuar que en este momento nuestro baron se parecia algo á aquel hombre poseido como él de la manía del suicidio, que, despues de haber visto el rio en que se queria ahogar y notado que en su coriente impetuosa arrastraba hasta peñascos, se volvió tranquilamente á su casa, pretestando que el agua no tenia bastante fondo puesto que se veian las piedras; pero dejemos semejantes reflexiones al autor del pergamino tantas veces citado, y volvamos á nuestro Koëldwethout.

Habiéndose, pues, detenido, volvió á afilar en su bota el cuchillo, y se preparaba á una segunda tentativa de destruccion, cuando fue interrumpido por los alegres gritos de los jóvenes barones y baronesas, cuya habitacion estaba en una torre vecina, y tenia en las ventanas rejas para impedir que aquellos cayesen en el foso.

—Si yo fuera todavia soltero, dijo nuestro hombre suspirando, ya podia haberme matado, no una sino cincuenta veces, sin que nadie me hubiese interrumpido. Hola! gritó en seguida, llevadme una botella de vino y la mayor de mis pipas à la pequeña habitacion embovedada que está á espaldas de la gran sala.

Un criado ejecutó á las mil maravillas las órdenes del baron en el espacio de algo mas de media hora; y Von Koëldwethout, informado que todo estaba listo, entró en la habitacion abovedada cuyos sombríos cuarterones brillaban á la luz del fuego de la chimenea. La botella y la pipa estaban sobre una mesa pequeña; en una palabra la habitacion tenia un aspecto muy pasadero.

—Deja la lámpara, dijo el baron.

—No necesitais otra cosa, monseñor? preguntó el criado.

—Sal.

—El criado obedeció, y Koëldwethout fue á cerrar la puerta.

—Voy á fumar mi última pipa; dijo, y despues..... todo concluirá para mí.

Entonces, dejando á un lado el cuchillo que por aquel instante no necesitaba, y llenando un gran vaso de vino el señor de Tronsberg se dejó caer sobre una silla, colocó sus pies sobre el morrillo de la chimenea y se puso á fumar.

Reflexionó en un gran número de cosas. Dios sabe de qué naturaleza eran sus reflexiones!—Es probable que pensase en su malestar presente y en sus placeres de soltero, que por desgracia habian huido de él. Esta reflexion debió por fuerza recordarle aquellos pobres veinte y cuatro gentiles-hombres que por tanto tiempo le habian acompañado en sus placeres, y que no sabia lo que les habia sucedido á excepcion de dos de ellos que habian tenido la desgracia de ser deca-

pitados y de otros cuatro á quienes la embriaguez habia quitado la vida. Su imaginacion vagó largo rato por los bosques tras de los osos y de los jabalíes: despues tomando su vaso lo apuró hasta la última gota, y fijando los ojos en el aire, creyó notar que no estaba solo.

No, no estaba solo! porque al otro lado de la chimenea vió sentado un ser odioso y lleno de arrugas, con los ojos hundidos y sanguinolentos, la faz cadavérica y de una largura desmesurada, sombreada de mechones de cabellos negros y ásperos. Este ser fantástico le pareció estaba vestido con una especie de túnica de un color azulado, sobre la cual brillaban de trecho en trecho huesos en forma de cruz, coronados con calaveras. Sus piernas estaban encerradas no entre cuero sino entre las tablas de un féretro y sobre su hombro izquierdo llevaba un manto corto, de color oscuro, que parecia hecho de pedazos de mortajas. Este estraño personaje no habia fijado, al parecer, su atencion en el baron, pero contemplaba atentamente el fuego, frotándose las piernas con las manos como para restablecer la circulacion de su sangre.



La aparicion y el baron Von-Koëlwethout.

—Eh! esclamó el baron pegando una patada en el suelo para llamar la atencion del huesped desconocido.

—Eh! dijo el otro deteniéndose y con una mano en cada pantorrilla, ¿qué hay?

—¿Que qué hay? repitió el baron sin asustarse al oir aquella voz cavernosa, y al ver aquellos ojos tristes y apagados. Me parece que soy yo el que debe haceros esa pregunta. ¿Cómo habeis entrado aquí?

—Por la puerta, respondió el espectro.

—¿Quién sois?

—Un hombre.

—No lo creo.

—No lo creeis? poco me importa.

—No, no lo creo.

La aparicion miró algun tiempo al altivo baron de Tronsberg y le dijo familiarmente:

—Conozco que no se os puede engañar. Teneis razon, no soy un hombre.

—Entonces, qué sois?

—Un genio, respondió la aparicion.

—Pues no por eso sois mejor mozo, contestó el baron con una mezcla singular de ironía y de desden.

—Yo soy el genio de la desesperacion y del suicidio, dijo el otro lentamente: ahora ya me conocereis.

Al pronunciar estas palabras volviose la aparicion al baron como si se preparase á obrar;—y lo que fue bastante notable es que echándose el manto á un lado y ense.

ñando un acerado venablo que le atravesaba el corazon, se lo arrancó violentamente, y lo puso sobre la mesa con tanta tranquilidad como si hubiese sido un baston de viage.

—Ahora, dijo el espectro, dirigiendo una mirada al cuchillo de caza, ¿estais dispuesto?

—Todavia no, dijo el baron; dejad que acabe de fumar esta pipa.

—Despachaos.

—Teneis prisa?

—Oh! sí, mucha; tengo muchos negocios pendientes en Francia y en Inglaterra (*), y mis momentos estan contados.

—No bebeis? dijo el baron señalando la botella con el cañon de su pipa.

—De diez veces nueve, y mucho, contestó el genio con sequedad.

—Nunca bebeis moderadamente?

—Nunca, respondió la aparicion suspirando; eso engendra la alegria.

El baron miró otra vez á su nuevo conocido, á quien consideraba como un ser estraordinario y fantástico, y le preguntó si tomaba una parte activa en todos los asuntos de poca monta, del género de aquellos de que trataban en aquel momento.

—No, respondió el genio evasivamente, pero siempre estoy presente.

—Sin duda para ver si el negocio se hace en regla, ¿no es asi? dijo el baron.

—Justamente, respondió el espectro, jugando con su venablo cuyo hierro examinaba. Despachad cuanto antes, porque me aguarda un jóven desesperado por que tiene mucho dinero y está muy ocioso.

—Matarse, porque se tiene mucho dinero! esclamó el baron riéndose como un loco. Ah! ah! ah! vaya una simpleza!

Era la primera vez, despues de mucho tiempo, que el baron se reia así.

—Decidme, repuso el genio con aire suplicante y manifestando grande ansiedad, ¿acostumbrais á reiros muy à menudo?

—Por qué me lo preguntais?

—Porque vuestras risas me hacen daño; suspirad cuanto querais; esto al menos me causa placer.

El baron suspiró maquinalmente, y el genio recobrando sus espiritus le presentó el cuchillo de caza con la política mas seductora.

—Ah! vaya una mala idea, dijo Koëldwethout, sintiendo la fria punta del acero, matarse por tener mucho dinero.

—Bah! dijo la aparicion con petulancia; no es mejor la de matarse por no tener un cuarto.

Ignoramos si la lengua del genio al pronunciar estas palabras obró con mas prontitud que con la que le hubiera permitido su voluntad, ó si creia la resolucion del baron bastante firme para que no concediese mucha atencion á sus palabras; pero sí diremos que al oirlas Koëldwethout se detuvo de pronto, abrió desmesuradamente los ojos, y pareció considerar el negocio bajo un punto de vista enteramente nuevo.

—El caso es, dijo el señor de Tronsberg, que no hay nada tan malo que no tenga remedio.

—A excepcion de vuestras arcas vacias, gritó el genio.

—Pero pueden llenarse.

—Vuestra muger rabia, tiene mal genio, y todo el dia lo pasa riñendo.

—Oh! ya haremos que se calle, nada mas fácil, dijo el baron; y como si acabase de tomar una resolucion súbita y desesperada, su mano derecha blandió por largo rato las tenazas que tenia en la mano, como si amenazase á alguno.

—Pero teneis trece hijos.

—No todos han de pasarlo mal.

El genio se irritaba evidentemente de las inesperadas opiniones del baron; pero procuró sonreirse y le preguntó que cuando acabaria de chancearse.

—No me chanceo, respondió Koëldwethout; jamas he hablado con mas formalidad.

—Siendo asi me alegro, dijo el genio sonriéndose horrorosamente, porque si os he de hablar con franqueza las bromas y los discursos largos son mortales para mí. Vamos, dejemos este mundo de miserias!

—A la verdad, dijo el baron jugando con el cuchillo; este mundo no ofrece mas que disgustos y miserias; pero no creo que deba preferirse el vuestro. Al contrario, porque, (añadió mirándole de pies á cabeza) no teneis el aire muy..... *confortable*. Y voto á brios! que eso me hace pensar que al dejar este mundo no he de ser por eso mas feliz.

(*) Sabemos que cuando este genio tiene algun rato desocupado lo aprovecha en hacer una correria por España. ¡Quiera Dios que no nos cobre mucha aficion, ó bien que aquellos á quienes se digne visitar imiten al baron Von-Koëldwethout!

Nota del Traductor.

—Vamos, despachad! gritó el genio rechinando los dientes.

—Dejadme en paz, dijo el baron. Desde hoy dejaré de vestir de negro; tomaré el tiempo como venga; respiraré el aire fresco de la mañana; cazaré; y si me atormentan, gritaré mas que la baronesa (aquí volvió à agitar las tenazas) y enviaré, voto á brios! à paseo á todos los Swillenhausen!

Al concluir estas palabras el baron se recostó en su sillon, y soltó tal carcajada que hizo estremecer todo el aposento.

El genio retrocedió uno ó dos pasos, miró al baron con suma espresion de terror, tomó su venablo, se lo clavó violentamente en el pecho, dió un ahullido y desapareció.

Von-Koëldwethout no volvió à ver la aparicion. Uniendo la accion á las amenazas, en breve hizo entrar en razon à la baronesa y à los Swillenhausen, y murió largo tiempo despues sin fortuna pero feliz, dejando una numerosa prole, à la que habia enseñado con el mayor cuidado la ciencia de la caza de los osos y de los jabalies.

El último consejo que debemos dar al concluir esta historia y esta leccion es, que si por estos ú otros motivos llega á apoderarse de vosotros la hipocondria ó la melancolia, como puede muy bien suceder, examineis los dos aspectos de la cuestion, y volvais la medalla para considerar su reverso. Vosotros, jóvenes, à quienes un pesar conduce à veces à cometer el cobarde acto del suicidio, pensad en vuestra madre que dejais en la tierra, y en la justicia de Dios qne os aguarda en el cielo; orad, pedidle consejos, y ciertamente os enviarà la idea conservadora que ocurrió á Koëldwethout.

(*T. por S. C.*)

ELOGIO DE LOS EMBUSTEROS. (*)

Omnis homo mendax.

Entre todas las preocupaciones vulgares, quizá no habrá una mas injusta que la que persigue á lo que generalmente se llama *mentira* con una especie de vituperio y de baldon. La opinion en esto es por desgracia, no solo injusta, sino tambien ingrata: porque parece que desconoce ú olvida los beneficios que los embusteros proporcionan á sus semejantes, y el recreo y solaz con que los entretiene y divierte.

No parece sino que ha habido un empeño decidido en perseguir á los embusteros con armas de todo género, y que desde nuestra primera infancia se ha tratado, para difundir y arraigar mas la preocupacion que indicamos, de imbuir en los niños la idea de que la mentira està prohibida por la ley divina, que segun el Catecismo que aprendimos en nuestros primeros años, el octavo precepto de aquella establecia la regla de «no levantar falso testimonio ni mentir.» Esto parece una mala inteligencia, ó efecto de la insuficiencia é imperfeccion de las lenguas modernas para interpretar el sagrado texto, y otros libros de la antigüedad, escritos en las lenguas que hoy se llaman muertas: esto puede suponerse, á no ser que háyamos de creer que los maestros ó institutores hayan formado el propósito de que los muchachos no los engañen y chasqueen con sus mentiras, y

(*) Nos tomamos la libertad de reproducir en las páginas de la *Revista* el artículo siguiente que ha publicado el *Clamor Público*. Como se ve por su mismo título, es la defensa burlesca de una paradoja, semejante á las Exequias del Ente de la Razon y á la célebre oracion *pro crépitu ventris* que tanta y tan justa nombradia han adquirido en la república literaria.

que por este medio, y contrayendo el hábito de ellas puedan llegar á ser con el tiempo unos solemnes falsarios y calumniadores. Confesamos ingenuamente que reflexionando sobre lo que es propiamente la mentira, y lo que por ella debe entenderse, siempre dudábamos de que se hallase prohibida por un precepto rigoroso de la ley divina, ó que este se hallase concebido en los términos que en las escuelas se nos enseñaban. Para aclarar esta duda recurrimos, como la fuente mas pura, al capítulo 20, vers. 16, donde nos encontramos únicamente: *Non loqüeris contra próximum tuum falsum testimonium*, que quiere decir: «No levantarás falso testimonio contra tu prójimo.» Estas palabras, tan de acuerdo con la razon y tan conformes con nuestro modo de pensar, dieron mayor seguridad à nuestro juicio. Pero queriendo todavia llevar adelante nuestras investigaciones sobre esta materia, quisimos saber la opinion que sobre esta materia tenian aquellos directores espirituales mas célebres por su instruccion y piedad, y no nos contentamos con preguntarles directamente, sino que quisimos saber el juicio que pronunciaban en el tribunal de la penitencia. Supimos por medios esquisitos, y segun el testimonio verídico de aquellas personas que mas habitualmente llevaban esta carga, que lo primero que se les preguntaba era si habia ocurrido perjuicio de tercero: si no lo habia, el confesor se encogia de hombros y seguia adelante; mas en otro caso procuraba con discretas preguntas conocer el grado de malicia que pudiese haber en aquella culpa, para correjir en la forma conveniente al reo que comparecia ante su tribunal. Esto prueba, que segun la inteligencia de las personas mas competentes, no pueden comprenderse en el precepto de la ley aquellas mentiras inocentes, inofensivas, chistosas, que á nadie perjudican, que pueden hacer mucho bien, que son verdaderamente nobles, que se deben à impulsos generosos, y que son las que propiamente se llaman mentiras ó embustes.

Consultemos los cuerpos legales, porque las leyas son el testimonio de la sabidnria de cada siglo. La jurisprudencia y legislacion de toda Europa han tenido su origen en el derecho romano, admitiéndose en las naciones modernas no solo casi todas las reglas y máximas de este, sino hasta la inteligencia de aquellas palabras que en el derecho deben usarse. Veamos de qué modo los mas hábiles intérpretes del derecho romano definian la mentira: *Mendacium*, decian, *est falsum dicere cum ánimo fallendi*. De donde se infiere que para constituir este delito, no basta decir, asi como quiera, una cosa falsa, esto es, una cosa opuesta à la verdad, sino que es preciso que se manifieste el ànimo y propósito de engañar, circunstancias que lo mismo que acabamos de decir del perjuicio de tercero, pueden no ocurrir, y en efecto no ocurren en un sinnúmero de casos.

Consultemos el código de nuestra lengua, por evitarnos la prolija tarea de recorrer las obras de nuestros escritores clàsicos. El Diccionario de nuestra Academia Española llama mentira à la « espresion hecha por palabra ó acciones, contraria à lo que interiormente se siente; » y cualquiera conocerà que esto es en muchos casos hasta indeliberado, ademas de que en un sinnúmero de ocasiones pudiera reducirse à un sentimiento de decencia y decoro, que nos manda disimular y ocultar ciertos impulsos é ideas, que à veces contra nuestra voluntad nacen dentro de nosotros mismos. El mismo Diccionario reconoce tres especies de mentiras, primera: La que llama jocosa, y que «se dice por diversion entre personas que se sabe ó conoce que no tendràn por verdad el dicho, intentando solamente causar risa.» Prescindiendo de lo mal construido que nos ha parecido este periodo de la Academia, y que un estudiante de gramàtica ó de retórica que lo hubiese escrito, mereceria un par de buenas palmentas, despues que su maestro le hubiese hecho comprender las observaciones à que dà lugar, no podemos menos de decir, que al hombre que mienta por divertirnos y hacernos reir, debemos estar muy agradecidos, aunque no podamos convenir en la circunstancia precisa de que ninguno de los asistentes haya de tener por verdad el dicho que se dice, cuando la mayor diversion del mundo es que haya alguno de anchas tragaderas, que se trague las mas solemnes mentiras, y que crea à pie juntillas la entrada de los reyes magos, ó la particularidad que cuentan del monumento de la catedral de Sevilla, de ser d'alajú ó d'alfajor. Segunda: La mentira oficiosa, que «se dice con algun fin lícito ú honesto,» cuya mentira honra mucho à cualquier persona que la emplea; y tercera la que consiste en *decir mentira por sacar verdad*, y que segun el mismo Diccionario se verifica fingiendo, «lo que no se sabe, para hacer que lo manifieste otro que tiene noticia de ello.»

Esto ni aun siquiera mereccria el nombre de mentira, cuando mas bien parece un émetico ó hipecacuana que se administra para que un prójimo vomite cuanto tiene en el estómago; pero que con solo advertir la preparacion que se le administra, puede evitar todos sus efectos. Ademas que estas son trampas legales, artificios lícitos, y moneda corriente entre los hombres, por lo cual nunca se ha castigado à nadie, ni la mas austera moral lo ha vituperado entre cortesanos y diplomàticos, que muchas veces por estos medios han prestado señalados servicios à su pais y à la humanidad. Todo lo que sea artificioso, delicado y esquisito, debe considerarse en cierto modo como un uso legítimo del ingenio.

Segun esta doctrina, nos parece muy singular el absurdo en que la opinion incurre cuando considera como injuriado al hombre á quien se le trata de embustero, y en el caso, segun la moda del dia, de exigir una satisfaccion; es decir, de ir á buscar por una supuesta mentira la triste verdad de que le rompan la cabeza. Es esto tanto mas estraño, cuanto que aun empleando las formas y términos mas delicados, siempre que á alguno se le diga: «es incierto lo que V. dice; V. falta á la verdad; V. me permitirá que no lo crea;» se dá por ofendido, y cree que merece una pública satisfaccion. Es bien estraño que haya hombres que quieran ser creidos, sin hacerse cargo de que no hay un derecho para exigir este honor, ni de que tampoco los injuria el que duda de su dicho, como tampoco injuria á nadie quien exige cierta garantía para asegurar el cumplimiento de una obligacion. Nosotros creemos que todo hombre regular merece ser creido; pero en el caso de que alguno dude de su dicho, y lo trate de embustero, no debe considerarse como agraviado. Es tanto mas notable el espíritu quisquilloso que se descubre á propósito de la mentira, cuanto nuestra buena sociedad admite en esta parte tanta latitud, aun entre personas que no se tratan con gran confianza. No hay cosa mas comun que oir decir: «hombre, no sea V. tonto, etc». «Qué pillo es V.!» «Qué hombre tan descarado!» dice una señorita como que hace un favor al caballero á quien se dirije, y que se considera por ello muy lisonjeado. Nuestra sociedad está llena de espresiones verdaderamente injuriosas, ¿y hemos de ser severos y melindrosos únicamente con la mentira?

Pero lo mas absurdo y repugnante es que se considere cualquiera afrentado siendo tratado de mentiroso y embustero, cuando seguramente él mismo no habrá dejado de mentir. Es esto tan propio y natural de la especie humana, en tal manera, que un filósofo de la antigüedad definía al hombre, «un animal que miente.» Tan involuntarias como son entre nosotros ciertas propensiones y ciertas flaquezas, tan natural es la mentira que las oculta y disimula. ¿Han disminuido nunca la gloria de un gran ministro las mentiras forzosas de que en innumerables ocasiones haya tenido que valerse? ¿No hay clases enteras en quienes es indispensable y cotidiano el uso de ellas? No se dice de los abogados, escribanos y demas curiales, que viven descoyuntando verdades? ¿La poesia popular no nos enseña que

Zapateros y sastres
y albardoneros
toda gente de aguja
son embusteros?

Los médicos y las personas que nos rodean en enfermedades peligrosas, ¿no nos ocultan la gravedad de nuestros males, y nos hacen concebir esperanzas de que ellos mismos carecen? Hasta en documentos públicos y en declaraciones judiciales, ¿no atenúa la gravedad de los hechos ó los desmiente en un todo un amigo ó una persona compasiva que no quiere ser causa de la desgracia agena? ¿No se aplaude la invencion feliz de un santo religioso, á quien preguntándole unos ministros de justicia por la direccion que habia seguido un ladron que acababa de pasar por delante de él, dijo, llevando la mano hácia la manga: «Por aqui no ha pasado?» ¿No se elogia como de heroina la conducta de una noble matrona que ocultó bajo sus ropas al asesino de su hijo, á quien buscaban unos dependientes de justicia? Innumerables casos podriamos citar para probar que hay mentiras que ennoblecen á las personas que usan de ellas, y que las honran, demostrando la hidalguia de sus sentimientos, y al mismo tiempo la grandeza de alma con que se sobreponen á las preocupaciones vulgares.

Hay mentiras tales que engañan aun á la misma persona que las usa. ¿Por qué? Porque la viveza de su imaginacion, y el hábito de ver las cosas de cierta manera, les ha hecho creerlas del mismo modo que las espresan. ¿Se puede á nadie hacer un cargo, cuando falta la voluntad y un propósito deliberado? Es esto de tal modo, que cuando

se adquiere la costumbre de referir un hecho supuesto, una anécdota chistosa ó un caso singular que finjamos habernos ocurrido, y que demuestre nuestra fortuna, nuestra sabiduría ó nuestro ingenio, ya nos familiarizamos de tal modo con lo que consideramos como propiedad nuestra, que ni un momento siquiera nos detenemos á examinar su orígen y legitimidad. ¿A quién no le habrá sucedido que alguna persona haya pretendido confirmar con su dicho alguna ocurrencia, que suponga aquella se ha verificado en su presencia? Por eso hemos dicho que hay mentiras en las que quien las dice es el primer engañado. En esto por consiguiente no puede fundarse un cargo, y antes mas bien debe considerarse como condicion ó achaque de nuestra naturaleza.

Ahora añadiremos, que apenas hay reunion de hombres, que apenas hay lo que se llama un rato de broma y diversion, ni reunion de personas jocosas, donde no presida la mentira. ¿Se hallarán exentas del poderoso influjo de esta las narraciones maravillosas de sucesos ocurridos en paises remotos? ¿no se miran como un tejido de mentiras las relaciones interesantes y curiosas de muchos viajeros, y no se ha calificado de embustero *El viajero universal del P. Estala?* ¿Cuàl es la historia que carece de ellas? ¿No pueden muchas compararse à una moneda falsa, que sin advertir su calidad, damos con la una mano de la misma manera que la hemos recibido con la otra? ¿Qué se entiende por embromar à uno, sino empeñarse en trastornar su cabeza à fuerza de mentiras para divertir à los demas? ¿No hay tambien mentiras oficiales? como lo acredita el antiguo adagio: *mientes mas que la Gaceta.*

Son tan comunes las mentiras oficiales, que en los despachos diplomàticos se acostumbra dirigir uno verdadero y otro por duplicado falso, habiendo la costumbre, respecto de los Reyes y personas reales, de estender los partes de su salud, cuando se hallan enfermos, no segun la verdad, sino segun la ley de la conveniencia, y de anunciar al público el nacimiento de los príncipes é infantes con cierta fórmula convencional, segun la cual, si el niño es como cualquiera otro, se le califica *muy robusto*, y solo de *robusto*, si nace raquítico ó endeblillo. En los casos de epidemia, es muy corriente y político no publicar con exactitud el número de enfermos y muertos, para no contristar sin utilidad los ànimos, naturalmente alarmados y afligidos. En los casos de guerra hay tambien siempre la costumbre bien entendida de ocultar al público la verdad, para mantener los ànimos en la esperanza, para que esta no decaiga nunca, y para que no se abata el espíritu y valor de las tropas y el entusiasmo de los pueblos. ¡Dichosas mentiras que tantos males evitan en muchas circunstancias!

Un poeta inglés compuso una magnífica oda à la elevacion del regente, y habiendo compuesto otra, aunque no tan buena, cuando subió al trono el sucesor legítimo, este se lo hizo observar; à lo que el poeta cortesano contestó diciendo: «Señor, nosotros los poetas mejor componemos cuando fingimos, que cuando decimos la verdad.» Esto quiere decir que la ficcion, que no es mas que una mentira, es el alma de las obras artísticas, siendo en estas de mayor mérito las de pura invencion, que las que estàn copiadas del natural; y aquí se vé el principal mérito, el mayor interes y atractivo de la mentira, cual es el poder dibujar el asunto que se refiere de la manera mas oportuna y de mayor efecto, y con toda la gracia y exornacion de que el hecho sea capaz, y que sujiera la fantasia. Particularmente en la poesia hay muchos géneros en que no se exige la verdad, y que se fundan en ficciones: la poesia dramàtica finje una accion verosimil: en la oda espresa el poeta los sentimientos de que se supone agitado mientras canta, y que probablemente no habrà esperimentado nunca, siendo todo una pura invencion de su fantasia: por eso campea esta con mas libertad y mas à rienda suelta, cuando domina el asunto, como debe dominarlo el que lo ha creado y es dueño de él. El que sea enemigo de la mentira, que renuncie à los goces que suministran las obras artísticas, y à la carrera de gloria que las artes ofrecen à sus alumnos; porque en ellas lo que mas se aplaude y ensalza son creaciones de la imaginacion y la invencion del genio. Si pretendiésemos reducirnos únicamente à lo real y positivo, el círculo de nuestras ideas seria muy estrecho, y la civilizacion no habria hecho grandes progresos.

Tambien en una esfera mas limitada y en una condicion mas modesta hay celebridad y gloria para aquellos hombres ponderativos y embusteros que se han hecho famosos por su fecundidad inventiva. ¡Qué sevillano no habrà oido hablar de un célebre latonero de aquella ciudad, llamado *Maolito*

Gasque, que era la delicia de los caballeros que se reunian en su tienda, y de algunas tertulias, à que lo convidaban por el solo placer de oirle mentir con tal serenidad, con tal propiedad, y con tal persuacion, que parecia que él mismo creia cuanto decia, y que no podia tampoco resistir al hábito de exageracion que habia contraido! Volúmenes podriamos llenar si quisiésemos hacer mencion de los embusteros célebres y de las solemnes mentiras de que estàn plagadas las obras científicas de mas fama en la antigüedad, ya en botànica, ya en química, ya en astronomía, y ya en mineralogia y medicina. ¿Se hallan pocas en Dioscórides, en el Lunario de Cortés y en el Ente dilucidado del P. Fuente la Peña? Las propiedades que los médicos y naturalistas antiguos atribuian à muchas sustancias vegetales, y en particular à la ruda y al opio, ¿quién no las tiene hoy por exageradas cuando menos? Preciso es confesar que siendo limitadas é imperfectas las facultades del hombre, y siendo el error su patrimonio, la mentira es su herencia, como cosa propia de nuestra naturaleza.

No nos privemos de los goces sencillos é inocentes que proporciona, y que casi forma el único recreo de muchas clases y profesiones, y la única diversion de algunos pueblos pequeños y caserios, que carecen de teatros, de conciertos y de liceos. No seamos tan severos que no permitamos al soldado que vuelve à sus hogares, que refiera à sus vecinos, embobados y en coro, sus peligros y desastres, sus proezas y hazañas, y las singulares maravillas de las tierras lejanas que ha recorrido en la otra banda. Dejemos al cazador que pondere y mienta à su sabor, refiriendo los lances que le han ocurrido, pareciendo que se encuentra en el mismo caso segun el calor con que se espresa, mientras enseña à su familia, y regala à sus amigos los conejos, chochas y perdices que ha tenido la buena ocurrencia de comprar, de vuelta à su casa en la plazuela de Herradores. Dejemos al fanfarron que se entretenga y complazca en referirnos los rasgos estraordinarios de su singular osadía y portentoso valor; al jóven galante que se entusiasme ponderando su fortuna y sus triunfos; al jugador atronado que se entretenga en referir las grandes sumas de oro que le valió un copo con resultas; à los médicos que se ocupen en contar sus prodigiosas curas y los muertos que han resucitado; los pretendientes en demostrar los méritos y servicios que han contraido, y los hidalgos de aldea y los candidatos para la diputacion de Cortes que digan cuanto quieran de la grandeza de sus casas y del *prestigio* que merecen en sus provincias. No privemos à todos estos, y à otros muchos de tan honesto recreo, en que à nadie perjudican, porque nadie los cree, y en que no hacen mas que usar legítimamente de una facultad natural al hombre, que ni la religion, ni la moral, ni las leyes, ni el uso, ni la opinion, ni la moda, pueden coartarle ni tampoco impedirle su uso. ¿Cómo se querrà que el hombre no mienta, cuando las verdades son amargas, y cuando, segun Bernardino de Saint Pierre, la verdad es una, solo se halla en la naturaleza, y solo, únicamente se ha de revelar à los hombres de bien?



Estudios Astronómicos.

LA LUNA.



Preciso es confesar que entre todos los planetas, á escepcion del sol, no hay uno á quien deba nuestro globo mayor y mas benéfica influencia que á la luna. Es verdad, que esta es un satélite de la tierra, y uno de los menores cuerpos celestes, pero su proximidad á nuestro globo, la magnitud en que la distinguimos, la brillantez con que se presenta à nuestros ojos, el periodo tan corto y regular de sus revoluciones, en una palabra, la familiaridad con que todas las naciones, tanto las mas civilizadas como las mas bàrbaras, han mirado á este luminar, le han hecho el objeto de un almanaque universal.

La voz Luna es sinónima de satelite, y se ha aplicado à aquellos cuerpos que giran al rededor de los planetas primarios, y que los iluminan con la luz del sol que reflecta en ellos. Sin embargo, la escelencia de la luna, como satélite de la tierra, le ha dado este nombre por comun consentimiento.

La luna es el cuerpo celeste mas cercano à la tierra, siendo su distancia nada mas de ochenta mil leguas; y aunque su diámetro no escede de setecientas y veinte leguas, por su cercania nos parece mas grande que todas las estrellas fijas, y los globos que se mueven en sus órbitas. La órbita de la luna està inclinada á la eclíptica en un ángulo de cinco á siete grados, por lo que está sugeta á muchas variaciones, mudando continuamente el lugar de sus nodos ó puntos en que su órbita corta á la eclíptica. La velocidad con que se mueve la luna es muy considerable, escediendo la ley de Keplero admitida en la astronomia, fundada en la descripcion de iguales àreas en tiempos iguales. Pero dejemos estas observaciones para los profesores y estudiantes de la ciencia de los astros, y consideremos la apariencia de la luna segun la vemos, y como nos la representan los telescopios.

La luna tiene tres movimientos, esto es, da una vuelta sobre su eje, otra vuelta al rededor de la tierra, y otra con la tierra al rededor del sol. Completa su vuelta al rededor de la tierra en 27 dias y 8 horas, ó para mayor exactitud, en 27 dias, 7 horas, 43 minutos y 5 segundos, corriendo á razon de 263 leguas cada dia. Los astrónomos llaman á esta revolucion *sidérea*, y *sinódica* á la vuelta que da sobre su eje. La luna completa esta revolucion sobre su eje en 29 dias, 12 horas y 45 minutos, y este periodo constituye una lunacion, por lo que será un error llamar un *mes lunar* á los 27 dias y 8 horas, cuando comprende 29 dias y algo mas de medio, que es el tiempo que pasa desde una nueva luna á otra. La razon de esta diferencia entre un mes llamado *periódico* y el mes llamado *lunar* es óbvia, porque debiendo pasar la tierra casi una duodécima parte de su órbita, durante la revolucion de la luna, esta debe pasar algo mas de la circunferencia de su órbita, antes que vuelva à estar en *conjuncion*, ó formar otra nueva luna.

Se llama *conjuncion*, cuando la luna està entre el sol y la tierra, en cuyo caso no podemos distinguirla en el cielo, por no estar iluminada la parte ó superficie que nos presenta: y se llama *oposicion* cuando la tierra està entre el sol y la luna, y entonces la vemos toda cubierta con la luz del sol, por lo que *conjuncion* es lo mismo que luna *nueva*, y *oposicion* lo mismo que luna *llena*; esta en palabra compuesta es *plenilunio*, y aquella *novilunio*.

Cuando la luna nueva empieza à apartarse



Vista telescópica del disco de la Luna en el plenilunio.

del sol, podemos distinguir en el horizonte de la tarde una pequeña parte iluminada, en la figura de una hoz; à los cuatro dias, cuando se ha separado ya 45 grados del sol, se ve en la figura de una creciente con los cuernos hácia el sol. A los ocho dias, ó poco menos, cuando se ha separado del sol 90 grados, descubrimos iluminada la mitad de su disco, y en este estado la llama el almanaque *cuarto creciente*. A proporcion que se va retirando mas del sol, va creciendo la parte iluminada hasta asumir á los quince dias, ó poco menos, la figura completamente circular, y estando entonces opuesta al sol, recibe los rayos del planeta en toda su superficie, y brilla con esplendor. Como el movimiento de la luna es de occidente á oriente, cada dia se va avanzando hácia el oriente; así es, que en el primer dia ó *luna nueva* está en el horizonte de poniente, viéndose cada tarde mas alta, hasta que cuando está *llena*, sale por el oriente al mismo tiempo que se pone el sol. Desde el dia en que llega á su plenitud, principia á menguar en el mismo órden que ha crecido, tardando cada tarde como una hora mas en aparecer por

el oriente. A los ocho dias, ó poco menos, ya se ha acercado al sol 90 grados, y por consiguiente no tiene iluminada sino la mitad de su disco, y en este estado la llama el almanaque *cuarto menguante*, y entonces sale exactamente à media noche. Asi va menguando cada dia mas, con los cuernos siempre hácia el sol, hasta que á los 29 dias y medio desaparece, y vuelve á aparecer comenzando otro mes lunar.

Un poco antes y despues de la luna nueva, podemos distinguir, con la vista natural, una luz pálida en la parte que no està iluminada por el sol; esta es la luz debilmente reflectada de la tierra, y es perceptible en los primeros dias de luna nueva, porque el sol no se ha puesto todavia en la tarde; y en los últimos dias del cuarto menguante, porque el sol se ha levantado ya por la mañana.

Hemos tratado hasta aquí de la apariencia de la luna, como luminar para nosotros los terrícolas, y ahora consideraremos la apariencia de nuestra tierra, como otro luminar para los lunícolas, si hay habitantes en aquel globo.

Como la tierra no gira al rededor de la luna, y la vuelta de esta sobre su eje es igual en tiempo á su revolucion al rededor de la tierra, resulta, que la luna presenta siempre á la tierra un mismo lado, de modo que no nos es dado descubrir la mitad de la superficie opuesta. Por esta misma razon, no puede la tierra reflectar los rayos del sol, esto es alumbrar, sino una misma mitad de la luna, pues que en ningun caso podrá descubrirse la tierra en la otra mitad. Otro efecto de la coincidencia de la vuelta de la luna sobre su eje, con su revolucion al rededor de la tierra, es, el verse siempre la tierra en la luna en el zenit, esto es, perpendicularmente: no como nosotros vemos á la luna salir cada dia en diferente punto del cielo, sino como el sol para nosotros á medio dia entre trópicos. En esta posicion vertical, la tierra irá apareciendo á los habitantes de una mitad de la luna, creciendo y menguando por veinte y nueve dias y medio; y en el *pleniterrio*, como podremos llamar á la tierra cuando aparezca iluminada en todo su disco, les presentará un segundo luminar trece veces mayor que la luna llena à nosotros. ¡Qué hermosura será ver desde la luna, de noche, un disco iluminado, y como suspendido del cielo, de un tamaño tan grande! Si hay habitantes en el hemisferio opuesto de la luna, á donde nunca se ve la tierra, serán ciertamente muy apáticos, si no hacen un viaje de 500 leguas, cuando mas, por el placer de ver un astro tan espléndido. Quizas será un deber religioso para los lunícolas hacer una peregrinacion para ver á la tierra, con mas razon que los mahometanos para ver á Meca.

Haciendo la luna mensualmente una vuelta sobre su eje, resulta, que la mitad estará iluminada por el sol durante quince dias, mientras que la otra mitad estará privada de luz, hasta que á su turno vuelva á estar iluminada; ó lo que es lo mismo, que todo el mes de la luna se compone de un dia y de una noche; con la diferencia de que la mitad de la luna mas inmediata ó que mira á la tierra, tendrá el beneficio de la hermosa luz reflectada por nuestro globo, mientras que en la otra mitad no podrán tener mas luz que la de las estrellas fijas. Esto hace poco probable que el hemisferio mas remoto de la luna esté poblado.

Que la luna es un cuerpo opaco, y que recibe su luz del sol, es evidente por los fenómenos de los eclipses solares y lunares, y mucho mas todavia por la variedad de fases con que se presenta á nuestra vista. El ojo, sin auxilio alguno artificial, puede descubrir en la superficie iluminada de la luna varias manchas, mas ó menos oscuras, que los telescopios han mostrado evidentemente ser prominencias y depresiones, consideradas como montañas y valles, como representa el grabado de la página precedente.

Los caldeos, desde la mas remota antigüedad, consideraron la luna como un cuerpo opaco: que su luz era prestada y no propia; y atribuyeron sus eclipses á la sombra de la tierra. Los Pitagóricos creian firmemente que la luna contenia montañas, ciudades, plantas, animales y criaturas racionales. Orfeo, ó el autor de los versos con este nombre, hizo canciones sobre los habitantes de la luna. Anaximandro averiguó el tamaño de la luna, su distancia de la tierra, y quedó convencido de que su luz era tomada de los rayos del sol. Clearco imaginó que las manchas de la luna eran mares y grandes lagos. Todos los antiguos participaban de estas opiniones.

Olvidada la contemplacion de la luna por algunos siglos, llamó la atencion de los modernos, y los mejores astrónomos la hicieron el asunto de sus investigaciones. La primera aplicacion que se hizo del telescopio fue una

serie de observaciones sobre la superficie de la luna, en que quedó demostrada la existencia de montañas y valles, de picos y cavidades. Una descripcion, pues, de estos descubrimientos no puede dejar de ser agradable á nuestros lectores.

La existencia de montañas, colinas, valles y profundidades en la luna, está evidentemente manifiesta á cualquier observador, aunque su telescopio no tenga mas poder que de 25 á 40. El descubrirá en sus observaciones, que en todas las situaciones de la luna, escepto en los dias de su plenilunio, las partes mas elevadas echan constantemente sombras en una direccion opuesta á los rayos del sol, y que las cavidades están siempre mas oscuras al lado mas inmediato al sol, y mas iluminadas al lado opuesto. Al mismo tiempo observará que la sombra de las porciones mas convexas ó sobresalientes, se acortan progresivamente, á proporcion que los rayos del sol se van dirijiendo mas perpendicularmente sobre la superficie. El hallará, que à medida que una cierta porcion de la superficie de la luna se retira de la iluminacion directa del sol, las sombras de sus proyecciones se van estendiendo mas, quedando mas oscuras las cavidades, á proporcion de su mayor profundidad. Esto mismo vemos nosotros en las sombras que hacen los montes elevados en nuestro globo, antes de mediodia hácia el poniente, y despues de mediodia hácia el oriente. La sola diferencia está, en que esta variedad de sombra se repite en la tierra cada dia, mientras que en la luna las sombras caen hácia un lado desde la luna nueva hasta la llena, y desde la luna llena hasta la nueva caen al otro lado.

Schroter ha sido el astrónomo que mas se ha distinguido en la medicion de las montañas y cavidades de la luna. El midió las dos montañas en el limbo meridional, llamadas por él Leibnitz y Dorfel, por medio de la sombra que hacian, calculando cuidadosamente la elevacion del sol con respecto á ellas, y halló que tenian 29,000 pies castellanos de elevacion, y por consiguiente 5,000 pies mas altas que el famoso Chimborazo, ó sea el doble del Pico de Tenerife. Las medidas que el dicho astrónomo tomó de las depresiones ó cavidades de la luna, son todavia mas estupendas, habiendo trazado una, cuyo diámetro tenia mas de cinco leguas, con 50,000 brazas de profundidad.

Estas irregularidades en la superficie de la luna, con su apariencia esteril y escabrosa, prueban que el satélite está sujeto á mayores convulsiones que su planeta. Esto ha hecho creer á los filósofos que hay en la luna volcanes mas espantosos de lo que pudieramos imaginar, que pueden vomitar sus lavas ú otras sustancias contenidas en sus senos, con mucha mayor celeridad que las bombas de nuestros morteros, y arrojarlas hasta fuera de la atraccion del satélite, haciéndolas caer por nuestra atmósfera en metéoros ardientes, ó piedras en estado de ignicion, como los aerolitos, cuyo orígen no se puede esplicar de otro modo. Si esto es asi, las erupciones de nuestro Etna y Vesuvio, las de Cotopaxí en el Perú, y de Cosigüina en Guatemala, no son mas que fuegos artificiales en comparacion de los volcanes de la luna. Y si esto sucede en la parte mas favorecida del satélite, ¿que será en la otra mitad mas desgraciada? Es de presumir que la luna sea una morada infernal.

El número de manchas en la luna estaba reducido á 244, hasta que Schroter lo estendió á 6,000, describiendo muchas de ellas con exactitud. Las manchas parduscas son, en su opinion, regiones que han sufrido menos de los lunemotos, ó convulsiones de la luna, y en las que probablemente existe vejetacion; y las depresiones con sus picos y montes al rededor, supone ser los cráteres de los volcanes, los que segun la apariencia verifican allí sus erupciones con espantosa frecuencia.

Los antiguos eran de opinion, que las manchas en la superficie de la luna eran mares, pero los astrónomos modernos no descubren apariencia alguna de agua en la luna. Que no hay mares en la luna, parece demostrado por las observaciones astronómicas; porque si hubiera alguna considerable reunion de aguas en el márgen de su disco, se veria una línea suficientemente regular para suponer que era la superficie de un fluido, como la línea que forma el horizonte en nuestras mares; pero el márgen de la luna es, al contrario, muy irregular, como se ve claramente en los eclipses solares. Tampoco hay indicios de mares, que podamos llamar *medilunareos*, dentro del disco de la luna, porque las lineas de concavidad ó de convexidad, durante su creciente y menguante, son todavia mas irregulares que la de su márgen. La falta no solo de mares, sino de otras aguas en la luna, se prueba tambien por la ausencia total de nubes, no ha-

biéndose jamas observado alguna; pues si hubiera mares habria evaporacion, nubes, lluvia, nieblas, bruma, ú otra densidad atmosférica que oscureciera alguna parte. Nada de esto sucede, pues en noches claras, distingue el telescopio las estrellas que entran y salen por detras de su disco en todo su lustre cuando tocan á su márgen. Si no hay, pues, nubes no puede haber lluvias, y sin lluvia no habrá ciertamente fuentes, rios ni lagos, y es dudoso que halla vejetacion. Cada vez, á la verdad, envidiamos menos la situacion de los lunícolas.

Todas estas apariencias han escitado una disputa entre los filósofos, sobre si hay ó no atmósfera en la luna. Es verdad que no hay argumentos para probarlo, pero la razon y analogia nos obliga á suponer alguna atmósfera en aquel cuerpo celeste, aunque que no sea mas de un cuarto de legua en elevacion, y de tan poca densidad que no la pueda percibir la vista humana, ni aun ayudada con las lentes de mas fuerza. Los habitantes de la luna, si los hay, deberán tener una constitucion muy singular, unos pulmones de rara formacion, sin aire que respirar, sin agua ni vino que beber, y Dios sabe si tendrán algo que comer.

En la curiosa cuestion sobre los habitantes de la luna, los filósofos, asi como los poetas, han tenido mas circunspeccion de lo que acostumbran en otras materias; el ingenioso Fontenelle no se atrevió á dar idea alguna de la especie de criaturas que pueden habitar allí; otros suponen su habitacion por razones de congruencia; y por temor de disparatar concluyen, con que su investigacion es inutil y fuera de nuestro alcance. El doctor Francisco de Paula Gruithuisen, profesor de astronomía en Munich, se ha aplicado últimamente á esta investigacion con tanto ardor, que es de sospechar haya volado á la luna el juicio de este filósofo aleman. Sus descubrimientos é hipótesis, aunque destituidas de fundamento, han escitado mucho interes. En su opinion, las lineas estrechas, largas, y en direccion paralela que se han observado en su superficie, otras en figura de una Z inversa, y las manchitas semejantes á estrellas, son caminos, ciudades, templos &c. y aun nos asegura que ha descubierto una fortaleza construida en estos últimos años. Tanto se ha elevado la imaginacion de este astrónomo, que debemos colocarle, si no entre los lunícolas, á lo menos entre los lunáticos.

Ha sido opinion de médicos eminentes, que la luna influye mucho en la constitucion humana, asi como los agrónomos, desde los tiempos mas remotos, han reconocido su influencia sobre las plantas. Está observado, que los sesos de los maniacos se escitan al tiempo de la luna llena, y por eso son llamados lunáticos. Si esta influencia de la luna llega hasta la tierra, es de suponer que sus habitantes tengan muy endurecidos los sesos para poder resistirla.

El famoso Roldan, sobrino de Carlo Magno, perdió el juicio, porque la bella Angélica habia preferido á Medoro por su amante. El bravo paladin Astolfo llegó á saber que el juicio de su amigo estaba en la luna guardado en una redoma; y por fortuna encontró á un cochero que le llevó allá en un carro de fuego, como á un Elias. En efecto, Astolfo halló allí no solo el juicio de Roldan en una redoma rotulada, mas tambien vió alli otras que contenian los juicios de muchas personas que conocia en la tierra, y que parecian sabios.

Astolfo tomó la redoma que contenia el juicio de Roldan, la trajo á la tierra, y haciéndole sorber por las narices su contenido, restituyó el juicio perdido á los cascos de su amigo.

Hemos tratado de la luna bajo todos aspectos astronómica y filosóficamente, sin omitir las fantásticas visiones de los poetas; y ahora recomendamos á nuestros mas curiosos y pudientes lectores, hagan ellos mismos observaciones sobre las diferentes apariencias que presenta á nuestra vista el disco de la luna.

Tan curiosas é interesantes son las apariencias de la luna, aun en una sola observacion, particularmente al principio de su creciente y fin de su menguante, que apenas podrán creerse sin ser vistas, y el deleite que esperimentará el nuevo observador, le recompensará el costo de un instrumento igual á la estension de sus observaciones.

Estas mudanzas de la luna, en continua sucesion, pueden observarse durante toda una lunacion, pero las mas interesantes son en las cuadraturas ó cuartos. En una noche clara y con un telescopio de gran poder, las mudanzas de las sombras de la luna y variedad de visos pasan con tanta rapidez, que no pueden dejar de sorprender al nuevo observador, quedando admirado al ver la estremada hermosura del efecto general.

(*G. T.*)

LOS RECAUDADORES DEL BANCO.

Novela por Elias Berthet.

I.

En una reducida y pobre habitacion de la calle del Mail, se hallaban reunidas un Domingo por la tarde algunas personas, sentadas en círculo al rededor de una mesa y jugando á la lotería. A corta distancia de la mesa habia una cama, donde yacia una persona enferma. Los jugadores oian con atencion una voz gangosa que nombraba las bolillas á medida que iban saliendo del bolso viejo en que estaban, y el que tenia este encargo añadia al nombre de cada número, y en un tono diferente algun apodo, segun la sencilla costumbre de los honrados plebeyos aficionados á este juego de nuestras abuelas.

—Quatro,—decia, añadiendo en voz mas baja: *el sombrero del comisario.*—Setenta y siete, *las dos alcayatas.*—Ocho, *los anteojos.*

—Quince.....

—Yo gané! interrumpió uno de los jugadores al oir este último número.

—Llévete el diablo! esclamó con mal humor el que tenia el saco, arrojando sobre la mesa los tantos con que se apuntaba y los viejos cartones. No es poca fortuna la del tal José! Ya llevo perdidos seis sueldos esta tarde!

El que asi hablaba era Marignon, el dueño de la casa, buen viejo, cuya fisonomia pacífica por lo comun, se habia animado con esa cólera regañona que se apodera de un mal jugador, cuando la fortuna no le es favorable. Su casacon de paño color de ceniza y un gran sombrero tricornio que se hallaba sobre una silla inmediata, daban á conocer que era un cobrador del Banco de Francia. El mismo trage tenia aquel á quien censuraba tan agriamente su ganancia. Sin embargo, este afortunado jugador de lotería, no estimaba mucho, al parecer, los favores de la suerte, que hacian de él un objeto de envidia para sus antagonistas; y se mantenia serio é impasible. Era un jóven como de unos veinte y cinco años de edad, débil, delicado, aunque sus ojos negros y vivos, descubriesen una alma ardiente; y sus modales tenian cierta distincion que formaba el mayor contraste con la llaneza y sencillez del dueño de la habitacion.

El viejo Marignon se levantó, echando pestes contra la fortuna y se aproximó á la cama donde estaba acostada su muger, víctima de una enfermedad que la tenia postrada hacia algunos años.

—Vamos á ver, querida mia, cómo te hallas? preguntó con el mayor intéres.

—Bien, amigo mio, muy bien, contestó la enferma procurando sonreirse, y tendria el mayor placer en veros jugar los Domingos cerca de mi cama, si no te pusieras de tan mal humor cuando pierdes algunos cuartos.....

Las demas personas que componian la sociedad, y que eran algunos vecinos, habian dejado la mesa del juego á la señal dada por el amo de la casa. Una jóven morena, graciosa, de ojos negros y vivos, y de figura esbelta, la que parecia tener en la casa mucha intimidad interrumpió á la enferma.

—Bien, prima, le dijo; teneis razon en reñir al roñoso de vuestro marido, que por tan poca cosa se indispone con el pobre José! Mirad qué triste está por haber ganado! No os da vergüenza, continuó dirigiéndose al viejo, de poneros así por seis cuartos, cuando diariamente manejais millones, y de incomodar por esa miseria á vuestro discípulo y amigo?

La que hablaba asi era la señorita Enri

queta, jóven costurera á quien Mad. Marignon habia servido de madre. Bueno es añadir, para explicar el interes que tomaba en la defensa de José Duval, que era la prometida esposa del cobrador del Banco, y que esta proyectada union habia hecho nacer entre ambos cierto grado de intimidad que habia dado que hablar á algunas malas lenguas. Sea de esto lo que se quiera, el viejo Marignon miró á su camarada y á la jóven con aire mitad formal y mitad risueño, y les dijo con un tono que manifestaba que su cólera se habia ya disipado:

—Caramba! y con qué fuego le defendeis, Enriqueta! pero, no sabeis que yo no quiero mal à este muchacho! Bien lo sabes tú, José, continuó alargándole la mano. Qué diablo! bien sé yo que eres incapaz de hacer ninguna fulleria: hace bastante tiempo que nos conocemos. Tu padre, mi antiguo camarada Duval, que murió hace seis años, te dió una buena educacion, y tú no estabas destinado á una profesion tan poco lucrativa como la nuestra. Pero eras pobre, y lo primero es vivir, y despues que he logrado que te den un destino en el Banco de Francia, sé que jamas ha habido ni un maravedí de equivocacion en tus cuentas. Sé que nadie te gana en sumar de una ojeada una columna de números, ni á hacer un apunte, ni à contar montones de oro y de billetes, sin que halla la mas mínima pérdida. Tú eres mi discípulo, José, mi digno discípulo, y sé que eres incapaz de armar fulleria.

Una estraña sonrisa asomó á los labios del jóven.

—Asi, pues, ¿no me guardas ningun rencor, continuó Marignon, por mi mal humor de esta tarde? Qué diablo! José, con seis sueldos hay para una correria en ómnibus, y cuando uno no es rico..... Por lo que hace á los millones de que acaba de hablar Enriqueta, añadió dirigiéndose à la jóven, sin duda olvida que el dinero que pasa por nuestras manos no nos pertenece. La costumbre de ver cantidades enormes que pertenecen à otros no nos impide que nos apeguemos à los miserables sueldos que ganamos con mucho trabajo. Ah! si de un modo leal pudiera yo ser dueño de la centésima parte de las sumas que ayer pasaron por mi mano, continuó con voz alterada, no temblaria por la suerte de mi hijo Domingo, que debe presentarse mañana al consejo de revision, y al que quizas me le quiten para hacerle soldado! Tampoco le faltarian á mi pobre muger los costosos socorros que necesita en su estado! Podria pasar al campo, tener médicos, remedios.....

—No pienses en mí, Marignon, dijo la enferma con dulzura; Dios sabrá curarme; pero nuestro hijo.....

—Oh! ya vereis como me declaran inútil, dijo un hermoso y robusto jóven que se hallaba echado de codos sobre la mesa: confiad, en que no os dejaré, ni me separaré de vosotros.

—Dios lo quiera! murmuró la enferma; pues de lo contrario me moriria.

Viendo las demas personas que la pobre familia se iba à ocupar de sus asuntos particulares, se levantaron para marcharse. Marignon se aproximó à José y le dijo en voz baja:

—José! mañana es fin de mes y dia de pago, por lo que te ruego que vayas à cobrar por mí los 500,000 francos que debe entregar al Banco la casa de Bidaut. Bien sabes por lo que yo no me atrevo à presentarme delante de M. Bidant, padre.....

Y el anciano bajó la cabeza con aire abatido.

—Segun eso no habeis podido satisfacer todavia aquella desgraciada deuda que contragísteis con motivo de la enfermedad de vuestra muger, dijo José con tristeza.

—No; la póliza està protestada entre las manos de Bidaut. Un protesto, José, lo entiendes? Un protesto hecho à un cobrador del Banco! Por fortuna, no me incomodan, pues este sentimiento unido à los demas daria conmigo en tierra.

—Amigo mio, querido camarada; ¿no seria posible obtener de la caja comun de los cobradores los 500 francos que necesitais? Vuestra probidad, vuestros largos servicios...

Marignon le estrechó la mano.

—Serà menester recurrir à ese medio! murmuró con voz ahogada, pero lo mas tarde que sea posible. José, ya he abusado otra vez de la generosidad de mis camaradas!

Durante esta conversacion tenida aparte, Enriqueta, que parecia profesar à la pobre enferma la amistad que José Duval tenia à su marido, se habia inclinado sobre el lecho, y le dirigia à media voz palabras de consuelo.

—Mañana vendré à veros otra vez, querida prima, añadió en voz alta y en tono cariñoso, y sin duda me dareis la buena noticia de la exencion de Domingo: ya vereis como todo sale bien.

—Acaso, os interesais por mí? dijo el conscripto con calor mirando à Enriqueta: os alegrariais que no me fuese?

—Y tanto como me alegraria, contestó Enriqueta con frialdad, poniéndose el sombrero delante del pequeño espejo que habia en la habitacion.

Domingo exhaló un suspiro.

Al mismo tiempo se aproximó José á ella, y le pidió permiso para acompañarla á su casa, situada en una de las calles vecinas. Enriqueta se lo concedió, y todos se prepararon á salir de la habitacion.

Marignon que conocia la necesidad de no dejar salir á sus pacíficos huéspedes bajo la impresion de sus últimas palabras, dijo con forzada alegría mirando á Enriqueta y à su novio:

—Y bien! cuando es la boda, Enriqueta? Qué diablo! Me parece que ya es razon que deje de penar este guapo mozo! Sois dueña de vuestras acciones, y creo que es tiempo de que os decidais.

—Sí, sí, pienso en ello, contestó la jóven, procurando ocultar su turbacion con una sonrisa muy graciosa.

Domingo dirigió á Enriqueta una mirada, cuyo sentido solo comprendió ésta. Marignon acompañó á sus tertulianles hasta la puerta de la calle, chanceàndose sobre la próxima union de los dos jóvenes, en cuya boda pensaba, segun decia, bailar en breve. En seguida volvió á subir tristemente la escalera, murmurando:

—Mi pobre muger! mi pobre hijo!

José y Enriqueta se despidieron de los veciuos en la misma puerta del buen Marignon. La noche empezaba à cubrir con sus negras sombras la capital: las calles estaban casi desiertas. Los dos novios echaron à andar de prisa para llegar cuanto antes à la habitacion de Enriqueta; porque la jóven, en su estado de aislamiento se habia impuesto por regla no volver á su casa muy entrada la noche para no dar que decir à la malignidad. José parecia absorto en las ideas que le ocupaban, al parecer con mas tenacidad que de ordinario. La modista fue la primera que rompió el silencio:

—No sabeis, José, que ese pobre Domingo està enamorado perdido de mí? Y à la verdad, que otro en vuestro lugar estaria celoso.

—Como sé que no le amais, Enriqueta.

—Es verdad: le quiero solo como à un hermano.

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual Enriqueta continuó:

—Muy triste ha estado nuestra reunion! Se pone tan sofocado mi viejo primo cuando pierde algunos cuartos.....

—En cambio es un hombre honrado y digno de aprecio! Ya se vé, como es tan pobre y tan cargado de necesidades!..... Y sin embargo en un solo año maneja oro y billetes de banco, lo bastante para pagar diez reynos..... Tal es nuestro estado, añadió con aire pensativo.

—No digo yo lo contrario; pero convenid que no es nada divertido pasar una parte de nuestros Domingos jugando para distraer à una enferma; aunque mi prima Marignon sea mi mejor amiga y casi mi madre. Pero ese juego de lotería es tan provincial y de tan mal tono!.....

El jóven pareció prestar mas atencion que lo habia hecho hasta entónces à las palabras de su prometida.

—Enriqueta, le dijo con tono grave, ¿de donde os han venido esas ideas respecto à las honradas gentes que acabamos de dejar? Hasta aquí me habia parecido que su sociedad os complacia, y ese juego que os disgusta hoy no hace mucho que os divertia. Enriqueta, desde algun tiempo à esta parte os encuentro muy cambiada, os habeis vuelto altiva y desdeñosa como una gran señora, lo mismo conmigo que debo ser vuestro marido, como con los demas. Decidme, cuàl es la causa.....

—Si prometeis no reñirme, dijo la jóven con timidez ....

—Hablad, Enriqueta, hablad; ya sabeis cuanto os amo.

—Pues bien, amigo mio; si notais en mí algun cambio; si he adquirido buenos modales y gustos mas elevados es.....es porque à vuestro pesar he frecuentado el gran mundo.

—El gran mundo! vos?

—Sí, y porqué no? preguntó Enriqueta con despecho. Sí, el gran mundo, repitió. Carolina me ha conducido á él prestàndome los adornos necesarios para presentarme con la debida decencia.

—Carolina! repitió José con voz severa: os habia prohibido que vieseis á esa muger. ... y añadió mas bajo una muger mal entretenida!. ...

—Es una amiga de mi niñez, contestó Enriqueta, y no concibo porque os obstinais en creer.....

José, sin escucharla, repuso con melancolía:

—Asi, pues Enriqueta, habeis ido, à pesar de mis ruegos, à ese mundo de lujo y de placeres, que hubiera deseado no conocieseis nunca! Vos le llamais el gran mundo! Y decis bien: allí habria duques, nobles y comerciantes, todos risueños, todos pródigos de promesas y de cumplimientos à las mugeres que prestasen oido; pero esas mugeres, Enriqueta, esas mugeres que llevan chales preciosos sobre sus hombros, plumas sobre sus cabezas, alhajas en torno de sus cuellos y brazos, sabeis quienes eran? Iguales à esa Carolina con quien conservais, à pesar mio, relaciones perjudiciales; todas han comprado ese lujo desenfrenado que os deslumbraba en cambio de la deshonra y del desprecio! y cuando pienso que vos, jóven hermosa y pura, os habeis hallado por un momento en medio de semejante sociedad.....

—Vamos, dijo Enriqueta con tono de mal humor, vais à predicarme un sermon porque he ido una ó dos veces de baile con Carolina. Sois un tirano, José.

El jóven estrechó convulsivamente contra su pecho el brazo de Carolina, y la dijo con calor:

—Si os hablo asi es porque no conoceis el peligro que se corre teniendo diariamente á la vista el bienestar, la opulencia para que uno no ha nacido, y que desea ardientemente en el fondo del alma! No sabeis las crueles tentaciones à que se expone una persona, cuando para alcanzar el objeto de sus constantes deseos no ve mas que un abismo facil de saltar! De nuevo os lo digo, Enriqueta, ¿porqué habeis visto de cerca esos esplendores del vicio estando condenada à vivir en la oscuridad y en la mediania? Yo mismo, Enriqueta, añadió bajando la voz; yo conozco tambien esos deseos desenfrenados que jamas se verán satisfechos, ni que pueden serlo! Os ha sucedido como à todas las personas que me tratan, y como ellas os ha engañado la apatia y calma que afecto à los ojos del mundo; ignorais que al lado del amor violento que siento por vos existe otra pasion secreta, enérgica, contra la que lucho sin cesar, y que me consume noche y dia como un fuego interior.

—Y cual es? preguntó la jóven medio asustada.

—El amor al oro! contestó José con voz sorda. Sí, Enriqueta; no sé porqué casualidad, porqué necesidad funesta me han instigado à seguir una profesion para la que no habia nacido, y que constituye mi suplicio. Yo, pobre mercenario, cuyas esperanzas no debian traspasar los límites de mi miserable salario, me pongo algunas veces à contemplar, estremeciéndome de admiracion y de deseo, los inmensos tesoros que se me confian: cuando miro delante de mí montones de oro, que pertenecen à otros, mis ojos brillan, se animan, y mi corazon late con fuerza. Su vista deslumbradora despierta en mí no sé qué terribles instintos, qué deseos de vanidad, de fortuna y de poder; y esa tentacion que me asalta à veces à la vista de aquel oro, cuando no necesito mas que estender la mano para poseerlo, esa tentacion existe tambien para vos, Enriqueta, cuando os hallais en la presencia de esas mugeres brillantes y culpables de que me hablais; ambos vemos un objeto que nos es facil alcanzar; solo que entre vos y ese objeto se halla la infamia y la deshonra; y entre yo y mi fin..... hay ademas otra cosa.

—José, me haceis temblar por vos y por mí.

El jóven la miró fijamente.

—Ah! he puesto el dedo en la llaga, Enriqueta, no es verdad? ¿no lo es tambien que el mal ha hecho ya tales progresos en vuestro corazon, que concebis cierta inquietud? Oh! decidme, en ese mundo à que habeis ido con tanta imprudencia, no habeis sido el objeto de esas lisonjas, de esas mentiras brillantes que los libertinos saben dirigir à una jóven hermosa y pobre? Acaso ya.....

En este momento llegaron casi sin notarlo frente de la casa en que Enriqueta vivia. La jóven asi por satisfacer el deber imperioso que se habia impuesto de no recibir à nadie en su casa, como tambien por librarse de las apremiantes preguntas de su novio iba à despedirlo, cuando de pronto salió de su misma casa un jóven cuyo trage y modales atestiguaban su grande opulencia. Al ver à Enriqueta y à su novio, se detuvo un momento como admirado; pero reponiéndose en breve, saludó con gracia à Enriqueta, que se ruborizó y bajó los ojos, y en seguida se alejó con rapidez, volviéndose de vez en cuando para dirigir al pobre novio miradas burlonas. José se puso pàlido de rabia y de cólera.

—Sin duda conocereis à ese hombre, que

acababa de salir de vuestra casa, dijo al cabo de un momento de silencio.

—No..... pero..... os aseguro, balbució la modista con embarazo.

—Yo digo que sí le conoceis, Enriqueta, ¿que venia à hacer en vuestra casa?

—Lo ignoro, José; creo que ese es M. Gustavo Bidaut, un comerciante.

—Sí, sí, respondió Duval con amargura: mas de una vez me he encorbado bajo el peso de su oro, y mañana tambien..... ¿En fin, qué quiere de vos?

—Lo ví en aquel bayle.....

—Y os dijo que os amaba, y os ha prometido haceros rica, dichosa, si consentís.....

—José, interrumpió vivamente Enriqueta, el amor de M. Gustavo ha sido siempre honrado, respetuoso y delicado!

—No habeis dicho que no le conociais! dijo José con una sonrisa irónica.

Ambos se habian detenido en el dintel de la puerta de la casa. La jóven, herida en su orgullo y dignidad, quiso desprender su brazo que José estrechaba convulsivamente contra su pecho, y le dijo con impaciencia.

—José, no es este tiempo ni lugar para continuar semejante interrogatorio; dejadme entrar en mi casa, y mas tarde veré si debo daros las explicaciones que me exijis de una manera tan injuriosa.

—Enriqueta, es menester que os hable ahora mismo, en vuestra habitacion; permitidme que os acompañe à ella.

—Como! à estas horas! Qué dirán en la vecindad?

—Qué importa, Enriqueta, ¿no soy yo vuestro futuro marido à los ojos de todo el mundo? No saben todos que pronto nos casaremos?

Hablando asi, habia cogido José el aldabon de la puerta, y à pesar de la resistencia de la jóven habia llamado: la puerta se abrió, y mientras Enriqueta vacilaba todavia en permitirle subiese hasta su habitacion, el portero de la casa asomó sus maliciosas facciones à la puerta de su cuarto, y dió à la jóven una carta perfumada y satinada, diciéndole con una sonrisa tan graciosa como se lo permitia su figura:

—Llegais à propósito, señorita, pues me acaban de dejar esta carta para vos. El conductor ha sido un jóven, muy lindo à fe mia! de modales muy elegantes, en fin, un cumplido caballero.

José dirigió al portero una mirada de desprecio.

—Mi rival ha comprado ya à este hombre, murmuró.

Entretanto Enriqueta habia permanecido inmóvil en el primer escalon, volviendo y revolviendo la carta entre sus manos, y sin decidirse à tomar un partido. Al fin hizo una señal de agradecimiento al portero, y volviéndose hàcia su novio le dijo con un tono de voz firme:

—Seguidme, M. José.

El jóven obedeció, sin comprender la causa de un cambio tan repentino, y empezó à subir en silencio los cinco pisos que conducian à la modesta habitacion, mientras que el portero no menos asombrado, cerraba la puerta de su cuarto, murmurando:

—A fe mia! no dejará el lindo jóven de saber buenas noticias por los veinte francos que me ha dado!

Enriqueta habia introducido à su novio en su humilde habitacion, situada en la guardilla de la casa. Todo lo que habia en ella era sencillo y pobre, aunque todo estaba dispuesto con cierto órden y coquetería femenina, agradable à la vista. Al punto que entraron, Enriqueta sin sentarse y sin ofrecer una silla à su novio, sin quitarse siquiera su sombrerillo y su chal, como si no tuviese que decir à José mas que una palabra, y en seguida pensase despedirle, se revistió con cierto aire de dignidad, y dijo à José, que aguardaba en silencio:

—Si os he pedido que subierais, es porque esta vez he creido no deber ocultaros nada de lo que me pasa. El afecto y estimacion que siempre me habeis manifestado, me obliga à daros à conocer toda la verdad respecto à las pretensiones de que soy objeto, à fin de que en lo sucesivo no tengais ni sospechas ni temor. Acaban de entregarme esta carta de M. Gustavo Bidaut: como mi futuro marido que sois, teneis el derecho de leerla: tomadla.

José titubeó à su vez, pues la prueba de confianza que le daba la jóven, habia disipado de pronto todas sus sospechas. Enriqueta aguardó un momento y al cabo repuso con voz grave y sosegada:

—Pronto, José; bien sabeis que no podeis deteneros aqui un instante.

A esta nueva invitacion, dejó el jóven à un lado sus escrúpulos, y rompiendo el sello leyó con avidez el contenido de la carta que tenia en las manos: pasado un momento se puso pálido y dejando caer el papel, con un tono de despecho:

—Esto era, dijo, lo que yo temia!

—Y bien! José?

José hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y dijo con una sonrisa forzada.

—Es imposible ocultároslo, Enriqueta: ese jóven es rico, y si le amais podrà satisfacer todos vuestros caprichos: tendreis vestidos brillantes, aderezos, una casa, un coche.....

Al oir Enriqueta, tan seductora nomenclatura, brilló en sus ojos uno de esos relàmpagos de orgullo y de vanidad que tan à menudo asaltan aun à las mugeres mas cuerdas, y sin reflexionar en lo que decia:

—Un coche! esclamó en uno de esos ímpetus del alma, anteriores à toda reflexion: un coche!..... Carolina me lo habia dicho.

—Enriqueta, murmuró José; os habeis descubierto à vuestro pesar: en medio de los buenos sentimientos de vuestro corazon se trasluce ese instinto de lujo y de opulencia. Ahora conozco que no bastarà para haceros feliz el amor de un hombre pobre y honrado como yo!

—Quién os lo ha dicho José? repuso Enriqueta con el mismo tono de dignidad que antes: bien he podido entregarme por un instante à un movimiento de vanidad, pero quién os ha dicho que no puedo sufrir, como hasta aquí, las privaciones y la miseria, con tal de conservar la estimacion de los demas y la mia? Por otra parte, añadió sonriéndose como para tranquilizar à su novio. ¿Porqué no habeis de llegar tambien vos à ser rico?

José movió la cabeza.

—No pensemos en ello, Enriqueta, ni nos lisonjeemos con tal esperanza! En la posicion en que me hallo mi suerte será morir pobre enmedio de montones de oro que pertenezcan à otros. Ya veis lo que le pasa à nuestro amigo el anciano Marignon: despues de haber dado durante veinte años pruebas de una probidad heróica, apenas tiene con qué mantener à su familia, y perderà el destino el dia en que se sospeche su miseria. Tal es la suerte que à mí me aguarda. Pensad bien, Enriqueta, si la quereis participar conmigo. Yo no quiero engañaros, y todavia es tiempo de que elijais.

Enriqueta abrió la carta, la rompió y tendiendo la mano à José, le dijo con acento tranquilo:

—Ahí teneis mi respuesta.

El jóven llevó con ardor aquella mano á sus labios.

—Soy feliz! esclamó enagenado.

Empero, aunque la alegria de José era grande al ver como habia triunfado de las poderosas seducciones con que habian rodeado á su amada, le pareció que ésta cedia mas bien que à un sentimiento de deber que á su verdadero instinto, y hasta creyó notar en su semblante cierta expresion de disgusto. Sin embargo, José disimuló lo que sentia bajo las mas enérgicas y apasionadas protestas de amor y de amistad, y despues de haberse hecho mútuas promesas, se separaron los dos amantes, dichosos y satisfechos en la apariencia, uno del otro.

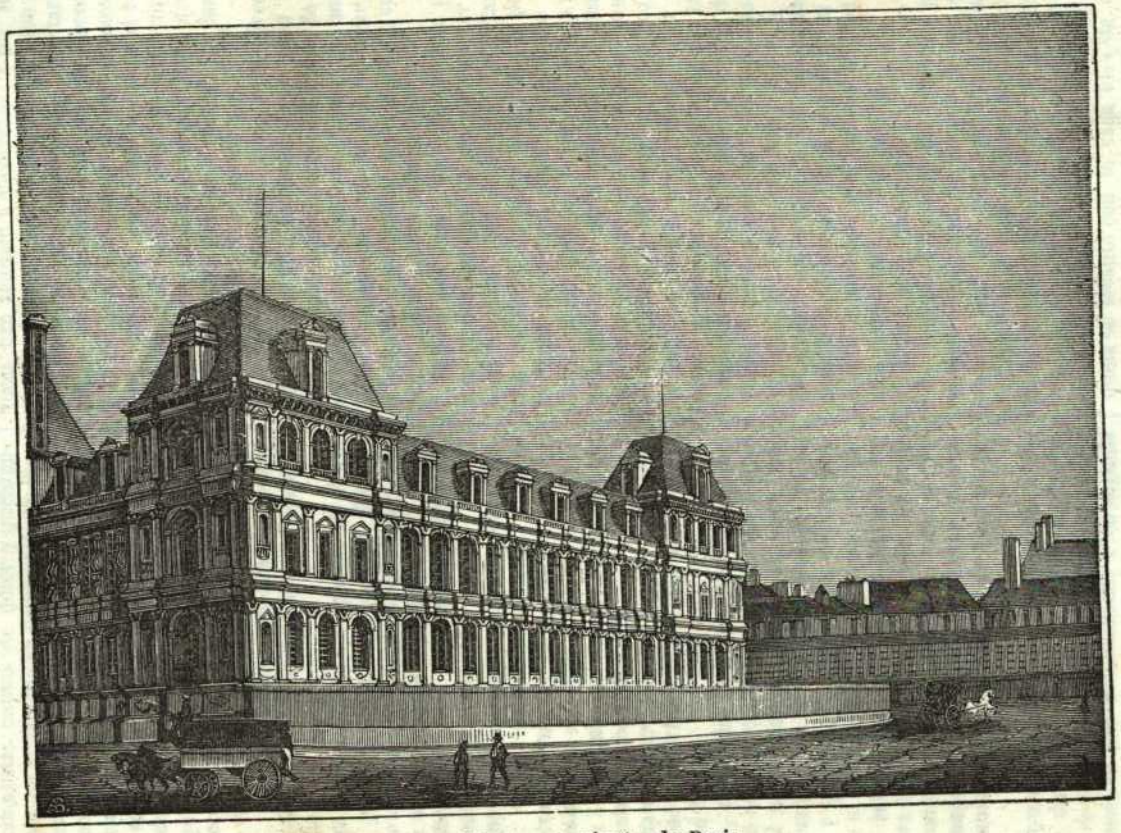
Ambos se engañaban. Cuando Enriqueta se vió sola se estremeció á la idea de aquelle miseria, cuyo horroroso cuadro le habia pintado José, y este vagó por las calles parte de la noche, sin saber adonde iba, repitiendo de vez en cuando con delirio:

—Hoy ha resistido; pero mañana empezaràn de nuevo las tentaciones, y ¡quién sabe lo que sucederà! Oh Dios mio! yo quiero ser rico, rico por ella y por mí.

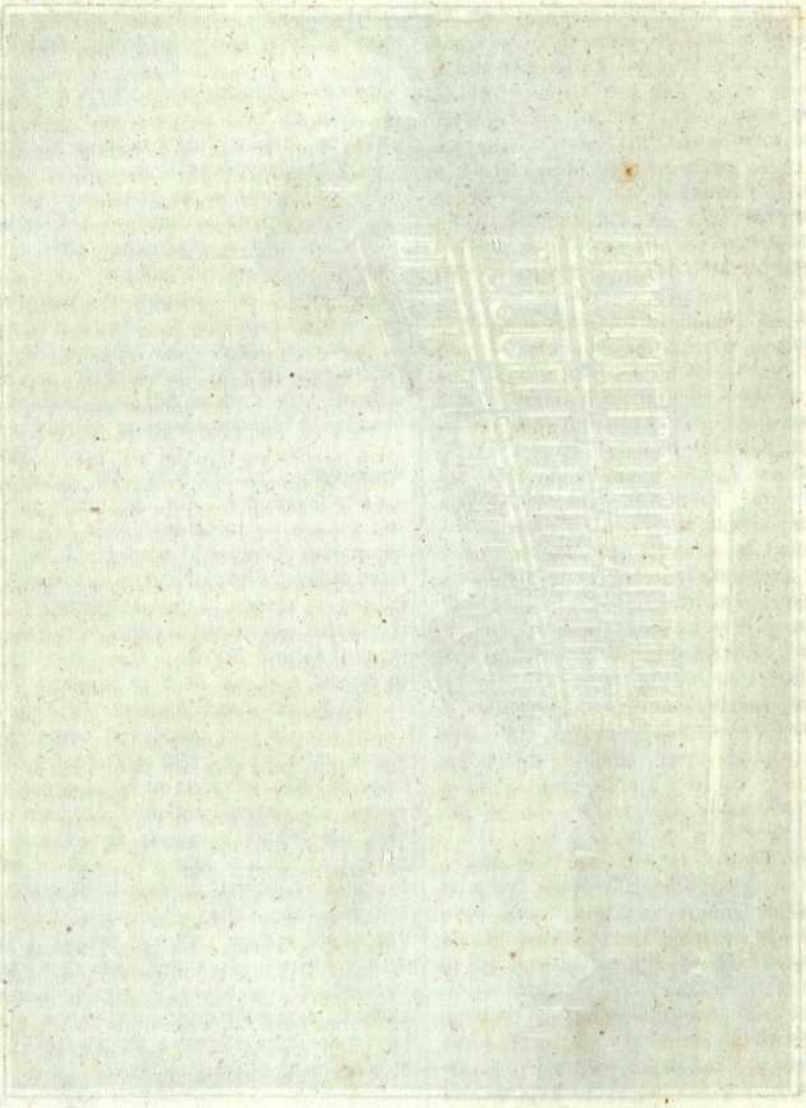
Ya era muy entrada la noche cuando llegó á su habitacion calle de la Tonnerie, que estaba inmediata à la plaza de la Casa de la Municipalidad, á la cual da nombre el magnífico edificio donde están las oficinas de la administracion principal de Paris; y que empezado á construir en 1533 concluido en 1605, ha sufrido varias alteraciones y mejores hasta la última que se verificó en 1839, en que se adornó la fachada principal con diez y seis estàtuas que representan los hombres que han honrado la capital con sus talentos ó sus virtudes.

II.

Al dia siguiente, la confusion reynaba en el modesto albergue del viejo Marignon. Domingo estaba sentado al lado de su madre enferma, y Enriqueta que diariamente iba á verla, mezclaba sus lágrimas con las de la madre y del hijo. Habia llegado para aquella infeliz familia lo que tanto habia temido: aquella mañana habian alistado al jóven para el servicio militar, dàndole la órden de que se dispusiese para partir dentro de breves dias, para unirse al regimiento que se le señalase. Domingo era la sola esperanza de su padre, cuya vejez, prematura à causa de las fatigas de una vida laboriosa, iba à quedar sin apoyo; el único consuelo de su madre que al abandonarlo temia no volverlo á ver en este mundo: por otra parte, Do-



Casa del Ayuntamiento de Paris.



mingo ejercia un oficio, y aun cuando ganase poco, podia ayudar algo à los gastos que exigian las enfermedades y necesidades siempre en aumento.

A todas estas causas de dolor y quebranto se unia en el corazon de Domingo la no menos terrible de dejar á Enriqueta, á quien amaba en secreto. Y este sentimiento que no se atrevia à manifestar por respetos ó la novia de su mas querido amigo, no era el que menos desgarraba su alma jóven y enérgica; asi es que en los besos que imprimia en las enflaquecidas manos de su madre, y las ardientes expresiones de sus sentimientos, Enriqueta, que lo miraba con muda piedad, podia hallar tambien una buena parte destinada à ella.

Acaso comprendió lo que pasaba en el alma del jóven, porque bajó los ojos, é inclinándose sobre el lecho de la enferma, dijo con un acento profundo de tristeza:

—Pobre Domingo! y sin ningun medio para impedir tan fatal partida!

—Ninguno, contestó sollozando Mad. Marignon; es preciso que yo le pierda; y cuando vuelva, si vuelve, ya no existiré!

Domingo la estrechó entre sus brazos.

—Oh! Dios mio! exclamó, si tuviera tan solo cuatrocientos francos!

—Cuatrocientos francos! repitió Enriqueta; pues qué ¿ podríais libraros por esa pequeña cantidad?

—Sí, respondió Domingo: pero por pequeña que sea esa cantidad, nos es tan imposible el proporcionarla, como si fuera mas considerable. Un jóven que trabaja en mi taller y que conoce mis penas, me ha propuesto el servir en mi lugar, con tal que hoy á las cuatro le entregue aquella suma para pagar una deuda sagrada. Yo se lo he agradecido con toda el alma, pero al mismo tiempo le he manifestado serme imposible reunir semejante cantidad en un plazo tan breve.

—Procuradlo, me dijo, dándome la mano; sin ese dinero no puedo de ningun modo disponer de mi persona: bien veis que no podria hacer mas ni por un hermano. Y en seguida me dejó, procurando hacerme concebir esperanzas que no tengo.

—Pero, repuso Enriqueta, despues de un momento de silencio; vuestro padre ¿no podria pedir á la caja comun de los cobradores, á sus camaradas, algun socorro que tan merecido tiene por sus largos y penosos servicios, y con el dinero....?

—Ha pedido ya tanto para mí! murmuró Mad. Marignon.

Sí, dijo Domingo ruborizándose; mi padre teme cansar á sus camaradas, que varias veces han acudido á socorrerlo; y por lo tanto, no debe hacer él semejante peticion al cajero de la sociedad. José debe solicitar hoy mismo para nosotros esos nuevos socorros, y lo estamos aguardando de un momento á otro. Hoy es dia de hacer los pagos al banco, y sin duda le habrán detenido sus ocupaciones, porque ya debia estar aquí. Por otra parte, añadió con tristeza, nunca la cantidad que se nos adelante podrá ser.....

Pero, interrumpió de nuevo la jóven, herida de una idea repentina, yo creo haber oido que los recaudadores del banco de Francia deben presentar una fianza de muchos miles de francos, ¿no se podria tocar á las cantidades depositadas en nombre de vuestro padre, ó á las del mismo José?

—Y en ese caso, mi padre y José perderian el destino que les dá para comer, contestó Domingo: sin embargo, hubieran hecho ese sacrificio si les hubiera sido posible. Pero no es suyo el dinero depositado como fianza de su destino. Pertenece á una persona generosa, y seria ofender y abusar de su confianza el hacer uso de aquella cantidad.

Enriqueta habia agotado todos los consuelos que podia proporcionarle su afecto hácia su parienta, y las respuestas tan perentorias y tan cruelmente positivas de Domingo la habian quitado toda esperanza. Asi es, que miró con un dolor mudo á aquella muger tan buena y tan desgraciada, à aquella madre que iba á perder à su hijo, á aquella enferma que carecia de las cosas mas necesarias, y dijo para sí:

—Ah! si yo fuera rica!

—Dios mio! apiadaos de nosotros! porque nuestra infelicidad ha llegado à su colmo; esclamó Mad. Marignon agitàndose en su cama.

Siguióse á esta esclamacion un prolongado silencio, que sin duda se hubiera prolongado mas si en aquel momento no hubieran llamado suavemente à la puerta. Enriqueta se levantó con la vaga idea de que les llegaba algun socorro inesperado; mas no bien hubo abierto la puerta, cuando retrocedió espantada, à la vista de un hombre vestido de negro, con un legajo de papeles debajo del brazo: detras de él habia dos ó tres personas robustas, que parecian servirle de auxiliares, y que solo aguardaban para entrar en el aposento que el hombre

vestido de negro hubiese llenado ciertas formalidades. Enriqueta habia reconocido en aquellos hombres à un dependiente de justicia y à unos corchetes.

—Corchetes ! corchetes en nuestra casa! esclamó Domingo, buscando con la vista un objeto cualquiera que le pudiera servir de arma.

Enriqueta le detuvo por el brazo, y su madre incorporàndose en la cama le dijo con tono suplicante:

—Domingo! hijo mio ! Cálmate , por amor de Dios ! tu resistencia agravaria nuestros males , los de tu padre y los mios!

--Corchetes en casa de mi padre ! repitió el jóven temblando de rabia.

Sin embargo , los ruegos de Enriqueta, tan poderosos para el , y el mandato positivo de su madre lograron apaciguarle un poco, y se dejó caer en una silla cubriéndose el rostro con las manos.

Mientras tanto , el gefe de aquella gente habia hecho prudentemente que se le aproximaran sus vigorosos compañeros , y parecia aguardar que se calmara un poco el mal efecto que habia producido su visita , para exponer el fin que la motivaba , aunque era demasiado sabido. Cuando conoció que nada tenia que temer , sin inquietarse en lo mas mínimo de los dolorosos sentimientos que excitaba su presencia , empezó una intimacion oficial , reducida á manifestar que inmediatamente debia entregársele la cantidad de trescientos francos , importe de un pagaré firmado por M. Marignon , recaudador del Banco de Francia , asi como los gastos de las diligencias ocasionadas, pues de lo contrario se procederia inmediatamente al embargo de los bienes muebles é inmuebles del espresado Marignon , en virtud de sentencia &c.

Sin duda , estaba prevista esta peroracion , porque ninguna respuesta obtuvo el alguacil. Este , comprendiendo sin duda lo que significaba aquel silencio , despues de aguardar algunos segundos , se dirigió friamente á sus auxiliares y les dijo : Comencemos nuestro proceso.

Despues añadió con aire de desconfianza. Espero que no habrà aquí resistencia alguna á la ley ; pues en caso contrario , me veria obligado à emplear medios.....

—Cumplid con vuestro deber , caballero, dijo la enferma ; y perdonad á mi hijo un arrebato , nacido del afecto que me profesa.

Los corchetes se disponian á entrar en el aposento inmediato para hacer el inventario de los muebles , cuando Domingo se levantó de pronto , y los detuvo de un modo casi político , y que probaba todo el imperio que sabia ejercer sobre sí mismo.

—Un momento , señores ! exclamó : ante todo es menester saber si vuestras diligencias son legales ; todavia no me habeis dicho el nombre de la persona por cuyas órdenes obrais.....

—En este terreno podremos entendernos con mucha facilidad , respondió con voz afeminada el alguacil , tranquilizado por la calma del jóven Marignon , y buscando un documento perdido entre la multitud de papeles que llevaban. Obramos en nombre de MM. Bidaut y compañía , comerciantes y actuales tenedores de un pagaré firmado.....

—Bidaut ! exclamó Domingo con indignacion. Y esas personas tan ricas que hoy mismo van à entregar al Banco , de un golpe, la cantidad de quinientos mil francos , tienen valor de perseguir á un pobre padre de familia . ..

—Bidaut , esclamó Enriqueta á su vez con alegria, M. Gustavo Bidaut , no es el hijo del que ejecuta asi á M. Marignon?

—M. Gustavo Bidaut es socio de su padre, contestó el alguacil , y tambien obro en su nombre.

—Oh ! eso es imposible ! esclamó la jóven. M. Gustavo no ignora los lazos de amistad y parentesco que me unen á la familia Marignon , y no ha podido mandar que se proceda con tanto rigor contra ella ! Algun dependiente de su despacho habrá traspasado sus órdenes : es imposible que M. Bidaut.....

—Le conoceis , pues ? preguntó Domingo con asombro.

—Sí , y voy á salvaros.

—Pero cómo vais à hacer ?..... preguntó la enferma.

Yo os lo esplicaré todo , contestó Enriqueta con desembarazo. Caballero , añadió dirigiéndose al alguacil ; os juro que M. Gustavo Bidaut ignora las severas medidas que se están tomando en su nombre : suspended por un momento vuestras diligencias , mientras yo misma.....

El alguacil hizo una mueca.

—No puedo aguardar ni un minuto , dijo dirigiéndose hácia el aposento inmediato, y haciendo una señal á los corchetes para que le siguieran : mi tiempo es precioso y no puedo perderlo.

Algunos instantes despues se oyó una voz flemática é impasible hacer el inventario de los efectos que contenia aquella habitacion.

Mad. Marignon habia caido desvanecida sobre su cama. Domingo reflexionaba en el estraño misterio que encerraban las palabras de Enriqueta, tocante al acreedor de su padre; pero la jóven se habia aproximado á una mesa, y habia escrito la siguiente esquela: « Caballero: si me amais, venid á verme al «momento.—ENRIQUETA." En seguida la cerró, puso el sobre *á M. Gustavo Bidaut*, y dirigiéndose hácia Domingo:

—Tomad, le dijo, é inmediatamente llevad esa carta á su destino: ella os salvará á todos.

El jóven miró con desconfianza el sobre, y no se movió de su sitio.

—Vamos, qué haceis parado! esclamó Enriqueta con impaciencia: se trata del honor de vuestra familia, de la vida de vuestra madre, añadió mas bajo.

—Pero, no puedo saber...?

—Tendré que ir yo misma! repuso la jóven colérica y procurando quitar la carta á Domingo.

Este no quiso insistir mas: hizo un movimiento de despecho, se precipitó à la escalera, y desapareció para desempeñar la mision de que estaba encargado y que tan inesplicable era para él.

Cuando Enriqueta se quedó sola con su parienta la prodigó los mas tiernos consuelos. La pobre enferma la escuchaba sin comprender la causa de la repentina esperanza que Enriqueta espresaba con tanto calor, cuando la voz del alguacil hizo que se estremeciese. Acababa de oir que anotaba varios efectos que pertenecian á su hijo.

—Oh Dios mio! Dios mio! apiadaos de una madre infeliz! esclamó con desconsolado acento.

Este arrebato de amor maternal, destruyó de pronto todo el edificio de consuelos, con que Enriqueta procuraba tranquilizarse á sí misma.

—Y no vendrá nadie á nuestro amparo! esclamó.

En aquel momento, y como si respondiese á la invitacion, entró en el aposento José Duval. Estaba triste y pensativo, pues Domingo, à quien acababa de encontrar, se lo habia dicho todo.

—Y bien, José! habeis logrado algo?

—He aquí todo lo que he podido obtener de la sociedad de los recaudadores del banco, dijo con frialdad, poniendo sobre una mesa una pila de escudos; ahí hay cien francos.

—Eso no es bastante; se necesita diez veces otro tanto para salvar del todo á esta pobre familia.

José tomó la mano de su novia, y le dijo en voz baja.

—Acaso, ¿no le habeis ya buscado un protector, Enriqueta?

—Como! sabeis?...

—Sé que M. Gustavo Bidaut va á venir aquí: sé que despues de haberos hecho tan brillantes ofrecimientos, no se negarà à salvar á vuestros parientes: sé á qué precio pagareis este favor, y sé, por último, que esto os ofrecerá una ocasion favorable para disfrazar vuestra deshonra, bajo una apariencia de sacrificio... y... eso es una infamia, Enriqueta!

Estos terribles cargos, hechos con un tono severo y sarcástico, dieron á conocer á la jóven las consecuencias de una accion, sobre la cual no la habia dejado pensar la viveza de sus afectos. Asi, pues, contestó en voz baja, y con cierta espresion de terror:

—No me acuseis, José! El dolor de esa pobre muger ha turbado mi razon y afligido mi alma. No veia mas que una senda de salvacion, y me he lanzado á ella: estaba loca: perdonadme, José. Pero, no puedo ver con indiferencia el espectáculo de tantos males. Es preciso salvar á esta pobre familia, que tanto bien nos ha hecho: Sí, continuó dejàndose llevar de su exaltacion siempre en aumento, creo que hasta llegaria à sacrificar mi vida, mi honor y mi porvenir al que la salvara.

—Pues bien! yo la salvaré; yo, esclamó José cuyas facciones tomaron de pronto una espresion de determinacion atrevida y resuelta, Enriqueta, acordaos de las palabras que acabais de pronunciar!

—No las retracto, no. Empero, por qué medios?.....

—Qué importan los medios! yo los salvaré!

Y salió sin escuchar á las dos mugeres que lo llamaban.

—Qué irá à hacer? dijo Enriqueta con horror.

La voz monotona del alguacil, no pudo sacarla del estado de estupor en que habia caido.

—*Item*, (decia el hombre de justicia continuando su inventario) un reloj de plata....

—El reloj de mi marido! dijo Mad. Marignon, agitàndose convulsivamente sobre su cama: el reloj que llevaba el dia en que nos casamos, y el que regaló à Domingo el dia de su santo.

Enriqueta permanecia inmóvil: pues en aquel momento el espanto podia en su alma mas que el dolor. Sin embargo, prestó atencion al ruido de unos pasos que se oian en la escalera; pero aquellos pasos en vez de ser ligeros y precipitados como los de un hombre jóven que conoce la necesidad de ir de prisa, eran pesados y lentos como los de un viejo que anda con trabajo agoviado bajo el peso de alguna carga. En efecto, era Marignon, que al volver de hacer su cobranza por la ciudad habia ganado un momento para abrazar á su anciana compañera. Cuando entró venia encorbado bajo el peso de un enorme saco lleno de oro, y traia en la mano una cartera grande llena de billetes del banco. En todo conducia mas de un millon.

Depositó sin reparo su preciosa carga sobre la mesa, y con aire de interes se aproximó al lecho de la enferma.

—Solo puedo detenerme un instante, querida mia, le dijo, pues ya es hora de volver al Banco para recibir los pagos atrasados: pero me pareces muy pàlida! Enriqueta ¿à qué vienen esas lágrimas? que es lo que pasa aquí?

Las dos mugeres guardaron silencio. El alguacil que entró en la habitacion para continuar el inventario se encargó de la respuesta. El viejo pareció abrumado bajo el peso de este nuevo golpe; pero de repente, irguiéndose con una indecible espresion de despecho, esclamó:

—Con qué es cierto que todos los males llegan à la vez!... mi hijo perdido! mi muger moribunda y sin socorro, y yo deshonrado á los ojos de mis camaradas! mi firma protestada, embargados mis bienes. Gran Dios! de qué sirve, pues, la probidad?

—Para dar ànimo para sufrir! murmuró su muger con una voz debilitada y abriéndole los brazos.

Marignon se prècipitó en ellos, y los dos viejos esposos mezclaron sus làgrimas.

Entretanto el alguacil continuaba tranquilamente su tarea, y Enriqueta, cuya ansiedad mortal aumentaba por minutos, trajo al anciano al conocimiento de su situacion.

—El tiempo es precioso, le dijo, no teneis ningun medio.....

—Pero la caja comun.....

—He aquí lo que José ha podido obtener de vuestros camaradas.

Y señaló la pila de escudos que habia quedado sobre la mesa. Una sonrisa de reconocimiento asomó à los trémulos labios de Marignon, y le dijo:

—¡Qué gente tan honrada!

El alguacil, cuyos ojos de gato, acababan de percibir aquella pequeña cantidad, se aproximó con disimulo al grupo, y se apoderó de ella casi de las manos del viejo: despues la anotó en el inventario. Un relàmpago de indignacion brilló en las facciones del viejo Marignon: sin embargo se contuvo y murmuró resignado:

—Debo sufrirlo todo, pues la culpa es mia! Un pagaré protestado!

Despues continuó:

—No me queda otro recurso sino ver à M. Durand, que me puso la fianza, y pedirle por Dios que me permita disponer por algun tiempo de una parte de aquella cantidad. Yo saldré del Banco, pero no quedaré deshonrado.

—Apresuraos, pues, á dar ese paso, señor! Ya veis que ese hombre apenas nos dejará la cama donde yace vuestra muger: es menester que al instante...

En este momento dieron las tres en el reloj de la parroquia de los Padres menores: el sonido de la campana hizo estremecer á Marignon.

—Primero son los negocios del Banco que los mios, dijo como inspirado: si hoy desempeño mi encargo por última vez, es menester que lo llene con la mayor exactitud. No puedo permanecer aqui sino pocos minutos. Esta tarde veré....

—Aqui se interrumpió porque acababa de ver al alguacil, que animado por la facilidad con que se habia apoderado del dinero que habia llevado José, no hacia sino dar vuelta en torno de las inmensas riquezas que cubrian la mesa. Marignon se colocó entre el tesoro y el hombre de la ley, y esclamó rechazàndolo con energia:

—Desgraciado! Ese dinero pertenece al Banco!

Intimidado el alguacil con el acento imponente de Marignon, y conociendo que nada podia obtener por aquel lado, continuó el inventario de los muebles. Marignon vuelto en sí de aquel arrebato, y dominado por

el sentimiento de la mas escrupulosa exactitud, que nunca le abandonaba en el cumplimiento de sus deberes, contaba con la mayor rapidez el oro y los billetes acumulados allí á fin de asegurarse que no habia padecido ninguna equivocacion. El oro y la plata sonaban entre sus manos sin que le pasase siquiera por la imaginacion que con la milésima parte de lo que tocaba podia ser el mas feliz de los hombres.

—*Item*, repuso el alguacil con monotona voz, una mesa de encina apreciada en dos francos, cincuenta.....

—La mesa que hace veinte años nos sirve para comer, murmuró la enferma.

—Ciento cincuenta y siete mil, murmuró el viejo poniendo sobre la mesa un legajo de billetes de banco; y añadió en otro tono:— Pobre muger, ten ànimo.

Y continuó su tarea.

—*Item*, repuso el inexorable alguacil; una cama en alto con sus correspondientes colchones.

—Vuestra muger se ha desmayado! esclamó Enriqueta, muerta de espanto al ver á la pobre muger pálida y casi sin respiracion.

Marignon se aproximó, la abrazó llorando y volvió á la mesa como arrastrado por una fuerza irresistible.

—Quinientos treinta y tres mil.... Por Dios, Enriqueta, socorredla.... Ademas, diez mil...

—¡Dios mio! si se morirá!

El viejo se interrumpió otra vez.

—Morir! repitió; oh! no; Enriqueta compadeceos de ella: muy amenudo le acometen semejantes desmayos; dentro de algunos instantes volverà en sí..... Novecientos dos mil y veinte mil.....

Concluyó su càlculo, abrazó de nuevo á su muger que se hallaba privada de conocimiento, y en medio de las espresiones de ternura que la prodigaba, se hubieran distinguido las siguientes palabras, mezcladas á modo de interjecciones entre cada frase. Una equivocacion de cinco francos..... á mi favor..... cómo habrá sido esto?

El reloj dió un cuarto.

—Ya debia estar en el Banco, dijo el viejo con precipitacion, y cargando sobre sus hombros el enorme peso que apenas podia levantar; José que tanto se ha ocupado hoy de nuestros asuntos, sin duda tiene necesidad de mí. Voy à cumplir con mi deber: Enriqueta, querida niña, cuidad de mi pobre muger que tanto os ama; dentro de una hora volveré, y entonces.....

Al decir esto salió, y mientras bajaba la escalera iba diciendo: Cinco francos de mas! Solo ese jóven cajero de la casa Nauret puede haber padecido esta equivocacion. El pobre tendrá que abonarlos de sus sueldos: yo se los devolveré!

Entretanto crecia la agitacion y angustia de Enriqueta; ni José ni Domingo volvian. Mad. Marignon seguia privada de sentido, estremeciéndose todo su cuerpo al sonido lúgubre de la voz del alguacil que concluia su inventario. Al fin entró Domingo, pero solo Enriqueta le salió al encuentro.

—Qué hay de nuevo?

—Mr. Gustavo ha salido á dar un paseo à caballo por el bosque. He dejado vuestra carta, cuyo contenido ignoro: y esta tarde sin duda....

—Esta tarde ya no será tiempo... Dios mio, quién os salvarà?

—Yo, dijo una voz seca que resonó á sus espaldas.

Era José que acababa de entrar: traia los cabellos en desórden, las facciones descompuestas, y sus ojos brillaban con un fuego estraño. Debajo de su levita cenicienta traia un saco lleno de dinero, que colocó sobre la mesa.

—He cumplido mi palabra, dijo á Enriqueta y á Domingo que le miraban sin poder creer tanta dicha.

—Pero, José, ¿cómo habeis podido ....

—He retirado mi fianza, dijo José con tono seco sin ninguna otra esplicacion.

Enriqueta conocia que estas palabras ocultaban alguna mentira, y quedó pensativa; pero Domingo, que no tenia ese instinto tan seguro y penetrante de la muger, se entregó à la mas loca alegria viendo á José abrir el saco, y preguntar al alguacil que le miraba asombrado:

—Cuánto es lo que debe Mr. Marignon?

Viendo el aguacil que iba á satisfacer la deuda, y no importàndosele nada el modo, empezó á hacer sus cálculos. Mientras tanto formó José sobre la mesa cuatro pilas de escudos.

—He aquí el precio de vuestro reemplazo, dijo à Domingo: aun no han dado las cuatro, y teneis tiempo para pedir á vuestro amigo que cumpla su palabra.

—Vamos, id.

—Pero, mi padre.....

—Si vuestro padre se hallase aqui, se negaria à tomar de mi semejante cantidad; es menester, pues, obligarlo à ello, y con-

cluir este negocio antes que vuelva.

Domingo le abrazó con entusiasmo.

—Oh! mereceis ser feliz en la tierra, esclamó; y confieso que valeis mucho mas que yo!

José se desembarazó suavemente de sus brazos sin contestarle nada: Domingo tomó el dinero y desapareció. Mientras tanto el alguacil concluyó de hacer su cuenta, José contó la cantidad que aquel reclamaba, se la entregó, y acto continuo se marcharon los corchetes. La familia Marignon quedó libre de su empeño.

Enriqueta y José permanecieron un momento silenciosos el uno frente al otro.

—Ya lo veis, Enriqueta; he cumplido mi palabra; ¿hareis vos lo mismo?

—José, esplicadme.....

—Nada os puedo esplicar aqui. Dentro de una hora necesito hablaros.

—Pero...

—Es preciso.

Y se alejó sin mirarla.

—Oh! En todo esto entreveo algo que me espanta! esclamó Enriqueta aproximàndose à Mad. de Marignon que permanecia desmayada.

III.

Era de noche, una noche de invierno, fria y lluviosa. Enriqueta, que hacia pocos instantes acababa de separarse de la familia de Marignon, se paseaba en su pequeño aposento, manifestando en sus pasos y semblante la mayor ansiedad: oia à intervalos el ruido de los pasos que resonaban en la calle, mezclado al chis chas de la lluvia que caia sobre los tejados y azotaba las vidrieras de las casas vecinas. Aunque la jóven tenia todavia presente en la imaginacion las escenas que gracias à José, habian tenido un resultado tan dichoso, no parecia que participaba de la alegria que un momento antes habia visto brillar en las facciones de su parienta y de Domingo. Como ya hemos dicho, alimentaba sospechas horribles, que no se atrevia à confesar á si misma, pero cuya sola idea, por vaga que fuese la hacia estremecer. Lo que José le habia dicho la víspera acerca de su caracter, sus palabras y acciones durante aquel dia, y la inconcebible facilidad con que habia hallado, siendo pobre y no teniendo amigos, la cantidad que necesitaba la familia Marignon, todo contribuia à hacerla entrar en reflexiones que la espantaban.

Algunos golpes leves y precipitados que sonaron en la puerta aumentaron su emocion. Quiso ir à abrir pero sus piernas se doblaron.

—Soy yo, dijo una voz bien conocida de ella.

Enriqueta hizo un esfuerzo sobre sí misma y abrió. Un hombre envuelto en una capa, y con el sombrero metido hasta los ojos entró en la habitacion sin decir nada. Trabajo costó á Enriqueta conocer bajo aquel traga á José Duval, segun habia cambiado su fisonomia y todo su esterior de pocos momentos à aquella parte. Sus cabellos largos y rizados estaban cortados, y sus patillas favoritas, que tanto adornaban su rostro, habian desaparecido. Una especie de animacion febril coloreaba sus mejillas pàlidas de ordinario, y hasta sus ojos parecian haber perdido su color natural, pues estaban oscurecidos y empañados. Ademas habia reemplazado su lebiton gris á la francesa y el sombrero tricornio de los cobradores del Banco, con un redingote negro y un sombrero redondo. Con semejante trage estaba José casi desconocido, aun para las personas que lo habian visto poco antes.

Apenas hubo entrado, se desembosó y colocó sobre la mesa un paquete bastante voluminoso que traia debajo del brazo.

—Decidme, Enriqueta, preguntó con voz sorda y ahogada como si temiese que se oyesen sus palabras, se hallan satisfechos los deseos de nuestros amigos?

—Cuando me vine dejé à Domingo y á su madre en el colmo de la alegria.

—Me alegro, repuso José lacónicamente; y ahora, Enriqueta, me parece que despues de habernos ocupado de los asuntos de otros, debemos pensar algo en los nuestros.

Al pronunciar estas palabras se quitó la capa, y sentàndose, hizo señas à Enriqueta que ocupase una silla à su lado. Enriqueta, poseida siempre de un terror cuya causa ignoraba, no se atrevió é preguntarle nada; mientras que José parecia aguardar á que le dirigiesen la palabra. Asi permanecieron algunos segundos. Sin embargo, reparando José en el aire asustado de la jóven, y en la mirada de asombro que fijaba en él, dijo al fin, procurando sonreirse:

—Conozco, Enriqueta, que estos cambios os asombran; pero olvidais que ya no soy cobrador del Banco, y que por lo tanto no puedo usar su trage.

—Entonces serà verdad lo que me habeis

dicho respecto à la fianza que teneis dada, dijo la jóven costurera con ingenua alegria.

José, la miró fijamente antes de contestar. Despues saliendo de la calma ficticia que hasta entonces habia mostrado, pareció tomar un partido definitivo. Tomó la mano de Enriqueta, y sin quitar su vista de las facciones contraidas de la jóven dijo con tono cortado y brusco:

—Enriqueta, no me valdré de rodeos ni circunloquios para deciros la verdad, pues el tiempo urge; este momento va á decidir la suerte de ambos. Escuchadme: ¿no es cierto cifrareis vuestra felicidad en vivir en el lujo y la opulencia, en brillar en el mundo y eclipsar á esas mugeres de quien me hablásteis ayer con tanto entusiasmo? ¿No es cierto que cuando aquel jóven tan rico y tan envanecido con sus riquezas, os hizo brillantes ofrecimientos para impulsaros à que fueseis su querida, la voz de la coqueteria os gritaba en el fondo del corazon que cedieseis, y columbrábais con terror la miseria conmigo?

—José!...

—No procuremos engañarnos, Enriqueta; ya os he dicho que este momento es solemne. Haced una confesion entera como yo la haré tambien, y estad segura que nunca sereis tan culpable como yo.

—Pues bien!... es verdad.

—Lo habia adivinado, murmuró José; retratàndose en su rostro una estraña satisfaccion. En seguida continuó en el mismo tono. Hoy mismo, Enriqueta, en el momento en que la familia de vuestra parienta corria tanto peligro, ¿no me habeis dicho que sacrificariais toda vuestra vida al que la salvara?

—En aquel terrible momento ignoraba lo que ofrecia.

—Qué importa eso al que fiado en vuestra promesa ha jugado su existencia á una sola palabra de vuestra boca?

—Es verdad que la he pronunciado, replicó Enriqueta en voz tan baja que apenas pudo ser oida.

—Pues bien, yo he salvado á la familia Marignon y vengo á reclamar el cumplimiento de la promesa que me habeis hecho. Enriqueta, vos amais la riqueza, y la felicidad que trae consigo; seguidme, pues, porque ahora soy rico y puedo satisfacer todos vuestros caprichos por numerosos que sean. Esto que veis aquí, continuó poniendo su mano sobre el paquete de billetes que permanecia en la mesa, esto contiene billetes de banco; aqui se encierra la fortuna de un gran señor, el lujo, el brillo, el orgullo. Y no es esto todo, continuó metiendo las manos en los bolsillos de su redingote y sacándolas llenas de oro, mirad! mirad!

—¡Desventurado! qué habeis hecho? esclamó Enriqueta, retrocediendo hasta el otro extremo de la habitacion.

El jóven recaudador empezó á temblar y perdió el color: la audacia que habia manifestado hasta entonces desapareció de improviso ante la repugnancia que inspiraba à su prometida.

—Enriqueta, no me desprecieis! dijo con tono suplicante aproximándose á ella; Enriqueta, no sabeis las terribles angustias que he sufrido antes de llegar al crímen. Os lo habia dicho: la tentacion es peligrosa para el hambriento que ve cerca de su boca el sabroso fruto destinado à otro. Enriqueta, yo abrigaba una pasion profunda, enérgica, irresistible por el oro; y la fatalidad, como para burlarse de mí, me habia dado una profesion, en la que aquel funesto instinto se veia sometido á cada momento á los combates mas penosos. He sufrido por largo tiempo; vivia pobre y miserable junto á los tesoros de que solamente era guardian; esos sacos preciosos que conducia por las noches me doblaban bajo su peso y me quemaban las manos, y por la noche, cuando me entregaba al descanso en mi miserable albergue, soñaba con cofres llenos de oro y de plata, que me pertenecian y de los cuales sacaba à manos llenas; y el sonido del codiciado metal llegaba á mis oidos y me aturdia; à mí que apenas tenia con que satisfacer las primeras necesidades de la vida! ¿Comprendeis vos, Enriqueta, ese suplicio lento, (continuó), y del cual ni aun tenia valor para librarme cambiando de estado? Y no obstante, Enriqueta, prosiguió con mas calor, yo empezaba á creer que la costumbre, la razon y el sentimiento de probidad que se haya en el fondo de mi corazon, podrian hacer soportase tan crueles tentaciones, y que concluiria, al fin, por hacerme tan insensible á la vista de aquellas riquezas, como el honrado anciano cuya aflixion hemos presenciado. Ya habia logrado establecer en mi alma el equilibrio entre el deber y mi funesta pasion; pero solo necesitaba un grano de arena para hacer inclinar la balanza al lado malo, y ese grano de arena le habeis echado vos.

—Yo ! no es verdad ?

—Vos , replicó su interlocutor con autoridad : acordaos de lo que ha pasado entre nosotros. Para ser feliz necesitàbais ser rica ; y lo sabia, y lo necesitàbais hasta el punto de sacrificarme à las riquezas y de sacrificaros vos misma. Esta idea me dió una terrible esperanza.... Ademas, el acaso se encargó de proporcionarme un medio para hacer enmudecer los últimos cargos de mi conciencia : por salvar á toda una familia he robado al Banco.

Enriqueta prorumpió en un grito terrible.

—Con qué es cierto!

—Si , cierto , Enriqueta , repuso con volubilidad , como para concluir mas pronto sus penosas confesiones : el dinero que he dado à la familia de Marignon no podia proceder de mi fianza , porque como sabeis , no es mia. Justamente tenia hoy el encargo de cobrar los quinientos mil francos que la casa Bidaut debia al Banco : y cuando vuestra desesperacion me decidió á cometer este crimen tomé de aquel dinero los fondos que necesitaban nuestros amigos. Segun nuestras leyes la pena que me amenaza no puede ser mayor por tomar una cantidad enorme que lo es por haber tomado algunos escudos... y asi me he alzado con todo , seguro de poder ganar la frontera de Bélgica sin ser descubierto. Ya allí.....

—Miserable! ¿Pero no conoces que todas las sospechas recaeràn sobre el infeliz anciano que ha aceptado sin saberlo nuestros funestos beneficios , y acaso tambien sobre mí por haber tenido la desgracia de amaros?

—Nada tiene que temer Marignon acerca de las consecuencias de una accion cuyo autor soy yo , dijo José sacando de su bolsillo una gran cartera cerrada que colocó sobre la mesa ; esta cartera que he olvidado dejar en mi habitacion , y que pienso hacer que llegue mañana al Banco antes que se note mi fuga, contiene una confesion firmada por mí , que libra á Marignon de toda sospecha de complicidad en este crimen, por otra parte, es tan conocida la probidad de ese anciano que nadie se atreverá à acusarle. Por lo que hace à vos, Enriqueta, nada teneis que temer, pues vais à seguirme: vos participareis en un pais estrangero de mi opulencia , de mi fortuna...

La jóven hizo un nuevo gesto de horror.

—Primero morir ! esclamó.

José quedó aterrado y sin movimiento.

—Y decis que habeis hecho por mí todo eso? repuso Enriqueta con energia ¿Con qué derecho , caballero , os habeis atrevido à interpretar asi la vanidad pasajera de una pobre jóven que no ha sabido ocultaros ni aun sus mas culpables pensamientos ? ¿Con qué derecho, por que ella haya caido un momento en la tentacion, vais à asociar su nombre à la accion mas infame y degradante, à un robo? ¿Por qué habeis desesperado de mis fuerzas y de mi ánimo? Oh! dejadme , dejadme , no quiero caer con vos en el abismo que habeis abierto para ambos. Idos , idos pronto , ó llamo en mi socorro!

—¿Me habré equivocado ? murmuró José pensativo.

Pero creyendo sin duda que habia ido muy adelante para retroceder , asió con viveza el brazo de su futura:

—Es menester que me sigais , la dijo con tono amenazador ; por vos solamente he cometido este crimen, y debeis cargar con la mitad de la responsabilidad. A algunos pasos de aquí nos espera un carruage : cuando mañana se descubra el robo , estaremos próximos à la frontera , y no podrán alcanzarnos : he tomado todas mis medidas; partamos...

Al pronunciar estas palabras quiso llevàrsela , pero ella se resistió agarràndose á un mueble para aumentar su fuerza.

—Jamas! esclamó ; me matareis, pero no podreis obligarme à ser la compañera de un.....

—Echadme en cara y en voz alta la infamia de que me hecho culpable por vos, pero no escapareis de mi poder : necesito el precio de mi crimen. Enriqueta, os llevaré á la fuerza si no me queda otro recurso , y entónces veremos si teneis el triste valor de delatarme con vuestros gritos.

Y enlazando con sus brazos nerviosos, á quienes su desesperacion daba nuevas fuerzas, el flexible y delicado talle de la jóven, la levantó en el aire como si fuese una pluma.

—Socorro ! socorro ! gritó ella.

José la llevaba poseido de cierta especie de frenesí.

—Socorro ! repitió la jóven.

En el momento en que José iba á salir con su preciosa carga , abrióse la puerta, y un hombre , cuyas facciones era imposible distinguir en la lobreguez de la guardilla , entró gritando:

—Quién pide socorro?

Al oir esta voz desconocida soltó José su carga ; y la jóven viéndose libre fue à arrojarse en los brazos del desconocido, diciendo con despecho: ¡ En nombre de Dios, salvadme!

Atónito el desconocido con semejante acogida, permaneció inmóvil á la entrada de la habitacion, sin poder comprender lo que acontecia. Enriqueta se habia aproximado á él y continuaba suplicàndole que la defendiese, sin decirle el enemigo que la perseguia. José tomó la luz para ver quien era el intruso que asi venia à destruir sus proyectos, y reconoció al *dandy* que el dia anterior habia pasado á su lado con tanta insolencia; era Gustavo Bidaut.

El jóven comerciante fijó su vista asombrada sobre José y Enriqueta, notàndose en sus facciones cierto embarazo cómico. Estas tres personas permanecieron un momento como sorprendidas mirándose las unas à las otras.

—Qué venis á hacer aquí, caballero? preguntó al fin José con tono imperioso.

Enriqueta se habia alejado precipitadamente de Bidaut, al parecer tan asombrada como su novio de la presencia de aquel en semejante momento. Por lo que hace al jóven *dandy* permaneció algunos segundos sin responder, y despues sonriéndose con aire burlon, dijo:

—Qué vengo á hacer aquí? repitió jugando con el baston de puño de oro que tenia en la mano: hace un cuarto de hora que hubiera podido decíroslo sobre poco mas ó menos; pero en este momento, confieso francamente que no lo sé.

—Esto encierra algun misterio que quiere ocultárseme, dijo José con tono sombrío mirando à Enriqueta.

Entretanto, Enriqueta despues de un momento de reflexion, y como herida de una idea súbita:

—Caballero, dijo al *dandy*, que habia tomado cierto aire de prevencion, temiendo ser juguete de algun chasco, ¿no es á causa del billete que os he escrito, por lo que habeis venido aquí?

—Un billete! repitió José.

—Y qué otra cosa quereis que haya sido, señorita, dijo Gustavo Bidaut, despues que tuvísteis la indiscrecion de negarme la entrada en vuestra casa? Asi, pues, para haber venido aquí à esta hora y con el tiempo que hace ha sido menester una invitacion tan formal y apremiante como la vuestra; de modo que el recibimiento que me haceis.....

—Caballero, dijo la jóven, cuando os escribí ese billete se trataba de un negocio de la mas alta importancia para una pobre familia, cuya suerte en aquel momento dependia de vos; y en la precipitacion se me olvidó deciros que no era aquí donde deseaba veros, sino en casa de mis protegidos. No obstante, ya que una equivocacion os ha conducido á mi casa, me atrevo à reclamar vuestro apoyo contra ese hombre que veis, y á quien he tenido la desgracia de llamar mi futuro. Espero, añadió mirando á José con una expresion bastante significativa, que conocerá el peligro de hallarse en presencia de M. Bidaut.

El jóven comerciante que no tenia antecedentes para apreciar el verdadero significado de aquellas palabras, se irguió, pasó orgullosamente delante de José, y colocando sus guantes y su sombrero sobre la mesa, se puso à jugar con su baston, diciendo con tono desdeñoso:

—Estoy á vuestras órdenes, querida mia, ¿de qué se trata?

José estaba demasiado preocupado con sus luchas interiores para que prestase atencion á las bravatas del jóven comerciante. Aproximóse à Enriqueta y le dijo en voz baja:

—Es verdad que le amais!

—Y que os importa? lo cierto es que me defenderá contra vos. Mientras tanto, huid, si aun es tiempo.

—Le ama! murmuró José desesperado apoyàndose contra la pared; he cometido un crímen inútil!

—De nuevo reinó el silencio en la habitacion. Jose permanecia inmovil à un lado; Enriqueta lloraba y suspiraba sin pronunciar una palabra; y Bidaut, que por un momento habia creido que iban à darle la esplicacion de aquella escena, miraba tan pronto al uno como al otro, y parecia muy embarazado en su situacion.

—Temo, señorita, dijo al fin, haber llegado en medio de una de esas disputas de amantes, y en las que cualquier estraño juega siempre un papel bastante triste. Así, pues, ya que no puedo seros útil, permitidme.....

—No, no, no me dejeis, dijo Enriqueta con ansiedad; si me dejais soy perdida.

El *dandy* vaciló un momento. Despues se sentó resignado y se apoyó sobre la mesa, diciendo con cierta alegria forzada:

—Bien! señorita; aguardo vuestras órdenes; y cuando gusteis.....

Dicho esto se puso à tararear con impaciencia una cavatina de una ópera italiana.

Mientras tanto Enriqueta se habia aproximado á José y le hablaba en voz baja y con calor. Por las diferentes inflexiones de su voz, que solo llegaba à oidos de Bidaut como un murmullo desigual, medio ahogado por el ruido de la lluvia y del viento, se hubiera dicho que la jóven empleaba tan pronto las amenazas como los ruegos para decidir à su novio á que tomase alguna seria determinacion. Varias veces le tomó la mano, y se la estrechó estremeciéndose, como si una cruel necesidad le impusiese dar semejantes muestras de afecto. José, por el contrario, permanecia triste y silencioso, con los brazos colgando, apoyada la cabeza contra la pared, y los ojos fijos en sus órbitas como los de un hombre pronto á ser atacado de un violento acceso de catalepsis. A todo lo que le decia Enriqueta, no respondia ni una palabra, y solamente de vez en cuando hacia un movimiento de hombros, que podia traducirse por estas palabras: Me quedo.

Enriqueta no cesaba en sus tentativas, y dicha escena amenazaba prolongarse, cuando de pronto, Gustavo Bidaut, que hacia un momento habia dejado de tararear, se levantó y se adelantó hacia la puerta, decidido esta vez á salir. Enriqueta volvió de repente la cabeza y vió que el *dandy* ocultaba furtivamente en un bolsillo de su levita un objeto cuya forma no pudo distinguir.

—Señorita, le dijo con un tono particular, y con cierto embarazo que contrastaba con su desenvoltura ordinaria; temo..... mi presencia aquí puede ser importuna..... Volveré dentro de poco.

Y hablando asi, miró à hurtadillas á José que permanecia impasible, y se aproximó poco á poco á la puerta. Enriqueta quiso detenerle.

—Caballero, le dijo, habia contado con vos para que me condujéseis fuera de aquí.

—Volveré, contestó precipitadamente Gustavo Bidaut, desapareciendo por la puerta que cerró tras de sí, dando dos vueltas á la llave.

El ruido que hizo al cerrar sacó á José de su letargo moral. De un salto se precipitó hàcia la puerta, y la golpeó con violencia.

—Abrid! abrid! esclamó.

Nadie contestó, pero José sintió que Bidaut quitaba la llave de la cerradura, y bajaba precipitadamente la escalera. Los dos jóvenes estaban encerrados.

Enriqueta empezó à temblar; José dirigió en torno suyo una mirada rápida, como para averiguar la causa de la inesperada y súbita desaparicion del jóven comerciante, y señalando la mesa, esclamó:

—La cartera! donde está la cartera?

En seguida, sin aguardar ninguna contestacion, añadió, cayendo sobre una silla.

—Ah! ya lo comprendo todo.

—José! que ha sucedido! Porque...

—Estoy perdido, Enriqueta: la cartera que puse por un momento sobre la mesa es la misma que contenia los billetes de banco de la casa de Bidaut. Ese jóven la ha reconocido, la ha abierto mientras vos procurábais hacer que variase en mi resolucion, y ha leido el escrito en que confesaba mi crímen para poner al abrigo de toda sospecha al viejo Marignon. Sin duda, habrá ido à dar la alarma al Banco, y va á volver..... para prenderme.

A esta nueva, Enriqueta, à pesar del horror que le inspiraba el crímen de su futuro, se sintió profundamente conmovida. Desde el punto que le vió perdido sin remedio se despertó en ella ese heroismo instintivo de las mugeres que las impulsa à unirse à las desgracias estremas; y recobró de pronto esa sangre fria que proviene de una desesperacion concentrada.

—José, le dijo con tono firme, reflexionad bien: ¿no os queda ningun medio de salvacion sin necesidad de recurrir á la fuga? No sucede á veces que los recaudadores detienen hasta el siguiente dia los fondos recaudados en el anterior, por haberse pasado la hora en que debian entregarlos en el Banco? ¿No podeis mañana dar esta escusa?

—Pero, ¿y el escrito que contiene la confesion formal de mi falta?

—M. Bidaut va á volver; imploraremos su compasion, le suplicaremos, y él romperá ese escrito fatal.

—Sí, mas para ello seria necesario devolver la cantidad que he sustraido al Banco.....

—No la teneis encima?

—Falta la que he dado á los Marignon, y estos, como sabeis muy bien, no pueden devolvérmela.

—Oh! Dios mio, y estamos encerrados!

De pronto, acordándose que algun tiempo antes se le habia estraviado otra llave de la puerta, que debia estar en algun rincon del oscuro aposento, manifestó en voz alta su esperanza á José que habia vuelto á caer en

su triste insensibilidad, y empezó à buscar con rapidez entre sus muebles, derribándolo todo en su turbacion. Un grito de alegria anunció que no habia sido vana su esperanza.

—Miradla! exclamó, levantando la dichosa llave por encima de su cabeza.

Dirigiose à la puerta, la abrió, y en seguida volvió donde estaba José.

—Vamos, idos al punto. Sin duda el portero habrá recibido la órden de no dejaros salir; pero desde la ventana que hay en la meseta de la escalera del primer piso, podeis saltar al patio de la casa del lado y escaparos por ella. Partid, pronto..... van à volver .... siento ruido, y quizá.....

—No, no me voy; dijo José con voz firme y sin moverse de su sitio.

—Desdichado! pero no pensais que la prision, el presidio!...

Estas palabras fueron pronunciadas con tanto terror y piedad, que José vaciló en su determinacion.

—Me amais, pues? preguntó fuera de sí.

—Pues bien! si, os amaba, contestó la jóven con tono inspirado; os amo todavia, y he aquí porque temo que caiga sobre vos la vergüenza y la infamia! He ahí porque os suplico de rodillas...

José la estrechó contra su corazon.

—Bien, Enriqueta, partiré, dejaré la Francia, pero con la condicion de que el dia en que me halle en seguridad en pais extrangero, vendreis á uniros conmigo, á la primera señal, à la primera palabra..... Juràdmelo, Enriqueta, y parto al momento confiado en vuestra palabra.

Enriqueta vaciló. Sus miembros estaban contraidos por convulsiones nerviosas; sus labios pàlidos temblaban como si tuviese frio.

—Sí, dijo señalando el paquete de billetes de Banco que José habia ocultado debajo de su capa; pero nunca podré ser la esposa de un.....

Y se detuvo estremeciéndose.

—Os juro solemnemente, dijo José, que devolveré esta cantidad al Banco, tan pronto como pueda hacerlo sin comprometer á nadie.

—Y yo os juro unirme à vos donde quiera que os halleis, y cuando querais llamarme. Partid, pues, y Dios os guie y os perdone! Volved á ser digno de mí.

Abrazàronse estrechamente derramando abundantes làgrimas.

—Adios, José.

—Adios, Enriqueta. Perdonadme, porque yo repararé mi falta. No olvideis vuestra promesa.

Y arrancàndose de sus brazos se dirigió á la puerta; pero esta se abrió de pronto y José se encontró frente á frente de Marignon. A su vista quedaron ambos jóvenes como heridos del rayo. Sin embargo, nada en la apariencia hacia sospechar que el viejo Marignon supiese la verdad, antes al contrario al punto que reconoció à José le tomó la mano esclamando con cierto tono de mal humor en que se traslucia el afecto y la cordialidad:

—Gracias á Dios que te encontré, bribonazo! hace mas de dos horas que te busco sin poder hallarte! Ya sospechaba yo que concluiria por descubrirte en casa de la linda Enriqueta. Cómo! ¿Con qué V., caballero, me hace el mayor servicio que un hombre puede hacer à otro, y se oculta, para que yo no le pueda dar muestras de agradecimiento? Haces mal, José continuó Marignon afectado hasta el punto de verter lágrimas, haces mal en no querer que tu anciano amigo te diga cuan feliz le has hecho! Habia dejado à mi pobre familia sumida en la desolacion para atender á los negocios del Banco, que dicho sea de paso, José, son antes que todo, cuando al entrar de nuevo en mi casa, devorado por la inquietud y el pesar me encuentro que todo ha cambiado de aspecto: los muebles estaban en su sitio y el alguacil habia desaparecido; Domingo saltaba de alegria enseñándome el documento que acreditaba quedar libre del servicio, por medio de la sustitucion; y hasta mi pobre muger estaba contenta y gozosa, y casi buena al influjo de su felicidad. Y todo esto quien le ha hecho? Tú, José, solo tú! y ¡quieres quitarme el gusto de que te diga que eres un jóven honrado y generoso, y que te quiero mas que à mi hijo!

Y al hablar asi, el buen anciano cubria de besos las manos de José. Este recibia sus caricias con aire frio y cortado, sin atreverse à levantar los ojos ni à pronunciar una palabra. Enriqueta escuchaba por si oia en la calle algun ruido estraño. Marignon no notó ni el embarazo del uno ni la preocupacion de la otra: entró en la habitacion, y dijo sentàndose con el aire de un hombre que tiene todo el tiempo por suyo.

—Esplícame como ha pasado todo eso; cómo has podido decidir á M. Durand, que

es el que ha puesto tu fianza y la mia, à que te deje disponer de esa cantidad, y sobre todo, cómo has logrado obtener tan pronto el pago? Pobre muchacho! añadió siguiendo el hilo de sus ideas, ahora te encuentras sin acomodo! te has sacrificado por mí! has comprendido que yo no podia dejar el Banco, y que perder yo mi plaza seria morir? Qué quieres, hijo mio! hace ya veinte años.....

Enriqueta le interrumpió:

—Mañana os lo esplicarà todo José.... En este momento..... un negocio urgente.....

—A buen seguro que se vaya asi sin mas ni mas, dijo Marignon levantàndose precipitadamente. Que Diablo! demasiado sé yo los negocios que puede tener un recaudador del Banco..... Vamos, ya caigo en lo que serà, continuó, sonriéndose y dirigiéndose à José; tú quieres ir à hacer tus asientos y prepararlo todo para que tus cuentas esten en regla para mañana que tendras que entregarlas. Pero no te inquietes por eso, José; no viéndote esta tarde en el Banco, y pensando que si tú, que eres tan exacto, faltabas, era por que andabas ocupado en mis negocios, hice tus asientos: sabia las cantidades que tenias que recibir, y aunque no he podido verificar el estado del numerario, yo mismo he sentado en tu libro de caja.....

—Amigo mio! no habreis hecho eso! dijo José comprendiendo las consecuencias funestas que semejante paso podia tener para Marignon.

El anciano le miró con el mayor asombro.

—Te has vuelto loco! esclamó: te se ha olvidado que muy á menudo nos hacemos unos à otros igual servicio.

En este momento sonaron en la puerta golpes violentos y precipitados.

—Ellos son! esclamó Enriqueta; huid! huid!....

—¿Pero, dijo José, con una turbacion indescribible; puedo dejar à este anciano....?

La espantosa realidad apareció de golpe à los ojos del anciano Marignon. Precipitóse sobre José gritando con voz terrible:

—Miserable! Has robado al Banco!

José luchó por desasirse, pero Marignon era todavia robusto, y su respeto religioso à las propiedades del Banco aumentaba sus fuerzas. La lucha duró algunos instantes. Oíase ya el ruido de los pasos y un rumor confuso resonaba en toda la casa. Por último, hizo José un esfuerzo furioso, y logró desprenderse de los brazos de Marignon, pero dejando en poder de éste el paquete de billetes, pues sospechando el anciano lo que aquel podia contener, le levantó del suelo donde habia caido.

—Huid! huid! repitió Enriqueta.

José corrió hácia la escalera. Marignon, olvidando en su ciego celo los servicios que le habia hecho José, su amistad y su sacrificio, se precipitó en su seguimiento. Ambos desaparecieron en la oscuridad. Enriqueta, aturdida, oyó un gran ruido en el interior de la casa: provenia aquel de gritos, amenazas é imprecaciones. No pudiendo dominar las horribles angustias que le causaba la incertidumbre, salió à su vez para saber que habia sido de sus antiguos amigos.

Al tiempo que llegaba al primer piso iba à precipitarse un hombre por una ventana, cuando los agentes de policia conducidos por Bidaut se apoderaron de él. A la luz de varias antorchas que traian algunos vecinos asustados se reconoció à Marignon.

—Ya que no nos hemos podido apoderar del principal culpable, esclamó Bidaut con voz atronadora, tendremos al menos à su cómplice. Asegurad à ese hombre; bien veis que iba à huir.

—Y provisto de billetes robados! dijo un comisario abriendo el paquete que Marignon tenia en la mano; por otra parte, hoy mismo ha empleado algun dinero que solamente podia provenir del Banco, y en los registros acabamos de ver que habia procurado ocultar el robo para que su cómplice tuviera tiempo de fugarse.

El pobre anciano, estaba como atontado à la vista de las pruebas, casi irrecusables que se acumulaban contra él, y dirigia à los agentes de policia miradas en que se pintaba un asombro insensato.

—Oh! qué caro me cuesta la salvacion de José! dijo Enriqueta al ver al viejo atado.

Y cayó sin sentido en la meseta de la escalera. Al golpe de su caida, Bidaut volvió la cabeza y la reconoció.

—Pobre jóven! ella es la que ha salvado los quinientos mil francos! dijo con acento de piedad.

Y en reconocimiento de semejante servicio, que al modo de ver del jóven comerciante era el mayor que podia hacérsele en la tierra, M. Gustavo Bidaut recomendó à los vecinos que llegaban por todas partes que cuidasen à Enriqueta.

Mientras tanto se llevaban al pobre anciano, que repetia con un abatimiento profundo:

—Oh! bien sabe Dios que yo no he robado al Banco!

IV.

Ocho años despues de los sucesos que acabamos de referir, un hombre jóven, todavia, en cuyas facciones se notaba la huella de grandes pesares y violentos disgustos, estaba sentado en un gabinete ricamente amueblado de una casa del barrio de San German, repasando con muestras del mas vivo interés papeles sellados con diferentes sellos, que se hallaban esparcidos delante de él sobre un elegante bufete. Su frente, casi enteramente calva, su rostro enjuto, pálido y enfermizo, y sus ojos apagados, aunque por momentos brillaban con un resplandor sombrío, atestiguaban que alguna enfermedad dolorosa habia agotado en él antes de tiempo el vigor de la edad madura. Y esta suposicion era tanto mas probable, cuanto que todo atestiguaba en torno suyo esas precauciones minuciosas que se toman para preservar á un enfermo de toda funesta influencia. Las ventanas estaban herméticamente cerradas, como para garantirle del contacto del aire exterior, y á pesar de que era la Primavera, el desconocido tenia puesta una pelliza, con ricos adornos, cuya hechura traia á la memoria las prendas de este género que se hacen en el norte de España: al ver á este personage estremecerse convulsivamente à intervalos desiguales, se hubiera creido que tenia frio, pero prestando alguna mas atencion podia reconocerse que aquella especie de movimiento febril procedia de ciertos ataques nerviosos, originados, sin duda, á consecuencia de alguna revolucion profunda y dolorosa ocurrida en su organizacion.

Sea lo que se quiera de la causa de la enfermedad que tantos destrozos habia causado en las facciones del estrangero, en el momento en que de él nos ocupamos brillaba en su rostro la mayor satisfaccion. Examinaba con un cuidado minucioso los papeles que tenia delante, y que parecian ser de la mas alta importancia, y de vez en cuando prorrumpia en breves esclamaciones que no tenian ningun sentido. Por último se levantó con trabajo de su asiento, enderezando su frágil y encorvado cuerpo, que sin embargo indicaba debia haber sido en otro tiempo derecho y bien formado, y murmuró con voz grave y clara:

—Sí, sí, todo está bien; el embajador ha cumplido su palabra. El perdon está perfectamente en regla. Voy hacerlos *á todos* dichosos!

Un momento despues añadió con un profundo suspiro:

—Ya era tiempo!

En seguida, de pronto y como si quisiera librarse de atormentadoras reflexiones, se aproximó à su bufete y cogiendo una campanilla de bronce la agitó con rapidez. A su sonido, un criado, cuya librea de una hechura particular, y el gorro guarnecido de gruesas borlas de seda azul, atestiguaban su orígen estrangero, entró en el gabinete y se aproximó respetuosamente á su amo, preguntando con un acento germánico muy caracterizado:

—Qué desea M. Barloff?

—Ivan, dijo con viveza M. Barloff, sin la viciosa acentuacion del criado, ¿no ha venido nadie á buscarme hoy por la mañana? Aguardo á aquel jóven..... á aquel jóven operario que sabes?

—M. Domingo Marignon el mecánico? preguntó Ivan.

Al oir el nombre de Marignon, M. Barloff esperimentó un estremecimiento nervioso que parecia ser el principal síntoma de su enfermedad. Perdió el color, y necesitó del apoyo de su criado para volver á su asiento. Al cabo de poco se repuso.

—En efecto, señor, desde que está V. en Paris á donde ha venido para restablecerse, ha tomado V. un gusto particular á esa clase de trabajo.....

—No lo creas, Ivan, dijo M. Barloff con impaciencia, ni vayas á creer que tengo motivos secretos para amar ese arte en Francia mas que en Rusia. Debes acordarte que cuando estaba encargado de la administracion superior de las minas de Oremburgo me ocupaba ya bastante en algunos descubrimientos de mecánica; y por lo tanto no veo porqué encuentras extraordinario el afecto que siento hácia ese jóven, el mas entendido que conozco entre todos los de su arte.

El criado miró á su dueño con esa indulgencia que se siente hácia los caprichos de un enfermo; y conociendo que los cargos que le hacia, á los que no habia dado lugar con ninguna observacion ni señal de su

parte procedian solamente del estado de sufrimiento é irritacion en que se hallaba M. Barloff, se guardó muy bien de replicarle. Asi, pues, dejó á su amo que le probase que no tenia ningun motivo secreto para estimar mas particularmente á Domingo Marignon, que à cualquier otro operario hábil en la mecánica; y cuando le vió mas tranquilo y abatido por los esfuerzos que acababa de hacer para probarle lógicamente lo que nadie trataba de negarle, le preguntó con muestras de interés:

—Cómo se siente V. esta mañana?

—Bien, muy bien; he recibido buenas noticias que me han causado bastante satisfaccion. Va à ser tan feliz ese jóven!... él y tantos otros!

La voz del enfermo se debilitó por grados, apagándose de pronto como si alguna dolorosa idea acabase de atravesar por su imaginacion.

—Qué bueno es mi amo! dijo Ivan. Todos los que le tratan se separan de él colmados de sus beneficios! Yo que solo era un pobre esclavo de un boyardo de Lithuania me encuentro emancipado y mas feliz que un hombre libre. Y todo lo debo á él.

M. Barloff parecia no oir las palabras de reconocimiento de su fiel criado. Su mirada era fija; tenia crispados los músculos de su rostro, y sus sentidos parecian insensibles á las percepciones esteriores. Ivan, acostumbrado sin duda à ver à su amo en aquel violento estado, se alejó silenciosamente algunos pasos para aguardar el fin de aquel acceso. Ambos guardaron por un momento un profundo silencio.

De pronto M. Barloff se levantó por un movimiento instintivo. Un nuevo personage acababa de abrir la puerta con precaucion, y estaba en el dintel esperando, sin duda, que le invitasen á entrar. Su vista produjo en el enfermo el efecto de una aparicion sobrenatural; estendió las manos hácia él como para rechazarle, su frente se cubrió de un sudor frio, sus dientes chocaron entre sí, y volvió á caer sobre su asiento, prorrumpiendo en un grito de terror.

El nuevo personage que se presentaba era Domingo Marignon. Asombrado con el estraño recibimiento que le hacia un hombre que tantas pruebas le habia dado ya de interés, permaneció inmovil y cortado, sin atreverse á dar un paso adelante.

—Perdonadme, M. Barloff..... pero no habiendo hallado á nadie que me anunciara, y estando la puerta abierta.

Iba á alejarse, cuando una señal del estrangero le detuvo. Aunque la impresion habia sido viva, fue de corta duracion; bien pronto las facciones de M. Barloff recobraron su espresion ordinaria, y alargó su mano trémula á Domingo, diciéndole con voz débil:

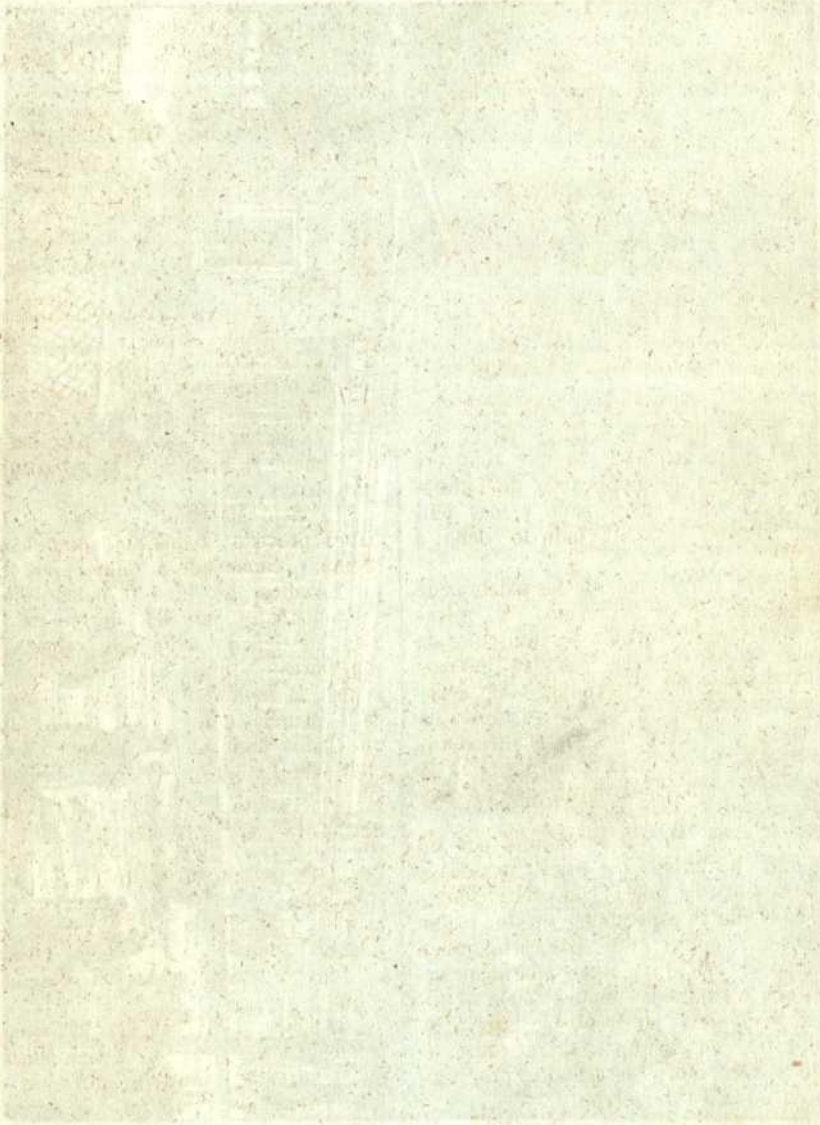
—Escusadme, amigo mio, pero á causa de mi enfermedad... de esta cruel enfermedad que padezco, me es peligrosa toda sorpresa. Perdonad, pues, á un pobre enfermo.

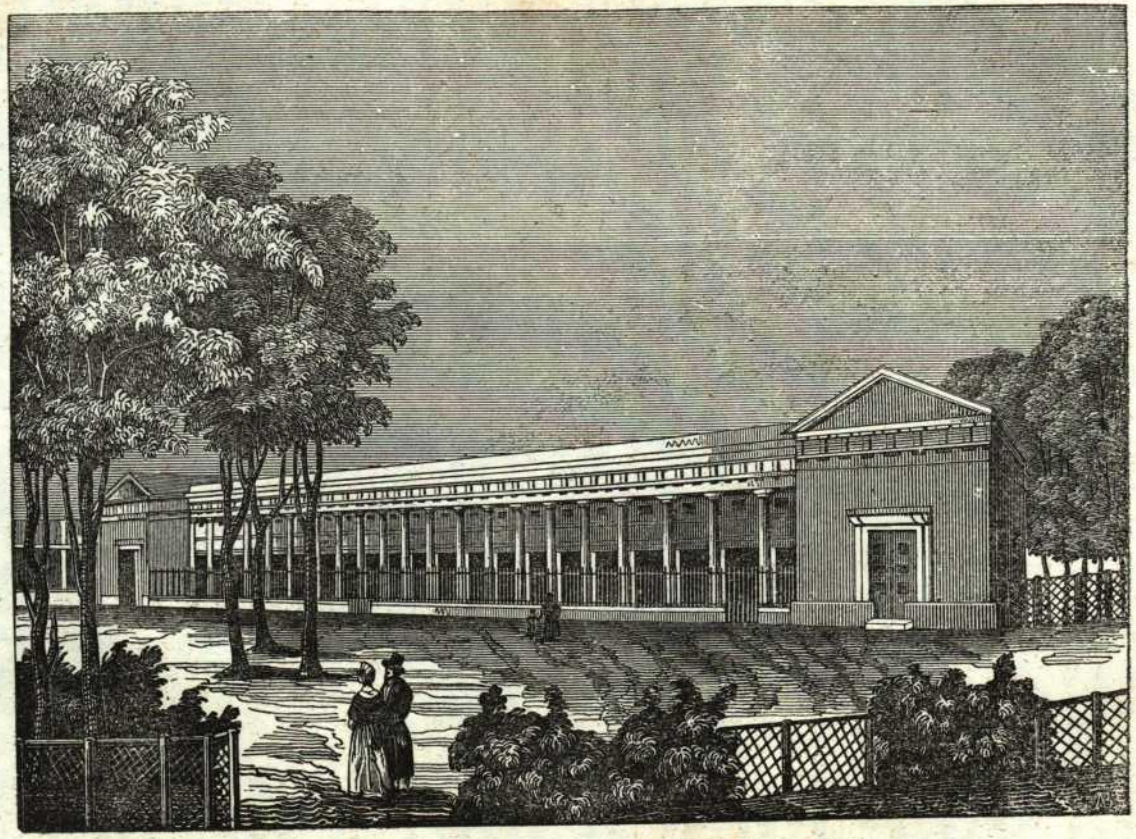
El jóven, todavia conmovido, se aproximó al estrangero, que le señaló amistosamente un asiento á su lado; Ivan se retiró al punto.

Pero, acaso, será conveniente antes de seguir adelante, decir lo que habia sucedido á la familia de Marignon, despues de los acontecimientos que dejamos referidos hasta el momento en que hallamos de nuevo á Domingo en casa del estraño personage llamado M. Barloff: esta relacion será corta y triste.

El viejo Marignon, como sin duda se habrà previsto, habia sido juzgado criminalmente y condenado á veinte años de trabajos forzados. En vano se habian elevado voces elocuentes para defenderle, en vano habian atestiguado todos sus camaradas, sus superiores, y hasta los mismos que le acusaban, la honradez de que siempre habia dado pruebas antes de la circunstancia fatal que habia motivado su prision: las sospechas eran tan graves, y los cargos tan convincentes, que los jueces à pesar de la compasion que tenian al pobre anciano, debieron aplicarle la ley en toda su severidad. Por otra parte; se necesitaba hacer un escarmiento, y como el verdadero autor del crímen habia burlado las pesquisas de la justicia, todo el castigo debia recaer sobre el que por tantas razones se suponia ser su cómplice.

Al saber Mad. Marignon la sentencia que condenaba à su marido à vivir entre la hez de la sociedad, envuelto entre los criminales, y reputado como tal, se agravó su enfermedad, hasta el punto de conducirla al sepulcro. Domingo medio loco de turbacion y de vergüenza viajó largo tiempo por toda la Francia, ejerciendo para vivir su arte de mecànico, cuyo aprendizage acababa de concluir en el momento de la catástrofe. Desde esta misma época, Enrique-





Galeria de las fieras en el Jardin de Plantas de Paris.

ta se habia retirado à una pequeña habitacion y en ella se mantenia de su trabajo sin recibir jamas á nadie. Las desgracias de su familia adoptiva parecian haber dejado en ella una melancolía profunda, y cierto desapego del mundo que con dificultad podia esplicarse, tratándose de una muger jóven y linda, nacida para las distracciones y los placeres. Por lo que hace á José Duval, nadie ni aun Enriqueta, habia vuelto á saber de él desde la noche de su desaparicion; los que le habian conocido suponian con vaguedad que habia podido ganar la frontera, y que vivia en pais estrangero, aguardando la prescripcion de la pena fatal que habia merecido; otros afirmaban que en un pueblo próximo à París se habia encontrado poco tiempo despues del robo del Banco, el cadáver de un hombre, cuyas señas convenian exactamente á José Duval; pero nada habia de cierto en estas suposiciones, y este negocio que tanto habia llamado la atencion del público, habia sido dejado en olvido hacia mucho tiempo.

Debemos añadir una palabra mas. M. Borloff, segun las personas que le rodeaban era un ruso distinguido que à consecuencia de largos trabajos en la minas de Oremburgo, de las cuales habia sido por mucho tiempo administrador principal, habia contraido una cruel enfermedad, para cuya curacion habia venido á consultar á los médicos franceses. Toda la vecindad se ocupaba en las congeturas que se hacian acerca de su fortuna, de su crédito en el pais en que habia permanecido por largo tiempo, y lo que valia mas que todo esto, de los beneficios que continuamente dispensaba á las familias pobres del barrio. Tambien el método que llevaba de vida llamaba la atencion, casi nunca recibia à nadie en su casa, y rara vez se presentaba en sitios de grande concurrencia. Veíasele vagar triste y pensativo por los sitios apartados, y su paseo favorito era al Jardin de las Plantas, donde pasaba largas horas, ya paseàndose por la hermosa alameda de Buffon, ya recorriendo los invernáculos, ya asistiendo á las esplicaciones de las cátedras de química y de anatomia, ó bien visitando la hermosa galeria de las fieras. Allí aliviaba, al parecer, los dolores de su alma, con la contemplacion de las producciones de la naturaleza, ó pretendia aturdirlos con los insoportables gritos de centenares de papagallos que ostentan en el jardin sus variadas especies, y con los rugidos del leon, del tigre, de los osos y otros animales feroces, ó queriendo distraerlos con el curioso espectáculo que continuamente presentan los innumerables monos que encierra aquel edificio, los cuales están en continuo movimiento sobre las cuerdas tirantes que atraviesan sus jaulas en todas direcciones para que puedan dar muestras de su destreza y ligereza. Mas nada de esto lograba volverle la alegria, y siempre se le veia regresar à su casa tan triste como habia salido.

Decíase tambien que no era ruso de nacimiento, pero que, à consecuencia de los grandes servicios que habia prestado, organizando en Rusia una vasta administracion, segun el modelo de iguales sociedades francesas, habia obtenido carta de naturaleza, y que habia venido á Paris en la comitiva de un embajador que parecia tenerle en grande estima, y que le hacia frecuentes visitas. Finalmente, lo que no dejaba de contribuir á conciliarle el afecto de los pobres, era que desde su llegada, se habia dedicado á visitar los talleres de cerrajería y demas objetos de mecánica de las inmediaciones de su casa, interrogando à los jóvenes obreros sobre sus trabajos y á veces hasta sobre sus familias, y dàndoles siempre pruebas del interés que le inspiraban, à pesar de sus modales bruscos y à veces algo estraños. En una de estas visitas habia encontrado à Domingo, y el aprecio y estimacion que habia manifestado al jóven y hábil obrero, hacia suponer à todo el mundo y al mismo Marignon que el objeto de las pequizas del estrangero no habia sido otro que el encontrar un mecànico esperto para llevàrselo consigo à Rusia, y emprender algun proyecto industrial de alta importancia. Bajo este concepto se esplicaba tambien Marignon las preguntas que M. Barloff le hacia acerca de su familia, y el celo que habia manifestado para conocer y dulcificar sus pesares. Asi, pues, pensaba que el estrangero se habia hecho su amigo solamente para vencer los obstáculos que podian oponerse à que aquellos proyectos de viage se realizasen.

Estas presunciones tan naturales habian contribuido mucho à que el jóven obrero se confiase enteramente à un hombre de cuyas benévolas intenciones no podia sospechar. Habiale dado à conocer sin reserva todas sus pasadas desgracias; le habia contado la historia de su familia, y los sufrimientos de su anciano padre, que habia podido resistir

tantos males, y que estaba estinguiendo el tiempo de su condena en el presidio de Brest. M. Barloff escuchaba siempre aquellas narraciones con una emocion profunda, y varias veces habia prometido al jóven protegerle, lo cual aumentaba la confianza de Domingo.

Ahora, volvamos á la entrevista, cuyo relato hemos interrumpido para referir todos estos pormenores, indispensables como va à verse.

Domingo, cortado todavia por el efecto inesplicable que su presencia habia producido en su protector, se habia sentado á alguna distancia de M. Barloff aguardando que este le dirigiese la palabra. M. Barloff que lo examinaba con atencion, creyó notar en su rostro señales de una viva preocupacion.

—Parece que estais muy conmovido, amigo mio! le dijo en voz baja, como si temiese dar al timbre de su voz su natural estension, bien por no fatigarse despues del ataque que acababa de sufrir, ó por otro motivo dificil de penetrar. Sí, al veros cualquiera diria que os amenazan nuevas desgracias, y sin embargo voy à daros una noticia que os llenarà de gozo.

—De gozo! repitió Domingo moviendo la cabeza.

—Sí, repuso M. Barloff asombrado de aquella indiferencia aparente, à menos que el profundo cariño que teneis à vuestro padre.....

—Mi padre! esclamó el jóven levantándose con viveza, mi padre, tan bueno, tan desgraciado, víctima del mas cruel y espantoso error; mi padre despreciado, deshonrado, entregado à la infamia aunque inocente! Oh, señor, nada de lo que le toca puede serme indiferente! Decidme pronto lo que sabeis de mi padre!

El estrangero permaneció por un momento silencioso como si algunas palabras escapadas al jóven en aquel ímpetu de amor filial le hubiesen causado mas sensacion que las otras. Pasado un instante repuso con calma:

—Os acordareis que mas de una vez os he prometido hacer que se interesaran en la suerte de vuestro desgraciado padre, personas de suposicion, à quienes tuve el gusto de conocer en mi patria adoptiva. Pues bien, he tenido la suerte de lograrlo; y à fuerza de empeños y de pasos he obtenido la gracia que solicitaba: vuestro padre está en libertad... He aquí la carta que me anuncia.....

Y M. Barloff le presentó uno de los papeles que tenia delante. Domingo lo leyó ràpidamente; y en seguida dió un grito de sorpresa y cogió la mano de su protector:

—Mi padre! esclamó; volveré à ver à mi padre, le tendré á mi lado, libre, feliz! Oh! gracias, gracias!

La emocion impidió á M. Barloff contestarle al pronto. Domingo lloraba y reia à la vez; su alegria rayaba en delirio, y su protector contemplaba con cierta satisfaccion muda, pero que no por esto dejaba de ser muy profunda, aquel gozo inesplicable que acababa de causar con una sola palabra. Entretanto Domingo se detuvo de pronto en aquellos trasportes: una reflexion penosa acababa de asaltarle.

—Sí, él es libre, murmuró; pero à consecuencia de un favor y no por un acto de justicia! Està libre, pero no por eso està menos deshonrado à los ojos de todo el mundo, no por eso dejarà de estar desterrado de la sociedad; y comprenderà con mas fuerza toda su desgracia, cuando vuelva à entrar en el mundo que le perseguirà con su desprecio! Dios mio! yo no pensaba que no tiene el mundo poder para devolverle lo que ha perdido!

—Quien sabe? dijo M. Barloff con voz sorda y dejando caer la cabeza sobre su pecho.

—Le devolverà el honor? repuso Domingo con amargura; le devolverà à mi pobre madre que murió de dolor? le devolverà el aprecio universal de que tanto se vanagloriaba? Oh! maldito sea el infame que.....

Detúvose de pronto en medio de su frase al ver que M. Barloff le hacia una seña suplicante.

—Olvidaba, repuso con calma, que à mi generoso protector no le gusta que se maldiga à nadie..... Pues bien! si; aun podremos ser felices. Aceptaré la proposicion que debeis hacerme, señor, y que hace tiempo he adivinado. Partiré con vos para Rusia con la condicion de que me acompañe mi padre, y allí, desconocidos, olvidados viviremos en paz, hasta que.....

Al oir el estrangero esta proposicion, acerca de la cual no habia formado ninguna idea, dejó traslucir en su rostro el asombro que le causaba. Sin embargo dicho asombro fue pasagero, y antes que el jóven hubiese concluido de formular su pensamiento, le dijo de un modo evasivo:

—Sí, amigo mio, sí; partiremos; ¿pero habeis olvidado ya esa jóven de que tantas veces me habeis hablado y à la cual profesais tanto amor? Creia que por esta causa.....

Domingo exhaló un suspiro.

—Nunca serà Enriqueta mi muger, contestó con dolor; no hace nada que acaba de repetírmelo. Asi, pues, el único partido que me queda es dejar la Francia con mi padre y con vos.

—¿Pero esa..... Enriqueta, dice al menos el motivo que tiene para negarse? os ha confesado que no os amaba?

—No señor; y hasta tengo algunas razones para creer que mis cuidados y mi constancia han escitado en ella un afecto verdadero; pero una causa secreta, misteriosa, que no puedo penetrar..... Acaso se avergonzaria de tener un suegro presidiario!

—¿Y estais seguro de que no ama à otro?

—Ella no ve ni recibe à nadie.

Una sonrisa de satisfaccion asomó à los labios del enfermo, que repuso con una voz firme despues de un instante de reflexion:

—¿De modo que nada faltaria à vuestra felicidad si os casáseis con esa jóven?

—Oh! nada, señor, nada! ella y mi padre son los únicos objetos de todos mis pensamientos, de todos mis deseos.....

—Pues bien! ya os he devuelto vuestro padre; si lograse que os casárais con esa..... Enriqueta!

—Oh! seriais mi àngel tutelar! esclamó Domingo con calor. Pero, añadió cayendo de nuevo en su asiento, eso es imposible.

—Escuchad, repuso M. Barloff, animàndose à medida que alimentaba alguna idea generosa; esa jóven, segun me habeis dicho, tiene sin duda algun motivo secreto para rechazaros, puesto que..... puesto que ella os ama; alguna promesa hecha al acaso, algun escrúpulo de jóven! Quién sabe! Permitidme verla, hablarla. Un hombre enfermo escita confianza; y quizà no se niegue à decirme la causa de esa negativa, que os oculta à vos. Procuraré combatir su opinion y decidirla à vuestro favor. Si para vuestra comun felicidad necesitais dinero, yo soy rico, rico, y tengo una fortuna adquirida por medio de un trabajo penoso, y honroso, os lo aseguro.

Y al hablar asi se incorporò con cierto orgullo, en el que podia notarse algo el estravio que se manifestaba por intervalos en sus acciones y en sus discursos. Dominado Domingo por la admiracion que le causaba la inconcebible generosidad de su protector, se arrojó à sus pies, esclamando:

—Qué he hecho yo para merecer tantos beneficios? Que podré hacer para probaros mi reconocimiento.....

—Nada me debeis, dijo M. Barloff, volviendo el rostro á otro lado. Al mismo tiempo tocó la campanilla. Ivan se presentó.

—Que enganchen los caballos al coche, dijo.

Cinco minutos despues estaba el coche listo, y M. Barloff vestido para salir. Domingo, á cuya ardiente impaciencia servia esta precipitacion, la atribuia á la inagotable bondad de que tantas pruebas le habia dado el estrangero; empero, cualquiera observador curioso hubiera notado que aquella precipitacion por parte de M. Barloff era mas bien el efecto de una de esas determinaciones que se toman en un momento de entusiasmo, y que se procuran llevar á cabo antes que desaparezca la exaltacion que las produce. En el espacio que mediaba desde el aposento al coche pareció iban à faltarle las fuerzas y el ánimo, pues mas de una vez, su criado que le seguia paso à paso, y que velaba por él como un hijo por su padre, le vió vacilar y próximo à caer desfallecido. Sin embargo, con la ayuda de Domingo y de Ivan logró subir al carruage, y se dejó caer sobre los cogines débil y moribundo, como un hombre que conducen al suplicio. Marignon se compadeció de él.

—Señor, le dijo; vuestra generosidad puede seros fatal en este momento. Yo no me es posible ser tan ingrato que consienta deis semejante paso, cuando un ataque de vuestro mal.....

M. Barloff abrió los ojos que habia cerrado por un momento.

—Partamos, dijo lacónicamente.

Y señaló à Domingo un asiento à su lado. Avergonzado Marignon y no atreviéndose à aceptar el honor que se le hacia, vaciló, pero M. Barloff le alargó la mano, una mano yerta de frio y agitada por estremecimientos nerviosos.

—En nombre de Dios! señor, dejemos esta visita para otro dia. Conozco que sufris..... Mañana, si quereis ....

Por toda contestacion M. Barloff le atrajo à sí, y murmuró:

—Mañana, acaso ya no podria.

Ivan que no abandonaba á su amo subió

à la trasera del coche; Domingo dió las señas de la casa de Enriqueta, y los caballos partieron al galope. Durante el tránsito nadie pronunció una palabra; el jóven obrero, al ver el abatimiento de su protector se echaba en cara ser la causa de aquella empresa que tan funesta podia ser á su débil salud. Sin embargo, à medida que se aproximaban al término de su viage, M. Barloff parecia salir de su abatimiento; su mirada se volvia viva y penetrante, y los juanetes salientes de sus mejillas se teñian de un encarnado ardiente y calenturiento. Poco despues el carruage se detuvo en una callejuela oscura y delante de una casa de apariencia bastante pobre.

—Vive aquí? preguntó M. Barloff.

—Hace ocho años. ... desde el dia.....

—Permaneced aqui, le interrumpió el estrangero saltando del carruage con una fuerza y ligereza que nadie hubiera creido en él algunos momentos antes; sin duda se negaria à esplicarse en vuestra presencia: yo os avisaré cuando debais subir: Ivan basta para acompañarme hasta su habitacion.

Y antes que Domingo pudiese responderle, se adelantó con paso ràpido y seguro, sin auxilio de nadie y llamó á la casa. La puerta se abrió, cerràndose de nuevo tras de él.

Domingo aguardó con la mayor ansiedad el resultado de aquella entrevista. ¿El generoso estrangero habria conseguido cambiar la determinacion de Enriqueta? ¿No habria disgustado à esta que hubiese confiado à un desconocido su pasion? Habíase verificado, todo con tanta precipitacion que hasta entónces no habia tenido Domingo tiempo para reflexionar acerca de los resultados de aquel paso, que en aquel momento le parecia inútil é inconveniente. Ya hacia rato que aguardaba sumergido en tristes pensamientos cuando oyó la voz de Ivan.

—Subid, caballero, le decia este, M. Barloff y la señorita os aguardan.

Ràpido como el relámpago, subió Domingo la escalera, y entró en la guardilla que ocupaba Enriqueta

—Aunque esta tenia cerca de treinta años, la edad solo habia contribuido à dar á su cuerpo y à su rostro cierta nobleza que la daba una belleza mas imponente. Una inefable espresion de melancolía, añadia à su persona un nuevo encanto. En el momento de entrar Domingo estaba pàlida y agitada, y los ojos encendidos de haber llorado. M. Barloff mas débil y moribundo que nunca, y dirigiendo à todas partes sus estraviadas miradas estaba sentado à algunos pasos de ella. Al ver á Domingo se levantó tambaleàndose, y le dijo con voz sorda, señalando á Enriqueta:

—Abrazad à vuestra muger.

—Dios mio! serà cierto? esclamó Marignon cayendo de rodillas.

—Sí, es cierto, dijo Enriqueta con voz dulce.

El jóven estaba loco de alegria, y aun dudaba creer tanta dicha. M. Barloff se aproximó á él y le dijo procurando sonreirse:

—Lo mismo que os habia dicho; una promesa de niña! un esceso de delicadeza!..... al fin la he decidido. Ella os ama; sereis..... felices.....

Y cayó al suelo sin conocimiento. Ivan y Domingo lo trasladaron à su carruage.

V.

Algunos dias despues de su visita, el personage misterioso que conocemos con el nombre de M Barloff se paseaba por su gabinete mas débil y enfermo que nunca. De vez en cuando fijaba la vista en algunos papeles que estaban esparcidos sobre su bufete, pero en esta ocasion la alegria no animaba sus ojos ni brillaba en su rostro. Cogia los papeles, los examinaba en silencio y luego los soltaba con terror. Era evidente que luchaba contra una necesidad imperiosa é inflexible que le abrumaba con su peso. Por último, recobrando de pronto su energia, se adelantó precipitadamente hàcia una mesa, tomó una campanilla y la agitó violentamente. A su sonido se presentó Ivan en la puerta.

—Ivan, le dijo, que se prepare este gabinete para recibir en él à una numerosa reunion. Toma, añadió alargándole los papeles que parecian ser la causa de su agitacion, que se lleven esas cartas á su destino: esta al director del Banco; esta al notario que he ido á ver en estos últimos dias; esta.....

Se detuvo de pronto, y arrancando de las manos del criado las cartas que acababa de darle.

—No, no, esclamó con delirio y rechazàndole con fuerza, déjame! Vete! no quiero! Estos papeles..... son mi pérdida!... No tengo ànimo!.... vete!... vete...!

Y cayó en un sillon pronunciando palabras

ininteligibles, que se escapaban una à una de su boca como si fuesen sollozos. Ivan permaneció inmóvil. Cuando M. Barloff, algo mas tranquilo, alzó la cabeza y le vió á algunos pasos de él en una actitud que manifestaba la compasion que le inspiraban los sufrimientos de su amo, y cuya causa no podia comprender, le dijo con dureza:

—Qué haces ahí? desde cuando acà se han creido mis criados con derecho à no obedecerme? Me despreciarian por ventura? Y es un miserable siervo, continuó mirando fijamente á Ivan, un ingrato à quien he sacado de la esclavitud, y del trabajo penoso de las minas para hacerle mi sirviente y casi mi amigo; es semejante hombre quien se atreve á espiar mis acciones!

Ivan escuchó con paciencia todos estos cargos que no habia merecido; en seguida se inclinó con profundo respeto delante de su dueño y le dijo con voz conmovida:

—El pobre esclavo no ha olvidado los beneficios de M. Barloff. Si he permanecido aqui á pesar de vuestras órdenes, es porque tenia que anunciaros quo os aguardan en la antecámara.

—Qué quieren? No he hecho bastante por él! Le he devuelto su padre, lo he desposado con la muger que ama, quiero hacerlo rico! Necesito descanso, la emocion me mata. Despídele, pues no quiero verle....

—Es que viene acompañado de un pobre anciano, bastante achacoso, de cabellos blancos, que segun dice, quiere dar las gracias á su protector.....

—Marignon! nada me debe; no puedo verle, que se aleje..... su visita me seria fatal. Padezco mucho!....

—Ademas, viene aquella jóven.....

—Enriqueta! Oh Dios mio! viene á visitar al pobre enfermo; tiene compasion de él! Siempre buena, siempre generosa! Pues bien, Ivan, que entre ella, pero sola..... sola, ¿lo entiendes?

Salió el criado, y en el ínterin M. Barloff procuró apaciguar los sentimientos tumultuosos que se agitaban en su alma; aun no habia logrado tranquilizarse cuando un leve ruido le hizo levantar la cabeza. Enriqueta estaba delante de él.

Apesar de la espresion de severidad que se notaba en sus facciones, la jóven no pudo impedir cierta congoja á la vista de los terribles estragos que habia hecho la enfermedad en toda la persona de aquel que venia á visitar. M. Barloff se habia levantado con trabajo para salirle al encuentro y le dijo sonriéndose y besándole la mano:

—Oh! gracias! gracias por haber venido!

Enriqueta retiró su mano con suavidad, y bajando los ojos y volviendo à otro lado la cabeza con muestras de espanto, preguntó:

—Cómo sigue M. Barloff?

—Barloff! repitió el estrangero, en quien este nombre pronunciado por Enriqueta, produjo una impresion singular; Barloff! sí, teneis razon; ese es ahora mi nombre: mi único nombre para todo el mundo y hasta para vos.

Y añadió despues de un momento de silencio:

—Asi, pues, estoy muy desconocido, cuando nadie ha conocido en M. Barloff al desdichado..... Si, muy cambiada está mi fisonomía, Enriqueta, no es verdad? Ocho años de trabajos, de vigilias y de remordimientos han hecho de mí otro hombre, de modo que nada queda ya del antiguo. En medio de los honores y de las riquezas que adquiria allá, al otro estremo del mundo, la vida era para mí una carga odiosa; porque lo sabia todo, Enriqueta, el juicio, la sentencia, el suplicio de ese anciano inocente; por un momento pensé venir á entregarme; pero esto no lo hubiera salvado, la casualidad habia acumulado demasiadas pruebas contra él, y solo hubiera alcanzado participar de sus penas. He sufrido mucho. Cuantas veces, Enriqueta, me he acordado de vos! En medio de mi desdicha y de mi afliccion solo vuestro recuerdo me consolaba! Pero no me atrevía á escribiros para libraros de la palabra que me habiais dado, para saber si existíais; temia comprometeros, perderos. Por otra parte, comprendiendo que despues de mi crímen no podiais pertenecerme, me faltaba el valor suficiente para permitir que perteneciesels á otro. Oh! he sufrido mucho! y no estraño que mis amigos y mis víctimas no me reconozcan hoy que vengo á reparar tantas faltas!

—Y ya lo habeis hecho con tanta nobleza y generosidad, como podia esperarse de un hombre que ha sido culpable, dijo Enriqueta con voz conmovida; pero hay desgracias que ningun sacrificio humano puede reparar, y estas, caballero, debe procurarse dulcificarlas.

—Hablad, hablad, Enriqueta! Qué nueva espiacion exigís de mí? Qué sacrificio po-

dreis pedirme, que no le haga al punto, con tal que me dé alguna consideracion á vuestros propios ojos. Considerad lo que he hecho ya: á fuerza de empeños y de importunidades he conseguido el perdon de ese anciano: yo mismo he ido á buscaros, á vos á quien tanto he amado y amo todavía! á vos que solicitada y pobre os encontrábais ligada á mi por un lazo sagrado! os he buscado para suplicaros de rodillas aceptáseis por esposo á mi afortunado rival, y enfermo y devorado de mortales inquietudes he dejado el pais donde vivia seguro, para venir á reparar los males que habia causado, temiendo à cada momento ser reconocido y deshonrado.....

Enriqueta le interrumpió:

—No me habeis dicho que os hallàbais aquí bajo la proteccion de un soberano estrangero? y que nadie tenia el derecho.....

—Sí, sí, Enriqueta; he mudado de patria al mismo tiempo que de nombre; hoy dia soy ruso, súbdito del Czar, y cualesquiera que hayan sido las faltas de mi pasada vida, nadie puede perseguirme á causa de ellas. Oh! he tomado mis precauciones contra la ley! Pero, Enriqueta, añadió aproximándose á ella, no os estremeceis al pensar que diariamente me encuentro al lado de ese jóven impetuoso que muestra tantos deseos de vengar á su padre? ¿No sabeis que à veces y cuando mas pruebas le doy de afecto y de adhesion, me mira fijamente, y parece consultar sus recuerdos como si fuese á descubrir en su protector de hoy al antiguo verdugo de su familia? Si de pronto se le presentase la verdad, si la sospecha entrase en su alma, yo quedaria perdido..... Me mataria, Enriqueta, estoy seguro de ello; y sin embargo, os confesaré que no sé qué miserable instinto me une todavía á la vida! Enfermo, sin fuerzas ni valor, atormentado de remordimientos, espero aun gozar algunos dias de tranquilidad en el porvenir: vuestra felicidad, la de esas pobres personas me darán ánimo para vivir. Enriqueta, perdonadme, acaso sea esto una cobardía, pero no quiero morir.

El alma sencilla de la jóven no podia permanecer insensible á sentimientos tan naturales, y en los cuales habia tanta grandeza al lado de tanta debilidad. Su emocion se aumentó, y dijo al culpable arrepentido alargándole la mano:

—No quiera Dios, amigo mio, que os pida mas que lo que un hombre puede hacer; pero existe una persona á quien nada podeis negar. Ahí, en vuestra antecámara hay un anciano que no solicita otra gracia que abrazar vuestras rodillas, y mostrar su reconocimiento al estrangero benéfico à quien debe su libertad. M. Barloff no puede negarle este favor de un instante.... eso seria cruel.....

—Y no será mas cruel todavia, repuso Barloff en voz baja, poner asi, uno en frente del otro, al culpable honrado y al inocente abatido? No será mas cruel obligar al que no hace mas que cumplir con su deber, à que escuche las palabras de reconocimiento que solo se dirigen à la generosidad?.... Enriqueta, en nombre del cielo, evitadme ese suplicio; yo no podria soportar la vista de ese desgraciado anciano..... yo mismo me venderia..... Enriqueta, que no le vea yo!

La jóven no pudo resistir à tales ruegos; ademas hubiera sido inhumano insistir mas en ello. Barloff estaba tan conmovido que los temores que manifestaba parecian fundados.

—Bien! dijo ella; lo dejaremos por hoy, pero...

Un confuso rumor de voces que se oia detras de la puerta le cortó la palabra. Era Ivan que parecia disputar con Domingo, cuya voz fuerte y sonora espresaba la cólera.

—Os digo que nuestro generoso protector no puede haber dado semejante órden por lo que toca à mi padre, decia Domingo; vos no le habreis dicho que el que deseaba verle era el viejo Marignon; M. Barloff es demasiado bueno para negarse á recibir á los que ha salvado.

Al mismo tiempo la puerta se abrió violentamente y Domingo y el viejo Marignon apoyado en el brazo de su hijo entraron en la estancia, dejando confuso à Ivan.

A aquella vista, M. Barloff prorrumpió en un grito agudo é hizo un movimiento para huir, Enriqueta estendió por instinto, las manos á los que llegaban como para rechazarlos. Mas estos dominados enteramente por el reconocimiento que llenaba sus corazones, no notaron al pronto la turbacion que causaba su presencia. Marignon, tan robusto, tan vivo, y cuyo cuerpo se mantenía tan derecho ocho años antes, se habia convertido en un viejo débil, encorvado, que tenia los ojos empañados y las facciones lívidas; las enfermedades habian contraido sus miembros; sus pasos eran pesados y vacilantes,

y hubiera caido al suelo si su hijo no le hubiera sostenido.

M. Barloff habia visto todo esto de una ojeada, y habia querido salir de la habitacion para huir del tormento que le amenazaba; pero el fogoso Domingo no le dejó tiempo para ello.

—Padre mio! esclamó arrastrando tras sí al anciano con una fuerza casi sobrenatural; miradle, es él, nuestro defensor, nuestro libertador, nuestro angel tutelar!...

Y ambos cayeron de rodillas delante de M. Barloff, quien cubierto el rostro con las manos, parecia anonadado y no pronunciaba una palabra. Enriqueta rechazó à Domingo.

—Imprudente! le dijo, no veis que sufre, que està moribundo....

Domingo se levantó avergonzado de su precipitacion; pero el anciano permaneció en la misma postura humilde.

—Señor, dijo con voz baja y débil, perdonad á un pobre anciano que no puede hacer nada para pagar los importantes servicios que à él y à su hijo habeis hecho; perdonadle si ha llevado su importunidad hasta penetrar aquí à pesar de vuestras órdenes para espresaros su profunda gratitud. Hace mucho tiempo, señor, que no he encontrado consuelos en mi miseria, perdonadme, pues, haber querido al menos estrechar la mano del hombre benéfico y generoso que ha hecho cesar mis males.....

M. Barloff no hizo ningun movimiento para acceder á los deseos del anciano, pero su pecho exhaló un sollozo convulsivo. Marignon aguardó algunos segundos, despues añadió con un acento despechado.

—Conozco que mi noble bienhechor no quiere tocar la mano de un hombre infamado que acaba de salir del presidio! Dios mio! Todavia me teniais reservado este dolor!

M. Barloff movió la cabeza como para dar à entender que no era esa su idea, y al mismo tiempo Enriqueta tomando agradablemente su mano la puso en las del anciano, quien la estrechó derramando abundantes lágrimas. El movimiento que M. Barloff hizo para retirar su mano, mostró á los ojos del anciano su rostro pàlido é inundado de lágrimas.

—Parece que tambien habeis sufrido mucho, caballero, murmuró el enciano levantàndose con trabajo, y dirigiéndole una mirada que revelaba todo su reconocimiento; pero mas feliz que yo, sin duda, vuestros males solo han obrado sobre el cuerpo: los mios han destrozado el cuerpo y el alma á la vez.

—Padre mio, dijo Domingo con dulzura, olvidais.....

—A mi edad no se olvida, dijo Marignon sollozando.

M. Barloff hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y dijo al fin con voz ahogada, como un hombre que se ve obligado á hablar, aunque deba detenerse á cada palabra.

—Tan severo..... tan duro..... es el régimen..... del presidio?....

—Oh! si, muy severo y muy duro, señor; y, sin embargo, como ya os he dicho, los suplicios del cuerpo no pueden igualar à los del àlma. Estar encadenado con un ladron y à veces con un asesino, escuchar contra la propia voluntad en las horas de descanso largas relaciones de crímenes horribles; ser hombre honrado y verse en aquella sentina infame donde la sociedad arroja sus miembros corrompidos y peligrosos; he ahí cual ha sido mi vida durante ocho años. Yo no podia fijar mi idea en mi muger, á quien mis desgracias habian causado la muerte, ni en mi hijo tampoco, porque consideraba su nombre deshonrado. Diariamente oia la voz monotona del capataz que decia, señalándome á los ociosos y curiosos que visitaban el presidio: «Ese está aquí por haber robado al Banco.» De todos mis suplicios, señor, este era el mas terrible. Yo, yo que durante veinte años habia velado como un guardian fiel sobre las riquezas de otros; yo que sufria la miseria con resignacion, que por cumplir con mis deberes abandonaba á mi muger y á mi hijo cuando mas necesitaban de mis consuelos y de mi apoyo; yo que habia arriesgado mi vida para salvar aquel oro, causa de mi condena, tenia que resignarme y comparecer á los ojos de todos como un infame que habia robado al Banco! Dios que todo lo sabe, me perdone; pero muy amenudo en mis noches de desesperacion he maldecido al infeliz cuya pena estaba yo espiando!

Enriqueta le interrumpió, con un acento melancólico de reconvencion:

—Teniais vuestra conciencia para consolaros, le dijo: ¿qué sabeis si *él* no ha sufrido aun mas que vos?

—No tomeis la defensa de ese miserable! esclamó Domingo con cólera; lo que es por mí os juro que si llego alguna vez á encontrarme frente á frente con él.....

—Qué hariais? preguntó una voz débil y fatigosa.

—Lo mataria! replicó Domingo en un ar-

rebato de cólera; ¿no ha matado él á mi madre?

Un profundo silencio siguió à estas palabras amenazadoras; nadie se atrevia á interrumpirlo. Enriqueta que nunca perdia su presencia de ánimo, conoció al fin la necesidad de concluir la entrevista, y dijo à ambos Marignon:

—Retirémonos, amigos mios, y no pensemos en la venganza. Esos proyectos violentos aflijen á vuestro bienhechor y agravan su enfermedad. Olvidad los crímenes de otros. Muchos males se han reparado ya.

—Y los que existen son de esos que no tienen reparacion, dijo el anciano con tristeza. Enriqueta, que la bendicion de Dios caiga sobre el hombre generoso que se ha compadecido de nosotros; si bien por momentos lamento la libertad que le debo. Busco en torno mio à mi antigua compañera, que solamente debia morir conmigo, y no la encuentro; busco esa estimacion y aprecio que todos profesaban al viejo Marignon, y por todas partes no veo sino deshonra y desprecio.

Al concluir estas palabras, se apoyó en el brazo de Enriqueta y en el de Domingo, que estaban llorando, y se adelantó hácia M. Barloff para solicitar el permiso de retirarse. Pero éste, que hacia un momento estaba pensativo, se levantó de pronto poseido de cierta especie de delirio, esclamando:

—No, no, no os vàyais, no me dejeis; aun me quedan que hacer cosas grandes; vuestras palabras me han devuelto el valor y el ànimo: por piedad, no os vàyais!

Asombrados por semejante peticion, Enriqueta y los dos Marignon iban á preguntar la causa que la motivaba; pero, sin escucharlos, el estrangero habia llamado á Ivan, y enseñándole las cartas esparcidas sobre el bufete, esclamó con una agitacion siempre creciente:

—Ivan, que mis criados vayan al momento à llevar esas cartas á su destino; tú, entretanto prepara esta habitacion ¿Que todo esté dispuesto para dentro de una hora?

Dió algunos pasos hàcia la puerta.

—Quedaos, quedaos dijo à sus huéspedes.

Despues añadió con cierta especie de delirio, dirigiéndose á Marignon:

—El repararà su falta! él la repararà por entero, no lo maldigais!

Y se dirigió precipitadamente hàcia su habitacion. Al verle Ivan en tan violento estado quiso seguirle.

—Atras! gritó con voz de trueno; que me dejen y que nadie se atreva à interrumpirme... Tengo un deber personal que cumplir!

Cerró la puerta tras sí y desapareció.

Una hora despues, el gabinete de M. Barloff tan tranquilo de ordinario presentaba un aspecto enteramente nuevo. Segun lo mandado por M. Barloff, se habia dispuesto todo para recibir á una reunion numerosa. En frente de una mesa, sobre la cual habia todos los útiles necesarios para escribir, estaban colocadas algunas sillas en varias hileras; pero todos ignoraban quienes eran las personas que debian ocuparlas, como asimismo el objeto de la reunion que sin duda iba á tener lugar.

En el rincon mas oscuro de este aposento se hallaban sentados los dos Marignon y Enriqueta, todos silenciosos, sin comprender la causa de aquellos preparativos, y hasta sin comunicarse las reflexiones que sobre aquel asunto les ocurrian. Domingo habia notado la autoridad misteriosa que Enriqueta ejercia sobre su protector y la inteligencia secreta que reynaba entre ellos; y no habia podido impedir que su alma diese entrada á sospechas que se aproximaban mucho á la verdad. Por otra parte, las últimas palabras proferidas por M. Barloff eran de naturaleza á darle mucho que pensar; y en aquel momento reflexionaba acerca de todas las circunstancias de su conocimiento con el estrangero, à fin de encontrar alguna esplicacion á los acontecimientos pasados ó á los que se preparaban. Sin duda que en este exàmen le parecian increible muchas cosas, ó cuando menos dudosas, por lo que varias veces quiso preguntar à Enriqueta, á quien suponia con razon mejor instruida que nadie; pero Enriqueta le contestaba de un modo evasivo y como si se hallase preocupada. La vaga inquietud que se notaba en las facciones de la jóven, indicaba bien à las claras que no tenia ni libertad de ánimo, ni tranquilidad bastante, ni acaso voluntad para contestar mas esplícitamente. Asi, pues, Domingo se perdia en suposiciones sin fin, dirigiendo de vez en cuando à su alrededor inquietas miradas. En cuanto al viejo Marignon, indiferente á cuanto acontecia en torno suyo, esperaba con impaciencia lo que iba à suceder, contentándose con estrechar de cuando en cuando las manos de su hijo y de su nuera, á quien volvia à ver despues de una ausencia tan larga y triste: no aguardaba ya en la tierra mas felicidad.

Entretanto M. Barloff no parecia. Mas de una vez Ivan y particularmente Enriqueta se habian aproximado á la puerta de su habitacion para cerciorarse que nada de estraordinario ocurria en el interior. Durante algunos instantes M. Barloff se habia parado con muestras de grande agitacion, quedando á poco todo en el mayor silencio, como si nadie hubiese en el aposento. Domingo deseando ardientemente saber la verdad; quiso una vez salir con su padre de la habitacion, esperando asi obligar á Enriqueta á que le dijese lo que sabia, pero ésta se contentó con decirle con tono firme que permaneciese.

—Entonces, Enriqueta, decidme cómo es que conoceis à ese hombre? qué nos quiere? qué aguardamos aquí? Enriqueta, abrigo sospechas, sospechas terribles; y cuidado si llego á descubrir.. ..

Enriqueta le respondió con un tono de sencillez dolorosa:

—Domingo, ese secreto que quereis os revele, no me pertenece; aguardad con paciencia; pues ó yo me engaño mucho, ó dentro de poco sabremos toda la verdad. ¡Quiera Dios que no deje recuerdos terribles!

Al pronunciar estas palabras se oyeron los pasos de varias personas, y un instante despues Ivan introdujo en el gabinete á una docena de hombres todos con levitas de paño color de ceniza, chapa y sombrero tricornio, que era el trage de los recaudadores del Banco de Francia.

A la vista de este uniforme que habia llevado por espacio de veinte años, el viejo Marignon se levantó como para salir al encuentro de sus antiguos cofrades; pero el conocimiento de su actual desgracia le detuvo clavado en su sitio, y volvió á sentarse exhalando un gemido. Domingo miró à Enriqueta como para pedirle de nuevo la esplicacion que aguardaba, mas la jóven, mas inquieta que nunca, continuaba mirando fijamente la puerta del aposento de M. Barloff, como si aguardase algun acontecimiento importante por este lado.

Mientras tanto, é invitados por Ivan los recaudadores del Banco se habian sentado en los asientos preparados, sin duda para ellos. Parecian estar muy sorprendidos de hallarse en semejante sitio, y miraban con aire de curiosidad los muebles y el aposento como buscando algun objeto que los pusiese en el camino de averiguarlo. Sus ojos se detuvieron tambien sobre el pequeño grupo que se mantenia aparte, y los cuchicheos que se siguieron dieron á entender que cada cual procuraba averiguar del que tenia al lado lo que no podia adivinar por sí.

Dos de los mas ancianos, que estaban mas próximos à la parte del gabinete donde se hallaban Enriqueta y Marignon, parecian mas preocupados que los demas acerca del objeto de la reunion.

—Y bien, Launay, dijo el uno al otro, qué pensais hemos venido à hacer aquí? A fe mia, que si se tratara de contar y conducir al banco un tesoro real, no se le hubiera dado tanta importancia y misterio.

—Yo creo, contestó Launay moviendo la cabeza, que habrá habido un gran motivo para que el señor director del Banco nos haya comunicado con tanta premura y formalidad la órden de dejar nuestras carpetas, y trasladarnos al punto aquí. ¿Y habeis notado, Fabre, que nos hallamos reunidos todos los individuos de la antigua corporacion de recaudadores del Banco?

—Es verdad, contestó Fabre; solo faltan dos personas. Primero ese miserable José Duval que ha deshonrado nuestra profesion....

—Y el infeliz padre Marignon, que, segun creo, espía aun en el presidio.....

—No, no; está aquí, amigos mios, hermanos mios! esclamó el anciano que habia oido la conversacion de sus dos antiguos camaradas, y que no podia dominar mas su emocion. Estoy aquí, continuó precipitándose hàcia ellos y alargándoles la mano: yo soy inocente, perdonadme; bien sabeis vosotros que soy inocente!

Todos los presentes se levantaron con muestras del mayor asombro. El nombre de Marignon que tan familiar les era otras veces, circuló de boca en boca, y en breve todos reconocieron en el anciano decrépito y suplicante á su antiguo compañero en el Banco de Francia. Marignon se aproximó á unos y à otros, los llamó por sus nombres, y les dirigió palabras afectuosas; pero todos le miraban con aire frio y cortado, y ninguno se atrevió à estrechar aquella mano temblorosa que se les tendia. Marignon comprendió su desgracia; la palabra *presidiario rebajado* pronunciada entre sus antiguos compañeros le ilustró sobre los motivos de aquella negativa; y retrocediendo, fue à caer en brazos de su hijo, esclamando con afliccion:

—Dios mio! Dios mio! Ellos tambien me creen culpable!

Las honradas gentes que eran espectadoras de aquella escena dolorosa, miraban tristes y silenciosas el agudo dolor de aquel que habia sido su amigo, cuando un nuevo personage vino á llamar su atencion. Era un notario que traia debajo del brazo un paquete sellado de negro, que contenia papeles importantes. Adelantose hàcia el asiento que le estaba reservado al lado de la mesa, y se sentó, todos guardaron silencio, y se dispusieron à escuchar con muestras del mayor interes.

—Señores, dijo el notario con voz grave, dirigiéndose à los presentes; un honrado estrangero, el dueño de esta casa, ha depositado en mis manos documentos importantes relativos á un asunto que os interesa à todos. Ignoro lo que contienen; pero acabo de recibir de M. Barloff la órden de leerlos delante de las personas reunidas en este momento en su casa. Voy à cumplir mi mision.

Al decir estas palabras el notario rompió el sello, y abriendo el primer papel que se presentó à su vista, empezó à leer en medio de un silencio profundo:

—*Testamento de José Duval, antiguo recaudador del Banco de Francia.*

—Un testamento! esclamó Enriqueta estremeciéndose.

—José Duval! repitió Domingo.

«En el momento de comparecer á la presencia de Dios declaro solemnemente que «yo solo soy culpable del robo que se hizo al Banco hace ocho años. M. Pedro Marignon, que ha sufrido la pena de mi crímen estaba inocente de él. Le pido humildemente perdon por los terribles males «que le he causado y á toda su familia, poniendo á Dios por testigo que si sacrificándome hubiera podido salvarle, yo mismo «hubiera venido á entregarme à la justicia.»

Seguian pormenores minuciosos sobre la manera con que se habia cometido el robo, que destruian, en cuanto era posible, las sospechas que habia contra el anciano. El notario continuó:

«Para compensar tanto cuanto esté en «mí los males que he causado á M. Pedro «Marignon, le dejo todos mis bienes, muebles é inmuebles, cuyos títulos van adjuntos, garantizàndole que han sido adquiridos «por medios honrosos y legítimos.»

—Me devolverá á los que han muerto de dolor? dijo el anciano con vehemencia; qué me importan sus bienes? me devolverà la estimacion que he perdido?

Lo demas del testamento contenia varios legados hechos à los criados, y el donativo de una cantidad bastante considerable à la caja comun de los recaudadores. Concluia asi:

«Ruego á mis antiguos camaradas me «perdonen el haber deshonrado con un crí«men inaudito la honrosa y apreciable cor«poracion de que hacia parte. He espiado mi «falta con remordimientos crueles, y en el «momento en que se lea este escrito, su«frirá el castigo de su crímen el desdichado «José Duval, conocido con el nombre de «BARLOFF.»

—Luego era él! esclamó Domingo precipitándose hàcia la puerta del aposento; ¿donde està? ¿donde está el infame?...

—Un pistoletazo que resonó en la habitacion inmediata sirvió de respuesta.

—Ha muerto! dijo Enriqueta, perdiendo casi el conocimiento.

Todos permanecieron inmóviles y aterrorizados. De pronto se abrió la puerta, y José con los vestidos en desórden y el pecho ensangrentado se presentó en medio de la reunion sosteniéndose en los muebles para no caer.

—Amigos mios, dijo haciendo un esfuerzo por sonreirse, ¿me habeis perdonado?

Todas las miradas, hasta las de Domingo y del anciano no espresaban ningun odio. El infeliz Duval halló algunos consuelos en sus últimos momentos.

—Antes de morir repuso con voz moribunda y dirigiéndose à los recaudadores, me queda un deber que cumplir. Amigos mios, nuestras leyes, no rehabilitan à los que han sido condenados injustamente, pero vosotros podeis hacer mas que las leyes. Marignon era digno de permanecer à vuestro lado, bien lo sabeis; recibidle de nuevo entre vosotros, siquiera para manifestar à todo el mundo que todavía es vuestro hermano, y amigo. Esta es la mas grande y la mas completa de todas las rehabilitaciones. Los hombres pobres y desinteresados que tienen entre sus manos la mayor parte de la fortuna de la Francia deben distinguirse en probidad!

Al llegar aquí se detuvo. La mayor parte de los recaudadores derramaban abundantes làgrimas. Uno de los mas ancianos abrió los brazos á su antiguo compañero; Marig-

non se arrojó en ellos, y todos, uno despues de otro, lo abrazaron con transportes de alegría.

El moribundo separó por un momento su mirada de aquella escena consoladora, y dijo á Enriqueta y Domingo con voz cada vez mas débil:

—Y vosotros, amigos mios; acordaos que si he causado vuestros males, tambien me debeis vuestra dicha presente! He espiado cruelmente mi falta! Perdonadme!

Y cayó en los brazos de los que le rodeaban, murmurando antes de espirar:

—Estais contenta, Enriqueta?

—Que Dios le perdone como yo le he perdonado!

Enriqueta y Domingo no pronunciaron jamas el nombre de José Duval, pero lloraron algunas veces.

T. por S. C.

CONDICION SOCIAL DE LAS MUGERES EGIPCIAS.

La suerte de las mugeres egipcias no es tan feliz como la de los hombres. Confinadas en el seno de sus familias, no se estiende el círculo de su vida á otra cosa mas que á las ocupaciones domésticas, siendo la educacion de sus hijos su primer deber; su mas ardiente deseo es tener muchos, porque la fecundidad es la que las da alguna consideracion pública, y con la que consiguen que las quieran mas sus esposos. Segun la ley del Profeta todas las mugeres deben criar los hijos por sí mismas. Cuando las circunstancias las obligan á buscar una nodriza, no se la mira como una estraña, sino que se hace miembro de la familia y pasa sus dias entre los niños que ha criado.

El harem es la cuna y la escuela de la infancia. Cuando nace un niño se le deja tendido en una estera, espuesto al aire puro en una vasta habitacion donde respira libremente y estiende á su gusto sus delicados miembros. Báñasele todos los dias, y edúcasele á la vista de su madre, con lo que se desarrolla muy pronto. Verdad es que adquiere pocos conocimientos, limitándose su educacion por lo comun á saber leer y escribir, pero en cambio goza de la mas completa salud. Lo que queda mas profundamente grabado en su corazon es el temor y el respeto á la Divinidad, la consideracion á la vejez, la piedad filial, y el amor á la hospitalidad y á la beneficencia.

Las niñas son educadas del mismo modo: hasta la edad de seis años se las deja desnudas ó simplemente cubiertas con una camisa ó túnica. El traje que llevan lo restante de su vida permite que el cuerpo adquiera su verdadera estructura. Es muy raro en Egipto encontrar niños raquíticos ó personas contrahechas, y en ninguna parte despliegan las mugeres todos los encantos de su sexo como en el Oriente.

No solo se ocupan las mugeres egipcias de la educacion de sus hijos, sino que las están cometidos todos los cuidados domésticos, sin que crean envilecerse en arreglarse por sí mismas su alimento y el de sus maridos é hijos. Sometidas á la costumbre, cuyas inmutables leyes gobiernan el Oriente, no participan de la sociedad de los hombres, ni aun para comer. Cuando alguna persona de suposicion quiere comer con sus mugeres ó con alguna de ellas, hace que la adviertan de ello con anticipacion, en consecuencia dispone su habitacion, la perfuma con preciosas esencias, prepara los mas delicados manjares y recibe á su señor con las atenciones y el respeto mas esquisitos. Las mugeres del pueblo permanecen de pie ó sentadas en un rincon en tanto que comen sus maridos; muchas veces les presentan lo necesario para lavarse y les sirven á la mesa.

Los cuidados domésticos dejan á las egipcias algunos momentos desocupados, que emplean en bordar, hilar y en otras labores

propias entre sus esclavas. El trabajo tiene sus intermedios, y la alegria no está desterrada del interior del harem: las nodrizas cuentan historietas ó cantan tonadas tiernas ó alegres que las esclavas acompañan con pandereta ó con las castañuelas. Las almés ó bailarinas y cantarinas públicas suelen ir á alegrar la escena con sus bailes y sus armoniosos acentos. Despues se sirve un refresco en el que se prodigan los perfumes y las frutas mas esquisitas. Las egipcias no viven absolutamente prisioneras: todas las semanas van una ó dos veces al baño ó à visitar á sus amigas y parientes, y en sus visitas se tratan de una manera muy afectuosa y cordial.

Todo el tiempo que está una estraña en el harem no puede el marido entrar en él; es el asilo de la hospitalidad, y no podria violarle sin esponerse á funestas consecuencias. Las mugeres turcas van tambien con sus eunucos á pasear por el rio. Sus lindas barcas conocidas ademas por las celosias y por la música que las acompaña, tienen hermosísimos departamentos lujosamente adornados. Cuando no pueden salir, tratan por todos los medios posibles de hacer agradable su prision: al ponerse el sol suben à los terrados, donde toman el fresco en medio de olorosas flores. Para impedir los turcos que sean vistas sus mugeres desde lo alto de los minaretes, hacen que los gritadores públicos juren que cerraràn los ojos cuando suban à ellos para anunciar la hora de la oracion. Por lo regular escojen ciegos para llenar estas funciones.

Los dias de baño son dias de fiesta para las egipcias; adórnanse magnificamente para ir à él, y bajo el velo que las oculta de las miradas del público llevan las mas ricas telas. Su coqueteria se estiende hasta en sus calzoncillos que son en verano de muselina bordada y en invierno de tisu de oro y plata.

La mayor parte de los casamientos se negocian en el baño, y son los padres del jóven que ha de casarse los que se toman este cuidado: ven en el baño á la mayor parte de las jóvenes, y las hacen el retrato al natural. Luego que han elegido, hablan de la alianza al padre de la futura, se arregla la dote y se hacen los regalos. Terminados los preliminares indispensables los parientes y los amigos de la jóven la llevan al baño, donde pasan el dia en festines, en bailar y en cantar. A la mañana siguiente van las mismas personas á casa de la futura, y la arrancan como por violencia, de los brazos de su madre para conducirla en triunfo á la casa de su esposo. Ordinariamente se ponen en marcha al anochecer. Preceden al acompañamiento los danzantes, detras van numerosos esclavos, que llevan en triunfo los efectos, los vestidos, los muebles y las joyas de la desposada. Cuadrillas de jóvenes bailarinas marchan al compas de los instrumentos, siguiéndolas gravemente las matronas con paso majestuoso; por último, viene la jóven desposada cubierta enteramente con un velo bordado de oro y pedreria y sostenida por su madre y hermanos bajo un magnífico dosel que llevan cuatro esclavos. Una gran porcion de hachones de viento sirven para iluminar el acompañamiento, que toma por lo comun el camino mas largo, y numerosos coros de almés cantan versos en loor de los recien desposados.

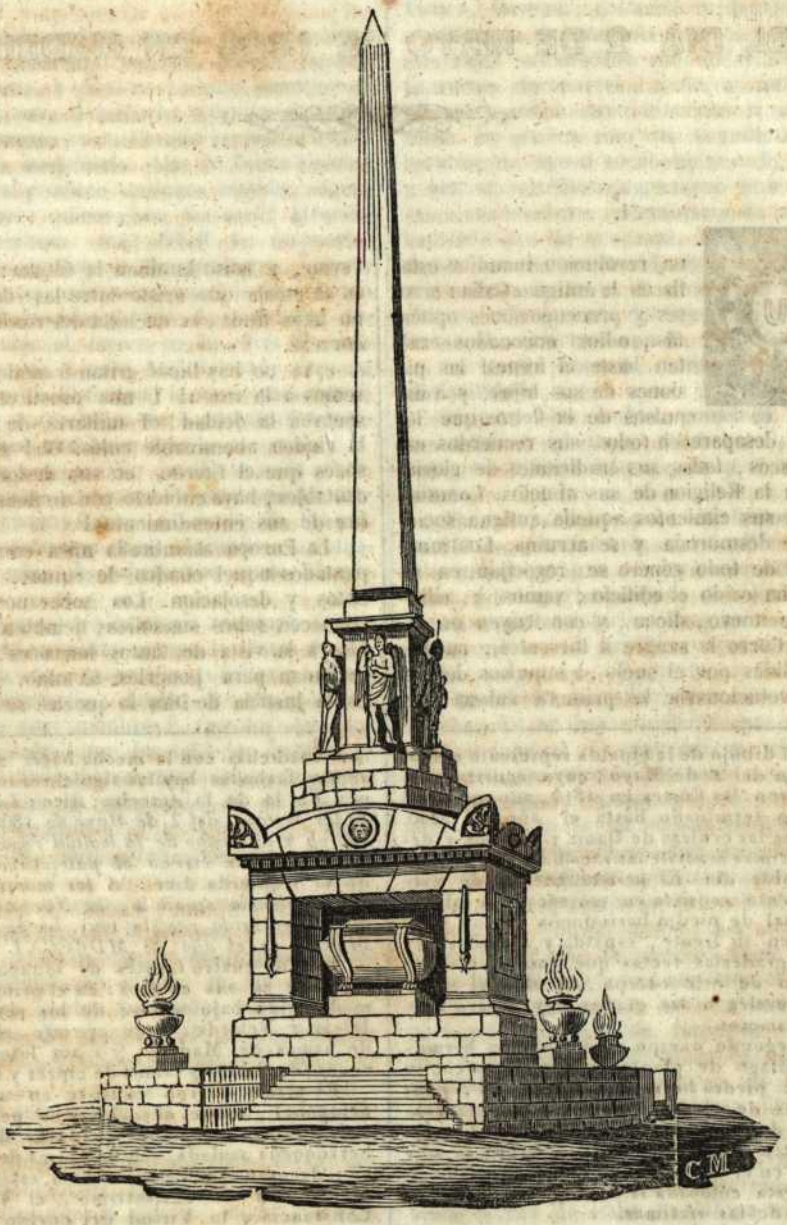
Cuando el acompañamiento llega à la casa del esposo, suben las mugeres al primer piso, desde donde ven todo lo que pasa abajo por una galeria de celosia. Los hombres reunidos en una sala no se mezclan con ellas y antes por el contrario las evitan.

Una gran parte de la noche la pasan en festines, en beber sorbetes y en oir la música. Bajan despues las jóvenes bailarinas á aquella sala, se despojan de sus velos y hacen brillar su flexibilidad y su destreza en todos sus movimientos.

Cuando se concluye el baile principian las almés una especie de epitalamio, haciendo pasar muchas veces en este tiempo à la novia por delante de su esposo siempre variando de trajes para mostrar su gracia y gentileza al mismo tiempo que la riqueza del adorno. Por último, cuando se retiran los convidados y parientes, entra el marido en la càmara nupcial, en la que alzando la desposada el velo la ve por primera vez.

Cuando un egipcio quiere separarse de su muger, practica las mismas diligencias que los demas mahometanos, reducidas á enviar à llamar al juez y à manifestar en su presencia que la repudia. Despues de esta formalidad tiene cuatro meses de término, durante los cuales pueden volver á reconciliarse, pero pasado este término queda la muger libre y puede formar nuevos lazos. Al tiempo de separarse la envia el marido su dote, y ademas los bienes que de ella habia recibido. Si tiene hijos se queda con los varones, y la madre se lleva à las hembras.

E. G.



Monumento del 2 de Mayo en Madrid.

Domingo 2 de Mayo.

EL DIA 2 DE MAYO DE 1808 EN MADRID (*).

I.

Una revolucion inaudita estalla en la antigua Galia: errores y preocupaciones opuestas, odios enconados exaltan hasta el frenesí las pasiones de sus hijos, y à impulsos de la fiebre que los devora desaparecen todos sus recuerdos caballerescos, todas sus tradiciones de gloria, y hasta la Religion de sus abuelos. Conmuévese en sus cimientos aquella antigua sociedad, se desmorona y se arruina. Los innovadores de todo género se regocijan en su obra: ha caido el edificio; vamos à edificarlo de nnevo, dicen, y construyen un cadalso! Corre la sangre á torrentes; ruedan confundidas por el suelo, à impulsos del hacha revolucionaria la primera cabeza del reyno, y acaso tambien la última: inmensa es la escala que existe entre las dos; pero no haya duda, la cuchilla del verdugo la recorrerá.

¡Ya no hay Dios! gritan frenéticos; adoremos à la razon! Y una prostituta representa á la deidad! Y millares de fanáticos la rinden abominable culto. Oh! sí, preciso es que el Eterno, en sus designios inescrutables, haya cubierto con un denso velo la luz de sus entendimientos!

La Europa asombrada mira con ojos espantados aquel cuadro de ruinas, de asesinatos y desolacion. Los soberanos se estremecen sobre sus solios; tiemblan los pueblos à la vista de tantos horrores, y todos se aunan para ponerles término. ¡Locura! Es la justicia de Dios la que asi se manifies-

(*) El dibujo de la espalda representa el monumento del 2 de Mayo, cuya construccion decretaron las Córtes en 1814, aunque no se ha visto terminado hasta el año de 1840. Contiene las cenizas de Daoiz y Velarde y demas víctimas madrileñas sacrificadas en aquel memorable dia. El primer cuerpo de este monumento consiste en un zócalo de planta octogonal de piedra berroqueña comun azulada: en su frente, espalda y costados hay cuatro graderías rectas que conducen al sobretecho de este cuerpo, en el cual y lados laterales á las gradas hay cuatro hermosos flameros.

El segundo cuerpo representa un hermoso sarcófago de planta cuadrada, hecho su neto de piedra berroqueña tostadiza, y sus molduras de piedra blanca, con su zócalo y tapa de piedra berroqueña azulada. En los cuatro frentes de este cuerpo se observan, en el principal un grande vaciado en el que está colocada la urna que encierra las cenizas de las víctimas.

En la fachada opuesta hay incrustado un bajo relieve que representa á la España con el Leon sosteniendo el escudo de las armas nacionales: en las jambas laterales hay tambien incrustados en las principales dos graciosos lacrimatorios, y en la opuesta dos antorchas con la mecha hácia abajo: en ambas fachadas hay las siguientes inscripciones. En la de la derecha, dice: *Las cenizas de las víctimas del 2 de Mayo de 1808 descansan en este campo de la lealtad regado con su sangre. Honor eterno al patriotismo.* En la de la izquierda dice: *A los mártires de la independencia española, la Nacion agradecida. Concluido por la muy heróica villa de Madrid en el año de MDCCCXL.*

En los cuatro frentes de la tapa ó fronton hay en sus centros: en el principal una medalla en bajo relieve de los retratos de Daoiz y Velarde: á su opuesto el escudo de armas de Madrid, y á sus laterales coronas de laurel y ramos de cipres y de roble.

El tercer cuerpo consiste en un zócalo octogonal, sobre el cual hay un pedestal de órden dórico en planta cuadrada de piedra berroqueña azulada, con molduras de la blanca: decoran sus frentes cuatro estátuas que representan el Patriotismo, el Valor, la Constancia y la Virtud del pueblo español.

Finalmente forma el cuarto cuerpo un magestuoso y proporcionado obelisco construido de la misma piedra berroqueña tostadiza que imita al granito oriental. Al pie del mismo se lee esta inscripcion: DOS DE MAYO.

La altura total del monumento es de 93 pies.

ta. El dia en que sé de por satisfecha, su brazo poderoso calmará la tempestad. Entretanto, nadie se oponga à que se cumplan sus decretos!

Pero los hombres, que no distinguen sino las cosas sensibles, ven una nacion juguete de sí misma, y todas las naciones piensan son bastantes para domeñarla. Aprestan sus ejércitos, avanzan, y la Francia los ve venir dispuestos à aniquilarla. Mas la fiebre revolucionaria si produce verdugos tambien engendra héroes: quienes son los mas? Atrevida es la pregunta: muy dificil la respuesta. Grande es la lista de los verdugos, pero la de los héroes es inmensa: vedlos sinó como resisten la invasion, como la rechazan, como infunden el terror en las filas de sus enemigos. Sí, todos son héroes; pero la fortuna va à distinguir à unos mas que à otros, y entre todos va á escoger sus predilectos, en particular uno.

Helo ya ahí, salido casi de la nada; helo ahí en Tolon: su nombre desconocido empieza á pronunciarse; en breve la Francia va á repetirlo con gritos de júbilo; la Europa con gritos de admiracion y de despecho.

¡Qué nombres de gloria resuenan en los aires! qué nombres recoge la Fama cuidadosa para adornar con ellos la historia! *Mondovi*, *Roveredo*, *Lodi*, *Arcola*. ¿Y qué significan esos nombres? Que los ejércitos desorganizados, que los soldados hambrientos de la Italia han encontrado un gran gefe, que este gefe ha reanimado su entusiasmo y los ha conducido à la victoria. ¡Y todavia es jóven, muy jóven, poco mas que un niño!

Desaparece entre tanto, poco á poco la noche tenebrosa de la Francia, y con ella la horrible pesadilla que ha embargado á sus hijos. Vislúmbrase el alba de un hermoso dia, y los pechos oprimidos respiran mas libremente. Ha desaparecido de su vista la *guillotina*. ¡Y ella se ha llevado á los verdugos!

Todo està destruido, y nada se ha edificado. Sin embargo, ya se sueñan conquistas. La nueva sociedad que nace de las cenizas de la antigua, tiene hombres para todo: unos la organizarán dentro, otros estenderán su dominio fuera. El que poco hà era un pigmeo, paso à paso va revistiéndose con las formas colosales de gigante. Preséntase un dia en el Oriente à sembrar las semillas de la civilizacion. Las *Pirámides*, el *Monte Tabor* repiten en sus ecos el nombre de Bonaparte, y tambien se oyen, aunque menos distintos, los de Lannes, Dessaix, Kleber, Davoust, Caffarelli y tantos otros.

Tiembla de nuevo la Francia; las manos que rigen sus destinos son todavia débiles. La aurora no aparece, y negras nubes empiezan à amontonarse otra vez en su horizonte. No parece sino que la guillotina quiere alzar de nuevo su ensangrentada cabeza, y que sus satélites pugnan por unir las suyas à sus hombros, y levantarse de sus tumbas sedientos de venganza. Mas no, no ha de ser asi. El nombre de Bonaparte resuena de boca en boca. En breve le contemplan en las màrgenes del Sena: en breve su brazo de hierro anonada las facciones: en breve su presencia restituye la perdída tranquilidad.

Disípanse las nubes; amanece el dia, muéstrase el sol en el horizonte..... Bonaparte es primer Cónsul; luego Cónsul por vida!

Nada hay, dice, para mí imposible; y en efecto, las cumbres del S. Bernardo se allanan bajo sus pies. Todavia es preciso combatir, y Bonaparte combate. Da diez batallas y alcanza diez victorias. Luego viene Marengo! ¿quién podrà resistir ya al nuevo César?

Sigue brillando un hermoso dia para la Francia. Ya no hay que temer por la seguridad individual. El vencedor en cien combates, el gran capitan, es tambien un arquitecto ingenioso: desaparecen las ruinas, y en su lugar se ve un edificio magestuoso y sólido. Bonaparte es un gran legislador; un político profundo. La paz del mundo está hecha, y ya las naciones pueden enjugar sus làgrimas. . . . . .

Ah! que con la grandeza sopla el viento de la ambicion, y la ambicion se convierte casi siempre en un huracan violento! Ya no hay Bonaparte sino Napoleon: desaparece el Cónsul y sobre las gradas del solio aparece el Emperador. Mas no es bastante. La corona imperial es aun muy ligera para la cabeza del coloso; por eso coloca tambien sobre ella la corona de hierro de los Reyes lombardos. El Emperador de los franceses es Rey de Italia. La Europa teme aquel poder desusado, y quiere hacer otro esfuerzo para ponerle coto. Locura! La justicia de Dios, repetimos, que se manifiesta de mil modos, todos distintos, todos desconocidos, no està aun satisfecha. Necesita mas sangre; la

Europa debe sufrir aun mas. Austerlitz pone el sello à la ruina del Austria, abate el orgullo de la Rusia, llena de espanto y confusion à la Prusia, y de cólera y de odio à la Inglaterra. Poco despues la paz de Tilsit pone el sello à la gloria de Napoleon, y si no satisface del todo su ambicion, es por que su ambicion es tan grande como su genio.

Salidos del polvo como él, y elevados por él á la cumbre de los honores, cabalgan à su lado en los campos de batalla, siendo los primeros en presentar su pecho al plomo y al acero de los enemigos, gran número de generales, intrépidos como su soberano, y como él devorados por la ambicion. En la guerra, sus brazos y sus espadas se alzan en defensa del Emperador; en la paz ponen à su disposicion sus talentos. La voluntad del Emperador es la suya: manda aquel y es obedecido, no importa el qué. Esta obediencia recibe recompensa. El hijo del pueblo, el humilde artesano, los hombres de la mas ínfima clase de la sociedad, son generales, mariscales del imperio, duques, príncipes..... El botin da para todo: las conquistas que arruinan cien pueblos, y hacen desaparecer de la faz de la tierra cien casas coronadas suministran medios para el engrandecimiento del Soberano de la Francia, y para el engrandecimiento de sus servidores..... Han subido, es verdad, pero han subido sobre las ruinas de los otros; y cada nueva dignidad que reciben llena de luto y de dolor à millares de familias. Los pergaminos de sus títulos manan sangre: y sus nombres van precedidos de una funesta celebridad ¡Los conquistadores son el azote del mundo!

Por algun tiempo todos esos hombres de sangre, Señor y servidores, gozan en paz el fruto de sus hazañas, de sus esfuerzos inauditos, de su heróico valor. Debe hacérseles justicia, sin que por eso deje de reputàrseles como el azote de los pueblos y el instrumento de la justicia divina para castigar los delitos de la tierra. Mas se acerca el tiempo en que el fuerte cedro, en que las robustas encinas, caigan á impulsos del huracan de independencia y de emancipacion. El coloso va á agotar sus fuerzas en su lucha con el pigmeo; el gigante va á ser vencido por el pequeño; las àguilas van à caer heridas de muerte; y un rincon de la Europa va à llevar á cabo lo que no ha podido hacer toda ella unida. ¡Dios ensalza à los humildes, y abate á los poderosos! Las grandes potencias de la Europa, fuertes por su grandeza, por su poder, por su riqueza, ceden ante la espada vencedora de Napoleon; mas esta espada va á embotar sus filos en el generoso entusiasmo de los hijos de la Iberia. Sus golpes van á ser vanos; y su duro temple no la librará de caer rota en mil pedazos à los pies del Leon de Castilla.

II.

Por largo tiempo la que fue un dia señora de ambos mundos, se arrastra como atada á las ruedas del carro triunfal del Emperador frances: la que dictaba leyes al mundo recibe órdenes insultantes, que son servilmente obedecidas: los hermosos colores de su pabellon se oscurecen confundidos con los de la nacion vecina. ¡Qué es esto! ¿Donde està el Leon de la España?

Duerme, ó mas bien yace un letargo mortal, producido por algun maleficio. Duerme, sí, cuando prodiga su sangre y sus tesoros para fomentar la usurpacion, para disponerse à quedar vencido, y encadenado para siempre.

¿Serà que los descendientes del Cid y de Gonzalo hayan degenerado hasta el punto de doblar vergonzosamente su altiva cerviz al yugo estrangero, sin hacer ningun esfuerzo, sin prorrumpir siquiera en un grito de indignacion? ¿Los laureles de San Quintin y de Pavía, se habrán secado tanto, que hayan desaparecido, desechos en polvo, sin que de ellos ni aun se conserve memoria? Imposible.

La España sufre y calla. El amor à sus reyes le hace devorar en silencio, las humillaciones é injurias que le atrae un favorito odiado, una corte corrompida, un gobierno débil..... Sus hijos se muestran pacíficos y sumisos, es verdad, pero su calma es engañosa. Donde solo se ven cenizas, ardió un dia un activo fuego: acaso se conserve aun debajo de ellas. ¡Ay del que las remueva!

Esa aparente quietud, esa fria indiferencia hacen creer al usurpador que ha llegado la hora de llevar á ejecucion sus ambiciosos planes. Allí estan para lograrlo sus ejércitos aun no vencidos; allí estan sus procónsules para ejecutar fielmente su voluntad.

Pero recurre antes de dar el golpe fatal

al engaño, como si un presentimiento siniestro le anunciase no debia recurrir à la fuerza. Por un lado la astucia, y por el otro la debilidad y la imprevision abren las puertas de la península à los invasores. En breve, bajo mentidos pretestos, se apoderan estos de todas las principales plazas. La España es ya un pais conquistado!

Sombra regia, nada mas, ocupa el solio español. Ya no queda de la monarquia mas que girones, y un vano simulacro de independencia!

Junot, Kellerman, Dupont, Moncey, Bessieres, Duhesme, y Murat, estan en el corazon y en todos los estremos de la Península al frente de 100,000 soldados. ¿A qué se aguarda ya? Ya es hora de tirar la hipócrita màscara; de descorrer el velo que oculta la perfidia y la traicion!.....

A una sombra de Rey ha sucedido un Rey jóven y adorado de los españoles. Hé aquí un suceso que no ha entrado en los càlculos del Emperador estrangero! Preciso es sacarle del reyno; y pónense en juego nuevas astucias y engaños.

Todo està dispuesto. Parte Fernando sin conocer la traicion: parten sus augustos padres; parte casi toda la familia real. Ya están en Bayona á merced del usurpador. ¡Pobre España! Cual nave combatida por la tempestad, sin timon y sin guia, vas a correr un temporal deshecho. Todos son escollos; y si el brazo de Dios no anima á tus hijos, si su aliento no les infunde valor, si un rayo de su luz no los ilumina, tu ruina es cierta, segura tu perdicion.

Los dorados artesones del palacio de los Reyes de Castilla solo cobijan ya á pocos miembros de la familia Real. Mas está decretado que estos deben tambien seguir la suerte de sus augustos parientes, y todo se dispone para el efecto. Señàlase para su salida el 2 de Mayo.

¡Miradle cuan esplendente y magestuoso se eleva el sol en el firmamento! Brilla mas que hasta aquí! Prodigio! Es el Sol de independencia y de libertad! El Sol de Marengo y de Austerlitz va á eclipsarse ante el del 2 de Mayo! No importa que al principio se amontonen nubes sobre nubes para ocultar su disco: sus rayos las disiparán y aparecerà al fin mas brillante y refulgente! ¡Lumbrera del universo! henos aquí postrados adorando al Señor que te envía! Su prepotente brazo va á abatirnos por un momento. Entra en su inmensurable sabiduría aumentar la arrogancia de los tiranos, para que mayor sea su caida; aumentar nuestra debilidad para que sea mayor nuestra gloria! ¡Bendigamos su nombre, respetemos sus juicios!

Ya estan en las puertas del régio alcazar los carruages que han de conducir á los infantes. Son las nueve de la mañana. Sorda alarma cunde por las calles de la capital, y la plaza de palacio presenta un mar movedizo de cabezas: es el pueblo que se reune. En breve, se levanta un clamor general, que atruena los aires semejante al preludio del huracan, próximo á estallar. Témelo asi Murat, el sanguinario Murat, y lejos de prevenirlo, lo incita con un arrogante alarde de fuerzas. Suena el tambor, y el ruido que al rodar hacen las piezas de artillería. Un instante mas, y la muerte batirà sus alas sobre la capital española.

Piérdese ese instante en la inmensidad de los tiempos: suena el trueno de la guerra, parte el rayo, y corre la primera sangre inocente de españoles.

Esa sangre clama venganza: rios del rojo y vital licor la vengaràn, formando un mar entre las víctimas y sus verdugos.

Raudo y veloz como el pensamiento se estiende el grito de guerra y de independencia por las calles de Madrid, infundiendo aliento y heroismo en todos los corazones. Ah! no es el grito homicida que incita à los hermanos, no: es el grito noble que levanta à los oprimidos contra los opresores, á los inocentes contra los culpables.

Levántanse como un solo hombre, los moradores de la coronada villa: cada casa es un baluarte, cada calle una fortaleza: no importa que escaseen las armas; hay valor, hay entusiasmo, y con estos elementos bien se puede combatir. Y se combate; y se prodiga à torrentes la sangre generosa. ¡Sangre que consagra el primer grito de independencia!

Pero los enemigos son fuertes y numerosos; y tienen à su disposicion todos los rayos de la guerra. Su artilleria barre con metralla las calles; y sus caballos se precipitan sobre las turbas. Es preciso ceder. Dispérsase la multitud, pero quedan aun muchos que quieren vender caras sus vidas. Arrójanse estos por medio de las filas enemigas; matan, y encuentran una muerte gloriosa en la punta de las bayonetas y en la boca de los fusiles enemigos. Otros sin mas armas que un puñal, aguardan à pie

firme al brioso caballo y al ginete cargado de acero: esquivan el golpe, y el arrogante soldado del imperio cae herido de muerte. No pregunteis como se llevan à cabo estos altos hechos; pues solo se os podrà contestar que el entusiasmo los inspira.

¿Qué hacen entretanto los soldados de la patria? ¿Porqué no corren à defender à sus hermanos? Vengan ellos, y los orgullosos estrangeros seràn arrollados! Mas, ay! Los soldados españoles encerrados en sus cuarteles, aunque ansiosos de unir su suerte à la suerte del pueblo, estan retenidos por la disciplina. Ordenes superiores les impiden obrar: oyen el grito de los que pelean y demandan su ayuda, y empuñan convulsivamente sus armas, derramando làgrimas de despecho.

Pero no caian sin venganza aquellos intrépidos hijos del pueblo. Mirad aquel grupo de paisanos desarmados que se dirigen al parque de artilleria. Unense allí con algunos soldados, improvísase una bateria, y bien pronto los soldados del imperio ven arrasadas sus columnas bajo una lluvia mortífera de metralla.

Entre aquel puñado de valientes descuellan dos héroes, terror y asombro de los enemigos, gloria y admiracion de los propios. Soldados y gefes à un tiempo mismo dirijen rayos destructores que infunden el espanto y la muerte en sus contrarios. Son *Daoiz* y *Velarde!* intrépidos oficiales, gloria y prez de las armas españolas.

Numerosos cadáveres de ambas partes cubren el estrecho recinto testigo de tanto heroismo. La lucha se ha prolongado mas allá de lo posible: ha muerto *Velarde*; empiezan á faltar los medios de defensa; y sin embargo, los pocos que quedan quieren mas bien morir que rendirse.

Aquí entra de nuevo la perfidia y el engaño. Suspéndese por ambas partes el fuego, y se piensa en capitular honrosa y dignamente. Los acometidos encierran en su pecho un corazon leal; los agresores han mostrado ya no tenerlo; y aprovechàndose de aquel respiro, arrójanse alevosos sobre los que incautos fiaban en la palabra de los verdugos. *Daoiz* muere atravesado á bayonetazos!

A pesar de todo, acaso no se hubiera calmado el enojo popular, si los franceses no hubiesen suspendido el fuego. Suenan las voces de *olvido de lo pasado* y *reconciliacion general*. Los españoles que han peleado por largas horas sin órden y sin armas, con aquellos que acaban de vencer la Europa, se retiran, confiando en las alevosas promesas del enemigo.

¡Fé engañosa! Ejemplo inaudito de bàrbara crueldad y de incomparable alevosía! Descansan todos de la pasada jornada, de la fatiga cruenta: el esposo abraza á su esposa, el padre á sus hijos; empiezan à tranquilizarse los corazones, cuando nuevas descargas de fusileria, infunden terror en todos. Ya no se combate, se asesina! ya no luchan los tiranos con hombres armados, sino contra ciudadanos indefensos, que caminan al suplicio! Y esta matanza cobarde dura toda la tarde y parte de la noche, y se repite al siguiente dia!

¡Borron eterno de ignominia que mancharà para siempre las pàginas de la historia del usurpador y de sus satélites!

¡Sombras ilustres de Daoiz y Velarde! y vosotras, nobles víctimas de vuestro amor à la patria, dormid en paz el sueño eterno de la muerte!

¡Sanguinario Murat! Te vanaglorias de haber humillado la altivez castellana! Mentira! Los asesinatos cometidos por tu órden serán vengados. El eterno ha inscripto ya tu nombre en el libro de la muerte; le ha anotado, y su justicia dice: Tú que asesinastes prevaliéndote de la fuerza, serás asesinado; tú que te olvidastes de la justicia, en vano la invocarás en tu dia!

III.

¿Donde han ido los feroces soldados vencedores de la Europa? Donde sus gefes? Recorred los campos de la Península, cabad donde quiera en ellos, y los vereis convertidos en el polvo de la nada. ¡Guerreros de Jena, de Marengo, de Wagran y de Austerlitz! donde estais? ¿qué se ha hecho de vuestro orgullo, qué ha sido de vuestras águilas?

El Leon despertó: fuisteis vencidos.

Llegó el dia de la justicia. El coloso cayó. Su imperio se sepultó en la noche de la eternidad. Si quereis conocerlo, id á la historia!

Allí vereis sus insultos y nuestras humillaciones, su poder y nuestra debilidad. Allí vereis cuan inmensos sacrificios nos impuso, y de qué modo pagó nuestros servicios. Mas nosotros nos hicimos cobro, y el pago fue terrible.

La historia dirá à todos de lo que fuimos capaces, y los héroes del 2 de Mayo, y los españoles de 1808 à 1814, no escitarán menos entusiasmo en los siglos venideros, que escita entre nosotros el recuerdo de nuestras antiguas glorias.

De tanto civismo y valor solo nos queda el monumento del 2 de Mayo, y otro mas sólido, menos perecedero, *su recuerdo!* que vivirà eternamente. Oh! Quiera el cielo que llegue un dia en que olvidados los funestos odios que dividen à los hijos de España, se abrazen delante de la losa que cubre las cenizas de estos héroes, jurando sobre ella amarse como hermanos, y odiar eternamente á los enemigos de su patria.

S. Casilari.

VIDA DE TORCUATO TASSO.

ESTRACTADA

de la que escribió en frances Mr. Suart.



TORCUATO TASSO, conocido simplemente con el nombre de el *Tasso* nació el 11 de marzo de 1544 en Sorrento, ciudad del reyno de Nápoles. Fueron sus padres Bernardo Tasso y Porcia de Rossi, descendientes de una familia tan antigua como ilustre; y si bien esta circunstancia añade poco esplendor à la gloria de su nombre, no debe pasar desapercibida por la influencia que ejerció en el destino del poeta laureado.

Otra circunstancia no menos feliz para el Tasso fue la de haber tenido por padre à uno de los mejores poetas que por entonces florecieron en Italia, y cuyas obras, unidas à las de Boyardo y del Ariosto, contribuyeron á ennoblecer la poesía italiana, y à hacer triunfar este idioma de las preocupaciones que sostenian aun el uso de la lengua latina.

Desde su mas tierna infancia comenzó el Tasso à recitar con lengua balbuciente los versos del padre, y à acostumbrar su oido á la armonia poética; dando en todo pruebas de un talento estraordinario.

Casi con su vida comenzaron sus infortunios, pues solo contaba nueve años cuando fue espresamente comprendido en la proscripcion impuesta à su padre, con motivo de haber seguido el partido de Ferrante San Severino, príncipe de Salerno, en las diferencias que este tuvo con el virey de Nàpoles. En dicha época se hallaba el Tasso en un colegio de Jesuitas, en donde admiraba à sus maestros con sus rápidos progresos y con algunas agudezas muy superiores á lo que prometia su edad. Sabia ya el griego y el latin, escribia en prosa y verso, y se conservan varios discursos que pronunció en público, y algunas poesias sueltas, entre ellas una que dirijió à su madre con motivo de su espatriacion.

Despues de pasar algun tiempo en Francia, resolvió su padre volver á Italia, y asi lo hizo estableciéndose en la corte de Guillermo Gonzaga, duque de Mantua. A su hijo Torcuato lo envió á Roma, donde le tuvo hasta la edad de doce años, que lo trajo á su lado, quedando admirado de los progresos de su talento, pues no solo vió que estaba versado en las lenguas sabias, sino que conocia familiarmente las obras de los filósofos y poetas de la antigüedad. Entonces se dedicó Bernardo á cultivar tan felices disposiciones y envió à su hijo á Padua para que estudiase el derecho en su

universidad. Desde esta fecha data la amistad de Torcuato con Escipion de Gonzaga, que fue despues cardenal; amistad que solo la muerte pudo destruir.

Cinco años permaneció en Padua, y durante ellos fue el asombro de sus profesores y condiscípulos; pero á pesar de que no descuidaba sus nuevos estudios la poesía le ocupaba casi enteramente, y á ella dedicaba todos los ratos de ocio que tenia. No bien habia cumplido los diez y siete años cuando compuso en dicha ciudad un poema titulado *Rinaldo*, cuya publicacion fue fuertemente combatida por su padre, que deseaba separarle de la carrerra literaria para que abrazase un estado mas á propósito de reparar la arruinada fortuna de su familia. El crédito y la autoridad del cardenal de Este, lograron vencer la resistencia de Bernardo, y el poema de Tasso se imprimió en Venecia en 1562.

Toda la Italia aplaudió con entusiasmo este poema, y su éxito contribuyó mucho á confirmarle en su aficion; de suerte que resistiendo á las instancias paternales se abandonó del todo á la inclinacion natural que le destinaba á ser un gran poeta.

Una de las cosas que mas prueban el talento superior del Tasso, es que los aplausos con que en todas partes se habia recibido su *Rinaldo*, no pudieron hacerle desconocer los defectos de este ensayo feliz; y aunque jóven conoció que debia seguir otro rumbo, y por una de sus cartas se ve que se juzgaba á sí mismo con mucha mas severidad que el público.

Apenas habia dado á luz su primer poema, cuando concibió el plan del que debia asegurar su gloria. La conquista de la Tierra Santa por Godofredo de Bullon le pareció asunto capaz de llenar todas las condiciones de la epopeya. Mas antes de trabajar sobre este plan queriendo hacer un nuevo estudio de su arte, no menos que instruirse y examinar él mismo sus ideas, compuso tres discursos sobre la poesia heróica, que acaso sean el primer ejemplo de reglas que hayan precedido al modelo. Cuando los escribió tenia solo diez y ocho años, en cuya época, resignándose á la voluntad paterna pasó á Ferrara donde fue recibido por gentil-hombre del cardenal Luis de Este, hermano de Alfonso duque de Ferrara.

La corte de Ferrara, que se distinguia particularmente por el gusto de las letras, debia acoger bien al autor del poema de *Rinaldo*. Asi fue en efecto, y Torcuato Tasso recibió señaladas muestras de consideracion particularmente por parte de las dos princesas Lucrecia y Leonor de Este, de quienes dice Brantome, que se dejaban atras en talento á los mayores sabios; de suerte que si sus cuerpos eran hermosos, sus almas no eran menos bellas.

Lucrecia de Este contaba entonces treinta y un años, y Leonor veinte y nueve. El Tasso rayaba en los veinte y uno; era alto y bien formado, de nobles y hermosas facciones aunque algo bizco. Hablaba con elegancia pero con cierta gravedad que podia tomarse por pedanteria.

Algun tiempo despues de su llegada á Ferrara pasó con el cardenal á Francia. La reputacion del Tasso le habia precedido, y en su consecuencia fue bien recibido en la corte de Cárlos IX, y este soberano le dió repetidas muestras del aprecio en que le tenia. Mas este aprecio no pasaba de simples demostraciones, pues si se ha de dar crédito á muchos historiadores, en mas de una ocasion tuvo que pedir un escudo prestado á una señora que conocia, y el autor de *la Jerusalen* salió de la corte de Francia con el mismo traje que habia entrado.

En tal situacion, y algo indispuesto con el cardenal de Este le pidió permiso para regresar á Italia. Habiéndoselo concedido se trasladó de nuevo á Ferrara, cuyo duque le recibió con la mayor cordialidad, y las princesas manifestaron mucho gusto al verle.

Entonces se ocupó con grande ardor en acabar su *Jerusalen*; y para descansar de este gran trabajo se divertia en escribir de vez en cuando algunas obras en prosa y en verso. Por este tiempo (1572) compuso la pastoral del *Aminta* que se representó con grande aplauso en el teatro de la corte.

En esta pastoral pintó el amor con tanta sensibilidad y delicadeza que se creyó imposible que desconociese esta pasion. En otras piezas en verso espresaba sentimientos muy tiernos por una belleza que no se atrevía á designar; mas como en un soneto diese el nombre de Leonor al objeto de su oculta llama, ya desde entonces cayeron naturalmente las sospechas sobre Leonor de Este. Otras circunstancias fortalecieron entonces estas conjeturas; y la mayor parte de los escritores que se han ocupado del Tasso, han atribuido á este amor todas las desgracias que le sobrevinieron.

Sin embargo, no existe ninguna prueba

en apoyo de esta opinion; y al contrario si se atiende á la reputacion de virtud y de piedad de que gozaba Leonor, y à su carácter grave y reservado, no menos que à la imposibilidad que habia de que el Tasso, que por el esplendor de su talento y por el favor del príncipe llamaba sobre sí las perspicaces miradas de la admiracion y de la envidia, fuese por mucho tiempo el amante correspondido de la hermana de su soberano sin que esto se hiciese público, habrà que convenir que la causa de esta opinion infundada se debe solo, à que en todas las dudas históricas el hecho que ofrece à la imaginacion algo de novelesco, seduce naturalmente el entendimiento.

Mas sea de esto lo que se quiera, si bien las intrigas de corte y los pequeños cuidados de la galantería pudieron distraer algo al Tasso de sus tareas, no entibiaron jamas la seria aplicacion con que se ocupaba en su poema de *la Jerusalen*. Finalmente superando cuantos obstáculos se le presentaban terminó su poema à principios del año de 1575; mas antes de publicarlo lo sometió á la crítica severa de varias personas, jueces en la materia, y recibiendo con reconocimiento las observaciones de sus censores, admitió gustoso todas las que le parecieron fundadas en el buen gusto y en la razon.

Entregóse, pues, con nuevo ardor á la correccion de su poema, y ocupado constantemente en su tarea, solia despertarse muchas veces á media noche para corregir sus versos ó componerlos de nuevo. Esta continua aplicacion inflamó su sangre, lo cual unido á otros motivos de incomodidad, contribuyó á quebrantar su salud. Tenia un carácter serio y melancólico, y las frivolidades de una corte pequeña eran tan poco conformes á los gustos de su entendimiento, como la sujecion del oficio de cortesano al natural orgullo que lo dominaba. Disgustábale la especie de esclavitud en que vivia, y aspiraba á un estado independiente, si bien la gratitud hácia su soberano le detenia, estando largo tiempo indeciso sobre el partido que debia tomar. Este estado de agitacion y turbulencia aumentó su natural inquietud y su melancolía. Llenóse su imaginacion de vanos terrores y tristes desconfianzas; creíase rodeado de enemigos, y hasta se figuró que algunos hombres envidiosos de su fama le interceptaban las cartas y le robaban sus papeles. Veíasele sobresaltado y enfurecido porque los amigos á quienes habia confiado su poema tardaban en devolvérsele; si bien lo que sucedió justificó sus temores; pues de repente supo que en una corte de Italia se estaba imprimiendo su poema sin su conocimiento. Esta noticia le causó un amargo pesar pues en la publicacion de su *Jerusalen* fundaba las esperanzas de una fortuna que le pusiese en estado de vivir independiente. Al punto se presentó al duque Alfonso para suplicarle que escribiese à todas las cortes de Italia para hacer prohibir la publicacion de su obra; y en su desesperacion llegó hasta decirle que solicitase del Papa un breve de escomunion contra los que le habian robado su manuscrito. Otros terrores se apoderaron en seguida de su espíritu hasta imaginarse que le habian delatado á la Inquisicion, no siendo bastante á tranquilizarle acerca de ello las promesas y absoluciones del inquisidor mayor de Bolonia, á cuya ciudad habia acudido para echarse à los pies de este.

Mas nada bastó á tranquilizarle y de dia en dia fue creciendo su mal. En breve creyendo que se atentaba contra su vida, y que emplearian para quitársela el puñal y el veneno, concibió una desconfianza sombría de todo lo que le rodeaba y particularmente de sus criados; pero lo que acabó de desconcertar su razon fue una aventura desagradable que le aconteció una noche en casa de la duquesa de Urbino, en la que quiso matar de una puñalada à un criado de aquella princesa, á quien reputaba como enemigo: este evitó felizmente el golpe, y habiendo sujetado al Tasso lo encerraron en una prision, de donde salió à poco, exigiéndole el duque de Ferrara que se pusiese en manos de un médico.

Poco despues el Tasso, atormentado con la idea de que iba à ser perseguido por la Inquisicion se retiró al convento de franciscanos de Ferrara. El duque intentó ponerle en cura, pero Torcuato se resistió á tomar los medicamentos que se le prescribian por temor de que lo envenenasen con ellos. Viendo el duque cuan difícil era hacerle entrar en razon ofendido de las cartas con que diariamente le molestaba y de las espresiones impropias que se permitia, le prohibió escribiese en adelante á él y à las princesas; acto de severidad que acabó de desconcertar un entendimiento ya tan lastimado. De sus resultas el Tasso, no creyéndose seguro en el convento se fugó de él y de la ciudad el 20 de Junio de 1577.

DOMINGO 9 DE MAYO.

En breve aunque caminaba sin dinero y sin guia llegó á los confines del reyno de Nàpoles, y dirigiéndose à la capital se alojó en casa de su hermana Cornelia. Durante algun tiempo pareció mejorarse su razon á efecto de la calma que le rodeaba; mas el mal habia echado en él profundas raices; y sin causa ni motivo aparente dejó la pacífica morada de su hermana y volvió à Ferrara. El duque lo recibió con señaladas muestras de favor, lo perdonó y le confirió de nuevo su antiguo empleo; pero conociendo que el entusiasmo no existia ya en el Tasso, trató de proporcionarle una vida tranquila y acomodada á sus ocupaciones literarias. Conociolo asi el Tasso, y esto unido á la irritacion que le causaba el que no le devolviesen sus manuscritos, y á otras causas muy sensibles para él, le obligaron á abandonar de nuevo á Ferrara sin saber él mismo á donde dirigirse.

Caminando casi à la aventura llegó à Mantua donde fue acogido con desden y frialdad. En esta ciudad vendió los efectos mas preciosos que llevaba consigo, y este recurso le puso en estado de poder llegar à los estados del duque de Urbino, esposo de Lucrecia de Este, una de las hermanas del duque de Ferrara.

La acogida que se hizo al ilustre fugitivo hubiera bastado á tranquilizar à una alma menos enferma que la del Tasso, y á hacerle concebir esperanzas de mejor porvenir. Asi se creyó en un principio, pues el esclarecido poeta pareció recobrar toda su alegría y genio; mas este alivio fue fugaz como el relámpago. De nuevo le asaltaron vanos terrores; otra vez se vió cercado de enemigos que solo existian en su calenturienta cabeza; y para evitarlos huyó de la corte del duque de Urbino, y á pie, sin dinero y sin equipage pasó à Turin. En esta corte halló proteccion y apoyo; hiciéronsele partidos ventajosos, y por un momento saboreó el Tasso esta proteccion inesperada; mas no tardó en caer de nuevo en todas las miserias de su estado habitual. Su imaginacion se dirigia siempre à Ferrara, ciudad donde habia pasado los mas hermosos dias de su vida, y donde se conservaban todos los papeles que no habian querido devolverle, y que él ansiaba recuperar, porque en medio de las tristes quimeras que habian estraviado su razon se ve por sus cartas que su pasion dominante era la gloria.

Cediendo, pues, á este impulso abandonó à Turin y regresó à Ferrara, donde le aguardaba un cruel desengaño. El duque y sus hermanas no quisieron verle; huyeron de él los cortesanos, y desechado hasta de los criados del Príncipe pudo lograr apenas un asilo oscuro. Su desesperacion llegó á su colmo y en sus furores atropelló todos los respetos; desatándose en injurias contra la casa de Este y su corte. Considerándose estos excesos como efecto de una completa enagenacion mental, el duque le mandó arrestar y conducir al hospital de Sta. Ana donde encerraban á los locos.

Durante el tiempo de su detension sufrió el Tasso un trato indigno, que será un baldon á la memoria del príncipe que lo consintió. Carecia de todo lo mas necesario, pues segun sus cartas le faltaba alimento y ropa, y le rodeaba una repugnante compañia.

Por este tiempo empezaron à hacerse varias ediciones subrepticias de su inmortal poema, gracias à la infidelidad de las personas á quienes habia enseñado su *Jerusalen*, que sacaron de ella algunas copias. En breve el poema fue conocido de todos: hiciéronse seis ediciones distintas y cinco traduciones en versos latinos, y el éxito de *la Jerusalen* fue universal. Muchas personas llevadas del deseo de ver al gran poeta pasaron à Ferrara, y quedaron admirados al ver en la casa de locos al mismo cuyo genio habia escitado su entusiasmo, y cuyo nombre resonaba con aplauso en toda Europa.

Pronto la noticia de sus desgracias excitó en su favor un interés general. El duque de Ferrara se vió obligado à restituirle la libertad despues de siete años y dos meses de prision. El Tasso pasó entónces à Mantua donde fue muy bien recibido. En esta capital acabó y corrigió el poema de *Floridante*, que su padre habia dejado imperfecto; concluyó su tragedia de *Turismundo*, que habia empezado antes de su prision, y en medio de las fiestas del Carnaval, refrescándose ciertas memorias antiguas, corrio *algun riesgo*, segun su propia espresion de enamorarse de una dama que habia visto en las fiestas.

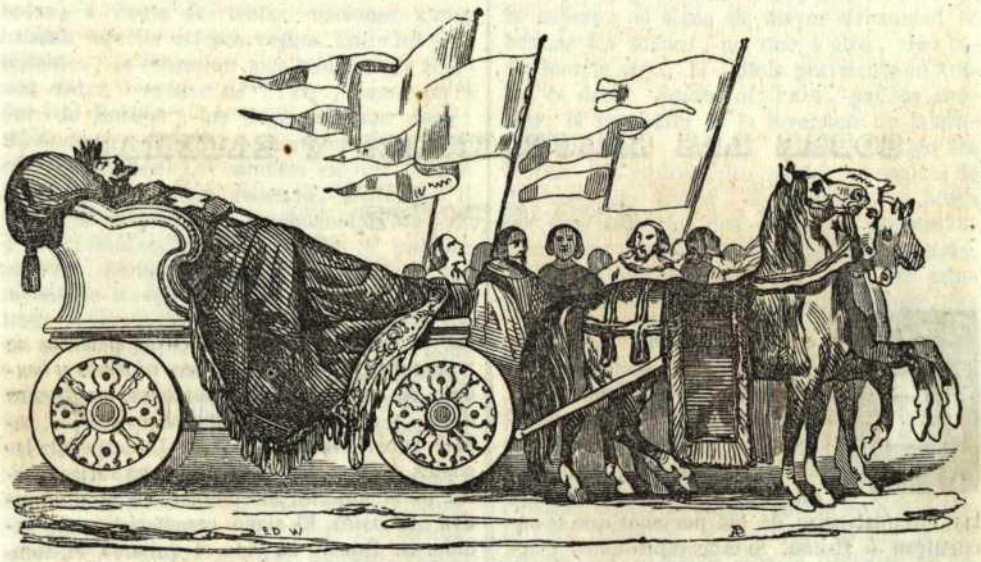
Hacia tiempo que el Tasso deseaba visitar á Roma; y no queriéndolo demorar mas, salió de Mantua con direccion á la capital del mundo cristiano, lleno como siempre de esperanzas, que en breve se trocaron en el mas profundo dasaliento. Despues de Roma se trasladó à Nápoles, y pasó el resto de su vida errando de una à otra de estas

ciudades, sin hallar en ninguna la tranquilidad que tanto necesitaba, y que su enferma imaginacion no le permitia gozar en parte alguna.

En Nàpoles acabó y publicó su *Jerusalen conquistada* que no era otra cosa que una refundicion de la *Jerusalen libertada*, y que no tuvo éxito, quedando en breve en el olvido: la *Jerusalen libertada*, tal como la habia publicado el Tasso primeramente ha permanecido como el verdadero monumento de su gloria.

Acercàbase la hora en que cansada la suerte de perseguirle iba à proporcionarle algun descanso. Acababa de subir al solio pontificio Clemente VIII, y su sobrino Cinthio Aldobrandini, creado cardenal, instó al Tasso á que pasase à Roma. Accedió este, y desde su llegada el Papa le señaló una pension de doscientos escudos alcanzando otra de doscientos ducados sobre la herencia de su madre: ademas se vió colmado de muestras de consideracion, de benevolencia y de interes. Todo se reunia para indemnizarle de los males que habia sufrido; pero todo habia concluido para él: las continuas agitaciones, los males verdaderos, y los temores imaginarios habian aniquilado las fuerzas de su alma asi como las del cuerpo: ni su imaginacion era ya susceptible de ilusiones.

El cardenal Cinthio que le amaba tiernamente ideó reanimar su abatido espíritu, repitiendo, en su gloria la escena que 200 años antes había presenciado Roma en la coronacion del Petrarca. Mas ya era tarde: fijo el Tasso en la idea de su próximo fin, solo pensaba en disponerse para la muerte, que aguardaba con bastante calma y resignacion como cumplia á sus sentimientos religiosos. Al pronto desechó la propuesta de su coronacion en el Capitolio. «Un ataud, dijo, es lo que «se me debe preparar y no un carro triun-



El cadáver del Tasso conducido en la carrosa fúnebre.

«fal. Si creeis que merezco una corona, guar«dadla para colocarla sobre mi sepulcro; na«da añadirà esa pompa al mérito de mis obras, «ni menos podrà darme la felicidad. Ella en«venenó los últimos dias del Petrarca.» Sin embargo, como estaba tan débil cedió à las instancias de sus amigos. El cardenal Cinthio le presentó al Papa que debia coronarle por sus propias manos: y el cual le dijo con la mayor dulzura y afabilidad: «No dudamos que «honrareis esta corona, que ha honrado hasta ahora à los que la han recibido.» Dispusiéronse con toda actividad los preparativos de la ceremonia; mas la nueva agitacion que

todo esto causó en los órganos ya debilitados de nuestro desgraciado poeta, acabó de destruir sus fuerzas. Asaltóle una fiebre violenta, y en tal estado se hizo trasladar al convento de S. Onofre, en donde murió á los catorce dias de su enfermedad, el 25 de Abril de 1595, á los cincuenta y un años de edad.

Colocóse sobre su féretro la corona que debia ceñir sus sienes en el Capitolio: verificáronse sus funerales con gran pompa, acompañando la carrosa que conducia su cadáver un acompañamiento numeroso y lucidísimo. Sin embargo de que el Cardenal Cinthio habia prometido erigir un monumento á la memoria del ilustre poeta no lo verificó, y la tumba del Tasso permaneció sin él hasta el año 1608 en que el cardenal Revilac hizo construir el que se ve en la iglesia de S. Onofre, donde fue enterrado.

Hasta mucho despues de la muerte del Tasso no se publicaron las obras que dejó ineditas asi en prosa como en verso, entre ellas el poema de *la creacion del Mundo* (*il Mondo creato*).

Tenia el Tasso una cualidad que rara vez acompaña al genio, esto es, prontitud y agudeza, pudiéndose citar muchos rasgos que lo acreditan. Su alma era sensible, generosa y reconocida; irritábase con facilidad; pero al punto se calmaba, y acudia al auxilio de sus mas crueles enemigos en cuanto los veia en desgracia. Una imaginacion demasiado irritable y activa le hizo sombrío y desconfiado, y le rodeó de fantasmas y de químeras, que toda su razon no pudo desvanecer. Esta predisposicion era hija sin duda de su constitucion física, y fue lo que contribuyó mas que nada á eclipsar un destino que debiera haber sido tan glorioso, y á acelerar el término de una existencia ya tan pesada y tan sobrecargada de infortunios.

S. C.

SOBRE LAS SALUTACIONES Y ZALEMAS.





odas las naciones ó familias que viven en sociedad han adoptado ciertas espresiones, palabras, movimientos ó ceremonias, para espresar su amor, estimacion, amistad, obediencia ó sumision, segun las circunstancias de las personas que se encuentran ó visitan. Si estas espresiones y signos fueran determinados como las lenguas, no nos seria difícil dar noticia de ellos, pero varian tanto en cada pais que no es posible referirlos; mencionaremos, sin embargo, las mas generales y usuales, principiando por nuestra España.

El antiguo saludo, *Deo gracias*, ha desaparecido ya al principio de las visitas, asi como el *Laus Deo* al fin de los libros. Los labradores no entraban jamas en cortijo, hacienda, alquería ni casa particular, sin gritar: *Alabado sea Dios*, á cuyas palabras se respondia: *Por siempre sea alabado y bendito*. Al encontrarse dos personas, los *Buenos dias*, y al separarse *Quédese con Dios*, parece haber prevalecido mas. La despedida lacónica *A Dios*, ha sido trocada en varias partes de la América Meridional en el diminutivo *Adiosito*. El signo característico de saludo en España ha sido el quitarse el sombrero.

Entre los italianos hay algunos ósculos. *La riverisco*, al encontrarse, *A rivederci*, al despedirse, son los cumplimientos mas usuales; los superlativos han quedado solo para las cartas. Los ingleses son muy escasos en sus cumplimientos: *How do you do? ¿Cómo está V.?* al hablarse, y *Good morning*, ó *Good bye*, *Buen dia* ó *Adios* al retirarse, es el único saludo de viva voz, y todo el ceremonial de los signos está re-

ducido á darse, ó mas propiamente à sacudirse las manos: pero estas son el termómetro del afecto: si son desconocidos ó poco amigos, apenas se siente el tacto de una mano con otra, si hay previo conocimiento, actual interes, ó esperanzas de favor, hay un sacudimiento moderado; si son dos amigos íntimos, la apretadura de las manos es bastante fuerte; y si son condiscípulos de colegio que no se han visto por largo tiempo, ó personas muy afectas que no esperaban encontrarse, el sacudimiento de brazos hace estremecer los hombros, y la apretadura de manos hace crujir las coyunturas de los dedos. Saludarse quitándose el sombrero, escita á risa en Inglaterra, mientras que el no quitárselo seria una descortesia en España.

Los franceses son muy espresivos en sus saludos, no solo en palabras sino en signos; el ósculo es muy general, y el gozo se muestra frecuentemente en las lágrimas. En el Sur de Alemania hay gran variedad en los saludos, á causa de tantas naciones como habitan aquella estensa region. Entre los protestantes, la espresion mas usual es de *Buenos dias, servidor de V. etc.*, como en el Sur de Europa; los católicos usan decir: *Alabado sea Cristo*, y la respuesta es: *Por siempre, amen.* Los mineros en casi toda la Alemania se saludan diciendo, *Felicidad á V.*, y la respuesta es igualmente breve, *Y á V. tambien.* En las ciudades y pueblos grandes, es un acto de urbanidad besar las manos de las señoras, lo que en España ó Italia seria un exceso de familiaridad. Las rusas no solo dan á besar las manos mas tambien la frente; no se permite besar los carrillos ni la boca, pero miràran como descortesía, y aun insulto, si no se les da un beso en la frente.

En el norte de Alemania las salutaciones de los inferiores tienen visos de esclavitud. Nosotros nos quitamos el sombrero é inclinamos la cabeza para mostrar nuestro respeto á las personas de distincion, pero los rusos se postran en el suelo delante de sus superiores ó amos, les abrazan y besan las rodillas. Los polacos se inclinan hasta tocar el suelo con la frente; y los bohemos besan la fimbria de la bata, ó las faldas de las casacas de sus señores y superiores. Si los ingleses se sacuden las manos, y los franceses se besan los carrillos, los lapones se saludan con la nariz, apretando firmemente cada uno la suya con la del otro.

Los turcos cruzan los brazos al pecho, y hacen una profunda zalema. Los marroquíes, cuando son de igual clase, ó saludando á estrangeros, no se diferencian de los españoles, escepto en el sombrero porque no lo usan; los inferiores hacen la zalema à la turca. Los moros ó beduinos, que siempre estàn á caballo, ó prontos á montar, tienen un modo de saludar á los estrangeros que los hace temblar al principio: luego que un beduino ve venir al huesped, ó le encuentra casualmente, da de espuelas al caballo, y arremete como si fuera à derribarle; pero al llegar casi á topar con el forastero, pára de repente el caballo, y dispara una pistola sobre la cabeza de la persona, y á falta de pistola corta el aire con su alfanje. De este mismo modo hemos visto saludarse á los gauchos de Buenos Aires y Banda Oriental, corriendo á encontrarse, apeàndose, y amenazándose uno à otro con los cuchillos.

Los egipcios estienden primero los brazos, arriman luego las manos al pecho, é inclinan la cabeza; el signo de mayor urbanidad es besarse las manos, no uno à otro, sino cada uno la suya. El saludo prevalente en Arabia es decir: *Salam aleikum*, paz sea contigo; la respuesta es la inversion de la mismas palabras, *Aleikum salam*, contigo sea la paz. Los emires, los nobles y personas de distincion en Arabia, se abrazan y se besan por tres veces los dos carrillos preguntándose otras tantas por su salud. Los persas, el pueblo mas civilizado del Asia, se saludan inclinando el cuerpo hasta formar una línea horizontal, y estendiendo los brazos hasta tocar las espinillas. Cuando un persa de distincion da un convite, recibe á sus huéspedes del modo siguiente: informado por su portero que un convidado se acerca á la casa, sale el dueño à encontrarle á cien varas de distancia, le saluda con espresiones hiperbólicas, luego se vuelve corriendo á la puerta para recibirle, y al entrar en ella le da gracias por el honor que le hace con su venida.

Las salutaciones en los paises mas allá de Persia son las mas humildes y abyectas. La antigua costumbre de postrarse ó tenderse á lo largo en el suelo, delante de las personas de distincion, se conserva todavia entre los indios en todo su rigor. Cuando dos chinos se encuentran à caballo, el mas inferior en rango se apea, y aguarda en pie hasta que pasa el otro; si se encuentran dos conocidos á pie, cada uno cruza las manos sobre la ca-

beza, hacen una inclinacion, y dicen: *Chin! chin!* Ha! ha! Para saludar personas á quienes se debe respeto particular, se da una palmada, se levantan las manos cuanto se puede, y luego se bajan hasta tocar el suelo. Cuando despues de larga ausencia se encuentran dos amigos, se arrodillan, tocan el suelo con la frente, y luego esclaman: *Na fo?* te ha ido bien? y responden: *Yung fo*, todo felizmente. Los muchachos se arrodillan al acercarse ó pasar sus padres, y los criados al presentarse sus amos, como estaban obligados á hacer los coristas ó novicios entre nuestros frailes delante de los provinciales ó priores. En el Japon, el inferior saluda al superior quitàndose las sandalias, metiendo la mano derecha en la manga izquierda, y bajando asi los brazos hasta tocar las rodillas, y de este modo pasa ó se retira meciendo el cuerpo y gritando *Aug! aug!* misericordia! misericordia! En Siam, cuando un inferior ve acercarse à un superior, se tiende á lo largo y de barriga en el suelo; el superior manda un criado, porque nunca van solos, para preguntarle si ha comido ajo ó cebolla, ó si lleva consigo cosa alguna que huela mal; si dice que sí, le da el superior una patada, y le manda retirarse de priesa, pero si no hay olor ofensivo manda al criado que le levante del suelo. Cuando dos siameses quieren espresar el grande afecto que se tienen, se araña cada uno la mano izquierda (los chinos, japones, y siameses tienen las uñas de dos pulgadas de largo) hasta sacar una gota de sangre, la que recíprocamente cada uno chupa de la herida. No hemos mencionado el modo de saludar à las mugeres en los paises asiáticos, porque no es permitido à los estraños visitarlas. Las siamesas son las únicas que tienen sociedad entre ellas, y en sus espresiones esceden en zalameria á las limeñas, porque estas solo usan los diminutivos de palabras afectuosas, pero aquellas hacen diminutivos de los objetos preciosos que conocen, como: *diamantito, orito puro, linda perlita, capullito de flor, jazmincito*, &c., y el jazmin, la perla ó diamante suele ser una vieja arrugada, con la cara como un melon escrito, y el cuello y pecho como una hoja de tabaco. Los indios de las Filipinas acatan à sus superiores doblando el cuerpo, con las manos en las mejillas, hincan una rodilla en el suelo y levantan al aire la otra pierna, haciendo una postura arlequina, la mas cómica que se puede imaginar.

Las naciones africanas tienen tambien salutaciones muy curiosas. Los abisinios se hincan de rodillas y besan la tierra para reverenciar à sus mayores. Si son amigos, el mas jóven toma la mano derecha del otro, y con ella se tapa la boca. Si un Abisinio siente mucha alegria al ver à un amigo antiguo, le quita la faja ó lienzo que le cubre la cintura, quedándose el recien venido enteramente desnudo, hasta que su tierno amigo le vuelve á cubrir las carnes con el liencecillo. Los mensageros del Rey de Mahomí, saludan à las personas à quienes son enviados, blandiendo las lanzas ó espadas, y pasándolas luego sobre las cabezas; concluida esta ceremonia les dan las manos; pero antes de dar el mensaje, es preciso beber à la salud del Rey. Cuando un mandingo saluda á una muger, le toma la mano, se la aplica à la nariz, y la huele dos veces. O las mandingas son muy limpias, ó los mandingos muy urbanos, porque siempre declaran que huelen à rosas. En la Alta Guinea, el que saluda toma la mano del saludado, le da una vuelta al brazo, le cruje todas las coyunturas de los dedos, y luego le dice, *Ackio! ackio!* tu criado! criado tuyo! Los negros de distincion tambien se crujen los dedos, pero en lugar de decir *Ackio*, dicen *Bere, bere*, paz, paz. Las negras de Sierra Leona, se saludan doblando los brazos hasta llegar las manos à la boca, y se tocan con los codos; luego se tocan los dedos pulgares y los indices como si fueran à tomar un polvo, y los retiran muy despacio. Cuando estas negras se visitan de ceremonia, se quitan los peines de la cabeza, y luego se los vuelven á poner.

Las tribus indianas en Sud América tienen pocas salutaciones, y estas son muy breves. Cuando un indio encuentra á otro, solo le dice: *Amare ca?* eres tú?; y la respuesta es mas concisa: *A*, sí. Los indios del Noroeste de América son muy ceremoniosos en sus salutaciones. Cuando se encuentran dos hordas ó tropas de aquellos salvajes, se paran á distancia de veinte ó treinta varas, se postran en tierra, y se mantienen asi por algun tiempo. Los caciques, ó dos ancianos de cada horda, se adelantan y refieren todas las circunstancias de sus viages, los peligros en que se han hallado, ó las ofensas que han recibido de los europeos. Acabada la relacion, empiezan todos á suspirar, y á pocos minutos todos rompen en horribles alaridos, sobresaliendo las muchachas con sus

agudos chillidos. Cansados de estas manifestaciones de simpatía, se juntan los sexos separadamente, se cargan las pipas, fuman todos y todas, se olvidan los suspiros y alaridos, y principia la risa, concluyendo con una borrachera si pueden procurarse chicha. Cuando un salvaje de Luisiana saluda á una persona de distincion, da un ahullido tan recio y tan largo como el del perro del hortelano. Luego que la persona entra en la choza, el dueño de ella se pone las manos sobre la cabeza, y ahulla por tres veces.

Los habitantes de las islas de los Amigos, se saludan tocàndose las puntas de las narices uno á otro; pero si son muy amigos, toma cada uno una mano al otro y se refriega con ella los ojos, la nariz y la boca como los gatos cuando se limpian la cara con sus manos. Los habitantes de Lamurzec, en las islas de Pelew, tienen otro modo curioso de saludar á sus huéspedes: la persona que saluda pide al saludado le dé el pie izquierdo, con el que se toca la cabeza, la frente, y el pecho. Los isleños de Otahiti despues de saludar al huesped, le presentan una ó mas piezas del vestido que tienen puesto, segun la aficion que le tienen, de modo que un apasionado se suele quedar *in naturalibus*. Tales son las varias salutaciones de los pueblos en las cinco partes del mundo.

R. G.

Estudios meteorológicos.

LA AURORA BOREAL.

La Aurora boreal es un metéoro luminoso de gran hermosura que aparece algunas veces en el cielo, á la parte del Norte, con un curso de Nordeste à Noroeste. Su primera aparicion està acompañada de relàmpagos, los que pròducen una luz semejante à la causada por un fuego muy distante; luego se eleva gradualmente sobre el horizonte, y asume una variedad infinita de formas con movimientos diversos.

La Aurora boreal es mas frecuente y adquiere mayor brillantez desde el mes de Noviembre adelante. Unas veces forma un arco magestuoso de una llama pálida, la que flameando corre con una velocidad inconcebible, algo semejante à los movimientos especiales de la serpiente. Esta forma arqueada de la Aurora boreal es sin duda la mas magnífica de todas sus apariciones; y rara vez se compone de un solo arco, pero aunque nunca exceden de cinco, concéntricamente dispuestos. Los arcos se componen algunas veces de una continua corriente de luz, clara en el horizonte, y muy brillante en el zenit, distinguiéndose los rayos que los forman. El movimiento de esta luz es muy vivo, y parece que sale del arco, por varias partes, como si fuese producida por la ignicion de alguna materia combustible, estendiéndose rápidamente hàcia cada una de las dos estremidades. El tiempo de la revolucion de un arco de Norte á Sur, varia en periodos diferentes, desde veinte minutos hasta dos horas; y algunas veces se mantiene estacionario por horas enteras.

A la parte meridional del zenit se ve la

mayor parte del cielo llena de corrientes innumerables de luz, unas veces clara, y otras amarillenta; algunas de estas corrientes de luz tienen la forma de rayos rectos, mientras que otras, doblándose en todas direcciones, presentan gran variedad de figuras irregulares, moviéndose con gran rapidez por todas partes. Entre los numerosos rayos de luz que forman la Aurora, se observan frecuentemente algunos grupos de ellos moviéndose con mayor celeridad que los demas, por lo que les han dado el nombre de *bailarines*.

Algunas veces desaparece la Aurora repentinamente, y sobreviene una oscuridad total; pasado un breve rato vuelve à aparecer en formas enteramente diferentes de las anteriores, cubriendo el firmamento con mantos de luz argentina, que el viento se lleva flotando como nubes ligeras. Otras veces se ven salir listas de llama, las que partiendo con grandísima celeridad, corren en pocos segundos toda la concavidad del cielo, hasta perderse bajo el horizonte entre el Oriente y Mediodia; y de cuando en cuando aparecen en el zenit vastos cuerpos de luz descendiendo hácia la tierra en la forma de círculos hermosos, y arrojando rayos de luz por toda su circunferencia.

El brillo de la luz polar producida por la Aurora varía por lo general no solo en forma sino tambien en intensidad. Sus colores son varios, y esta variedad parece ser causada por el movimiento ràpido de los rayos de luz mas que por la presencia de algun luminar. Los rayos de luz son unos de color gris, otros amarillos, algunos son verdosos, y otros azulados; unas veces dorados, otras de azul violeta; unos rosados, otros de color carmesí; algunos de color rojo, otros naranjados, y otros del mas vivo color de grana. Los arcos parecen algunas veces de color negro, y luego toman el color de violeta, y sucesivamente el gris, amarillo y blanco con cenefa de color dorado. Estos colores son algunas veces prismàticos.

Maupertuis describe una Aurora boreal de un color notablemente encendido que él observó en Oswer Zornea, el 18 de Diciembre 1786. «Una vasta region del cielo, hácia la parte meridional, apareció teñida de un color tan rojo, que toda la constelacion de Orion parecia teñida de sangre. La luz se mantuvo fija por algun tiempo, luego principió à moverse, y despues de haber asumido sucesivamente varios colores, formó una cúpula, cuyo àpice llegaba al zenit entre el Occidente y Mediodia. Su esplendor era tan grande que la brillantez de la luna, llena entonces, no la alteraba en lo mas mínimo.»

Los primeros observadores daban à la Aurora una elevacion inmensa sobre la superficie de la tierra. La altura de la que se vió en 1757 fue computada en 825 millas geométricas. Bergmann, despues de haber computado treinta, tomó el promedio y estimó su altura en 460 millas. El Dr. Blagden la rebajó à 100 millas; y Mr. Daltan dió la misma elevacion á la Aurora que se vió en Inglaterra en 1826. Pero el resultado de las observaciones hechas durante las últimas espediciones árticas, ha mostrado que la altura de la Aurora varía en tiempos diferentes; unas veces está mucho mas alta que la region de las nubes, y otras mas baja que las nubes densas, cuya parte inferior se ve à menudo iluminada por el metéoro.

Los filósofos habian sospechado hace mucho tiempo la propiedad magnética de la Aurora, esto es, el poder que tiene para agitar la aguja ó brújula; y aunque el capitan Parry y el comandante Foster no pudieron confirmar la propiedad magnética de la Aurora, ha sido últimamente averiguada por las observaciones del capitan Franklin, el teniente Hood, y el Dr. Richardson. Pero todo lo averiguado hasta el presente no son mas que hechos, quedando todavia envuelta en mucha oscuridad la causa que produce estos efectos, y el modo de producirlos; sucediendo en este caso, como en los arcanos de la naturaleza, que una observacion destruye la conclusion deducida de otras observaciones. Sucede tambien que la Aurora se acerca al zenit sin producir efecto alguno en la posicion de la brújula; y cuando lo produce, obra con mas actividad cuando sale detras de alguna nube; siendo las oscilaciones mas visibles cuando los rayos ó franjas del metéoro están en un mismo plano con la inclinacion de la aguja magnética. El capitan Franklin opina que el efecto de la Aurora sobre la brújula varía à proporcion de su mayor ó menor elevacion. Que esta variacion no depende de la brillantez del metéoro, fue frecuentemente observado, ocurriendo à menudo, que la aguja variaba considerablemente en noches nubladas, cuando no se veia Aurora alguna. Las nubes durante el dia toman algunas veces la forma y apariencia de la Aurora, causando en estos

casos las mismas variaciones magnéticas.

En las regiones polares principia la Aurora à aparecer en Agosto, y continua hasta Mayo; pero su mayor esplendor es desde Noviembre hasta Marzo. El número de Auroras observadas por el teniente Hood en el invierno 1820-1821, en el fuerte de la Empresa, fue 133 en el orden siguiente: en Agosto 10, Septiembre 6, Octubre 7, Noviembre 8, Diciembre 20, Enero 17, Febrero 22, Marzo 25, Abril 18.

La duracion de la aurora es muy varia. Algunas veces aparece y desaparece en el espacio de pocos minutos; otras veces dura toda la noche, y aun sucede que continúa sin interrupcion por dos ó tres dias.

En casi todos los paises del Norte y centro de Europa se ha visto la Aurora boreal en varias épocas. El Dr. Halley hizo una descripcion de la que vió en 1716, la mas notable que se ha visto en Inglaterra desde aquel tiempo. En 1826, y últimamente en 1831, la Aurora fue muy visible, y se han hecho algunas descripciones de ella. En las islas de Shetlandia, al Norte de Escocia, lat. 60, se ven frecuentemente los *bailarines alegres*, como suelen llamarse los cuerpos luminosos que se mueven de arriba abajo sobre el horizonte, y contribuyen mucho á avivar alli las tristes noches de invierno. Por mucho tiempo se dudaba si la Aurora era peculiar solo de la region àrtica, ó si aparecia tambien hacia el polo antártico; pero ahora està ya demostrado por varias observaciones de los navegantes, que este metéoro pertenece à ambos hemisferios; aunque con diferencia considerable en el color de la luz, siendo un resplandor blanco en la region austral, mientras que en la region boreal se presenta bajo una gran variedad de colores vivísimos.

Se dice que à la Aurora boreal precede un ruido muy singular, semejante al producido por un papel fuerte cuando se sacude entre las manos. Los últimos navegantes, como Parry, Franklin y otros aseguran que no oyeron jamas ruido alguno; pero como los indios esquimales que habitan aquellas regiones declaran unánimemente que el tal sonido se oye al aparecer de la Aurora, debemos suponer que algunas veces serà perceptible y bastantemente claro, pero que no es frecuente, pues de otro modo hubiera sido distintamente oido por el capitan Franklin, que vió nada menos de 343 Auroras boreales.

J. S.

EL POETA INGLES WALLER.

Los dos vicios cardinales de los poetas son la lisonja y la sàtira, y ninguno ha igualado á Waller en la primera de estas dos faltas. La adulacion de este poeta es tanto mas notable, cuanto eran contrarios en carácter los príncipes à quienes lisonjeaba. El absoluto y obstinado Carlos I, el hipócrita y regicida Cromwell, el festivo y libertino Carlos II, el fanático y obcecado Jacobo II, todos fueron igualmente asuntos heróicos de alabanzas sublimes, y con todos vivió bien, porque el poeta no pecaba en intencion, sino en palabras métricamente colocadas.

Waller, no solo ensalzó hasta los cielos al usurpador Cromwell en vida, mas compuso un elogio fúnebre despues de su muerte, considerado como obra maestra en la poesia inglesa. Poco despues subió al trono el espatriado Carlos II, y el poeta cortesano le presentó una composicion poética, prodigando elogios al nuevo monarca. Leidos los versos por el festivo Rey, llamó à Waller, y con simulada indignacion, le dijo, que las alabanzas que le daba eran muy inferiores à las que habia dado á Cromwell. «Señor», respondió Waller sin turbarse, «nosotros los poetas brillamos siempre mas en asuntos de mera ficcion.»

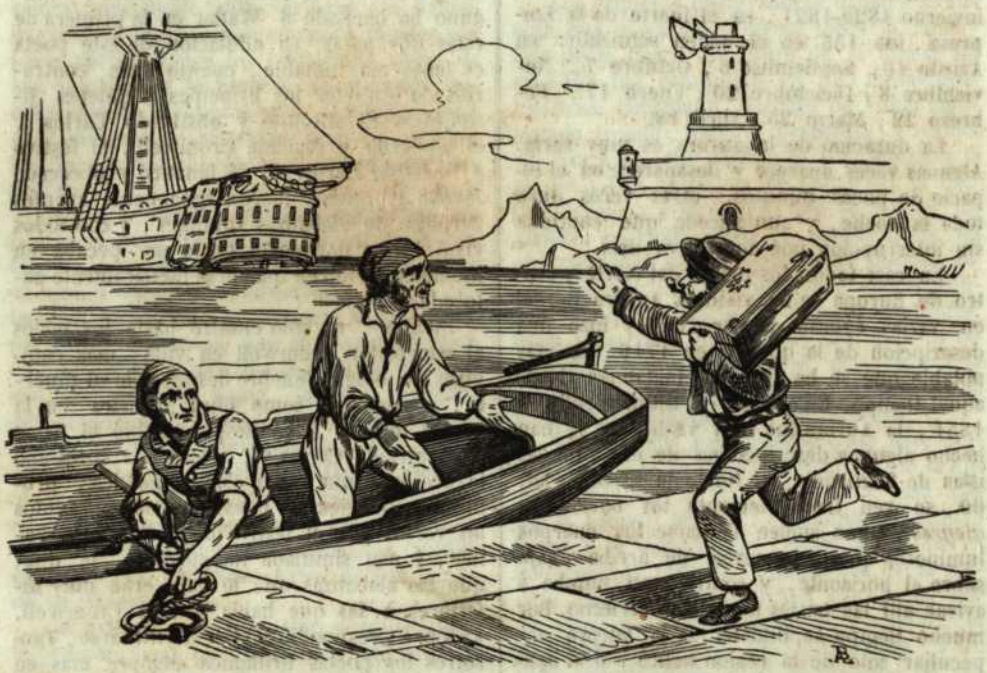
—

EL AUTOR TRAGICO INGLES.

Las tragedias inglesas no contienen el fin desgraciado de un solo héroe ó heroina, sino de ambos, y tres ó cuatro cómplices mas. La siguiente anécdota darà idea de la tragedia inglesa. Hace algun tiempo que un autor dramàtico compuso una tragedia en cinco actos, y la ofreció al director de uno de los teatros principales de Londres, dirigiéndole modestamente estas palabras: «Aquí presento á V. una tragedia que es una obra maestra de composicion, y no hay duda en que obtendrà un aplauso general. He consultado, y creo que con acierto, el gusto de mi nacion, hallando el plan de hacer una pieza tan trágica que todos mis actores mueren en el tercer acto.» «Ah!» esclamó el director, «¿y quien representa en los dos últimos actos?»—«Las sombras de aquellos que hago matar en el tercero,» respondió el autor.

Domingo 16 de Mayo.

EL VENENO DE LOS OBEAHS.



En una hermosa mañana de la primavera de 1828 me embarqué para la isla de Antigoa, en donde mi padre tenia casa de comercio à la cual me mandaba creyendo que algunos meses de práctica me servirian mejor para conocer los productos y direccion de un establecimiento colonial que todos los estudios teóricos que pudiera hacer en Inglaterra.

El hermoso horizonte que se presentaba à mi vista y que dentro de poco iba á atravesar, la algazara de los marineros que embarcaban mi equipage, el magestuoso aspecto de la fragata que debia conducirme, y que ya pronta à surcar el Oceano, se mecia dulcemente en un mar sereno, todas estas cosas se grabaron tanto en mi jóven imaginacion que no se han borrado aun, ni creo se borrarán nunca.

Partimos al fin, y despues de una navegacion feliz llegamos á Antigoa donde me establecí en la plantacion de un antiguo amigo y corresponsal de mi padre: era viudo, y su hija única estaba educàndose en Inglaterra, donde la vi pocos dias antes de mi partida, con pretesto de ir à ofrecerla mis servicios y de ver si me mandaba algo para Antigoa. La presencia de aquella jóven hizo en mi alma una impresion muy ligera, porque me hallaba poseido de aquel ardor tan natural en un jóven que va à lanzarse solo en el borrascoso mar de la vida; únicamente recuerdo que me pareció graciosa y amable.

Cuatro meses habian transcurrido despues de mi llegada à la isla, y ya iba estando bastante enterado de las costumbres y usos de

los negros cuando ocurrieron los sucesos que voy á referir.

Estaba situada mi habitacion en la estremidad de un barranco, en cuya cavidad crecian las cañas de azucar: la plantacion se estendia desde la casa hasta à unas cien toesas del mar. A un cuarto de milla de la habitacion, y por la parte mas alta del terreno, estaban situadas las cabañas de los negros, rodeadas cada una de un jardinillo: estos jardines no estaban cerrados, y se prolongaban hàcia la montaña à voluntad del cultivador. Los molinos y demas utensilios para la fabricacion del azucar se hallaban establecidos en la playa, y por medio de una pequeña bahía podian las embarcaciones pequeñas cargar los toneles de azucar: estas barcas trasladaban nuestras mercancías á San Juan, y alli recogian sus cargamentos los buques de las Indias orientales. Los negros vivian contentos y felices en aquella solitaria y agradable habitacion, y el Domingo era un dia de descanso, ó por mejor decir, de placer, porque mas deseaban esto último que lo primero. Apenas empezaba el sol à liquidar las gotas de rocío que centelleaban sobre las matizadas frutas, veíase á los indígenas vestidos de gala correr al mercado de la ciudad vecina, que se celebra los Domingos de madrugada.

A la vuelta se dirigia cada uno de ellos á la capilla situada en el camino de San Juan, à dos millas de nuestro establecimiento; el oficio divino se diferia hasta la tarde para que los negros pudiesen asistir.

Como ya llevaba yo algunos meses de residencia conocia à todos los esclavos, y asimismo penetraba todos los inocentes ardides de que se valian para sacarme algunas vagatelas, como por ejemplo un vaso de rom, un poco de tabaco, ú otras cosas por este estilo cuando me acercaba à sus cabañas para presenciar sus danzas, diversion sin la cual no podrian pasar los negros un solo dia. Entre las mugeres se hallaba una jóven esclava de unos diez y siete años, que pasaba por la doncella mas hermosa del pais: ya habia yo notado la belleza de sus blanquísimos dientes, su graciosa sonrisa y el estremado aseo y elegancia de toda su persona: eran sus facciones un modelo de regularidad; y efectivamente, Cora en comparacion de sus compañeras podia pasar por una belleza. Generalmente era ella la comisionada por los esclavos para pedirme dos ó tres botellas de rom, que les diesen fuerzas para continuar sus danzas, en las que desplegaban todo el vigor de sus cuerpos. Mas de un enamorado Otelo tenia la hermosa esclava: pero el preferido al parecer era un tal John Pepper, un arrogante negro, jóven y buen mozo, melancólico por naturaleza, y que únicamente se animaba con las palabras ó gestos de su amada. Bien sea que Cora Mango se hubiese imaginado que yo la rondaba, ó bien que me prefiriese à mí, lo cierto es que poco á poco rompió con John Pepper, y aprovechó todas las ocasiones de estar à mi lado. Apoderóse del amante deshauciado una profunda melancolía, y un dia en que ignorante yo de su desgracia le pregunté cuando se casaba:

—Cuando Dios quiera, señor Compton, pero á mí se me figura que no ha de verificarse nunca mientras ella os vea aqui. ¿Por qué no os volveis á vuestra patria?

—Y ¿qué te importa à tí, John, que yo esté aqui ó en otra parte? ¿piensas que yo trato de usurparte tu Cora.

—Pues si no tratais de eso ¿à qué andar rondando siempre nuestras casucas? Los hombres blancos nada tienen que hacer en las chozas de los negros.

—Voy á ellas por veros danzar, y porque gozo contemplándoos felices.

—Yo no soy feliz, amo mio, replicó Pepper meneando tristemente la cabeza.

—¿No eres feliz? ¡Pobre John! y, dime, ¿qué puedo yo hacer por tí?

—Ah! si de veras lo deseárais, que contento estaria! Ya conoceis à Nelly, la vieja hechicera que da á veces encantos à los niños; ella os ama mucho y yo la he oido decir que sois un escelente señor. Pues bien, tomaos la molestia de ir à decir à la vieja Nelly que deseais mi enlace con Cora, y vereis qué pronto se verifica..... Es tan seguro como que allá arriba hay un Dios omnipotente.

La negra en quien John tenia tan ilimitada confianza era por cierto el objeto mas miserable y asqueroso que puede imaginarse. Su rostro estaba surcado de profundas arrugas; cubrian su cabeza algunos cabellos blancos como la nieve, y su entreabierta boca patentizaba los estragos del tiempo. Pasaba la mayor parte del dia sentada al sol sobre una gran piedra delante de su choza, murmurando sin cesar palabras cabalísticas: en una palabra, era una luz mezquina próxima á estinguirse. Rara vez pasaba yo por delante de ella sin echarla sobre las rodillas alguna

limosna, que la pobre vieja se apresuraba á recojer, dándome las gracias con un movimiento de cabeza.

—Pero ¿qué puede hacer esa muger?

—Escuchad, amo mio, replicó Pepper; y acercándose à mí se apoyó en el respaldo de la silla casi hasta tocar mi oido con su boca.

—Esa muger es grande, muy grande como que es *obeah*, me dijo en voz baja.

Sorprendióme en estremo esta confianza: porque un secreto de importancia tal es rigorosamente guardado por los negros: sobre quienes los supuestos hechiceros llamados obeahs ejercen un poder tan ilimitado que son castigados severamente cuando se llega á descubrir alguno. Sin embargo, como el asunto no me atañía, y se me habia hecho la revelacion bajo palabra de secreto, le prometí hablar à la octogenaria Nelly aquella misma tarde.

Dirigíme como de costumbre à las grutas: hice mi ordinario regalo de rom y cuando me pareció estar mas animada la danza, me escurrí como pude y partí en busca de la vieja: estaba columpiando su esqueleto vivo y murmurando palabras ininteligibles: y cual si hubiese adivinado que aquella tarde precederia una peticion à la limosna, alargó la cabeza y aplicó el oido. En pocas palabras la manifesté lo que deseaba, y me retiré en seguida dudando de la utilidad de su intervencion. Pero en los dias siguientes, noté que Cora estaba triste y pensativa y huia de mí con cierto desden que me admiraba. Tres semanas despues se efectuó el casamiento, y el venturoso John me suplicó que honrase con mi presencia la bendicion nupcial que debia echarles M. Wilson misionero protestante que residia cerca de nuestro establecimiento.

Tres semanas llevaban de casados John y Cora cuando supe que acababan de llegar varios misioneros, y que uno de ellos venia destinado para nuestra plantacion. Esta noticia me disgustó, porque la ejemplar conducta de M. Wilson se habia atraido el respeto universal, y era de temer que los principios de los nuevos sectarios no estuviesen acordes con los de nuestro venerable ministro. Por desgracia todo esto era cierto. Paseàndome yo un dia por entre las chozas, descubrí un hombre que hablaba à los esclavos con calor y vivacidad. Por su esterior y su lenguaje adiviné quien podria ser, pero deseando cerciorarme, me acerqué sin cumplimiento y le pregunté su nombre y las razones que le conducian á la plantacion.

—Mi nombre es Saul Fallover, contestó con tono magistral; el Señor me envia à enseñar el camino del cielo à estos pobres hermanos estraviados.

—Tenemos ya un ministro del Evangelio que está encargado de instruirlos, contesté, y aunque son de agradecer vuestras buenas intenciones, no creo que os propongais introduciros en la feligresia de otro.

—Debo obedecer á la voz del Señor, me replicó, y no hacer caso de los que no son hijos de Cristo ó no buscan sinceramente su luz.

Y volviéndome la espalda, se alejó. El poco tiempo que duró nuestra conferencia me habia bastado para examinarle: tenia una presencia agradable: sus cabellos negros aplastados sobre la frente cubrian en parte sus vivos y penetrantes ojos: era de color pálido y llevaba en cabestrillo el brazo izquierdo: despues supe que habia sido hilandero de lana en Manchester, y que privado por un accidente del uso de aquel brazo, abrazó esta nueva profesion como un recurso para subsistir.

Entre los esclavos que atrajo en su primera predicacion, descubrí à mi amigo John Pepper, que, acercándose à mí, me dijo asi que el misionero se alejó:

—Ese si que es un escelente hombre, señor Comptom! que bien habla! nos ha enseñado la verdadera fe, ha hablado de Dios, de la libertad, y á mí me ha dicho: Vengo à tu choza para enseñarte una nueva luz.

—Amigo Pepper, esa nueva luz no te hace falta: creeme, si vuelve á tu choza, no le escuches.

Pero el pobre John no hizo caso de mis consejos. M. Saul Fallower visitó asíduamente à los negros, y no tardaron sus predicaciones en tener funestos efectos. En pocos dias fueron sustituidas las bulliciosas danzas por discusiones fanáticas y acaloradas. Durante el dia, discutian los negros sobre sus derechos y sobre la inutilidad de la obediencia, no llevaba M. Saul Fallower dos meses de residencia en el pais, y ya la capilla estaba siempre desierta: la voz del respetable Wilson no era escuchada, y los negros se habian vuelto perezosos é insubordinados. Suspendí mis paseos de la tarde y permanecí en compañía de mi patron á quien habia alarmado vivamente aquel suceso que

ponia en peligro su rico establecimiento.

Habia yo contraido relaciones bastante íntimas con una jóven esclava propia de M. L.: esta muchacha hubiera podido pasar en Inglaterra por una graciosa morena: sus largos cabellos negros cubrian una piel que à pesar de su matiz cobrizo tenia sin embargo un color bastante agradable; María me apreciaba en estremo, y muchas veces recibí por su conducto informes de la mas alta importancia. Un dia que hablando del misionero metodista decia yo que de buena gana le echaria con mil diablos, me contestó ella:

—No es necesario que vos le echeis, Sr. Guillermo, porque me parece que no tardará él en irse.

—¿Por qué razon, María?

—Oh! ya vereis, ya vereis; mientras se limite á hablar de la fe todo marcharà bien, pero el otro dia ha pronunciado un gran sermon sobre los obeahs, ha dicho que los obeahs era gente peligrosa, y que no se les debia escuchar. La vieja Nelly estaba allí y lo oyó todo.

—Eso es imposible, Maria, dije interrumpiéndola, porque Nelly es sorda.

—Qué equivocado estais, Sr. Guillermo! oye y ve mejor que vos, y estoy segura de que no perdonará al misionero.

—Y qué mal puede hacerle?

—Qué mal? todo el posible: puede hacerle morir en un minuto, en una hora, en un año si quiere: son tan poderosos los obeahs!

—¿Luego emplea el veneno? Pero, María, ¿cómo puede administrarle sin ser descubierta?

—Y ¿quién es capaz de descubrirla? Qué negro se atreveria á desobedecer sus órdenes? Mirad, señor Guillermo, continuó abriendo mi caja, de la que sacó una pequeña cantidad de polvo, mirad: con tanto asi se puede matar en un año, con esta porcion en dos meses, y con todo esto en un solo dia: esto no falta, porque lo sé de cierto por mi madre que me dejó unos pocos de esos polvos.

—Y ¿qué aspecto tienen?

—Como de tierra, añadió María.

—De tres años que hace que ha muerto vuestra madre à esta parte, ¿qué ha sido de esos polvos, María?

—Oh! ese es mi secreto, replicó poniéndose colorada, y se separó de mí rápidamente.

Como habia mil veces oido decir à M. L. que los negros poseen venenos de la mas peligrosa naturaleza, cuya preparacion es conocida solamente de los obeahs, dí inmediatamente parte de todo esto al médico del establecimiento con quien estaba relacionado, quien me dió acerca de ello varias noticias curiosas sobre las intrigas secretas de los obeahs y su poder, tanto mas temible, cuanto que està rodeado del mas profundo misterio.

La autoridad de M. Saul Fallover sobre los negros tomaba incremento de dia en dia, de lo que resultó tal indocilidad de parte de ellos, que una mañana amanecieron declarando que tenian derecho para ser libres y no trabajar. La paz y la dicha habian desaparecido de la plantacion: M. L. no tenia un solo momento de tranquilidad, y los vigilantes asustados no podian conseguir obediencia de los negros sino con muchísimo trabajo.

Un dia en que me habia sentado detras de la espesura de unos matorrales desde donde no me podian ver los trabajadores, me entretenia en contemplarlos formados en dos filas y ocupados en cavar, cuando hirió mis oidos la conversacion que los dos principales de ellos tenian, y era del tenor siguiente:

—Yo te digo que no es esa la verdadera fé, decia el primero.

—Y ¿qué diablos sabes tú de la verdadera fé?

—Que si lo sé? Yo te lo esplicaré. Supongamos que dividen á un hombre en dos partes de un sablazo, ó con una hoz, por ejemplo; pues bien, si este hombre tiene fé verdadera, los dos pedazos se reunirán y él seguirá tan bueno como antes.

—Bien, bien; déjate ahora de cuentos y de sablazos; esta noche buena verás el uso que se harà de ellos segun dice M. Saul. Y entonces el negro se puso á cantar con voz ronca y sombria.—«Cuando venga la pascua verá el hombre blanco.—*Alleluya*—que todos los esclavos pueden ser hombres libres.—*Alleluya.*

—¿Cuántas semanas faltan para Navidad? preguntó una voz que reconocí ser la de John Pepper.

—Bah! Bah! le respondieron; mejor harias en acordarte de Cora que en contar las semanas. Esta observacion escitó la alegria de toda la asamblea.

—M. Saul enseña la verdadera fé à Cora, dijo otro; y una risa general acogió estas palabras.

Entonces conocí claramente el estado de las cosas; era evidente que el misionero que-

ria concitar à los esclavos à la sublevacion, y todo me hacia temer que pretendiese tambien separar á Cora de sus deberes. A la noche siguiente me presenté en la cabaña de John ; estaba solo , sentado à la puerta y con ademan bastante triste , preocupado al parecer su ánimo con las chanzonetas de sus camaradas y la conducta de su amigo , pues de algun tiempo à aquella parte solia Cora tener largas entrevistas con el misionero , sin curarse de los celos de su marido.

—Cómo tan solo , John , le pregunté ? ¿dónde está tu muger?

—Se ha ido con el misionero , señor Compton ; y todavía no ha vuelto , añadió suspirando.

—Mas estraño que siendo tan linda hagas de ella tan poco caso.

—Menos hace ella de mí, mucho menos; desde que va à ver á M. Saul dice que no puede amar á un negro como yo.

Rompió à llorar al decir esto , y permaneció durante algun tiempo cabizbajo y meditabundo , pero luego enjugándose los ojos de repente se levantó con ademan amenazador y esclamó:

—John Pepper se vengarà , amo mio. Voy à buscar à la obeah ; ella puede hacer que todavía ame Cora á John , y entonces.... yo me vengaré. Ah ! si vos quisieseis hablar á Nelly! ella hace todo lo que la mandais.

Habiéndome negado à esta nueva insinuacion , unos quince dias despues se decidió Pepper à buscar à la famosa hechicera : una circunstancia notable coincidió con esta visita.

Sabedor el respetable M. Wilson de que M. Saul Fallover deshonraba su carácter con sus relaciones con Cora , juzgó propio de sus atribuciones dirigirle una severa reprimenda. Fallover confesó su culpa , prometiendo mudar inmediatamente de conducta ; y en efecto , sea que le hubiesen conmovido verdaderamente las exhortaciones del digno ministro , ó que temiese las consecuencias que pudiese acarrearle este asunto , la verdad es que dejó en el mismo instante de recibir à Cora en su casa. Esta , cuya pasion habia llegado al delirio , atribuyendo á indiferencia este paso , recurrió à la hechicera para pedirla precisamente el mismo favor que su marido iba à exigir con respecto á ella. Pero habiéndose anticipado se presentó la primera en casa de la obeah , quien la prometió lo que deseaba.

Al dia siguiente el afligido marido acudió á contarla su pena , declarándola que el misionero habia logrado cautivar el corazon de su muger. Cuando concluyó Pepper de hablar , la vieja se agitó sobre su piedra haciendo contorsiones y murmurando frases ininteligibles , despues de lo cual se levantó, y arrastrándose hasta el fondo de su choza, salió à poco rato , teniendo en una mano una calabaza que contenia el brevaje prometido á Cora para el misionero , y en la otra uno de los grandes caracoles en que los obeahs preparan sus mistos. Se volvió á sentar en la piedra , poniendo la calabaza à un lado y el caracol sobre sus rodillas , y continuando sus oraciones sacó de él unas cuantas plumas de papagayo , huesos y dientes de hombres y animales , algunas raices de árboles, y por último un paquetillo envuelto y atado minuciosamente. A fuerza de crispaciones sus largos dedos consiguieron deshacer el nudo, y entonces sacando del paquete una pequeña porcion de polvos blancos , se los puso à John en la mano , haciéndole señal de que los echase en la calabaza. Hecho esto le despidió levantando tres dedos , lo que queria decir que volviese dentro de tres dias. Cora no faltó à la siguiente tarde , y la vieja le entregó la misteriosa calabaza.

Al dia siguiente recibió un espreso el médico , en que se le suplicaba fuese à ausiliar à toda prisa à M. Fallover que se hallaba peligrosamente enfermo. Pero por mucho que se aceleró , fue inútil su cuidado: á las dos horas espiró en medio de las mas horribles agonías. Como el médico aseguró que solo el veneno podia causar una muerte tan pronta , y como ya habia corrido la noticia de la ruptura del misionero con Cora, la autoridad se apoderó de esta para tomarla declaraciones. La pobre muchacha confesó que habia pretendido reanimar su amor por medio de un filtro que le habia dado la obeah ; y el raudal de lágrimas que acompañaba su relacion probaba hasta la evidencia que habia sido instrumento inocente de la venganza de Nelly. Habiendo determinado los magistrados que se apresase à esta , al ir à entrar en su cabaña se la encontró muerta , siendo imposible determinar por ningun signo esterior si era natural ó violento su fallecimiento. Cora fue puesta en libertad y volvió à la compañia de su marido.

Reanimado el prestigio de M. Wilson sobre los negros no tardaron mucho en recobrar tambien su antigua alegría y obediencia ; sin embargo , bastante tiempo tuvo que transcurrir hasta que las falsas ideas

desaparecieron totalmente de su espíritu.

Aqui terminaria mi narracion si no quisiese contar à mis lectores un episodio que particularmente me concierne. Habia prolongado mi permanencia en la plantacion y pensaba ya sériamente en volver à Inglaterra, cuando me participó M. L. que esperaba viniese su hija en el primer navío, y deseaba me hallase presente á su dichosa reunion à lo que accedí con gusto. Si aquella jóven me habia parecido bonita en el instante que la ví antes de mi viaje, júzguese el efecto que harian su belleza y la blancura de su tez en mis ojos fatigados por la uniforme monotonía del color propio de aquellos paises. No tardé en enamorarme perdidamente de ella, y como ningun rival me hacia sombra, ni esperimenté repugnancia de parte de la jóven, ni su padre tuvo dificultad en darme palabra de aceptarme por yerno.

Al principio de esta historia he confesado que tuve la imprudencia de relacionarme con una esclava llamada Maria, y el lector sensato inferirà que en el momento en que traté de contraer mi matrimonio no era natural sintiese en mi alma otra cosa que indiferencia hàcia la pobre muchacha. Pero asi que esta concibió las primeras sospechas de mi amor à otra, y se convenció de que no tenian poder sobre mí sus atractivos, dió en celarme con una vijilancia tal que no me quedaba una sola vez solo con miss L. sin que ella encontrase modo de interrumpirnos. Confieso que las làgrimas que vertia en prueba de la sinceridad de su afecto me conmovian vivamente; pero al mismo tiempo una inclinacion natural me hacia ser cada dia menos sensible para con ella, al paso que mas asiduo al lado de mi novia.

Una mañana por fin entró en mi cuarto determinada al parecer á provocar una esplicacion á todo trance. Miróme con ojos tristes, y luego conteniéndose de repente se encendió su rostro, y acercàndose á mí con un aire que se esforzaba en que pareciese determinado:

—M. Compton, me dijo, quiero haceros una pregunta, una sola: ¿A quien preferis de las dos? A miss Laura ó à Maria? .... Y los sollozos ahogaban su voz.

—Pero, Maria, no sé con qué derecho me preguntas eso.

—Con qué derecho, William? Con el derecho que debe tener toda muger sobre su amante, respondió la jóven criolla: vos no podeis negarme una respuesta.

—Pues bien, Maria, ya que lo exiges te confesaré que me pareces muy bella, y que te he querido mucho, pero en el dia han cesado ya nuestras relaciones.

Al oir estas destrozadoras palabras, miróme Maria fijamente y permaneció durante un minuto inmóvil como una estàtua, mas luego faltàndola las fuerzas cayó desplomada sobre el pavimento. Asustado con aquella caida me precipité hàcia ella para levantarla, habia perdido el conocimiento, y derramaba sangre en abundancia por boca y narices. Ayudado de mis criados la transporté à su lecho é hice llamar al médico, á quien confié todo el secreto, dàndole parte al mismo tiempo de mis proyectos acerca de miss L.

—Querido Compton, me dijo luego que hube acabado, esta muchacha estarà buena antes de quince dias, no es su vida la que corre peligro, sino la vuestra. ¿Os acordais de la conversacion que con ella tuvísteis acerca del veneno de los obeahs?

—Perfectamente, le respondí, asi como tambien de la respuesta que me dió al querer informarme del paradero de los polvos que poseia su madre.

—No han salido de sus manos, y solo le falta una ocasion para emplearlos. Es necesario que se entere de todo à M. L. cuanto antes.

—Imposible.

—Esa delicadeza seria tolerable aun si no peligrase mas que vuestra vida, pero tened entendido que la de miss Laura està tambien amenazada, y vos sereis la causa de todo lo que la suceda.

Instado vivamente por él, consentí por último en que haciendo mis veces hablase á M. L. del asunto, quien alarmado por su hija, le recomendó que velase atentamente sobre la enferma, y dió órden apenas se restableció, para que la trasladasen à una posesion lejana. Pero apenas habia caminado cinco leguas, cuando pretestando una indisposicion descendió de su mula, y suplicò al arriero que la conducia fuese à cojer una banana en los àrboles inmediatos. Luego que este se la entregó, la descascaró y se la comió, tendiéndose sobre la yerba. El conductor la insinuó entonces volviese á su cabalgadura para continuar el camino.

—«No, le contestó; voy á morir aqui;» y en efecto espiró á los pocos minutos. A su lado se encontró en un papel el resto de aquellos polvos, cuyo fatal poder me habia esplicado tan bien en tiempos mas felices.

S. F.

EFECTOS SALUDABLES DEL EJERCICIO.



ada puede mostrar mejor los medios que posee el hombre para aumentar el poder físico de sus músculos, que el ejercicio diario y arreglado. Un curso sistemàtico de ejercicio corporal, por solo algunas semanas, ha hecho capaces de andar diariamente ocho y diez leguas, á hombres que no podian andar una en todo un dia; y à la continuacion de este ejercicio debemos atribuir aquellos esfuerzos estraordinarios que tanto admiramos en algunos hombres. Si el ejercicio corporal puede producir tanto en esto ¿por qué no aumentará del mismo modo la eficacia de todo el cuerpo? Y sí el ejercicio puede aumentar la vitalidad de los miembros del cuerpo humano, ¿por qué no prolongará consiguientemente la existencia de toda la màquina?

Deberà tambien observarse, que el ejercicio corporal será mucho mas beneficioso cuando vaya acompañado con el estado mental; por lo que cualquiera persona que pueda combinar alguna diversion científica, ó negocio de la vida con el ejercicio, le serà este mas útil en ambos respectos, que si lo tomase como un movimiento meramente mecànico. No hay pais alguno donde no puedan observarse diariamente los efectos del ejercicio mental y corporal de las personas perseverantes. Nosotros los vemos y los admiramos; los creemos dotes de la naturaleza, mientras que no son mas que efectos naturales; nos parecen personas privilegiadas, aunque sus hechos no son mas que consecuencias de un ejercicio metódico, por medio del cual podrá cualquiera obtener las mismas facultades.

Los errores con relacion á la dieta, al ejercicio muscular, al vestido, à la ventilacion y otras prácticas diarias; el estado mórbido de la mente producido por estos errores, por alguna intensa actividad mental ó prolongada inquietud, y no pocas veces por defecto de educacion, no solo abren camino à muchas enfermedades, sino que estos mismos errores son la causa de muchas dolencias. Aprendiendo pues á evitar, modificar ó refrenar los errores que nos rodean, las pasiones que nos inclinan, podremos adquirir un tesoro de salud, así corporal como intelectual, ó lo que es lo mismo, una felicidad tan completa, cuanto nos es permitido gozar en la tierra.

Las noticias biogràficas de los antiguos, y muchos ejemplos modernos, prueban decisivamente que cada uno puede muy bien preservar su salud, prolongar su vida, y aumentar su felicidad; y los medios convenientes para lograr esto, estan reducidos á una atencion y práctica juiciosa de cosas triviales en apariencia. Muchisimos ejemplos pudieramos referir aqui de personas que han llegado á una edad muy avanzada, manteniéndose en el goce de una vigorosa salud y potencias intelectuales, por medio de un ejercicio corporal arreglado.

Galeno, aunque de una constitucion delicada hasta los treinta años, por un ejercicio continuado llegó á una edad avanzada. Lo mismo se refiere de Herodoto, el preceptor de Hipócrates, quien sufrió mucho en su juventud por abundancia de humores, corregidos despues por medio del ejercicio. Socrates y Agesilao, estaban tan convencidos de los buenos efectos del ejercicio, que aquel padre de la filosofia moral, lo recomendaba constantemente à sus discípulos. Asclepiades, famoso médico Romano de la antigüedad, declaró públicamente, que queria pasar por un idiota, si llegaba à enfermar, ó si su muerte tenia otra causa que la vejez, ó algun accidente fuera del poder humano; y ciertamente no se engañó en su càlculo, porque, viviendo conforme á las leyes de la naturaleza, vivió por mas de cien años sin enfermedad alguna, y murió de una caida.

CURTIS. *Arte de preservar la salud.*

F. M.

Biografía

DEL CARDENAL DE LORENZANA.



El Cardenal de Lorenzana.

En todos tiempos la iglesia española ha contado en su seno varones ilustres en letras y santidad, que han ocupado puestos distinguidos, y contribuido eficazmente á la mejora de las costumbres, al lustre de las letras, al fomento de las artes, y cuya inagotable caridad ha dejado por todas partes muestras inequívocas de lo que puede el ingenio del hombre, cuando domina en él la idea cristiana de aliviar los males de la humanidad, y proporcionar bienes positivos à sus semejantes.

Largo seria el catálogo de los varones virtuosos que han ocupado las Sedes Episcopales de España, y que han perpetuado su memoria á fuerza de los beneficios que han derramado à manos llenas sobre los necesitados y sobre los pueblos, ya haciendo cuantiosas limosnas, ya promoviendo y empleando sus caudales en obras de utilidad pública. Sin salir de nuestra ciudad pudiéramos presentar como prueba de nuestro aserto al Ilmo. Obispo Sr. Molina, á cuya caridad y beneficencia debe Málaga la abundancia de aguas de que disfruta.

Ilustre como todos, sábio, virtuoso, eminente como el que mas, fue *Don Francisco Antonio Lorenzana*, de cuyas virtudes son elocuentes aunque mudos testigos tantas obras de utilidad pública debidas á su caridad, tantos edificios religiosos hijos de su munificencia, tantas obras producto de su esclarecido ingenio.

Este insigne varon, que llegó á ocupar el puesto de uno de los príncipes de la Igle-

sia, nació en Leon el 22 de Septiembre de 1728 Era de noble cuna, y descendiente de una antigua familia muy conocida en el reyno. Desde niño se hizo notar por sus adelantos, y sucesivamente en Espinareda, Salamanca y Valladolid estudió filosofia, y los derechos canónico y civil. Jóven todavia, fue nombrado rector del colegio de Oviedo, del que desterró antiguos abusos. Siendo ya presbítero, ganó por oposicion, en competencia con privilegiados ingenios, la doctoral de Sigüenza, de cuya iglesia pasó de canónigo à Toledo. En seguida fue nombrado dignidad con titulo de abad de San Vicente, y algun tiempo despues dean de la misma Santa Iglesia.

Una vez entrado en la carrera de los honores y dignidades eclesiásticas, que debia solo á su mérito, la recorrió con rapidez suma. De edad de treinta y tres años fue presentado y alcanzó la mitra de Plasencia; de donde fue promovido cinco años despues al arzobispado de Mégico. Trasladado á las regiones del Nuevo Mundo, en breve se hizo amar de las ovejas que Dios habia puesto bajo su custodia y vigilancia, siendo indecible la caridad y ardiente celo que desplegó en aquellos apartados pueblos, y los muchos abusos que corrigió en las repetidas visitas que hizo en toda la estension de la diócesis puesta à su cuidado.

Superando muchas dificultades logró que se celebrase el IV Concilio provincial; habiendo solicitado y obtenido permiso para ello del Papa Clemente XIV.

Durante su permanencia en Mégico, se valió de su influjo para alcanzar de la Metrópoli que se adoptasen ciertas medidas para el mejor gobierno de aquellas vastas y ricas colonias; y no contento con esto, empleó con celo evangélico las rentas de su dignidad en dotar hospitales, construir caminos y otras obras públicas de reconocida utilidad. Por esto fue unánime el sentimiento de aquellos naturales cuando supieron la promocion de su Pastor à la primada de las Españas. El recuerdo del Arzobispo Lorenzana vivirà siempre en la memoria de los megicanos, y serà grato su nombre à todos los amantes de la humanidad.

Nombrado Arzobispo de Toledo, fue sucesivamente Cardenal, Inquisidor general y Consejero de Estado.

Si Mégico ha conservado recuerdos de su Arzobispo, Toledo, que mereció mas particularmente su atencion, los posee en tanto número, que puede decirse que á cada paso que se da se encuentra uno de su benéfico influjo. Y no fue solo la capital la que mereció su asistencia sino tambien todos los pueblos del arzobispado. En Toledo erigió á sus espensas los edificios de la Universidad y del hospital de dementes, en lo cual invirtió muchos millones. Reedificó el regio Alcázar que estaba casi arruinado, y sus palacios de Madrid y de Toledo, y otros muchos edificios en todo el arzobispado, entre los que se cuentan muchas iglesias parroquiales, y no pocas que erigió de nuevo: tambien edificó de nueva planta la casa de caridad de Toledo, el hospital y casa de caridad de Ciudad-Real, el convento de San Juan de Dios, y un cuartel con bastante capacidad y desahogo.

Amante de las nobles artes, llamó á Toledo sin perdonar gastos à los mejores artistas que se conocian, y con su ayuda logró embellecer la ciudad y su catedral con obras de mucho mérito en pintura, escultura y arquitectura.

Tambien protegió eficacísimamente la industria fabril, resucitando en Toledo las antiguas fábricas de sedas y lanas, cuyos productos hubieran competido y sobrepujado à los de las fabricas del estrangero, si la injusta y desoladora guerra de la Independencia no lo hubiese impedido.

No se paraba aquí su caridad y esplendidez. Todo lo que tenia era para los pobres; y bien lo hizo ver en las cuantiosas limosnas que hacia, que encubria siempre bajo cualquier pretesto. El deseo de socorrer à los necesitados fue el que le hizo emprender y llevar á cabo un gran número de caminos, fuentes, puentes y calzadas; esto sin contar con las grandes limosnas que hacia à los establecimientos de beneficencia, y los muchos socorros que mandaba distribuir á miles de sacerdotes y regulares, que huyendo de la revolucion francesa hallaron al lado del Cardenal Lorenzana un consuelo á sus dolores, un remedio á sus necesidades.

En el modesto sepulcro que contiene los restos de este varon ilustre y virtuoso, se lee esta sencilla inscripcion:

Aqui yace el padre de los pobres.

Frase que revela mas que cuanto se pudiera decir en justo encomio de la inagotable caridad de este prelado insigne.

Dedicado Lorenzana al exacto cumpli-

miento de su obra meritoria y misericordiosa, estaba muy lejos de creer que llegaria un dia en que tendria que separarse de un rebaño tan querido, como el que componian los fieles de la diócesis de Toledo. Sin embargo, las intrigas de corte y ciertas rivalidades mezquinas, lo arrancaron de su pacífica morada para arrojarlo en un mar borrascoso. En efecto, Lorenzana fue desterrado, si bien se simuló este hecho bajo el pretesto de que fuese à acompañar y consolar al Pontífice Pio VI, lo que verificó, con gran satisfaccion de su alma, y no menor de la del Papa, para quien Lorenzana fue un firme apoyo en las azarosas y terribles circunstancias que por aquellos tiempos afligieron à la Iglesia y á su gefe en la tierra. De buena gana hubiera el Cardenal acompañado à Pio VI en su cautiverio, pero órdenes superiores le detuvieron en Parma; y el anciano Pontífice se vió con harto pesar separado de la compañia de un varon á quien profesaba singular afecto. No fue estéril sin embargo para la Iglesia la permanencia de Lorenzana en Parma; pues puede decirse que à la muerte del Santo Pontífice, la Providencia le encomendó el cuidado de sacar adelante la combatida nave de la Iglesia.

En efecto, noticioso del fallecimiento de Pio VI, no perdió momento en comunicar tan infausta nueva à los Cardenales que vagaban ocultos, y asimismo à los que estaban en Venecia, reuniéndolos á todos en esta ciudad, á la que se trasladó en seguida y en donde se reunió el cónclave. Lorenzana con generoso desprendimiento pagó todos los gastos que se originaron en tan memorable ocasion, y tuvo la satisfaccion de haber cooperado, cual ninguno, á llenar la vacante de la Silla pontificia, que ocupó Pio VII con gran consuelo de todos los católicos.

Sosegados poco despues todos los disturbios, y conociendo el Cardenal que segun las miras de la corte no volveria ya à España, renunció el Arzobispado, y fijó su residencia en Roma. Dedicándose entonces con ardor al cumplimiento de sus deberes de Cardenal, asistió á muchas congregaciones, desempeñó los infinitos cargos que se pusieron á su cuidado, y continuó como en todas las épocas de su vida distribuyendo sus rentas en beneficio de la humanidad. Ultimamente, lleno de merecimientos, amado de los que le conocieron, y respetado de todos, entregó su alma á Dios el mes de Abril de 1804 à los 76 años de edad, y fue enterrado en la basílica de Santa Cruz de Jerusalen.

Hemos referido muy en bosquejo la vida de este ilustre prelado español, que tan notable se hizo por sus virtudes y caridad. Pero si la humanidad le debe estar agradecida, las bellas letras deben contarlo en el número de uno de sus mayores apasionados y protectores. Los espinosos deberes de su ministerio no impidieron á Lorenzana que se dedicase al cultivo de las bellas letras, y diese muestras de su profunda erudicion. Para completar en cierto modo esta biografia vamos à hacer una ligera reseña de las obras que publicó, y de otras que vieron la luz á efectos de su proteccion y munificencia.

Antes de que fuese presentado para ninguna mitra, entre otros escritos recomendables, escribió una disertacion sobre el orígen del rito mozárabe, que junto con el ritual de las horas menores de la misma liturgia fue impreso en 1770. Ya Arzobispo de Mégico, ademas de las pastorales y edictos que espidió, verdaderos modelos de oratoria, que se imprimieron en 1769, publicó las actas de los concilios provinciales megicanos 1.° y 2.° y luego los del 3.°, con una noticia de todos los Arzobispos que habia tenido Mégico. Tambien publicó en el mismo Mégico en 1770 las cartas originales que el famoso Hernan Cortés dirigió á Cárlos V, que sacó del polvo de los archivos, y que el sábio prelado amenizó y les dió mas mérito anotàndolas y añadiéndoles varios documentos importantes y láminas, que contienen muchas rarezas y antiguallas de aquel imperio.

En 1775 siendo Arzobispo de Toledo dió á luz à sus expensas en lujosa impresion una nueva edicion del Breviario gótico mozàrabe, que hizo en vista de la primera y de los antiquísimos códices manuscritos que posee la biblioteca del cabildo primado. Añadiole un prefacio lleno de erudicion, y una noticia muy exacta y curiosa sobre el canto Eugeniano ó melódico. En 1779 se imprimieron y dieron á luz sus pastorales. La pureza de su doctrina, el tino admirable con que sabia escoger sus asuntos, los importantes avisos que da à los parrocos y demas individuos del clero y feligreses, el celo en desvanecer abusos, sus reglas para las academias de moral y de sagradas ceremonias de la misa, sus ideas respecto à la oratoria sagrada, y sus amonestaciones para des-

terrar del púlpito cuanto no respirase gravedad y pulso en el manejo de las armas espirituales, que tan bien pueden y saben conquistar los corazones; la prudencia para repartir las limosnas, y otros muchos particulares, todos tratados con sencillez y sabiduria, prueban el tino con que sabia presentar la Religion pura y sin mancha.

En 1789 dió á luz la coleccion de los Padres toledanos que comprenden las obras genuinas de Montano, San Eugenio, San Ildefonso, San Julian y San Eulogio, con distincion de ciertas é inciertas, y con otras noticias que manifiestan cuan grande era su erudicion.

Asimismo promovió à sus espensas la impresion de todas las obras de San Martin, canónigo reglar de San Isidoro de Leon, que floreció en el siglo XII, y que aun no se habian publicado; y costeó la coleccion de los concilios de España, y otro sin número de obras que creyó convenientes para mejorar las costumbres. Compró ademas con grandes dispendios innumerables obras de mucho mérito para enriquecer la biblioteca arzobispal que se erigió en su tiempo.

Por último, costeó en Roma la impresion de todas las obras que publicó el P. Arévalo, que forman una porcion de volúmenes, y deseoso de perpetuar el venerable rito mozàrabe, quiso imprimir el misal como habia impreso el breviario, lo cual llevó á cabo pocos años antes de morir.

C.

Ciencias Naturales.

EDAD DE LOS ARBOLES.



Las plantas no menos que los animales, estàn sujetas à crecimiento, constante mutacion, decadencia y mortalidad, teniendo en muchos casos el periodo de su existencia determinado por la naturaleza con tanta exactitud como el de un insecto. Pero al mismo tiempo debemos observar, que hay una peculiaridad tanto en su estructura como en sus acciones vitales, que no nos permite descubrir analogía ninguna entre la mas perfecta planta y un individuo del reyno animal; y que la mayor parte de los árboles parecen capaces de un periodo de existencia casi indefinido, si no fuera por accidentes y enfermedades independientes de la vejez. Las plantas anuales y bienales tienen un periodo preciso de duracion, porque no pudiendo por su organizacion pasar aquel término producen la semilla que le ha de suceder. Dejando pues estos humildes cuerpos, individuos efímeros de la vegetacion, nos ocuparemos de las plantas leñosas, que fortaleciéndose mas y mas cada año, siguen el curso lento de su vida hasta llegar á aquel fin del que no puede librarse cuerpo ninguno material.

Dos son los modos principales de crecer los àrboles: uno, aumentando desde su juventud mas en diámetro que en altura, hasta que obtenida cierta magnitud, arroja hácia arriba el vàstago que ha de durar la vida del árbol, y cuyo diámetro no tiene variacion perceptible alguna. La anual adicion de nueva materia á un tronco de esta especie se efectua por la insinuacion de fibras

longitudinales en el interior de la materia hàcia el centro. El otro modo de crecer es simultáneamente en largo y diàmetro, principalmente en el primer respecto; y asi vemos comunmente que la mayor parte de los árboles llegan á su altura en un cierto número de años, pero no podemos calcular el término de su grosor. Es bien sabido que hay algunas modificaciones en estos dos modos de crecimiento, pero entrar en estas menudencias solo es propio de una obra sobre botànica, tratando el asunto con el lenguage de su nomenclatura; y nuestro intento, en este como en los demas artículos de la Revista, es considerar los asuntos por el aspecto mas claro, el carácter mas óbvio, y circunstancias mas interesantes.

Entre los árboles que crecen del primer modo, tiene el primer lugar la palma en toda su variedad. Abu-Zacarias y otros autores àrabes aseguran que la palma de datil vive 500 años; este cómputo ha sido formado comparando escrupulosamente los troncos de palmas de una edad conocida, de cincuenta ó cien años por ejemplo, con otros de una tradicion bien fundada, y otros de tiempo inmemorial. La conjetura por el número de círculos que se hallan en las palmas mas viejas no es muy segura. Hay palmas de coco en el Brasil cuya edad no puede ser menos de 700 años, constando que al tiempo del descubrimiento existian ya como àrboles antiguos. Muchos botànicos dudan de la larga duracion de las palmas por no presentar señales fisiológicas que la indiquen, y por el modo de crecer. La palma, dicen algunos, llega á su mayor grueso en pocos años, el cual es de una tercia de diámetro, llegando rara vez à media vara. La nueva sustancia leñosa producida sucesivamente por las hojas, durante su desarroyo, se introduce en el centro, y fuerza hácia fuera la materia leñosa que existía antes, y por esta progresiva operacion la circunferencia va adquiriendo aquella dureza tan notable. La consecuencia es que la nueva materia, no teniendo como ensancharse, necesariamente ha de solidificarse, y al fin ha de obstruir los vasos del nuevo jugo, y por consiguiente impedir la accion de las funciones de las hojas, de la que depende la vitalidad del àrbol. Por esto concluyen los botánicos, que las palmas no pueden vivir por mucho tiempo; pero si viven por 500 años, como aseguran los árabes, la parte que las palmas representan en la escena de este mundo material no deja de ser considerable.

En cuanto à los àrboles que crecen por el progresivo aumento de su tronco, no nos es posible hacer conjetura sobre su edad, no habiendo señales que indiquen el término de su duracion. La nueva materia leñosa que se va formando sucesiva y constantemente por sus hojas se infiltra bajo la corteza por la circunferencia del tronco, y siendo la corteza capaz de una estension indefinida, no hay compresion que obstruya la circulacion de la savia. La esperiencia muestra que la vitalidad de los àrboles reside principalmente en la nueva materia leñosa que se forma cada año esto es, en el tegumento celular ó capas corticales que rodean al liber, cuya operacion explicaremos en otra ocasion; y como cada una de estas nuevas capas existe por sí misma, independiente de la capa que le ha precedido, la inaccion ó aun la total destruccion de la madera interior no injuria la vitalidad de su circunferencia. Esta es la razon por que hay tantos àrboles viejos huecos enteramente, y sanos y aun frondosos; hay otros árboles muy sanos y sólidos en la apariencia, y cuando se cortan se descubren con todo el corazon carcomidos; otros, como el castaño y mas particularmente el olivo, que à los doscientos años se abre el tronco en dos mitades, y siguen dando fruto; y despues de otro largo periodo cada mitad se divide en dos y continuan dando la misma cantidad de aceitunas que solian dar cuando componian un solo tronco; y nosotros hemos visto en el Aljarafe algunos olivos divididos en seis troncos y fructificando todavía, no dudando que fueron plantados por los árabes cuando cultivaron aquel distrito con tanto esmero. Esta manera de crecer los àrboles por sucesivas capas verticales puede compararse á una sucesion de tubos ó cilindros huecos aumentàndose en diàmetro y multiplicándose à proporcion que los anteriores van pereciendo; y bajo esta teoría no queda duda que, en circunstancias favorables á la vegetacion, habrà muchos longevos próceres en las florestas, que se pueden considerar como testigos mudos del diluvio universal, y otros recientes que si logran escaparse de la segur desoladora del hombre, continuarán viviendo por millares de siglos. Sabemos por la revelacion, que el castigo universal del mundo antediluviano fue solo con respecto al reyno animal, y por esto el escojido Patriarca salvó en su nave un par

de cada viviente para perpetuar su especie, y no plantas ni semillas para la propagacion de los àrboles; y aun està especificado que antes de bajar à tierra aquella parte de la creacion que se habia salvado, una paloma trajo al piloto, incierto del paraje donde se hallaba, un ramo de olivo, lo que le sirvió de indicio del fin de su espedicion. De lo que se infiere que los àrboles sobrevivieron al diluvio, y que existirian muchos siglos despues, algunos que habian sido plantados por los hijos ó primeros nietos de Adan. Esplicada pues la razon para la estremada vejez de los árboles, haremos mencion de algunos celebrados en la historia y de otros que actualmente admiran à los viajeros.

Cuando Jerjes, el rey de Persia, marchó con su espedicion contra la Grecia, pasó por donde estaba el celebrado plàtano oriental de Frigia, y quedó tan admirado al ver aquel árbol prodigioso, que mandó detener su numerosa hueste por tres dias, y fijó su pabellon debajo de sus ramas para gozar la delicia de su sombra. No se refiere las dimensiones que tenia, pero no hay duda que seria un tamaño estraordinario.

La historia antigua hace mencion de algunos árboles magníficos en Grecia, cuya edad no se podia averiguar. El Emperador Calígula tenia un plátano de la especie oriental en su granja de Veletra, con un hueco en el tronco capaz de contener quince personas sentadas á la mesa, con los criados necesarios para servir la comida; y ademas tenia un entablado sobre el pie de las ramas que servia de sala para los convidados.

El viajero Maundrell halló en el monte Líbano algunos de los cedros antiguos que probablemente eran poco corpulentos en el reynado de Salomon, y por eso no fueron cortados. Este viajero midió uno, cuyo tronco estaba perfectamente sano, y tenia trece varas y media de circunferencia; á las seis varas del suelo se dividia en cinco brazos, cada uno de los cuales era un àrbol de grandes dimensiones. El profeta Ezequiel, hace en sus visiones, la descripcion de un cedro del Líbano de una altura prodigiosa.

El soberbio baobab, el monarca entre los árboles de Africa, aunque su tronco no se eleva mas de cinco á seis varas, es tan grueso que tiene regularmente treinta varas de circunferencia, mas abajo de las ramas. Estas, cuando están cubiertas de hojas, forman una copa tan prodigiosa, que una de ellas medida por Adamson, tenia ciento y setenta y cinco varas de circunferencia. La sombra hecha por este frondoso gigante, puede cobijar à un regimiento de soldados. La edad de un àrbol baobab bien crecido es incalculable; Adamson es de opinion que no puede tener menos de cinco mil años. Algunos de los caducos cipreses de Chapultepec en Méjico eran árboles viejos en tiempo de los primeros Chichimecas, y probablemente anteriores à la primera tribu de los Tultecas. El profesor De-Candolle que vió estos àrboles calculó su edad en cincuenta y cinco siglos. Nos han informado que una partida de tropas mexicanas, en estas últimas guerras intestinas, han destruido estas reliquias, que segun toda probabilidad eran antediluvianas.

Los cipreses de la Sultana en los jardines de la Alhambra, conocidos por aquel nombre por una aventura de los Reyes moros, existen todavia, y atendida la tradicion son anteriores à la irrupcion de los africanos en España, y por consiguiente no podian tener menos de mil años.

En el pais de los Grisones hay un tilo de veinte varas en circunferencia, y hace quinientos años que era muy celebrado entre los naturales de aquella region.

Bien sabido es que los mahometanos para dar mas crédito à la revelacion de su Profeta, admiten las del antiguo y nuevo Testamento, en cuanto no se oponen á su Alcoran. Cuando los turcos tomaron la ciudad de Jerusalen hallaron ocho olivos en el Jardin de las olivas, que creyeron eran del tiempo de Jesucristo, y como los turcos son tan supersticiosos los han conservado hasta ahora por lo que los ocho venerables olivos no pueden tener menos de mil y quinientos años, y probablemente son anteriores á la conquista hecha por Tito.

En el valle de Bujukdere junto á Constantinopla existe actualmente un plátano de la especie oriental, cuyo tronco tiene cincuenta y cinco varas de circunferencia, con una cabidad ó cuarto interior de veinte y nueve varas de circunferencia. No se sabe su edad, pero es de suponer pertenecia á la antigua Bizancio, y por consiguiente tiene mas de quince siglos.

El árbol mas memorable en la historia por el noble uso que se ha hecho de él durante diez siglos, es el de Guernica en Vizcaya. Este árbol magnate, verdadero símbolo de libertad, era ya venerable en las provincias Vascongadas desde el siglo octavo, sirvien-

do de Parlamento, Córtes ó Cámaras sus anchurosas ramas, bajo cuya heróica sombra han jurado todos los Señores de Vizcaya, desde su primer protector Zenon en 870 hasta el siglo pasado, mantener à los Vizcainos aquellos fueros y privilegios cuya infraccion ha costado tanta sangre.

El nogal llega á tener con el tiempo un tamaño prodigioso, y por consiguiente habrá algunos muy antiguos. Scamozzy, famoso arquitecto Italiano, dice haber visto en San Nicolas de Lorena una sola tabla de nogal que tiene nueve varas (castellanas) de ancho; sobre la que, dice la historia, el Emperador Federico III dió un banquete suntuoso.

Pero el mas celebrado de todos estos àrboles matusalénicos es el famoso castaño del monte Etna en Sicilia, aunque ya va perdiendo mucho de su dignidad oriental. Muchos viajeros han dado noticia de este àrbol estraordinario, y aun hemos visto una descripcion de él hecha hace mas de trescientos años, cuando una infanta de Aragon lo visitó poco despues de su casamiento con el Rey de Sicilia; pero aqui seguiremos á Brydone, que dió al público una relacion de él en 1791. Su apariencia al presente es de cinco àrboles distintos, y su circunferencia por la parte mas baja de los cinco entre-abiertos troncos tiene como sesenta y cinco varas. Muchos viajeros han imaginado que este àrbol monstruoso se ha formado como en uno por el crecimiento de cinco àrboles de la misma especie uno junto à otro, por la imposibilidad de concebir que el espacio entre los cinco estuviese antes lleno de madera. Brydone lo examinó cuidadosamente para formar su juicio, y quedó al fin convencido de que en un tiempo, quizas muy remoto, todo formaba un individuo poderosísimo; y despues quedó mas confirmado en su opinion, por un mapa muy antiguo de Sicilia en el que estaba marcado el castaño del Etna. El argumento de estar abierto y dividido en cinco brazos no tiene fuerza alguna para probar que es un grupo de cinco árboles distintos; y aun esto último seria mas improbable, porque no es natural que cinco àrboles crezcan juntos sin detrimento de uno à otro, porque sus raices no podrian unirse para producir una accion simultànea en el desarrollo de sus hojas y fruta. Nosotros hemos visto, repetimos, hasta seis olivos divididos de un solo tronco, y abriendose todos cada vez mas desde el suelo en àngulos, como ràdios de un mismo centro, y nadie puede dudar que anteriormente no formaban sino un solo árbol.

Concluiremos este artículo, dando à nuestros lectores alguna noticia sobre el modo de conjeturar la edad de los árboles mas estraordinarios.

Dos son los modos por que se puede computar la edad de estos cuerpos orgánicos. 1.° Comparándolos con otros individuos bien crecidos cuya edad nos es conocida. 2.° Contando un pedazo de su circunferencia y contando el número de capas concéntricas que son visibles. El lector debe tener presente que hablamos aquí de los árboles que crecen engrosando constantemente su tronco como el roble, &c.; y no de los que crecen por fibras longitudinales, como la palma, &c.

El método por comparacion es bastante correcto para formar un juicio aproximativo, pero el método segundo seria absolutamente exacto si no hubiera probabilidad de error en la observacion, causado por la estrema desigualdad en el grosor de las capas anuales de madera por los lados opuestos del tronco.

A. I.



ASTROLOGIA Y ASTRÓLOGOS.

La Astrologia es el arte que pretende anunciar los acontecimientos antes de que sucedan; en estos tiempos ha llegado á ser tan ridícula la pretension de adivinar, que no merece la pena de refutarla; por lo que solo referiremos algunas anécdotas de Astrólogos.

Dara, hijo cuarto del Gran Mogol, daba fe implícita à las predicciones astrológicas. Uno de estos charlatanes le predijo un dia que sucedería à su padre en el Imperio, y aseguraba la prediccion con su cabeza. Asombrado otro astrólogo amigo suyo de su atrevimiento en arriesgar la vida por una prediccion tan improbable, le preguntó si estaba loco, á lo que el pícaro charlatan respondió:—«Dara es un ambicioso, y con mi prediccion se rebelarà contra su padre para quitarle el trono en su vejez; de aqui ha de resultar una de dos cosas, ó Dara montará al trono y mi fortuna está hecha, ó será vencido y degollado al instante, y en este caso mi cabeza no correrà peligro.»

Irritado un Rey de la India contra un astrólogo, le preguntó muy enojado: «¿De qué muerte piensas tú morir?» «De la fiebre, Señor,» respondió. «Tú mientes, porque perecerás ahora con la espada,» y mandó degollarle. Cuando llevaban al astrólogo á ejecutar la sentencia, volvió la cara al Rey y le dijo: «Señor, mande V. M. que me tomen el pulso, y verá qué calentura tan maligna tengo ahora.» El Rey se echò à reir y mandó soltarle.

Tiberio, durante su destierro en Rodas, consultó á Trasilo el astrólogo sobre su suerte futura: «Tú serás Emperador y gozarás de prosperidad.» «Pues que eres tan hàbil, añadió Tiberio, ¿puedes decirme cuànto te queda de vida?» Trasilo sabia que Tiberio mataba á cualquiera por diversion, y sin manifestar turbacion alguna examinó los astros é hizo ciertas rayas con el dedo, esclamando: «Señor, mi vida està en este momento en peligro inminente.» La astucia de Trasilo agradó tanto à Tiberio que despues le protegió, no como á astrólogo, sino como à hombre de talento.

Un astrólogo predijo un dia á Luis XI de Francia, que una señora favorita del Rey moriria dentro de ocho dias, y asi sucedió. Enojado el Rey contra el astrólogo le mandó venir à palacio, ordenando à sus guardias que á cierta señal con un pañuelo, agarraran al charlatan y le arojasen por el balcon. Llegado el astrólogo à presencia del Rey, le dijo este: «Tú que eres tan hábil en saber el término de la vida de otros, podras decirme cual es el de la tuya?» El astrólogo que lo tomó à chanza, ó que tenia gran presencia de ànimo, respondió tranquilamente: «Señor, yo sé que he de morir tres dias exactamente antes que Vuestra Magestad.» Luis reflexionó sobre la respuesta, y se olvidó de hacer la señal.

Estando muy enfermo un Califa árabe consultó à un astrólogo sobre su enfermedad, el cual respondió: «Califa, tu vas à morir pronto.» Esta resolucion del charlatan ofendió al Califa y dijo: «Estando cierto de la verdad de tus predicciones, quiero que vayas primero al paraiso, é informes alli à mis padres mi próxima llegada.» Diciendo esto le mandó cortar la cabeza, y el Califa sanó de su enfermedad. Este pobre astrólogo tuvo una suerte distinta de los que hemos mencionado antes, porque sin tener ingenio era atrevido.

J. F.

EL ORGULLO CASTIGADO.

CUENTO PARA NIÑOS.



A la caida de una hermosa tarde de primavera, se sentó en el jardin de su casa un buen padre de familia rodeado de sus hijos: eran estos Càrlos y Adolfo, el primero de ocho años y el segundo de cuatro, y una hermosa niña llamada Julia que tenia siete. El buen padre despues de las tareas del estudio dejaba que sus hijos se solazaran, y tomaba tambien parte en sus diversiones, à fin de que sacasen utilidad hasta del mismo recreo. En el momento que referimos, Càrlos, que habia dado perfectamente su leccion de geografia, le preguntaba à su padre:

—Papá, ¿he dado bien mi leccion?

—Sí, hijo mio; procura siempre tenerla tan bien aprendida como hoy, pues asi me das gusto.

—Y yo, dijo Adolfo, ¿no me he estado muy calladito mientras Càrlos ha dado leccion?

—Sí, y asi quiero yo los niños, juiciosos.

—Mire V., papá, dijo Julia, todo el dia he estado cosiendo una camisa para Adolfo.

—Eso me gusta; pues las niñas perezosas no son buenas para nada, ni merecen que las quieran sus padres.

—De modo que está V. contento?

—Sí, hijos mios.

—Ya verá V. como siempre haremos lo mismo para que V. no se incomode con nosotros.

—Y si V. quisiera ahora...

—Qué he de querer?

—Càrlos, díceselo tú á papà.

—Yo no se lo digo, que se lo diga Adolfo.

Y Adolfo que era un lindo niño, vivaracho como una mariposa, risueño como la misma alegria, é inocente como todo niño en los albores de su vida, saltó sobre las rodillas de su padre, le tomó la cara con ambas manos, le dió un beso en la boca, y con esa voz infantil, tan pura, y de un sonido tan dulce y melodioso á los oidos de un padre, le dijo:

—Papaito, ¿no quieres contarnos un cuento?

—Si, papà, cuentenoslo V.: exclamaron á un tiempo Cárlos y Julia, colgándose cada uno por su lado del cuello de su padre, y besándole.

Los alhagos de la inocencia son irresistibles; y si hay circunstancias en que es preciso no acceder á los deseos de los niños, en otras, al contrario, seria acaso un mal no darles gusto. Cuando han cumplido con lo que se les ha prescrito; cuando, por un tiempo determinado, el uno se ha dedicado con ardor à aprender su leccion, la otra á la costura, y el mas pequeño se ha resignado à guardar silencio, à no moverse, en la esperanza de oir un cuento ó en la de obtener cualquier otro premio, debe accederse á sus deseos, debe recompensarse aquella tierna voluntad que ha sabido dominar sus instintos, sus inclinaciones, haciéndose violencia, deteniendo su inquieta imaginacion en un punto, refrenando los movimientos casi irresistibles de su sangre bullidora, y encadenando su locuaz cuanto graciosa lengua, que no parece sino que dudosa de que Dios la haya concedido la facultad de producir sonidos y articular palabras, no

pára un instante para convencerse del prodigio, y recrear su oido con aquellos sonidos tan nuevos.

Guiado de este principio, el padre de que hablamos, despues de hacerse de rogar un rato, accedió á sus deseos. Al punto los dos mayorcitos se sentaron al rededor de su papá, y Adolfo se acomodó en sus rodillas.

—Papaito, dijo Adolfo, no nos cuentes cuentos de espantos.

—Ni de ladrones, tampoco, añadió Julia.

—Lo que ahora voy à contaros, dijo el padre, es lo que le sucedió á un niño que era muy orgulloso.

—Y que le sucedió?

—Se murió, papá?

—A su tiempo lo sabreis.

—Y cómo se llamaba ese niño?

—Eduardo.

—Bueno, empiece V. papá.

—Habeis de saber que Eduardo era hijo único de padres de condicion humilde, pero à quienes la fortuna habia enriquecido. Criado con muchos mimos y regalos llegó á la edad de siete años; y aunque tan niño, dejaba ya conocer lo malo que habia de ser con el tiempo.

—Pues qué hacia, papá?

—Verás; en primer lugar era muy caprichoso, antojàbasele cuanto veia; y esto es muy malo, porque los niños no deben pedir mas que cosas arregladas, ni se les debe dar siempre lo que piden.

—Y á Eduardo le daban todo lo que quería?

—Sí, por desgracia, hijos mios; y digo por desgracia porque asi se acostumbraba cada vez mas à ver satisfechos sus caprichos, y á tener à cada momento otros nuevos. Dime, Càrlos, ¿te parece bien eso?

—A mí, no señor.

—Vamos á ver ¿y por qué te parece mal?

—Porque creo, papà, que no siempre podrà uno tener lo que quiera, y mientras mas se acostumbre, luego sentirà mas cuando llegue el caso de que quiera una cosa que no le puedan dar.

—Muy bien dicho. Y he ahí la razon por qué los padres de Eduardo no le debian haber dado tanto gusto. Eduardo à mas de caprichoso, empezaba à ser muy vano: todos los dias queria ponerse un vestido nuevo. Tambien trataba mal à los pobres criados; y poco à poco se iba acostumbrando á mirarlos con desprecio. Ya veis si todo esto es cosa que hace ningun niño bueno.

—Verdad es que no, dijo Julia; pues V. nos ha dicho que Juana y Antonio, no por estar sirviendo dejan de ser acreedores à que se les trate bien.

—Y tambien os he dicho mas de una vez, que ni la pobreza ni la condicion de las personas deben ser causa para que bajen de nuestro aprecio, si lo merecen por su buen comportamiento.

Eduardo, pues, como os he dicho, daba á los siete años muestras de ser malo. En efecto, le gustaba mortificar á los pobres criados, los trataba con desprecio, queria estar siempre mejor puesto que los demas niños, y se le antojaba cuanto veia. Un dia que salió à paseo con su papá, vió à otro niño que llevaba un sablecito de acero con un cinturon de tafilete encarnado y broche de metal plateado. Eduardo tenia sables en su casa, pero no con cinturon encarnado: acostumbrado à no ver cosa que no quisiese empezó á gritar:—Yo quiero ese sable; que me den ese sable.—Pero, niño, le decia su papá, ¿no tienes tú sables?—Pues yo quiero ese.—Bien, te se comprará uno igual. —No, yo lo quiero ahora, quiero ese.—Y al decir estas palabras se echó à llorar, y se tiró al suelo en medio del paseo, ensuciàndose todo.

—Vaya un niño, esclamó Julia.

—Y no le castigó su papá? preguntó Càrlos.

—No, hijos mios, antes por el contrario, se dirigió al criado que iba con el otro niño, y le propuso que le vendiese el sable. Resistióse el criado; pero últimamente habiéndole dado triple de lo que valia el sable, se lo quitó al otro niño, que era muy complaciente, proponiéndose comprarle un sable nuevo, y otros juguetes con el dinero que habia recibido. Entretanto, seguia Eduardo revolcándose por el suelo, gritando como un loco. Las personas que pasaban se quedaban miràndolo, y todos de buena gana le hubieran dado unos cuantos azotes. Cuando el padre volvió con el sable, Eduardo rabioso lo tomó y en seguida lo tiró, rompiéndole el puño. He aquí otro defecto muy malo, hijo todo de su soberbia; no habia tenido al punto el sable, esto le habia incomodado é irritado del leve obstáculo que se oponia á sus deseos, no viendo otro medio mejor de manifestarlo, tiró y rompió lo mismo que habia deseado tener.

—Pícaro! dijo Julia; ¿y tampoco le hizo nada su papá?

—Nada. ¿Qué dices à eso, Cárlos?

—Lo que le he dicho á V., papà. Que es malo hacerse uno á su gusto. ¿Y si no le hubieran vendido el sable, qué hubiera hecho Eduardo?

—Qué sabemos! pero yo te aseguro que si en esa ocasion como en otras muchas lo hubiera castigado su papá como merecia, ya se hubiera guardado de hacer otra vez lo mismo.

—A mí no me pegas, ¿es verdad, papaito? dijo Adolfo.

—Como seas bueno y bien mandado no; pero si haces alguna vez lo que Eduardo.....

Asi llegó nuestro niño à la edad de siete años, en cuya época pasó al colegio. La natural timidez que se siente generalmente cuando se pasa á una sociedad estraña contuvo á Eduardo en los primeros meses. Si á la sujecion que tenia en las clases hubiera correspondido la de su casa, acaso se hubiera corregido su natural; pero lejos de eso sus padres, por un amor mal entendido, y que muy á menudo es el orígen principal de las desgracias de los hijos, procuraban, à fuerza de satisfacer de nuevo todos sus caprichos, y de no permitir que nadie le contradijese, recompensar los malos ratos que á su entender debia pasar en el colegio. Esto, unido à las adulaciones de todas las personas que dependian de sus padres, pues conocian que este era el único medio de grangearse su voluntad, hacian que engreido Eduardo con los elogios que le prodigaban, se juzgase el mas bonito de todos los niños; y hasta empezaba à creer que sabia mucho, por la misma razon de que los dependientes de su casa alababan su aplicacion y sus estudios cuando apenas sabia leer. Poco à poco fue desimpresionándose de aquella especie de cortedad, y al año de estar en el colegio, estaba casi con la misma libertad que en su casa. Siempre le contenia algo la presencia de su maestro; pero su respeto no provenia ya tanto del temor, como de la costumbre.

En cuanto á sus discípulos los trataba con despego y como á inferiores, pues hecho á dominar á la gente de su casa, y à que nadie le contradijese, creia que todos debian hacer lo mismo que hacian sus padres y criados. Como una consecuencia de esto tomaba cada vez mas fuerza su infantil orgullo: sus trages eran segun él los mas finos y elegantes; sus gorras las mejores y sus juguetes los mas preciosos. Cuando algun niño le enseñaba alguna cosa bonita, le respondia siempre en tono despreciativo, que aquello no valia nada; si le hablaban de algun mueble ú objeto que tenian en sus casas, decia que en la suya los tenia mucho mejores. Todos sus condiscípulos habian echado ya de ver esto, y al principio no habian hecho caso; pero viendo que cada dia que pasaba crecia el orgullo de su jóven condiscípulo, y que los miraba con mas desden, empezaron à burlarse, tratándole como si fuese un gran señor. La presuncion y fatuidad de Eduardo no le dejaba conocer que todo aquello era burla; antes al contrario creia que los saludos que le hacian, quitàndose las gorras y haciéndole grandes reverencias, eran homenages que se debian à su mérito y posicion.

—Vaya si era tonto ese niño!

—Qué me alegraré de que le suceda algun chasco!

—Asi estaba Eduardo, separado siempre de sus condiscípulos, dàndose mucha importancia, vanagloriándose á cada momento de que era muy rico, de que tenia muchos criados, muchos vestidos y cuanto queria. Al mismo tiempo casi nunca aprendia su leccion, pues las imprudentes recomendaciones de su padre, à fin de que no le fatigasen ni lo hiciesen llorar, hacia que los maestros lo abandonasen à su desaplicacion; pero no obstante él creia saber mas que todos los demas niños. Así llegó á tener diez años, sin aprender nada de provecho. Pero en cambio, estaba siempre muy elegante, y dándose el tono de hombre, ingiriéndose en todas las conversaciones, dando su parecer en cosas que no entendia, y siendo el hazme reir y la mofa hasta de los criados. Porque habeis de saber, hijos mios, que si bien la necesidad obliga á algunas personas á decir cosas distintas de las que sienten, como sucede por lo comun á los criados, no lo hacen sin procurarse la satisfaccion de la venganza, que se reduce en estos casos, á burlarse y á hablar mal á espaldas de aquellos à quienes se ven obligados à adular. Esto le sucedia à Eduardo. Si hubiera sido un niño afable, natural, bien inclinado, todos lo hubieran querido verdaderamente; pero como no era así, resultaba que todos lo detestaban, y que en todas partes hablaban mal de él; de suerte que Eduardo iba adquiriendo una fama muy mala.

Como si todo conspirase à aumentar el

orgullo de Eduardo, sucedió que por aquel tiempo, recibió su papà un diploma de una cruz de distincion, lo que debia nada mas que al favor y sus relaciones en la corte. Eduardo, que no podia apreciar en su verdadero valor aquella distincion, creyó que su papà era ya un personage de gran importancia, y este suceso puso el colmo á su orgullo. Aquel mismo dia se presentó Eduardo en el colegio mas serio y pedante que de ordinario; entró sin saludar à los demas niños, y lo poco que habló fue con mas afectacion que nunca. Sus condiscípulos no pudieron menos de notar aquel aumento de vanidad y tonteria, y se prometieron darle una burla pesada así que saliesen de la clase. En efecto, luego que llegó la hora, todos se prepararon á llevar á cabo lo que habian intentado. Entre los niños habia uno llamado Antonio, de muy buenas inclinaciones y muy aplicado, pero de pobre familia, y al que siempre estaba Eduardo echándole en cara su pobreza, como si la pobreza fuese una cosa por la que nadie debiera avergonzarse. Antonio, pues, al salir de la clase se acercó à Eduardo delante de los demas niños, como en ademan de irse con él. Eduardo estaba, como siempre muy bien vestido, y Antonio, limpio y aseado, pero con una ropa ordinaria. Luego que Eduardo vió que Antonio iba á acompañarlo, empezó à decirle que se fuese por otra parte.

—¿Pues qué, le replicó Antonio; la calle no es de todos?

—Pues no te pongas á mi lado.

—¿Y por qué razon?

—Porque mi clase no me permite acompañarme contigo.

—Tu clase! pues cual es tu clase? Porque tu padre es rico?

—Y porque es un gran caballero, y yo tambien, contestó Eduardo dando à su voz y à sus maneras un aire de autoridad estremadamente ridícula.

—Ja! ja! ja! El caballero! dijeron todos los niños riéndose á carcajadas. ¡Si no sabremos lo que era tu padre: el caballero! ja! ja! ja!

Sofocado Eduardo, y creyendo dar un golpe magistral á sus contrarios, empinàndose mucho y ahuecando la voz, exclamó.

—Sí, un caballero: á mi papá le han dado la gran cruz, y lo van à hacer Conde, y tambien seré Conde. Asi, pues, no quiero acompañarme con gente como VV.

Ya podeis figuraros lo que sucederia. Al verse los niños tan mal tratados, lejos de incomodarse lo tomaron à risa; y cada uno empezó à decir en diferentes tonos.

—Oh! el señor Conde! Dejad pasar al señor Conde!—Uf! que Conde mas condenado!—Ja! ja! el hijo del especiero echándola de Conde!—Y los títulos son de papel de estraza?—Cómo si no se supiese quienes han sido sus padres!—Propongo que se trate al señor Conde como se debe.—Sí, sí, formémonos en dos filas.

Y formándose todos los niños en dos hileras, teniendo cuidado de dejar dentro á Eduardo, se quitaron las gorras, diciendo:—Vaya, pase el señor *Conde de las especias!* Amostazado Eduardo, y no sabiendo soportar aquella tormenta que él habia provocado con su vanidad, orgullo y petulancia, quiso imponer silencio, echando amenazas, pero otro de los niños que era mas fuerte que él le sujetó los brazos, precisàndole á oir de frente los saludos que le hacian en coro todos los condiscípulos, dándole siempre el título de Sr. Conde de las especias. Eduardo lloraba y pateaba de corage, viéndose à la fuerza hecho objeto de las burlas de todos los niños, y de la mofa de cuantos transitaban por la calle; pero lo que puso el colmo à su vergüenza y desesperacion fue que acertando à pasar por allí unas señoras que visitaban à su mamá y oyendo el burlesco título que le daban, que sin duda no debió parecerles muy inoportuno, no pudiesen contener la risa. Entonces Eduardo lleno de vergüenza y de confusion, logrando desasirse del que lo tenia sujeto, echó à correr todo cuanto podia para librarse de las zumbas de sus condiscípulos, que no obstante lo acompañaron hàsta su casa con sus carcajadas y burlescos saludos.

—Me alegro; bien lo merecia, dijo Julia, por ser tan soberbio.

Quien podrà contar lo que sucedió aquel dia en casa de Eduardo. Gritaba este como un loco, se tiraba de los cabellos, rompia los muebles, en fin, parecia una pequeña fiera; no quiso comer en todo el dia, à pesar de las làgrimas de su mamà y de los ruegos de su papà; porque es de advertir que en lugar estos de sacar partido de la dura leccion que acababa de recibir su hijo, y de hacerle ver practicamente los efectos de su perverso caracter y de su orgullo, de nada trataban mas que de animarlo y de consolarlo diciéndole no volveria al colegio. Durante algunos dias estuvo Eduardo malo á

causa de la rabieta, y no se puso bueno sino despues de haber sufrido que le echasen sangijuelas y le hiciesen beber medicinas muy amargas. Finalmente salió á la calle pero esto no fue sino para su mayor tormento; de boca en boca habia cundido el lance del colegio, y por donde quiera que iba era objeto de risas y de burlas mas ó menos disimuladas. Pero los que mas lo atormentaban eran sus antiguos condiscípulos, á quienes él habia tratado con tan injusto desprecio. Cuando estos lo encontraban en el paseo, reunianse todos, se reian á carcajadas, lo señalaban con el dedo, y haciéndole profundos y grotescos saludos, repetian en coro: paso al Sr. Conde de las especias! Eduardo, enton-



ces abochornado y corrido, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, procuraba alejarse de aquel sitio.

Despues del suceso del colegio lo quitaron de él sus padres y lo pusieron en otro; pero en el nuevo le vino à suceder lo mismo; y en todos los que estuvo, pues llevaba consigo mismo el orígen de su mal, que no era otro que el orgullo y la pedantería. De aquí resultó lo que debia suceder, que ya tenia catorce ó quince años, y era un jóven ignorante, lleno de malas cualidades: era perezoso, indolente, fatuo y nada caritativo; porque el orgullo, hijos mios, engendra otros vicios, y nos hace mirar con desprecio á todos los que están en escala inferior: esto, como debeis figuraros, excluye la compasion y otras virtudes, haciendo se forme el orgulloso un ídolo de si mismo, al cual dirige todas sus atenciones.

Largo fuera, hijos mios, contaros todo lo que pasaron sus padres con Eduardo; y muchas veces se arrepintieron, de no haberle dirigido mejor en su niñez, desterrando de su corazon el funesto gérmen del orgullo que se iba arraigando en él. Mucho lo sintieron, lo lloraron; porque al fin Eduardo murió víctima de su funesta pasion.

—Se murió, papà?

—Sí murió en un desafio.

—Ay! lo mataron?

—Murió, cuando apenas empezaba á vivir, á los veinte años; y por un caso casi idéntico à los que le sucedian en el colegio. Hallàndose una noche en una tertulia, provocó con su imprudencia habitual à un jóven modesto, y le insultó cruelmente. El ofendido le contesto dàndole un bofeton à presencia de todos; y la consecuencia de ello fue un desafio, en el que quedó muerto Eduardo. Su muerte no fue sentida de nadie, nada mas que de sus ancianos padres, que culpándose hasta cierto punto de la muerte de su hijo, no pudieron sobrevivir á su pérdida.

Aquí teneis, hijos mios, los efectos del orgullo. No es decir con esto que todos los esclavos de esa pasion tengan un mismo fin; pero aunque no sea el mismo, el orgullo siempre produce resultados funestos á la sociedad en general y al individuo en particular. Y si en todas las personas, cualquiera que sea su clase y categoria, es digna de censura esta cualidad odiosa, lo es mucho mas en aquellas personas, que, como Eduar-

do, deben solo su posicion à los caprichos de la suerte. Porque mientras mas impertinente y engreida se muestra una persona, mientras mas alarde quiere hacer de su poder ó de su riqueza, mientras mas procura eclipsar á los demas, y hacerse superior á ellos, mas trabajen todos, amigos y extraños, por rebajarle y ponerle en ridículo, espiando sus pasos, y remontàndose hasta su ascendencia para proporcionarse medios de abatir aquel orgullo que los ofende é incomoda.

S. CASILARI.

EL CONDE RODULFO.

LEYENDA HISTÓRICA.

(890 á 904).

I.



ataluña por los siglos IX y X, cuando la infausta invasion agarena, se hallaba dividida en varios condados ó gobiernos independientes, entre quienes se contaba el de Manresa, formado de gran parte de la antiquísima Lacetania. Del año 890 al 904 gobernó en este condado el conde Rodulfo.

Los àrabes desde un castillo que levantaron en un picacho de los elevadísimos montes de Monserrat, hacian frecuentes correrias, y tenian en continua alarma à los moradores de las casas de campo, aldeas y poblaciones del distrito conocido por el Llano de Bages y Gran valle de Manresa, que se estienden desde el pie norte de aquellos montes, siguiendo el curso de los rios Cardoner y Llobregat, hasta las primeras eminencias del Pirineo. El fanatismo que animaba á aquellas hordas no perdonaba, antes cebàbase con ahinco en los mas bellos y ricos establecimientos, siendo todo objeto de su furor y rapacidad. El robo, el asesinato y el incendio eran las proezas de aquellos bàrbaros. ¡Ah! aun en el dia, al cabo de 18 siglos, para perpetuo oprobio de estos, despiertan tristes recuerdos, y son un vivo testigo que les acusa à nuestra edad, entre otros muchos, los imponentes escombros, y una desmoronada torre cuadrada que en medio de ellos se levanta, y en cuyo interior se vé una elegante bóveda en lo hondo de un valle, al poniente del monte llamado Vals de Balsareny, á la izquierda del Llobregat, que corresponde al término de Castellnou de Bages, de tal manera, que aun parece desafia à las nubes el torreon, resto del feudal castillo de Castellnou, en otra eminencia al sur del valle. Es tradicion que aquellas ruinas componian una abadia de monjas, y habrá como unos 20 años que incendiándose el bosque que las rodea se quemó una vetusta encina, y de ella salió un chorro de oro fundido; sin que quepa duda que en aquel informe monton de escombros hallaríamos antigüedades preciosas.

Los moros, asolando el pais, volvian á sus guaridas cargados de rico botin; y tamaño vandalismo, precisó al conde de Man-

resa á encargar la defensa á los señores feudales, cuyo deber consistia en proteger á los moradores de los ataques del enemigo, advirtiendo su presencia por medio de hogueras que se encendian en los cerros mas encumbrados y en las torres, de las cuales se conservan muchísimas; de suerte que fácilmente podria cruzarse el pais de líneas telegràficas. A la señal, los habitantes del campo ponian á salvo los ganados, se juntaban en somaten, y con el señor à la cabeza rechazaban al fiero enemigo. Semejantes funciones requerian intrepidez, celo y vigilancia; pero acaeció, como sucede, que cayendo en manos indignas, quedó el pais hecho presa de los viles malhechores.

Era uno de los nombrados por el conde Rodulfo, el señor de Rafadell, cuyo gótico castillo (1), con sus negruscas paredes descuella todavia en la cima de una colinita á la derecha del riachuelo de su nombre, à dos leguas oeste de Manresa. Llamàbase Suniafro, y era un hombre lleno de orgullo y egoismo, que olvidando los deberes de su cargo, solo se ocupaba en sus propios intereses.

A la sazon moraba en una casa de campo del distrito, Poncio Raurich (2) labrador muy apreciado y de nombradia en las poblaciones del contorno por haber rechazado con estraordinario valor las bandas de los árabes, que infestaban el territorio; pero como estos penetrasen una noche oscura en la casa de Poncio, la incendiaron y dieron atroz muerte á este. Su consorte Ermetrudes, que por feliz casualidad escapara de las manos de los foragidos con su único hijo, de edad como de unos diez años, se vió reducida á un estado de la mayor pobreza, y estableciόse en una alqueria; mas arruinada esta en las nuevas invasiones, refugióse por último en un pajar con una borrica, que era lo único que la quedaba para su sustento y el de su hijo.

(1) Corresponde en el dia á la princesa de Belmonte y Pignatelli, sucesora de la casa de Rafadell. En la capilla de Santo Tomás de la iglesia que fue de dominicos de Manresa, se conservan en dos arcas de plomo los restos mortales de los últimos señores de Rafadell, que moraban en el palacio que tenian en la calle de Urgel de dicha ciudad.

(2) San Pablo de la Guardia, lugar que conserva este nombre, del destacamento que se tenia en observacion de los sarracenos encastillados en Monserrat.

Al llegar este á la edad de veinte años, descollaba por su talle y arrogancia, pues heredára el valor de su padre, distinguiéndose en los encuentros con los árabes, por lo que los campesinos le reconocian por su guia cual en otros tiempos à su padre. Vilelmo, que asi se llamaba, fiero de tamaño honor, juró que su venganza con los moros seria implacable, bien como juràra eterno odio à los romanos el cartaginés Aníbal. sin embargo, por mas que pareciese que solo le animaba el espíritu de venganza, no fue indiferente á la mas tierna de las pasiones, el amor. Su aventajado talle, su esbelta y noble fisonomía, y marcial continente hicieran latir el corazon de mas de una hermosa; y Vilelmo, aunque de tan humilde condicion, pudiera aspirar á ricas alianzas; pero se apasionó perdidamente de la huérfana Danlita L'Andrich.

Esta jóven, tan pobre como él, era sin duda la mas bella de todas las jóvenes del pais, y al candor é inocencia unia las mas amables cualidades, con una educacion superior á su estado. Era hija de un campesino, rico en otro tiempo; pero á quien arruinaron las frecuentes incursiones de los bandidos, y habia quedado huérfana á la tierna edad de once años. Su gentil belleza la atraia gran número de adoradores, mientras que su precoz conocimiento y la pureza de su corazon la ponian al abrigo de todo riesgo. Vilelmo, á la vez que el mas pobre de sus adoradores, era el mas tímido y comedido, y à cuyas insinuaciones no se mostró insensible el corazon de la sensible huerfanita. ¡Pero qué lástima! La suma indigencia en que se veian abismados impedíales sellar su mútuo afecto con los lazos de himeneo, contentándose con la lisonjera esperanza de un mas dichoso porvenir. ¡Tiernos amantes, cuán dulces momentos se mezclarían á los instantes mas amargos en las horas de vuestra ilusa pasion!

Algunos años despues de la horrorosa muerte de Poncio, el fiero Abdumelich, hijo de Almanzor, invadió el condado de Manresa, y todo lo llevó á fuego y sangre. Unos cuantos foragidos, robando la borrica de la madre de Vilelmo, se apoderaron de este y se lo llevaron, salvándole la vida, sin duda porque juzgarian que les habia de valer un rico rescate.

El mas intenso dolor y la mas violenta desesperacion se apoderó de la infeliz madre y de la bella amante, al ver presa de los àrabes el pobre Vilelmo. Desalada corre aque-

lla con la velocidad del rayo al castillo de Rafadell, y echándose á los pies de Suniafro le refiere su desgracia, y le insta para que acuda á libertar su hijo, pues que aun era tiempo de dar alcance á los moros; mas el orgulloso señor, la recibe con la mayor frialdad y casi con desprecio, y la contesta que no debia de alarmar el pais por un suceso de tan poca importancia, de que se veian ejemplares todos los dias.

La infeliz Ermertrudes llena de desesperacion, anegada en llanto, regresaba triste y angustiosa á su pobre albergue, cuando viendo á la huerfanita la abrazó, y viéronse correr mezcladas las lágrimas de la madre à las de la amante del desdichado Vilelmo.

En semejante apuro resolvió la jóven huérfana ablandar el duro corazon de Suniafro. Con este objeto se dirige al castillo, é inundados los ojos en làgrimas, es conducida ante el señor. El dulce y bello semblante de la vírgen, y la especie de desaliño que reinaba en toda su persona, la conmocion que esperimentaba, los movimientos de su palpitante pecho, su timidez, todo inspiraba el mas tierno interés, é infundia compasion y amor. Al ver à Suniafro echóse de rodillas y esforzóse à decirle el objeto de su venida, bien que los hondos suspiros y los sollozos ahogaban su voz. Suniafro asiéndola de las manos la levantó é hizo sentar calmàndola y dejando que tomase aliento.

Animada por las espresiones de cariño y compasion del falaz Suniafro, contóle con trémula voz la causa de su afliccion, rogándole pusiera fin à sus dolores, pues su reconocimiento y el de la infeliz viuda seria eterno. El lastimero acento de la bella suplicante, la emocion que padecia, y su singular hermosura, hicieron tan viva impresion en el alma de Suniafro, que una abominable idea asaltó su espíritu.

—Nada puedo hacer (contestó dulcificando la voz y aproximando su silla á la de la muchacha), lo siento vivamente; solo por amor vuestro tentaré un medio, cual es el de rescatar à Vilelmo à fuerza de oro, esperando que no desdeñareis mis sacrificios —

Haremos cuanto esté en nosotras para corresponder al favor vuestro, (contestó la inocente huerfanita); y no lo dude, el cielo lo premiará. No espero de tan lejos la recompensa (replicó con viveza Suniafro), lo que deseo, solo de tí depende, pues puedes hacerme el mas dichoso de los hombres.

Estas palabras las pronunció con tal acento, y las acompañó con tales ademanes, que infundieron un mortal espanto en la càndida huerfanita, cuya inocencia no comprendiera primero la criminal intencion de aquel malvado. Trémula y vacilante tuvo con todo bastante fuerza para desasirse de los lascivos brazos de Suniafro y decirle.—«Señor, estoy persuadida que no intentais ultrajar una infeliz huérfana, y sin duda habreis pretendido probar mi amor por Vilelmo: permitidme, pues, que insista en que váyais à su socorro.»—Y su aire era tan càndido, que fuera imposible verla sin conmoverse el corazon.

En esto redobló Suniafro las instancias, las súplicas y las lisonjas por si podia triunfar su infame pasion; mas estrelláronse todos sus esfuerzos en la firme virtud de la huerfanita. Y tentando la última prueba.—«Todo (dijo) lo que he prometido estoy pronlo á realizar: pero juro al cielo (continuó con cólera) que si no me concedes el favor que pido, perecerà Vilelmo en un calabozo ó en las manos de sus enemigos. Ya lo ves, su destino está en tus manos; de tí depende la dicha de ambos; considéralo antes y determinate....” Llena de indignacion, encendido el rostro é inundada en llanto, huye la virtuosa huérfana del funesto castillo, despreciando al brutal castellano.

II.

El conde Rodulfo era un hombre popular y oia con atencion al mas humilde de sus vasallos; animada, pues, por estas circunstancias la madre de Vilelmo, formó el proyecto de ensayar el conmover el piadoso corazon del monarca, refiriéndole sus desgracias. Presentóse acompañada de la huerfana, y aunque à la presencia del soberano se cortaron algun tanto, la afabilidad y buen recibimiento del conde las infundió valor, y se espresaron aquellas rústicas mugeres de un modo tan sencillo à la par que patético y apasionado, que enterneció al monarca, quien despues de haberlas escuchado las dijo: «Bueno, iré allà y se os harà justicia. Reparad (continuó) (señalando à un gentil hombre que habia alli), en ese caballero, y do quiera que se os presente le seguireis.... Idos: no dejaré de ocuparme de vosotras.»—

Rodulfo juntaba á un grande amor por

la justicia una decidida aficion á las aventuras caballerescas ; y por eso recorria amenudo sus estados bajo diferentes disfraces. Se propuso , pues , visitar de incógnito al señor de Rafadell. Terminados los preparativos de su paseo , se dirigió à la aldea de Pozol , en donde moraban Ermertrudes y Dantila. Informóse , y fueron tales las alabanzas que prodigaron á la huérfana todos los vecinos, que prendado resolvió probarlo por sí mismo. Al intento toma el disfraz de pordiosero , dirígese à la habitacion de esta , à quien halla lavando ropa en un arroyo , y á pocos pasos de su alcance , hace ademan de caer como herido de un mal imprevisto , dando agudos clamores y llamando à su socorro en altas voces. Sobresaltada la bella huerfanita corre presurosa en auxilio del pretendido pordiosero , le prodiga mil caricias , y le conduce à su morada , donde se le trata con esmero y solicitud.

En la aldea , como sucede siempre , no se hablaba de otra cosa que de la dureza del señor de Rafadell y de la indiferencia con que miraba la desgracia de Vilelmo. ¡ Ah , clamaban aquellas sencillas gentes, si llegara à noticia del bondadoso conde , qué castigo diera al maldito castellano , á aquel empedernido corazon!

A poco rato , suponiendo el pordiosero hallarse bien dispuesto , dió gracias por la buena acogida , y saliendo del rústico albergue , dispone que los caballeros de su escolta se embosquen en un frondoso arbolado , inmediato al castillo de Rafadell , à donde se dirige bajo el mismo disfraz.

Llega , llama , y saliendo un portero, pregúntale por el señor del castillo , à quien dice debe comunicar noticias de mucha importancia.—No es posible verle , contesta el portero , porque està en la mesa , y durante la comida á nadie se permite la entrada.—Pues ¿ cuànto tiempo està en la mesa?—Unas dos horas.—Soy forastero y no puedo aguardar tanto tiempo ; y decid à vuestro amo que desea hablarle algunos minutos un sugeto portador de una interesantísima noticia.—El portero entra , y volviendo á salir dice :—Me manda mi amo , que sea quien fuere el portador del mensage , que aguarde ó que se marche. Con que el señor castellano es muy adusto. Ea , decidle que acabo de llegar de la Guardia (*) , y he visto que los moros preparan una invasion hàcia esta parte... Añadidle que es urgente tocar à rebato , encender las hogueras, y reunir los somatenes.—Entra el portero , y saliendo algo alterado en las facciones :—¡ Ah ! (dice) quiero referir las mismas espresiones con que el señor me ha echado : *decid á ese impertinente que aguarde , y luego veré si tengo que tratar con algun loco ó impostor.* No hay , pues , que importunarle mas , entraos y os aguardareis en este salon.—Amigo , no puedo aguardar... Decid à ese vanidoso señor , que el conde Rodulfo desea verle al momento.—Apenas hubo entrado el portero, cuando el conde tocó un cuerno , cuyo eco hizo resonar las góticas bóvedas del castillo.

Por el sonido conoció Suniafro que era el cuerno con que solia llamar Rodulfo , y se conmovió , llenàndose de espanto al darle el recado el portero. Levàntase al instante de la mesa , y corre á la puerta del castillo à tiempo que el conde , quitado el disfraz y con el vestido de su uso , acababa de reunir la gente de su escolta. Entonces Suniafro , temblando y cubierto de un sudor mortal , se echa á los pies del conde.—Levantaos , le dice este con viveza , ¿ cómo os atrevisteis á decir al portero que yo era un loco ó un impostor?..... En verdad dijisteis bien, pues loco fuí en confiar á un miserable tal el mando.—En vano se esforzaba el aterrado castellano en abrir los labios para disculparse.—Callad , Suniafro , sois culpable, y mientras que por no incomodaros un instante no quisísteis oirme , yo me afano por el mas humilde de mis queridos vasallos.—Dispensadme ¡ oh mi señor! la gracia de honrar el castillo con vuestra presencia.—No , eso jamàs ; donde se me echa en trage de particular , no entro como soberano. Para oir vuestra defensa , daré audiencia en el castillo de Fals (2) à donde os presentareis mañana , pues son muchas las quejas que con-

(*) La línea varonil de esta familia sigue en el dia conservando su honrosa profesion agrícola , y su antigua propiedad y casa de campo conocida por Manso-Rausich, sito en la parroquia de Vallformosa , límítrofe á la de Rafadell y á la de Manresa, de quien es filial. Y en el archivo público de dicha ciudad se leen muchos escritos que atañen á tan antigua familia.

(2) Junto á la parroquia de Fals se ven dos anchas y elevadas torres de cal y canto ; y como el arroyuelo que se desliza entre ambos desprende mucha tierra de su base, se ha construido un pequeño estribo en el borde. Ambas son dignas de la curiosidad de los anticuarios.

tra vos se me dan. ¿ Estais en ello ? Pues no lo olvideis, y que sea temprano.

Sabia muy bien Suniafro que se le podia acusar por su negligencia y poco actividad, y por eso al presentarse al otro dia, fue con tal aire de seguridad, que se dijera ser el hombre mas inocente: pero pronto perdió esta seguridad. El conde le preguntó si en una reciente incursion morisca una muger anciana habia perdido sus bienes y una borrica en que cifraba toda su riqueza. Si su hijo habia caido en manos de los enemigos, quienes lo llevaban prisionero. Hízole cargo, si habiéndosele presentado al dia siguiente muy de mañana aquella desdichada muger, informándole del deplorable suceso, le pidió auxilio, diciéndole que era tiempo aun de salvar la vida de su querido hijo, pues que el enemigo marchaba embarazado con el inmenso botin; y si en estas circunstancias habia obrado como era de su deber.—Señor, (contestó), reconozco que no; pero reemplazaré à la viuda los objetos robados, y espero que V. A. se dará por satisfecho.—¿ Y el hijo, como se lo devolveis ?—Si tengo la dicha de hacer prisionero algun árabe, se propondrà el cange.—No es eso lo que quiero. Oid, si Vilelmo no se me presenta dentro de seis dias, mandaré colgaros de las ramas de esa encina que està junto al camino. Id; nada mas tengo que deciros.

Conociendo Suniafro cuánto debia temer al conde, despachó en todas direcciones confidentes con ámplios poderes para obtener la libertad de Vilelmo à fuerza de oro.

El dia siguiente fueron acompañadas á presencia de Rodulfo la viuda y la huérfana por el oficial à quien el conde las habia mandado seguir cuando se les presentase, y echándosele à los pies, atestiguaron su reconocimiento por los favores que les dispensaba.—«Pero, ¡ay!, esclamó Ermertrudes, mi hijo, mi hijo!... Señor, continuó anegada en llanto, ¿de qué me sirven tantas mercedes si pierdo á mi amado hijo ?—» El conde levantàndola con bondad procuró calmarla, y la aseguró que se ocupaba del hijo à quien no tardaria en ver.

Como pasaban dias sin recibir Suniafro noticia alguna de sus enviados, estaba asaz inquieto y lleno de angustia, haciéndose mas terrible su pesar, cuando el quinto dia recibió órden del conde para que se presentase en el castillo de Manresa (1), en la inteligencia de que si no venia con Vilelmo sufriria el castigo con que le amenazara. La desesperacion de Suniafro llegaba á su colmo, cuando quiso su buena suerte, que al salir la aurora del último dia, pareciesen los enviados con el jóven Vilelmo, á quien acababan de rescatar mediante una grande suma de dinero; y al momento partieron todos para Manresa.

Al saber el conde la llegada de Suniafro con Vilelmo, hizo llamar à su presencia á la madre de este. Apenas aquella amorosa muger viera á su hijo, cuando echàndose en sus brazos le inundó de caricias, y le estrechó largo rato contra su pecho, sin acordarse del respeto debido al soberano hasta que hubo desahogado el amor maternal. Luego se desprende del hijo y rinde gracias al conde, à quien era deudora de tan grandes mercedes.

El conde, admirando el bizarro continente del mancebo, le dirigió algunas palabras de amistad, y dispuso que se introdujera à la huerfanita. Esta, al reparar en Suniafro, se puso colorada y no pudo reprimir su enojo é indignacion. Suniafro bajó la vista, pero su demudado semblante, la vergüenza y la confusion atestiguaban su crímen.

¿ Conoceis à esa jóven? le dijo el conde; responded con franqueza, nada oculteis, y considerad que de la sinceridad en las respuestas pende vuestra vida.—Señor, contestó agitado y vacilante, la ví en mi castillo.—¿Y cuando?—Vino à pedir por la libertad del mozo que acaba de salir.—Sí..... y lo rehusásteis, à menos que consintiera en las infames condiciones, que al paso que la ultrajaban, debian avergonzar à un hombre como vos; hablad..... ¿no es eso?—Debo confesar mi culpa, y me sujeto á los reparos que plazca à V. A. imponerme.—Merecierais que os mandára ahorcar; pero supuesto que no ignorais el amor que la huerfanita profesa á Vilelmo, quiero que el himeneo una á entrambos, proporcionando vos la dote. En consecuencia dareis en propiedad una casa de campo con 40 aranzadas de terreno á la esposa. Si hallais demasiado duras estas condiciones, os queda la alternativa de veros colgado del àrbol que os dije. Escoged.....—Señor, me conformo, y daré cumplimiento à cuanto sea conducen-

(1) Elevábase donde está ahora la iglesia y el convento del Cármen, reconociéndose vestigios en los lienzos del muro al noroeste.

te para la felicidad de los futuros esposos.

En esto entró otra vez por disposicion del conde el jóven Vilelmo, quien divagaba en una trabajosa incertidumbre sobre su suerte. Al entrar en el salon, la bella huerfanita con la mayor sencillez abrazole tiernamente, echàndose ambos à los pies del conde, quien levantàndolos con afabilidad, les dijo.—«¡Hijos mios! cuán contento estoy de vosotros. Solo deseo labrar vuestra felicidad. La huerfanita, dijo dirigiéndose à Vilelmo, es del todo digna de ser tu compañera, y trae su dote. Quiero que la reunion se realice desde luego, y os recomiendo respeto y cariño hàcia vuestra madre, à quien sois deudores de la felicidad que vais à gozar. ¡Oh, sed mas venturosos que vuestro amigo y señor!.....

J. M. DE MAS Y CASAS.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

WAMBA,

Trigésimosegundo de los Reyes visigodos de España.

Wamba, raro prodigio, se resiste
A ser Rey cuando el reyno mas le insiste,
Y dándole á escoger corona ó muerte
Aun dudó cual seria peor suerte.

Isla. Hist. de Esp.



A caso no presente la historia de ningun pueblo un ejemplo igual de desprendimiento y modestia, como el que nos ofrece la de España à mediados del 7.° siglo, con motivo de la eleccion de Wamba para ocupar el solio. En efecto, la historia nos refiere cuanto han pugnado hombres ilustres por conquistar el poder supremo; y toda ella está llena de intrigas de todas clases, de violencias inauditas, de crímenes vergonzosos, producto de la ambicion, hijos del deseo inmoderado de dominar á los demas y de mandar à las naciones. Pero no recordamos haber leido, que haya sido preciso violentar á un hombre para hacerle admitir el poder supremo, hasta el punto de ponerle en la terrible alternativa de reynar ó de morir.

No se nos oculta que muchos hombres han conservado en medio de la ambicion que los devoraba, ciertas apariencias de decoro y de generosidad, afectando rehusar lo mismo que deseaban; pero todos sus esfuerzos no han sido bastantes à ocultar completamente sus intenciones; y à traves de sus protestas de fingido desprendimiento, se han podido traslucir las secretas inquietudes de su alma, y los tenebrosos manejos con que han procurado conseguir el logro de sus miras. Ocultas estas por un tiempo limitado, al fin se han puesto de manifiesto, mas pronto ó mas tarde, haciendo evidente, la mentida liberalidad, el desprendimiento hipócrita de que dieran muestras, pretendiendo con ello

ilusionar à la multitud, y ser tenidos por héroes, cuando no tenian las virtudes de tales.

Pero cuando pasan siglos y siglos, cuando ni los contemporáneos ni los que les suceden levantan su voz para deshacer el error; cuando los émulos y envidiosos no hincan su afilado diente en la reputacion del hombre, objeto de sus celos y envidia, entónces no se puede menos que reconocer y apreciar en todo su valor los hechos que le ennoblecen, y que conserva la historia, si no para que tengan imitadores, al menos para que sean admirados.

En este caso se halla Wamba; Wamba, negàndose à admitir el poder supremo; Wamba, resistiendo ceñir sus sienes con la corona; Wamba, pugnando por no ser Rey!! Y en cuanto à que no habia en esto hipocresia ni ficcion està demostrado por la historia, sin que hayan podido desfigurar la nobleza de este hecho, los poderosos enemigos de Wamba, que vencidos por él hubieran podido hacer públicas las faltas mas ocultas. Sin embargo, no se ha elevado una voz en los tiempos pasados ni en los presentes que haya puesto en duda la sinceridad de la negativa, de la repugnancia de Wamba à ceñir la corona, cuando tanto interes debian haber tenido sus enemigos en probar lo contrario, para quitar el mérito à una negativa que admiramos, que admirarán todos los siglos, como el mayor grado de desprendimiento à que puede llegar el hombre, como la prueba mas concluyente de estar exento de ambicion, y de reputarse feliz en su estado.

Mas este desprendimiento de Wamba no era la poquedad de deseos y de ambicion de un hombre mediano y à quien espantan las dificultades del mando, pues era apropósito para gobernar, y tenia en sí mismo todas las dotes necesarias para ser un buen Rey, como lo probó la experiencia; pero como la prudencia y la desconfianza de sí mismo està en relacion directa con el mérito, y mas desconfia de sus propias fuerzas para echar sobre sus hombros una carga pesada, aquel que mas sabio es, y mas conocimiento tiene de los hombres y de las cosas, por eso Wamba no queria trocar su posicion tranquila y feliz, por otra mas grande, mas elevada, la mayor de la tierra, y la mas apetecible y envidiada de los que solo se proponen gozar de las delicias que proporciona el poder supremo y las riquezas, pero à la que mira con respeto y temor el que comprende los inmensos deberes y obligaciones que al llegar à ella contraen los buenos príncipes.

Pasemos ahora à los hechos, y ellos nos probarán mas que nada la modestia y prudencia de Wamba al rehusar la corona, y las grandes cualidades que desplegó en el gobierno despues de admitirla.

Muerto Recesvinto, quedó vacante la corona. Hallàbase à la sazon en Jerticos, Wamba, que era uno de los mas ilustres magnates godos, con muchos empleados civiles, militares y eclesiásticos, y entre todos se trató de dar sucesor à Recesvinto. Segun un antiguo escritor, «Wamba estaba destinado para futuro Rey, antes de que muriese Recesvinto, en los corazones todos.» Asi debia ser, si se considera que al punto que se trató de la eleccion todos fijaron su vista en Wamba, quien con tal noticia procura desentenderse al pronto; mas instado, y perseguido se niega tenazmente: en vano le exponen la necesidad que tiene la nacion de ser regida por un caudillo experimentado; en vano le hacen presente los peligros que puede acarrear su funesta negativa; nada basta á hacer desistir à Wamba de su proyecto, asi como no bastan à incitarle el brillo de la corona y la esplendidez del solio. ¿Qué hacer en tal apuro? Vencer à cualquier precio aquella repugnancia que admiran, y que es preludio de la felicidad que aguarda á la nacion, si Wamba cede. Tal piensan todos; entonces dejando à un lado formalidades, súplicas y ruegos, uno de los gefes que se hallaban presentes desenvaina su espada y poniendo su punta en el pecho de Wamba, exclama: *Te hemos nombrado Rey y debes aceptar; acepta ó morirás, que quien no sirve á su patria es enemigo de ella.* A la amenazas de este oficial unen nuevas súplicas los demas gefes y personages principales de la monarquía; y en este conflicto, tan nuevo como peregrino, Wamba se sonrie y acepta, aunque mostrando siempre gran repugnancia en cargar con el peso del poder supremo.

Cunde la fausta noticia, y el pueblo celebra tan acertada eleccion, victoreando à su Rey, y haciendo señales de público regocijo cuando Wamba fue ungido y coronado en la iglesia metropolitana de Santa Maria de Toledo, à los diez y nueve dias del fallecimiento de Recesvinto. Fue fama entonces, segun cuenta una crónica de aquel tiempo, que en

el acto de la coronacion, una abeja, que fue vista de todos, voló de la sien del monarca y se remontó al cielo, como señal enviada por Dios para anunciar los bienes que debian esperar los pueblos del reynado de Wamba.



A juzgar de las acciones de los hombres por las del mayor número, desde luego se debia pensar que Wamba elevado al solio contra su voluntad, habia de vengarse de los que le habian obligado à subir à él, y trocar en tiránico el gobierno paternal que de él esperaban. Tal es al menos lo que se observa por lo comun. Pero en este caso Wamba hubiera sido un ser vulgar; y por el contrario, era como dice un sabio historiador «digno de mandar à los hombres» Asi es que desde luego, sobreponiendo su deber à su voluntad, haciendo abstraccion de sí mismo, se dedicó al cumplimiento de las obligaciones que contraia con la suprema magistratura.

Poco despues de su elevacion al trono, se sublevaron los vascones, no precisamente contra Wamba, sino contra el nuevo Rey de los visigodos; pues, segun los historiadores, aquel pueblo al advenimiento de un nuevo soberano recurria à las armas, y era cosa corriente una guerra mas ó menos afortunada al principio de todo reynado. Dispuesto Wamba à sujetarlos, juntó su ejército; mas estando en marcha recibió la nueva de haberse revelado tambien contra su autoridad Hilderico conde de Nimes, ayudado de Gulmido Obispo de Magalona y de un abad de un monasterio de la diócesis de Nimes. Sin desconcertarse Wamba, y sin querer dejar à los unos por acudir à los otros, siguió en su empresa contra los vascones, confiando el cuidado de reducir à Hilderico, al conde Paulo, caudillo acreditado de su ejército. Este gefe, marchó en efecto à sofocar la rebelion del conde de Nimes, pero traidor à su soberano, y hombre ambicioso, asi que pasó los Pirineos se unió á los sublevados, y se hizo proclamar Rey de los visigodos, con el objeto de enseñorearse por grado ó por fuerza de toda la Septimania y de la actual Cataluña, y al mismo tiempo para abrirse camino á la soberania de Toledo, donde tenian su asiento los Reyes godos.

Sorprendido Wamba con esta notoria alevosía, se dispuso à castigar à sus autores, no sin reducir antes á los vascones. En efecto, sometidos estos, siguió el rumbo del Ebro, para apoderarse de nuevo de aquella parte de la Tarraconense (Cataluña) de que se habia apoderado Paulo; lo que logró en pocos dias. Dueño ya de las plazas que habian seguido el bando de Paulo en Cataluña, pasó los Pirineos, tomó sucesivamente à Narbona y otros pueblos, y puso cerco à Nimes, donde se habia refugiado Paulo con los principales corifeos de la rebelion. Fuerte fue la embestida y tenaz la resistencia; mucha sangre se derramó, mucho sufrieron los sitiados; hasta que por último se rindieron Paulo y los suyos. Al punto Wamba hizo cesar los desórdenes consiguientes á la toma de una ciudad; pu-

so en libertad à los prisioneros, reparó las murallas, é hizo devolver al vecindario la presa del saqueo, repartiendo entre los soldados todo lo que pertenecia à los rebeldes, hasta la parte que correspondia à su tesoro particular.

En todo esto dió muestras de liberalidad y de abrigar en su pecho una alma noble y compasiva, particularmente en la conducta que siguió respecto à Paulo y sus principales compañeros de rebelion. He aquí lo que dice un historiador moderno, tocante al juicio que se les formó y penas que se les impusieron.

«Al tercer dia de su entrada en la ciu»dad de Nimes, (5 de Septiembre de 675) »hizo Wamba disponer un tribunal, donde »se colocó en presencia del ejército forma»do en batalla por ambos costados del ta»blado, y mandó traer á Paulo y sus com»pañeros. Ordenó al primero que dijese si »lo habia agraviado, si le habia hecho algu»na injusticia ó dado algun motivo de inco»modidad.—Te intimo, le dijo, en nombre »de Dios Todopoderoso que entres aquí en »litigio conmigo en esta junta compuesta de »tus hermanos, declarando en su presencia »si jamas hice contra tí algo que te pudiese »inclinar à ser mi competidor y alzarte à ti»rano.—Confesó Paulo que lejos de tener »queja contra Wamba, la misma confianza »que le dispensaba, era la que le habia su»ministrado arbitrios para hacerle traicion y »que se reconocia sin disculpa. La misma »pregunta se fue haciendo à cada uno de los »demas conjurados, y sus contestaciones vi»nieron à ser idénticas. Se leyó luego el ju»ramento de fidelidad, tributado por todos »à Wamba, y en seguida el juramento ren»dido á Paulo de no dejar las armas hasta »que Wamba quedase derrocado de la sobe»rania. Luego la junta les aplicó los cànó»nes de los últimos concilios relativos á los »atentados contra los Reyes, que imponen »pena de muerte y confiscacion de bienes..... »Dueño Wamba de la vida de sus enemigos, »se apiadó, los relevó de la pena de muer»te, y se dió por satisfecho con la condena»cion al rapamiento, y encierro perpétuo."

Triunfante, al fin, Wamba de todos sus enemigos, dió la vuelta à España, no sin haber asegurado antes la paz en la Galia; y despidiendo al ejército godo, segun se acostumbraba, pues en aquella época no habia ejército permanente, siendo todos los godos soldados, que á la conclusion de la guerra volvian al estado civil, entró en Toledo en triunfo, rodeado de los principales magnates y caudillos, y precedido de los prisioneros rebeldes.

Desde aquel punto se dedicó enteramente à los cuidados del gobierno. Hermoseó à Toledo, emprendió obras de suma utilidad en todas las provincias de España, construyó caminos y acueductos, habilitó otros; dictó sàbias leyes à la monarquia, y en suma hizo cuanto es dado hacer à un príncipe sabio y virtuoso, amante de sus pueblos y deseoso de la felicidad pública.

Ya à fines de su reynado, derrotó en un gran combate naval à los sarracenos, que empezaban à amagar à España. Cuéntase que esta irrupcion la provocó Ervigio, con la idea de aprovechar la ocasion de tener en su mano el mando de las tropas que se le daria para contrarrestarla, sirviéndose de él para subir al solio. Mas habiéndosele frustrado el intento, viendo cuan imposible le era destronar à un Rey tan querido y fuerte, acudió à la alevosia para apoderarse del trono. Al efecto, suministró al Rey un fuerte narcótico que le aletargó hasta el punto de que todos le consideraron difunto: Ervigio lo mandó rapar y vestir de penitente, segun se acostumbraba entonces. Wamba no habia muerto; y cuando volvió en sí, y se vió sin cabellera y en trage de monge, léjos de irritarse se alegró por el contrario, viendo en ello un medio de bajar de aquel trono, à que habia subido contra su voluntad, y nombró por un escrito como su sucesor, al mismo Ervico ó Ervigio que tan villanamente le habia tratado.

Asi dejó de reynar Wamba, despues de haber ceñido la corona con satisfaccion de todos, por espacio de ocho años y dias; retirándose en seguida à un monasterio, donde pasó el resto de su vida, entregado à prácticas de piedad y de devocion, sin que le atormentase la idea de su pasada grandeza, sin que echase de menos aquel trono que nunca habia ambicionado, y contento con la idea de que habia llenado cumplidamente sus deberes de príncipe.

S. CASILARI.

LA HERMOSA FOSSEUSE.

I.

El Capitan Quema-bancos.

A fines del otoño del año 1581, tres caballeros montados en briosos alazanes, iban por el camino de Nerac á algunas millas del castillo de Thuri, hàcia el que parecian dirigirse con grandes precauciones. El terreno que atravesaban era desigual y escabroso y por partes cubierto de ruinas, costándoles no poco trabajo hacer andar por ellas á sus caballos. El paisage estaba iluminado por los rayos de la luna, que se reflejaban en la superficie de los pantanos, y á lo largo de las enormes rocas blanquecinas que formaban los lados del estrecho camino, por el cual se adelantaban lentamente.

El primero, que todavia estaba en la flor de su juventud, era de fisonomia agradable é ingenua, que prevenia en su favor: parecia servir de guia al segundo, cuyas facciones se ocultaban bajo las anchas alas de su sombrero, y al que hablaba con aquel aire de deferencia que usa un inferior con su superior. Sus trages aunque delicadisimos y cuidadosamente escogidos segun el estilo de la época, eran enteramente iguales, y no se advertia en ellos la menor diferencia de rango ó de fortuna; sus finas y anchas capas los resguardaban del frio.

El que iba detras parecia un escudero, y conducia por la brida á una blanca y hermosa jaca, en cuya grupa resplandecia una magnífica silla.

—Mi querido La Varenne, dijo el segundo caballero al que le precedia; empiezo á creer que con todas vuestras medidas de prudencia, os habeis estraviado en estos malos caminos de atajo que no van à parar á lugares habitados, y que gracias á vuestra inclinacion por el misterio, la mansion de Thuri va á hacerse para nosotros invisible.

—Pero, señor.....

—Todavia!..... ¿Será necesario os repita que de ningun modo me nombreis esta tarde sino por Enrique? interrumpió con tono regañon el primer interlocutor. Bien sabeis, sin embargo, que el tiempo y las circunstancias exijen estrictamente estas precauciones.

—Mil veces perdon, Sr. Enrique, repuso el obediente La Varenne con una maliciosa sonrisa; pero vuestra amorosa impaciencia os hace cometer un grave error. Aunque no seguimos esta tarde la ruta ordinaria del castillo, estamos mas cerca de él de lo que pensais, lo que os serà ademas muy fácil de conocer cuando, en breve, al bajar la colina, se nos presenten aquellas poternas esteriores por donde la hermosa Fosseuse os ha introducido tantas veces á la tenebrosa guarida de sus ascendientes. Pero ahora que pienso!.....

—Qué!

—Si encontramos à ese condenado mariscal?

—Imposible, pues he dado mis órdenes al efecto; y por otra parte, los deberes de su cargo al lado del príncipe de Condé, exigen imperiosamente su presencia en el campo, de donde no se atreverá á ausentarse bajo ningun pretesto.

—Oh! es un zorro tan astuto este Montmorency!

—Pero no tanto que no se haya completamente despopularizado con el partido hugonote y con el católico, combatiendo sucesivamente bajo una y otra bandera. Hum! mucho le queda que hacer para borrar la desfavorable opinion que semejante conducta le ha grangeado; y porque creo que com-

prende del mismo modo que yo las dificultades de su posicion, por eso pienso que se esforzarà por permanecer entre los límites de la obediencia. Por lo demas, confieso que aunque ahora no tengo la conciencia muy tranquila, esperimento menos escrúpulos de mi intriga secreta con su hija que con cualquier otra, y que llevàndomela pienso vengar à mis correligionarios de todo el daño que les ha causado el mariscal, cuando antes de entrar en mi servicio dispersó y destruyó en un arrebato de zelo los ministros y asambleas hugonotas, mereciendo en esta época de su vida, tan indigna de su antigua reputacion, el apodo burlon de *Capitan quema-bancos*.

—Vuestra mages..... quiero decir, vuestra señoria le guarda todavia rencor, ¿no es cierto?

—Pardiez! no me gustan las personas que tienen dos caras, y si por acaso el Rey de Navarra llega à serlo de Francia, medrados quedarán los hipócritas en los dos reynos.

Hablando de este modo llegaron à un sitio donde el camino haciendo un recodo les descubria un horizonte mas estenso que el que hasta entonces les habia presentado la vereda estrecha y montuosa que acababan de atravesar.

En medio de un inmenso valle cruzado acá y allá de arroyos, ó mejor dicho de torrentes, descubríanse à la luz de la luna y como una siniestra aparicion las torrecillas dentelladas de la gótica morada de Thury. Este edificio era cuadrado, muy vasto y elevado, y sus murallas exteriores parecian de una solidez à toda prueba. Un ancho foso, siempre lleno de agua, impedia toda especie de comunicacion de fuera á dentro; mas aquella noche una enorme tabla de roble echada á guisa de puente sobre el lago protector, permitia la entrada al visitador privilegiado por una puerta baja y casi imperceptible, abierta en el espesor de la muralla.

Lavarenne y su compañero se apearon y confiaron sus caballos al escudero que les seguia; despues desfilando à la sombra de las desnudas ramas del fresno y del abedul, llegaron cerca del foso, desde donde Lavarenne dió tres agudos silvidos, que fueron contestados desde el interior; casi al mismo tiempo, la puerta de la poterna girando sobre sus goznes como por encanto, se abrió nueva *Sezámo* al afortunado Enrique, quien se precipitó por ella, dirigiendo á Lavarenne esta prudente y lacónica recomendacion.

—Debajo del balcon, al este del castillo, con los caballos..... No tardaremos!

—Buena fortuna! esclamó el confidente con aire lastimero.

Despues, cambiando una señal con el discreto escudero, que aun permanecia inmóvil con sus caballos al pie de la colina, dieron la vuelta juntos silenciosamente al rededor de los fosos, hasta llegar al lado opuesto del castillo, donde una vasta esplanada les permitió colocarse en el lugar que Enrique les habia designado.

Pero si os place, dejemos un poco á estos estraños viajeros nocturnos, y seguidme en esta tortuosa y sombria guarida del capitan quema-bancos, del cual voy en fin á presentaros la hermosa heredera y castellana.

Francisca de Montmorency, hija del Mariscal de Montmorency, marques de Thury, baron de Fosseuse, y de Jacoba de Aragon hija primogénita de Jacobo de Aragon y de Catalina de la Beaume y de Montrevel, reunia á las bellezas mas admirables del cuerpo todas las perfecciones del entendimiento. A su cara afable y sencilla como la de una vírgen del gran Cimabuë, formaban una especie de marco sus hermosos cabellos, negros como el azabache, y de una finura que hubiera envidiado una Reyna. Un cuello divino, el talle voluptuoso de una ninfa, la graciosa magestad de una diosa, un lenguage lleno de agudeza y de una vivacidad agraciada que aumentaba aun el encanto de sus facciones, y todo esto reunido en una misma persona, hacía de Francisca la criatura mas seductora que puede imaginarse.

A la edad de quince años en que por primera vez se presentó en la corte de Nerac, causó tal sensacion su presencia, que los cortesanos de Margarita de Valois casi se batian por verla y tomar puesto por donde pasaba. No se pensaba, no se aspiraba mas que à agradar á la *hermosa Fosseuse*: su nombre volaba de boca en boca, su recuerdo se arraigaba en mas de un corazon: asi es, que todas las damas que se consumian de despecho quedaron estraordinariamente satisfechas, cuando el anciano mariscal, previendo de antemano los lazos y peligros sin número à que iba á verse expuesta cada momento su hija en medio de aquella multitud de adoradores, se alejó de improviso de Nerac para volver á su gobierno de Langüedoc, dejando á Francisca bajo la austera é incansable vigilancia de su madre.

Desgraciadamente, aunque M. de Montmorency hubiera dado este paso algun tiempo antes, hubiera sido siempre tarde, como os lo probarà la continuacion de este relato.

Al mismo tiempo que el grupo nocturno caminaba por el camino de Merac la camarista de Francisca entraba misteriosamente en la habitacion de la hermosa Fosseuse su señora.

—Todas las órdenes de la señorita estàn ejecutadas, dijo despues de hacer una respetuosa reverencia; las guardas de la puerta han recibido con entusiasmo el buen vino que os habeis servido otorgarles, y beben à esta hora à vuestra salud: la mayor parte de los archeros duermen, los perros del castillo están con sus bosales y encerrados, y...

—Y la señora Jacoba?

—Acaba de subir à su habitacion y no tardarà en acostarse.

—De suerte que nada tenemos ya que temer?

—Nada absolutamente, señorita.

—Está bien, y pues la hora se aproxima, deslízate prudentemente hácia la puerta, y luego que llegue....

—Yo abriré como acostumbro, señorita, y le serviré de guia.

Luego que la camarista hubo salido, Francisca se levantó, se acercó á un magnífico espejo de Venecia, colocado sobre la chimenea y se miró en él, no sin cierta satisfaccion de amor propio.

En seguida, despues de haberse peinado, enjugado algunas lágrimas que empañaban el brillo de los mas bellos ojos del mundo, y ensayado la mas fina, la mas sutil y la mas facinadora de sus sonrisas, la señorita de Montmorency reunió precipitadamente en un pequeño baul cubierto de terciopelo de grana y rodeado de planchas de plata cincelada, sus papeles, alhajas y efectos mas indispensables y preciosos, despues de lo cual volvió à sentarse junto al fuego con el corazon lleno de angustias y remordimientos, exhalando suspiros, y aguardando con estremada impaciencia la llegada de su amante.

De repente un ligero ruido vino á arrancarla de sus meditaciones y le hizo dejar su actitud pensativa; Francisca se conmovió y prestó oido: resonaban pisadas en la sala del comedor y se aproximaban poco á poco haciéndose cada vez mas distintas; à poco se detuvieron algunos instantes.....

Es él, pensó ella, y todo su corazon latió con una deliciosa embriaguez. Inclinada hàcia adelante aguardaba con las manos cruzadas, la mirada fija y la sonrisa en los làbios.... Cuanto tardaba en llegar!

El ruido de pasos continuaba siempre...

—Enrique, Enrique! murmuró con voz trémula y tímida, sois vos?

No obtuvo respuesta. Por último, no pudiendo contenerse:

—Venid, pues, esclamó acercándose à la puerta, aqui estoy ...

Pero al abrir una hoja apareció en el umbral la señora Jacoba.

—Me aguardabas, hija mia? Preguntó severamente á Francisca.

—Sí, sí... señora, balbució la pobre jóven casi muerta de sorpresa y de terror, sí, yo tenia un presentimiento de esta visita tan agradable como estraordinaria.

—Estraordinaria, en efecto, dijo la anciana señora dirigiéndose hácia un sillon en el que se sentó; preciso es sea un grave asunto el que me trae à vuestro cuarto á esta hora y á mi edad.

—¿Si lo habrá descubierto todo? pensó Francisca poniéndose pàlida como una muerta.

—He recibido un expreso de vuestro padre en el que me participa llegará esta misma noche al castillo, y yo bajo aqui para recibirlo.

—¿Pero, cómo no he sabido yo nada hasta este momento?

—Porque verificàndose este regreso sin la autorizacion del príncipe de Condé, apesar de las órdenes espresas del Rey de Navarra, era preciso que se guardase en el mas profundo misterio, á fin de que no se pudiera dudar de la supuesta licencia que Montmorency se habia concedido abandonando su puesto. Creo que es inútil añadir para justificar á vuestro padre, que solo arrostra los severos castigos que puede sufrir por arreglar cuanto antes las cláusulas de vuestro enlace con Florimond de Moulins, señor de Rochefort, que debe llegar mañana.

—Con que no hay remedio! dijo dolorosamente Francisca, este infausto sacrificio se cumplirà.

En seguida, pálida, temblorosa y cubierta de sudor se sentó al lado de la señora Jacoba, que parecia decidida á toda costa à prolongar de este modo la velada.

—Confieso, continuó la marquesa moviendo la cabeza, que estoy sumamente contenta de la presencia de mi esposo en este castillo, sobre todo cuando pienso en las audaces tentativas de ese jóven loco que os

acecha sin cesar, y cuyas protestas amorosas me parece escuchais con sumo gusto.

—Yo, madre mia?

—Sí, vos! contestó su madre con un tono seco y decidido. ¿Creeis que estoy ciega ó sorda para no saber todas vuestras maquinaciones con ese calavera? Esas esquelas recíprocamente entregadas, esas citas dadas en el campo, ese amor súbito por la caza...

—Pero os juro...

—Callad! Y podremos llamarnos afortunados, si todo se ha reducido à eso.

—Ella no sabe nada, dijo entre sí la jóven ya algo repuesta

—Por otra parte, yo voy á hablar al mariscal, pues es menester sepa lo que aqui sucede, y quedé al fin esta morada libre de ese mozalvete, peligroso para el honor de nuestra casa. Ya es tiempo que esto se concluya.

—Oh! señora!

—Pero ¿te parece bueno que se manchase el lustre de nuestras armas? Vamos, vamos, no lloreis mas, hija mia, repuso Jacoba despues de una breve pausa, apaciguada ya por las lágrimas de su hija. Creo que no desmentiras la nobleza de tu linage, y ademas yo te dirigiré siempre. Pero *él*, ese calavera que encuentro á cada paso; si le atrapo alguna vez, le haré que descubra su incógnito á fuerza de azotes.

En este momento resonaron los tres silvidos de La Varenne à lo largo de la feudal fachada.

—Jesus! que es esto? refunfuñó Jacoba.

—Nada, oh! nada! dijo la hermosa Fosseuse poseida de nuevos terrores, es el huracan que silva, una rama de arbol que se quiebra, algun mochuelo qne prepara su comida en la cumbre de la atalaya..... nada, acaso menos de nada.

—Los oidos me zumban ya; yo no sé, pero la cólera, la espectacion, la fatiga, el sueño ..—estoy desazonada.....

—¿Quereis aceptar esta pocion calmante? le dijo de repente Francisca con una mirada inspirada, y con el pecho agitado.

Y á una señal afirmativa de la marquesa, le presentó la bebida en que acababa de verter dos ó tres gotas de un poderoso narcótico.

La marquesa se la bebió de una vez, se reclinó muellemente en las almohadas del respaldo, cerró sus lànguidos párpados, bostezó repetidamente murmurando palabras ininteligibles y sin ilacion, y al cabo de algunos minutos concluyó por sucumbir al pesado sueño que en vano se esforzaba en vencer.

Ya era tiempo, porque á poco la puerta del retrete se abrió de repente, y se presentó Enrique.

—Francisca mia! esclamó.

—Silencio, dijo ella poniendo un dedo sobre sus labios.

—Una muger aquí?

—Es mi madre! silencio.

Enrique que à primera vista habia estrañado este aumento de familia, se tranquilizó al punto que por la pantomima espresiva de la jóven vió que nada tenia que temer de aquel personage, y aproximàndose á ella á pesar de su muda resistencia se echó á sus pies y la abrazó colmàndola de locas caricias y de encantadoras palabras,

—Enrique, acabad, pues! murmuró la señorita de Montmorency. Un caballero de la galante corte de Margarita ¿debe violentar de este modo el corazon de las mugeres, y arriesgarse con tanta ligereza á comprometerlas? ¿no conoceis el peligro que nos rodea? Ah! amigo mio, otro érais, cuando á nuestra salida de Nerac (donde tanto habia esperado asi como mi madre para conocer la fisonomia de nuestro valiente Rey) galopábais tímidamente à alguna distancia de nuestra escolta, dirigiéndome vuestras dulces miradas bajo el embozo de la capa que os ponia á cubierto de todas las demas.

—¿Me reconvienes, bella caprichosa, cuando amante decidido y pronto á despreciar mil muertes por tu dicha, vengo á arrancarte de la obscura prision en que te consumes como un angel caido, y à sustraerte á los lazos de un himeneo detestado? ¿Me muestras frialdad cuando te estrecho entre mis brazos, y me dirijes miradas sin amor cuando mi corazon arde en él? Ah! Francisca, acaso no me amas!

—No amarte? será posible? No sabes todos mis pensamientos? los suspiros que exhalo, no son por tí solo? las lágrimas que vierto por mi debilidad..... por mi falta, tienen mas causa que tú, que tú solo, querido mio?

—Amiga, ¿todavia alimentas esas tristes ideas? ¿Por qué no las desechas de tu imaginacion?

—Ay de mi! puedo yo hacerlo? Y por otra parte el peligro presente me recuerda tambien los pasados! Tú aquí en esta habitacion ante mi madre; que el menor ruido,

el menor suspiro pueda despertar! ..... Dios mio! y mi padre que debe llegar esta noche?.....

—A estas palabras Enrique se levantó al instante, y exclamó en un tono que daba á conocer todo su enfado:

—El mariscal aquí? Quien le autoriza para abandonar su puesto de batalla?

—Nadie desgraciadamente.—Y si lo descubriesen.....

—Serà pasado por las armas! voto á... se burla ese de m.....?

—Pero, por qué te incomodas, Enrique? Qué nos importa que venga con tal que no nos sorprenda?

—Sin duda, respondió Enrique esforzándose en disimular su cólera. Pero si debe venir aquí, nos queda aun menos tiempo que perder para huir..... Partamos!!!

—Gran Dios! Me arrastrais á mi pérdida, Enrique! murmuró Francisca vacilando en aquella hora decisiva y fatal á tomar una resolucion desesperada.

—Pàrtamos! repetia Enrique redoblando sus súplicas y esfuerzos.

—No, no, no me arrastreis. Tengo miedo..... temo, temo.... Ah! mi cabeza se estravía!

Ven, querida mia, ven, amor mio; nos aguardan; apresurémonos; repetia el inflexible y triunfante enamorado.

Ambos en fin se dirigieron de puntillas hácia la puerta de la sala. La espesura de los tapices protegia su marcha; avanzaban con las precauciones mas minuciosas, y sin tocar mueble alguno temiendo armar algun ruido, evitando hasta el roce de sus vestidos y deteniendo su aliento.—Ya llegaban al fin de la habitacion, ya tocaban la puerta y solo les faltaba dar tres pasos, dos, uno solo, para llegar á ella, cuando de repente ¡oh desgracia! la campana del castillo suena con estrépito, suena en el patio un gran ruido de hombres y caballos, las gradas y los puentes levadizos crugen y se bajan, y los corredores y las dilatadas escaleras interiores no tienen bastantes ecos para repetir este imprevisto ruido, que hiriendo bruscamente los oidos de la marquesa dormida, la despierta sobresaltada.

—Estamos perdidos! esclama Francisca cayendo en los brazos de Enrique.

Y los dos indiscretos, sorprendidos, consternados, expuestos entre dos peligros igualmente temibles, la imprevista llegada del mariscal que se acerca, y la presencia de Jacoba que interrogàndoles con una mirada terrible, se dispone ya à denunciarlos à su esposo, quedan inmóviles y como sobrecogidos de estupor en el umbral de la sala donde sonaba progresivamente el crujido de la armadura del feroz *Quema-bancos*.

—Ah! sois vos! exclamó Jacoba con voz atronadora, pero esta vez, señor petimetre, quedareis en la trampa puesto que tan torpe habeis andado.

—En nombre del cielo, señora, en nombre de lo que mas aprecieis, que es sin duda alguna el honor de vuestra hija y de vuestra casa, disimulad, no llameis y no nos perdais en la irreflexion de vuestro justo resentimiento.

—Hola, criados, hola, maldita canalla, cuadrilla de bribones, si acudireis cuando os llamo? No hay, pues, aqui siquiera uno de esos villanos que ejecute mis órdenes? gritaba la irascible Jacoba llevada de su axasperacion.

Por favor, perdonadnos señora, ved el estado doloroso de vuestra hija, pensad mas que en vengaros en socorrerla! Tened piedad de ella.

—Piedad! No la tendré ni para ella ni para vos! Una Montmorency bajarse á un bribon de vuestra esfera, y tenerle piedad! Estais loco, querido?

—Santo vientre gris! repuso el caballero con voz atronadora alzando la cabeza; largo tiempo ha que abusais de mi paciencia, señora, y sin razon os pensais que pueda yo temblar por las débiles amenazas de una muger de vuestros años.

—Insolente!

—Obrad, pues, ahora como mejor os parezca, corazon de piedra, ya que ni aun pueden ablandarle los sufrimientos de vuestra hija; y en cuanto á temer ó evitar vuestra rabia, lo tomo à mi cargo y voy á probàroslo.

Diciendo esto, el jóven sentó en un sillon à Francisca siempre desmayada, y sacando por bajo de su capa una espada corta, ancha y afilada, se puso de un salto en el gabinete cuya puerta cerró lo mejor que pudo.

En aquel momento el marques de Montmorency apareció en la sala con los de su séquito. Estaba ya delante de su esposa para abrazarla, cuando se detuvo asustado de la alteracion de sus facciones y del sombrio aspecto de su fisonomía.

—Qué teneis, Marquesa? le preguntó? ¿por

qué vuestras facciones estan tan trastornadas ¿porqué esa indignacion en vuestras miradas, esa contraccion en vuestros làbios? ¿que ha sucedido durante mi ausencia? Hablad! y que no os vea temblar así, pues me haceis sufrir mucho.

—Tiemblo..... sí! pero es del furor que despierta en mí el ultraje horrendo hecho à nuestra familia.

—Un ultraje! ¿qué quereis decir?

—Vuestra hija.....

—Acabad.....

—Vuestra hija està deshonrada!

—Francisca! mi hija! Oh! no, no es posible!.. ..

—Tan posible, repuso la implacable marquesa, que su seductor está escondido en ese gabinete, donde espera provocar vuestra cólera

A esta espantosa revelacion se estremeció Montmorency de pies à cabeza como una encina robusta herida por el rayo. Su ancha frente se oscureció, sus canas y espesas cejas se unieron de tal modo que al traves de su velo trasparente apenas se hubiera visto brillar sus pupilas; sus labios contraidos no daban lugar à ninguna exclamacion dolorosa, ni à blasfemia alguna, pero el aire de su cólera se escapaba estrepitosamente de sus narices abiertas y dilatadas como las de un caballo que vuela al combate. La tormenta rugia sordamente, y no debia estallar sino con terrible estruendo.

Todos estaban sumergidos en esa especie de estupor que precede á las grandes conmociones en la muchedumbre; ninguno se movia ni respiraba; aguardábase temblando el estallido del trueno; oficiales, pages, escuderos y criados no eran sino estatuas mudas é inmóviles à las que la voz poderosa y temida de Montmorency iba de repente à volver la palabra y la animacion.

—Que se abra esa puerta, ó que se rompa! esclamó con energia el veterano.

Y todos pusieron manos à la obra.

Entretanto Jacoba de Montmorency, vuelta á la calma y à la razon, abandonando á su esposo los cuidados del castigo, se afanaba con sus criadas en hacer volver à la vida à su hija, siempre abismada en un profundo desmayo. Su afectuosa perseverancia fue coronada de un feliz éxito.

Francisca abrió en fin los ojos, y como volviendo la cabeza encontrase el semblante siniestro y alterado de su padre, levantó hacia él sus blancas y hermosas manos que el mariscal rechazó bruscamente. Despues viendo este que la puerta largo tiempo golpeada por sus súbditos, empezaba à ceder à sus reunidos y reiterados esfuerzos, sacó su espada y derribando las puertas de un puntapie, se lanzó en el gabinete con la codicia feroz de un lobo hambriento.

El gabinete estaba vacio.

Una ventana abierta y las colgaduras de la habitacion atadas unas à otras y sujetas al balcon, indicaban muy claramente todos los medios de evacion del fugitivo; à vista de esto, y no pudiendo satisfacer su cólera, el marques dió rienda suelta à la violencia habitual de su carácter. Presa de un furioso delirio hizo pedazos todo lo que tenia delante; espejos, puertas de ventanas, tapicerias, vasos, armaduras, todo lo destruyó, todo lo rompió, y por último, cuando reparó estaba rodeado solo de ruinas, y que no le quedaba nada por destrozar ó aniquilar, mandó à sus súbditos que montasen à caballo y partiesen à rienda suelta en todas direcciones á fin de buscar el caballero desconocido. El mismo se preparaba à guiarlos en sus pesquizas, cuando dos hombres cuidadosamente embozados en anchas capas, negras y bordadas, y con el rostro algo tapado por las estensas alas de sus sombreros se presentaron en la puerta de la habitacion.

Todos se pararon.

—Caballeros, dijo uno de estos estraños visitadores ¿cual de vosotros es el marques de Montmorency?

—Aquí le teneis! dijo el mariscal adelantándose con aire asombrado.

—Soy el conde de La Varenne, repuso el interlocutor misterioso, y estoy encargado, señor marques, de notificaros la órden de que volvais al momento al ejército de Condé que habeis dejado sin previo permiso.

—Y puedo à lo menos saber de parte de quien me transmitís ese mandato?

—De la mia, mariscal! respondió el compañero de La Varenne, desembozàndose.

—Cielos! Enrique! murmuró Francisca asombrada.

—El desconocido! exclamó vivamente la marquesa.

—El Rey! dijo Montmorency descubriéndose.

Y todos hincaron una rodilla en tierra.

II.

LA GUERRA DE LOS AMANTES.

La campana habia dado la señal de la queda, y la ciudad de Nerac se sepultaba en su descanso nocturno; todas las calles se desocupaban de transeuntes; en cada casa resonaba el ruido áspero y discorde de los cerrojos, y de piso en piso se apagaban las luces. A ratos se oia un *quien vive!* y rondas de guardias con sobrevesta verde y brillante alabarda, se cruzaban en la obscuridad interrumpiendo el profundo silencio que empezaba á reynar. Ya casi no se oian los remotos ladridos de los perros que se repetian à largas distancias y solo se escuchaba silvar el viento entre las almenas del palacio, en el salon en que la Reyna Margarita de Valois en compañia de sus damas de honor conversaba con algunos oficiales sobre la última victoria de Enrique de Bearn.

Al rededor divagaban, conversaban y jugaban algunos privilegiados de la corte; jóvenes risueñas y coquetas, de elegantes modales, y vestidas con trages magnificos, cuya vida era una mezcla estraña de galanteria y de devocion, prodigaban sus asesinas miradas à jóvenes cortesanos, tan apuestos como ellas, con brillantes trages y hombres amables, de talento, hermosos, con sus cabellos artísticamente rizados desde la frente á la espalda, y sus bigotes encerados, perfumados, redondeados, y torcidos al rededor de sus labios.

Estos caballeros eran los galanes del castillo. Su corazon era tan valeroso que no se desmentia jamas: tenian, así como su señor y gefe, tal aficion à la victoria, que deseaban conquistas aun despues de la batalla, lo cual no los hacia menos peligrosos à las mugeres que al enemigo.

Trasladándonos pues à la tertulia de Margarita y à la velada, llegaba esta á su fin sin que se entablase una conversacion general entre las veinte ó treinta personas que se hallaban reunidas, pues cada uno tenia con su vecino ó vecina una conversacion mucho mas atractiva. Sin embargo, la hora avanzada se hacia sentir generalmente: las velas de cera rosada estaban à medio consumir, el fuego del fogon se apagaba, extinguiéndose con un ruido como el del cristal que se rompe; los chistes y las frases dulces y almivaradas iban á menos; los ojos perdian su brillantez; acá y allá algunas rubias cabezas se inclinaban como fatigadas; manos blancas y regordetas ocultaban un bostezo involuntario, y la Reyna que estaba notando esta soñarrera universal iba à levantarse para dar la señal de despedida, cuando de improviso sonaron pasos en la habitacion inmediata al salon, se abrió la puerta de éste, y un gentil hombre vino à echarse à los pies de la Reyna cuya mano tomó y besó.



—Mr. de Rochefort! exclamaron todos.

—Sí, Reyna, soy el mismo.

—Levantaos, capitan, murmuró Margarita turbada todavia por esta estraña é imprevista aparicion.

—No lo haré antes que Vuestra Magestad se haya dignado concederme su palabra real de que se castigarà el crímen que vengo à denunciarle.

—Un crímen! repitieron todos con horror.

—Un infame crimen continuó el enérgico gentil-hombre, pálido de cólera y con una voz vibrante que infundia terror en el corazon de todas las nobles señoras que le rodeaban.

—Levantaos y hablad, dijo Margarita, mi proteccion alcanza à todos los que como vos se han mostrado siempre dignos de ella.

Mr. de Rochefort se levantó dirigiendo à los que se hallaban presentes una mirada furiosa y terrible como la de una hiena herida por el cazador.

—Un miserable, dijo, aprovechàndose de mis ocupaciones militares en el campo de Miranda se ha introducido furtivamente en el palacio de Montmorency durante mi ausencia. Avisado aunque muy tarde de este atrevimiento no pude alcanzar los fugitivos de quienes habia perdido la huella; hoy segun las esactas indicaciones que me ha proporcionado la casualidad he sabido que la ciudad de Nerac abrigaba los culpables, y que uno de ellos debe de pertenecer á la servidumbre de Vuestra Magestad.

—¿Pero, interrumpió Margarita, qué pruebas teneis?

—Este medallon secreto, olvidado sin duda en la precipitacion de la huida, y en el que estàn grabadas vuestras armas, indican claramente que es un don de Vuestra Magestad, concedido à algun personage de la corte.

La Reyna se sobresaltó. Una terrible sospecha asaltó de improviso su imaginacion turbada, que heló la sangre en su corazon. Tomó con mano ansiosa el medallon fatal que le presentaba el capitan, lo abrió y fijando sus ojos sobre lo que encerraba:

—Es él! exclamó en voz baja y ahogada.

Era el retrato de su esposo.

Siguiose un momento de silencio, que interrumpió Rochefort.

—Reyna! le dijo, me habeis prometido vuestra proteccion, dignaos acordaros de vuestra promesa. Os he pedido justicia y aguardo de vos el nombre de un culpable.

Yo os lo diré! dijo el Rey de Navarra, presentándose de improviso.

—Todos se apartaron.

—Que nos dejen solos, añadió.

—A la vista del que la engañaba, Margarita de Valois habia recobrado al momento sus fuerzas y su presencia de ánimo ordinaria. Saludó friamente, y salió poco á poco con los cortesanos dirigiendo á Enrique de Bearne una mirada altiva y desdeñosa.

Florimond de Moulins señor de Rochefort en Mirebalais, era un gentil-hombre austero en toda la acepcion de la palabra, que dividia su tiempo entre los deberes de la religion y los de su nobleza, y no interrumpia sus oraciones á Dios sino para continuar sus servicios al Rey. Habia muchos meses que estaba desposado con la hermosa Fosseuse, y su conducta no habia variado un àpice, siendo de creer que à esta costumbre de rigidez amenazadora debia la desgracia de haber perdido à su esposa, cuya veleidad, y sobre todo la irresistible pasion que dominaba su corazon no podian menos de contribuir á acelerar semejante catàstrofe. Pero si Rochefort no era muy á propósito á inspirar pasion, al menos sabia hacer que todos le respetasen y el mismo Enrique de Bearne no pudo substraerse al imperio de esta influencia, cuando por último se encontró solo y cara à cara con su servidor cuyo honor conyugal habia manchado tan inconsideradamente.

Embarazado, confuso y anonadado hubiera dado cualquier cosa por librarse de esta entrevista solemne, del soberano culpable ante el vasallo acusador.

—Señor, dijo vivamente Mr. de Rochefort, llevando su extravio hasta poner su mano en el brazo del Rey. Señor, conoceis la estension y gravedad del ultraje de que me quejo?

—Sí, capitan.

—Acabais de asegurarme que conoceis tambien al autor.

—Verdad es!

—Donde està?

—Delante le teneis?

—Vos?..... exclamó el gentil hombre saltando hacia atras.

—Yo, repitió Enrique triste pero tranquilo.

Ambos callaron.

El Rey de Navarra afligido, arrepentido del mal que habia causado, aunque animoso é impasible ante el peligro que le amenazaba, solo, y sin armas en presencia de su

juez, acaso de su verdugo! consideraba tranquilo la cólera creciente del capitan, cuyos ojos despedian llamas, y cuyo cuerpo estaba en movimiento como si fuese á precipitarse sobre su enemigo, al mismo tiempo que su mano convulsiva empuñaba su espada medio desenvainada ya.

—Capitan, repuso el Rey de Navarra, mi corazon està desgarrado de remordimientos. Yo habria debido no olvidar jamas que como obstàculo á mi loca pasion por la señorita de Montmorency, tenia vuestros años de honor, de gloria y de adhesion á mi causa.. Perdon, capitan!!

Mr. de Rochefort no respondió.

—Hablad, continuó Enrique, y aseguradme de que admitís mi pesar y mi arrepentimiento; y si cuando un Rey ha faltado no merece que se le trate como tal, tratadme en adelante como à igual. Yo os lo permito, y os juro no hacerme jamas indigno de semejante clemencia, y de reparar si es posible el mal que he hecho.

Rochefort no se movia: parecia clavado en el salon con su mismo continente, su misma mirada, su mismo gesto audaz y terrible.

—Por favor, caballero, respondedme.

—Dios decidirà! dijo el capitan, volviendo à envainar su relumbrante espada.

—Quereis darme la mano? insistió el Rey con dulzura.

—La mano de un traidor! dijo el anciano con desprecio.

—Los ojos de Enrique centellearon. Apenas pudo reprimir un movimiento de despecho y de impaciencia; sin embargo, decidido à seguir hasta lo sumo, los generosos impulsos de su alma, y à aceptar como expiacion todas las consecuencias de su falta, repuso:

—En reparacion de mis agravios, os ofrezco toda mi amistad.

—Gracias, prefiero mi odio!

—Mr. de Rochefort se cubrió con insolencia, miró al Rey de arriba à bajo, y se alejó con paso firme y rápido. Enrique con los ojos humedecidos y la voz alterada corrió hacia él.

—Donde vais capitan?

—Señor, voy à hacerme matar! respondió Florimond de Moulins, porque si la muerte no me alcanza á mi, os alcanzaria à vos.

Y salió.

Algunas horas despues, al rayar el dia, salió un posta de Nerac portador de pliegos para la señora Jacoba de Montmorency. Y en la misma tarde al caer el sol el puente levadizo de la mansion de Thuri se bajaba con estruendo para dar paso á un coche de viaje ocupado por la noble marquesa y escoltado por un pequeño destacamento de caballeros de su casa.

Cuando el último escudero del convoy hubo desaparecido por detras de los àrboles y de los montecillos de la llanura, se arrió la bandera feudal que ondeaba en la cumbre de los baluartes, el rastrillo mordió de nuevo el suelo, el puente levadizo subió á sus encages de piedra, y todo volvió á quedar en silencio y soledad.

Hacia siete meses que el mariscal de Montmorency habia vuelto à sus filas, avergonzado y confuso de que le hubiese recordado sus deberes, á él, guerrero anciano, otro tan jóven como Enrique de Navarra que, sin embargo, era su Rey. Retirado en su tienda meditaba en compañía de los príncipes de Condé, de Soissons y de Maximiliano de Bettune el famoso ataque de Cahors. Planes estratégicos, y partes de diferentes gefes militares cubrian la mesa del bivac sobre la cual todos tenian fija su vista; una tea de resina iluminaba extravagantemente con sus rojos reflejos las facciones características y varoniles de los cuatro gefes cuya abollada armadura manifestaba bien à las claras los golpes que habian recibido en Castel Faloux.

Reynaba en la tienda un profundo silencio. La mayor parte de los soldados dormian tendidos sobre el suelo y embozados en sus capas. Acá y allá alguna hoja de espada, algun hierro de lanza ó el cañon de algun arcabuz arrojaban de repente una luz en la sombra. Los centinelas se paseaban á paso mesurado por delante de las tiendas ó de los atrincheramientos, turbando por intervalos la calma de la noche con su monotono grito de vigilancia: Centinela, alerta!

De repente se descorre la cortina de cuero de la tienda, y un arcabucero envejecido en los campos de batalla, se presenta con el arma al hombro.

—Quien nos viene á inquietar á esta hora? exclama bruscamente Mr. de Bettune.

—Una muger quiere hablar en secreto con el señor mariscal.

—Su nombre, preguntó Montmorency asombrado.

—Ha rehusado declararlo à la gente de armas de la ronda que han creido deber ase-

gurarse de su persona, pero este anillo que me ha dado, os dirá suficientemente quien es, segun ella dice.

—Jacoba, dijo Montmorency sobresaltado.

—Qué responderé? Monseñor.

—Te sigo, vé delante.

—Id, mariscal, dijo sonriéndose Mr. de Soissons, nosotros entraremos sin vos en Cahors.

Despues de algunas vueltas al rededor de los grupos adormecidos, Montmorency llegó à los reductos exteriores del campo, y de repente se encontró en presencia de su muger, á quien cuidadosamente rodeaban los guardias.

A una señal los soldados se apartaron.

—Es este un sueño? exclamó Montmorency en los primeros momentos de su sorpresa.

—Ay de mí! no, respondió la marquesa con voz alterada; los males que aun nos persiguen, son por desgracia muy verdaderos, y solo vuestra presencia en la corte puede impedir sus funestas consecuencias.

—Dios mio! qué vais à decirme? interrumpió el mariscal con el corazon agitado por sombrios presentimientos.

—Habeis dudado siempre de mis avisos, de mis palabras, cuando os aseguraba que el Rey cortejaba á vuestra hija Francisca. Os habeis reido incesantemente de mis precauciones y de mis terrores, que tratábais de fantasias y de puerilidades.....

—Bien, dijo el mariscal pàlido como la muerte.

—Ah! bien! sabed, pues, que un posta del señor de Rochefort vuestro yerno, me trajo anteayer la terrible nueva, de que Francisca ha sido arrebatada del lado de su marido por Enrique de Bearn. Vuestra hija es públicamente reconocida por su querida!

—Oh!

—Vengo pues á buscaros, porque es preciso ir en busca del Rey, sin perder un instante.

—Sí, gritó el marqués con voz atronadora, para acusarle de felonia.

—No, sino para abrirle los ojos sobre su falta y sobre la afrenta con que recompensa nuestros servicios.

—Y si no me concede una pronta y brillante reparacion me pasaré al almirante de Villars.

—Desgraciado! os guardariais muy bien! Cambiar otra vez de bandera! Entonces vuestro honor quedaria perdido enteramente.

—Qué haré? ay de mí! qué nos haremos?

Y el marques entregado á la mas terrible congoja se paseaba arrancándose como un loco la barba y los cabellos, con los ojos llenos de làgrimas, y el pecho hinchado de sollozos y de gritos de rabia.

—Ya os lo he dicho, repuso la viuda, partid sin detencion conmigo á ver à Enrique, y obtendreis de su buen corazon encubra ó repare el mal ya hecho, rompiendo su amistad criminal con vuestra desdichada é indigna hija.

Despues de haber discutido y examinado las diversas probabilidades de buenos ó malos resultados del paso que iba à dar, se decidió por último el mariscal à pedir permiso al príncipe, general en gefe, quien se lo concedió con el mayor placer del mundo, y aun puso à su disposicion su tren de viaje.

Los nobles esposos partieron sin mas tardanza, inclinando tristemente sus venerables frentes calvas y arrugadas, y derramando amarguísimas làgrimas sobre la fatalidad y rigores de su destino.

Era un dia de gran ceremonia cuando se encontró el mariscal en presencia del Rey, quien acababa de pasar revista á los gentiles hombres del palacio y à los oficiales de su guardia.

Al punto adivinó Enrique en el trastorno de las facciones y frio aspecto del marqués el motivo de tan pronta vuelta; y para evitar todo escándalo lo llamó aparte.

—Que mala cara traeis! dijo Enrique, ¿estais disgustado, mariscal?

—Señor, respondió con franqueza el señor de Montmorency, el disimulo es la ciencia de los cómicos, no de los soldados. Vamos pues al hecho, y dígnese Vuestra Magestad imitar por su lenguage la lealtad que observo en mi conducta.

—Quiere decir que os habeis enmendado, le replicó secamente el Rey ofendido por aquel preámbulo.

—Nunca es tarde, señor, para remediar el daño. Un Montmorency puede desde luego cometer errores como todos los hombres, pero no bajezas.

—Que quiere decir esto, señor? dijo el Bearnés fijando su vista en el anciano mariscal.

—Que me creo con derecho á obtener reparacion del insulto que habeis hecho à mi nombre, á mi honor y á mis canas!

—Orgulloso! dijo irónicamente el Rey.

—Y á exigirlo tambien! añadió Montmorency.

—A la verdad, ignoro si he de reputar como insolencia ó locura las inconsideradas palabras que se os escapan, señor: pero en todo caso os encuentro muy atrevido en apostrofarme de esa suerte; y si no os castigo es porque quiero no olvidar que soy Rey.

—Y vos, habeis olvidado de que yo era padre! La corona que llevais, gracias á la espada de vuestros servidores, debia, me parece, garantizar y no olvidar sus derechos! No acuseis, pues, á nadie sino á vos mismo de la necesidad en que me encuentro de usar con V. M. un lenguage de padre y no de cortesano.

—Mariscal, yo no quiero recibir lecciones de nadie. Aunque tenga el triste conocimiento de mis agravios, no creo deber sufrir una segunda representacion de la escena que últimamente ha tenido con vuestro yerno el capitan de Rochefort. He prometido entrar de nuevo en la senda del deber, señor; tratad vos de entrar como yo, ó sentireis el aguijon de mi cólera!

—Y la mia, por San Dionisio! no la temeis! esclamó el fogoso mariscal incapaz de poderse contener por mas tiempo.

—No temo nada! Las fuerzas son demasiado desiguales, respondió Enrique con dignidad; pero os aconsejo quiteis la mano del puño de vuestra espada porque nos estan observando.

—A ellos y á vos os desafio! esclamó el marques fuera de sí.

—Y la desenvainó...

—Desgraciado, que has hecho?... murmuró el Rey de Navarra, viendo acudir su séquito.

El mariscal volviendo al momento á la razon vizlumbró con espanto la inmensa gravedad de su accion, y aunque su intrepidez jamas se desmintiera en el peligro, como agoviado por la conciencia del crímen de lesa magestad que acababa de cometer, sintió estremecerse por primera vez. Mudo, vacilante, confundido, obedeció maquinalmente al Rey, quien le ordenaba con prontitud y en voz baja que se arrodillase ante él.

Aproximaos, dijo entonces Enrique de Navarra á los señores La Varenne y Betz que en aquel momento estaban mas cerca de su persona, aproximaos, yo me alegro de que seais testigos del modo con que se recompensan los servicios de los que me son adictos.

Despues volviéndose hácia el marques que estaba aterrado, dijo:

—En el nombre de Dios en quien creo y espero, yo Enrique de Borbon, Rey de Navarra, te hago mi condestable, á ti, Francisco de Montmorency, marques de Thury, baron de Fosseuse, y te confio el mando en gefe de mi ejército, rogando á Dios os tenga en uno y otro mundo en su santa y digna guarda.

Todos se miraron sin poder volver de su sorpresa. El viejo mariscal creyéndose juguete de un sueño, todavia procuraba comprender el sentido de las palabras que acababa de oir y permanecia siempre de rodillas.

—Levántate, primo mio, repuso Enrique alargándole la mano. Y perdon por perdon, añadió inclinándose misteriosamente al oido del marques.

En este momento se acercaron al Rey dos pages por cada extremidad de la galeria y cada uno de ellos le entregó un oficio.

Enrique leyó el primero, y dándolo á Montmorency, dijo:

Esta es la órden del sitio de Cahors, que os encargo me conquisteis cuanto antes, mariscal.

El anciano, confuso y casi desarmado, se inclinó y partió para ejecutar sin demora la órden que le hacia volver forzosamente al ejército de los príncipes.

Cuando el Rey hubo leido la segunda carta, se la guardó con aire de negligencia y de mal humor, y exclamó:

—Responded que estoy hoy sumamente ocupado.

—Pero, señor, insistió el page, madama de Fosseuse os aguarda.

—Ah! por vida de... que aguarde!

—Ay, ay, dijo para sí el vizconde de La Varenne; el reynado de la *hermosa Fosseuse* concluyó.

El marques de Montmorency seguido de su desgraciado yerno se incorporó al ejército de Condé, acampado ya en los alrededores de Cahors.

Los dos ancianos agoviados de presentimientos siniestros, dieronse uno á otro un solemne á Dios algunas horas antes del combate, despues de lo cual se fueron cada cual á sus respectivos puestos.

El capitan de Rochefort, cuyo cuerpo

flaco, pero robusto aun y de gigantesca estatura, parecia una torre ruinosa próxima á caer al primer choque, se mantenia derecho, firme é inmóvil á la cabeza de una compañia de bombarderos, la visera baja y la espada en la mano. Estaba silencioso y triste como una tumba, pálido y terrible como la muerte.

Cuando hubo resonado el grito de guerra en todas las lineas de ataque se le vió hacer la señal de la cruz, blandir su arma y lanzarse... Pero nadie lo vió volver. El anciano caballero habia cumplido su palabra !..

....

Mientras que la guerra continuaba con éxito en lo exterior, la intriga y la malevolencia minaban interiormente la paz de la corte, sembrando la discordia en el corazon de los cortesanos y de las señoras de Nerac.

Catalina de Médicis, madre de Enrique III Rey de Francia, tenia entonces la principal parte en el gobierno del reyno, y creia apoyada su autoridad en la division de los católicos y de los hugonotes. Ella, pues, no cesaba de fomentar turbulencias entre los dos partidos, aunque deseaba vivamente que Enrique de Navarra abandonase los protestantes y volviera á la corte de sus hijos; pero no habiendo podido conseguirlo, ganó confidentes secretos en las ciudades sujetas á él, atrayéndolo al mismo tiempo à conferencias interminables en que nunca dejaba de presentarse sin un numeroso tren de hermosuras, que hacia servir á su política, y cuyos atractivos no eran menos poderosos y peligrosos que su política y perspicacia.

En medio de esta multitud de ninfas fue donde Enrique vió á la marquesa de Guercheville, quien sucedió en su amor á la pobre Francisca, abandonada despues de un corto instante de felicidad.

Margarita de Valois por su parte habia dado mas de un rival á Enrique, los cortesanos y las damas de la Reyna, se declararon por uno de los dos regios esposos, de lo cual resultó una guerra à la que se le dió el nombre de la de los amantes, y que era la mas amable y cortesana que se podia dar.

En medio de todos estos acontecimientos, alternativamente frívolos y graves, guerreros ó pacíficos, el tiempo pasaba rápidamente, siendo favorable á unos, perjudicial á otros, pero implacablemente contrario tan solo á la pobre Francisca, cuya triste situacion lejos de mejorarse se agravaba mas y mas cada dia.

Bajo el peso de la pública malevolencia y de la maldicion paternal, la Fosseuse se habia encorbado poco á poco y marchitado como la flor abandonada por el sol. El amor de Enrique era todo para ella, y desde que lo habia perdido se moria de desesperacion y de vergüenza. Largo tiempo habia ensayado disputar el corazon de su real amante á las coquetas acechanzas de la marquesa de Guercheville, pero cansada de luchar habia acabado por resignarse al abandono, al desprecio, à la soledad, á la tumba..... cuyo asilo se hubiera violentamente abierto sin la efímera prenda de amor que llevaba en su seno.

Absolutamente retirada en el fondo de un pequeño y aislado pabellon, no habia admitido cerca de ella sino las mugeres cuyos cuidados estaba obligada á recibir, y un jóven paje de quince años, hijo de un mercader de Paris, que habia tomado à su servicio. A este jóven y lindo servidor, de ojos azules, largos cabellos rubios y rizados, silencioso y melancólico como su señora, ante la cual pasaba dias enteros en contemplacion y en suspiros, no le faltaba mas que una lira para completar la creacion de uno de esos pages modelos de la antigua poesia y de las sencillas leyendas de la edad media, alimentando en el fondo de su corazon un amor desgraciado por la señora de sus pensamientos; pero muriendo en la pena, esclavo del deber y víctima de un amor fatal.

Las divinas bellezas de la hermosa Fosseuse se habian eclipsado por grados bajo la pena mortal que la consumia el corazon. Su hermosa figura, fresca y sonrosada, se habia vuelto pàlida y arrugada, sus ojos y sus mejillas se habian hundido. La desgraciada no se llevaba de vanas ilusiones, conocia que su último momento se acercaba: asi es que no aspiraba mas que al reposo eterno que la muerte sola podia traer á sus numerosas congojas; y si de vez en cuando las débiles señales de la existencia de su hijo le causaban algun consuelo, el dolor de lo pasado y el recuerdo de sus padecimientos volvian à ganar al momento su fatal imperio sobre esta organizacion decaida y quebrantada como una mata de yerba tocada por la hoz de las espigadoras, y su cabeza volvia á caer mas pesada sobre su pecho, minado por el veneno de los dolores.

En fin, Dios tuvo lástima de ella.

Una noche al tiempo de acostarse, despues de un largo paseo dado en los alrededores de Nerac para distraerse de las sombrias preocupaciones que la abrumaban, al buscar con su mano el movimiento del hijo que llevaba en su seno, lo encontró inmovil y helado..... El fruto de su loca pasion no se movia ya..... su hijo habia muerto!

Un grito de horror que hizo herizar los cabellos de los que la oyeron resonó à lo lejos en el pabellon; precipitáronse hácia la habitacion de madama de Rochefort y la encontraron tendida en el pavimento, fria y toda ensangrentada. En la caida que causó su desmayo se le habia abierto el craneo contra el filo de una mesa de mármol.

En vano la prodigaron los socorros mas tiernos y activos; poca esperanza se tenia de volverla á la vida. Su hora habia llegado.

Al punto se expidió un posta al Rey para informarle de esta espantosa catástrofe; *pero hallándose el Rey en casa de la marquesa de Guercheville, no podia ir hasta la mañana siguiente á la de la Señora de Fosseuse.*

Francisca espiró aquella noche, contestando con una sonrisa llena de amargura á las audaces declaraciones de su page, quien no temió en aquella hora suprema descubrir à su señora los dolorosos arcanos de su alma.

Cuando sonó el alba, Enrique de Bearne todavia embriagado en las delicias de la noche, se escapó de los brazos de la marquesa para volar al pabellon mortuorio, pero ya era demasiado tarde. Todas las puertas estaban abiertas, algunas pobres lloraban en los patios, las salas estaban vacias. El Rey de Navarra caminaba por un desierto. Llegado à la habitacion de Francisca, el page se presentó en el umbral, como para impedir el paso; el fuego del dolor y de la rabia iluminaba violentamente su rostro mugeril, todo contraido y trastornado por violentas emociones.

—Magestad, no entreis, exclamó con una voz estridente y terrible, no entreis! La Señora de Rochefort ha muerto!

El Rey se puso pálido, y de repente se paró como herido de un rayo.

.....

Cuando al cabo de quince años de luchas encarnizadas y de sucesivas conquistas, Enrique IV Rey de Francia y de Navarra entró en Paris en medio de sus valientes capitanes y de todos sus caballeros, dos asesinos, el uno anciano y el otro jóven, salieron cada uno por entre las filas de la plebe y tomaron su puesto uno tras otro enmedio de los escombros amontonados del Gran Chatelet. Ambos estaban cubiertos con un largo casacon, debajo del cual sacaron un arcabuz cargado que apuntaron al Rey, en el momento que se presentó con su comitiva.

En vano aguardaron el instante favorable para disparar sus armas, pues otras nobles cabezas se interponian sin cesar entre ellos y la víctima que habian escogido. La muchedumbre era tan considerable que à despecho de su feroz paciencia, los arcabuceros no hubieran podido ejecutar su deseado crímen, sin arriesgar alcanzase à otro personage que al que querian herir.

En fin, el Rey pasó, rodeado siempre por hombres de armas de su escolta, y los dos asesinos engañados pudieron mirarse entonces igualmente sorprendidos, y adivinar en su amenazadora postura el terrible acaso que los reunia allí, y leer recíprocamente en sus miradas centellantes de siniestros relámpagos, la culpable esperanza que habia armado su brazo.

—El golpe ha faltado, dijo por último el anciano al joven.

—Otra vez seremos mas dichosos, respondió este ocultando de nuevo su arma.

—Lo esperais firmemente?

—Sin esta esperanza, podria vivir?

—En ese caso es menester que vuestro resentimiento.....

—Sea bien fundado... oh! sí! Ha matado à mi señora! y á vos?

—Me ha arrebatado á mi muger.

—Cual? Porque no sois el único á quien esto ha sucedido ¿seria la marquesa de Noirmoutiers?

—No.

—La presidenta de Rebour.

—Tampoco.

—Acaso la señora de Rochefort?

El anciano perdió el color.

—Qué importa! dijo en tono brusco; no por eso el daño ha sido menor.

—Seguramente! dijo el jóven con tristeza, por eso no quiero pensar mas que en el que puedo yo hacerle.

—Sois un hombre de valor, repuso el misterioso anciano dando un golpe sobre la espalda de su compañero, y veo que nosotros nos comprendemos maravillosamente.

Despues añadió bajando la cabeza como si hablara consigo mismo:

—Le habia jurado *que si la muerte no me alcanzaba le alcanzaria á él.*

—Qué decis?

—Que temo, que no persistireis mucho tiempo en vuestras resoluciones.

—Persistiré hasta el fin de mi vida!

—Y vos, desistireis en el momento decisivo?

—Nunca.

—Asi, pues, ¿le perseguireis siempre con vuestro aborrecimiento?

—Lo juro!

—Y yo tambien como vos! dijo el anciano con un acento lúgubre y solemne.

—Entonces probablemente nos veremos uno de estos dias?

—Sin duda alguna; vuestra mano?

—Aquí està.

—Vuestro nombre?

—Juan Châtel!

—Hasta la vista!

—Hasta la vista.

Y ambos se perdieron entre la multitud.

Sábese que nueve meses despues, el 27 de Septiembre de 1594 Juan Châtel fue arrestado en la fonda de Doubouchage en el momento en que heria con un cuchillo al Rey Enrique IV, bajando de la carrosa para entrar en casa de la marquesa de Monceau.

Bajo los pies de los caballos, los lacayos recogieron el cadàver de un anciano desconocido muerto en el alboroto.

(*A. Z.*)

VIDA
DE
Esopo el Frigio.

Nada de cierto se sabe respecto al nacimiento de Esopo, del cual asi como de Homero solo han llegado hasta nosotros muy cortas noticias, cosa en verdad digna de admirarse, cuando la historia nos ha trasmitido otros sucesos insignificantes ó inútiles. Todos esos destructores de naciones, todos esos príncipes sin mérito, han tenido quien nos haya transmitido hasta las menores particularidades de su vida, é ignoramos las mas importantes de Homero y Esopo; es decir, de los dos hombres que han logrado el mas justo aprecio de los siglos, porque Homero no es tan solo el padre de los dioses, sino tambien el de los buenos poetas, y en cuanto à Esopo justo es colocarlo entre el número de los sábios de que tanto se ha gloriado la Grecia, pues que ha enseñado una verdadera sabiduria, y por cierto mucho mejor que los que para ello se valen de definiciones y reglas. Verdad es se han escrito las vidas de estos dos grandes hombres; pero la mayor parte de los sábios las tienen ambas por fabulosas, particularmente la de Esopo que escribió Planudio.

Pero no hace á nuestro propósito entrar en esta crítica: pues siendo asi que Planudio vivia en un siglo en que debia conservarse aun la memoria de los sucesos de Esopo, hemos creido debia saber por tradicion

lo que nos ha trasmitido ; y en tal concepto lo hemos seguido sin escluir en lo que ha dicho de Esopo nada mas que aquellas cosas muy pueriles, ó que de algun modo se separaban de la decencia.

Esopo era frigio, natural de una aldea llamada *Amorium*, nació hàcia la quincuagésima séptima Olympiada, unos doscientos años despues de la fundacion de Roma. No sabríamos decir si tuvo motivo à quedar agradecido á la naturaleza, ó à quejarse de ella, porque habiéndole dotado de un talento admirable, le hizo nacer sumamente deforme, y tan feo de rostro, que apenas tenia figura de hombre, privàndole á mas casi enteramente del uso de la palabra. Con estos defectos aun cuando no hubiera sido de condicion de esclavo no podia dejar de serlo. Por lo demas, su alma elevada se mantuvo siempre libre é independiente de la fortuna.

Su primer dueño lo envió al campo para labrar la tierra, bien porque lo juzgase incapaz para cualquier otra cosa, ó bien por quitar de su vista un objeto tan desagradable. Sucedió, pues, que habiendo ido su señor à ver su casa de campo, un aldeano le dió unos higos, que pareciéndole hermosos los mandó guardar cuidadosamente, ordenando al mismo tiempo á su despensero llamado Agatopus que se los llevase al salir del baño. Pero quiso la suerte que Esopo tuviese que hacer en la casa, y aprovechàndose Agatopus de esto, se comió los higos con algunos de sus compañeros, culpando en seguida á Esopo de esta bribonada, no creyendo que pudiera nunca justificar lo contrario, en razon á que era tartamudo y parecia idiota. Los castigos que usaban los antiguos para con sus esclavos eran cruelísimos, y esta falta debia ser muy castigada. El pobre Esopo se echó á los pies de su señora, y haciéndose entender lo mejor que pudo, manifestó pedia por toda gracia se le suspendiese por algunos momentos el castigo. Habiéndosele, pues, otorgado, corrió à buscar agua tibia, la bebió en presencia de su amo, metióse los dedos en la boca, y en seguida vomitó únicamente agua. Despues de manifestar asi su inocencia, indicó se obligase à los demas á hacer otro tanto. Agatopus y sus compañeros quedaron pasmados de que tuviese semejante idea un hombre à quien creian idiota, pero disimulando su turbacion bebieron agua tibia como Esopo, se metieron los dedos en la boca procurando no introducirlos mucho, mas sin embargo de esto, el agua hizo su operacion y devolvieron los higos, todavia sin digerir y que aun conservaban su color. Por este medio se libró Esopo, y sus acusadores fueron castigados doblemente por su golosina y por su maldad.



A la mañana siguiente, cuando ya su amo se habia marchado, estando Esopo en su trabajo ordinario, varios viageros, (que segun algunos eran sacerdotes de Diana) le rogaron en nombre de Júpiter hospitalario, le enseñase el camino que conducia á la ciudad. El les invitó à que descansasen à la sombra, y despues de haberles presentado una ligera colacion, les sirvió de guia y no se apartó de ellos hasta ponerlos en su camino. Aquellos buenos hombres levantaron sus manos al cielo y rogaron à Júpiter no dejase sin recompensa esta accion caritativa. Apenas se

apartó de ellos Esopo, cuando sentándose à causa del calor y el cansancio se quedó dormido. Durante su sueño se imaginó que la fortuna estaba de pie ante él, que le desataba la lengua, y que por igual medio recibia el don del arte del apólogo ó de las fábulas del que se puede decir es inventor.

Lleno de gozo, despierta sobresaltado, y al despertar ¿qué es esto? dice, puedo ya hablar! ¡pronuncio bien un rastrillo, un arado, todo lo que quiero! Este prodigio ocasionó cambiase de amo, porque como un hombre llamado Zenas que estaba allí en calidad de mayordomo, y que vigilaba sobre las esclavos, le pegase bàrbaramente à uno de ellos por una falta que no lo merecia, Esopo no pudo menos de reprenderle, amenazándole que aquellos malos tratamientos serian sabidos. Zenas para evitarlo y tambien para vengarse de él, fuè à decir al amo que acababa de suceder un milagro en su casa, y era que el Frigio habia recobrado el habla, pero que el malvado solo se servia de ella para murmurar y blasfemar de su señor. Este lo creyó y en su consecuencia le cedió à Esopo, con libertad de hacer de él lo que quisiese. Cuando volvia Zenas al campo le salió al encuentro un mercader diciéndole si por dinero le queria proporcionar alguna hacemila. No puedo, respondió Zenas; pero si quieres, te venderé uno de nuestros esclavos, y en seguida hizo venir á Esopo. Luego que lo vió, dijo el mercader sorprendido: ¿Es para burlarte de mí por lo que me propones comprar ese mónstruo? Con todo, bien te lo cambiaria por una odre. Y diciendo esto se despidió medio murmurando y medio riendo de tan estraña figura. Mas llamàndole Esopo, le dijo: cómprame sin cuidado, que no te seré inútil. Si tienes hijos que lloren ó sean malos, mi cara les hará callar, y se les meterá miedo conmigo como con un mónstruo. Esta chistosa broma agradó al mercader. Compró, pues, á nuestro Frigio en tres óbolos, y dijo riendo: ¡Alabados sean los dioses! Seguramente que la adquisicion que he hecho no es muy buena, pero tampoco ha sido muy cara.

Una de las cosas en que traficaba este mercader era en esclavos; y yendo á Éfeso para despachar los que tenia, repartió entre ellos segun su empleo y sus fuerzas, todo lo que era necesario llevar para el viaje. Esopo, por lo tanto, rogó se tuviese en consideracion su debilidad, y se le tratase suavemente como à recienvenido. No llevarás nada si quieres, le respondieron sus compañeros; pero entonces él herido de pundonor quiso llevar su carga como los demás, y dejándole los otros que la eligiese tomó el cesto del pan que era el mas pesado. Todos pensaron habia hecho una necedad; pero desde el primer dia el frigio fue descargado de la cantidad de pan que consumieron en la comida y cena; de modo que al cabo de dos de ellos no tenia ya carga. De esta manera dejó á todos admirados de su discrecion y agudeza.

Pero volvamos al mercader, el cual enagenó todos sus esclavos á escepcion de un gramático, un cantor y de Esopo, los que determinó vender en Samos; pero antes de llevarlos al mercado, hizo vestir à los dos primeros lo mejor que pudo para llamar la atencion como cada cual procura hacerlo con su mercaderia, pero Esopo por el contrario solo fue vestido con un saco y puesto entre sus dos compañeros à fin de que resaltase el mérito de estos. En efecto, se presentaron algunos compradores, y entre otros un filósofo llamado Janto, quien preguntó al gramàtico y al cantor qué era lo que sabian hacer, à lo cual respondieron que todo. El frigio se rió de esto, y bien se puede pensar con que ademanes. Planudio refiere que faltó poco para que todos huyeran, tales fueron los horribles visages que hacia al reirse. El mercader pedia por su cantor mil óbolos, y por su gramático tres mil, ofreciendo gratis á Esopo en caso de que se le comprase uno de ellos. Mucho disgustó à Janto el subido precio del gramático y del cantor, pero porque no se volviese á casa sin haber hecho alguna compra, le aconsejaron sus discípulos comprase aquella caricatura de hombre que con tan buen donaire se habia reido, y que aun como mero espantajo divertiria à las gentes con su figura. Janto se persuadió de esto y compró á Esopo en sesenta óbolos, pero antes le preguntó del mismo modo que lo habia hecho con sus compañeros, qué era lo que sabia, à lo que Esopo respondió que nada, puesto que ya los otros dos lo habian tomado todo. Los cobradores de la alcabala perdonaron generosamente à Janto los derechos y le dieron gratis la carta de pago.

Janto tenia una muger de delicadísimo gusto, y à quien agradaban muy pocas personas, por cuya razon no trató este de presentarle con formalidad su nuevo esclavo, lo que la hubiera encolerizado y hecho se bur-

lase de la compra; asi, pues, juzgó como mas à propósito, hacer de ello un asunto de broma; y en efecto, luego que entró en su casa dijo que acababa de comprar un esclavo jóven el mas bello y lindo del mundo. Al oir esto las doncellas que servian à su señora, empezaron á disputarse cual de ellas lo tomaria por novio; pero tan luego como apareció se espantaron extraordinariamente; unas se taparon los ojos, y otras



huyeron dando gritos. La misma dueña sumamente incómoda dijo que semejante mónstruo solo se lo traian para echarla, pues habia mucho tiempo que el filósofo se fastidiaba de ella. De palabra en palabra la cuestion llegó á tal extremo que la muger pidió su caudal y quiso irse con sus padres. Sin embargo, Janto con su paciencia y Esopo con su ingenio, consiguieron que las cosas se arreglasen; asi es que ella no volvió á hablar de separarse, y quizás la costumbre llegó á hacer se disminuyese un poco la repugnancia que le causaba el nuevo esclavo.

Muchas cosas omitiremos por insignificantes en que lució Esopo la agudeza de su talento, pues aunque por ellas se pueda juzgar de su carácter, son de muy poca importancia para contarlas á la posteridad. Por tanto, he aquí solamente una muestra de su bella imaginacion y de la ignorancia de su amo. Fue este à casa de un hortelano para escoger por sí mismo unas vituallas, y despues de haberlas tomado, rogóle aquel le ilustrase sobre una dificultad que tanto tocaba á la filosofia como à la agricultura; era esta que las yerbas que plantaba y cultivaba con gran cuidado, no desplegaban mucha lozanía, sucediendo todo lo contrario con las que la tierra producia por sí misma sin cultivo ni esmero. Janto lo atribuyó todo à la Providencia como frecuentemente se hace cuando no se sabe qué responder; pero Esopo se echó à reir, y habiendo llamado aparte à su señor aconsejóle dijera al hortelano le habia dado una respuesta general porque la cuestion no era digna de él, y por tanto que la dejaba á su siervo, quien le satisfaria seguramente. Despues de decir esto al hortelano, se fue Janto à pasear por otro lado del huerto, y mientras Esopo respondiendo á la pregunta hecha à su amo, dijo que la tierra era semejante á una muger que teniendo hijos de su primer marido, se casase con uno que tuviera hijos de otra; esta muger no dejaria de concebir odio hàcia estos, y les cercenaria el alimento para que lo disfrutasen los suyos. Lo mismo sucedia con la tierra, la cual no recibia sino con disgusto las producciones del trabajo y del cultivo, y reservaba todo su esmero y sus beneficios para las suyas propias, en lo que manifestaba ser madrasta de las unas y cariñosa madre de las otras. Tan satisfecho de esta razon quedó el hortelano, que ofreció à Esopo todo cuanto tenia en su huerto.

Pasado algun tiempo de esto hubo un gran altercado entre el filósofo y su esposa. Estando este de convite apartó algunos manjares delicados y dijo à Esopo: anda y lleva esto à mi buena amiga; este fue y los dió à una perrita que era las delicias de su amo, pero como al volver Janto preguntase á su muger si le habia agradado su fineza, y esta quedase atónita sin saber de qué le ha-

blaba, llamaron á Esopo para pedirle la aclaracion de ello. El filósofo, que deseaba encontrar un pretesto para castigarlo, le preguntó si no le habia dicho terminantemente; anda y lleva de mi parte esos manjares á mi buena amiga. Esopo respondió, que su buena amiga no era su esposa, quien por la menor palabra amenazaba divorciarse, y sí la perra que lo sufria todo, y volvia à hacer caricias despues que se la castigaba. El filósofo sorprendido no tuvo que responder; pero su muger se encolerizó de tal modo que se separó de él, y aun cuando no quedó pariente ni amigo por quien Janto no la hiciera hablar, nada consiguieron las razones ni los ruegos. Entonces Esopo se valió de una astucia; fue al mercado y compró una porcion de aves como para el festin de una boda á que asistiesen muchos convidados, y llamando generalmente la atencion una compra tan cuantiosa, se llegó á él uno de los criados de la muger de Janto, y le preguntó para qué llevaba tantas provisiones, á lo cual respondió Esopo, que no pudiendo su amo hacer que su muger se reuniese con él se iba á casar con otra. Tan luego como ella supo esto, volvió á casa de su marido, bien fuese únicamente por espíritu de contradiccion, ó llevada de celos. Mas no por ello dejó de guardarle á Esopo un profundo rencor, el cual por otra parte todos los dias daba nuevos chascos á su señor, salvándose del castigo por algun rasgo de agudeza, sin que nunca lograse el filósofo encontrarlo en falta.

Cierto dia de mercado, Janto que se habia propuesto obsequiar á algunos ordenó à Esopo comprase únicamente lo mejor que hubiera. Yo te enseñaré, dijo el frigio entre si á que especifiques lo que desees sin dejarlo à la discrecion de un esclavo. Compró pues nada mas que lenguas y las hizo confeccionar en todos los guisados posibles. El primer principio, el segundo, el intermedio, todo fue lenguas. Los convidados alabaron al principio la eleccion de esta comida pero se disgustaron por último. ¿No te mandé, dijo Janto, que compraras lo mejor que hubiera? Y bien, ¿qué cosa es mejor que la lengua? contestó Esopo; ella es el lazo de la vida comun, la llave de las ciencias, el órgano de la verdad y de la razon, por ella se edifican las ciudades y se establece su buen gobierno, con ella se instruye, se persuade, y por ella se reyna en las asambleas, y se llena el primero de todos los deberes que es el de alabar à los dioses. Bueno, dijo Janto, que pretendia pillarlo en falta, cómprame mañana lo peor que haya, pues estas mismas personas vendran á mi casa, y quieren diferenciar.

Llegado el dia siguiente les sirvió Esopo otra vez la misma comida, diciendo que la lengua es la cosa peor que hay en el mundo; pues ella es la madre de todas las contiendas, la que alimenta los pleitos, la que causa las divisiones y las guerras: si se dice que es el órgano de la verdad, tambien lo es del error, y lo que es peor de todo, de la calumnia; si por una parte alaba à los dioses por otra blasfema de ellos. Uno de los convidados dijo à Janto que verdaderamente aquel criado le era muy necesario porque sabia hacer lo mejor del mundo, esto es, ejercitar la paciencia de un filosofo. ¿Por qué os tomais tales cuidados? le replicó Esopo.

Janto entonces dirigiéndose á Esopo le dijo: Búscame un hombre que no se aflija por nada. Al ir Esopo al mercado à la mañana siguiente, vió à un hombre de campo que todo lo miraba con la frialdad é indiferencia de una estatua, y llevàndolo á casa de Janto le dijo: aquí teneis el hombre sin cuidados que me habiais pedido. Janto órdenó á su muger que hiciese calentar agua, y que poniéndola en un lebrillo, le lavase los pies ella misma al nuevo huesped. Consintiólo, pues, el campesino, aunque reconocia era indigno de este honor, pero decia entre sí: tal vez se acostumbrará hacer esto. Hízosele despues sentar en el lugar de preferencia, lo que practicó tambien muy frescamente y sin ceremonia alguna. Durante toda la comida, no cesó Janto de renegar de su cocinero pues nada le agradaba; lo que estaba dulce, lo encontraba muy salado, y lo muy salado lo hallaba dulce. El hombres sin cuidado, lo dejaba hablar y comia á dos carrillos. Pusieron entre los postres una torta que la muger del filósofo habia hecho; mas este la encontró mala aun cuando estaba buena. Ved aquí, dijo, la torta mas mala que jamas he comido; es menester quemar á la que la ha hecho, porque en su vida hará nada bueno. Ea, traed leña al momento. Aguardad dijo el campesino; voy por mi muger y se hará una sola hoguera para ambas. Este último incidente disgustó mucho à Janto y le hizo perder del todo la esperanza de hacer caer en falta al frigio.

Pero no era solo con su señor con quien encontraba Esopo ocasiones de reir y de mà-

nifestar su agudeza. Habiéndole enviado Janto á un recado, se encontró en el camino al magistrado del pueblo, quien hubo de preguntarle donde iba, y ya fuese que estuviese distraido, ó bien por alguna otra razon, le respondió Esopo que no lo sabia. Tomando el magistrado á desprecio é irreverencia esta respuesta mandó que lo llevasen á la cárcel, pero al ir á conducirlo los alguaciles, ¿veis, le dijo Esopo, como he respondido muy bien? por ventura ¿sabia yo se me haria ir donde voy? Entonces el magistrado lo hizo soltar, y juzgó dichoso á Janto por tener un esclavo tan discreto.

Janto por su parte veia en efecto cuan importante le era no dar libertad á Esopo, y cuanto honor le hacia la posesion de semejante esclavo. Estando un dia de festin con sus discípulos, Esopo que los servia vió que los vapores del vino calentaban ya las cabezas de los discípulos y del maestro. La bebida, les dijo, tiene tres grados: el



primero de placer, el segundo de embriaguez y el tercero de furor. Mofáronse de su observacion, y continuaron bebiendo. Janto se embriagó de tal modo, que afirmó era capaz de beberse todo el mar, lo cual hizo reir no poco á los circunstantes, pero él sostuvo lo que habia dicho, apostando su casa á que se beberia la mar entera, y para asegurar la apuesta depositó el anillo que llevaba en el dedo.

Al dia siguiente cuando ya los vapores del vino se habian disipado, se sorprendió Janto en extremo de no encontrar su anillo el cual apreciaba mucho. Esopo le dijo que lo habia perdido como tambien su casa, por la apuesta que habia hecho. Sumamente alarmado el filósofo al verse en tal apuro, rogó al frigio le dijese cómo podia salir de él. Esopo lo salvó por el medio que vamos á referir.

Llegado el dia señalado para la ejecucion de la apuesta, todo el pueblo de Samos acudió á la playa para ser testigo de la afrenta del filósofo. El discípulo que habia apostado contra él se creia ya vencedor, pero Janto, dirigiéndose á los presentes, les dijo: Señores, verdad es que he apostado me beberia todo el mar, pero no los rios que desaguan en él, por tanto, el que ha apostado contra mí debe primero sujetar el curso de ellos y despues practicaré lo que he prometido. Todos admiraron el medio que Janto habia encontrado para salir de tan mal paso. El discípulo se confesó vencido, y pidió perdon á su Maestro que fue acompañado hasta su casa por las aclamaciones de la multitud.

En recompensa de esto le pidió Esopo su libertad; pero Janto se la rehusó diciendo que aun no habia llegado el tiempo de dársela, pero que no obstante, si los dioses lo ordenaban se la daria, por lo cual era menester observase la primer señal que de ello se le presentara cuando saliese; añadiendo, que si era afortunado, y por ejemplo se le presen-

taban dos cornejas, le concederia la libertad, pero que si solo veia una, no dejaria de ser esclavo. Esopo salió á poco; su señor vivia al parecer en un parage apartado, lleno de grandes árboles y apenas hubo salido nuestro frigio cuando divisó dos cornejas que se colocaron sobre el mas alto de ellos. Fue al instante á avisárselo á su señor, quien quiso ver por sí mismo si decia verdad; mas entretanto que iba se fue una de las cornejas. ¿Con que siempre has de engañarme? dijo á Esopo, cuando vió que solo habia una, y en seguida le mandó azotar. Mientras azotaban al pobre Esopo, convidaron á Janto para un convite y prometió ir. ¡Ay de mí, exclamó Esopo, cuan mentirosos son los presagios! Yo que he visto dos cornejas soy castigado; mi dueño que solo ha visto una es convidado á un festin. Este dicho agradó de tal modo á Janto, que mandó cesasen de castigar al frigio: mas nunca podia resolverse á darle libertad, aun cuando se la habia prometido en diversas ocasiones.

Paseándose un dia entre antiguos monumentos el filósofo con Esopo, consideraban ambos con sumo gusto las inscripciones que tenian puestas. Janto reparó en una que no pudo entender, aunque gastó mucho tiempo buscando su esplicacion. Esta inscripcion estaba formada de las primeras letras de ciertas palabras. El filósofo confesó ingenuamente que su talento no alcanzaba á comprenderlas. Si os hago hallar un tesoro por medio de estas letras, le dijo Esopo, ¿qué recompensa tendré? Janto le prometió su libertad y la mitad del tesoro. Pues significan, continuó Esopo, que



á cuatro pasos de esta columna encontraremos uno. En efecto, despues de haber escavado un poco en la tierra lo encontraron. Pero aun cuando Esopo instó mucho al filósofo para que le cumpliese la palabra, este se escusó de cumplirla. Guárdenme los cielos, dijo á Esopo, de darte libertad antes que me hayas dado la explicacion de estas palabras, este será un tesoro mas precioso que el que hemos encontrado. Estas iniciales, respondió Esopo, quieren decir: «Si retrocedeis cuatro pasos y escavais, encontrareis un tesoro.» Puesto que tan sutil eres, repuso Janto, muy mal haria en deshacerme de tí; no esperes, pues, que te dé libertad. Pues entonces, respondió Esopo, os denunciaré ante el Rey Denis, porque á él es á quien pertenece este tesoro; pues estas mismas iniciales lo significan tambien. Amedrentado el filósofo, dijo al frigio tomase su parte de dinero y no dijese nada, de lo cual le manifestó Esopo, no tenia ninguna obligacion, pues aquellas iniciales estaban de tal modo puestas que encerraban un triple sentido, y significaban tambien esto: «Yéndoos repartireis el tesoro que os habeis encontrado.» Te-

meroso Janto de que el frigio divulgase lo sucedido mandó encerrarlo luego que llegaron de vuelta, y ponerle grillos. ¡Ay de mí! exclamó Esopo! ¿De este modo cumplen sus promesas los filósofos? Pero haced lo que querais, preciso serà que me liberteis á pesar vuestro.

En efecto, su prediccion fue verdadera. Acaeció un prodigio que puso en sumo cuidado á los samienses. Un águila se llevó el anillo público (que seria tal vez algun sello que se pondria en las deliberaciones del congreso) y lo hizo caer en el seno de un esclavo. Al momento fue consultado Janto como filósofo, y como uno de los gefes de la república. Este pidió tiempo y hubo de recurrir á su oráculo ordinario que era Esopo, el cual le aconsejó lo presentase en público, porque si salia con lucimiento recaeria siempre el honor en su dueño, y si sucedia lo contrario, toda la vergüenza seria para el esclavo. Janto aprobó este dictámen y lo hizo colocar en la tribuna de las arengas. Al momento que lo vieron, se echaron todos á reir; ninguno creia que de un hombre tan monstruoso pudiese salir nada razonable. Esopo, pues, les dijo que no era necesario examinar la forma del vaso, sino el licor que este encerraba. Los samienses le pidieron á voces que dijese sin temor lo que opinaba de aquel admirable suceso; mas Esopo se escusó de hacerlo diciendo no se atrevia. La fortuna, continuó diciendo, habia puesto un debate de gloria entre el señor y el esclavo. Si el esclavo hablaba mal, seria castigado, y si mejor que su dueño, lo seria tambien. Instaron en vista de esto á Janto á que diese libertad á Esopo, á lo que se resistió largo tiempo el filósofo, hasta que por último el Preboste de la ciudad le amenazó de hacerlo de oficio, en virtud del poder que tenia como magistrado, por cuya razon se vió Janto obligado á ceder. Hecho esto, dijo Esopo que los samienses estaban amenazados de esclavitud segun lo significaba el prodigio, pues el águila llevándose su sello, simbolizaba á un Rey que queria avasallarlos.

Poco tiempo despues, Creso rey de los lydios, hizo participar á los de Samos debian pagarle tributo, y que si no les obligaria á ello por las armas. La mayor parte eran de parecer de obedecerle. Esopo les dijo que la fortuna presentaba á los hombres dos caminos, uno de libertad, duro y espinoso al principio, pero despues sumamente agradable, y otro de esclavitud, cuyos principios eran mas llanos, pero sumamente penoso mas adelante. Esto era aconsejar muy claramente á los de Samos la defensa de su libertad. Ellos siguiendo este consejo, despidieron bruscamente al embajador enemigo.

Creso se preparó á atacarlos; pero el embajador le dijo que mientras tuviesen con ellos á Esopo costaria trabajo reducirlos ó la obediencia, por la gran confianza que tenian en el buen discernimiento de aquel hombre. Creso entonces pidió á los de Samos le entregasen á Esopo, prometiéndoles la libertad si lo entregaban. Los gefes de la ciudad creyeron ventajosas estas condiciones, y no pensaron cuan caro les podia costar su reposo si lo compraban á costa de Esopo. El frigio les hizo mudar de parecer, contándoles que habiendo hecho un tratado de paz los lobos y las ovejas, dieron aquellas sus perros por rehenes, y cuando no tuvieron defensores, vinieron los lobos y las degollaron impunemente. Este apólogo produjo su efecto, pues los samienses tomaron una deliberacion enteramente contraria á la que habian tomado antes. Esopo, sin embargo, quiso ir á ver á Creso, diciéndoles les seria mas útil estando junto al Rey que quedándose en Samos.

En cuanto lo vió Creso admiróse de que una criatura de tan ruin aspecto le hubiera sido un obstáculo tan grande. ¡Y es este, exclamó, el que hace que se opongan á mi voluntad! Esopo se echó á sus pies, y dijo: Pillaba un hombre langostas, cuando una cigarra cayó tambien en sus manos. Iba á matarla como hacia con las langostas, pero esta le preguntó: ¿Qué os he hecho? yo no robo vuestros granos, no os causo perjuicio alguno, no encontrais en mí sino la voz de que me sirvo sin hacer daño á nadie. Gran Rey, yo represento á esta cigarra. Solo tengo la voz de la cual no me he servido para ofenderos. Creso movido de admiracion y lástima no solamente lo perdonó, sino que por consideracion á él dejó en reposo á los de Samos.

En aquel tiempo compuso el frigio sus Fábulas, las cuales dedicó al Rey de Lydia, siendo enviado por este á los samienses, quienes le tributaron grandes honores. Por este tiempo emprendió varios viajes, ocupándose de diversas cuestiones, con aquellos á quien se daba el nombre de filósofos. Grangeóse finalmente en gran manera el aprecio de Lycero Rey de Babilonia. Enviábanse entonces los reyes unos á otros problemas que resolver sobre toda suerte de materias,

con la condicion de pagarse una especie de tributo ó de multa segun eran ó no acertadas las respuestas á las preguntas que se hacian. Lycero ayudado de Esopo, siempre salia ganancioso, y se hacia ilustre entre los demas, bien por resolver ó por proponer cuestiones.

Durante este tiempo se casó nuestro frigio, y no pudiendo tener hijos, adoptó á un jóven de noble linage llamado Eno. Este le correspondió muy ingratamente, y fue tan malvado que se atrevió á manchar el tálamo de su bienhechor. Llegado esto á conocimiento de Esopo lo arrojó de su casa; mas aquel para vengarse falsificó cartas por las que parecia que Esopo tenia correspondencia con los Reyes émulos de Lycero. Engañado este por el sello y firma de las cartas, ordenó á uno de sus oficiales llamado Hermipo, que sin buscar mayores pruebas hiciese matar prontamente á Esopo á quien creia traidor. Este Hermipo, que era amigo del frigio le salvó la vida, y sin que nadie lo supiese lo alimentó largo tiempo en un sepulcro, hasta que Nectenabo, Rey de Egipto, noticioso de la muerte de Esopo pensó en lo sucesivo hacer pagar caro á Lycero sus triunfos pasados. Atreviose pues á provocarle, y le desafió á que le enviara arquitectos que supiesen edificar una torre en el aire, y asi mismo un hombre que supiese responder á toda clase de cuestiones. Lycero habiendo leido las cartas de Nectenabo consultó á los hombres mas hábiles en sus estados, pero estos no supieron qué decirle, por lo cual el Rey echó de menos á Esopo; entonces Hermipo le manifestó que afortunadamente no habia muerto, y lo hizo venir. Fue pues muy bien recibido el frigio, el que se justificó, y perdonó á Eno. En cuanto á la carta del Rey de Egipto solo le causó risa, y le participó le enviaria en la primavera próxima los arquitectos, y que le responderia á toda clase de preguntas. Lycero volvió á poner á Esopo en posesion de todos sus bienes, y mandó que Eno le fuese entregado para hacer de él lo que quisiera. Esopo lo recibió como á su hijo, y por todo castigo le dió varios consejos, diciéndole que honrase á los dioses y á su príncipe, que se mostrase terrible con sus enemigos, afable y llano con los demas, que tratase bien á su muger, sin que por esto le confiase su secreto; que hablase poco, y tuviese lejos de sí á los habladores, que no se dejase abatir por la desgracia, y que pensase en el dia de mañana, pues mas vale dejar riquezas muriendo á los enemigos que pedir viviendo ni aun á los amigos; sobre todo que no fuese envidioso del bienestar ó de la virtud de otro, pues es hacerse mal á si mismo. Eno conmovido de estas advertencias y de la bondad de Esopo, como de una flecha que le hubiera traspasado el corazon, murió poco tiempo despues.

Pero volvamos al desafio de Nectenabo. Esopo, pues, escogió algunos polluelos de águila, y los hizo enseñar (cosa dificil de creer) á llevar cada uno colgando un canasto, con un niño dentro. Venida la primavera se fue á Egipto con todo este equipaje, no sin poner en grande admiracion y espectativa de su intento á los pueblos por donde pasaba. Nectenabo que por la noticia de su muerte habia enviado el enigma, quedó sorprendido en gran manera por su llegada. Por cierto no la esperaba, pues jamas hubiera empeñado semejante desafio con Lycero si hubiese creido á Esopo vivo. Preguntóle Nectenabo si habia traido los arquitectos y la persona dispuesta á contestar á todo. Esopo le dijo que él le contestaria y le presentaria los arquitectos cuando fueran al sitio designado. Dirigieronse pues á un lugar desierto donde las águilas subieron por el aire las canastas con los niños quienes pedian que se les diera mezcla, piedras y madera. ¿Veis como os he buscado operarios? dijo Esopo á Nectenabo, dadles materiales que es lo que necesitan. Nectenabo confesó que Lycero era el vencedor. Mas sin embargo, propuso á Esopo lo siguiente. Tengo yeguas en Egipto que conciben al relincho de los caballos que están hácia Babilonia ¿qué teneis que responder á esto? El frigio transfirió su respuesta á la mañana siguiente, y llegado que hubo á su casa ordenó á unos muchachos tomasen un gato y lo llevasen azotándolo por las calles. Los egipcios que adoraban este animal se escandalizaron en extremo del mal tratamiento que se le hacia. Lo arrancaron pues de las manos de los muchachos, y fueron á quejarse al Rey, quien hizo venir al frigio á su presencia. ¿No sabeis le dijo el Rey que este animal es uno de nuestros dioses? porqué pues lo haceis maltratar de esa suerte? Por la perdida que ha causado á Lycero, repuso Esopo, pues en la noche pasada le ha ahogado un gallo en extremo valiente y que cantaba á todas horas. Sois un mentiroso, le contestó el Rey, porque ¿cómo será posible que ese gato hu-

biese hecho en tan corto tiempo un viage tan largo? Y ¿como será posible, repuso Esopo, que vuestras yeguas oigan relinchar nuestros caballos que tan distantes estan, y conciban oyéndolos?

Despues de esto el Rey hizo venir de Heliópolis varias personas de un talento sutil, y sabias en preguntas enigmáticas, á quienes dió un suntuoso banquete á el cual fue convidado el frigio. Durante la comida propusieron á Esopo diversas cuestiones entre las cuales figuraba esta: hay un gran templo que está apoyado sobre una columna rodeada de doce ciudades, cada una de las cuales tiene treinta pilares, y al rededor de ellos se pasean alternativamente dos mugeres, blanca la una y la otra negra. Esta pregunta, respondió Esopo, solo es digna de hacerse á los niños de nuestro pais. El templo es el mundo, la columna el año, las ciudades los meses, y los pilares los dias; al rededor de los cuales se pasean una despues de otra, la noche y el dia.

A la mañana siguiente, Nectenabo juntó todos sus amigos. ¿Permitireis, les dijo, que ese mónstruo que apenas tiene figura humana sea la causa de que Lycero se lleve el premio dejándome lleno de vergüenza? Uno de ellos fue de parecer que dijera á Esopo propusiese cuestiones de cosas de que jamas se hubiese oido hablar. Esopo, entonces, escribió una cédula por la que Nectenabo confesaba deber dos mil talentos á Lycero. La cedula cerrada fue puesta en manos de Nectenabo. Antes de que la abriese, los amigos del príncipe sostuvieron que la cosa contenida en ella, era de su conocimiento, pero luego que la abrió Nectenabo exclamó: He aquí la mas grande falsedad del mundo. A todos cuantos estais aquí os pongo por testigos. En verdad, repitieron ellos, que jamas hemos oido hablar de eso. He, pues, satisfecho vuestra pregunta, repuso Esopo. Nectenabo lo despidió, colmándolo de presentes tanto para él como para su Señor.

El tiempo que se quedó en Egipto es tal vez causa de que algunos hayan dicho que fue esclavo de Rodopé, quien con las liberalidades de sus amantes hizo elevar una de las tres pirámides que existen aun, y que se ve con admiracion, pues aunque es la mas pequeña es la que está construida con mas arte.

Esopo á su vuelta á Babilonia fue recibido de Lycero con grandes demostraciones de alegria y benevolencia. Este Rey le erigió tambien una estatua. Pero el deseo de ver y de saber le hizo renunciar todos estos honores; abandonó, pues, la corte de Lycero en que tenia todas las ventajas que podia desear, y se despidió de este príncipe para visitar la Grecia aun otra vez. Lycero al despedirlo lo estrechó entre sus brazos y derramó lágrimas, no dejándole ir hasta que le hizo prometer sobre los altares que volveria á acabar sus dias junto á él.

Una de las mas notables ciudades que visitó fue la de Délfos. Oyéronlo con sumo gusto aquellos habitantes, pero no le tributaron honores, por cuyo desprecio, enojado Esopo los comparó à los palos que flotan sobre el agua, los cuales desde lejos parecen ser algo considerable, pero despues se ve que no son nada. Esta comparacion le costó cara, pues los de Délfos concibieron contra él tal odio, y tan violento deseo de venganza, ademas del temor de que los desacreditase entre los otros pueblos, que resolvieron hacerlo morir. Para conseguirlo ocultaron entre su equipage uno de sus vasos sagrados, creyendo que por este medio lograrian convencer á Esopo de hurto y sacrilegio, y condenarlo á muerte

Luego que Esopo salió de Délfos, y hubo tomado el camino de la Phocida, los de Délfos salieron en su seguimiento, como á quienes agitaba un gran cuidado; y dándole alcance le echaron en cara el haber robado un vaso sagrado, lo que Esopo negó con juramento, pero registraron su equipage y lo encontraron en él. Todo cuanto Esopo pudo decir no impidió que se le tratase como un infame criminal. Fue vuelto á Délfos cargado de cadenas, puesto en un calabozo, y condenado ademas á ser precipitado. De nada le sirvió defenderse con sus armas ordinarias los apólogos, pues se burlaron aquellas gentes de sus palabras.

La rana, les dijo, habia convidado al raton para que la visitase. Lo ató á su pie á fin, de hacerle pasar el agua, y ya estando en ella procuró echarlo al fondo con la idea de ahogarlo y en seguida comérselo. El desdichado raton resistió un poco de tiempo, pero mientras se defendia sobre el agua un ave de rapiña lo divisó, corrió hácia él, y habiéndolo levantado con la rana que no pudo desatarse, sirviéronle de pasto uno y otro. De este modo, abominables habitantes uno mas poderoso que vosotros me vengarà; yo pereceré, pero vosotros perecereis tambien.

Cuando le conducian al suplicio encontró medio de escaparse, y entró en un pequeño templo dedicado á Apolo, pero lo arrebataron de allí con suma violencia. Vio-



lais este asilo, les dijo, porque no es mas que una pequeña capilla, pero vendrá dia en que vuestra malignidad no encontrará refugio seguro ni aun en los templos; os sucederá lo que al águila, que despreciando las suplicas del escarabajo se llevó á una liebre que se habia refugiado con él; pues la generacion del águila fue castigada hasta en el regazo de Júpiter. No obstante, los de Délfos se hicieron sordos á sus palabras y llevándolo á un precipicio cercano lo arrojaron por él.

Poco tiempo despues de su muerte una violentísima peste hizo en Délfos grande estrago, y preguntando aquellos habitantes al oráculo por qué medio podrian aplacar la ira de los dioses, el oráculo les respondió que no habia otro que el de expiar su crímen y satisfacer á los manes de Esopo; en vista de lo cual levantaron al momento una pirámide en honor de este. Y no fueron solo los dioses los que manifestaron cuanto les desagradaba semejante crímen, sino que los hombres vengaron tambien la muerte de este sábio. La Grecia envió comisionados para tomar informes, é hizo tambien un rigoroso castigo.

L. H.

COSTUMBRES ANDALUZAS.



lgun tiempo hace que la casualidad me proporcionó el conocimiento del Sr. Juan Lopez, hombre ya de edad y de aquellos antiguos andaluces de capa y montera. Vivia en una casita del barrio de la Trinidad, en compañia de una graciosa morena, sobrina suya, que cuidaba al tio como una tierna hija. El tio Relámpago, que por este apodo era conocido en el barrio el Sr. Lopez, estaba siempre triste, y se conocia que grandes pesares habian amargado el último tercio de su vida. Varias veces le pregunté la causa de aquella tristeza tan notable, y poco á poco me puso al corriente de las causas que la habian motivado. Algun tiempo despues, cuando ya nos conocimos mas á fondo, segun decia, me pidió que le escribiese cuanto me habia referido, á lo que condescendí gustoso.

En efecto, á los dos dias de haberme hecho su peticion, me dirijí al barrio de la Trinidad, llevando en el bolsillo algunas cuartillas de papel, que contenian la relacion que deseaba el tio Relámpago.....

Sábese que el barrio de la Trinidad es uno de los mayores y mas populosos de Málaga; que comprende una multitud de calles y callejas, todas por lo regular con un piso muy pésimo, y con un caserio antiguo, aunque de algunos años á esta parte se ha reformado en gran parte. Habítalo una poblacion nada abundante en bienes de fortuna, y aun mas necesitada que otras veces, pues bajo un esterior humilde, abundaban en otro tiempo los pesos de veinte reales, que era una bendicion de Dios. Debíase esto á mil causas que no viene á cuento el referir. Nos basta consignar el hecho.

En cambio, los habitantes de este barrio, al menos en su gran mayoria, estaban muy atrasados en la carrera de la civilizacion: tan atrasados estaban que se burlaban de las levitas y de los frac, hasta el punto de dar una chifla al pobre que tenia el mal gusto de ir á lucir por sus calles, su cuerpo embutido entre faldones. Los hombres le dejaban ir una andanada de denuestos; las mozuelas le hacian un fuego graneado de dichos á cual mas graciosos y picantes, y los muchachos encuerinos, no se descuidaban, si tenian á mano algun proyectil, aunque no fuese muy limpio, en saludar con él desde lejos al infortunado *pisaverde*. Pero se rezaba el rosario todas las noches, y se profesaban ciertos principios de moral y de religion, por desgracia bastante perdidos hoy.

Mas pasó aquel tiempo, y vino otro. Quien sabe el que vendrá mañana! Vino otro, y la civilizacion se apoderó del barrio de la Trinidad, como se ha apoderado de todo: aun no se ha definido si para bien ó para mal de la especie humana. Fuéronse, en su mayor parte los pesos duros, sin que se pueda tampoco adivinar por qué; fuéronse con ellos mil prácticas y costumbres. Finalmente, si no nos equivocamos, la civilizacion ha quitado á los habitantes de aquel barrio, como á casi todos los de los demas, una gran parte de su bienestar. ¿Qué les ha dado en cambio? Un gran conocimiento acerca de cosas, que mas valiera ignorasen: un aumento de necesidades, mientras menos medios tienen con que satisfacerlas, y mayor apego y familiaridad con usos, trages y costumbres que antes no admitian. Muchos airosos calañes, muchas chaquetas llenas de

alamares, que sentaban á las mil maravillas en cuerpos criados para llevar estas prendas, se han convertido, los primeros en *gabinas* y *bombardas*, en *estaches*, como llamaban á los sombreros de copa, sin que nos haya sido posible averiguar la analogía que guardan estos nombres con los dichos sombreros; y las segundas en levitas, que en Dios y en mi conciencia, mas parece que están colgadas de una percha, que en el cuerpo de un hombre; pues á algunos sienta esta tal mal, como bien la calesera y el calañé. Ciudadano hay que si al ponerse la levita pudiera soltar los brazos y dejarlos en un rincon, podria servir muy bien de manga de parroquia en un entierro.

Respecto á moral, buenas costumbres y demas virtudes sociales, ya no hay distincion: el nivel de la civilizacion ha igualado á todos: la despreocupacion, hija de aquella, ha hecho notables adelantos.

Por esto, no admitimos ya ninguna distincion notable entre los usos y costumbres de los habitantes de este barrio ni de ningun otro á los de la ciudad; y cuando vemos presentar en la actualidad como existentes, tipos que bien puede decirse que pasaron, sentimos en verdad que asi se desfiguren hechos, y se cometan anacronismos. Hoy dia, repetimos, las costumbres casi son unas; los gustos, si es que hoy hay gustos, los mismos. De un mismo modo se hace el amor, de una misma manera los enlaces: desaparecieron las veladas, y los bailes de candil; hasta los dichos picantes, hasta esas agudezas tan originales, son propiedad de todos, ó mejor dicho nadie los usa con propiedad; y con el tiempo, acaso, solo se hallarán en los romances, y en las novelas de costumbres nacionales..... .....

....

Un cuarto de hora despues de haber salido de mi casa, me hallaba á la puerta de la del Sr. Juan Lopez, quien me recibió en un estenso patio, á la sombra de una parra. Hízome sentar al lado de una mesa de pino, y mandando á su sobrina que trajese una botella y dos vasos, se sentó á mi lado. Entretanto, habia yo sacado los papeles del bolsillo y los habia estendido sobre la mesa, pronto á empezar la lectura de ellos.

—Aguárdosté un poquiyo que no muj corre naide, me dijo: entre dia y noche no hay paré, y jágasosté cargo que está en su casa.

La sobrina habia traido ya la botella y los dos vasos. El tio Relámpago los llenó.

—Jesú, Maria y José! dijo tomando uno y aproximándome el otro: vaya po la dosté.

En seguida se lo bebió.

Yo probé el mio, y dí principio á la lectura de mi manuscrito.

«Historia verídica y lastimosa, en la que se refieren los desgraciados amores del mozo bueno Esteban Lopez, con la moza Maria de los Angeles Berroqueña, y triste fin que tuvieron; con otras cosas que verá el curioso lector.»

—Mu bien! interrumpió el tio Relámpago; pero jágamosté la grasia e poné en lugá de Esteban Estebaniyo, que así le eciamoj, y añairle el áliaj que jasía su gloria: Estebaniyo Lopez (a) Centella. Centella, si jeñó; ya puoste presumise lo que seria. Era dino hijo de su padre; de este probe que aquí mirasté solo como el espárrago, esde que perdí al hijo e mij jentrañaj. Vaya, sigasté, que esta peniya negra dará pronto con mi cuerpo en la sepultura.

—«Todo lo que va á referirse, continué leyendo, aconteció en la ciudad de Málaga, tierra sobre la cual vertió Dios sus dones á manos llenas. Las cumbres que la rodean se ven coronadas de las ricas viñas, que producen en abundancia el gustoso néctar que abunda en sus bodegas, y el mar que la baña la adormece con sus arrullos; pero cuando conoce que su monotonia la cansa, la ofrece para divertirla espectáculos magníficos y terribles. Agítase poco á poco su tersa y plateada superficie, toma colores variados, elévase en montañas bullidoras, y parte rápida como el pensamiento á estrellarse contra la muralla, deshaciéndose en mil copos de blanca nieve. Al mismo tiempo pide á Neptuno su capilla de música, y la atruena los oidos con una sinfonia en que los serpentones hacen el gasto.....

—Lo que está güeno, lo está, dijo el Sr. Juan al llegar aquí..... eso e la capiya e música me gusta; pero sobretoo lo el netar es una verdad como un templo! No ostante, quisiera sabé ante je seguí en qué viene á pará toitico eso.

—Mire V., le contesté, sigue por este estilo describiendo á Málaga, la hermosura de su cielo, la benignidad de su clima; y despues entra ya la historia: «Era Esteban Lopez, &c.»

—Estebaniyo (a) Centella; que no solvíosté de muarlo. ¿Y no isosté cuando susedió?

—Hombre, no.

—Pues oiga osté lo que ha é poné.

—Too esto susedió en la siudá é Málaga, en aquellos tiempos felises antes de la venia de los gabachos, cuando el vino no se aguaba como lo está hoy; en lo que han perdío los cosecheroj é vino: prueba al canto: cuando el vino no estaba bautizao, que toitico él era espíritu y se subia á la cabesa, cualquier güen cristiano poia en ella con mas é un asumbre: ahí estaba el cuerpo pa sostenerla, y no se ijo nunca que se le hubiese esgonsao á nenguno el pescueso, aunque bebiera el vino á pasto: mas ahora que pa jasé el vino se buscan los posos, lo mesmito que en las boticas, naide puee catarlo sin que se le baje á los pieses: de aquí risulta que pierden al istante el iquilibrio y cae el santo en tierra. Se le olviará á osté?

—Qué se me ha de olvidar! le dije sonriéndome.

—Y añaa osté que con el viniyo se jueron tambien aquellas anchovas tan sabrosas.....

—Hombre, le interrumpí, por lo que hace al vino pase, pero en cuanto á las anchoas

—Es lo que le igo... O las anchovas no son las mesmas, y el agua que las cria ha tenio muansa, ó esta pícara boca que ha é comé tierra ha perdío ya su virtú pa sabé lo que es güeno. Esengáñese osté; yo no soy hombre é letra, pero le igo que toitico ha venio pa bajo. Con el vino se jueron las anchovas, con las anchovas aquellas bocas echas é sielo sigun sabian estinguí lo güeno, con las bocas los hombres, y con los hombres el rumbo y la caliá. Con que, queamos en que lo pondrasté?

—Descuide V., Sr. Juan.

—Vaya, po ante é seguí, otro traguiyo.

Llenó de nuevo el vaso y lo apuró como el primero. Yo continué mi lectura:

—« Era Esteban, quiero decir, Estebanillo Lopez (a) Centella, un mozo moreno, con unos ojos que manaban miel y acibar, segun venia á cuento.....

—Eso está bien! esclamó el tio Juan, cuyos apagados ojos brillaron al recuerdo de los ojos de su hijo; pero yo quisiera que en lugá de eso que manaba, pusiera osté que estilaba, ó chorreaba, que se entiende mejó.

—No hay inconveniente, le dije.—« Una patilla corrida, negra y luciente, formaba un marco á un rostro agraciado y franco, cuya boca, cuando se abria, obligaba á todas las demas bocas á abrirse de risa; tal era el torrente de agudezas y chistes que salia de ella.

—Ay! Senteya de mi via! porqué la muerte maldita echaria una tapia á tu boquiya! exclamó el tio Relámpago con las lágrimas en los ojos.

—« En suma, *Centella* era un mozo como muchos de los mozos de entonces. Tenian estos, pelos en el pecho, y dentro del pecho el alma de un Sultan y el corazon de un príncipe. Su bolsa y su vida eran para el amigo ó la persona que les hiciese algun favor, ó les alargase la mano para salir de algun mal paso.

—Y no ponosté ma.

—No, ya paso á otra cosa.

—No jagasté tal, por la santísima Triniá, que toavia hay mas que icí de aquellos mozos. Tan propios pa un barrio como pa un fregao, lo mesmito le abrian á uno un gujero en el peyejo, como ejaban que se lo abriesen ante que premití que naide incomoase al ojeto de su afeuto. Sus cantares, su presona, su via eran pa la jembra juncá que les iñase su amó, como no le jiciese una mala pasá coronando sus cabezas con una cornamenta como la é un venao; po que entonces entraba la limpia, y no queaba un títere sano. Vaya; aelante.

Continué:

—« Maš si buenos eran aquellos mozos, las mozas no les iban en zaga; si aquellos eran fuego, estas eran pólvora, y todo su aquel derramaba la sal de la tierra.

—Ay! y tanto como la erramaban, interrumpió el tio Juan; y es siguro que si una é esas jembras hubiera dao un vistaso po esos trigos aelante, toiticas las mugeres de la tierra hubieran catao una poquiya e grasia y sandunga, pues tenian pa tiraya á armosá, y que siempre les quease mas é una fanega.

—«Una de estas mozas, proseguí leyendo, era Maria de los Angeles Berroqueña »...

—Y asi tenia el alma tan dura como el apeyio, aunque no lo aparentaba. Osté perdone que lo interrumpa tanto; me dijo el tio Relámpago.

—No hay de qué! le contesté... « Una de estas mozas era Maria de los Angeles Berroqueña, moza de 19 abriles, alta, morena, de rostro ovalado y gracioso, y ojos negros.....

—Me paese que la estoy guipando en este momento, me interrumpió de nuevo el

Sr. Juan. Mírosté, aqueya jembra era capas no ya e resucitá á un muerto, sino tambien de quitarle la flema á un tuésco ó á un ingles, y jacerle saltá como un siquitraque. Ay señó! y qué pinreles me gastaba! eyos fueron la perdision e mi Senteya, y la suya tambien. Si osté la hubiera guipao, de siguro esos ojos de osté se hubieran puesto mas grandes y mas ensendios que una fragua. Como isosté mu bien, los ojos é la Berroqueña eran mas negros que una noche mu oscura, con unas pestañas e tersiopelo, y unas sejas e séa que jasta ayí: su boquiya era un aniyo, y sus dientesiyos como cuentas e marfí: su cara trigueñiya, mas encarná que la jamapola, y mas fina que el rasoliso; y luego un cueyo..... probe Senteya! rason tuvite pa amaya! Pa eso el pelo! el pelo le yegaba jasta los mismos toviyos, mas negro y bruñio que el mango de ébano del flamenco de mi Estebaniyo: cuando se lo esataba, paecia una reyna con un manto e tersiopelo. Empues venia el cuelpo; yo e visto cuelpos con grasia y caliá, pero nenguno como el de la Berroqueña; ay! qué sinturiya! ay! qué caeras! ay! qué movimientos! Conforme iba andando se iba mesiendo, y la saya paecia una bandera agitaa po el viento: sus pieses eran el primó del mundo; chiquitos como cáscaras é nues, calsaos con unos sapatos e tavinete, con una piesa e liston que la enroyaba á la pierna mas mona que sa podio vé, jaciendo unos crusaos que jasta ayí; y que lucia porque la saya no le pasaba el tobiyo. Po otro lao, era mas limpia que el agua y mas viviora que la tierra. Ha vistosté corré po el campo un arroyiyo? Pues lo mesmo era su natural, manso argunas veses; pero, ay! cuando se enfaaba se ponia mas rebolbia y turbia que Gualmeina cuando trae una avenia, y salian mas sentencias y petisiones e su boca, que riales del borsiyo del probe que cae en poer de la justisia.

Calló el tio Relámpago, y yo emprendí de nuevo mi lectura algo mas abajo de donde la dejé; pues la descripcion del Sr. Juan me pareció superior á la mia.

«Dada esta sucinta idea de los héroes de esta historia, pasemos á narrar sus amores y el lamentable fin que tuvieron.

A las once de una noche bastante cerrada, venian por el arroyo del Cuarto, montados en veloces potros andaluces, Estebanillo Lopez (a) *Centella*, Juan Garcia (a) *el Lobo* y otros dos guapetones del barrio, con vista de lince y oidos de zorro, y dispuestos á burlar la vigilancia del resguardo para introducir las cargas que pendian á ambos costados de los caballos, sobre las que venian ellos sentados á mugeriegas. Estebanillo *Centella* marchaba á vanguardia, terciado el retaco sobre los muslos y la mano en el gatillo pronto á enviar una rociada de balas; *el Lobo* iba á retaguardia y el centro lo formaban los otros dos contrabandistas. Ya se disponian á internarse en las calles de la ciudad cuando la voz de *alto*, hizo estremecer á todos, no ya por el temor de sus vidas, que continuamente exponian sin miedo, sino por el de perder su hacienda. *Centella* que iba delante, como hemos dicho, no hizo caso: se tendió sobre el caballo, le dijo á la oreja «anda lucero güeno» y el caballo salió al galope: imitáronle sus compañeros, pero de pronto silvó una bala, y despues otra y otra: preciso les fue entonces volver caras y contestar al fuego de los guardas; pocos minutos despues caian heridos *el Lobo* y otro de sus compañeros, y el caballo de *Centella* con una pierna rota de un balazo. En este estado ya solo pensó *Centella* en salvar su vida, y se internó por las callejas del barrio, á pie, armado con su retaco, y perseguido por dos guardas. No era el caso nuevo para él, pues ya otras veces habia salido de otros no menos apurados; pero en el momento en que creia burlar la persecucion que le hacian, sintió pasos apresurados por el lado opuesto de la calle. En efecto, era una patrulla que llegaba atraida por el ruido de los tiros. Dióse *Centella* por perdido, y ya pensaba bien en entregarse, ó en vender cara su vida, cuando se abrió una puerta, y oyó una voz femenil que le decia:

—Moso güeno, entroste, y se librará de caé en poer de esos Júas.

—Inflausta fue aquella horiya, señó de mi alma! esclamó el tio Relámpago: Mejó le hubiera estao á mi Senteya caé en poé é la justisia, que ya sabiamos nosotros como compunernos con esa señora; no que en poér de la Berroqueña perdió mi Estebaniyo su libertá y su via. Sigasté.

Seguí leyendo:

«*Centella* vió el cielo abierto; y sin hacerse de rogar se metió en la casa que á tan buen hora le abria las puertas. La oscuridad de la noche permitió que lo verificase sin ser visto de sus perseguidores, que en vano se afanaron en dar con sus huellas.

Al verse *Centella* en puerto de salvamento

lo primero que hizo fue dar gracias á la Virgen, y en seguida al alma caritativa que lo habia librado de la prision ó de la muerte. Pero ¿cual no seria su asombro al contemplar en su libertadora, á una perla del barrio, á la reyna de todas las mozas de garbo y salero, segun le pareció. Quedóse estático, con la boca abierta y los ojos fijos, contemplando á aquella deidad, enmedio de una sala baja á la que su linda desconocida le habia llevado.

—Ea, señó, qué la pasao á osté? Vaya el susto al infierno que aquí estasté siguro; le dijo la Berroqueña al ver la suspension del mozo.

—Virgen de la Mercé! exclamó *Centella*; qué prenunciasté de susto! No estasté conosiendo, mi alma, que toitico esto que siento, ej porqué me presumo que he entrao en la gloria. ¿Digamosté, cara é rosa, serasté la portera el sielo, y yo el alma é Senteya muerto á mano airá pó esos chusqués del risguardo?

Al oir esto la moza enseñó dos filas de perlas por entre sus lábios sonrosados, y dijo:

—Bájosté un poquiyo, señó, y no me encaramoste tan alto. Sin dua estasfé toavia algo trastornao y vosté visiones. Aquí no hay na é sielo, y estos peasos se arrastran sobre la tierra pa lo que osté guste mandá.

—Ay! qué estasté isiendo! He oio bien, ó estan por ahí tocando algun istrumento venio é lótro mundo? ¿Yo mandarlasté, cuando le ebo la via: cuando sino és por osté estoy á esta hora como un Jeseomo metio en casa agüela, ó mascando tierra? Osté, sí, que tie erecho á mi via. Mandosté, mi alma, que po servirla seré yo capas de subí á la jorca.

—No lo premita Dios!... ¿Pero que es eso, estasté jerío? esclamó con tono de interes la jóven.

—No, esto no es naá... alguna baliya que pasó é refilon.

—¿Pero le dolerá?

—Qué me ha é dolé; si la tengo á osté elante! Ni aunque tuviera un gujero que me atravesara de parte á parte. Ay! mairinita: me duele, pero es aquí (se señalaba el corazon); bien sabe la Virgen que mejó me hubiera estao queá enmedio é esa caye, que no haberla visto, pa pasá las faitiguiyas que voy sintiendo...

—Jesú! y qué hombre tan súpito!

—Y sin esperansa é alivio.

—Vamos que toavia no vasté camino el Campo-Santo.

—Pero ya me están jasiendo la mortaja.

—Cayosté, que no tiosté motiviyo nenguno.

—Mairina! Por fortuna, esa presona?...

—Tal vés!...

—Está libre?

Como el aire!

—Impeimento?

—Nenguno.

—Y este cuerpo!...

—Ayá veremos.

—Ay, mairina! demosté la via, que se la yeva á peasos.

—Jaremos pó sujetarla. Pero iga, mozo güeno, cual es su nombre é pila.

—Esteban Lopes, conocio por Senteya.

—Y osté como se llama, alma mia.

—Maria é los Angeles Berroqueña.

—Si señó, me interrumpió el tio Relámpago, asina se verificó ese maldecio conosimiento. Mirosté van pasaos muchos años, y no ostante caa dia lo tengo mas fresquito en la cabesa. ¡Probe Senteya!... Vaya otro traguiyo, cabayero... lo que osté está jaciendo no es pagao con toitica la plata é América!

El pobre del Sr. Juan hallaba un alivio á sus penas en el vaso.

De nuevo tomé los papeles para seguir la lectura, pero encontré que entre las hojas que acababa de leer y las que quedaban, faltaban una porcion que sin duda habria perdido en la calle. Aquí fue el apuro del tio Relámpago.

—Y qué mus jasemos ahora? me dijo. ¡Válgame Dios, señó! ¿y cómo ha sio eso? Tan güena coma iba esa historia! Vamos, está visto que soy mu desgrasiao!

—Pero, señor Lopez, la historia no ha perdido nada con eso: escribiré de nuevo las hojas extraviadas.

—Ya; pero ¿y ahora?....

—Ahora si V. quiere le referiré asi por encima lo que falta hasta unir á estas hojas que le acabaré de leer tambien.

—Sea too por Dios! y se llevó otra vez el vaso á los lábios, para que este nuevo contratiempo le fuese menos sensible. Vaya, digasté, continuó:

—Todo lo que falta, le dije, abraza el periodo de los amores de *Centella* con la Berroqueña. Refiero de qué modo se comprometieron en relaciones amorosas; cómo la Berroqueña, despues de comprometida, dió mucho que hacer á *Centella* por ser demasiado loquilla; los malos ratos que pasaron el uno y la otra; los celos de Estebanillo;

las quimeras que se originaron; los desafios que tuvo su hijo de V.; las hablillas de la gente del barrio; las tramas de otras mozuelas para atraer á su amor á *Centella*; la constancia de éste, y por último, todos esos mil incidentes que se originan cuando hay amores, celos y coqueteria de por medio. Todo esto sazonado con sus consejos, reflecsiones, dichos y demás que viene á cuento. Ya se escribirá otra vez si no parece el escrito, y podrá V. darle ó no su aprobacion.

—Quiosté cayá!.....

—Se me olvidaba decir á V. que tambien falta la relacion del dia del campo que tuvieron el dia de la Vírgen de los Angeles; en el que Juan *el Lobo*, ya curado de sus heridas, empezó á hacer el amor á la Berroqueña, y ésta á darle oidos, á pesar de ser el uno amigo y la otra novia de su hijo de V.; lo cual contribuyó á enfriar la amistad que habia, y á preparar la catástrofe. Ahora oiga V. lo que he escrito acerca del famoso baile en que aconteció.

Al rededor de la sala del baile habia multitud de sillas de madera blanca: en el testero, una mesa de pino sin pintar ostentaba una bateria de botellas negras y de vasos; y debajo de ella se pavoneaba un diforme botijo. Colgaban de las paredes grandes cornucopias, que figuraban unas un corazon y otras una alegria, con marco de labores dorado, y lunas rayadas por todas partes, de modo que multiplicaban hasta lo infinito los rostros y los cuerpos de los que acertaban á ponerse ante ellas: algunos cuadros de talla dorada con imágenes de santos alternaban con las cornucopias. Dos viejas cortinas encarnadas de felipechin, manchadas en mil partes de aceite, pendian de la pared por la parte interior del balcon, formando pabellon, y cogidas á ambos lados de la pared por un lazo de medio liston amarillo. El techo de la sala era embobedado, de madera, ya ennegrecido por el tiempo; y de tres vigas que lo atravesaban á lo ancho, colgaban tres enormes velones de cuatro mecheros, encendidos, que no contribuirian poco á la negrura del techo, la que formaba un raro contraste con la blancura de las paredes, encaladas aquel mismo dia.

Veíanse las sillas ocupadas por la flor y nata de las hermosuras del barrio, cada una de las cuales ostentaba en su cabeza un jardin, en el que se veian revueltos en graciosa confusion la blanca rosa con el nacarado clavel, y el jasmin oloroso. Bajo el tupido y negro velo de sus sedosas pestañas se descubrian ojos cuyas miradas eran de fuego, y bajo los pañuelos de seda que cubrian sus hombros latian pechos, que encerraban un tesoro de amor.

Pero entre todas descollaba la Berroqueña. Era la reyna del baile, y á la que se prodigaban todos los obsequios, que ella admitia con una gracia indecible que cautivaba los corazones, y que causaba crueles tormentos á *Centella*. Habíase este entregado sin reserva; Maria de los Angeles, era la sola muger que existía para él, y no podia tolerar que ésta se mostrase hasta cierto punto satisfecha y como ansiosa de aquellos obsequios.

—Ay! exclamó el tió Juan sin poder contener una lágrima. ¿Qué te faltaba con Senteya, mugé ingrata! ¿No era el moso mas bien plantao el barrio? ¿No se reia el mundo é gusto cuando abria la boca? Y no se escondia el sol cuando se le arrugaban las sejas? ¿No se jundia el suelo bajo el poér e su planta? No eran sus manos una criba por onde se iba el oro? Se le puso naide dos veses elante, que á la segunda no fuese á mascá tierra?.....

—Vamos, señor Juan, tranquílicese V. Ya nada se puede remediar. En todas las clases, y en todos tiempos, siempre ha habido mugeres, que se han complacido en atormentar á los hombres. La Berroqueña era una de esas que ocultan bajo las apariencias de un volcan una alma de yelo.....

—Si señó; es como osté ice: esa endinota, Dios la haya perdonao! era como el sol; quemaba á toiticos, y ella, na! como si tal cosa..... No daba cuarté á naide..... Pero, sigasté; y osté isimule que esta negra peniya me jaga tan pesao.

—Conozco á fondo toda la pérdida que tuvo V., y sé apreciarla. Su dolor de V. es muy justo, y á la verdad, no seria malo que dejásemos aquí la relacion.....

—Quiosté cayá!..... Aunque viejo toavia tengo resistensia; po otro lao, ¿creosté que no estoy yo pensando toiticos los dias en eso? Ay! señor, sepaosté que esa es mi comiiya, y que el dia que yo no tenga con quien platicá é Senteya, ese mismico dia, tendrán los gusanos ripuesto é carne.

En vista de esto, continué, mi tantas veces interrumpida lectura.

—«Paseaban por la sala los mozos mas señalados del barrio, luciendo en sus airosos cuerpos, chaquetas llenas de alamares y ca-

betes de plata, anchas fajas de seda ceñidas á la cintura, calzones de punto y botas blancas: sobrasalia entre ellos Centella por su aventajada estatura, rostro varonil, y costoso atavío. Mas de unos lindos ojos se fijaban en él con preferencia, y mas de una sonrisa hechicera acogia tal cual espresion que soltaba al azar y como distraido; pues se notaba en su rostro y acciones cierto mal estar, cuya causa no era del todo desconocida de sus muchos amigos, y de las jóvenes, que se lamentaban en su interior, que mozo tan cumplido no fuese correspondido como sus prendas merecian.

Ya hacia rato que la sala estaba llena de gente; ya habian circulado los vasos mas de una vez á la redonda; y ya las guitarras cantaban alegremente bajo los dedos de los tocadores de fama: tambien sonaba de vez en cuando el repiqueteo de las castañuelas, como impacientes de acompañar en sus movimientos á sus lindas propietarias, cuando el señor Juan Lopez, hombre el mas autorizado de la reunion, dijo:

—Mus vamos á está asi jasta el dia el juicio? A quién agualdamos? Ea, muchachas! sacá esos cuelpos á relusir, mas que la luna se esconda! ¿Qué jaceis bosotros que no las jaleais?

—Señó Juan, contestó uno de los presentes, miosté que toabia no ha benio el *Lobo*, y...

—Dise bien, Manué..... añadió la Berroqueña.

—Miróla *Centella* con una mirada en que se traslucia á la par tanto sentimiento y tanto furor que obligó á la Berroqueña á bajar los ojos.

—Vaya al infierno el *Lobo*, y veinte e su casta, esclamó el tio Relámpago. ¿Está rigulá que tan honraá compañía esté como en un mortuorio? El bendrá, y sinó no jace farta. Ea, muchachas, si no hay quien vaile ayá boy yo á vailá con bosotras; y acompañando la accion á las palabras se puso enmedio de la sala.

Al llegar aquí miré á mi oyente, y lo ví sumido en honda meditacion. Gruesas lágrimas corrian por sus megillas, y hallaban sepultura en los surcos que la vejez habia abierto en ellas. No quise distraerle y continué:

—El ejemplo del señor Juan tuvo imitadores. Al punto las guitarras despidieron de sus cuerdas los alegres sonidos del fandango. Cuatro parejas salieron en medio de la sala, tomaron posicion, agitáronse los brazos, sonaron las castañuelas, y dobláronse los cuerpos de los ocho bailarines al empezar el paseo del baile.

—Bien po la gente é garbo! esclamó el señor Juan; allá voy yo. Y con voz clara y sonora cantó la siguiente copla:

A competí con mi gente
Naide en el mundo se ponga,
Que cual eyos no hay valientes
Ni cual eyas hay grasiosas.

—Bien! bien! po el señó Juan! exclamaron de todas partes.

—Viva el primó del mundo, señó!

—Uy! qué faitiguiya me jasosté con ese cuelpó, salá!

—Empues é bailá con osté, que venga la caría y ma recoja.

—Mia, muchacho; anda y que toquen á juego, que ya me voy insendiando.

Así siguió por largo rato la funcion entre los dichos de los unos, las risas de los otros, los requiebros de estos, y las contestaciones de las otras. Todo respiraba alegria; y el único que parecia afectado era Centella. Su padre y algunos de sus amigos no habian podido sacarle de su inaccion á pesar de los esfuerzos que para ello habian empleado. Con los ojos fijos en la Berroqueña seguia incesantemente observándola, sufriendo mil géneros de tormentos al ver cuan distraida andaba, y cuan poco caso hacia de él.

Nuevas parejas habian reemplazado á las primeras, y ya iban á empezar á bailar la cachucha, cuando se presentó en la puerta de la sala el *Lobo*, y otros tres ó cuatro mozos del barrio. Al verlo la Berroqueña le salió al encuentro, y con sonrisa graciosa le dijo:

—Bien venio! Mucho sa jechosté esperá.

—Lo güeno que naide me habrá echao é menos.

—Qué sabosté?

—Lo habrá osté sentío, rosa é mayo!

Centella llevó instintivamente la mano á la faja, pero la retiró al punto. Entró el Lobo saludó á todos, y el baile siguió.

Al momento que se presentó el Lobo, el Sr. Juan fijó los ojos en su hijo, y pudo notar las diferentes alteraciones que en un momento habia sufrido su rostro, como asimismo la accion de requerir su cuchillo, cosa que habia pasado desapercibida. Entónces se levantó con disimulo y llamó á *Centella* fuera de la sala. *Centella* salió, pero sin perder de vista á la Berroqueña.

—Qué quiosté, pare? preguntó al Sr. Juan.

—Hombre, ná; contestó éste; no quisiera mas sino que te vinieras á casa.

—Pare, y porqué?

—Hombre, por ná, ya te lo é icho. Pero mira, estoy conosiendo que no estas güeno; y sobre too ....

—Qué?

—Quies que te lo iga?

—Si señó.

—Pues estoy muy esasonao, porque me paese questa fiesta no vá acabá en pas, tú tienes tresdeos é voluntá al Lobo, y esa endina... con que, vayámonos.

—Pare, lo que es yo. ... me queo.

—Pero, hijo.....

—Pare, no me igasté naa. Yo ya tengo arregolvio el juicio; yo no pueo separame é aquí; esa jembra ma dao algo; y me tiee é queré, ó ha é temblá er mundo... Pare aentro jago falta.

—Sea la voluntá é Dios, hijo.

Y ambos, padre é hijo, volvieron á la sala.

Un suspiro prolongado se escapó del pecho del tio Relámpago. Al oirle le miré y me conmovió profundamente la alteracion que habian sufrido sus facciones. Estaba pálido, trémulo y lloroso. Los recuerdos que despertaba en él la relacion que le leia eran crueles, y por un momento temí verle sucumbir á la fuerza de su dolor.

—Vamos, señor Juan, le dije tomándole la mano; sosiéguese V., y si quisiera darne gusto dejaríamos lo que falta por leer para otro dia.

—Jagasté lo que guste, me contestó con sentimiento. Ya tamien estará osté cansao, y esto debia haberlo notao antes.

—No lo digo por mí.....

—Pus por mí no lo ejosté. Osté ve que yoro como un chiquiyo; pero no ostante creasté que jace mucho tiempo que no he tenio un rato de mas gusto pa el corason.

En vista de esta declaracion no quise insistir mas, y proseguí leyendo:

«Padre é hijo volvieron á la sala. El Sr. Juan se dirigió á un grupo de cuatro ó seis hombres, amigos de su hijo, á quienes dijo algunas palabras. Centella fue á ocupar un asiento que habia vacio al lado de la Berroqueña, y que acababa de dejar el Lobo para encender un cigarro. Al volver éste á ocuparlo le dijo Centella:

—Ya sabosté que quien va á Seviya...

—Ya estoy, le interrumpió el *Lobo*; pero, señó Senteya, mas vale perdé una siya que no el amó é una serrana.

Púsose *Centella* encendido, pero se contuvo.

—Qué quiosté isí?

—Na, naita... que andasté como....

—Escúchosté, moso, le interrumpió la Berroqueña temerosa del resultado de aquella conversacion; vamos á vé si luse ese cuelpo enmedio esa sala.

—Con osté, prenda?

—Empues será. Sacosté á alguna é esas pulias muchachas.

—Lo jaré po darle gusto; mas aquí se quea el alma.

Retírose el *Lobo*, y quedó solo *Centella* con la Berroqueña.

Al punto se entabló entre ambos una conversacion animadísima, pero en voz tan baja que ha quedado en el mas profundo secreto. Sin embargo, si las acciones y la expresion del rostro pueden servir de guia para conocer los sentimientos que se espresan con la palabra, podremos decir que la conversacion que tuvieron pasó por las fases siguientes:

Centella se quejó del desvio de su amada.

Suplicó.

Las contestaciones que obtuvo no fueron favorables.

Enardecióse, y de las súplicas pasó á las amenazas.

Por este medio hubo de sacar mas partido.

Su rostro se despejó algo.

Concibió alguna esperanza.

Brilló en sus facciones un rayo de alegria.

Y qué lo motivaba? En breve se supo, pues la Berroqueña pidió en voz alta que tocaran el bolero.

—¿Quien va á bailayo, prenda? preguntó el *Lobo*.

—Este cuelpo, si osté no se ijusta.

—Alma é los dos, aquí estoy yo pa acompañarla.

—Está ocupá la plasa, compadre, dijo *Centella* poniéndose en pie.

Mordióse el *Lobo* los lábios, y con tono zumbon, dijo:

—Qué aire corre ésta noche?

—El que osté quiea que sople, contestó *Centella*, po acá se recibe toó.

—Vaya á ve ese bolero, almasen de grasia! saltó el Sr. Juan para dar otro rumbo á la conversacion. Que se va el tiempo!

—Pos vaya en grasia! dijo el *Lobo* tomando una guitarra, y empezando á tocar.

Todos los concurrentes se sentaron, dejando desocupado el centro de la sala.

Centella y la Berroqueña se pusieron en posicion, y empezó el baile.

—Vivan los mosos gûenos! gritó uno: vaya señó Senteya, oblígosté á esa jembra que vale mas que la plata.

—Uy! y qué cuelpo! Vírgen santísima! gritó otro; presiso que su compañero vaya ya camino el Limbo!

El *Lobo* tosió, escupió y dió al aire su voz con esta copla:

A este probe que te aora
No latormentes el alma;
Y si alguno te lo impíe
Dalo corriendo é baja.

—Bien! esa boca merese está engarsá en oro! esclamó uno de los amigos del *Lobo*.

—Vaya que sea en jierro! gritó el señor Juan; y sin intermision cantó:

E mugeres presumias,
Y é hombres esalmaos
Diós mus libre poque son
Mas que la peste é malos.

Alusiones tan marcadas, no podian pasar desapercibidas. La copla que habia cantado el Lobo habia arrancado una sonrisa de la boca de la Berroqueña, y una mirada de odio de los ojos de *Centella*. No fue menor el efecto que causó la del señor Juan. La Berroqueña perdió el color, aunque procurando disimular, y el *Lobo*, resentido visiblemente, se dispuso á tomar la revancha.

Los concurrentes empezaban á hablarse unos á otros, y al paso que unos vituperaban al señor Juan, otros atronaban la sala, tributándole palmadas y bravos.

El *Lobo*, luego que se apaciguó algun tanto el ruido, dejó ir la siguiente andanada.



A esas mosas presumias
Naide las puee agraviá;
Y á los chusqués que les lairen
Se les pega una patá.

—Fuego é Dios! gritó *Centella*, dando una terrible patada en el suelo que hizo retemblar la sala. ¿Y quién lo ise?

—Quien es capas é jacerlo; contestó el *Lobo* poniéndose en pie.

—Tú, mandria!

—Yo, señó agurrio! No ve que le dan calabasa!

Centella lanzó un rugido de rabia, y quitándose el sombrero se lo tiró al Lobo á la cara.

—Toma, tunante!

El *Lobo* enarboló la guitarra, que fue á hacerse astillas contra una de las cornucopias, cuya luna cayó hecha pedazos.

Estos fueron los preludios de la horrible escena que se siguió.

Asi como un huracan arrebata y arrolla cuanto halla á su paso, asi los dos golpes mutuos que se tiraron los dos rivales causaron el mismo efecto. Hombres y mugeres dejaron sus asientos, unos para poner paz, los otros para huir del peligro; algunos para defender á aquel por quien tenian mas interes. A los alegres sonidos de las guitarras y de las castañuelas, á los gritos de júbilo, sucedieron otros de rabia y de venganza, de espanto y de temor. En breve se escabuyeron casi todos, quedando solo en la sala diez ó doce, divididos en dos bandos prontos á envestirse de muerte. De un lado se veia á *Centella* frenético, respirando sangre y venganza, asistido de su padre y de otros dos amigos; del otro estaba el *Lobo* no menos dispuesto á la pelea con otros cuatro ó cinco partidarios suyos. La Berroqueña, causa de todo aquel trastorno, con su tia y otra muger, estaba en medio de los combatientes, sirviendo como de línea divisoria, pálida, temblorosa, descompuesto el peinado, pero no menos hermosa é interesante en su desordenado espanto.

Brillaban en las manos del *Lobo* y de sus compañeros los cuchillos homicidas, contenidos únicamente por la Berroqueña y las otras dos mugeres.

—Por Maria santísima! exclamaba; ¡vaya una perdision! *Lobo*, si es verdá que me quieres, no me pierdas.

—No tengas cudiao, mugé! Voy á limpiá la baba á ese mosito..... Mandria! Ahora veremo quien se la yeva!

—So bocon! contestó *Centella*, cada vez mas ciego de rabia y de celos, al ver á la Berroqueña suplicando á su rival; aquí la querra echá é hombre, entre los jarapos! Si es osté capas, eche el cuelpo á la calle y no comprumeta á naide.

—Quita, mugé! repuso el *Lobo*; voy á abrirle á ese la ventana por onde le sarga el alma.

Y dando un fuerte empellon á la Berroqueña se plantó de un salto junto á *Centella* al que tiró un viage. Agil como el tigre evitó Centella el fatal golpe, y se puso en guardia con su cuchillo, lo mismo que sus dos amigos, y su padre que habia encontrado toda la fuerza y energia de sus primeros años al tratar de defender á su hijo. Pronto puso *Centella* fuera de combate á uno de sus contrarios atravesándole un brazo; y los restantes temerosos de las consecuencias que podia traerles aquella contienda, no menos que de caer en poder de la justicia, que no podia tardar en presentarse, atraida por el alboroto y por los gritos de las infinitas personas que llamaban á la guardia, se retiraron, imitando su ejemplo los amigos de *Centella*, y dejando á este solo con su padre y el *Lobo*. Desde que el señor Juan vió esto, descuidado en el valor y habilidad de su hijo tiró el cuchillo, y se quedó como simple observador de la lucha que debia empeñarse entre los dos enemigos irreconciliables.

La Berroqueña entretanto habia vuelto á ponerse ante el *Lobo*, y seguia suplicándole. Mirábala *Centella* con ojos celosos que se la presentaban doblemente hermosa, doblemente ingrata y desleal; pero todo su odio, era para el *Lobo*, pues ni en aquel trance podia odiar á la Berroqueña, ni amarla menos. Tampoco podia satisfacer su odio, porque la Berroqueña era un escudo que protegia al *Lobo* al quererlo detener. Asi es que permanecia inmóvil en su sitio sin atreverse á jugar su cuchillo por miedo de herir á la que era su vida; pero en cambio excitaba sin cesar la rabia del *Lobo*, prodigándole epitetos ultrajantes:

—So chicharra! le decia ¿aonde se le han ío las alas? Bien ha jechosté en ponese á la sombra del Angel Custodio.

Bramaba el *Lobo* y forcejeaba por librarse de los brazos de la Berroqueña.

—Vaya, no se incomoe osté mas, ni jaga ma aspaviento! continuaba *Centella*; está visto que es oste jembro é genio!... El sainete no está del too malo... No lo sueltosté, morena, que se puee caé é canguelo... No ve oste cómo le bailan las piernas, que paese tiee perlesia.

No ignoraba *Centella* que el *Lobo* era hombre de corazon, y por eso le insultaba, para exasperarlo hasta lo sumo, y poder llegar á las manos con él. Asi fue en efecto. Ciego ya el *Lobo* por la rabia, hizo un violento esfuerzo y rechazó á la Berroqueña, acompañando esta accion con una horrible blasfemia.

Cayó la Berroqueña lanzando un ay agudo que hizo estremecer á *Centella*: un lago de sangre le dió á conocer que el cuchillo del *Lobo* la habia herido... Un segundo despues cayó el *Lobo* con el corazon pasado por el puñal de *Centella*, mientras este pálido, trastornado, herizado el cabello, y los ojos fijos é inmóviles, contemplaba aquel horrible y repugnante cuadro sin comprenderlo, sin saber lo que pasaba.

El señor Juan lo tenia abrazado y le dirigia palabras de afecto y ternura..... Por contestacion recibió una horrible carcajada que le hizo estremecer y que resonó en toda la casa con un eco fatal, que heló la sangre en las venas á los soldados que llegaban al lugar de aquella escena de muerte y de desolacion...

La justicia se apoderó de dos cadáveres, de un loco y de un infeliz padre que habia perdido el conocimiento á la fuerza de su dolor...

—Pobre hijo mio, exclamó el tio Juan con voz interrumpida por sollozos, cuantas peniyas sufrí en los dos meses que viviste despues de aquella esventura.

Al alzar la vista del papel para dirigirle algunas palabras de consuelo, me sorprendió en extremo el estado en que se hallaba el infeliz viejo. Agitaba todos sus miembros un temblor convulsivo: tenia el rostro encendido y gruesas gotas de sudor corrian por su frente. Le pulsé, y el frecuente latido de sus arterias me hizo conocer se habia apoderado de él una fuerte calentura. Alarmado al verle en tal estado, llamé á su sobrina y lo llevamos á la cama. El pobre padre habia creido tener mas valor que el que efectivamente tenia.

S. C.

DEL CALZADO ENTRE LOS ANTIGUOS.



Si ha habido pueblos favorecidos de Dios, en medio de los cuales haya vertido á manos llenas simientes de gloria, de artes y de ciencias, que han fecundado las revoluciones de todo género, estos pueblos son seguramente los griegos y los romanos.

Verdad es que la barbarie, y la barbarie peor de todas que es la que emana del poder, reynó largo tiempo entre aquellos hombres, y particularmente entre los romanos: la sangre que corrió bajo los Césares hubiera bastado para regar todo el imperio; pero los excesos traen consigo el órden, las leyes nacen de los abusos, y la civilizacion tiene por cuna la barbarie: así, aunque hoy dia el mundo marcha á pasos agigantados por la senda del progreso, se detiene muy á menudo y vuelve la vista atras para contemplar aquellos pueblos generadores: así, Roma y Atenas, esas ciudades gigantes de los tiempos pasados han permanecido siempre en la memoria de los siglos, dignas de respeto y de estudio, como manantiales de la ciencia y de la ilustracion.

Muchas veces se ha examinado con placer é interes las costumbres de los antiguos, sus leyes, sus guerras, sus instituciones, sus artes y sus ciencias; pero rara vez se ha descendido á los pormenores de su vida interior, á esa multitud de pequeñeces, futiles en apariencia pero dignas

de estudiarse en el fondo. Así, pues, nosotros no entraremos ahora en las grandes cosas y hechos de la antigüedad, y solo pediremos á los griegos y los romanos algunos pormenores acerca de sus costumbres, tocado y armaduras; y como nos proponemos examinarlos, segun la expresion vulgar, desde los pies hasta la cabeza, empezaremos por el calzado.

Los griegos usaban varias clases de calzado que se conocian indistintamente con los nombres de *calceatus*, *calceamenta lalaria*.

Durante el tiempo que consagraban al estudio y que permanecian en las clases los jóvenes lacedemonios y los niños no gastaban calzado, y solo tenian el derecho de usarlo cuando empezaban á ser hombres. Sábese que una de las leyes mas rigorosas de Licurgo prescribia á los espartanos el ir siempre descalzos, y se hubiera reputado como una afeminacion el llevar los pies cubiertos, á menos que los que tal hiciesen no estuviesen precisados á caminar de noche, ó que los incesantes peligros de la guerra y tambien los de la caza no hiciesen necesaria aquella precaucion.

En cualquier pais que se les encontrase podia desde luego reconocerse á los espartanos, primero en su barba, y despues en su calzado, enteramente distinto del de los demas griegos: por lo comun era de piel encarnada, y su forma la de un zapato chato que cubria todo el pie sin cintas ni adornos de ninguna clase. El calzado de las mugeres tambien de piel encarnada era algo mas alto que el de los hombres; y sin embargo, no tanto como el de las jóvenes que era muy elevado y se asemejaba al coturno.

Al ver la sencillez de aquel calzado, se adivina hasta qué punto el gran legislador Licurgo temia los efectos del lujo, y el cuidado que se tomaba de que no se introdujese este entre los hijos de Lacedemonia, ni aun en la parte mas insignificante de su vestido.

La costumbre de andar descalzos se habia estendido hasta Atenas, donde los hombres que querian dar ejemplo de austeridad en las costumbres, no usaban calzado sino cuando el frio era excesivo ó tenian que emprender algun largo y peligroso viaje; pero estos componian el mas corto número, y los demas atenienses usaban diferentes clases de calzado, comunes á ambos sexos. Los hombres lo usaban de cuero negro: unos llevaban descubierta parte del pie; otros al contrario lo tenian enteramente cubierto. Las mugeres gastaban el calzado de diferentes colores y esta parte de su trage era un objeto de lujo; unas llevaban calzado bordado de oro y plata y adornado con pedrería; otras se lo sujetaban á la pierna con cintas delicadas y primorosas; finalmente poníase en el calzado gran cuidado y esmero.

Para los guerreros habian ideado los griegos un calzado particular: era de cuero muy duro y tenia la hechura de un borcegui sin zuelas.

Si hemos de creer á Homero, Hércules usaba unos borceguies de acero.

Los esclavos iban siempre descalzos: para algunos el calzado era una de las señales de su emancipacion.

Los primeros romanos, á imitacion de los griegos, no gastaban calzado ni en la ciudad ni en los campos; y muchos ni aun lo usaban en los combates. Cuando el Asia comunicó á los romanos su lujo y sus riquezas, fue cuando se empezaron á llevar los primeros botines, llamados, segun varios autores, *péribari*: pero los que no abandonaron las graves y austeras costumbres de Roma primitiva, siguieron llevando los pies descalzos durante largo tiempo. Plutarco, en su inmortal galeria, y Horacio en el lib. I, *Epist.* 19, refieren que Caton de Utica iba siempre descalzo, y sábese que Caton el Censor, como él mismo lo ha dicho, trabajaba en el campo casi siempre desnudo.

Entre los romanos, lo mismo que entre los griegos, habia dos especies de calzado: una que llamaban *phœcasium*, *calceus*, *pĕro*, *mulleus*, y que, como nuestros zapatos, cubrian enteramente el pie: otra que conocian con los nombres de *solea*, *baxeæ*, *cáliga*, *sandalium*, *crepida*: esta especie de calzado se componia de una ó mas zuelas, á las que estaban unidas unas cintas que se ataban al pie y á la pierna, dejando descubierta una parte de aquel.

Estas dos especies de calzado se usaban entre los griegos.

El zapato romano cubria todo el pie y parte de la pierna: estaba abierto por delante y se cerraba con un cordon, que apretaban bastante para mejor lucir la buena forma de la pierna. El galante Ovidio, juez competente en la materia, recomienda á las mugeres no gasten los zapatos anchos para que el pie no nade en ellos.

Estos zapatos eran por lo regular de piel negra, y era el calzado ordinario de los magistrados y de los senadores: en las ceremonias solemnes gastaban los primeros zapatos encarnados con una zuela bastante gruesa. Por largo tiempo se acostumbró llevar los zapatos con la punta vuelta para arriba. El calzado de las mugeres era igual al de los hombres, pero algunas adornaban sus zapatos con unos clavos pequeños de oro ó de plata, ó bien con perlas, marfil y pedreria.

Los senadores llevaban comunmente encima de la pala del zapato, y á veces á un lado, de modo que venia á caer sobre el tobillo, una especie de buclecito de oro, de marfil ó de plata: este bucle, segun Juvenal, se llamaba *luna*, y segun otros autores *lunula*, á causa de su forma parecida á una C ó á una media luna; esta C era un distintivo por el cual se conocia á los senadores patricios: los senadores plebeyos no lo usaban, y esta era la unica diferencia de su calzado.

La molicie y voluptuosidad, compañeras inseparables de la civilizacion, hicieron variar muy á menudo las modas asi en Roma como en Atenas. Los que podian enriquecer sus zapatos ó botines con piedras preciosas los enseñaban con placer y vanidad á la hora de la comida, cuando, segun la costumbre, venian los esclavos á quitárselos de los pies. Refiere Ciceron que en su tiempo algunos jóvenes licenciosos gastaban una especie de botines llamados *sicyonia*; su forma era tal que los hombres graves los censuraban con mucha severidad, considerándolos como indecentes y contrarios á las ideas piadosas y morales.

Entre las distintas clases de calzado que usaban los romanos, citaremos el *zueco* (soccus) que era de cuero negro, sin talon, y el que se acostumbraba llevar encima de otro calzado: segun Horacio, casi solo lo usaban los cómicos. Asi como los antiguos simbolizaban la tragedia por el coturno, del mismo modo simbolizaban la comedia por el zueco: y esta es la razon porque Plinio llama á este género de calzado el zueco cómico.

El calzado militar llamado por los antiguos *cáliga* era por lo comun una gruesa zuela de cuero fuerte: sujetábanla al pie con unas tiras de cuero mas fino que se cruzaban sobre el pie y la caña de la pierna, dejando ver la carne por intervalos. Algunos se pasaban una de estas tiras entre el dedo grueso y los demas para sujetar mas seguramente la zuela. Comunmente, y sobre todo para viajar ó hacer grandes marchas, clavaban tachuelas en las zuelas. Los generales y los oficiales superiores del ejército usaban un calzado poco diferente del que acabamos de citar y que se llamaba *compagus*. La diferencia entre ambos consistía en las tiras de cuero que los oficiales llevaban adornados con pequeños clavos de oro, de plata ó de márfil.

El calzado que se designaba bajo el nombre de *solea gallicæ*, *sandalium*, *crépida*, se parecia sobre poco mas ó menos á los anteriores, aunque diferenciasen de nombre. Los zapatos llamados *perones* eran de piel no adobada; parecíanse bastante á nuestras polainas, y por lo regular solo los llevaban las gentes del campo. Segun Apuleo, el calzado que acostumbraban llevar los filósofos se llamaba *baxea*.

Los gladiadores en ciertos combates llevaban á la arena coturnos de cuero azul y tenian el pie derecho cubierto con un borcegui de bronce dorado llamado *ocrea*.

El calzado de los Reyes, de los héroes, de los generales y de los magistrados de la Grecia era el coturno; cuando Sófocles escribió sus tragedias inventó el calzado de los actores y lo hizo célebre. La zuela del coturno era muy alta y aumentaba la estatura del que lo llevaba; de la zuela partía una correa, que pasando entre los primeros dedos del pie, se dividia en dos tiras que servian para sujetar el escarpin, y que venian á parar á la pierna, á la que se cruzaban de diferentes modos. Algunos autores antiguos refieren que cuando se verificaba en Roma un matrimonio se ponia á los esposos el coturno, á fin de que presentasen una estatura mas elevada y magestuosa.

Los romanos y los griegos tuvieron otras clases de calzado, cuyo nombre y descripcion nos son desconocidos; pero se puede asegurar que con corta diferencia se asemejaba al modelo de los que acabamos de describir.

S.

A LA ADELFA.

MONOSTROPHE

dedicado á mi amigo D. José Peyret y Bosque.

De la ADELFA, periódico de Albacete, tomamos el siguiente artículo sin permiso de su autor, de cuya amistad esperamos nos disimule esta licencia, en gracia del deseo que nos anima de hacer públicos sus conocimientos en Botánica, una de las mas importantes ciencias ausiliares de la Medicina.
(*Nota de la Redaccion.*)



Quiero pasar envuelto en la oscura sombra de tus hojas lanceoladas las largas horas del estio, melancólico arbusto de la Laconia! porque quiero devorar mi dolor en el silencio de este lúgubre valle que animas con el triste carmin de tu corola de fuego, hendida en cinco *lacinias*, ó mas bien *lacerada*; y por eso eres el emblema del dolor en el lenguaje de las flores.

Mi amor ha muerto! dice á los orientales tu flor torcida de un solo pétalo, con tus cinco estambres cortos como la duracion de la vida, con un pistilo (*) delgado y flexible como era el talle de mi amada, y con tus anteras en forma de saetas, porque con ellas envias el dolor al corazon de los amantes.

Quiero pasar envuelto en la oscura sombra de tus hojas lanceoladas las largas horas del estio, melancólico arbusto de la Laconia! porque tu oscura sombra produce el narcotismo, ese delicioso éxtasis del pensamiento, en el que solo se ve, en el que solo se oye la idea querida del corazon.

Oh! aquí estoy seguro de no ser interrumpido por los guardadores de los ganados, puesto que no los conducen á tu vista, porque el amargo jugo de tus hojas les da la muerte, porque tu viroso aroma los envenena, porque tu sombra los mata; y yo amo tu sombra porque quiero morir envenenado por el dolor, simbolizado en tu cáliz infundibuliforme, en tus *nectarios* henchidos de miel amarga, en tus lanceoladas hojas. Quiero con ellas tejer una corona que comprima mis sienes como las comprime el dolor; que embriague mi alma como la del laurel embriaga el alma del guerrero, del poeta ó del artista; porque tú eres el laurel destinado á orlar la frente de los que han perdido su amada, como el laurel de Apolo para los que han hecho derramar la sangre á torrentes, ó han

(*) Pentandria monogynia de Linneo.

admirado al mundo con las obras del genio.

Por eso tú creces en los sombrios y silenciosos valles de los paises meridionales, y jamas osas levantar tu frente salpicada de lúgubres *corymbos* rosáceos (1) á la altura del hombre, en tanto que el laurel destinado al guerrero, al poeta ó al artista, mece en todas las zonas sus orgullosas ramas espirales, compitiendo con el erguido cipres, con las altivas acacias.

Oh melancólico Nerion (2)! Adelfa de la Laconia y de Sierra Morena, Baladre de Cataluña y de Valencia! yo te amo con preferencia al Nerio de Ceylan (3), y al Nerio índico (4): te amo mas que al *Profluvium* de Malabar (5) y al orgulloso Rhododendron (1), aun cuando tus humildes tallos no despiden el embriagante aroma del cinamomo, ni tus delgadas maderas compiten en fragancia con la de los sándalos.

Te amo, porque tus ramas delgadas y flexibles rodean modestamente la tumba de mi amada, y á la oscura sombra de tus lanceoladas hojas, vendré todos los dias á llorar por ella, á depositar en tus agudos cálices de *periantios* rojizos endechas de dolor, del dolor que simbolizas en tu *lacerada* corola.

Y hasta mi vuelta, que solo tardará lo que tarda la vuelta del sol, haz que tus oscuras hojas lanceoladas, repitan á las misteriosas sombras de la noche mis últimas palabras, melancólico arbusto de la Laconia: MI AMOR HA MUERTO!!!

Málaga diciembre 31 de 1846.

A. J. VELASCO.

(1) Laurel-rosa de los franceses.
(2) Nerium Oleander de Linneo.
(3) Canela de Ceylan, ó Apocino de flores blancas
(4) Sasafrás, laurel de los iroqueses, ó Apocino menor de flores sencillas y olorosas.
(5) Nerio medicinal.

(1) Nerio de hojas anchas y hermosas, de flores rojas, que se cultiva con esmero en Valencia. Rhododendron vale en griego lo mismo que *arbol que lleva rosas.*

UTILIDAD DE LOS BAÑOS.



Todos conocen la grande utilidad del baño, tanto para el aseo de la persona, como para precaver enfermedades; y sin embargo, son pocos los que lo practican, escepto los muchachos por diversion cuando tienen proporcion de rios, y aun en algunas ciudades populosas con rios no se les permite bañarse en ellos. Los gobiernos gastan sumas inmensas en la ereccion y mantenimiento de Museos, para mostrar millones de insectos clavados en los estantes con alfileres, lagartos y culebras preservadas en espíritu, millares de pájaros rellenos de yerba seca en costosos armarios, y hasta tiestos de loza sacados de los muladares de ciudades antiguas destruidas, pero no tenemos noticia de que erijan baños cómodos y saludables para la salud pública. Los ayuntamientos y corporaciones ricas gastan sus fondos, levantados de contribuciones, en hacer paseos, alamedas y malecones, en lugar de canales ó estanques de agua limpia, en la que puedan bañarse los habitantes, y preservar la salud con el aseo. Los vecinos pudientes edifican casas suntuosas con todas comodidades, sin acordarse jamas de destinar un cuartito

para baños; las señoras se esmeran en los adornos de sus estrados y constante limpieza de los muebles, aunque la familia, criados y criadas, esten interiormente desaseados en sus personas por no tener donde lavarse los cuerpos; las madres son diligentes en las gorritas y adornos de sus criaturas, sin cuidar bañarlas algunas veces, si no todos los dias, práctica la mas conducente á criarlas con robustez; finalmente, los que tienen caballo se ocupan, ó emplean un criado para almohazarlo, acepillarlo y lavarlo, particularmente despues de sudados, porque lo creen necesario para la salud del animal, mientras que ellos no se limpian jamas el cuerpo con el baño, jabon, esponja ó cepillo aunque todos los dias empapen su ropa interior con una ofensiva perspiracion. Si los hombres y mugeres emplearan en el aseo de sus personas, solo una decima parte de la atencion y faena que ponen en mantener el aseo del caballo, del perro ó de los muebles, evitarian muchas enfermedades, y disminuirian la lista de las miserias humanas. Pero no, el hombre estudia la naturaleza de otros animales, los cuida segun su constitucion, y los preserva en la mejor salud, porque le han costado algunos doblones, mientras que él mismo vive ignorante de su constitucion, é indiferente sobre su propia persona.

No basta el mudar frecuentemente la ropa blanca si los poros quedan obstruidos, porque cada vez que suda un individuo, quedan en su cutis millones de globulillos que se corrompen al esterior ó retroceden al interior; en el primer caso produce una suciedad, que ni aun el baño es bastante para removerla, por lo que se debe usar del jabon y estregarse con una escobilla, con una esponja ó con una bayeta; pero si el sudor que ha asomado por los poros retrocede al interior será todavía peor, porque causará ceáticas, pulmonías, consuncion y aun la muerte.

Es indudable que el uso del baño principió en los rios y en la mar; esta ha sido y aun es la práctica entre las tribus de indios salvages; pero los hombres civilizados aprendieron á gozar de este placer racional en sus propias casas. Homero menciona el uso de los baños como costumbre antigua. Cuando Ulises entró en el palacio de Circe, el primer obsequio que le hicieron fue prepararle un baño. En tiempos posteriores se erijieron baños públicos y privados. Los baños públicos en los pueblos de la Grecia formaban parte de la educacion gimnástica, por que despues de los ejercicios entraban los jóvenes en el baño antes de retirarse á descansar. Los romanos, en el periodo de su mayor gloria imitaron á los griegos en este punto, y construyeron baños públicos magníficos; el plan de estos edificios era como sigue:

El paraje de los baños era oblongo, y estaba dividido en dos partes, una para los hombres y otra para las mugeres, y en cada mitad habia un baño caliente y otro frio. En el centro del edificio estaban las calderas que surtian con agua caliente tres baños separados, con varios grados de temperatura, por medio de gruesos tubos y llaves adaptadas, bajo el cuidado de los asistentes. Cada lugar de baño tenia gradas al rededor, á donde se sentaban antes de entrar en el agua, y donde se quedaban los asistentes. Habia tambien un proporcionado número de cuartos para desnudarse y vestirse, y hasta otros para ungirse con bálsamos despues del baño; habia tambien á los lados del edificio paseos, galerías, jardines y hasta juego de pelota, con salones espléndidamente adornados para conversacion; de modo que un baño público de los romanos tenia la apariencia de un palacio. A proporcion que el lujo crecía, se iban procurando todos los medios de hacer mas esquisitos los placeres sensuales, hasta construir conductos para traer á la ciudad el agua del mar, mantener montañas de nieve, y ensanchar estos establecimientos á tal grado, que sus ruinas causan admiracion.

Los árabes en España tenian baños públicos, si no tan espaciosos como los romanos, al menos muy capaces y aseados, estando revestidos de ricos mármoles de color, como se ve todavia en la Alhambra, y se descubren en Sevilla, Cordoba y otras partes, ademas de los baños privados en las casas.

Los turcos, estando obligados por su religion á hacer varias abluciones, tienen muchos baños públicos que son apertenencias de las mezquitas; pero son mas comunes los baños privados en las casas, adornados con muchísimo lujo; las señoras se bañan casi todos los dias, los hombres con menos frecuencia.

Baños secos. Se llaman así aquellos baños en que no hay inmersion, y que producen muy buenos efectos por el aire calen-

tado á un alto grado. Estos baños eran muy usados por los antiguos, y los practican los turcos modernos. El edificio destinado para este efecto esta construido de piedra, y comunmente contiene muchos cuartos con pavimentos de marmol. Se calientan estos cuartos por medio de tubos, que, pasando por las paredes, conducen el aire caliente por todas partes. Se desnudan las personas en una antecámara, se cubren con una túnica de algodon fino, y se ponen unas chinelas de madera, ó mas propiamente zuecos, para defender los pies del calor del suelo, y luego entran al cuarto. El aire caliente produce pronto un sudor muy copioso; luego se lava el cuerpo, se enjuga con un paño, y en seguida se estrega con un pedazo de franela fina; últimamente se unta con jabon de olor, unguento ó pomada fina que mejora el cutis, y se acuestan en un blando lecho, á donde la imaginacion de las bellas prisioneras en los harenes se recrea en la molicie pensando en los adornos, mientras que el engreido Visir ó el imperioso Bajá consideran el objeto de su ambicion. Despues de un corto reposo, la dama se retira á beber sorbete ó tocar la guitarra, y el cortesano á beber cafe y fumar la pipa.

En algunas partes de la India oriental hay una especie de baño muy singular, en el cual la persona que se baña no solo está pasiva, mas es un verdadero paciente; toda la operacion la hace un criado. Este estiende al que se baña sobre un tablon, le echa agua caliente sobre el cuerpo, le estira los miembros lo necesario para hacerle crujir los dedos, muñecas, codos y hombros, hasta el espinazo cruje por una ó mas vértebras. Hechos estos crujidos por un lado, vuelve el cuerpo del otro para hacer crujir la otra pierna y brazo; luego le da recias palmadas en las partes mas carnosas, le pellizca las mas flacas, le sobaja los brazos y piernas, y esto lo hace el operario montado sobre el que se baña. Despues de esto toma un cepillo de cerda y le almohaza todo el cuerpo, y quita la callosidad de los pies refregandolos con piedra pómez, y últimamente le unta el cuerpo con jabon y perfumes. Estas operaciones duran como media hora, y el bañador siente muy agradables sensaciones por todo su cuerpo, quedando adormecido por varias horas.

En la Rusia, la religion griega, así como la Mahometana, ordenan la ablucion ó baño antes de ir á la iglesia: y como el precepto de la misa obliga dos veces á la semana, el aseo corporal es una consecuencia de necesidad religiosa. Si no fuera por este sabio mandamiento, la gente pobre en Rusia estaria muy espuesta á enfermedades, porque rara vez mudan de ropa; ademas que los criados en Rusia no tienen cama; el *shoob* ó zalea que usan de dia, les sirve tambien de cama; el baño pues les es necesario para la salud. Esta ceremonia religiosa se ha hecho el lujo mayor de los habitantes de San Petersburgo, lo que hacen de un modo tan singular, que una idea de la operacion de su baño no dejará de agradar á nuestros lectores.

En primer lugar hay una cámara bien caliente, con almohadones, y una mesa con lo necesario para desnudarse y vestirse. Desnuda la persona que va á bañarse, se presenta un sirviente desnudo, ó como suele decirse, en pelota, y este conduce al otro al baño, un cuarto bastante grande con un banco en el centro como un catre, y algo levantado por la cabecera. En frente hay una tarima alta con algunos escalones para subir. El agua del baño está muy caliente, y hay varios tubos para conducir agua desde el punto de nieve al punto de hervor. Sentada la persona en el catre en medio del baño, el sirviente le friega la cabeza muy bien con jabon; despues de esto, toma un puñado de acepilladuras finas con jabon y agua caliente, y tendida la persona sobre el banco le restrega todo el cuerpo, con poca diferencia de como se almohaza un caballo. Concluida esta parte del baño, la persona es conducida á la tarima alta, arriba mencionada, debajo de la cual hay planchas de hierro muy calientes; el sirviente echa agua sobre estas planchas, lo que produce un vapor tan caliente que es casi intolerable. Tendida la persona sobre la tarima, toma el sirviente un puñado de hojas de abedul y le estrega el cuerpo, como ha hecho antes con las acepilladuras; el calor del vapor y la frotacion hace gritar á la persona; pero en vano invocará á Dios y á sus santos, porque el diablo del sirviente se hace sordo ó se rie mientras que continua en su faena. Luego que cesa la estregadura, baja la persona de aquel tormento, abrasado de calor y cubierto de sudor, y el sirviente principia á echarle baldes de agua fria sobre la cabeza. La primera impresion del agua fria priva á cualquiera de los sentidos, pero despues siente un placer indescribible. Luego se entra en

el agua caliente, y abiertos los poros y principiando la perspiracion otra vez, sale la persona del baño, se enjuga y abriga bien, y va á su casa donde por una hora descansa en la cama, quedando contento con lo pasado.

Los individuos de la clase media, que no puede costear aquel lujo, y los mas pobres, van á los baños junto al rio, y ellos mismos se frotan y restregan el cuerpo; y cuando se sienten en sudor copioso se zambuyen en el Neva, frio como un hielo; pero si hay nieve prefieren revolcarse en ella llenos de sudor y desnudos como están. El hábito, sin duda, los endurece á esta practica desde la juventud; pero si estos osos del polo se aclimatan con la nieve, los habitantes de paises mas templados esperimentarian las consecuencias mas fatales en esta especie de baños.

El baño medicinal simple es el de rocio. Este consiste en cuatro palos como de tres varas de alto, formando un cuadro abajo como vara y cuarta, y tres cuartas arriba á donde hay una caja de hojalata con cuatro ó seis arrobas de agua. Debajo de esta caja hay un fondo cribado con agujeritos muy finos. Entrada la persona desnuda dentro, echa la cortina que hay al rededor del baño, y abriendo la llave de la cisterna, cae el agua sobre el cuerpo como una llovizna.

Los baños propiamente medicinales son los compuestos, los de vapores, y los minerales. *Baños compuestos* son, en los que se pone al agua una cantidad de leche, de vino, jabon, algunas infusiones ó sales. El baño de vapor es una modificacion del baño caliente, y mucho mas suave en sus efectos. El modo mas usual de usar este baño es, entrar desnudo en un cuarto caliente muchos grados sobre la temperatura de la atmósfera, para acelerar la circulacion de la sangre. Despues de algun tiempo, se tuerce la llave del conducto para que entre el vapor del agua hirviendo, lo que produce un sudor copioso, sobre todo si se añade la friccion. El efecto general de este baño es relajar el cuerpo, remover obstrucciones de la piel, aliviar el dolor espasmódico, y promover el sueño. El poder estimulante del calor en estos baños de vapor, está modificado y templado por la humedad difundida por el aire; y como el vapor elástico, siendo aire, es un conductor de calor menos poderoso que el flúido acuoso, es mas lento en levantar la temperatura, que el del agua caliente en el baño. Su efecto está tambien modificado por la copiosa perspiracion que produce; de modo que el baño de vapor es, en todo respecto, mas seguro, y en muchos casos mas efectivo que el baño de agua caliente.

Baños minerales. Casi no hay pais alguno donde no se hallen baños minerales, escepto en las grandes ó dilatadas llanuras. Sus aguas no son potables, escepto con algun objeto, y se componen de gran variedad de cuerpos salinos, que por sus peculiaridades se dividen en cuatro clases: acídulas ó carbonadas, salinas, ferruginosas ó calibeadas, y sulfurosas. Estas aguas minerales son frias ó calientes, mas comunmente llamadas termales. Las sustancias que se hallan con mas frecuencia en las aguas minerales son oxígeno, nitrógeno, carbono, azufre, hierro, cal, magnesia en diferentes combinaciones, y adaptadas á varias dolencias, por lo que pertenece á los facultativos el prescribirlas á sus enfermos. Nuestro objeto en este artículo es referir los varios modos de baños.

Los baños de mar son muy saludables para algunas enfermedades, como de glándulas, escrófula, sudores excesivos, histéricos, etc.; pero hay dolencias que no permiten los baños de mar. Lo mas agradable en los baños de mar es el movimiento de las olas, el aire, y la vista de la mar.

F. I.

Estudios de Historia Natural.

GOLIATH GIGANTE.



Este insecto es el mayor de todos los conocidos. Hállase en Sierra Leona, en la costa de Guinea. Pertenece al género de los coleópteros, y á la familia de los lamelicornos. Tiene tres pulgadas de largo; su cabeza y cuello es de un blanco amarillento; el corselete tiene rayas negras; las elictras se parecen á pedazos de azabache, y tienen dorada la estremidad de los bordes esteriores. Nada se sabe de los hábitos de este insecto, que es mas grueso que algunos pequeños cuadrúpedos.

Domingo 18 de Julio.

EDUARDO Y ENRIQUETA.



Una hermosa mañana de otoño, á eso de medio dia, se paseaba un jóven por los baños de Augusto en el jardin de Nimes: contemplaba las límpidas aguas en que reflejaban los resplandecientes rayos del sol, y andaba despacio con la frente baja y las manos metidas en los bolsillos. Parecia un anticuario empeñado en resolver un problema de arqueologia; mas cuando levantaba la cabeza, sus espresivos ojos azules y su semblante lleno de melancolia y de trasparente palidez revelaban un pensamiento mas dulce. Los ancianos que iban á calentar sus arrecidos miembros en los silenciosos senderos del jardin se sonreian al verle juguetear indolentemente con las ojas secas de los árboles, y mas de uno decia meneando la cabeza: El amor anda por ahí.

Seguia el jóven á la ventura los recodos de una oscura senda, y entre un grupo de acacias que llovian sobre el suelo sus florecillas doradas, delante del templo de Diana, divisó una muger apoyada sobre el roto pedestal de una columna. El ruido de los pasos del mancebo la hizo volver la cabeza y descubrir su lindo rostro, por el cual se deslizaban algunas lágrimas.

Un súbito carmin coloreó sus mejillas.

—Pobre muger! dijo el jóven para sí; tambien padece; y continuó su camino.

Una hora despues, á la puerta de las mensagerías, llamaba el conductor á los viageros. Cuatro robustos caballos enganchados á la diligencia de Clermont Ferrand relinchaban y se agitaban impacientes por partir.

—Mr. Leon de Artigues, gritó el conductor.

—Al oir su nombre, el jóven de los ojos azules subió de un brinco á la berlina.

—Mad. Berta Juvenal.

Acercóse una señora cubierta con un chal negro; volvióse Leon y vió á la desconocida del templo de Diana.

Ningun otro pasagero iba en la berlina. Tenia la jóven inclinada la cabeza sobre el pecho, pero conocia que el jóven la miraba; no se atrevia á alzar la vista y se ruborizaba bajo su velo.

Para distraerse se acercó á la portezuela, descorrió el cristal y miró la campiña llena de vendimiadores. Leon siguió el movimiento, y de este modo se colocaron de espaldas. El viento que venia del mar calmó la agitacion infantil de Berta: los cantos de los vendimiadores borraron de la mente de Leon el recuerdo de su vecina. Estendió Bertas su graciosos piececitos, y se acurrucó en un rincon con la monada de una gata perezosa. Leon cruzó las piernas y dejó caer la cabeza sobre los cojines. Sin embargo, por la tarde, cansada Berta de meditar, dió alguna libertad á sus pupilas, y una mirada que atravesó las mallas de su velo; se dirigió al semblante de su silencioso compañero.

—Qué pálido está! dijo para sí; y otra mirada siguió á la primera.

Ocurriósele en seguida la idea de cuan estraño era que un mancebo tan jóven estuviese tan triste; volvió á mirar y observó que tenia hermosos ojos y frente despejada.

Dos sentimientos se despertaban á la par y flotaron en su espíritu como esas fugaces luces que brillan en las praderas las noches de verano: algo de despecho, y un poco de curiosidad. Apartó con lánguida mano el velo que cubria sus facciones, y abandonó á la brisa de la tarde los rizos de sus cabellos rubios. Leon suspiró, y se ocultó el rostro con las manos.

Una idea repentina asaltó la mente de la viagera.

—Pobre jóven, está enamorado! se dijo.

A las ocho pararon á comer en una aldea, y Leon dió la mano á su linda compañera para ayudarla á bajar. Ella le dió gracias con una mirada deliciosa.

—Oh Dios mio! dijo Leon, está de luto: tan jóven, tan linda, y ya desgraciada.

A la salida de la aldea habia una cuesta, entrambos la subieron á pie. Ensanchaba la luna su disco sobre el horizonte, y bañaba con trémulo fulgor las primeras pendientes de Cevennes, cubiertas de castaños. Caminaba Leon junto á Berta; no se hablaban, pero un conductor invisible trasladaba de uno á otro los secretos pensamientos que rebosaban en sus corazones. Al llegar á lo alto de la cuesta se sentaron.

Leon dirigió la vista hácia el horizonte por la parte del Langüedoc: abriéronse sus labios para entonar un canto lastimero, cuyos suaves acentos volaban hácia el valle en alas de la brisa. Berta se estremeció, apoyó la cabeza entre las manos y comenzó á escuchar con el corazon lo que Leon cantaba con el alma, pero no podia contener sus lágrimas.

—Qué teneis, señora? esclamó Leon tomando las manos de Berta.

Esta quiso sonreirse y fijó sus ojos humedecidos de lágrimas en los de Leon.

—Nada, dijo, nada: un recuerdo que me ha despertado ese romance.

—Ah! vos tambien! esclamó Leon.

—¿Pues qué, no es la casualidad la que os ha dictado esa cancion?

—¿La casualidad? No; muchas veces la he oido, cuando era feliz.

—Y ahora, como á mí, solo os recuerda amargas memorias.

—Vos, tan jóven y tan bella! Pero Dios, señora, se apiadará de vuestros sufrimientos, al paso que para mí no hay esperanza.

—A vuestra edad! eso es una blasfemia; esperad, esperad.

Se acercaba la diligencia, y la voz del conductor interrumpió su conversacion.

Esta breve conferencia fue como el rayo del sol de mayo que derrite las nieves: ya no se cubrió la jóven con el celoso velo, y el jóven no hizo caso del paisage que se veia vagamente á favor de los blandos destellos del cielo tachonado de estrellas. Las noches tibias y bañadas de luz son favorables á los pensamientos dulces, y parece que el aire está impregnado de gratos ensueños y agradables pensamientos, como los balsámicos aromas del tomillo.

Un sueño perfumado cerró los párpados de entrambos viajeros, y sus almas se perdieron en el aéreo reyno de la imaginacion.

Al amanecer, una sacudida de la diligencia despertó á Leon: al abrir los ojos vió á su vecina que dormia dulcemente, con la cabeza reclinada en su hombro. Un fuerte embite del carruage la habia empujado hácia él, y Leon no se atrevió á acusar al destino, pero evocó el recuerdo de la amiga ausente y tomó animosamente la resolucion de mirar al campo. El céfiro de la mañana levantó los dorados rizos que adornaban el cuello de Berta, y los llevó á las mejillas de Leon que contemplaba á la hermosa dormida: bien hubiera querido el jóven cerrar los ojos ó volver la cabeza, pero un encanto divino se lo impedia.

—Ella tambien era rubia, decia; y una lágrima, lentamente formada, cayó sobre la desnuda mano de Berta.

Abrió Berta los ojos, y su despertar fue una sonrisa. Pero sintiendo muy cerca de su oido los latidos del corazon de Leon, confusa se retiró á un rincon de la berlina, si bien á semejanza del salvaje de la antigüedad, al huir lanzó al jóven una mirada que turbó su alma.

Ninguno de los dos se atrevió á romper el silencio y hasta medio dia estuvo Berta en su rincon, inmóvil como una vírgen en su nicho.

A esta hora tomó una taza de leche caliente en Florac, mezquina subprefectura situada junto á un arroyo entre dos colinas. Por la tarde llegaron á Meude, que con su puntiagudo campanario en el fondo de una llanura, parece un nido de hombres abierto en un hueco de la montaña. A la salida de esta humilde ciudad, Leon y Berta se bajaron, dejando atrás la diligencia que subia la cuesta mas despacio. Apartaba Berta los guijarros con el palo de su sombrilla, y Leon silvaba entre dientes. Tropezó Berta en una piedra; ¿sería por casualidad? Un grito de pajarillo asustado salió de sus lábios. Leon la sujetó del brazo; ella se dejó conducir, y ambos tomaron un sendero florido que cortaba el camino.

Cuando llegaron á la cumbre de la montaña se volvieron y miraron abajo: la diligencia se arrastraba por la pendiente como una hormiga.

—Allí abajo está el Langüedoc, dijo Leon

inclinando su cabeza á la derecha.

—Y allí la Provenza, dijo Berta estendiendo su rosado dedo hácia la izquierda.

—¿Está ella en Langüedoc? preguntó la jóven con una espresion indefinible en la voz y en la mirada.

—Sí, repuso Leon, en una quinta cerca de Narbona.

—Es bonita? preguntó su indiscreta compañera, que como todas las mugeres lo primero que inquiria era la figura; homenaje involuntario que esplica el soberano poder de la belleza.

—¡Bonita! esclamó Leon: divina como los ángeles.

—¡Ah! contestó Berta tronchando una margarita con su sombrilla.

—¡Bonita! prosiguió el entusiasta jóven: es una niña de diez y siete años escasos: cabellos rubios como los vuestros.

Berta se sonrió.

—Rasgados y espresivos ojos azules como los vuestros: manos mas blancas que la azucena, y ese mismo encantador atractivo que en vos resplandece... Y me preguntais si mi Enriqueta es bonita!... ¡Mas ay! he perdido este tesoro:

Berta se acercó.

—Le recobrareis; y se tropezaron sus manos y ya no se separaron.

—Y él está en Provenza? preguntó Leon á su vez.

—Estaba, contestó Berta filtrándose una lágrima entre sus párpados.

—¿Le amábais mucho?

—¡Ah! caballero, como vos amábais á Enriqueta.

—¡Ah! esclamó Leon.

—Tenia yo diez y ocho años cuando me casé con Eduardo. Pero Dios no quiere que la felicidad resida en la tierra para que no olvidemos el cielo. Me la ha arrebatado y tras ella ha volado mi corazon.

Leon se acercó otro poco.

—Me decíais que esperara: esperad vos tambien; Dios os reserva dias felices.

—¡A mí! dijo; á mí, no, á vos tal vez, puesto que ella vive.

—Está casada.

—Casada!

—Su padre la ha entregado á un propietario del pais: ha llorado mucho; pero á los diez y siete años se olvida muy pronto, y ya se sonreia cuando su madre la condujo al altar. Yo estaba enfermo, y mi padre me hizo poner en camino, creyendo que un viage me curaria.

—Y dónde vais?

—A París!

—Como yo.

—Me hablareis de él.

—Y vos de ella!....

—Al coche! al coche! gritó el postillon.

—Tan pronto! dijo Leon involuntariamente. Berta no dijo nada, pero suspiró.

Las sombras de la noche se estendieron sobre los valles. Las abuvillas despedian sus melancólicas notas en los añejos troncos de los nogales: sentiáse un viento frio, porque no estaban ya bajo el tibio cielo de Langüedoc. Berta temblando se arropó con su chal, cerró los cristales y cruzó sus manecitas sobre el corazon.

—Oh! que frio hace! dijo.

—Tomad mi capa, esclamó Leon.

—Y vos?

—Para nada la necesito.

—Con esa levitilla, y estando medio enfermo?

—Me siento mucho mejor.

—No importa, seria una locura que no permitiré.

—¿Rehusais?

—Sin duda alguna.

—Pues bien, yo tampoco me serviré de ella.

Los viajeros se volvieron la espalda: pasó una hora sin que ni uno ni otro diese señal de vida, y entretanto la capa estaba tirada á sus pies.

Cuando Leon creyó que Berta dormia, levantó la capa con cuidado y la echó sobre los hombros de su compañera: mas esta, que sintió la accion, hizo un movimiento y dejó caer la capa.

—No quiero, dijo con una vocecita imperiosa que el frio tornaba tiritona.

—¡Pero si sufris!

—¡Qué le hace! no soy egoista, y no quiero que os resulte perjuicio por mi causa.

—Tomad ahora la capa y luego veremos.

—Pues bien, dijo, consiento, pero con la condicion.....

Leon la comprendió antes de que se atreviese á terminar la frase, y la dió gracias con una mirada: antes de trascurrir un minuto Berta y Leon se guarecian con la misma capa, como Pablo y Virginia. Pero no estaban serenos y risueños como Virginia y Pablo: Berta sentia los latidos de su

corazon: imágenes confusas cruzaban por delante de Leon con la indecisa claridad del coche La mano de su compañera habia quedado prisionera entre las suyas; no se atrevia la jóven á retirarla, y corrientes eléctricas que brotaban de su blanca mano pasaban á las venas de Leon. Levantó este la mano y la apoyó en su corazon: estremecióse Berta, y asi quedaron entrambos inmóviles y mudos aguardando el dia sin desearle tal vez. Sombra de Eduardo, recuerdo de Enriqueta, ¿dónde estábais entonces?

La diligencia de Clermont Ferrand pára algunas horas en Saint Flour, pueblecillo de Auvernia, situado en lo alto de una montaña. Era Domingo, y la poblacion campesina dando de mano á los negocios del mundo para cumplir con los de la religion, pasaba de la plaza del mercado, donde se vendian los granos y comestibles, á la iglesia.

Apoyándose Berta en el brazo de Leon, recorrieron las calles del pueblo, y como iban hablando quedito, y se comunicaban ademas sus pensamientos por medio de la mirada, dos lugareños dijeron al pasar con rústica buena fé:

—Miren qué novios tan guapos!

Berta y Leon se pusieron encendidos como cerezas, y como pajarillos asustados cesaron de charlar.

De Saint Flour á Clermont Ferrand el pais cortado es favorable para pasear, asi que en estos sitios es muy frecuente hallar trepando cuestas lindas viajeras que miran el paisaje hablando de París.

Esto mismo hicieron Leon y Berta, adelantándose á la diligencia. Bebian leche caliente de las cabañas, comian nueces por el camino, recojian flores, y cuando se cansaban volvian á subir á su berlina, donde el amor trepaba tras ellos.

Al apearse en Clermont, lo primero que hizo Leon fue ir á tomar tres asientos del coche para París, y volvió mas ufano de su conquista que un Rey despues de haber ganado una provincia. No le riñó mucho Berta, y se pusieron en camino.

Dos dias despues llevó el correo las dos cartas que á continuacion copiamos, una á Paris y otra á Narbona.

FONTAINEBLEAU 30 de Setiembre de 1840.

Mi querida madre: no os inquieteis porque no haya llegado todavia á París, y esté en vuestros brazos como deseo; pero en un camino no puede hacerse todo lo que se quiere. Mejor me comprendereis cuando sepais que ha faltado poco para que pereciesemos todos al entrar en Nevers. Gracias á Dios, no me ha costado mas que una caja de sombrero que cayó al rio, y hemos tenido que pasar la noche en una malísima posada. Al dia siguiente me puse en camino creyéndome bastante fuerte para llegar de un tiron á París, pero el susto habia sido muy grande y no he podido pasar de Fontainebleau. He tenido que detenerme pensando que me repondrian dos ó tres dias de descanso. Me siento muchísimo mejor, y el ejercicio y el aire libre me han devuelto la salud que habia perdido. Hasta la vista, madre mia, que será en breve. Vuestra presencia, no mas, querida madre, puede endulzar los pesares de mi vida.

Una y mil veces os abraza vuestra amante hija

BERTA DE JUVENAL.

FONTAINEBLEAU 30 de Setiembre de 1840.

Querido padre: recibireis la noticia de que mi viage se ha verificado con toda felicidad, escepto un accidente cómico ocurrido en las cercanias de Nevers; hemos volcado bonitamente, y en la jarana he perdido un guante. Ya estaria en Paris, si al atravesar por Fontainebleau no me hubiese seducido la belleza de sus bosques. Como acaso no hallaré ocasion mas propicia de enterarme de las curiosidades de este pais, pienso detenerme en él unos dias. No tengo prisa, y ya echo de ver que tenia razon vuestra esperiencia, cuando me aconsejaba un viaje como el remedio mas eficaz á mis males. Todavia sufro mucho y sufriré largo tiempo; pero el movimiento ha calmado la agitacion de mi corazon.

Dentro de dos ó tres dias partiré y escribiré mas largo desde Paris. Os abraza tiernamente vuestro hijo

LEON DE ARTIGUES.

Debemos suponer que la mansion de Fontainebleau estaba llena de encantos; porque Leon y Berta no llegaron á Paris hasta el 5 ó 6 de Octubre, esto es, algo despues de lo que habian anunciado.

Todo iba á las mil maravillas, y los dos amantes habian llegado á ese punto de felicidad en que la ventura presente mata la idea del porvenir y el recuerdo de lo pasado, hasta que una carta de M. de Arti-

gues vino á destruir los encantos de su dicha.

El padre de Leon era hombre prudente, que penetrára desde luego la causa de haberse estinguido el dolor en el alma de su hijo: habíale dejado nadar algun tiempo en las delicias infinitas de la independencia y del amor, reservándose el llamarle para cuando el jóven aturdido, estraviado en el oceano parisiense, tuviera el capricho de aventurarse en él demasiado.

Este dia llegó por fin, y Leon corrió á casa de Berta, pálido, fuera sí.

—¿Qué teneis? le dijo la jóven que estaba sola.

—Mirad, esclamó alargándola la carta.

—¡Oh Dios mio! dijo despues de leerla, y cayó sobre un sofá. Pero á los diez y nueve años duran poco los desmayos, y los síncopes requieren la esperiencia y la madurez de las mugeres de treinta años.

—¿Y vas á obedecer? dijo la jóven abriendo los ojos.

—Me quedaré, contestó Leon con tono enérgico.

—Todos los padres son tiranos, repuso Berta frunciendo el ceño.

—Y el mio mas que otro, continuó Leon: me despide de Narbona contra mi gusto, y me llama cuando deseo quedarme en Paris. Pero veremos.

Una vez empeñados en esta senda, no tardaron los dos amantes en comprender todas las teorias sobre la legitimidad de la insurreccion, y se acordó por unanimidad oponer la resistencia al abuso del poder.

Pero cuando se trató de redactar la carta de protesta conoció Leon las dificultades de su situacion: no tenia ninguna razon plausible que alegar, y M. de Artigues por su parte habia espuesto media docena de ellas excelentes.

En vez de protestar contra la autoridad trató Leon de eludirla: agotó todo el arsenal de enfermedades, de viajes y de negocios para retardar su marcha.

Esto duró mas de dos meses, y M. de Artigues que era zorro viejo, no se daba prisa; sabia que el tiempo gasta la resistencia.

Cuando no tuvo Leon pretesto que imaginar, se resolvió por fin á tomar el billete de la diligencia. Aquel fue un dia de lágrimas y de desesperacion.

En todas las paradas de diligencia escribia Leon un billetito, y ya se adivinará á lo que todos se reducian.

Tres meses se adoraron por el correo á razon de noventa céntimos por juramento de amor.

—Es una llama que me cuesta 27 francos al mes, decia M. de Artigues; en conciencia no tengo derecho para enfadarme.

Llegó un dia en que Leon no recibió carta, y la misma tarde, departiendo con su hijo, le preguntó M. de Artigues si le pesaria el casarse.

—¡Yo! esclamó el jóven con terror.

—Oh! no quiero nada por la fuerza, harás tu gusto..... Habia pensado en la señorita Eulalia D.....

—Esa jóven que tiene tan hermosos ojos...

La misma; y cien mil escudos de dote. La verás y resolverás. Si te agrada, te caso; si nó, no hablaré mas del asunto.

Narbona es una ciudad de pocas diversiones.

En provincia se casan muchos por ocuparse en algo.

Berta habia ido á Dieppe y no escribia; Leon tuvo unos negocios en Marsella, y se ahorró el trabajo de contestar.

—¡Oh! cuánto me alegraria de ir á Italia este verano, dijo una noche la señorita Eulalia mirando á Leon de reojo.

—De ti pende al acompañarla, insinuó M. de Artigues á su hijo.

Dos meses despues se cruzaban dos cartas por el camino de Paris.

Leon se estaba atando la corbata de ceremonia cuando recibió una de ellas que decia:

«Mad. B. tiene el honor de daros parte del casamiento de su hija Mad. Berta de Juvenal con M. C.

La otra llegó á manos de Berta á su regreso de la iglesia; decia asi:

«Mr. de Artigues tiene el honor de participaros el enlace contraido por su hijo Mr. de Artigues con Mda. Eulalia D...

Sonriose Leon tristemente; un prolongado suspiro, último adios consagrado á un amor estinguido, inflamó su pecho; una lágrima humedeció sus párpados y dijo para sí: era un corazon escelente, Dios la haga dichosa.

Berta estrujó la carta con despecho, y sus lindas cejas se fruncieron un instante. En seguida una dulce sonrisa animó sus lábios y restituyó á su rostro la mas graciosa espresion. Estiró la carta, la volvió á leer, y como un eco del pensamiento de Leon, murmuró su boca muy quedito:

Era un escelente jóven, Dios le haga feliz.

R. D.

HISTORIA DE LAS CAMPANAS.

El orígen de las campanas comenzó probablemente desde que fue descubierta la sonoridad de los metales, y en esta suposicion es probable ha habido campanas desde el tiempo de los antediluvianos, pero cuándo se renovó su uso entre los descendientes de Noé no es posible investigarlo. La mencion mas antigua que tenemos de algun instrumento de esta especie se halla en el capítulo 28 del Éxodo, donde se ordena que los sacerdotes lleven campanillas colgadas de su vestidura, para que su sonido anuncié su entrada en el santuario; y en el capítulo 14 del profeta Zacarias se hace tambien mencion de campanillas que llevaban los caballos, probablemente como las que en nuestra España llevan las mulas, los asnos y carneros guiadores. En tiempo de David es tambien probable que se usaban campanillas de diferentes sonidos, suspendidas de un palo, las que golpeadas con un martillo servirian como instrumentos de música.

Los griegos y romanos usaron tambien campanillas para asuntos religiosos, civiles y militares. Estrabon dice, que la hora de abrir y cerrar los mercados se anunciaba con el sonido de campanas. Plinio refiere que la hora de los baños se anunciaba con la campana; que los serenos llevaban una campanilla cuando hacian su ronda de noche, y que en las casas de los Grandes habia campana para llamar á los criados á sus respectivas tareas. Así, pues, es indudable que el uso de campanillas para diversos objetos es de la mas remota antigüedad; pero el origen de las campanas en las iglesias no se puede señalar antes del siglo quinto.

Está admitido generalmente que S. Paulino, Obispo de Nola, fue el primero que introdujo campanas para el uso de las iglesias por los años de 400, y es probable que poco despues se introdujera el mismo uso en España. Los historiadores antiguos de Francia refieren, que estando el Obispo de Orleans en Sens, durante el sitio de aquella ciudad por Clotario II en 610, mandó tocar las campanas de la iglesia de San Esteban, y que los sitiadores se asustaron tanto que abandonaron el sitio y huyeron; el cuento es muy pueril, pues aunque hubieran sido pájaros los sitiadores, despues de un corto vuelo hubieran vuelto á su lugar; y lo único que prueba es que en efecto habia campanas en aquel pueblo. Supongamos, pues, en toda probabilidad, que el uso de las campanas quedó establecido en toda la cristiandad durante el quinto y sesto siglo, y tratemos ahora de sus cualidades.

El primer intento de las campanas es natural que fuese solo para llamar á los fieles á la iglesia, pero despues se les fueron asignando otros empleos mas comunes que aun desempeñan en nuestros dias: se les da ocupacion civil, como es tocar la queda de noche para que los vecinos se recojan á sus casas; sirven para dar noticia de algun fuego, para que acudan á apagarlo, ó para tocar á rebato en caso de alguna conmocion popular; y asimismo para festejar á los Reyes, príncipes y superiores al llegar á sus pueblos ó destinos, para anunciar elecciones de dignidades, y para regocijo por alguna victoria. Tienen tambien empleos religiosos estraordinarios: como disipar las tempestades haciendo huir las *partes adversas*; anunciar la agonía de los moribundos, para que los fieles rueguen á Dios por la salud corporal, y doblar despues de muertos para que rueguen á Dios por sus almas; y para que tengan las campanas mejor efecto en estos ejer-

cicios, están santificadas con el bautismo, y honradas con el nombre de algun santo, como se ve en el Ritual de la Iglesia católica.

Italia y España, aunque son los paises de mas campanas en el mundo, por la riqueza y multitud de iglesias, no poseen campanas de grandor estraordinario. La mayor de que tenemos noticias es una en Toledo, *la campana gorda*, como llaman los sevillanos á la de su catedral, no pesa mas de cien quintales ó 10,000 libras, peso de poca consideracion con respecto á otras de Europa. La campana grande de San Pablo en Londres, es mucho mayor, la de Oxford es casi de doble peso; la de Erfurt en Prusia, es triple; la de Ruan en Francia, tiene cuatro veces aquel peso, y la de Viena es todavia mayor; la de Novogorod, Rusia, es siete veces mayor, y en China hay una que escede á esta última; el Boris Godinuf, en Moscovia, es veinte y nueve veces mas grande; y la de la Emperatriz Ana, tambien en Moscovia, tiene cuarenta y cuatro veces mas metal que la campana mayor de Sevilla. Siendo natural que nuestros lectores queden admirados al oir hablar de estas enormes masas de metal fundido, es necesario dar aquí algunas noticias de las campanas de Rusia, el pais mas entusiasta en este respecto, desde el Emperador hasta el mas pobre aldeano.

Los campanarios en Rusia estan separados de las iglesias, y las campanas colosales están suspendidas de fuertes vigas cruzadas. La de la iglesia de San Ivan, en Moscovia, pesaba 124,000 libras, y no se tocaba sino en ocasiones de grande importancia. Su sonido era una vibracion profunda sentida en toda la ciudad, como el cañon mas bajo de un órgano en la iglesia, ó una continuacion de truenos á grande distancia. Esta campana era conocida por el nombre de *Bolshoi* (campana gorda) y fue fundida en 1710. En el incendio de Moscou causado por la invasion de los franceses en 1812, el campanario fue destruido, y la campana irreparablemente cascada por la caida; pero en 1817, el Emperador Alejandro, que tenia entonces su corte en Moscou, mandó hacerla pedazos y fundir otra nueva, dando el metal necesario para que pesara 144,000 libras. Fue fundida la nueva *Bolshoy* en presencia del Arzobispo Agustin, mientras que casi todos los habitantes de la ciudad, como sucedió con la campana antigua un siglo antes, mostraban su devocion arrojando monedas de oro y plata, anillos y otras alhajas, de modo que la cantidad de metal precioso que contiene debe ser muy considerable, siendo su color blanquizco, muy diferente de la apariencia comun del bronce. En 23 de Febrero 1819, *Bolshoi* fue llevada de la casa de la fundicion al campanario de la catedral sobre un fuerte trineo, tirado por una gran multitud de gente que se disputaba el honor de agarrar una soga; el ingeniero Bogdanof iba sobre una plataforma parar dirijir el movimiento, y dar, con una campanilla, la señal para que todos tiraran á una. Llegada junto á la iglesia, se cantó un *Te-Deum* con mucha solemnidad, y despues de haber recibido el bautismo, suspendieron á *Bolshoi* en el mismo lugar donde estuvo su predecesora. Esta campana está cubierta de figuras en relieve, representando al Emperador Alejandro, la Emperatriz consorte, y la Emperatriz madre; el gran Duque Constantino, Nicolas el Emperador reinante, y el gran Duque Miguel; ademas el Salvador del Mundo, la Virgen Maria, y San Juan Bautista.

Sin embargo, *Bolshoy* es una niña en comparacion de *Tsar Kolokol* (Reyna de las campanas) mandada fundir por la Emperatriz Ana, habiendo sonado por la primera vez en 1668, y continuó siendo el orgullo de los Moscovitas hasta el año 1761, cuando fue destruida por un incendio, cayendo en el mismo pozo donde habia sido fundida, y quebrándose un pedazo de dos varas y media de alto. El metal de esta campana pesaba 482,000 libras. La altura perpendicular es siete varas y tres cuartas, con veinte y dos varas y media de circunferencia; el mayor grosor, donde batía el badajo, es de veinte y cinco pulgadas. El badajo, que está tendido á un lado, tiene cinco varas y media de largo, y el grueso por la parte que golpeaba tiene una vara de circunferencia. Estas medidas fueron tomadas por órden del Emperador Alejandro, y las hemos reducido á medida castellana. Para tocarla se empleaban cuarenta ó cincuenta hombres divididos por mitades á los lados, y tirando de varias cuerdas iban meciendo el badajo hasta que golpeaba. Dejamos á nuestros lectores imaginar el ruido que haria el gran *Kolokol*, y el temple de oido de los rusos para sufrir una vibracion tan violenta.

Esta gran campana está en un pozo en medio del palacio de Kremlin, la parte central y mas alta de Moscovia. Se supone que el metal se habia calentado á tal grado

durante la combustion del maderaje del campanario, que echándole agua ocasionó la fractura. Otros son de opinion que la fractura fue ocasionada por la caida. El *Tsar Kolokol* tiene por ornamento un bajo relieve de la Emperatriz Ana en su trage de coronacion, y sobre esta figura hay otro relieve de San Pedro, con Ana la profetiza al lado, y la figura del Salvador entre los dos. Al otro lado está el Tsar Alexi Michaelowitz, en cuyo reynado fue fundida la campana que anteriormente estaba en la misma iglesia, y cuyo metal fue empleado en esta, al que la Emperatriz Ana añadió 72,000 libras mas.

Las únicas campanas que pueden rivalizar con las de Rusia son las de China durante la larga dinastía. El Emperador Yonglo, que reynaba en 1405, transfirió su corte de Nankin á Pekin, y para celebrar este acontecimiento que habia de ser memorable en los fastos de aquel imperio, mandó fundir nueve campanas de un tamaño enorme, y una de ellas era enteramente de hierro. La nueva dinastía de los tártaros no siendo aficionada á campanas las dejó abandonadas. El misionero Verbiest vió siete campanas de estas en el suelo; una de ellas fue poco despues suspendida, y sus dimensiones son las siguientes: seis varas y media de alto; cuatro varas y tres cuartas de diametro, y catorce pulgadas de grueso. La figura de las campanas en China es de una forma mas cilíndrica que las de Europa, y se tocan con badajos de madera dura, lo que produce un sonido mas melodioso que cuando se golpean con hierro.

En Inglaterra, Francia, Alemania, &c., todas las campanas están suspendidas dentro de la torre, y siendo de tamaños y aun figura diferentes, tienen por consiguiente diferentes sonidos; la soga atada al badajo pasa por una carrucha, y agarrando los repicadores las sogas tira cada uno á su turno, de modo que nunca se golpean dos campanas al mismo instante por mas apriesa que sigan el tono, produciendo un sonido, aunque monótono, bastante agradable. En otras iglesias se tocan con armonia por medio de un cilindro como el de los órganos de mano. El mejor juego de campanas que hemos visto en esta disposicion es el de la iglesia vieja de Birmingham. Doce campanas de peso bastante considerable están suspendidas en el interior de la torre; y en lugar de badajo hay martillos como en los relojes de torre, y para dar medias notas hay otros martillos horizontales como en los relojes de sobremesa, que golpean las campanas por la mitad. Todos estos martillos tienen cadenas de hierro fijas á las llaves de un teclado, junto á un cilindro de mas de vara de diámetro, movido por una pesa en el centro del campanario, el cual puesto en movimiento alza el martillo que corresponde á la nota de la sonata arreglada en el cilindro. La regularidad y armonia es ciertamente agradable, y se usa en lugar de nuestros repiques en las vísperas y dias de fiesta. El cilindro tiene ocho ó diez sonatas.

La siguiente lista espresa el peso de las campanas mas principales de Europa, que han llegado á nuestra nolicia.

	Libras.
Tsar-Kolokol, en Moscou.....	452,000
Boris Godinuf, idem.....	288,000
La Nueva Bolshoi, idem.....	144,000
La campana grande de Novogorod, Rusia.....	70,000
La de Viena, Austria.....	40,200
La Amboise de Ruan, Francia.....	40,000
La de Erfurt, Prusia.....	30,000
La campana grande de Oxford.....	18,000
La de San Pablo en Londres.....	11,400
La campana grande de Gante.....	11,000
La de Lincoln, Inglaterra.....	10,400
La campana gorda de Sevilla.....	10,000

Despues de haber tratado de las campanas de metal, haremos mencion de una piedra cimbálica que produce el mismo efecto. Se halla esta piedra en Bohemia y otras partes de Europa, pero la mas sonora que hemos visto es una sacada de una cantera del Alto Perú. Tenía tres cuartas de largo y como media vara de ancho, el grosor de tres á cuatro pulgadas. Golpeada con un perno de hierro se oia una legua de distancia, produciendo un sonido mas suave que ningun metal. Su color era gris, tan dura como el feldespato, y trasluciente en las esquinas. Gravedad específica 2,57. Sus constituyentes son:—sílice 57,25, alúmina 25,05, cal 2,75, sosa 8,01, óxido de hierro 5,25, óxido de manganeso 0.25, y agua 3. *Este analisis fue hecho por Klaproth.*

Si fuera posible dar á esta piedra cimbálica la forma de una campana regular, su sonido sería estraordinario, tanto en fuerza como en melodía.

E. F.

—

Domingo 25 de Julio.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

NICOLÁS FLAMEL.



Nicolás Flamel y su muger.



oco llama hoy la atencion en el barrio de S. Martin de Paris la casa que hace esquina á la calle Marivaux y á la de los Escribanos. En efecto, es completamente distinta de la que hace cuatro siglos y medio existia en ella: albañiles ó revocadores han borrado la cifra de los años, que debia leerse sobre la negruzca fachada de esta célebre casa del famoso escribiente Nicolás Flamel: un mercader de vinos ha amontonado sus toneles en la bodega donde tal vez se oculta la piedra filosofal, ha puesto su despacho en la sala baja, donde el hábil escribiente tenia su oficina, y olvidando

á su antecesor, ocupa el sitio mismo en que Flamel y su esposa Pernela dormian en medio de sus tesoros en tiempo de Cárlos VI, quien sin embargo de ser Rey no tenia un solo escudo en sus cofres. Estas metamorfosis de lugares, y este olvido de la tradicion, dan en que pensar al filósofo que desea considerar los hombres y las cosas en lo pasado, que interroga los ecos de la tumba, y que pesa en su mano el polvo de las generaciones.

Delante de la casa de Flamel, que á pesar de todo ha quedado en pie aunque destrozada y desfigurada, se elevaba una antigua y hermosa iglesia llamada de Santiago, que el martillo revolucionario ha destruido, á escepcion de la torre que domina aun el mercado hecho sobre el terreno del lugar santo, semejante á un mástil que sale de las aguas despues del naufragio de un navio. Esta iglesia, á la que Flamel profesaba particular devocion, habiéndola adornado, agrandado y enriquecido á costa suya, y en la que por testamento se habia hecho un asilo mortuorio, ha desaparecido con la sepultura de su bienhechor, quien comprendiendo perfectamente la vanidad de esta vida, hizo grabar al pie de su busto, la siguiente inscripcion:

« *Soy de tierra, y en tierra me convierto.*"

Por el año 1360 era Nicolás Flamel, solo un simple escribiente. En aquel tiempo todos los de su clase ocupaban el lugar de impresores, y por poca disposicion que tuviesen para escribir exacta y correctamente los libros, con especialidad misales que adornaban con láminas y dorados, se hacian sin mucho trabajo mas opulentos que los mismos autores de las obras. Para formar una idea exacta del valor de los manuscritos en aquella época, baste saber que deseando copiar cierto Rey de Francia una obra de la Abadia de San Dionisio, tuvo que depositar una cantidad muy considerable para que el original pasase á su poder.

Nicolás Flamel sobrepujaba de tal modo á todos los escribientes, que adquirió una fortuna igual á su reputacion.

Se casó con la buena Pernela, que llevó una dote que ambos aumentaron por sus economías; y su casa, distinguida por la muestra de la flor de lis, vino á ser una clase frecuentada por los cortesanos, quienes pagaban á buen precio las lecciones de caligrafía. El primer uso que el laborioso Flamel hizo de sus ganancias fue consagrarlas á fundaciones de piedad y de industria: dotó iglesias para poder colocar en ellas su busto, hincado de rodillas y con un tintero en la cintura. Asi, pues, lejos de sonrojarse del orígen de sus bienes, se gloriaba de él como de un escudo de nobleza. La pluma y el tintero fueron desde entonces sus armas parlantes.

Cuéntase que en los principios de su matrimonio compró por dos florines un manuscrito viejo de papyrus que contenia una obra de *Abraham el judio, príncipe, sacerdote, levita, astrólogo y filósofo.* Esta obra grabada con un punzon y llena de *lindísimas figuras* pintadas, enseñaba la transformacion de los metales, y el secreto de hacer el oro, pero Flamel despues de muchos ensayos infructuosos resolvió hacer una peregrinacion á Santiago de Compostela en España, para pedir al Santo y á Dios la interpretacion de aquellas figuras llamadas *herméticas.* Partió, pues, vestido de peregrino, cumplió su voto, y en la ciudad de Leon halló á un médico judio llamado maese Chanchis, hombre muy versado en las ciencias *sublimes.* Este, casi loco de gozo al saber la existencia del precioso libro de Abraham, prometió explicárselo, y en efecto dió al peregrino algunas muestras de su habilidad.

Flamel no quiso separarse de maese Chanchis; mas este cayó enfermo durante el viage y murió en Orleans.

Vuelto Flamel á Paris, volvió de nuevo á sus esperimentos de alquimia, *no haciendo otra cosa que estudiar, trabajar, rogar á Dios con el rosario en la mano, leer atentamente, y ensayar diversas operaciones.* Al cabo de tres años de tentativas inútiles, convirtió media libra de mercurio en plata pura, y *el 17 de Enero de 1382, á eso del medio dia, hallándose solo con Pernela transformó el mercurio en oro mejor que el comun* (*). Desde aquel momento, Nicolás Flamel llegó al colmo de sus esperanzas y riquezas.

Cierto es que la envidia atribuyó á otro orígen esta súbita fortuna que de dia en dia se aumentaba. Creyóse que Flamel se habia hecho el agente de los créditos de todos los

(*) No hay persona sensata que no se ria ya de la pretendida ciencia de la alquimia; basta tener los conocimientos químicos mas superficiales para conocer la imposibilidad de las transformaciones en plata y en oro que aquí se dicen.

judios que fueron echados de Francia, y que se apoderó de las inmensas sumas que aquellos usureros le habian confiado. Pero sea lo que fuese, Nicolás Flamel propietario de mas de treinta casas y otras posesiones en París, manifestó por sus generosidades con las iglesias y los pobres querer purificar este caudal que el pueblo atribuia á un pacto diabólico, y que las gentes mas ilustradas no atribuian á ninguna causa sobrenatural, sino á una sabia industria y á un infatigable trabajo personal. Flamel sobrevivió á su esposa Pernela, y murió en 1417, sin transferir á nadie el don de la *ciencia hermética.*

Antes de la revolucion, Nicolás Flamel se encontraba pintado en todas las vidrieras, y esculpido en las puertas de las iglesias, siempre vestido con el traje de escribiente, siempre provisto de su tintero, siempre arrodillado por humildad, y siempre acompañado de versículos de la Biblia, ó de versos compuestos por él, sobre la vanidad de este mundo, sobre la muerte, y sobre la otra vida:

Nicolás Flamel es invocado todavia como un santo por los *hermetistas*, menos numerosos de dia en dia, que buscaban locamente la *bendita piedra* ó la piedra filosofal. Los libros sobre esta materia abstracta que se han publicado bajo su nombre, y de los cuales no es autor, todavia son consultados, comentados por algunos sábios crédulos que se arruinan en ensayos químicos con la esperanza de enriquecerse del mismo modo que el escribiente. Durante el siglo pasado un desconocido ofreció reparar á costa suya la casa de Nicolás Flamel, que habia sido legada á la parroquia de Santiago en París. El cabildo de esta iglesia aceptó la oferta de este estrangero, y la casa fue entregada á los albañiles.

Quitáronse todas las inscripciones, se levantó la soleria, se removió el suelo de la cueva, se picaron las paredes, pero el director de estos trabajos vió burlada su esperanza, y no halló otra cosa que cinco *botellitas* de vidrio é instrumentos de alquimistas. Nuestro hombre desapareció sin pagar á los operarios, y probablemente sin haber encontrado el secreto de Nicolás Flamel.

Por último, se ha creido y aun hoy tal vez creerán algunos que Flamel y Pernela no han muerto, y que no morirán. Ademas de la piedra bendita, Flamel se dice habia inventado *el elixir perfecto*, *ó medicina del órden superior*, especie de agua de la fuente de la juventud que conocian los patriarcas Noé y Matusalen que vivieron muchos siglos. Un viagero del tiempo de Luis XIV, Pablo Lucas, asegura que los dos esposos de la calle de los Escribientes se habian fijado en las Indias, y encontró en Grecia un *dervich* que se decia íntimo amigo de Nicolás Flamel. Si este último llegara á volver á París, se escandalizaria sin duda mucho al ver su laboratorio profanado por un mercader de vinos.

J. G.

UNA PASTORAL EN MONTMORENCY.



aban las seis en el campanario de Graciano, cuando se abrió una puertecilla hácia la estremidad de un parque dependiente de una casa de recreo que mira al lago. Esta puerta dió paso á una muger que entró con rapidez en una calle de árboles, despues de haber mirado al rededor para asegurarse que nadie la habia visto. Por dos ó tres veces volvió la cabeza, caminando con paso ligero y vivo, que disminuyó tan luego como se creyó suficientemente alejada de la casa que dejaba á hurtadillas: entonces fue cuando se detuvo y pareció reflexionar, porque viéndose sola por la primera vez de su vida en medio de un bosque, tuvo miedo, y se arrepintió seriamente de haber cometido una imprudeu-

cia; mas la belleza del lugar, el atractivo de la soledad animada por mil pájaros, la húmeda sombra del follaje, el sol que penetraba á través de las ramas, y la dulce influencia del aire, lleno de emanaciones vejetales, todo obró sobre los sentidos de la jóven, que saltando como un cervatillo por mucho tiempo cautivo y vuelto á su libertad, se puso á correr á la ventura sin cuidarse del camino que seguia, internándose en los bosques.

Mad. Sofia de R..... no tenia veinte años; hacia tres que se habia casado con un hombre de estado muy distinguido, considerado políticamente, pero de una edad y carácter demasiado respetables para que una jóven fuese feliz con él. M. de R..... no era sin embargo de aquellos maridos déspotas que quieren que los adoren de todos modos, y que convierten la casa conyugal en una prision gobernada por la desconfianza y el espionage, pero su rango y fortuna hacian de la etiqueta una especie de carcelero que guardaba de vista á la encantadora víctima con quien se habia casado. Esta, rodeada de un crecido número de criados, no se veia jamás sola ni abandonada á sí misma. En su casa de París tenia un criado en la antesala, una doncella á su lado. Solo salia en coche, y no podia entrar en ningun almacen para hacer sus compras sin que el lacayo no la aguardase á la puerta. Su habitacion en el campo no le daba mas libertad, pues que las costumbres de su casa de París eran las mismas en Montmorency, hallándose continuamente sujeta á lo que con tanta propiedad se ha llamado *las incomodidades de la grandeza*. Allí como en todas partes se veia oprimida de cuidados, de atenciones y de curiosidad; apenas se la dejaba vagar sola en el parque, porque la inevitable dama de compañía volvia siempre á unirse con ella á la vuelta de una alameda; el parque podia considerarse como una prision, puesto que se hallaba rodeado de muros. No obstante, una pequeña puerta daba salida al bosque, y Sofia de R..... que habia descubierto la llave, se levantó aquella mañana cautelosamente para dar un paseo.

Persuadida de que su traje convenia á su proyecto, se regocijaba de pasar por alguna hija de mercader retirado, ya que no por una griseta, lo cual hubiera sido para ella el colmo de la ambicion: llevaba un elegante vestido de seda negro con *berta* de encajes guarnecidos con lazos de cintas; pero imaginaba estar suficientemente disfrazada adornándose con un sombrero de paja de Italia, y llevando por delantal un pañuelo de seda. No se habia acordado tampoco de quitarse los aretes de diamantes; y no era este el solo indicio que pudiera revelar su condicion social: sus pulidos y encorvados pies admirablemente calzados con borceguies de raso, y sus delicadas manos adornadas de sortijas que ocultaban sus guantes de piel amarillo claro y de gusto, atestiguaban su orígen aristocrático. Su belleza no era por otra parte de aquellas que se notan en las clases inferiores, y que están destituidas de gracia y de distincion; hermosos y abundantes cabellos negros alisados en bandas y levantados hácia la parte posterior de la cabeza, formaban el marco de un rostro de facciones finas y armoniosas, cuya cautivante espresion tomaba por momentos un tinte de melancolía pensadora: entonces sus grandes y rasgados ojos lanzaban suaves y distraidas miradas; su boca, de ordinario risueña y entreabierta, se contraia haciendo un pequeño gesto lleno de encanto y elocuencia. Empero la fisonomía de una muger, aun la mas atractiva y conmovedora, es siempre el velo impenetrable de su pensamiento.

De improviso Mad. de R..... se detuvo, pues habia sentido que alguien con paso pesado y resuelto se adelantaba hácia ella. Las vueltas del camino no le permitian aun juzgar el encuentro que iba á tener; pero se sintió turbada, luego asustada; al principio concibió la idea de retroceder y volver á la casa, pues comenzaba á conocer la imprudencia de su escursion matutina; mas mientras que vacilaba sobre el partido que deberia tomar, vió dirigirse hácia ella á la persona que temiera encontrar, y desde luego se tranquilizó. El recienllegado era un jóven que nada tenia de temible, á lo menos á primera vista. No podia sospecharse de él que fuese un ladron ni un asesino: su noble y agradable figura respondia de sus intenciones, asi como de su carácter; una cabellera rubia y suave; ojos lindos de un color azul delicado y claro, una boca espresiva, encantadora, cuyos tiernos lábios dejaban traslucir su hermosa dentadura; esto era lo bastante para tranquilizar á una muger mas tímida que Mad. de R..... Tambien encontró á la vez otros motivos de seguridad en el exámen rápido y minucioso que hizo del desconocido, el cual no era mas que un simple campesino. Sin embargo,

este campesino no se hubiera visto mal colocado en la mejor sociedad, si alguna buena ó mala hada hubiese cambiado á un golpe de varilla en elegante traje de sociedad su vestimenta de campo, que se componia de chupa, chaleco y pantalon de mahon color de cobre. Era de talla elevada, aire arrogante y gracioso, estremidades finas, es decir, pies y manos de hombre gallardo; en una palabra, el aspecto menos rústico que pudiera desearse. Asi Mad. de R..... que habia permanecido inmóvil á su presencia, le miraba con una mezcla de asombro y de admiracion.

El se ruborizó y fue el primero en bajar la vista, lo que sin duda incitó á Mad. de R..... á sonrojarse y á hacer lo propio á su turno, pero se miraron de nuevo y se avergonzaron recíprocamente antes que ninguno de entrambos se hubiese dirigido la palabra. El campesino, que llevaba al hombro un baston de acebo, del cual pendia un voluminoso bulto envuelto en un pañuelo de cuadros rojos y azules, lo puso todo en tierra, é igualmente su sombrero para moverse con mas libertad, hablando á aquella señora que se dignaba hablarle desde luego con marcada benevolencia.

—Cuál es el camino de Eughien-les-Bains? preguntó Mad. de R..... deseosa de entablar conversacion y oir la voz del campesino.

—Oh, señorita, repuso el jóven sonriéndose, os hallais en el camino que conduce á Enghien, pero le volveis la espalda.

—En verdad! dijo ella afectando sorpresa. Os doy las gracias: sin vos me hubiera estraviado en el bosque, y. .

—El bosque no es un lugar seguro, señorita, para una muger sola, y sobre todo ¡tan de mañana! Yo tambien voy á Enghien, y si me permitis acompañaros.....

—¡Acompañarme! respondió Sofia, sintiéndose profundamente conmovida del ofrecimiento aunque mostrara semblante de rehusarle. ¡Oh! no! qué se diria si me viesen con vos.....

—Tened entera confianza en mí, señorita; soy bien conocido en el pais y en los alrededores, aunque soy del partido de Ormesson, en donde viven mis padres: me llamo Juan Pedro, soy cestero de profesion y tendreis buenas noticias en Enghien de mí.....

—¿Solicitais una colocacion? interrumpió Sofia con vivacidad, tengo una escelente que ofreceros en cierta casa rica.

—Una colocacion? señorita, repuso Juan Pedro que se revistió de dignidad y carácter, me ofreceis á mí una plaza de criado?

—De ayuda de cámara, dijo Mad. de R..... turbada, y sintiendo haber hecho tal ofrecimiento. Creia..... perdonadme.....

—No me habeis ofendido, señorita, pero no soy ni un cobarde ni un ocioso; siete años he servido, y si hubiera sabido leer y escribir seria ya un oficial como cualquiera otro. Sin embargo, no queria este oficio: se vé uno demasiado esclavizado. Asi, pues, volví á Ormesson despues de haber cumplido mi tiempo de servicio en el ejército, y he tomado el oficio de cestero. Dicen que trabajo bien, y en efecto, tengo ya reunidas algunas economias, con las cuales y vuestro permiso voy á casarme... .

—Casaros!..... esclamó Mad. de R..... cuya noticia le causo tanta emocion como si se hallase interesada en el negocio: os vais á casar...

—Caramba! puesto que todo el mundo se casa, dijo tristemente Juan Pedro, es necesario hacer como hacen todos; ademas, no soy yo, es mi padre.....

—Sí, siempre son los padres, murmuró Sofia moviendo la cabeza. Ellos nos casan sin consultarnos, y luego es en vano que se arrepientan.....

—Es V. acaso casada, señorita? Hablais de ello, al menos, como si supiérais lo que es.

—Lo que digo, señor Juan Pedro, añadió con una especie de gravedad, no es para disgustaros del matrimonio.

—Pero, señorita, ya yo estoy muy disgustado del matrimonio, ó mejor dicho de ese casamiento ..

—En ese caso, ¿por qué le haceis? prosiguió con viveza Mad. de R..... que se divertia en ver la sencillez del jóven, y esperimentaba una satisfaccion involuntaria en hallarle hóstil á la union que debia contraer. ¿No sois libre? continuó viéndole pensativo y que no respondia. Si la amais.....

—No la amo..... ¡Oh, no seguramente! No porque sea fea ni desagradable: todo lo contrario, os lo aseguro; es una linda niña, á fe mia! que me ama, ó que lo dice al menos. Pero sabeis que cuando no hay de esto, dijo llevando su mano al corazon, se hace uno el desdeñoso cuando llega ese caso.

—¡Ah! yo no os comprendo! replicó Sofia con mas abandono, no amais, asi lo decís, y sin embargo os casais! Eso es pen-

sar y obrar como un niño..... Si yo no amára..... añadió ruborizándose, no se me haria casar..... ni con un duque, ni con un ministro, ni con un Creso.....

—Teneis razon, repuso Juan Pedro mirándola de hito en hito, de modo que ella se ruborizó mas y mas: me dais con eso un buen consejo, y me aprovecharé de él.

—¡Dios mio! no es este un consejo, es una observacion, y por otra parte las cosas están muy adelantadas. ...

—No lo están del todo, puesto que no la amo, puesto que jamás la amaré.....En este propio instante he tomado mi partido, no me caso; vuelvo á casa de mis padres, les declaro mi voluntad, y remito mi dimision á Enriqueta.

—Se llama Enriqueta, interrumpió Mad. de R..... Esa pobre niña será muy desgraciada si os ama! pero si no la amais! mirad, no siempre sabe uno que ama, y quizás sin que lo sospecheis.....

—Jamás os digo! es muy! tarde! hubiera podido acostumbrarme como cualquiera otro, una vez casado, y concluir por adherirme á Enriqueta, pero hoy..... la encontraria torpe, simple, y al mismo tiempo fea, aunque no lo sea en efecto. Hablais mejor que un libro, señorita, y os doy las gracias por vuestros consejos.... Me permitireis preguntaros vuestro nombre?

—Mi nombre, repitió Mad. R..... asombrada de la pregunta, é indecisa un momento antes de responder, Sofia.....

—Sofia! hé aquí un nombre que me gusta..... pero no os llamareis solamente Sofia. Escusadme, señorita, ser tan indiscreto... me habeis manifestado tanta bondad, que quisiera saber á quien debo agradecerla, me habeis impedido cometer una indiscrecion y ser desgraciado toda mi vida con una muger que no amo..... Es cosa tan buena ser amado! yo daria..... daria mi sangre y mi vida por serlo de aquella á quien apreciara. No pensais asi mismo que el amor es lo mejor del mundo, señorita?

—Sería menester haberlo conocido para hablar de ello, dijo Mad. R..... con una emocion que iba en aumento. Recordad que no soy casada ni quiero serlo, continuó riéndose. No es por otra parte tan fácil amar. Y cuando se ama ¿cómo estar cierto de ser correspondido?....

—Eso se ve, á lo menos, señorita, dijo Juan Pedro suspirando y buscando la mirada de Mad. de R..... Si yo fuera, si pudiera ser amado, cuanto amaria!.. .. Pero esto es imposible! es menester no salir de su condicion; la mia es de permanecer cestero en Ormesson ó en Enghien, casarme con alguna hija de labrador tal como Enriqueta, hacer cestos y llevar la vida de un artesano honrado, hé ahi todo. Y no me habeis dicho lo que haceis, señorita? Ciertamente sois hija de un ciudadano rico! .... no es menester ser hechicero para conocer lo que sois!

—Yo? no soy nada, casi nada! respondió Sofia, no ocurriéndosele al pronto el papel que debia atribuirse. Desde luego no creo ser mas rica que vos..... mirais mi tocado; pero qué prueba esto? todas las mugeres de Paris se visten asi..... No habeis estado en Paris?

—No; señorita, todavia no: esperaba que mi matrimonio se efectuase para ir, y creo que no iré en mucho tiempo!

—Cómo! no habeis estado en Paris y vivis en Ormesson!..... Empero, puesto que habeis servido, en qué ciudad estuvísteis de guarnicion?

—En la provincia de Argel, en donde hice cuatro campañas. Quizás no sabreis que los años de servicio en tiempo de guerra se cuentan dobles..... Pero yo no sabia leer ni escribir, esclamó dándose con tristeza en la frente, y no podia ser sino un subalterno! .... No, señorita, no me da cuidado no ver á Paris, pues que no soy mas que un artesano, un menestral, y que... Pero si vos vivis en Paris ¿cómo es que estais aquí?

—Porque he venido á Enghien..... en casa de mis maestras..... dijo Sofia que habia tenido tiempo de preparar su historia, y que vió con sorpresa que el rostro de Juan Pedro tomaba sucesivamente la espresion de la alegria y la tristeza.

—En casa de vuestras maestras?..... entiendo, estais en una fábrica, en un almacen... trabajais en un estado cualquiera, costurera sin duda.

—No, no adivinais, dijo soltando la carcajada. Pudiera ser costurera, pero solamente soy camarera en casa de Mad. R...

—Camarera! esclamó el jóven con aire consternado y juntando las manos, camarera vos!

—Os admira? replicó alegremente Sofia, quién se engañaba respecto á la naturaleza de la impresion causada por este fingimiento, y quien se vituperaba entre sí de no ser aceptada por lo que pretendia ser. Oh!

las camareras en Paris tienen buenas colocaciones! es muy comun vestirse como las amas..... Pero qué teneis, señor Juan Pedro? me mirais de un modo estraño!

—Escuchad, señorita; voy á hablar con franqueza, contestó tristemente, por nada de este mundo hubiera querido saber que erais criada.

—Criada! no, soy camarera... Por lo demas qué importa? camarera ó...

—Esto hace señorita, que... Perdonadme porque me cortaria la lengua antes que proferir una palabra que os disgustara; pero camarera, ya veis... se puede ser honrada, no dudo que lo seais, sin embargo, antes de casarse con una camarera.....

—Y quién os habla de matrimonio? replicó Mad. de R..... disgustada de haberse atribuido una condicion inferior á la suya. Dios me libre de casarme! Tambien poco importa que sea esto ó aquello, con tal que vuestra muger no lo sea.

—Me desesperaria de haberos ofendido, señorita; mi intencion al contrario.... Verdaderamente, no tengo inteligencia de las cosas, no sé esplicarme..... Una camarera, cuando es linda, graciosa, amable como vos.. ..

—Oh! entonces, comprendo, no es ya una camarera y se puede sin comprometerse.

—Dios mio, qué torpe y desgraciado he sido con esplicarme tan mal! Queria decir que... estas son ideas ridículas, convengo en ello, tan ridículas que si hubiera tenido la felicidad de ser amado de vos, al punto me casaria.

—En lugar de la otra! esclamó Sofia poseida de una especie de turbacion indefinible, que procuraba ocultar bajo un aire ligero y burlon... Si os amara, me sacrificariais vuestras ideas, vuestra aversion por las camareras?

—Qué mala sois!..... Si me amárais..... ah! es imposible, ay! hasta mi última gota de sangre os sacrificaria.

—Cuidado, señor Juan Pedro! la broma va muy lejos. Si os amara?... En verdad os aseguro que en una posicion diferente, libre vos y yo tambien, hubiera tenido una cierta inclinacion, una simpatia... Por fortuna esto no es de amor!

—Habeis pronunciado una palabra que me ha herido, repuso el jóven poniendo la mano en su corazon. No sois pues libre? Amais á alguien?

—Me preguntais mas de lo que os puedo decir; mas de lo que yo misma sé!..... Si amo á alguno! añadió fijando en él una mirada dulce y velada; no hasta el presente... pero es imposible asegurar nada, y confieso que quisiera amar, ó al menos, poder amar.....

—Cómo si os amaria! repuso Juan Pedro con calor, ojos brillantes y respiracion turbada: me parece, continuó en voz baja, que ya os amo!

Mad. de R... fingió no haber oido quizás para hacerle repetir lo que habia dicho; y Juan Pedro que se animaba á continuar la aventura halló cierta especie de atrevimiento en la misma sensacion que esperimentaba. Suplicó á la pretendida Sofia le permitiera volver á verla; y despues de algunas vacilaciones mas afectadas que verdaderas, Mad. de R... consintió en ello. Invitó sin embargo á su adorador campestre á no romper sus relaciones con la jóven que le habian escogido; mas él declaró formalmente que renunciaba á ese casamiento, y que nada le haria mudar de parecer. Embriagado de alegria y esperanza, se separó de Mad. de R..., quien quiso absolutamente volver sola á Enghien, y él se alejó lentamente, no sin volver la cara cien veces para percibir aun á la jóven que le saludaba de lejos ajitando su pañuelo.

Mad. de R... de vuelta á su casa, reflexionó largamente sobre el encuentro que habia tenido: se vituperó ser la autora de una ruptura entre dos amantes, y en seguida se felicitó de ello considerando que Juan Pedro debia hallar una esposa mas digna de él. Se habia prometido no concurrir á la cita del bosque; mas llegado el dia forjó escelentes razones de honor y de caridad para no hacer esperar al pobre muchacho.

Salió del parque como la primera vez, antes que despertaran sus criados, y llegó corriendo al lugar donde Juan Pedro la esperaba. Estaba avergonzada y cortada: este dia por precaucion habia tomado un traje lo mas sencillo posible con la intencion bien decidida de parecer otra cosa que una camarera. Juan Pedro le tomó las dos manos y las estrechó entre las suyas, mientras que la cubria enteramente con una mirada apasionada, y á la vez respetuosa.

—Ah! gracias! dijo, no os habeis olvidado! y prosiguió con ternura: hace diez dias que no vivo, pues esperaba.....

—Diez dias!..... Yo no vengo aquí sino por descargo de mi conciencia, porque os lo

habia prometido..... pero no estaré con vos sino un instante... es menester que me vuelva..... Adios, adios!

—Ya! esclamó él bañado en lágrimas. No sabeis que os amo? que quiero casarme con vos?

—Aun tal locura! A propósito de esto, os diré que ya no soy camarera.....

—Habeis dejado vuestra colocacion? por qué? esta colocacion decíais era buena, os agradaba..... de modo que vais á entrar en otra casa, á tener nuevos amos.....

—No, quiero ser libre, seré obrera nada mas, y no tendré el disgusto de oiros menospreciar mi condicion. ... En el hecho teniais razon, una camarera..... es una camarera.

—Cuan feliz soy de veros con tales sentimientos! sereis obrera, muy bien, yo tambien lo soy: trabajaremos y ganaremos lo bastante para vivir, para estar contentos..... Por otra parte, cuando se ama todo es bello! y yo os amaré tanto que os vereis obligada á amarme ó ser una ingrata!

—Adios, señor Juan Pedro, dijo vivamente Sofia quien tenia miedo de sí misma: es indispensable que me vuelva..... No me sigais, os lo suplico, si me amais.....

—Y cuando os volveré á ver? adonde vais, decid, Sofia?

—A Paris! respondió huyendo muy conmovida; si, á Paris!

Mad. de R..... acababa de comprender la estension de esta intriga campestre que quizas destruia el porvenir de un hombre honrado, y tal vez la esponia á ella misma á peligros de honra. Vivamente afectada de este temor aquel mismo dia abandonó el campo con el firme propósito de no volver á él, esperando esquivarse de este modo á las pesquisas de Juan Pedro y á las consecuencias de una chanza que habia llevado muy adelante: melancólica y triste partió para Paris.

Algunos dias pasados en el torbellino de la vida parisiense fueron bastantes para borrar casi de su memoria la aventura del bosque de Montmorency; con todo, por intérvalos se preocupaba de la suerte de Juan Pedro, de lo que pensaria de ella, y de lo que intentaria para encontrarla; sentia entonces por él una tierna piedad, un interés afectuoso; y hubiera querido poder serle útil, sin comprometerse y sin mostrar la mano de hada que cambiara el destino del jóven.

Una noche cuando se disponia á subir al carruage para ir á la ópera oyó una voz que hizo latir su corazon, y que la retuvo inmóvil sobre el estribo del brillante cupé estacionado bajo el vestíbulo de su palacio.

—Os ruego, decia la persona que se dirigia al conserge, os suplico que me indiqueis el paradero de la señorita Sofía que ha sido camarera de Mad. de R.....

Juan Pedro estaba allí, tal como Mad. de R..... le habia encontrado en el bosque, cerca de Enghien un mes antes; solamente se hallaba mas pálido: llevaba un paquete de lienzo envuelto en un pañuelo de cuadros y suspendido á la estremidad de su baston de viage.

Mad. de R..... estaba en aquella tarde con toda la brillantez de un tocado como para ir á lá ópera, la cabeza cargada de perlas y plumas, los brazos y cuello desnudos y cubiertos de joyas.

El campesino la vió, la reconoció, y permaneció petrificado: dos gruesas lágrimas descendieron por sus megillas cuando el carruage pasó delante de él, faltando poco para que le aplastase contra la pared; madama de R..... habia ocultado la frente entre las manos y lloraba.

P. L.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LA BATALLA DE GUADALETE.

Siete siglos de esclavitud y de oprobio, de incesantes luchas, de males sin cuento; torrentes de sangre vertida! tales fueron las funestas é inmediatas consecuencias de la batalla de Guadalete, que destruyendo la monarquia goda, dió á los agarenos el dominio de casi toda España. Para arrancarlos de raiz de ella fue preciso que transcurriesen mas de setecientos años; que España fuese en todo ese tiempo un vasto campo de batalla; y para reparar las consecuencias de un combate, hubo que dar miles de ellos. ¡Triste pero imprescindible consecuencia de las primeras faltas!

Sucesos tan extraordinarios, acontecimientos de tanta magnitud, debian permanecer eternamente vivos en el corazon de los pueblos y de los gobiernos. Diariamente debia excitarse su recuerdo para que no se borrase de la mente, presentando unido al hecho las causas que lo motivaron; asi se aprenderian, ó mejor dicho, asi no se darian al olvido las causas que promueven las invasiones, las que las facilitan, y hasta cierto punto, las que las hacen inevitables.

Casi todas las invasiones han tenido su orígen en la debilidad de unos pueblos, en la fortaleza y arrogancia de otros. Regularmente todos los pueblos nacientes ó nuevos han sido invasores; y los invadidos pueblos viejos y gastados. Orgullosos aquellos de su orígen, que no han tenido tiempo de dar al olvido, engreidos con sus hazañas, fuertes con su nacionalidad, fuertes con sus virtudes patrias, han conquistado fácilmente a los segundos, que casi no conservaban memoria de sus principios, que vivian en la molicie y el egoismo, y sufrian la tirania de gobernantes estúpidos y desmoralizados.

La monarquía goda por los años de setecientos habia llegado á ese estado miserable de degradacion y envilecimiento á que deben su ruina los imperios. Siempre el vicio tiene imitadores, y causa sus estragos; pero cuando el vicio parte de lo alto, cuando se aposenta en la corte, entónces cunde el mal con una rapidez prodigiosa, y sus efectos son tanto mas lamentables, cuanto que es imposible neutralizarlos. De aquí provienen luego las ambiciones y las injusticias, que si en épocas de virtud y de moralidad no siempre son evitables, no lo son ni pueden serlo de ninguna manera en las que impera y domina el desórden y la corrupcion. Las ambiciones no satisfechas y las injusticias no reparadas, son de suyo vengativas; de donde nacen las divisiones y los partidos en los magnates; y el pueblo que se ve oprimido, vejado, que sufre los efectos de los resentimientos de unos y de otros, que tiene que pechar con las cargas mayores á medida que es mayor el desórden, que no halla proteccion ni justicia, que conceptúa su estado como impeorable, concluye por entregarse á la indiferencia, y vivir en un estado de apatia, del que sale para verse envuelto en los horrores de una revolucion, ó sometido al yugo estrangero; ambos estremos lamentables, ambos destructores de los pueblos, y provocados, por lo comun, por los excesos de los unos, por la ambicion de los otros, por el deseo de venganza de aquellos, y por la indiferencia de todos á sostener un estado de cosas que detestan.

Los últimos reynados de los monarcas godos ofrecian este miserable cuadro de las vergonzosas pasiones humanas. Poco á poco iban desmoronándose los cimientos de aquella sociedad, y su edificio iba quedando tan falso que bastaba un leve embite para derribarlo. Habia inmoralidad y corrupcion, habia partidos, habia resentimientos, y habia indiferencia; y todo este conjunto de cosas, bastaba á atraer sobre la España toda suerte de calamidades.

Presentar como causa única de la invasion de los árabes en España la violacion de la hija del conde don Julian por el Rey don Rodrigo, es cosa inadmisible; no solo por no hallarse este hecho justificado debidamente, sino tambien, porque, aislado, no podia haber producido consecuencias tan funestas. Sería, sí, un combustible mas que debia aumentar la voracidad del incendio, pero no la hoguera que habia de consumir la monarquía.

Las causas que produjeron y facilitaron la invasion deben buscarse, pues, en las que dejamos apuntadas. La ambicion, el encono político, el deseo de venganza, produjeron traidores que abrieron las puertas de la España á los agarenos; la corrupcion, la molicie de los unos, el abatimiento de los otros enervaron los brazos de todos, que no pudieron resistir á los invasores.

Para mayor desgracia tenian que lidiar con los sarracenos, cuyas armas habian adquirido ya gran renombre, y que orgullosos con sus conquistas, y fanáticos por su religion, eran los mas á propósito para acometer tal empresa. Salidos de la Arabia, en breve habian extendido su dominio en Siria, Persia y Egipto; tambien se habian apoderado del Africa, de la Numidia y de la Mauritania, todo en poco mas de ochenta años, á contar desde la célebre Egira, fuga ó retirada de Mahoma y de los suyos de Meca á Medina, que tuvo lugar por los años 622 de nuestro Señor Jesucristo.

Mandaba á la sazon en Africa Muza-ben-Noseir, caudillo esforzado y esperimentado, con quien se avistó el conde don Julian, de odiosa memoria, para concertar la entrada en España de los árabes. Si bien no hay mucha conformidad en los historiadores respecto á la ofensa que le hizo el Rey don Rodrigo en la persona de su hija, no sucede asi por lo que hace á haber sido don Julian el primer instigador á promover la invasion. En esto convienen todos los historiadores nacionales y extrangeros inclusos los árabes; y está fuera de duda, que los hijos de Witiza, y otros magnates godos solicitaron tambien la venida de los árabes, para conquistar con su apoyo el poder supremo que ambicionaban, y del que se decian despojados por el Rey don Rodrigo. Siendo don Julian, como lo era, deudo y pariente de los Witizas, es muy natural creer, que viendo en el reynado de estos nuevas grandezas y honores, ajustase la venida de los árabes, sin que á ello le indujese otra cosa mas que la ambicion que si á veces es móvil de grandes acciones, lo es por lo comun de otras en sumo grado vergonzosas.

Avistóse, como hemos dicho, Julian el cristiano, (nombre que le dan los árabes) con el caudillo Muza, y le hizo presente su intento, y las razones que á ello le movian, que no eran otras que el deseo de satisfacer agravios y venganzas, y realizar sueños de ambicion. Pintóle la debilidad de los godos, el odio que todos profesaban á don Rodrigo, y las fuerzas con que contaban para destronarlo con poco que á ello le ayudase Muza.

Estas relaciones y las que le hacian los moradores de Tánger y otros africanos, referentes á España, en las que se ponderaban su delicioso temperamento, su cielo claro y sereno, sus muchas riquezas, la maravillosa fecundidad de su suelo, la bondad de sus estaciones, vastas provincias y ricas ciudades, excitaron el ánimo de Muza á emprender la conquista. Al hablar los historiadores árabes de este particular, dicen: «que las amenidades de España no las puede expresar el mas elegante discurso; ni hay quien se le adelante en la carrera de sus excelencias; que en esta competencia aventaja á todas las regiones de Oriente y Occidente; que España es Siria en bondad de cielo y tierra, Yemen ó Arabia feliz en su temperamento, India en sus aromas y flores, Hejiaz en sus frutos y producciones, Catay ó China en sus preciosas y abundantes minas, Adena en las utilidades de sus costas.»

Persuadido Muza, y decidido á llevar á cabo tan rica y gloriosa conquista, pero demasiado prudente y previsor para arrojarse de golpe á ella, antes de estar seguro de la verdad de aquellas relaciones, no menos que de la traicion de don Julian y otros cristianos, obtuvo el permiso del califa para pasar á España, y mandó verificar la primera irrupcion con un número muy redu-

cido de ginetes é infantes (unos 500 en todo) que venian á las órdenes del bereber Tarif, gobernador de Tánger. Desembarcaron estos en Tarifa, que tomó su nombre del caudillo árabe, y sin sufrir contratiempo ninguno corrieron por las islas y marinas cercanas al estrecho, talando y saqueando, y recogiendo despojos. Esta primera y casi insignificante invasion, verificada con fuerzas tan escasas y con tanta felicidad, que los invasores volvieron á Tánger sin ser á ello ostigados y sin haber sido vencidos, prueba bien á las claras el estado de abandono en que se tenian las costas; y mas que todo la debilidad ó indiferencia de los moradores, que no fueron bastantes á resistir á tan cortos enemigos.

Vuelto Tarif á Tánger dió un informe favorable del territorio que acababa de recorrer. Muza contento por ello, y seguro ya de la traicion de don Julian y de los suyos, determinó una mayor expedicion, la que sin embargo aplazó para la primavera siguiente. Llegada esta, con la mayor diligencia aprestó Muza un ejército, que los historiadores árabes graduan con variedad en siete, doce, y hasta en quince mil hombres; (número el mas probable, atendida la empresa que iban á acometer) y lo puso á las órdenes de Tarif. Embarcáronse en Tánger con direccion á Ceuta, y desde aquí vinieron sobre nuestras costas, desembarcando en una islilla que apellidaron Isla Verde, la que por su situacion favoreció el desembarco. Es de advertir, que el conde don Julian y otros traidores seguian á los sarracenos. Despues de desembarcados se fortificaron en el peñon inmediato, que tomó el nombre de Gibraltar, de Jebal Tarif ó monte de Tarif que se le dió en honor del gefe que mandaba la expedicion. Los cristianos que guardaban este punto no fueron bastantes á contrarestar el ímpetu de los invasores.

No hay seguridad acerca del año en que se verificó esta irrupcion; los historiadores árabes la fijan en Abril de 711, al paso que otros nacionales la ponen en el 713. Dichos autores árabes refieren tambien que Teodomiro, gobernador de la provincia por don Rodrigo, no pudiendo resistir el ímpetu de los sarracenos, á pesar de haberlo intentado, escribió al Rey pidiéndole auxilio en estos términos: «Señor: aquí han llegado gentes enemigas de la parte de Africa, como si hubiesen sido llovidas del cielo ó salidas de la tierra, me acometieron de improviso, mas no pude resistirles aunque hice cuanto pude. Ahora acampan á mi pesar en nuestra tierra. Os ruego, por lo tanto, que sin perder momento, y con la mayor diligencia me envieis cuanta gente podais allegar. Si os fuere posible, venid en persona y será lo mejor.» Mariana refiere, que noticioso don Rodrigo de lo que pasaba, de los intentos del conde y de las fuerzas de los moros, despachó con presteza á su primo llamado Sancho (ó Iñigo segun algunos) para que saliese al encuentro de los enemigos, pero compuesto el ejército de gente allegadiza, y poco ejercitada, ni tenian fuerza en los cuerpos ni valor en sus ánimos; y por tanto en todos los encuentros que hubo llevaron siempre los nuestros la peor parte; y los sarracenos cada vez mas engreidos con sus triunfos, pasaron adelante, corriendo por la tierra de Algeciras y Sidonia, hasta las riberas del Guadiana, difundiendo el terror y el espanto por los pueblos que no tenian ánimo para defenderse.

Mientras tanto se disponia don Rodrigo á caer sobre aquellos nuevos y temibles enemigos, allegando para ello numerosas fuerzas, y llamando á todos á la defensa de la comun patria. Tarif por su parte no estaba ocioso, y habia pedido refuerzos á Muza, quien le envió á buen hora cinco mil ginetes, con lo cual, y los cristianos descontentos, y los judíos que se le agregaron juntó un ejército de mas de veinte y cinco mil combatientes para oponer al que disponia don Rodrigo, que algunos han hecho subir hasta el número de cien mil hombres: no serian tantos, pero debia ser sin duda muy numeroso, si se tiene en cuenta que don Rodrigo iba á hacer un desesperado esfuerzo para librar la tierra de aquellos enemigos, y salvar con ello su corona.

Llegáronse por fin á avistar los dos ejércitos en los campos que riega el Guadalete, y en el sitio donde se levanta Jerez de la Frontera. Ambos deseaban llegar á las manos: los musulmanes para alcanzar una victoria mas, y con ella el dominio de la nueva tierra que pisaban, y los godos por salvar su libertad, religion y vida, si bien estaban llenos de extraordinaria tristeza, de la que no estaba libre el mismo Rey, pues le asaltaban sueños terríficos é ideas de mal presagio, cuya causa no debe buscarse en portentos pueriles é imaginarios, como el del palacio encantado de Toledo, sino en el mismo conocimiento que tenia de su flaqueza; conoci-

miento que no se aparta del hombre, aunque pretenda hacerse ilusiones, y que es con frecuencia el orígen de los presentimientos que le asaltan cuando se halla próximo á sufrir grandes desgracias.

El ejercito de don Rodrigo se componía de muchedumbre allegada voluntariamente ó á la fuerza: gente de poca resistencia por no estar acostumbrada á la guerra. Habia gran falta de caballería, siendo los ginetes los únicos que estaban armados con todas armas; los demas aunque pertrechados con corazas y broqueles no tenian mas armas que picas, hachas, y muchos solo hondas y palos. Todo esto prueba el gran desconcierto que reynaba en el estado, y el descuido y abandono en los hombres del gobierno, que vivian olvidados de atender á lo necesario á la salvacion del reyno.

Muchos eran, es verdad, los soldados reunidos; pero sin pujanza y sin organizacion ¿qué podian hacer contra los valerosos secuaces de Mahoma, nacidos y criados en la guerra? ¿Qué podian contra aquellos indómitos guerreros, aunque fuesen menores en número. Veíase á los árabes cabalgar sobre fuertes corceles, la sien ceñida del blanco turbante, el arco en la mano, el sable terciado al cuello, la lanza al lado: allí se veian los formidables bereveres de las tribus de Zenetach, Gomerah y Masmudah, á cuyo ímpetu todo cedia, y para quienes la pelea era un juego.

Ordenadas ya las huestes, animadas cada cual con las exhortaciones de sus caudillos, vinieron por último á las manos. Mucha discordancia hay entre los autores, respecto al modo en que se dió la batalla suponen unos que en los ocho dias que duró, los siete primeros fueron de escaramuzas y que en el octavo combatieron ya á todo poder y trance; otros dicen que la batalla campal duró tres dias: cuéntanse en estos últimos los historiadores árabes. Hé aquí como lo refiere Conde en su historia de los árabes sacada de manuscritos y memorias arábigas:

«Principió la batalla al rayar el dia, y «se mantuvo con igual constancia por ambos «lados, y sin ventaja alguna duró la matanza «hasta que la venida de la noche puso treguas «á los sangrientos horrores. Pasaron la noche «ambas huestes sobre el campo de batalla, y «esperaban con impaciencia el punto del alba «para renovar la atroz pelea. Venido el dia, «con enemigo furor principió de nuevo la ba«talla y la fragua del combate permane«ció encendida desde la aurora hasta la no«che.

«Como al tercero dia de la sangrienta lid «viese el caudillo Tarif que los muslimes de«caian de ánimo y cedian campo á los cris«tianos, se alzó sobre los estribos, y dando «aliento á su caballo les dijo: O muslimes, «vencedores de Almagreb ¿á donde vais? ¿á «dónde vuestra torpe é inconsiderada fuga? «El mar teneis á las espaldas, y los enemi«gos delante; no hay mas remedio que en «vuestro valor y en la ayuda de Dios: haced, «caballeros, como vereis que haré.—Y dicien«do esto arremetió con su feroz caballo, y «atropellando á derecha y á izquierda cuan«tos se le ponian delante, llegó á las banderas «de los cristianos, y conociendo al Rey Ro«drigo por sus insignias y caballo, le aco«metió y le pasó de una lanzada.....

Refiere luego que los muslimes desbarataron á los cristianos, y hasta dice que Tarif cortó á don Rodrigo la cabeza, y la envió á Muza.

A nosotros nos parece que es mas fundada la opinion de los que á la batalla campal dan un solo dia; pues bastaba para que uno de los dos bandos quedase vencedor, tanto mas atendiendo al furor que los animaba. Los autores arábigos al narrar asi la batalla llevarian el intento de hacer sobresalir mas y mas el denuedo de los suyos, oponiendo una resistencia tan porfiada á pesar de la diferencia del número; y la misma idea debe haberlos guiado al poner en boca de Tarif aquellas palabras, y al trabarlo en lucha personal con el Rey Rodrigo, muerto á sus manos, cuyo suceso no hay ninguna otra noticia histórica que la acredite. Mal se aviene tambien la larga duracion de la batalla, con la traicion de los hijos de Witiza, y de don Oppas, que callan los árabes, á pesar de ser positiva; pues es cosa muy natural que aquellos traidores no aguardáran á decidirse á los tres dias, cuando mas imposibilitados se hallasen, sino que llevados de la natural impaciencia que debian sentir por ver colmados sus deseos, se pasasen á los enemigos cuanto antes, y en lo mas fuerte del trance, para dar á estos el triunfo y saciar su venganza. Y asi fue en efecto; entraron los godos en pelea mandados por su Rey don Rodrigo, quien desde su carroza de guerra, vestido de tela de oro á usanza de los Reyes godos cuando entraban en batalla, los exhortaba á que como buenos

y cristianos combatiesen con ardor para destruir á los enemigos de sus haciendas, de sus vidas y de su religion. Adelantáronse los godos al son de sus instrumentos de guerra, y con grande gritería de una y otra parte se comenzó la pelea, con armas arrojadizas, hasta que fue preciso llegar á las manos. Terrible fue el encuentro, en el que murieron muchos; y continuó la pelea manteniéndose gran parte del dia indecisa, pues cristianos y moros, puestos ya en tal trance, peleaban con todas sus fuerzas. Venciendo iba ya el número al valor de los infieles, quienes empezaban á dar muestras de flaqueza, cejando; pero entonces fue cuando los hijos de Witiza, y el traidor don Oppas, que venian en el ejército de don Rodrigo, uniéndose al conde don Julian con todos sus secuaces, volvieron las armas contra sus hermanos, que atónitos con traicion tamaña, sin poder comprender lo que les pasaba, cansados ya y desaminados, fueron en breve vencidos y dispersos. No obstante, el Rey siguió peleando entre los primeros, con los mas esforzados, y acudiendo á todas partes donde era necesaria su presencia, para alentar á los que todavía hacian cara, y detener á los que volvian la espalda al enemigo. Pero en vano fue que en tan duro trance cumpliese como buen capitan y valeroso soldado; mucho antes de esta ocasion debia haberlo hecho, pues llegadas las cosas á cierto punto, no está en las fuerzas humanas el atajarlas. Perdida ya la esperanza de vencer, desordenados y en huida los suyos á fin de no caer en poder de los enemigos, salió del campo de batalla, y saltando del carro montó en un caballo



que llevaba de respeto y huyó en él. Esto acabó de desanimar á los pocos que aun resistian, y los que no quedaron en el campo debieron su salvacion á la ligereza de sus caballos. Siguieron los moros por largo trecho á los fugitivos; y en esta persecucion sin duda, murió don Rodrigo, bien á manos del enemigo, ó en las aguas del Guadalete, segun induce á creerlo asi el haberse hallado á la ribera de aquel rio el caballo del Rey, su sobrevesta, corona y calzado sembrado de perlas y pedreria.

Fueron tantos los que murieron en esta desgraciada batalla, que no se pudieron contar; los que se escaparon de la derrota se desbandaron, y no pudieron reunirse por no tener centro ni plan de retirada.

Despues de tan desgraciada jornada, hubo algunos otros encuentros en que siempre fueron los godos derrotados; cayendo en poder de los sarracenos sucesivamente todas las tierras y ciudades de España, si se exceptuan parte de las Asturias, para cuya conquista vino el mismo caudillo Muza con numerosos refuerzos.

Tal fue la sangrienta batalla de Guada-

lete, y sus funestas consecuencias. Dejando á un lado toda la parte que en las cosas de este mundo toma la Divina Providencia, para premiar ó castigar á los hombres, y atendiendo solo á las causas naturales que se nos alcanza producen estos ó aquellos efectos, no hay duda alguna que la invasion de los árabes en España no tuvo otro origen que el que hemos espuesto en estas breves líneas, y que su triunfo se debió á la desunion de los godos, á su desmoralizacion y á la incuria y abandono en que andaba el gobierno, en manos de hombres viciosos y corrompidos.

S. CASILARI.

DE LAS PERLAS.



La perla es una sustancia dura, blanca y brillante, regularmente de una figura redonda, y solo se halla dentro de la concha de una especie de ostra. Desde la mas remota antigüedad ha sido tenida en grande estimacion, y solo el diamante le ha excedido en precio. Los escritores antiguos mencionan muchos lugares en el oriente donde la pesca de perlas era un ramo de industria y comercio. Las costas de Asia y América son los parajes donde se han hallado los mejores bancos de ostras de perlas.

Los parages que han dado mas abundancia de perlas á los españoles son los siguientes: el brazo de mar entre las islas Cubagua y Coche, y la costa de Cumaná; la embocadura del rio de la Hacha; el Golfo de Panamá al rededor de las islas de las Perlas; y las costas de California. En 1587 se importaron en Sevilla, sin contar las introducidas por alto, 684 libras de perlas, entre las que habia 11 libras de la mayor hermosura, mandadas al Rey Felipe II. Poco tiempo despues recibió este Monarca una perla sacada de la costa de la isla Santa Margarita, al oeste de California, de un grandor y mérito estraordinario, su peso era 250 quilates, y fue apreciada en 150,000 pesos. Las perlas mas preciosas que han llegado á la corte de España, fueron halladas en 1615, cuando Juan de Iturbide hizo su espedicion, y en 1665 en la espedicion de Bernal de Piñadero. Un soldado del presidio de Loreto en la costa de Cerralbo, (California) en 1769, se enriqueció en muy poco tiempo habiendo tenido la fortuna de coger muchas de gran valor. Despues de esta época la pesca de perlas en las costas de California fue abandonada, hasta que un eclesiástico español, residente en Mégico, llamó la atencion del gobierno hácia este negocio. Observando este eclesiástico la gran pérdida de tiempo ocasionada por la necesidad de subir á respirar los buzos, propuso emplear una campana que sirviera como un depósito de aire atmosférico, del que pudiera respirar el pescador. Bien cubierta la cabeza del buzo con una máscara suave, y un tubo flexible, podia pasearse por el fondo del océano con tranquilidad, inspirando el oxigeno contenido en la campana por medio del tubo. El viajero Humboldt vió en Méjico hacer estas esperiencias en un estanque, en 1803, antes de poner en práctica el proyecto. El estado politico de aquel país desde entonces ha sido poco favorable para fomentar esta pesca, y aunque hemos preguntado por su estado, no nos ha sido posible adquirir alguna informacion en la que podamos confiar para referirla aquí.

La decadencia de la pesca de perlas en las costas de California, activó la del golfo

de Panamá, y continuó por algun tiempo produciendo grandes utilidades, hasta venir á decaer como las otras.

Los parages en el Asia donde se pesca la perla en mayor abundancia son los siguientes: el golfo de Manaar, el golfo de Persia, el archipiélago de Sulú, y la costa del Japon. Los dos primeros han sido celebrados desde el tiempo de Plinio, tanto por el número como por la calidad superior de las perlas que han producido. La pesca en las islas Bahreen, (golfo de Persia) es la mas grande y apreciable del mundo. Antiguamente pertenecia á los persas; pero hace algun tiempo que una tribu poderosa de árabes ha tomado posesion esclusiva de aquel parage. El banco se estiende de cuarenta á cincuenta leguas en la latitud de 25 á 27.° norte, y el fondo es de 15 á 30 pies de agua. Las perlas de esta pesca tienen un color amarillo dorado, muy estimado por los indios á causa de ser un color permanente, y no sujetas á empañarse como las blancas, que pierden pronto su lustre. Las conchas son casi redondas, de nueve á diez pulgadas de diámetro, y gruesas á proporcion. Estas son despojos de los buzos y sacan bastante utilidad de ellas, siendo muy estimadas en China para hacer varios ornamentos. Tambien se llevan por el Mar Rojo al Gran-Cairo y Constantinopla para las fábricas de algunos artículos elegantes.

El método de pescar la perla varía algo en diferentes paises; mencionaremos primero como se ha practicado en varias partes de América, y luego trataremos de la pesca en la isla de Ceilan, la mas activamente mantenida bajo la autoridad de los ingleses.

MODO DE PESCAR LAS PERLAS EN AMÉRICA.

Los dueños de negros escojen los mas adecuados para el fin de la pesquería, siendo preciso que sean nadadores de profesion, á los que llaman buzos. Estos son llevados á las islas en donde tienen sus asientos ó rancherias, dándoles lanchas acomodadas para el intento. En cada una de estas se acomodan diez y ocho ó veinte negros, con un caporal ó dos segun la capacidad de la embarcacion y el número de la cuadrilla. Se alejan de la tierra á los parages en donde tienen ya reconocido que están los criaderos, y donde el agua no exceda de veinte á veinte y cinco varas sobre el fondo. Llegados al parage, y fondeada la lancha, zambullen en el agua, atados con una cuerda y un pequeño peso para bajar con menos dificultad, dejando atado el otro cabo de la cuerda en el lugar señalado para cada uno en la lancha: luego que llegan al fondo, arrancan una concha y la ponen debajo del brazo izquierdo; agarran la segunda con la misma mano, y la tercera con la derecha, con las cuales suben, las deja cada uno en un costalillo que tienen en la lancha, y vuelve á zambullir, continuando asi hasta concluir su tarea ó cansarse de trabajar.

Cada uno de estos negros buzos tiene obligacion de entregar diariamente á su amo un número de perlas que está ya establecido, y es el mismo entre todos. El mayoral, que es el negro que gobierna la lancha, percibe el número determinado. Luego que cada uno tiene en su saquillo las ostras necesarias, cesan de bajar, van abriéndolas y sacando las perlas que hay en ellas; entregan al mayoral el número de las que deben por obligacion, sin reparar en que sean perfectas ó imperfectas, grandes ó pequeñas. Cumplido el número de las de obligacion, son del negro todas las demas aunque sean grandes, sobre las cuales no tiene su amo otro derecho que el de comprárselas por el mismo precio que el esclavo las pudiera vender á un otro particular.

No todos los dias tienen los negros seguridad de poder completar su jornal, porque en muchas conchas no hay perla, en cuyo caso debe cada uno completar su tarea en otro dia.

Ademas del trabajo que cuesta á los buzos esta pesquería, porque las conchas estan pegadas á las rocas fuertemente, estan espuestos á la voracidad de los tiburones y tintoreras, y una especie de rayas del grandor de una manta con cuyo nombre son conocidas; estas son mas formidables que los tiburones, porque con estos se puede pelear con el cuchillo que tiene cada buzo, mientras que la manta arrojándose de golpe comprime á su víctima contra el fondo y le ahoga en pocos minutos. Las perlas que se cojian en las inmediaciones de las islas del Rey y de Taboga en la ensenada de Panamá, y en toda la costa de Atacames eran por lo regular de buen oriente y de mejor figura que las de California, y por consiguiente se vendian con mucha estimacion.

Es preciso confesar que los términos puestos por los españoles á los negros é indios buzos en esta pesquería eran muy liberales

comparados con el trabajo tan continuado y molesto, y de tan poca utilidad para los pobres árabes que zambullen en las costas de Bahreen ó de la isla de Ceilan.

MODO DE PESCAR LAS PERLAS EN CEILAN.

Ninguna produccion de esta isla interesante es de tanto valor ni causa tanto movimiento entre los habitantes de Ceilan y costa de Malabar como la pesca de la perla. El número de personas que se juntan allí durante la estacion para la faena y comercio es de cincuenta á sesenta mil hombres, entre buzos, marineros, y mercaderes de todas partes. El banco donde se hace la pesca está frente de la costa Condaachty, distrito de Aripo, en el Noroeste de la isla; su estension es de doce leguas de norte á sur, y diez de Oriente á Poniente, y se forma del modo siguiente. En ciertas estaciones se vé la superficie del mar cubierta de ostras tan pequeñas que parecen huevas de pescado; las corrientes las llevan hacia las costas de la isla, y se mantienen flotando hasta que el aumento de peso, ó alguna particularidad en el fondo de la mar las hace bajar y amontonarse en lechos.

A fin de Octubre, durante algunos dias de bonanza despues del cambio de la monson, se examina el banco para escoger el mejor lecho que ha de servir para la pesca al año siguiente. Los comisionados ingleses van en botes al banco, y mandan á los indios bucear hasta quedar ciertos de la situacion del lecho. Entonces sacan mil ostras, y se abren á presencia de todos para sacar las perlas, y si los apreciadores dicen que el valor de las perlas sacadas del millar de ostras es de doce pesos, se considera como un buen lecho, y luego se ponen las boyas ó señales. El gobierno ingles en la isla arrienda el lecho al mayor postor, el cual si es un grande especulador lo pesca enteramente de su cuenta, pero como el negocio es tan vasto, lo mas comun es que el arrendador subarrienda á particulares por botes, esto es, permite á un bote, bajo cierta cantidad, hacer su parte de pesca. Pero si los postores no ofrecen la cantidad que el gobierno cree justa y equitativa, toda la pesca se hace entonces á cuenta y bajo la superintendencia de la comision señalada por el gobernador. La cantidad en que se arrienda la pesca cada año es de seiscientos á setecientos mil pesos, en 1797 llegó á ochocientos mil pesos.

La pesca principia en Marzo y continua hasta Abril, y se emplean en ella de doscientas cincuenta hasta trescientas barcas de diez á quince toneladas. La construccion de estas barcas es peculiar: la proa y la popa son casi iguales, con una lijera curvatura atras, y el codaste en línea recta; no tienen cubierta ni quilla, siendo el fondo redondo, y su anchura va creciendo hasta la borda del combés. El aparejo de estas barcas no es menos singular que el casco: el palo es tan basto como si fuera acabado de traer del, bosque sin haberle tocado herramienta alguna, y una sola vela al tercio, de lienzo tan ordinario y tan suelta que frecuentemente es necesario llevar la barca á remolque. Las barcas parten de la orilla á media noche con la brisa de tierra, y llegando al parage de la pesca, donde hay varios buques de guerra haciendo la guardia y con faroles, fondean alli hasta la hora de comenzar la faena. La tripulacion de cada barca se compone de un *tíndal* ó contramaestre, diez buzos y trece marineros para el manejo del barco y ayuda de los buzos. En cada barca hay cinco piedras, de la figura y tamaño de un melon ó de pera de Valencia, de cuarenta á cincuenta libras de peso cada una, y algunas hasta sesenta segun la corpulencia del buzo, para que este peso les ayude á bajar con mayor celeridad, y aun hay algunos buzos que necesitan llevar ademas algunas piedras en una talega en la cintura para mantenerse en el fondo; los buenos nadadores saben muy bien que es dificil mantenerse abajo sin algun peso atado al cuerpo. Cada piedra de zambullir está en una canasta ó bolsa de red de media vara de largo, y lo mismo de ancho por el aro de hierro que mantiene abierta la boca. Con todas estas preparaciones se aguarda la señal del cañonazo para empezar la faena, que regularmente comienza á las siete de la mañana, cuando los rayos del sol han principiado á calentar el agua.

A las siete de la mañana están ya preparados los andamios á los dos costados de cada barca, proyectando como vara y media, y hechos con varios remos. En estos andamios están las cuerdas para los buzos, la canastas, y las bolsas de piedra. Los buzos se desnudan, quedando solo con una faja de lienzo de algodon á la cintura; luego pone cada uno un pie dentro de la bolsa de la piedra, y otro dentro de la canasta para sacar las ostras, hace una corta oracion,

cierra la nariz con la mano izquierda, y con la derecha desengancha la cuerda de la piedra, cayendo al instante al fondo. Luego que llega abajo desembaraza sus pies de las cuerdas, los marineros tiran de la piedra arriba, y el buzo recoge cuantas ostras puede en la canasta. Cuando se siente falto de respiracion tira de la soga de la canasta, y los marineros que están siempre prontos le izan arriba. Entonces descansa mientras baja otro buzo, y así siguen alternativamente hasta que se concluye la faena del dia, lo que se anuncia con un cañonazo.

Cada aprendiz tiene un maestro, que es un buzo esperimentado, el cual le lleva abajo en sus brazos, y le enseña el modo de zafar los pies de las cuerdas, arrancar las ostras y llenar la canasta. El tiempo regular que se mantienen los buzos debajo del agua es minuto y medio, y sin embargo de la cortedad de tiempo, cada uno saca de una zambullida de ciento á ciento y cincuenta ostras. Todos los buzos sienten, al principio de cada tarea, salirles sangre por las narices, lo que consideran como buena señal, y siguen con mas contento la faena, que no dura mas de seis horas.

Cuando el piloto mayor de la pesca hace la señal, todas las barcas se retiran á tierra, cada una á su parage señalado, y echan en un monton todas las conchas, que se dejan allí hasta que se pudren; cada monton, como es regular, tiene su guarda. Los indios aguardan á que se pudran los ostiones, porque en este estado la perla se separa por sí. Llegado el estado de putrefaccion, se pasan á un artezon de cinco varas de largo y una de ancho, se les echa agua de mar, y se dejan allí por diez ó doce horas cubiertas de agua, á fin de que se ablande mas la sustancia del ostion, y poder separar los gusanos causados por la putrefaccion cuando suben á la superficie. El hedor que procede de estos lavaderos es intolerable, y solo la costumbre puede habituar á los indios á esta nauseabunda operacion.

El ostion antes de corromperse es blanco, carnoso, y con un jugo muy pegajoso; las mejores perlas estan en el centro de la parte mas gruesa, pero hay otras por los lados y aun pegadas á las conchas; el número de perlas que tiene un ostion crecido varía mucho, y se refiere haber sacado de una sola ostra hasta ciento y cincuenta perlas. Es una opinion general, que la perla se forma accidentalmente por la estravasacion del licor que sirve para la formacion del nacar ó madreperla de que está revestida la concha, la que es mas brillante y hermosa que la misma perla. Muchas ostras no tienen perla alguna, lo que ha inclinado á muchos á suponer es efecto de enfermedad, asi como la piedra bezar ó como el ambargris se creen ser una afeccion mórbida en la cabra ó en la ballena. Se toma ostra por ostra, abriendoles las conchas y lavándolas en agua clara; aquellas que tienen perlas pegadas se pasan á los cercenadores los que las arrancan con tenacitas sin dañarlas.

Sacada el agua pegajosa de este primer lavado, y renovando el agua se van lavando hasta quedar las perlas limpias en el fondo. Entonces se descubren las perlas grandes y se sacan. La gran cantidad de perlas menudas que quedan en el fondo se recojen en un saco y se ponen al sol para secarlas. La última operacion es la separacion en varias clases segun el tamaño y la forma. Se ensartan las mejores para el mercado, se separan las pegadas á las conchas porque nunca son redondas, y las muy menudas van todas juntas. Las ensartadas tienen su valor segun su tamaño y agua; las grandes de mala figura se venden á razon de 50 pagodas (100 pesos) la libra; y las muy menudas se venden para hacer *chunan*, una especie de salsa para regalo del paladar de los chinos epicúreos, de los que Cleopatra habia aprendido sin duda el placer de beber el nectar de perla.

PERLAS ARTIFICIALES.

La primera noticia que se halla del modo de obtener perlas por arte es en Apolonio, el que refiere lo siguiente: «Los habitantes de las orillas del Mar Rojo, calman la mar por medio del aceite, zambullen y sacan las ostras; luego incitan al pescado por medio de un cebo conocido de ellos á abrir las conchas; y con un instrumento agudo le dan una punzada, y recojen el licor que corre de la herida en hoyos hechos en una vasija de hierro, á donde se endurece, y queda convertido en perlas reales»

Los chinos obtienen perlas de otro modo mas ingenioso. Cuando las ostras, en tiempo de primavera, suben á la superficie del agua y abren las conchas, las sujetan con un palo á propósito, y les introducen cinco ó seis perlas contrahechas en la concha, y luego las echan al agua hasta el año si-

guiente. Cuando las vuelven á sacar, hallan las mismas perlas cubiertas de una costra tan luciente y natural que no se pueden distinguir de las verdaderas.

Se han inventado otros varios modos de fabricar perlas, de los que mencionaremos el que se practica modernamente con tan buen suceso, que á veces no puede distinguirlas de las verdaderas el ojo inteligente del joyero.

Se toman dos libras del mejor vinagre, destilado tres veces, una libra de trementina de Venecia; se mezcla bien el todo, y se pone en una curcúbita, con su cabeza y recipiente bien pegado con luten, y se destila el vinagre á fuego muy lento. En seguida se pone el espíritu de vinagre, sacado por esta operacion, en otra curcúbita de vidrio en la que se cuelga una bolsa de tafetan, no muy tupido, con las perlas muy menudas llamadas semilla ó arena de perlas, sin que toque la bolsa con el vinagre; luego se pone la cabeza, se pega bien y se pone en el baño-maria, dejándolo á una misma temperatura por quince dias. El calor del baño levanta el vapor del vinagre, ablandando las perlas hasta formar una masa; en este estado se saca y se le da la forma de perla con instrumentos de oro ó plata dorada, sin tocarlas con los dedos; luego se ponen en los moldes, de plata dorada al interior, se taladran con una zeta ó alambre de oro, y se dejan secar un poco. Se sacan luego, y afinado el taladro se ponen en un vaso cubierto al Sol para que se sequen perfectamente, y pasándolas luego á un matraz de vidrio, se ponen en un manantial de agua corriente por veinte dias, tiempo necesario para adquirir la dureza de perlas. Despues de este tiempo se sacan del matraz, y se cuelgan en agua mercurial, donde se humedecen, se hinchan y asumen aquel lustre llamado agua ú oriente; luego se ponen en una vasija de vidrio tapada herméticamente para impedir que entre agua, y se dejan dentro de un pozo por ocho dias. Sacada la vasija del pozo se rompe y se sacan las perlas con tan exacta semejanza á las reales, que es muy dificil el poder distinguirlas.

Hay otros varios modos que omitimos referir, por ser muy imperfectos.

E Y.

EL CAPITAN WOLF.

Por Mr. EUGENIO SUE.



En un viaje que hicimos á Malta en el año 18** los oficiales del navio inglés Génova dieron un convite á toda la oficialidad de nuestra fragata.

Hallábame sentado á la mesa entre dos capitanes; el de mi izquierda era un hombre alto, delgado, de cabello cano, melancólico, muy bebedor, y que no entendia el francés; le obsequié llenándole tres veces el vaso, y ya no me acordé mas de él: el de mi derecha era hombre de unos treinta años, de fisonomia agradable, moreno, de estatura mediana, elegante, y que se espresaba en nuestro idioma con facilidad y soltura.

Como sucede por lo comun en tales casos, empezó nuestra intimidad con sacar á relucir todas las faltas de nuestros respectivos comandantes, y á censurar todos sus actos; de aquí pasamos á burlarnos de

los subalternos, y á lamentarnos de las injusticias que se habian cometido con nosotros, en vista de que no éramos mas que capitanes, cuando nuestros méritos exigian otra remuneracion. Ultimamente, maldijimos á duo nuestra profesion, probando con razones incontestables que era la mas mala de todas; y hétenos ya acordes en nuestros sentimientos, y unidos con lazos indisolubles.

No podré decir cómo fue, pero es lo cierto que una poderosa simpatía reynaba en nuestros corazones, puesto que antes de sentarnos á la mesa apenas nos conociamos, y al servirnos el pudding habiamos ya trabado íntimas relaciones. No quedó aquí, al levantar los manteles para dar lugar á los postres y licores, nuestra conversacion se habia adelantado tanto, que nada teniamos ya que decirnos sobre nuestro pasado, presente, y casi me atreveria á decir, tampoco sobre nuestro porvenir.

Segun era costumbre admitida en los convites con que mútuamente nos obsequiábamos ingleses y franceses, se empezó por romper el pie á las copas, de modo que era imposible dejarlas llenas despues de haber hecho los honores á los repetidos toasts con que se celebraba la union de los dos pabellones. Sucedió, pues, que como los brindis se repetian cada cinco minutos, y como despues de los vinos nos sirvieron encendidos y azulados ponches, que sin dejar de fumar apuramos en un momento; sucedió, pues, que, sin llegar á lo que se llama embriaguez, llegamos sin embargo á colocarnos en un estado de recíproca y mútua confianza y franqueza.

Mi nuevo amigo en particular que á lo que me dijo, solo acostumbraba á beber agua pura, quiso en aquel dia hacer en honor mio una escepcion, desoyendo las paternales y reiteradas advertencias que sin cesar le daba en inglés el viejo oficial de mi izquierda.

—No bebais, mirad que hace ya dos años que viajamos juntos, y jamás habeis bebido una sola gota de grog: id con tiento, no bebais tanto, pues no estais acostumbrado, y vais á rebentar.

No obstante estos paternales consejos, mi nuevo amigo, al cual llamaré Wolf, bebia á mas y mejor, de suerte que su rostro antes pálido se fue animando por grados; sus mejillas adquirieron bellos y rosados colores, encendiéronse sus ojos, su conversacion llegó á ser mas elocuente, viva, franca, enérgica; y en pocas palabras, en aquel hombre que al primer momento parecia frio é impasible, encontré las señales de aquella concentrada impetuosidad propia de los habitantes del Norte, tan contraria á la débil é inconsecuente vivacidad de los que viven en el Mediodia.

El ponche ardia sin cesar, y moviamos una terrible algazara á bordo del Génova: hablábase alto y acaloradamente, disputábase, voceábase y giraba la conversacion, sobre los sacrificios á que algunas veces obliga el amor.

Era, á la verdad, cosa curiosa el oir cómo discutian tal cuestion unos veinte marinos, mas que medianamente alegres, que por lo regular se ocupaban muy poco de la teoria de ese tierno axioma.

Por una y otra parte se alegaban razones bastante mezquinas y despreciables, aunque espresadas con todo el fuego y calor que presta la conviccion, sobre todo si los contrincantes como sucedia á los nuestros, se hayan algo exaltados, merced á las frecuentes libaciones de ponche y otras bebidas espirituosas.

—Qué diablos! dijo Wolf dando un golpe en la mesa con su vaso que saltó en mil pedazos: vaya unos insensatos que hablan del amor como un ciego de los colores... Quereis que demos un paseo por el puente?

—Acepto, le contesté, y asi saldremos de este infierno.

Luego que subimos me dijo Wolf apretando mi brazo y fijando en mí sus ojos encendidos:

—Es tal la simpatia que existe entre los dos, que siento necesidad de revelaros una aventura que me sucedió; pero exijo de vuestra caballerosidad el mas impenetrable secreto, añadió con una mirada casi feroz. Confúndame el cielo si conozco el motivo porqué os hago esta confianza: no sé si á ello me impele el ponche, el sino, ó la fatalidad, pero si sé que me es indispensable abriros mi corazon; aunque estoy seguro que cuando me háyais escuchado, me tendreis por el mas miserable de todos los hombres...

Habia en el rostro y en el acento de mi amigo Wolf una espresion tal de verdad, que comprendí muy bien se hallaba bajo la influencia de esa fatal embriaguez que insensiblemente conduce á la indiscrecion; influencia terrible que uno conoce, anatematiza y

rechaza, pero que le falta fuerza para combatir aun cuando se trate del mayor de los secretos.

Teniendo en cuenta esto, dije á mi amigo: Mejor será que lo dejemos para mañana: estaremos mas frescos, y...

—Por vida de todos los diablos! verdad es que estariamos mas frescos, no me cabe duda, pero entónces no os contaria mi historia, y es preciso, indispensable que os la cuente.. No será estraño que mañana al acordarme de mi indiscrecion os proponga que nos saltemos la tapa de los sesos, á fin de que mi secreto quede desconocido con vuestra muerte, ó sin importancia ninguna por la mia... Comprendo que eso os parecerá altamente ridículo, amigo mio, pero qué quereis?... no veo otro medio.

Las palabras de mi amigo Wolf respiraban tanta ingenuidad que no encontré términos para contradecirle, ni pude negarme á una confianza que prometia por otra parte tan diabólicos resultados.

Wolf empezó su narracion en estos términos:

—Habrá como unos dos años, durante la guerra, que mandaba yo una goleta en el Mediterráneo, sin otra mision que la de escoltar de vez en cuando los buques mercantes. Como os podeis figurar, no siempre habia en alta mar buques mercantes, de suerte que la mayor parte del tiempo la pasaba en algun puerto, siempre tras de los placeres que con tanta avidez busca el marino, á lo que le induce sin duda, el conocimiento que tiene de su arriesgada profesion. En la época á que me refiero, hallábame anclado en Porto-Vénere, pequeño puerto de Italia, en el golfo de Génova, muy cerca de la isla Palmaria.

Como tenia confianza en mi segundo, saltaba muy á menudo en tierra, á donde me atraian los ojos de una lindísima jóven, hija del capitan del puerto. Ignoro por qué razon estaba en Italia, pues era peruana y se llamaba Zoe.

Figuraos, amigo mio, diez y ocho años, tez sonrosada, lábios de coral, dientes blancos como la nieve ó la espuma del mar; su talle no puedo pintarlo: luego unos ojos entreabiertos á medias, y lanzando voluptuosas miradas, y por fin madejas de largos, negros y sedosos cabellos.

Figuráosla ademas con una holgada bata ceñida tan solo á su talle por un cinturon, descubierta la cabeza, desnudas las espaldas y parte de su alabastrino pecho, y meciéndose voluptuosamente en su hamaca de juncos, aspirando la fresca y deliciosa brisa de una noche de verano... Oh! habia para volverse loco, amigo, y..... y asi me sucedió.

Era huérfana de madre, y su padre era un anciano de esos á quienes se llama un buen hombre. Con motivo de mi destino tuve que tener relaciones con él. No omití medio para agradarle, y lo conseguí: ofrecióme su casa, que era todo lo que yo deseaba.

Zoe era el tipo mas perfecto de la virtud, y tenia arraigados en su alma los mas severos principios de religion, por cuyo motivo, fingiendo yo simpatizar con sus ideas para hacer que recayesen despues en provecho mio, me arrodillaba á su lado para rogar á Dios, é imposible es que os figureis cuánto encanto y solemnidad encerraban para mi aquellas castas y sencillas plegarias que elevaba al Eterno su inocente corazon.

Un dia la dije:

—Zoe, mucho egoismo me parece que encierra el rogar uno para sí... Por lo mismo, si quisiéseis, vos rogariais por mí, y yo, Zoe, yo..... rogaría por vos.

La inocente niña admitió el cambio, y como cierto dia me preguntase de qué modo estaba concebida la oracion que por ella hacia, le contesté franca y resueltamente que no eran mas que esas pocas palabras:

Dios mio, haced que Zoe me ame, puesto que yo la adoro.

Al oir esa repentina declaracion, quiso reñirme, se ruborizó, y concluyó por decirme que ella, por el contrario, solo pedia al cielo una cosa, y era... qne no pudiese amarme jamas.

Esa ingénua confesion aumentó mi amor; estaba loco por ella, no me separaba de su lado, y llegué por fin á convencerla de mi pasion, que por otra parte, y hablando ingénuamente, era tan ardiente y grande como imaginarse puede. Hasta entonces solo habia tratado á las mugeres por pasatiempo ó por capricho; amaba, pues, por primera vez, amaba con delirio, con embriaguez, porque latia un leal, un noble corazon en el pecho de aquella niña.

Una tarde en que la hablaba de mi amor, me dijo:

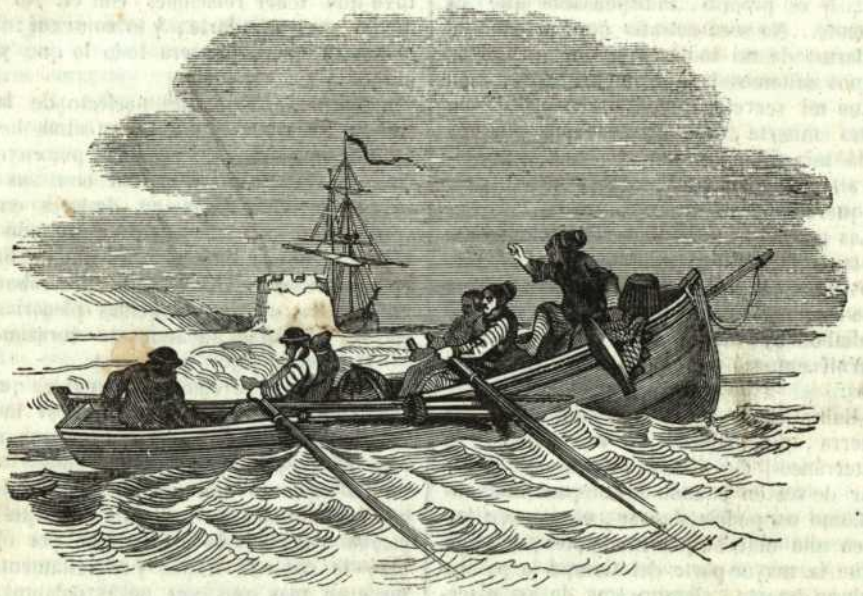
—Querido Wolf, me alegro infinito que esteis casado; asi á lo menos no pensareis que siendo yo pobre os amo para casarme

con vos que sois rico!...

—Segun veo, sois casado? dije yo, interrumpiendo la relacion de Wolf.

—Qué disparate! me contestó este; se lo dije á Zoe solo para saber qué clase de amor me profesaba, pues á no ser así hubiera siempre temido el ser amado como esposo futuro, cosa que, á mi parecer y para nosotros, es en estremo desagradable.

Volviendo, pues, á mi historia, sucedió que un dia el padre de Zoe tuvo que ir en persona á reconocer un buque sospechoso; embarcóse en su falua muy ageno de lo que le iba á suceder; llegó al buque



y encontrándole lleno de enfermos, cosa de que no se le habia dado parte, se vió obligado á sufrir con ellos ocho dias de cuarentena. Imaginaos, si podeis, mi alegria. Zoe quedaba tan solo acompañada de una vieja. Despues de haber consolado lo mejor que supe al padre, conservándome, eso si, á una respetable distancia del buque, salté en tierra para á su vez consolar á la hija; pero á todos mis arrebatos de amor, contestaba siempre Zoe que sabia muy bien que los hombres abandonan y se fastidian de las mugeres, asi que han satisfecho sus deseos. Cuando hablábamos de esto me decia la hermosa niña con candor:

—Wolf, te amo para mí, pero no para tí.

Durante los seis primeros dias de la cuarentena de su padre, no me cansé de reiterar mis instancias, ni ella de repetirme sus negativas, motivo por el cual la mañana del séptimo dia me hallaba románticamente resuelto á hacerme saltar la tapa de los sesos, si no variaba de idea. Sin embargo, como yo siempre he tenido por costumbre poseer lo que he deseado, de grado ó de fuerza, me hubiera hecho dueño de Zoe antes de matarme. La niña me habia confesado su amor, y por consiguiente, la posesion no era ya mas que una pura formalidad... ¿no es así?

Un *hum* prolongado y un si es no es dudoso, fue la única contestacion que di á mi amigo Wolf.

Este continuó:

Me preparaba para saltar en tierra, cuando recibí unos pliegos de mi almirante en que se me ordenaba diese á la vela al despuntar el próximo dia para reunirme con la escuadra.

Un sudor frio bañó mi cuerpo; en nada pensaba menos que en marchar, y habia creido que alli estaria anclado hasta el juicio final:

no obstante, dí mis órdenes, mandé hacer los preparativos, y salté en tierra para ir á dar tal noticia á Zoe... debo deciros que habia metido en el bolsillo mis pistolas, á pesar de que estaba indeciso sobre el modo como debia obrar.

—Zoe, mañana parto, la dije, acaso no nos veremos mas.

—¿Partes?... mañana?... Partes mañana... ¡oh! ¡Dios mio! Yo te doy gracias.

Dijo esto hincándose de rodillas y con una alegria que me aterró. Luego levantándose precipitadamente, se arrojó en mis brazos y empezó á cubrirme de besos.

—¿Partes? decia; pero no partes hasta mañana, y esta noche. . esta noche nos pertenece toda entera; sí, esta noche que tú recordarás, porque será la primera y la última! Así suspirarás por Zoe, no la olvidarás nunca, me decia con una especie de gozo de niña, y con la alegria de muger arrebatada; sí, así no la olvidarás, porque tú, mi amigo, mi querido, mi amante, tú no sabes cuánto te amo. Amado mio, asi es como yo he soñado siempre en el amor... disponer de un dia, de un solo dia; pero lleno de todos los goces y placeres que se pueden concebir, á fin de que fuese único y aislado entre todos mis dias, porque... ya ves! si ese dia tuviese mañana, cada hora que nuevamente trascurriese le robaria su prestigio, su valor... piensa, pues, si ha de ser grande esta noche, cuando ella alimentará mi imaginacion por toda mi vida, porque si mis presentimientos no me engañan, no te volveré á ver mas, y las horas de esta noche serán las únicas que te concederé mientras dure mi existencia.

Pardiez!... dije á Wolf, sabeis que vuestra Zoe era la muger mas original que se ha conocido?... Sin embargo, esto no quita que hubiese yo tomado vuestro puesto con mucho gusto. ¡Vaya! ¡vaya! dichoso os debiais creer.

—No sé como con tanta dicha no me volví loco. ¡Pero ya vereis! Volvime á bordo con objeto de dar mis órdenes para la partida; á eso de las tres de la tarde mandé echar al agua el bote, que yo mismo quise dirijir para saltar en tierra sin testigos; pasé junto al buque que guardaba al padre de Zoe, solo para estar cierto que no terminaba la cuarentena hasta el siguiente dia, y dirigí mi rumbo hácia el punto de la costa con el cual lindaba el jardincito de la casa de Zoe...

Hallábame no muy lejos de la playa, cuando me pareció apercibir un hombre que nadaba con direccion á mi lancha. Aunque al principio estuve algo dudoso, bien pronto no me quedó la menor duda, notando claramente á un hombre desnudo, bronceado por el sol, de pelo ensortijado, que sin dejar de nadar me hacia repetidas señales para que le aguardase.

Lo hice asi, me alcanzó, y me preguntó en inglés si era yo algun oficial de la goleta.

—Soy su comandante, le contesté.

—Entónces, mi capitan, me ahorrareis el trabajo de nadar hasta vuestro buque; hé aquí esto para vos.

Y desatáudose una cajita de plomo que colgaba de su cuello, me la entregó con una mano, mientras que con la otra, apoyada en el timon de mi lancha, lograba mantenerse inmóvil á flor de agua.

Abrí la caja con la punta de mi puñal, encontré un pliego, lo leí..... Acertais lo que era?

—No por cierto, amigo mio.

—Pues era una nueva órden del almirante en que me mandaba darme á la vela, no al dia siguiente como antes se me comunicara, sino al instante mismo en que á mis manos llegase aquel escrito. Mi gefe no desconocia la velocidad y ligereza de mi goleta, y por lo tanto me encargaba fuese inmediatamente á reunirme con él, pues me mandaba desempeñar una comision de mucho interés; su carta me decia entre otras cosas: Mucho os conviene salir del puerto cuanto antes, pues quizá mañana, esta tarde, esta noche, en la hora misma que leais estas líneas os será ya imposible efectuarlo, pues los franceses deben hacer escala en Porto-Vénere... y quien sabe si no están ya ahí!!

Por esto me mandaba el almirante á un patron de barco, hombre de toda su confianza y que le era afecto, con encargo de dejar su buque á orilla de los peñascos y entrarse á nado en la rada, si posible fuese, para que su embarcacion no despertase las sospechas del enemigo, caso que ya se hubiese establecido el crucero de los franceses en las inmediaciones del puerto.

Como se ve, el patron habia llevado á cabo las órdenes del almirante, y se encontraba ya con una mano en el timon de mi barquilla, fijos en mí sus ojos grises que respiraban maliciosa vivacidad.

Puesto que vamos á marchar, me decia,

podré ir con vos, mi capitan: el almirante me ha ordenado volviera en vuestra goleta, si podia librarme de los tiburones y de los franceses, y me ha encargado os diga al propio tiempo que nos hiciésemos á la vela asi que os hubiese entregado esa maldita caja que no dejaba por cierto de cortarme el cuello con su peso. Voto al chapiro! que no ha sido poca fortuna escaparme de los franceses, pues he visto á una fragata y á un brik que hendian las aguas como paviotas... por lo mismo, si no quereis que nos cuelguen de alguna entena francesa, preciso es que aprovechemos el tiempo... Con que, mi capitan, nos largamos?

—Pardiez, dije interrumpiendo de nuevo á Wolf, y Zoe?...

—Supuesto que os lo voy refiriendo todo como si me confesase, tampoco os ocultaré los pensamientos y diabólicas ideas que me ocurrieron en aquel terrible instante, pues lo recuerdo tanto como si los espantosos sucesos que voy á relataros hubiesen tenido lugar el dia de ayer.

La primera idea que me asaltó fue baja y vil: tal era el no partir: era muy probable que me hubiesen fusilado, pero esto me era indiferente, puesto que aquella mañana estaba decidido á levantarme la tapa de los sesos si nada hubiese logrado de Zoe. Pero habia mas... Estaba allí aquel maldito patron mandado por el almirante, y aunque me hubiese negado á marchar, iba aquel hombre á subir á mi goleta, á hablar acaso de las órdenes que acababa de recibir, y era probable que una vez que mi segundo y oficiales se hubiesen enterado, me obligasen de grado ó por fuerza á partir..... Oh! vos conocereis cuán desgarradora era para mí esa palabra partir!..... partir! y..... la noche que habia de pasar con Zoe?

—Os comprendo, dije á mi amigo Wolf: á hallarme en vuestro lugar solo hubiera sentido que el mensajero no hubiese sido pasto de los tiburones.....

—Cáspita! Igual idea tuve yo. Lástima! me decia á mí mismo, lástima que ese hombre no haya sido devorado por los tiburones. Verdad es que no hubiera tenido noticia alguna de mi almirante; pero asi no me hubiera visto obligado á marchar hasta el siguiente dia, y aunque corria peligro de tener que andar á porrazos con el enemigo, tambien hubiera tenido por mia una noche, una noche entera de placeres, y al dia siguiente, al despertarme en los brazos de mi querida, los primeros rayos del sol..... un último beso de Zoe, y acaso un combate sangriento que sostener, combate glorioso..... un combate en que alegre y dichoso hubiera jugado mi vida; un combate que para complemento de aquella noche de embriaguez y de locura hubiera gloriosamente concluido mis dias..... no lo comprendeis así?.....

—En efecto, y sin ese miserable marinero... dije á Wolf.

—Ah! si, era un endiablado marino! pero olvidaba deciros que en los cortos instantes que me bastaron para hacer estas mil reflexiones sobre las órdenes del almirante, mi barquilla desprovista de vela, habia seguido una corriente algo fuerte, y se dirigia insensiblemente hácia un punto de la rada, que era muy peligroso, por uno de esos terribles sumideros tan frecuentes en el Mediterráneo. Cuando mas distraido estaba en mis meditaciones, me sacó repentinamente de mi estupor un grito terrible del patron, que desprevenido y siguiendo mi barquilla con la que se sostenia sin nadar, se sintió de pronto arrastrado por el agua, y habiendo dejado el timon volteaba en el centro mismo del sumidero, esclamando:—Echadme una cuerda.. ó me ahogo!

Iba á decir algo á Wolf, pero no pude hablar, conocí que una mortal palidez se apoderaba de mi rostro, y contemplé á Wolf que estaba frio é impasible.

Este continuó con voz indiferente:

—Preciso es confesaros que mi primer impulso, fue el de alargar un remo á aquel hombre para salvarle la vida.

—Vuestro primer impulso fue este? dije á Volf: bueno! pero, y el segundo?

—El segundo! fue permanecer impasible y presenciar con regocijo aquella muerte... El patron iba dando tumbos, y cada vez se sumergia mas y mas... de pronto, agotadas ya todas sus fuerzas, desapareció gritándome: asesino! asesino!... Oh! razon tenia, porque su vida se habia hallado en mis manos, y tan fácil me hubiera sido salvarle como abotonar mi cinturon.

Levantéme precipitadamente al oir estas palabras, pero Wolf me detuvo añadiendo con amarga sonrisa:

—Ya os lo he dicho, soy un miserable, pero penetrad, en lo mas íntimo de vuestro corazon... en su último pliegue... y recordad uno de esos ocultos secretos que el hombre mas insensible intenta en vano no recordar... comprended mi posicion, calculad la em-

briaguez de mi ardiente amor, al que habia ofrecido ya el sacrificio de mi vida..... convenceos en fin de que estaba seguro quedaria en la mas completa impunidad, y que un misterio profundo..... profundo como el abismo que sepultaba al patron, envolvia para siempre mi crímen. Reflexionad, que si prescindimos de mi posicion é interés, era solamente mi crímen una falta de humanidad..... pensad que solo fué obra del acaso..... que aquel hombre me era desconocido, y sobre todo juzgad el valor de estas palabras, contra las que se estrellaria cualquier virtud débil: —Nadie lo sabrá! —pues si los hombres son muchas veces virtuosos, es solo por el temor de no ver manchada su reputacion..... no olvideis por último todo cuanto pudiera decirme de disculpa en aquellos críticos momentos. No desatendais que amaba con delirio, considerad el amor que estaba á punto de perder para siempre y la dicha que iba á acarrearme la muerte de aquel hombre.

—Una noche con Zoe!! —Atreveos ahora á jurarme que vos no hubiérais hecho lo mismo, esclamó Wolf dirigiéndome una fria y penetrante mirada que me aterró.

Tuve entónces la osadía ó la vileza de confesarle que habia hecho bien, y mi amigo sin que notase al parecer la confusion en que me hallaba, continuó:

—Nada os diré de la entrevista que tuve con Zoe aquella noche..... han pasado ya dos años..... Zoe no existe ya, y no obstante, al solo recuerdo de aquella noche, mirad cómo me laten las arterias y como pierdo el color; sí, conozco que me pongo pálido.....

Al dia siguiente sucedió lo que el almirante habia previsto de antemano, pues los franceses cruzaban no lejos de Porto Vénere.

Volví á mi goleta al despuntar el alba, y debo confesar que no esperimenté ningun sentimiento de compasion hácia aquellos pobres marineros que iban á sacrificarse por efecto de mi desobediencia, pues si hubiese cumplido las órdenes del almirante, hubiéramos evitado un sangriento combate.

Mi tripulacion era excelente, no obstante eso, exalté aun mas su intrepidez, y salimos del puerto decididos, especialmente yo, á dejarnos echar á pique antes que entregarnos. Corria mi goleta como un pez y estaba armada con culebrinas de á diez y ocho..... á poco tiempo de haber salido descubrimos un bergantin que nos venia ganando el viento, y una fragata que seguia el mismo rumbo que nosotros por sotavento.

El bergantin nos dió caza, y nos alcanzó... y despues de un terrible combate en el que recibí dos heridas, se alejó enteramente desmantelado. La fragata tuvo que dar varias bordadas para llegar hasta nosotros: pero la suerte quiso que la desarbolásemos del palo mayor!. ... Mi goleta solo tenia algunos aparejos rotos, nada de esencial habia perdido, y así es que dimos caza á nuestro turno, y á media tarde ya me habia reunido con el almirante.

Antes del combate, mi tripulacion se componia de ochenta hombres y cuatro oficiales, pero al reunirme con mi gefe, solo tenia un guardia marina y veinte y tres marineros... . los demas habian perecido.

Felicitándome el almirante por mi valor y prometiéndome un ascenso, no pudo menos de manifestarme cuanto sentia la pérdida de su patron, que suponia devorado por los tiburones, ó víctima de algun accidente antes que pudiera llegar á mi buque.

—Qué lástima! me decia; si el infeliz hubiera logrado comunicaros mis órdenes, no tuviéramos que lamentar ahora la pérdida de tantos valientes!..... Pero tampoco, (añadió á manera de compensacion), tuviéramos el placer de felicitaros por tan gloriosa jornada, capitan Wolf.

Dos meses despues fuí recompensado por mi heróica accion, como decia el ministro en su escrito, con el grado de capitan de fragata.

Hé aqui mi historia, amigo mio..... Conceded ahora, que bien puedo hablar de sacrificios en materia de amor añadió Wolf, asomando en sus lábios una risa sardónica. Luego añadió: mirad, nuestros convidados van subiendo ya, sepamos en qué punto se encuentran de su discusion.

Afortunadamente, estos ya no pensaban en ello y solo si en saltar á tierra. Asi lo hicimos y yo los imité, sin poder desechar las tristes ideas que en mí habia despertado la narracion de Wolf.

Al dia siguiente aun me hallaba en mi cama cuando recibí un billete concebido en estos términos.

«Os aguardo en la muralla, frente al palacio de los Grandes Maestres: me interesa el hablaros, por consiguiente, dignaos no faltar á la cita.—Wolf.

—Quién te ha entregado ese papel? pregunté al que me lo dió.

Domingo 15 de Agosto.

—Señor, un oficial inglés..... bastante buen mozo, aunque moreno.

—Está bien..... vuélvete á bordo.

En seguida me vestí y me dirigí á la muralla; en ella se encontraba mi amigo Wolf, y en su rostro, algun tanto pálido pero risueño, se reflejaba cierta dulzura que no habia ciertamente reparado el dia anterior.

—Acercóseme, y me alargó la mano, diciéndome:

—Estaba seguro de veros, pues descansaba en vuestra eficacia y en los efectos de una simpatía que siento por vos, y que, creedme, me habia sido desconocida hasta aqui.

Correspondí afectuosamente á su demostracion de amistad y le pedí me manifestase en qué podia servirle.

Amigo mio, dijo, puesto que me permitis que os dé este nombre, debo pediros ante todo mil perdones por haber abusado ayer de vuestra atencion, refiriéndoos una historía tan ridícula.

A fé, le respondí, lléveme el diablo si pensaba ya en tal cosa, (y era la verdad); no hablemos mas de ello..... sin duda el Jerez y el Madera os inspiraron el cuento, amigo Wolf..... y debísteis haceros ilusion..... Dejémoslo, os lo repito, pues yo ya lo tenia olvidado.

—Oh! no, añadió con amarga sonrisa, no me hice ilusion: todo sucedió como os lo dije, y sois vos el único..... continuó fijando en mí sus grandes y melancólicos ojos azules, el único depositario de esa fatal aventura.

—Podeis descansar en mi discrecion, le contesté, pues esta aventura, falsa ó verdadera, quedará sepultada en el olvido mas profundo.

—Imposible! imposible!..... Eso no puede ser, añadió con dulce y sonoro acento; vos sabeis ya lo que ayer os previne; de aquí en adelante..... ó vos..... ó yo..... puede ser solo el poseedor dé este secreto..... Los dos á la vez es imposible..... imposible!.....

—Pero mi querido Wolf..... Es cierto lo que estoy oyendo?

—Oh! sí..... Ciertísimo.

—Será una broma!.....

—No, amigo mio, no es broma.

—Entonces, es un absurdo.

—No, no es un absurdo; vos poseeis mi secreto que, divulgado, puede descubrir lo que soy; *un asesino!*..... añadió con angustia Wolf. Y si yo, el interesado, no he sabido guardarle..... ¿acaso sabriais hacerlo vos..... vos que no teneis ningun interes en ello?..... Ah! esta duda seria demasiado terrible; y por lo tanto es preciso concluir de una vez..... ó vos ó yo..... así debe ser.

—El caso es muy serio; pero asi será, porque asi lo quereis..... Wolf.

—Lo espero, me contestó tiernamente, tomándome las dos manos. No me negueis este favor! Os suplico que no me pongais en el caso de dar un paso que os haria ceder á la fuerza..... si bien por otra parte..... lo que os pido..... Sí, veo que todo se arreglará. ... no es asi?

—Si..... ya veo que debemos levantarnos la tapa de los sesos, puesto que asi quereis recompensarme de vuestra diabólica confianza..... Acepto..... pero confesareis al menos que el lance no es nada agradable, dije sonriendo y como si quisiera engañarme á mí mismo.

—Es verdad, añadió Wolf; pero ello es preciso amigo mio; disimuladmelo.

—Voto al diablo! no será poco el disimularos que me echeis á volar mis cascos..... Mas, para que nada faltase á la broma, debiéramos tirarnos á cinco pasos de distancia. y hacerlo á la suerte.

—Como gusteis, como gusteis..... respondió el maldito Wolf con su voz delicada

—Vuestros testigos? le pregunté.

—El capitan que ayer se hallaba á vuestra izquierda.

—Tendreis armas?..... Wolf.

—Sí, las mias: por lo tanto será inútil que traigais las vuestras..... á ménos que desconfieis.

—Capitan..... esclamé con seriedad al oir estas palabras.

—Perdon, amigo mio. Os advierto que digais á vuestro testigo que es negocio de muerte..... que no puede arreglarse de otro modo..... que se han intentado todos los medios.

—Fuerza es el hacerlo así, esclamé..... Ahora, decidme cuándo tendrá lugar esa valiente calaverada?..... pues no podeis negar, amigo Wolf, que somos tan locos como dos guardias marinas al salir del colegio.... Mas, decidme cuando.

—Dentro de una hora..... en las ruinas del Puerto viejo.

—Con que es menester cumplir la palabra?

—Sí, dadme la mano, amigo mio, me contestó Wolf.

—Héla aquí.

—Y bien! no me quereis?

—Pues no os he de querer.... muchísimo!

Sonrióse, saludóme y partió!

Por mi parte volví á bordo para escribir dos ó tres cartas y dar algunas disposiciones. A pasar de que todo me parecia un sueño me avisté con un capitan de fragata conocido mio para que me sirviese de testigo, quien condescendió aunque no sin dificultad al saber las terribles condiciones de este desafio á muerte.

—A cinco pasos, una pistola con bala y otra sin ella.

Las vehementes reconvenciones de mi digno testigo, sobre lo que él llamaba *mi calaverada*, me aburrian mas que todo lo sucedido.

—Sin duda, me decia, habreis sido vos el autor de ese lance, como sucedió aquel dia en la Martinica. Sois muy lijero de cascos, amigo mio, y os sucederá alguna desgracia. Qué lástima! un oficial de marina, jóven, lleno de halagüeñas esperanzas.....

Por mas que hacia para disuadirle de lo contrario no se daba por satisfecho.

—Me consta que el capitan Wolf nó bebe mas que agua; su amabilidad es proverbial y su genio triste y melancólico: por consiguiente, cómo diantres quereis que crea que él haya sido el primero en insultaros? Vaya, es imposible, imposible!

—Os juro, caballero!... contesté al momento.

—Qué diablos! Quereis hacerme creer que no sois pendenciero.

Por cierto que habia para volverse loco, pero me callé, sellé mis cartas, dí algunas órdenes á mi criado, y saltando á un bote me dirigí con mi testigo al puerto viejo.

Al saltar en tierra encontramos á Wolf que nos aguardaba y que se acercó al punto. Un lijero tinte de rosa cubria la palidez peculiar de sus mejillas, lo que junto á su rizada cabellera y brillantez de sus ojos le hacian sumamente hermoso.

—Vamos estais ya aquí, perezoso? me dijo con un tono de dulce reconvencion.

Durante el camino, habia procurado por todos los medios posibles exaltarme, segun vulgarmente se dice, y ponerme al nivel de mi impasible enemigo, pero no lo habia conseguido. Iba, pues á dejarme saltar la tapa de los sesos sin cólera, sin odio, sin motivo y sí solo por pundonor, puesto que conocia lo bastante á Wolf para estar convencido de que, á negarme yo al duelo, me obligaria á aceptarle con un irreparable insulto. Esta es la razon porque, sin motivo, preferia batirme. Era su voluntad y á pesar de su crímen yo no estaba resentido con él.

Si! lo confieso, ese ser singular egercia en mí una marcada influencia! Su semblante triste, su voz dulce, su imperturbable calma, la rara simpatía de pensamientos que habia nacido entre los dos, antes de su terrible confianza: y luego..... el amor innato en mi hácia todo lo que tiene visos de estraordinario, hacian que olvidase enteramente la muerte que no estaba lejos quizá; tan embebida estaba mi mente en cosas incomprensibles.

—Señores, dijo mi testigo, es cierto que es inútil ya todo medio de reconciliacion?

—Si; respondió Wolf, es inútil.

—Entonces, caballeros, Dios sea con vosotros, continuó el buen capitan con triste acento.

El testigo de Wolf midió cinco pasos; tomó el mio las pistolas que éste habia traido, é iba á examinarlas cuando deteniéndole yo por el brazo le dije:

—No, capitan, no; de ningun modo lo permitiré.

Cojióme Wolf la mano, me la estrechó con fuerza y me dijo:

—Muy bien capitan!... Aun tengo una cosa que pediros: Confiais bastante en mi honradez para dejarme elegir el primero..... aunque sean mias las armas?

Sin dar tiempo á que nuestros testigos se interpusiesen, tomé las pistolas y las presenté á Wolf.

Tomó una.

Yo me quedé con la otra.

El corazon me latia terriblemente..... y si bien la incomprensible conducta de mi amigo me hizo creer que ese duelo no era acaso mas que una rara y pesada broma, coloquéme no obstante delante de él.

Nunca olvidaré su postura tranquila, risueña, y casi me atreveré á decir feliz. Pasó su mano por sus hermosos y largos cabellos negros, descansó un momento en ella su frente, elevó los ojos al cielo, su mirada brilló con una espresion de inefable agradecimiento, fijólos despues en mi, amartilló su pistola..... y me apuntó.

Hice lo propio, y las bocas de los cañones se hallaban casi en contacto.

—Estais prontos, señores? preguntaron los testigos.

—Si estamos.

—Dios mio, perdonadle, dijo en inglés el taciturno oficial, dando una palmada.

Ambos tiros salieron á un tiempo.

—La llama y esplosion del arma de Wolf cegóme por un momento..... y al volver en mí miré á los dos testigos inclinados hácia mi amigo que apoyaba su cabeza sobre su mano

—Dios mio! Dios mio! dije desesperadamente al ver á mi amigo moribundo. Ya sabeis que no es mia la falta..... perdon, amigo querido, perdon..... perdon.

—Yo he sido el agresor y me encuentro castigado con justicia..... Os perdono mi muerte, dijo con débil acento. En seguida me acerqué á él, y sus últimas palabras, que yo solo oí, fueron estas: Habia tomado mis medidas para morir de vuestra mano. ... amigo..... Oh Zoe!

Y espiró! Mi bala le habia atravesado el pecho.

Ah! Entonces comprendí el por qué Wolf habia querido escoger primero su pistola.....

J. B.

LA CATEDRAL DE CÓRDOBA.

Abderraman I principió la construccion de esta famosa Mezquita, pero la muerte no le permitió completar la obra, dejando á su hijo y sucesor Hisham el encargo y los medios para la empresa segun el plan originalmente adoptado, y en el año 800 quedó concluida. Posteriormente fueron añadidos otros edificios contiguos por los Califas sucesores hasta dejarla en el estado en que la hallaron los españoles al tiempo de la reconquista. Es cosa algo singular que los romanos hubiesen elejido aquel mismo sitio para erijir en él el templo de Jano, el que destruido por los godos levantaron sobre sus ruinas una iglesia cristiana, y arrasada esta por los mahometanos edificaron esta mezquita, que cuatro siglos despues fue convertida en una catedral católica, de modo que parece haber destinado la naturaleza aquel terreno para servir de culto á gentiles, primeros cristianos, mahometanos y católicos romanos; y con la circunstancia de haber sido siempre un templo de primer orden, pues en la opinion de los musulmanes la mezquita de Córdoba no cedia en grandeza y santidad sino á la de Meca.

La planta del edificio en cuadrangular, 620 pies de largo, Norte á Sur, y 440 de ancho, Este á Oeste, separada de todo otro edificio, y con cuatro lados. Las paredes estan formadas de cantos escuadrados, y el frente del norte cubierto con ornamentos de estuco esquisitos. Delante de la puerta principal hay seis hermosas columnas de jaspe, y enfrente de estas hay una galería de 180 pies de largo, rodeada por tres ángulos con un pórtico hermoso soportado por 72 columnas, y en medio está el patio, adornado con naranjos, limones, palmas, y fuentes con hermosos, surtidores. Una torre elegante, de diez y siete varas de ancho por cada lado, se levanta á un lado á una altura correspondiente á su grosor, con 14 balcones adornados con columnas de marmol rojo y negro. Esta torre termina en un número considerable de arcos pequeños, en forma de festones soportados por columnas, las que



Vista interior de la Catedral de Córdoba.

con las de los balcones llegan al número de 100. Las puertas, segun el diseño original eran veinte y una, cubiertas todas con ricas labores del mejor bronce de Andalucia; pero ahora no hay mas de diez y siete puertas, y solo cinco sirven de entrada al público.

Entrando en la mezquita se presentan á la vista diez y nueve naves de norte á sur, las que estan cortadas por diez y siete naves menores de oriente á poniente, divididas estas por 850 columnas de los mármoles mas ricos; el número de columnas dentro del templo, en el pórtico y en la torre, llega á 1,100, un conjunto de que no hay ejemplo en otro edificio alguno en todo el mundo. Las dimensiones de estas columnas en el interior no son iguales, variando de dos y media á cuatro varas, porque hubiera sido muy difícil sacar de las canteras una tal multitud de columnas iguales de una sola pieza; pero variando las basas á proporcion en altura, los capiteles, que son generalmente del orden Corintio, quedan nivelados. La puerta principal que conducia al *Maksura* ó santuario estaba cubierta con una lámina de oro, asi como la pared del *Mihrab* ó presbiterio para el uso esclusivo de los *Kiames* ó sacerdotes; y en un tabernáculo de oro con perlas y rubies engastados, estaba depositada la copia principal de el *Koram*, la biblia de los mahometanos, y fundamento del islamismo. El púlpito desde donde los *Faquis* ó doctores esplicaban la ley, era una obra esquisita, estando hecho de las maderas mas ricas conocidas en aquel tiempo, y aseguran los escritores árabes que se gastaron siete años en su hechura. Once mil lámparas, colgadas de doscientos y ochenta candelabros, alumbraban el interior de la mezquita, consumiendo 11 quintales de algodon y 1100 arrobas de aceite al año, con gran cantidad de incienso y otros perfumes. El número de empleados en la mezquita, incluyendo los sacerdotes, diáconos, lectores, celadores, &c. pasaba de 500. Tal era la mezquita en tiempo de los árabes, segun las relaciones de escritores contemporáneos.

Conquistada Córdoba por los castellanos, la mezquita fue convertida en catedral, y conservó su antiguo plan desde 1236 hasta 1528, cuando Cárlos V permitió al cabildo hacer algunas alteraciones, las que han sido continuadas desfigurando esta noble obra de arquitectura arábiga tan singular, para hacerla mas adaptada á la celebracion de los ritos de la Religion católica, tan diferentes de aquellos para los que fue construida.

La mutilacion mas visible que ha hecho el cabildo fue, el erijir un inmenso coro en el centro, elevándose como otra iglesia interior, y privando de todos puntos la vista de un cuadrángulo tan estraordinario. «Si este coro hubiera sido levantado en el centro de otra iglesia, (dice un viagero instruido) sería digno de alabanza por la grandeza gótica del plan, la elevacion de la cúpula, la talla de las sillas, y elegancia de ornamentos; pero enmedio de una mezquita morisca es impropio, porque destruye la unidad del diseño, oscurece el resto, y envuelve en confusion la idea del efecto general que deberia causar el edificio.»

En cuanto al efecto que la primera vista de esta mezquita presenta al ojo del espectador, copiaremos aqui las espresiones de varios viajeros. «Aqui se halla uno, (dice un anónimo), en un perfecto bosque de columnas, formadas en tantas hileras paralelas que admira.» «Nada, (dice otro) puede hallarse mas sorprendente que el primer paso que se da dentro de este edificio mas singular que hermoso. No pienso podrá darse una mirada mas estraordinaria que la presentada á la vista cuando se coloca uno en un sitio de esta iglesia desde donde se puedan ver las naves á lo largo en ángulos rectos; y no menos maravillosa es la apariencia cuando se miran las hileras de columnas y arcos en una linea oblicua. Es la mas confusa escena que se puede imaginar.» Mr. Inglis dice que la vista del interior de esta iglesia es curiosa, pero no hermosa ni sorprendente; «el interes principal proviene del conocimiento que obtenemos por ella de la estructura é interior de una mezquita; si prescindimos de este interes, no observaremos mas que un laberinto de pequeñas columnas sin órden y sin elegancia.» El capitan Cook habla de la mezquita generalmente, y dice, «Aun en su estado alterado es la mayor curiosidad de arquitectura en Europa; el efecto que causa la interseccion de veinte y nueve hileras de columnas, con otras diez y nueve; la luz oscura, apenas suficiente para distinguir la distancia; el estraño efecto de estas columnatas estendiéndose 620 pies por un lado y 440 por otro, con la altura de solo 50 pies, no puede describirse, es una cosa sin igual.»

Hemos dado estas diferentes opiniones para

que nuestros lectores, comparándolas entre sí, puedan formar alguna idea por sí mismos.

En cuanto al esterior solo diremos, que no presenta mas que una pared mas ó menos alta por los cuatro frentes, de una gran solidez, terminando en almenas ahorquilladas, y soportada á intérvalos por estribos que á distancia tienen apariencia de torres. Cada frente se diferencia del otro no solo en decoraciones sino en altura, lo que se puede atribuir á dos causas:—la estremada pasion de los árabes por la variedad, y la desigualdad del terreno, siendo necesario subir por treinta gradas para entrar en la mezquita por el lado del sur, y bajar por catorce para entrar por el lado del norte.

Ya que hemos hecho esta reseña de la famosa mezquita de Córdoba, nos parece oportuno para mayor entretenimiento y curiosidad de nuestros lectores dar alguna noticia de la no menos famosa Azahra ó palacio de los Califas de Córdoba, una legua distante de la ciudad, edificado por Abderraman III, para complacer á su muger, cuyo nombre fue dado al edificio. El motivo de la ereccion de esta fábrica fue muy singular. Uno de los criados del Califa habia acumulado una riqueza inmensa, y no teniendo herederos forzosos dejó por su muerte todos sus bienes para redempcion de cautivos; hechas las diligencias para cumplir el testamento resultó que no habia en aquel tiempo moro alguno cautivo en poder de los cristianos, y todo el caudal pasó al Califa segun la ley del estado. Alegre el soberano con la posesion de tanto dinero, comunicó la noticia á su muger Azahra, á quien amaba apasionadamente. Esta le dijo, «Edifícame un palacio, y dale mi nombre, para que sea enteramente mio.» Abderraman no podia negar cosa alguna á su muger, y escediendo á todos sus antecesores en la pasion por edificar, llamó á Córdoba los mejores arquitectos y albañiles de Bagdad, Constantinopla y otras partes, y con su asistencia erijió la mas estupenda y magnífica estructura de aquellos tiempos en el mundo. Segun los historiadores árabes, 10.000 hombres estaban empleados en la obra, ademas de 1.400 bestias de carga, y sin embargo, la obra duró veinte años, costando una suma equivalente á 20.000.000 de pesos. El palacio contenia 4,300 columnas de mármol de varios tamaños, con 140 que le mandó de regalo el Emperador griego, y las puertas, que pasaban de mil, eran todas de bronce dorado.

El salon de estado, ó del Califado, como le llamaban, era de un esplendor sin igual, teniendo el suelo, paredes y techo revestido de mármoles de color, y las junturas con barritas de oro; habia ocho puertas á cada lado, con arcos de marfil y ébano, ornamentados con oro y piedras preciosas, con columnas de cristal y basas de jaspe. «Tal era el esplendor que reflectaba al entrar allí los rayos del sol, que privaba de vista al espectador.» Estas son palabras de la historia. Habia en medio del salon una espaciosa pila llena de azogue, y cuando el Califa queria sorprender ó espantar á alguno que por primera vez entraba allí, hacia señas á uno de sus guardias para que pusiera en movimiento el azogue, cuyo resplandor como relámpagos, deslumbraba á unos, mientras que otros temblaban pareciéndoles que todo el salon oscilaba, á vista del movimiento del azogue.

Alkaken II, hijo y sucesor de Abderraman III, estendió los jardines y oficinas esteriores de este famoso palacio.

No ha quedado vestigio alguno de este edificio tan decantado, habiendo sido arrasado durante las guerras civiles entre los príncipes árabes y sus caudillos rebeldes, en los siglos once y doce. Solo se conoce el sitio en que fue edificado, y es generalmente admirado por la hermosura del paisage, y por la salubridad del agua y aire

A. F.

UNA HORA DE SUEÑO.

Aventura China.



Todos vosotros amigos mios, que venis á menudo á pasar aquí un rato, érais entónces rubios y sonrosados, y solo los grandes cuidados del colegio apagaban la risa en vuestros labios, y oscurecian la serenidad de vuestras frentes.

El dia á que me refiero, nuestro recreo habia sido muy corto. Cuan pronto pasa el tiempo cuando se emplea bien! Entramos en clase con los cabellos pegados á la frente, encendidas las mejillas, y tostados por los rayos de un hermoso sol de Junio. Me acuerdo que era la clase de geografia. El juego, el calor y tambien la pereza, que pasaba sus dedos largos y gruesos sobre mis párpados me tenian la cabeza trastornada y soñolienta.

Por dos veces la voz del profesor que conoceis, me habia despertado ya sobresaltado. «La China, señores, decia, es el imperio mayor del Asia. Comprende las provincias tributarias de la Mongolia Mandchouria, &c..... Pero la China propiamente dicha está limitada al norte por la gran muralla que la separa de la Mongolia y de la Mandchouria; al oeste por el Tibet, al sur por la India del otro lado del Ganges y al este por el mar de Oriente. Está dividida en quince provincias. Los principales rios son tal y tal.....

Mas fue en vano que su varilla volase por el mapa del septentrion al mediodia, del este al oste, azotando de paso las aguas del canal imperial: la mágica varilla que debia hacer brotar raudales de instruccion, no me atraia mas que modorra. En breve los ecos del lienzo del mapa golpeado sin cesar, llegaron á mi oido, como ligeros golpes dados á la puerta por una persona discreta. Yo oí distintamente la respuesta natural de: *Adelante*, y al punto se presentó en la puerta un chino, provisto, segun supe despues de todos los atributos de un mandarín. El chino me nombró; el profesor me hizo una seña, yo solté los libros sobre la banca, y seguí sin dar muestras de asombro, al ministro del celeste imperio.

—Salud, hijo del cielo, me dijo el mandarin; en tí descansan los destinos del grande imperio. Tu eres aquel á quien designa el versículo.... (el número se me ha olvidado) del libro del gran Khoung-Tseu. Los bonzos del Thian-Than (templo del cielo) que le han interpretado no me dejan ninguna duda. Sígueme; voy á hacerte Emperador de la China.

Yo miré á mi reclutador, que, como signo de distincion, llevaba una bola de coral en la punta de su puntiagudo sombrero. Sobre un corto y ancho vestido de linon, tenia una chupa de seda ricamente bordada. Pendía de su cintura un pañuelo, un cuchillo, una bolsa con tabaco, y un estuche lleno de unos palillos de marfil por medio de los cuales se meten los chinos dentro de la boca los alimentos que se contienen en el plato que se ponen á la altura del labio inferior. Sus pulgares, armados con dos anchos anillos de agata para

ner tirante el arco me hicieron conocer que pertenecia á la clase militar.

La proposicion me sorprendió bastante, y al pronto no supe qué contestarle. No obstante examinándola bien, se me vinieron á las mientes excelentes razones para aceptarla. En primer lugar, ser Emperador es una profesion tan pasadera como la de notario, médico ó diputado. Ademas podia darse por satisfecho el amor propio de mi padre, y colmada su ambicion; y sobre todo iba á viajar. «Yo mandaré á llamar á mis amigos decia para mis adentros, y los nombraré ministros y mandarines.» Solo una cosa me disgustaba, y era el no saber la geografía de mis estados futuros. Afortunadamente reflexioné que por el camino podia estudiarla, y esto desvaneció mis escrúpulos; asi, pues, cuando me preguntó: ¿estais dispuesto? le respondí:

—Al instante: corro á buscar mi *exeat*.

—Es inútil.

—Pero al menos mi sombrero, mi levita.....

—Déjate de eso: en Canton hallarás un trage correspondiente á tu nueva dignidad. Pero, partamos, pues se hace tarde. Agárrate de mi peut-tzé.

—De vuestro peut.... qué? pregunté asombrado.

Sin contestarme el mandarin me puso en las manos la cola que partía del centro de su afeitada cabeza, y se balanceaba negligentemente sobre su espalda, sacó una sortija de hechura estraña, se la puso en el dedo meñique, y súbitamente nos elevamos en los aires. Yo agarré con fuerza el peut-tzé del chino; y en esta posicion no dejaba de parecerme algo á la borla de papel rizado que se pone en la punta de la cola de un cometa. El miedo me habia hecho cerrar los ojos: cuando los volví á abrir me hallé en tierra.

—En donde estamos, caballero?

—En la embocadura del Tcha-Kiang, que vosotros llamais Tigre. Mira mi embarcacion y mi gente; entra en ella, y durante la travesía de aquí á Canton, te enseñaré lo que debes saber.

El pequeño buque, que tenia una vela que se plegaba y desplegaba como un abanico, abordó á la orilla. La proa estaba destinada á los criados que nos ayudaron á subir; la popa á los marineros y nosotros nos colocamos en la tienda del centro.

En los primeros momentos, estaba demasiado ocupado en considerar los pesados sam-paans y los ligeros juncos que tenian pintados en la proa dos grandes ojos, para que pudiesen prestar grande atencion á los discursos del ministro. Lamentábame tambien de la suerte de los desgraciados remeros chinos, que movian los remos de nuestra embarcacion á compas de los latigazos que les daban. Fijaba mis miradas en campos bien cultivados, en risueños oasis que se estendian á lo lejos, limitados en el horizonte por la azulada franja de las montañas.

Mas de una vez me sacó el mandarin de mis contemplaciones; y por sus palabras comprendí que se trataba de una conspiracion contra el gefe del Estado; que aquella mañana, los ministros sus cólegas ó sus cómplices lo habian enviado para que me tragese, y que á la próxima primera luna, debia yo ocupar el sillon imperial y habitar en Tsu-King-Tching, que es el palacio real de Pekin. Entretanto, debia ser muy reservado hasta entonces, é instruirme en la religion de Kong-Fou-Tseu. Ibamos á Canton de incógnito; y en efecto el mandarin me hizo notar que la tienda del barco no estaba coronada con el doble quitasol, signo de su rango. En Canton debíamos aguardar los acontecimientos y noticias de nuestros amigos.

Esta conversacion duró hasta el muelle de Canton. Atravesamos con notable rapidez, la parte alta de la ciudad, que se parece algo á las ciudades de Francia, y en donde se hallan los edificios y almacenes de las compañías inglesa, portugesa, y holandesa.

Despues de haber atravesado algunas calles de la ciudad, en las cuales todo me llamaba la atencion, Log-Tí, (este era el nombre de mi mandarin), se detuvo al frente de una casa que se distinguia de las demas por dos palos que habia en la puerta, y en cuyas puntas tremolaban dos banderas.

—Entra, me dijo, abriendo la puerta. Esta es la casa de Chan-Yu, mandarin de botones blancos, y uno de los nuestros.

Presentóse un esclavo, nos hizo atravesar varias habitaciones cuyas paredes de diferentes colores, y llenas de inscripciones chinescas, eran de porcelana, y nos introdujo en el comedor. Los muebles se reducian á una mesa larga y á varias sillas de bambú. Era cabalmente la hora de comer; Chan-Yu se levantó de la mesa, y cuando Log-Tí, me hubo presentado como al futuro César, el mandarin de botones blancos me cedió al punto el puesto de honor,

reclamando el favor de servirme. Pero como no me acomodaba muy bien á comer con los palillos, y por otro lado habia rechazado con bastante energía el guisado de ranas, el caldo de orujas, y las lombrices saladas, Log-Tí propuso á mi huésped me enviase á comer en casa de los europeos. Chan-Yu reflexionó por un instante, y no viendo en ello ningun inconveniente puso un criado á mi disposicion, el cual debia volverme á la noche al palacio del mandarin.

Por el camino fui examinando con mas atencion las tiendas con sus fachadas empavesadas, como los navíos en los dias festivos, y mirando con una curiosidad escandalosa á algunas mugeres del pueblo que encontraba de vez en cuando. De la clase media ví muy pocas y ninguna de la clase elevada, lo que me hizo creer que estas no salian á la calle. Al salir de la ciudad fui detenido por unos soldados que fumaban delante del cuerpo de guardia. Tenian por arma una cimitarra: mi criado les dijo una palabra, y me dejaron pasar. Despues supe que estos soldados se conocian con el nombre de tigres, deducido muy lógicamente de su estraño uniforme compuesto de una tela pagiza, con anchas listas negras y encarnadas.

Llegué al fin á la factoria inglesa con un apetito furioso. Acercaos, amigos mios, y prestad la mayor atencion, pues ahora empieza la parte dramática de mi cuento.

Las puertas de la factoría daban sobre el mismo muelle, y bajo sus arcos era perpetuo el movimiento que habia de carros, de hombres y de mercaderías de todo género. Seguí á mi introductor por medio de una larga série de aposentos, llenos todos de carpetas y de dependientes. El individuo á quien me presentaron y que parecia ser un empleado superior, me miró durante algun tiempo, llamó á un criado y le mandó que me llevase con su hijo Alberto, mientras era hora de comer.

El criado lo hizo así, y al presentarme al hijo de su amo, le dijo:

—Este es un jóven europeo que el mandarin Chan-Yu ha enviado á la factoría, y que sir Stoddart os dirije.

Yo saludé á M. Alberto, que se turbó algo al verme, y que encerró precipitadamente en el cajon de su cómoda, una cosa que no pude distinguir bien. M. Alberto era un jóven elegante, delicado y hermoso. Sus ojos eran grandes y azules: sus cabellos rubios, finos, abundantes, que formaban un precioso marco á un óvalo delicioso, en cuyos contornos no se distinguia señal alguna de vello.

Cuando se repuso, se aproximó á mí, se informó del objeto de mi viage, que no traté de ocultar, y me preguntó que edad tenia.

—Doce años, le contesté.

—Tan niño y tan lejos de su madre! esclamó; pobre niño! pobre madre!

Su voz suave y sonora me llegaba al alma.

—En este pais, añadió, donde los europeos estan privados de sus mas tiernas afecciones, os encontrareis solo, y muy á menudo se afligirá vuestro corazon. Venid entonces, aquí; hablaremos de ella, de vuestra madre, y de todos los que os sean queridos.

La voz y los modales de mi nuevo amigo, hicieron nacer en mí estrañas sospechas.

Sir Stoddart vino á buscarnos al jardin á donde me habia conducido su hijo. Invitónos á comer, y le seguimos.

La mesa estaba servida á la europea; y en ella encontré tenedores, cucharas y manjares de mi gusto. Estábamos á la mesa una docena de personas, casi todas inglesas; y todos hombres. Alberto estaba sentado enfrente de su padre, desempeñando las funciones de la dueña de la casa. Todos le atestiguaban cierto respeto, y le prodigaban atenciones tan delicadas que me confirmaron en mis sospechas.

Cuando fue hora de que yo volviese á casa de Chan-Yu, sir Stoddart me abrazó, Alberto me dió un beso en la frente, y esto acabó de disipar mis dudas. Alberto era una muger.....

Este misterio me llamó la atencion y quise aclararlo.

Entónces con una sagacidad digna de un celeste Emperador, y para ostentar mi sutil penetracion; dije á mi chino aturdido:

—Por qué la muger de sir Stoddart pasa por hijo suyo, y se viste de hombre?

—En la factoría no hay mugeres, me contestó el criado; sir Alberto es un hombre.

—Me tomais acaso por un chino, querido mio?

Y he aquí á vuestro amigo que empieza á hablar á mas y mejor para probar el sexo de Alberto. Hizo mencion de la costura que Alberto habia ocultado á su llegada, y por último, hizo tanto que convenció á su guia. Pero á medida que vencia su incre-

dulidad, notó que la fisonomía del chino tomaba una expresion estraordinaria de alegria, y que repetia con tono siniestro: «Mugeres en la factoria! mugeres..... Oh! bueno! bueno!..... mugeres!..... si fuese cierto!.....»

Esto me hizo creer que habia dicho alguna barbaridad.

Ya hacia un rato que me hallaba recogido, procurando colocarme lo mejor que me fuese posible sobre una estera de junco, donde debia pasar la noche, cuando oí en el aposento inmediato la voz de mi criado. Hablaba de prisa, y el interrogatorio que sufria me dió á conocer que el asunto de que trataban interesaba mucho al mandarin.

—Como, decia Chan-Yu, estas seguro que se han atrevido á introducir una muger.....

—El jóven extrangero no ha podido equivocarse.

—Ah! gracias, Log-Tí, esclamó Chan-Yu, has desempeñado dignamente tu mision. Ese niño es verdaderamente el elegido del gran Tien, y él vá á salvar el imperio. Retírate Ming; sé discreto, y vive seguro de que serás recompensado.

El esclavo salió.

—Qué haremos? repuso el mandarin de botones blancos.

—Arrancaremos mañana esa muger del lado de esos malditos europeos, y la enviaremos á Pekin. Su suplicio servirá de ejemplo. Tal es mi opinion.

—Y la mia tambien, Log-Ti. Si se dejase á las mugeres europeas vivir entre nosotros, en breve veríamos el imperio invadido por los extrangeros. Necesitamos á estos para nuestra prosperidad, pero Canton debe ser para ellos un lugar de destierro.

Su mayor deseo al entrar aquí debe ser el de marcharse al punto.

—No temeis su resentimiento? preguntó Log-Ti. Los ingleses son muy poderosos.

—No pensemos ahora en ello: por otro lado este acontecimiento probará nuestro celo, y servirá á ocultar nuestro objeto.

—Decis bien. Dad, pues, vuestras órdenes, Chan-Yu, para que al ser del dia se verifique la prision.

—Asi se hará.

—Que la noche os sea propicia, Chan-Yu.

—Que ella os traiga en sueños de dicha, Log-Ti.

No oí mas. Sobrecogióme entonces un horror profundo y sentí remordimientos: «No, dije para mí, eso no puede suceder: esa jóven y hermosa muger no será víctima de mi aturdimiento. Como! porque ella haya faltado á esa ley bárbara que prohibe al hombre ver á la compañera de sus dias, á la madre de sus hijos ha de perecer en medio de horrorosos suplicios!..... y he de ser yo la causa!..... Oh!..... no!..... Cómo la salvaré!... No lo sé..... Acaso sea esta una empresa imposible; pero debo intentarla. Dios me ayudará! Partamos.»

Al punto me levanté, y á tientas procuré buscar por donde salir. Despues de andar varios pasos me hallé en el patio, y ya me dirigia á la puerta, cuando un soldado que estaba de centinela, y que yo no habia visto se dirigió á mí. Un sudor frio inundó mi cuerpo. Salir mal á la primera tentativa!

—Qué haces aquí? me preguntó.

—Ya lo ves, me paseo, contesté con serenidad.

—Ah! perdona, dijo; tu puedes obrar aquí como gustes. El señor Chan-Yu nos ha mandado que respetemos tu voluntad.

—Abre esa puerta.

—Al instante, señor.

Yo respiré; me hallaba en la calle. La noche estaba oscura; y andando arrimado á la pared, pasé sin ser notado de los centinelas ni de los serenos. Todo me favorecia, y yo andaba errante por las calles, con el corazon lleno de esperanza, y procurando recordar el camino que debia seguir. Pero cuando llegué al cuerpo de guardia, adonde me habian detenido aquella mañana, y hallé cerrada la puerta de la ciudad y guardada por varios soldados, experimenté de nuevo una ansiedad cruel. Esta puerta, me dije, no se abrirá hasta que sea de dia y todo se perderá! Dios mio! ya hace rato que dejé el palacio de Chan-Yu acaso me esten buscando!..... No podré salvarle?

En momentos desesperados, es muy raro que no nos asalte una buena idea. Yo acababa de encontrar la que me hacia falta.

Para un discípulo de gimnástica, no era cosa dificil subir por el asta de una bandera, echar una de las cuerdas con que se iza al otro lado del muro, y deslizarme por ella. La oscuridad me protegia, el viento cubria el ruido de mis pasos, y en breve me ví fuera de la ciudad. Ya no se me oponia ningun obstáculo; corro por el camino llego á la factoría y llamo..... Yo la salvaré! yo la salvaré!

Nadie me abrió; seguí dando golpes, y

una persona se asomó á una ventana.

—Abrid! tengo que hablar ahora mismo á sir Stoddart.

—No se incomoda á las gentes á tales horas, idos á acostar.

—Es que tengo que hablarle de un asunto que le interesa muchísimo; abrid, abrid, os lo suplico.

—Se le ha pegado quizá fuego á la factoría?

—Por el lado del Norte.

—Oh! Dios mio!

Y el portero abrió precipitadamente la puerta.

Los golpes que yo habia dado á la puerta, habian despertado á todos, de modo que encontré en pie á sir Stoddart.

—Si quereis salvar á vuestra esposa, le dije, no perdais un instante.

—Mi esposa! repitió con terror.

—Sí, vuestra esposa. Todo se ha descubierto. Mi ignorancia, mi bestialidad es la que os pierde. Pero llego á tiempo para.....

A la sazon se presentó la jóven atraida por el ruido. Su marido la estrechó en sus brazos, y cuando le refirió lo ocurrido perdió el color y se echó á llorar.

Me arrojé á sus pies.

—Perdonadme, le dije, porque no sabia lo que me hacia. Pero, partid pronto. Mirad los primeros rayos del dia..... dentro de nada estarán aquí.

El pobre marido estaba turbado. No sabia mas que llorar y abrazar á su muger.

—Pero no teneis, le dije un sitio donde ocultar á vuestra esposa por algun tiempo? Yo no puedo tardar mucho en subir al trono, y mi primer acto de Emperador será la abolicion de esta infame ley.

—Este niño está loco! esclamó la jóven con alegria. Nadie amenaza nuestra existencia!

—Oh! no! no!..... no estoy loco..... No os formeis tales ilusiones!..... Confieso que es muy extraordinario cuanto me sucede..... Yo mismo no puedo explicármelo; pero es verdad lo que os digo..... He hecho el mal, y quiero repararlo..... Para eso he venido apresuradamente..... Partid! partid!

En este momento se presentó un criado diciendo:

—Se distingue á los soldados de la Milicia Tigre, mandados por el mandarin Chan-Yu.

—Cierra las puertas, William!



Los soldados de la Milicia Tigre.

—Con que es verdad! murmuró sir Stoddart aterrado. Pero, qué haremos?

—No hay ningun buque próximo á darse á la vela?

—Si señor, contestó un esclavo. El *Butterfly* está ya en franquía; podria enviar una lancha y dentro de dos horas se hallaria en salvo nuestra querida señora.

—Pero para eso seria menester prevenir al capitan. Por otro lado como hemos de aguardar dos horas? dijo sir Stoddart con la mayor afliccion.

En aquel momento sonaron repetidos golpes á la puerta. Todos perdimos el color y guardamos silencio.

—Entretenedlos un poco, grité al portero, y no abrais hasta que se os lo diga. Vamos, sir Stoddart, valor! abrazad á vuestra muger y confiadla á mi cuidado. Yo quiero, yo debo salvarla; y el corazon me dice que lo lograré. Indicadme una salida secreta: haré que llegue á manos del capitan del Butterfly una carta, manifestándole lo ocurrido. Un cañonazo disparado á bordo os anunciará el buen éxito de nuestra empresa.

—Yo no puedo acompañaros; debo quedarme en la factoria. Tomad este puñal.....

No pudo concluir su frase: la puerta de la calle cedia á los esfuerzos de los chinos, y se oian sus gritos de triunfo. Arranqué á Ana de los brazos de su marido, y tomándola por la mano, seguí á un criado fiel que nos precedia con una antorcha de resina, por un oscuro corredor. Ya era tiempo pues los soldados invadian la factoría.

El subterráneo por donde ibamos, venia á dar á la parte del muelle, donde los pobres viven en los sam-paans, especie de poblacion flotante, en que las mugeres son bateleras y los hombres mozos de cordel.

—¿Porqué no hemos de pedir á estas buenas gentes que nos den un asilo en sus barcas? dije á mistres Stoddart.

—Los naturales de este pais son poco hospitalarios, me contestó. Probemos, sin embargo, pues mi marido ha sido siempre bueno para ellos.

—Entonces, no hay por qué desanimarse. El agradecimiento suplirá en ellos la falta de costumbre: entremos.

—Por fortuna nuestra, dió la casualidad que la familia á quien nos dirigimos, habia recibido muchos beneficios de sir Stoddart. Ocultónos la muger en su tienda, y nos afirmó que su marido, cuando volviese, nos recibiria de la mejor voluntad. Desde luego pensé que era el hombre que necesitaba para que llevase la carta al capitan del buque ingles, y me puse á escribirla en una hoja de mi cartera. Entretanto soplaba el viento; y el *Butterfly* podia dar á la vela de un instante á otro.

La pobre muger estaba sentada en un rincon, orando, con la cabeza inclinada, y la mirada triste y taciturna.

—Ya ves que estoy tranquila y resignada, me decia, cuando me mostraba demasiado impaciente.

—No, no me digais eso; el que aguardamos vendrá de un momento á otro; la sola idea de no poder salvaros me mata!

Entonces me alargaba una mano que yo regaba con lágrimas.

—Ya está aquí! gritó la batelera entrando con su marido en el reducido recinto donde estábamos ocultos.

—Es menester que lleveis esta carta al capitan del buque ingles que está en franquía, le dije.

—Pero como he de abordar al Butterfly? me respondió el hombre: Como he de burlar la vigilancia del *houpou*? sus lanchas no dejarán al buque hasta que se de á la vela.

—Meted una piedra dentro de esta carta, y tiradla desde lejos sobre el puente del buque. Se trata de la vida de esta señora, de mistres Stoddart.

—De mistres Stoddart! entonces venga la carta. Por servirla arrostraré los mayores peligros. Venga, venga; la diosa del Perdon nos protege?

El marinero partió, y nosotros permanecimos durante dos horas silenciosos y sin que nos atreviéramos á comunicarnos nuestros mútuos temores. Ya el sol habia recorrido parte de su carrera, y se oia en la ciudad un gran rumor. Era que nos buscaban.

Un ruido de remos nos advirtió que el barquero estaba de vuelta. A poco entró.

—Qué tenemos? le pregunté.

—He desempeñado mi comision, me dijo: Idos por el lado de la bahía de Tí; y permaneced allí ocultos entre los peñascos. Las embarcaciones chinas del gobierno ignoran lo que acontece en Canton; y el capitan del Butterfly va á enviar una lancha con seis vigorosos remeros, con el pretesto de hacer agua. Estad seguros que ellos os librarán.

Esta seguridad reanimó á mistres, Stoddart; levantóse para salir, pero yo la detuve.

—He visto por las ventanas, dije que hay una multitud inmensa reunida en el muelle, y que es imposible podais atravesar por medio

de ella, sin ser reconocida con ese trage. Buenas gentes, continué dirigiéndome al matrimonio que nos habia albergado, completad vuestra obra, proporcionando un vestido á esta señora. Sir Stoddart os lo recompensará como mereceis; y quizas dentro de poco sabreis que un Emperador puede tambien tener memoria.

Al punto la muger ayudó á la jóven inglesa á vestirla el trage que usa la miserable clase de esta parte de la poblacion de Canton; calzones y un capoton azul, y en la cabeza un gorro adornado con cuentas de coral. Yo tambien me disfrazé poniéndome una especie de saco y un sombrero de paja de forma cónica. De esta suerte salimos de nuestro retiro, y atravesamos por medio de la multitud sin que nadie nos conociese. El barquero nos indicó el camino que debiamos seguir, y nos separamos de él abrazándolo.

—Ahora, apretemos el paso. Ana, tomad mi brazo.

—He encontrado de nuevo mis fuerzas, me dijo; si no hubiera sido por vos, á estas horas estaba perdida.

—No digais eso; si no hubiera sido por mi causa, aun estariais al lado de vuestro esposo.

El camino estaba desierto: á poco oimos gritos y esclamaciones que no nos causaron inquietud porque sonaban lejos.

Al volver un recodo del camino, nuestra inquietud y la precipitacion con que andabamos llamó la atencion de un chino que pasaba á la sazon, y que fijó su vista en los pies de mi compañera. Ah! su calzado no era el de los indígenas: su delicado pie no habia sufrido ninguna mutilacion; sus cuatro dedos no habian sido doblados bajo la planta del pie, y su pulgar no formaba la punta que exige la moda china.

—Ellos son! gritó el chino al reconocernos.

Y dió á correr en otra direccion gritando y llamando á nuestros perseguidores.

—Todo se ha perdido! dijo la pobre muger pálida y temblorosa.

—No, no, corramos!

Pero sus piernas se doblaban; y tuve que tomarla en brazos.

Bien pronto oí el ruido de las armas, y ví que la milicia tigre nos seguia de cerca. Por otro lado veia la lancha inglesa y esto aumentaba mis fuerzas, no menos que el temor de caer en manos de un soldado que se habia adelantado á los demas y á quien ya casi tenia encima.

Ya habia entrado en el agua y me dirigía á la lancha que no podia arrimarse mucho á la orilla por no encallar, cuando me alcanzó el soldado, emprendiendo conmigo una lucha tenaz para quitarme mi preciosa carga: al mismo tiempo llamaba á sus camaradas que acudian por todas partes.

—Qué momento tan cruel!..... el soldado iba á quitarme á Ana, y yo no podia defenderla, ni tenia con qué..... Oh! sí!..... sí!..... el puñal de sir Stoddart.

Mi agresor cayó al mar.

Los marineros se apoderaron de Ana, y se alejaron haciendo volar la lancha sobre las olas.

Ana vuelta en sí agitaba su pañuelo en señal de despedida; yo le contestaba con el mio.

Justamente en el momento que subia á bordo del buque ingles, los soldados me arrastraron con violencia á la playa; pero sus injurias no podian distraerme; pues estaba prestando atento oido al lado de la mar: al fin sonó un cañonazo.

—Dad gracias á Dios, sir Stoddart, pues vuestra muger se ha salvado! esclamé.

—Es verdad; pero el gran Tien sabrá castigarte como mereces me dijo el mandarin Chan-Yu, que se hallaba á mi lado.

Ay! amigos mios; no fue el gran Tien el que me castigó sino el profesor que me mandó al calabozo por algunos dias á soñar en el celeste imperio y á expiar mi hora de sueño.

T. por C.

Estudios de Historia Natural.

LAS SERPIENTES.



Por horribles que parezcan á nuestra vista las serpientes, será un insensato el que halle falta en el mundo por haber criado el Señor estos réptiles, unos ponzoñosos, muchos voraces, y todos horrorosos. Ellos forman parte de la naturaleza animada, y aunque ignoramos todos los designios del Criador en su formacion, son tambien dignos de nuestro exámen. La variedad y número de los reptiles es muy grande, pero aquí nos reduciremos á tratar de aquellos individuos que no podemos considerar sin horror, y cuya vista hace coagular la sangre en las venas del cuerpo humano. Entre las culebras (aquí contrahemos este nombre á las pequeñas) hay algunas reputadas por inocentes, y que se mantienen con la caza de pájaros y otros animales pequeños, como ratones, etc.; estas no causan horror á quien las ha visto antes, por mas numerosas que sean, ni mas cerca que se descubran. Nosotros hemos encontrado tantas en la provincia de Cuyo, asi como en los campos junto al Bio Bio, América Meridional, que hemos paseado por media hora entre ellas, alzando las cabezas una vara, conforme nos ibamos paseando, sin la menor aprension de nuestra parte, seguros de que no habia peligro. Al mismo tiempo hay otras, particularmente la especie llamada de cascabel, que no se pueden mirar sin horror por su mortífero veneno. Esta especie abunda en las provincias de Nueva Granada mas que en otra alguna seccion del Sud de América. Pero el horror que causan todas las especies de vívoras, alacranes y otros reptiles semejantes, es efecto de la aprehension del daño y no de su apariencia, lo que no es el caso con las serpientes y dragones, cuyos nombres nos dan la idea de monstruos espantosos. La fábula nos los ha representado con todos los caracteres de horribilidad que ha podido hallar la imaginacion mas exaltada; sin embargo, tal es la perversidad de la mente humana en estado de barbarie, que estos objetos de horror han constituido el fetiquismo entre todas las tribus Africanas y Americanas, y aun podemos trazarlo entre los primitivos Judios en el desierto. Las serpientes eran los féticos de los mejicanos y peruanos, como las hallamos entre las ruinas de sus Cues ó adoratorios, y actualmente son los ídolos de casi todas las naciones de negros.

Dos son las especies de serpientes mas estraordinarias de que tenemos noticia; la una propia de América y Africa, la otra mas peculiar al Asia, siendo esta última conocida por el nombre de Boa constrictor entre los naturalistas desde el tiempo de Plinio, pero la primera no tiene nombre general, dándole cada tribu uno á su antojo. La diferencia mas notable entre estas dos especies consiste en su grosor y en su largor: el Boa constrictor tiene generalmente diez varas de largo, y no es estraño hallarlos hasta la estraordinaria dimension de veinte varas, mientras que las serpientes de Africa y América rara vez exceden de siete varas, pero son de doble grosor del Boa.

Don Antonio Ulloa, en su «Viaje á la América Meridional,» tratando de esta serpiente dice: «Aseguran que el largo de esta culebra, como el grueso de su cuerpo,

es sin mucha diferencia semejante al tronco de un árbol envejecido en el suelo; que al rededor de toda ella cria una especie de barba, sin duda del polvo y lodo que se le pega al arrastrarse por los pantanos, y secándose luego con el sol; lo que contribuye á su lento movimiento, y cuando se mueve de un sitio es cuasi imperceptible su paso, dejando en el suelo un rastro como el de un gran madero arrastrado por él. Dicen tambien que se traga ó engulle entero cualquier cuadrúpedo, y que la capacidad de su gaznate y boca es tan grande que ejecuta lo mismo con un hombre. Lo mas singular que de ella refieren, viene á ser que contiene su aliento una virtud atractiva de tal eficacia, que sin moverse de un parage arrastra á sí cualquier animal que llega á encontrarse dentro de aquellos términos á donde puede alcanzar la vehemencia de su atraccion, cosa que no deja de hacerse repugnante á la credulidad. Danla el nombre de *Yacu Mama*, que significa Madre del agua, por habitar en los lugares donde hay lagunas. Lo que yo puedo decir sobre este asunto, habiéndolo ecsaminado con algun cuidado por informes los mas seguros, es que su magnitud escede á lo que parece regular; y que con su aliento embriaga á cualquier animal, hasta que acercándose llega á tragarlo."

La figura y tamaño de las serpientes en relieve que se han hallado en las ruinas de varios edificios de Nueva España, como están trazadas en los grabados de la espléndida obra del Lord Kingsborough, «Antigüedades Mejicanas,» son semejantes á las mencionadas por Ulloa.

La otra especie de serpientes gigantescas es el Boa del Asia. El lugar que el Boa, asi como el *Yacu Mama*, ocupan en la creacion bruta rastrera es el primero con respecto á su enormidad, asi como el avestruz entre los ovíparos, el cóndoro entre las aves voladoras, el elefante entre los cuadrúpedos, y la ballena entre los habitantes del mar.

El boa, tan terrible en su apariencia, no es ponzoñoso, ni tampoco lo es el *Yacu Mama*, ni las especies grandes de culebra; ninguno de estos reptiles tiene en la mandíbula superior aquellos colmillos sobresalientes que caracterizan la culebra de cascabel, la víbora, el áspid, &c., por los que introducen en los cuerpos vivientes su mortífero veneno; con esta escepcion, la dentadura es igual en todos, siendo iguales los dientes, sumamente agudos, y algo inclinados hácia dentro; inútiles para la masticacion, y sin otro destino, al parecer, que el de asegurar la presa, cuyas dimensiones no escedan la capacidad de su cruel boca. Para matar animales grandes, tiene el boa otro poder mas eficaz, tal es la irresistible fuerza muscular con que destruye á cualquier animal por grande que sea, y de aqui viene el nombre de *constrictor* que se le ha dado. Es verdad que casi todas las culebras poseen en algun grado esta fuerza constrictiva; pero no se sabe que las especies menores hagan uso de ella para destruir su presa, bastándoles la boca y dientes para este efecto.

Estos enormes réptiles, no requiriendo alimento sino á largos intérvalos, pasan la mayor parte de su vida enroscados y durmiendo; en tal estado de estupor que toca á lo insensible, cuando pudieran ser destruidas por cualquiera otro animal, si hubiera alguno que pudiese familiarizarse con su horroroso aspecto. Saciada de comer con su acostumbrada voracidad, ó por mejor decir, entorpecida la parte superior de su cuerpo con la todavia no deshecha osamenta, queda tan embarazada que puede el hombre llegarse á ella con seguridad, pero atacarla en un estado desembarazado seria una temeridad fatal.

Cuando estimulado por el hambre sale el gigante boa á buscar su presa, adquiere una actividad tan estraordinaria que hace mayor el contraste con su anterior inercia. Correr por los campos no le seria ventajoso, porque el ruido que causaria su movimiento tortuoso por entre los matorrales avisaria á los animales de su llegada, por lo que se pone en acecho, regularmente en las ramas de un árbol, y en un parage donde es muy probable acudan los cuadrúpedos, por razon del pasto ó por el agua que haya por alli cerca. Enlazada en las ramas se está meciendo, como si fuera parte del árbol, hasta que algun malhadado animal se acerca, y entonces, aflojando repentinamente sus roscas, se arroja sobre la incauta víctima, y dando dos ó tres vueltas espiralmente por la caja del cuerpo y pezcueso, le oprime con toda su fuerza. Debe observarse que para producir mayor efecto, el boa forma sus roscas una sobre otra, para añadir tanto peso cuanto juzga necesario para ultimar al animal apresado, siendo una observacion

general, en todas las fieras, escepto algunas de la tribu felina, el matar la presa cuanto mas pronto pueden. Las víctimas del terrible boa apenas tienen lugar para hacer mas de un esfuerzo, quedando pronto sofocadas y muertas. Luego que la serpiente percibe que ha espirado el animal, se enrosca todo á lo largo del cuerpo, apretando con una fuerza tan intensa, que quebranta los huesos mas principales, para reducir el cuerpo á un estado de flexibilidad como si fuera todo una pulpa. Hecha esta preparacion principia la tarea de engullir la osamenta: primero la pone en la posicion mas adaptada, luego cubre toda la superficie con su saliva, tan glutinosa que queda el pelo pegado al cuero, haciéndolo de este modo mas resbaladizo; la cabeza del animal es lo primero que entra en la voraz boca, la cual es susceptible de una espansion prodigiosa, y por una sucesion de contracciones musculares fortísimas, sigue tragando el resto del cuerpo. Las presas mas comunes del boa son perros, venados, y otros cuadrúpedos menores. El Obispo de Calcuta, Héber, en su visita al interior del Indostan, hace pocos años, considera como un cuento el poder del boa para atacar á los cuadrúpedos mayores como vacas ó búfalos, pero este sábio prelado habla solo del boa del Indostan, y hay razon para creer, que esta serpiente es mayor y mas formidable en Ceilan, Batavia, y otras partes del Asia; sin embargo, conviene en que el hombre suele ser presa del terrible boa, como se verá por la siguiente anécdota:

«Pocos años despues de nuestra visita á Calcuta, dice Héber:» el capitan de un barco costero, durante una calma, mandó un bote á la costa de Sunderbunds, terreno entre las bocas del Gánges, para comprar frutas frescas que cultivan los miserables habitantes de aquella region desolada. Habiendo llegado á la orilla amarraron el bote, y fueron hácia las casuchas de los indios, dejando un marinero para cuidar de él. Sintiéndose cansado este, y fatigado por el calor, se acostó bajo los bancos del bote, á la sombra de unos árboles y se quedó dormido. Un enorme boa, que ó estaba en acecho entre las ramas ó salió del matorral vecino, vino al bote, y ya estaba enroscando el cuerpo del dormido Lascar para estrujarlo de muerte, cuando afortunadamente volvieron sus compañeros en tan crítico momento, y atacando al monstruo por varias partes, le cortaron un gran pedazo de la cola, quedando asi imposibilitado de hacer daño al marinero, porque cercenada una parte de las serpientes pierden su fuerza constrictiva. Sin embargo, el monstruo amenazaba con la boca, hasta que un acertado golpe de remo le dejó tendido sobre la tierra, sobre el bote y el agua. Muerto el terrible boa, lo midieron y se halló que su largor era nada menos de veinte y dos varas y media.

M. D.

Estudios Biográficos.

DON JOSÉ ÁLVAREZ.



En todos los tiempos ha producido la naturaleza hombres de reputacion y fama en las letras, artes y ciencias, sin que pueda decirse que han sido esclusivos á una nacion ó á un pueblo determinado. Todos cuentan su catálogo de hombres sobresalientes, no siendo España la que menos, á pesar de los obstáculos con que tenia que luchar el genio en años pasados para darse á conocer. Pero como para el verdadero genio no hay trabas ni obstáculos que no se atreva á vencer y lo logre

con mas ó menos amplitud, de aqui resulta que no han quedado oscurecidos los grandes trabajos de hombres justamente célebres, y que son hoy dia la gloria del pueblo que los vió nacer.

En este caso se encuentra el insigne escultor D. José Alvarez que ha florecido en nuestro siglo, y cuya fama está cimentada en el mérito de sus obras: á estas debe su nombre, y no al prestigio de la gloria, que las mas de las veces abulta y presta proporciones colosales á los hombres que contemplábamos al traves de los siglos, que no parece sino que crecen á proporcion de las distancia que nos separa de ellos: tal es el privilegio de la gloria: la aureola luminosa con que rodea á sus hijos predilectos, brilla mas, á medida que cada generacion apreciando su mérito y sintiendo su falta, añade prestigio al prestigio de su nombre, consagrando nuevas páginas á celebrar sus hechos y las obras que los ilustraron.

Esto sucederá al insigne español objeto de estas líneas, cuando una y otra generacion admire las escelentes obras que ha dejado: mas esto no quita que la presente la tribute un justo homenage de admiracion.

D. José Alvarez, nació en 25 de Abril de 1768 en la villa de Priego: aun era muy niño cuando empezó á ayudar á su padre en la profesion de cantero. Su excelente disposicion y sus deseos de aprender le llevaron á la edad de 20 años á Granada para asistir á la Academia de dibujo: ya habia ejercitado algo su cincel, de suerte que al volver de la Academia, el Ayuntamiento de su pueblo le encargó una escultura que representase á un leon despedazando á una serpiente. Esta obra, que aun se conserva, descubrió sus talentos artísticos, y le valió la proteccion del Ilmo. Sr. Góngora, Obispo de Córdoba, quien le llevó á la Academia que él mismo habia establecido, y de la que salió Alvarez unos dos años despues. Desde Córdoba pasó á la corte, y se matriculó en la real Academia de S. Fernando el dia 25 de Abril de 1794: en ella se dió á conocer por su estraordinaria aplicacion y por los progresos que hacia, por los cuales mereció optar las premios generales de la Academia en 1799, ganando el de primera clase: la obra que ejecutó fue un bajo relieve que representaba al Rey D. Fernando I y á sus hijos llevando sobre sus hombros el cuerpo del arzobispo de Sevilla S. Isidoro, y acompañados del pueblo y clero.

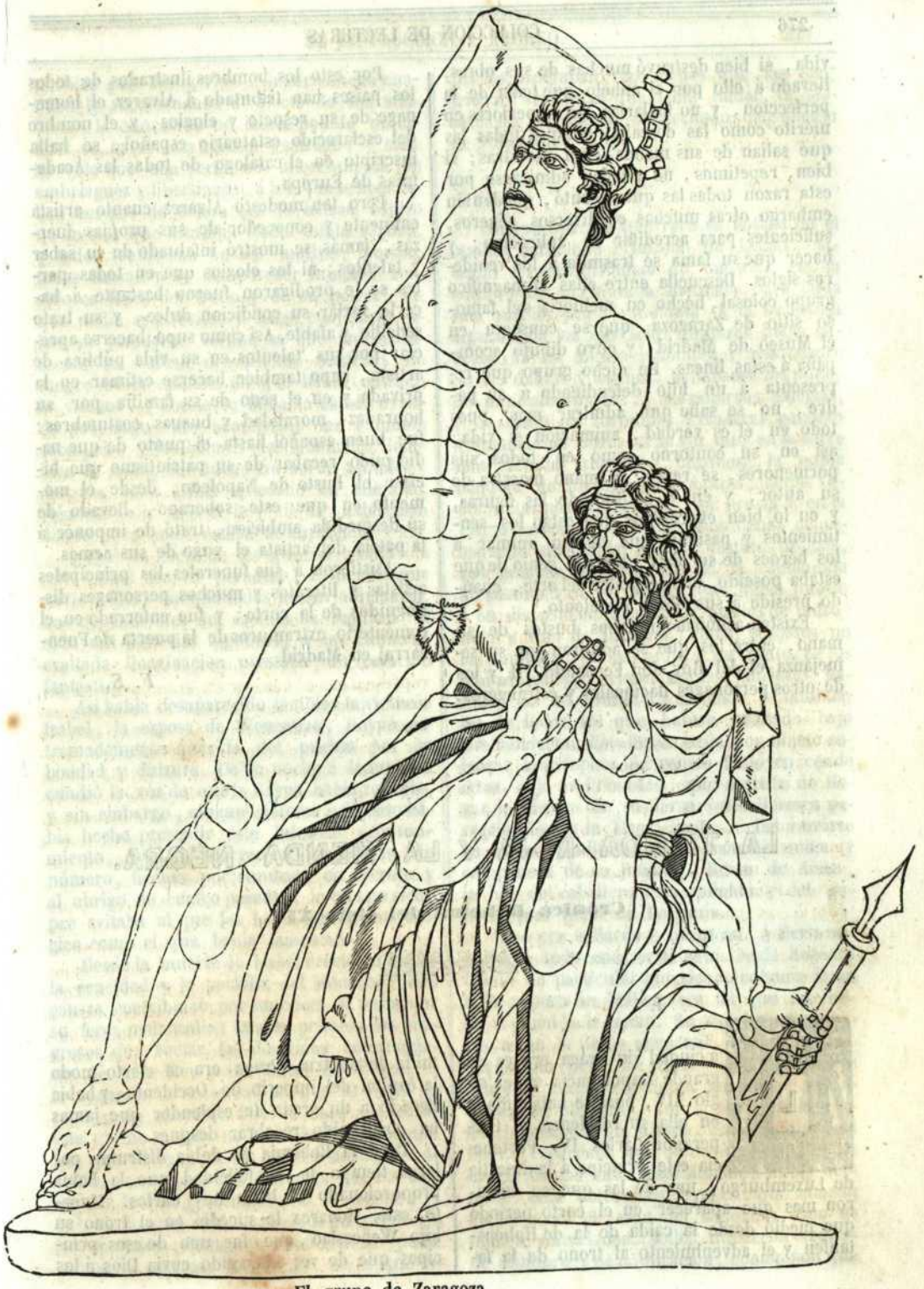
Despues de esto se expidió una real órden por la cual se le nombraba para que pasase al extrangero, y extendiese y perfeccionase sus conocimientos en las grandes capitales de Paris y Roma. Apenas llegó á la primera de éstas tuvo noticia de que el Instituto de Francia abria el concurso de premios generales, y confiado en sus fuerzas, se presentó en la palestra; en la cual quedó victorioso, pues si bien no se le adjudicó el primer premio, por estar reservado á los artistas nacionales el Instituto le adjudicó el segundo de escultura, en sesion pública de 15 de Octubre de 1802.

En la exposicion de 1804 presentó su estatua de Ganimedes, vaciada en yeso, que llamó extraordinariamente la atencion de todos los conocedores, y muy particularmente la del célebre David que colmó de elogios á la obra y á su autor, comparándola con las mejores de la Grecia. Remitió Alvarez esta estatua á la corte, y el Rey mandó colocarla en la Academia de S. Fernando, donde se conserva. Napoleon que sabia apreciar el mérito, dió al escultor Alvarez, en testimonio del aprecio que hacia de sus talentos una medalla de 500 francos.

Poco despues quiso hacer una estatua que representase á Aquiles en el momento de ser herido por la flecha mortal. El modelo que hizo para llevar á cabo su obra, era de un mérito tan extraordinario, que el mismo David manifestó, que el artista habia tenido que vencer en aquella obra dificultades inaccesibles al arte. Desgraciadamente se inutilizó esta obra, siendo á Alvarez imposible, el restablecerla por haber tenido que partir inmediatamente á Roma.

En esta capital fue donde Alvarez adquirió su merecida nombradía por el gran número de obras que ejecutó, distinguiéndose entre ellas la composicion de cuatro bajos relieves, que representaban; el uno á Leonidas en el paso de las Termópilas; otro á Julio César, revistando á su ejército; el tercero á Júpiter designando á Octavio entre la juventud romana; y el cuarto el sueño de Aquiles en el sitio de Troya: estas escelentes composiciones le valieron el título de individuo de número, y despues el de miembro del consejo secreto de la Academia de San Lucas.

Así siguió trabajando y adquiriendo cada vez mas, nueva nombradia hasta el año de 1827, que falleció, un año despues de su regreso de Roma. En el transcurso de su



El grupo de Zaragoza.

vida, si bien destruyó muchas de sus obras, llevado á ello por el anhelo que tenia de la perfeccion, y no hallarlas tan superiores en mérito como las deseaba, aunque todas las que salian de sus manos eran maestras; si bien, repetimos, no pueden admirarse por esta razon todas las que ejecutó, quedan sin embargo otras muchas en diversos géneros, suficientes para acreditar su aplicacion, y hacer que su fama se trasmita á los venideros siglos. Descuella entre ellas el magnífico grupo colosal, hecho en memoria del famoso sitio de Zaragoza, que se conserva en el Museo de Madrid, y cuyo dibujo acompaña á estas líneas. En dicho grupo que representa á un hijo defendiendo á su padre, no se sabe qué admirar mas, pues todo en él es verdad, animacion y vida: asi en su contorno como en todos sus pormenores, se revela la mano maestra de su autor, y en la actitud de las figuras, y en lo bien expresados que están los sentimientos y pasiones que debian animar á los héroes de su obra, todo el genio de que estaba poseido, todo el poder del arte, cuando preside á sus obras el talento.

Existen asimismo muchos bustos de su mano, entre los que se admiran por su semejanza el del Rey don Fernando VII y los de otros personages nacionales y estrangeros.

Por esto los hombres ilustrados de todos los paises han tributado á Alvarez el homenage de su respeto y elogios, y el nombre del esclarecido estatuario español, se halla inscripto en el catálogo de todas las Academias de Europa.

Pero tan modesto Alvarez cuanto artista eminente y conocedor de sus propias fuerzas, jamás se mostró infatuado de su saber y talentos; ni los elogios que en todas partes se le prodigaron fueron bastante á hacerle variar su condicion dulce, y su trato sencillo y afable. Asi como supo hacerse apreciar por sus talentos en su vida pública de artista, supo tambien hacerse estimar en la privada y en el seno de su familia por su honradez, moralidad y buenas costumbres: fue buen español hasta el punto de que nadie pudo recabar de su patriotismo que hiciese el busto de Napoleon, desde el momento en que este soberano, llevado de su desmedida ambicion, trató de imponer á la patria del artista el yugo de sus armas.

Asistieron á sus funerales los principales artistas y literatos y muchos personages distinguidos de la corte; y fue enterrado en el cementerio extramuros de la puerta de Fuencarral en Madrid.

F. S.

LA TIENDA ROJA Y LA TIENDA NEGRA.

Crónica Bohema del siglo XIV.

I.

La ciudad de Praga era ya de grande importancia en el siglo XIV, porque habia fijado en ella su residencia el Emperador Cárlos IV. Pertenecia este príncipe á la dinastia de Luxemburgo, una de las que no hicieron mas que aparecer en el corto periodo que medió desde la caida de la de Hohenstanfen y el advenimiento al trono de la familia de Austria. Praga era en cierto modo la capital del imperio de Occidente, y habia llegado á un grado de esplendor que jamas ha conseguido recobrar despues.

Pero la Bohemia no debia disfrutar por largo tiempo de la felicidad que la habia proporcionado el buen Rey Cárlos. Muerto este Monarca le sucedió en el trono su hijo Wenceslao, que fue uno de esos príncipes que de vez en cuando envia Dios á los

pueblos para castigarlos. Ninguna buena cualidad le recomendaba al afecto de sus súbditos: la educacion no habia podido modificar su naturaleza agreste y salvage, y toda su vida fue una serie no interrumpida de embriaguez y libertinage, á los que se mezclaban accesos de cólera que le hacian odioso no menos que temible. Nadie estaba seguro, y todos temblaban no sin motivo, porque todos habian visto desaparecer muchos servidores fieles del trono y de su patria, sin que nadie se atreviese á hacer conjeturas sobre su paradero. Verdad es que frecuentemente se habian descubierto manchas de sangre en la estancia en que habia entrado la víctima, y donde se la habia estado oyendo por largo rato acompañar las ruidosas carcajadas y los brindis del Monarca: tambien se habia oido luego un sordo gemido, y despues todo habia quedado en silencio; viéndose salir solo al Rey de la habitacion donde poco antes estaba acompañado.

¿Qué se hacia de los que no volvian á salir? Cual era su paradero? Esto es lo que nadie sabia, aunque todos creian adivinarlo. Los dependientes del castillo se referian al oido mil historias lúgubres, á las cuales su exaltada imaginacion prestaba un colorido fantástico.

Asi habia desaparecido tambien la virtuosa Isabel, la esposa de Wenceslao, Reyna extremadamente querida del pueblo por su bondad y dulzura. De la noche á la mañana cundió la voz de que la Reyna habia muerto, y sin embargo, ningun síntoma peligroso habia hecho presentir este infausto acontecimiento, que dió márgen á conjeturas sin número, hechas por supuesto en secreto y al abrigo de cuatro paredes, lo que no siempre evitaba al que las hacia un fin tan trágico como el que habia lamentado.

Desde la muerte de Isabel creció de punto la crueldad y la perfidia del Monarca: dos causas contribuian por entonces á aumentar su feroz melancolia: era la primera los progresos que hacian las doctrinas reformadoras de Juan Hus y Gerónimo de Praga, y la segunda la necesidad en que se veia de reponer su exhausto tesoro. Para conseguir este último objeto no habia hallado otro mejor que el exigir á los nobles bohemios le restituyesen todos los dominios que en otro tiempo habian pertenecido á la corona, y que les habian sido conferidos por premio á sus servicios. Semejante peticion no podia menos de acarrear rebeliones; asi es que todos las esperaban, no menos que las sangrientas venganzas que debia tomar el Monarca de los que no obedeciesen ciegamente su voluntad.

II.

Ningun aparato guerrero se notaba en el castillo del conde Primislao de Letzks, situado á corta distancia de Budweis en la cumbre de una elevada montaña cuya falda está regada por el Moldau. A la bulliciosa algazara de los ejercicios militares habia sucedido la no menos bulliciosa y mas alegre de las danzas y festines: hallábanse los puentes levadizos bajados, y las poternas abiertas; y de todos los torreones y troneras pendian guirnaldas de flores, á la vez que en la torre mas elevada tremolaba orgullosa la noble bandera de los condes de Letzks, tantas veces victoriosa en Livonia, en Prusia y en la Tierra-Santa. Veíanse los patios llenos de numerosos siervos del conde, vestidos de gala, que gozaban ampliamente de la espléndida hospitalidad de su señor, que habia puesto á su disposicion numerosos toneles de hidromiel y vino de Hungria. Estos placeres no les impedian prestar oido á los cantos de los trobadores que celebraban las gloriosas hazañas de los condes de Letzks, y tambien las de todos los que habian militado bajo sus banderas. Este festin tenia por objeto celebrar la próspera bienvenida del jóven conde Olao, hijo de Primislao, que acababa de llegar la víspera de su larga y caballeresca peregrinacion á la Tierra-Santa, é iba á unirse en santo é indisoluble lazo con la amiga y compañera de su infancia, Berta de Ziska, la hija del caballero mas valiente y del general mas hábil de Bohemia.

Olao era gallardo y hermoso; y Berta superior á todo encarecimiento. Nada hubiera tenido de particular que siendo bohema fuese bella; pero su belleza era tal que fascinaba á cuantos la veian. Su cabellera era rubia como la de las alemanas, de quienes descendia por parte de padre, pero sus ojos negros, razgados y llenos de fuego, moderado, no obstante, por la deliciosa languidez propia de la mirada de las hijas del Norte, recordaba que descendia por parte de madre de las razas meridionales. Tan hermosos eran entrambos jóvenes, que cuando entraron en el salon del banquete lleno de nobles convidados, todos quedaron mudos de asombro y de admiracion, confesando que

aquella pareja feliz no tenia rival en el mundo.

Ya habia empezado el banquete y reynaba la mayor alegría entre los convidados cuando vino á distraerlos de su diversion el sonido harto conocido de las bocinas de los heraldos del Rey, que llenó de espanto á todos, porque jamas se recibia con la sonrisa en los labios á los mensajeros del Rey Wenceslao.

Pero superó al temor de todos, el que sintió la pobre Berta que al pisar apenas el umbral de la vida, le asaltaba ya el mas penetrante de todos los dolores, el de temer por la vida de un esposo querido. Asi es que al punto despareció de sus megillas el ligero matiz rosado que las emociones del dia habian esparcido en ellas; y trémula, procuraba leer en el rostro de Primislao y de su padre hasta qué punto eran fundados sus temores: todos los demas concurrentes aguardaban con ansia saber el objeto de aquella mision; y solo dos personas conservaban una actitud tranquila: Ziska que no habia temblado jamas, y Olao que amaba demasiado para conocer el miedo.

El heraldo real fue introducido, y su actitud y la sombria gravedad de sus facciones aumentaron la tristeza que se habia apoderado de todos. Acostumbrados los heraldos de Wenceslao á ser portadores mas frecuentes de mensajes de muerte que de gracias reales, habian adquirido poco á poco un continente adecuado á sus tristes deberes. El que se presentó en esta ocasion se dirigió al sitio que ocupaba Primislao, é inclinándose gravemente le entregó un pergamino sellado con las armas reales.

Recibióle el conde con todas las muestras de respeto y sumision de un vasallo leal y fiel: sin embargo tembló su mano al tocarle y sobre todo al romper el hilo de que pendia el sello real.

El heraldo se habia retirado precedido del senescal del conde, que habia recibido la órden de tratarle con la mayor distincion.

Luego que el conde Primislao se hubo enterado del contenido del mensage real perdió el color.

Ziska le quitó de las manos el pliego, le leyó y dijo:

—Y qué tiene esto de particular? Iremos allá, mi querido hermano de armas; ardiendo estoy por saber qué desca de su nobleza el Rey nuestro Señor; pero dejemos para mañana los asuntos serios.

A pesar de todos los esfuerzos de Ziska para alejar el temor que se habia apoderado de los convidados nada pudo conseguir: Primislao y Berta particularmente estaban demasiado preocupados para que en sus almas pudiese entrar la alegria. Asi, pues, el banquete que habia empezado tan bien, concluyó enmedio de un silencio sombrio, mucho antes que hubiera podido esperarse. Olao no pudo alejar de la imaginacion de su jóven esposa los fúnebres pensamientos que la absorvian: su corazon y su boca contestaban á las dulces palabras de amor de su esposo, pero la sonrisa que vagaba por sus labios era harto triste.

El conde Primislao pasó gran parte de la noche conferenciando con Ziska; y el resultado fue que ambos convinieron en que el conde y su hijo Olao partirian para el campamento de Praga en obedecimiento á las órdenes del Rey, y que Ziska permaneceria en el castillo, para reunir en él á los amigos, y ponerse en estado de auxiliar á los viageros si les amenazaba algun peligro, ó vengarlos si recibian algun grave insulto.

Al dia siguiente, y no bien la rosada aurora empezaba á colorar las cimas de las altas montañas que se elevaban en torno del castillo, cuando un escuadron poco numeroso de caballeros cubiertos de brillantes armaduras atravesó el puente levadizo y salió del castillo tomando el camino que conduce á Praga. Eran el conde Primislao y su hijo, con algunos caballeros de su séquito. Acompañábalos Berta que montaba una blanca hacanea, y que no habia podido decidirse á abandonar á su querido esposo, ni éste resistirse á las tiernas súplica de ella.

III.

El dia 10 de Mayo de 1365, el campamento real de Praga presentaba un aspecto animadísimo. Desde el amanecer todos los caminos que desembocaban en él, de las diversas provincias del Reyno estaban llenos de muchos nobles viageros, que seguidos de un corto séquito venian á saber las órdenes de su señor.

Por todas partes relumbraban las armaduras y ondeaban las banderas de variados colores, en cuyo alrededor se agrupaban los caballeros. Sin embargo, nada anunciaba en lo interior del campo los preparativos de una fiesta: veíanse las tropas reales alínea-

das silenciosamente, y la guardia real cercando la tienda de Wenceslao, que ocupaba el centro del campamento.

Inmediata á la tienda real se alzaban otras dos de dimensiones extraordinarias: la una era roja, la otra negra, y las dos de aspecto siniestro. Circulaban por el campamento las mas extrañas congeturas sobre su destino, porque nadie habia podido penetrar dentro. Ademas todos ignoraban el motivo de la reunion de la nobleza de Bohemia, pero conociendo el carácter sanguinario de Wenceslao, se hallaban animados de vagos temores acerca del resultado que podia tener aquel acontecimiento.

Apesar de que la mayor parte de los señores citados habia llegado la vispera, Wenceslao no se habia presentado todavía; permaneciendo encerrado en su tienda con su ministro favorito el conde Teclar, y con un esclavo negro que le acompañaba á todas partes, y que solo tenia ojos para ver la víctima que su amo le designaba, y brazos para herirla.

Las dos tiendas, la roja y la negra, llamaban especialmente la atencion general y eran el testo de todas las conversaciones. La tienda roja tenia en el fróntis una ancha colgadura de ricos tapices, que ocultaba una puerta que daba al centro del campamento: ondeaba sobre ella el estandarte real de Bohemia, y estaba custodiada por una tropa escogida, al mando del valiente caballero Cotzlar. Por lo que hace á la tienda negra, todo contribuia en ella á inspirar el terror: era mucho mas espaciosa que la tienda roja, y comunicaba con ésta por medio de una galería cubierta de tapices tambien negros, y no presentaba ninguna otra salida, como si los que entrasen en ella no debiesen volver á salir. Flotaba sobre ella en vez del estandarte real una llama roja y negra, semejante á las que enarbolaban en aquella época los gefes que no daban ni pedian cuartel. La guardia de esta tienda era mucho mas numerosa que la de la otra; y se componia de un escuadron de aquellos sarracenos mercenarios reclutados en Sicilia, y á quienes todos los Emperadores, desde Federico II, habian admitido en su guardia personal, seguros de que tenian en ellos unos ciegos y sumisos servidores, prontos á obedecer cualquier órden del soberano por estraña que fuese.

Pretendian algunos haber visto á eso de media noche, y cuando la oscuridad era profunda, al esclavo negro del Rey introducir consigo al verdugo del ejército. Pocos instantes despues habian salido tres hombres y fácilmente se habia reconocido entre ellos á Wenceslao en su paso pesado y sin gracia. Aquellos tres hombres habian entrado en la tienda roja, y el resplandor de la linterna que llevaban, habia dado márgen á creer que habian penetrado en la tienda negra, en la cual habian permanecido cerca de una hora. Nadie podia decir, aunque por desgracia se adivinaba, lo que habia pasado entre tal amo y tales criados. No faltaba alguno que decia que el verdugo llevaba al entrar su temible segur, y que salió con las manos vacías.

Tales eran los rumores que circulaban entre las filas de los soldados y de los escuderos; los caballeros y los nobles, á pesar de sus vagas inquietudes, rehusaban darles crédito. No podian creer que en una entrevista entre el Rey y su nobleza pudiese mediar un cobarde asesinato. Sin embargo sus temores tomaron incremento cuando vieron que las órdenes dadas por Wenceslao los constituian prisioneros en el campamento.

A pesar de todas las precauciones que el amante Olao tomara, no habia podido impedir que estos siniestros rumores llegasen hasta el retiro de Berta.

Seguramente el conde Primislao nada tenia que temer de la severidad con que el Rey podia tratar á los señores culpables de vejaciones, pero era amigo, y partidario secreto de Juan Hus y Géronimo de Praga, poseia ademas dos señoríos, que en otro tiempo fueron parte de los dominios de la corona, y cuya investidura habia sido otorgada á su familia por el Emperador Luis IV. Tenia por tanto dos motivos de temer dado caso que las causas supuestas de la convocacion de la nobleza fuesen en realidad las que el Rey pensaba. Primislao tenia un alma demasiado noble para negar sus sentimientos, y abjurar su creencia, y un corazon demasiado altivo para renunciar á unos derechos que consideraba debia defender á costa de su vida para salvar su reputacion en la posteridad; y como Olao pensaba en este punto del mismo modo que su padre, se hallaba por consiguiente en el mismo peligro.

Eran las diez de la mañana, hora que el Rey habia fijado para la audiencia: pocos minutos despues, se abrió la tienda real dispuesta para esta ceremonia.

Estaba el Rey sentado sobre su trono,

y su fisonomía era mas feroz todavía que de ordinario.

A una señal suya se levantó el canciller y pronunció un largo discurso, en el que espresaba el profundo desagrado que habian inspirado al Rey los actos de violencia cometidos por algunos señores en menosprecio de la paz de Dios. Dijo tambien algo de las noticias últimamente recibidas acerca de la culpable heregía de Juan Hus, que acababa de ser condenado solemnemente por el concilio, enviando al escritor bohemio á espiar su crimen en las llamas de la hoguera.—Al escuchar esta fatal nueva, todos los concurrentes se estremecieron, porque Juan Hus contaba entre ellos numerosos partidarios y amigos.—Despues de algunos minutos de silencio, el canciller continuó su discurso pasando al verdadero objeto que tenia el Rey en aquella reunion. Pintó con negros colores los apuros del tesoro real: representó sus necesidades cada dia en aumento, en presencia del inminente peligro en que estaban despues que los turcos habian penetrado hasta la Hungría. Declaró en nombre del monarca que el único medio de remediar aquel estado de cosas era hacer reintegrar en el dominio de la corona las numerosas tierras y señoríos que habian sido desmembradas, y terminó formulando la órden del Rey á cada uno de los señores presentes para consentir sin demora en aquella restitucion.

Esta despótica alocucion fue seguida de un largo silencio. Por último el anciano conde Primislao se adelantó é inclinándose respetuosamente al pie del trono dijo al Rey, que una resolucion tan grave no podia adoptarse en el acto, y por tanto suplicó que concediese á su fiel nobleza algun término para deliberar.—Tres horas, contestó ásperamente Wenceslao, tres horas es lo único que os concedo. Estad aqui á la una, y procurad por vuestro bien mostraros vasallos fieles y sumisos.

La asamblea se retiró enmedio de la mayor consternacion, Primislao y Olao apoyados por algunos caballeros mas atrevidos, consiguieron infundir valor á los demas, y se decidió de comun acuerdo negar su asentimiento á la restitucion solicitada.

Durante este tiempo Wenceslao habia mandado cerrar todas las puertas del campamento, habia reiterado la órden de no dejar salir á ninguno de los caballeros convocados, y retirado en su tienda se ocupó sin duda en deliberar con sus consejeros íntimos y esperó con impaciencia el resultado de sus órdenes.

IV.

Durante este tiempo Berta habia sufrido los mas terribles tormentos. De minuto en minuto su fiel camarera iba á darle las noticias mas alarmantes. Estaba prohibida toda comunicacion entre la ciudad y el campamento, y la incertidumbre que esto causaba era mas cruel que la realidad, porque cada uno parecia regocijarse en interpretarlo todo de la manera mas funesta.

Sonó por fin la hora y los nobles fueron de nuevo introducidos en la tienda real.

El Rey los interrogó con la vista.

Entonces Primislao se levantó con dignidad y pronunció esta breve arenga:

Vuestros fieles súbditos y humildes vasallos, señor, me han encargado reiteraros las muestras de su respeto y de su sumision á todas vuestras órdenes, siempre que se concilien con sus deberes, derechos y privilegios. Están prontos á contribuir con todos sus recursos, y su sangre, si es preciso, para rechazar á los infieles que se atreven á amenazar á la cristiandad: pero no pueden sin faltar á los mas sagrados deberes, sin hacer traicion á su conciencia, renunciar á unos derechos adquiridos que proceden de sus padres, y que deben transmitir intactos á sus descendientes.

Acabada esta corta alocucion, Primislao se inclinó respetuosamente y se retiró á las filas de sus amigos. El Rey paseó por algun tiempo sus miradas torbas y amenazadoras sobre la asamblea y dió en voz baja algunas órdenes secretas á su esclavo negro, que salió apresuradamente de la tienda.

—Es esa vuestra última resolucion? dijo al fin Wenceslao.

Los nobles se inclinaron respetuosamente.

—Mi canciller os espera en la tienda vecina, repuso. Reflexionad; aun hay tiempo, y dadle á conocer vuestra última determinacion.

Mientras que esto sucedia, la guardia real y una tropa de soldados escogidos se habian desplegado rodeando á los nobles bohemos.

En seguida fueron conducidos uno por uno á la tienda roja donde en efecto los esperaba el canciller de Bohemia. El curso de los sucesos es el único que puede instruirnos

de lo que pasó en aquellas entrevistas.

Se vió á algunos caballeros salir de aquella tienda por la puerta que daba al centro del campo, montar en sus corceles y salir libremente, dirigiéndose á Praga; pero tenian el aspecto triste y abatido. Otros, y era el mayor número, fueron conducidos á la tienda negra; nadie los vió salir. Entre estos se hallaban el conde Primislao y su hijo Olao.

Los espectadores creyeron oir sordos gemidos, y el ruido que hace un cuerpo contundente cayendo sobre un tajo. Pronto se vió rebosar en el circuito de la lúgubre tienda un lodo sangriento que no dejó duda alguna acerca de la suerte fatal de los infelices que habian osado resistir al Rey.

Los que habian salido habian firmado el pergamino que les presentara el canciller. El historiador que nos ha trasmitido este suceso calcula en cien nobles y caballeros el número de las víctimas heridas por la segur del verdugo de Wenceslao.

V.

Habia llegado la noche, y Berta ya viuda oraba todavia por la vida de su esposo. De repente su camarera la anunció la llegada de un mensagero del Rey. La esperanza que nunca abandona á los desgraciados, recobró todo su vigor en el corazon de Berta: en seguida mandó introducir al enviado de Wenceslao.

Pocos instantes despues Berta cubierta con su velo y precedida del mensajero real salia de la morada en que la habia dejado su esposo, tomando apresuradamente el camino del campo. En él creia hallar á Olao!

Cuando hubo llegado, sus ojos examinaron todos los objetos buscando á su amante: fijó la vista en aquella tienda negra cuyo color lúgubre se destacaba todavia en medio de la oscuridad de la noche. Al pasar junto á esta tienda, se le deslizó el pie en un fango espeso y pegajoso.

Berta no habia adivinado nada y sin embargo temblaba al acercarse á la tienda de Wenceslao. Fue introducida como tantos otros antes que ella, pero salió muerta!! Fue la horrible verdad la causa de su muerte? Fue víctima de un odioso atentado? He aqui lo que no podemos decidir. El silencio de las crónicas en este punto es mas elocuente que cuantos pormenores hubieran podido dar. Pobre niña! ella que habia amado tanto; dejémosla morir, como mueren los inseparables, de desesperacion de quedarse sola. Que Dios perdone á Wenceslao! sola su indulgencia puede olvidar tan enorme crímen, porque el tribunal de los hombres es en este punto inexorable: Ziska fue la prueba de ello.

Era padre, y padre de la víctima, de aquella jóven tan bella, tan tierna y tan piadosa! Con ella y antes que ella habian perecido su yerno, su hermano de armas y sus amigos. Pero Berta muerta, asesinada, muerta en medio de los mas atroces dolores morales y físicos, Berta fue para él el mas poderoso móvil, y quiso vengarla. Juan Hus habia sido lanzado á la hoguera sin respetar el salvo-conducto dado por el rey Sigismundo; poco despues Gerónimo de Praga, tan valiente guerrero como sabio teólogo, habia sufrido la misma suerte. Ziska lanzó un grito de venganza que despertó á toda la Bohemia. Todos se armaron para derribar al tirano, los bohemios por Juan Hus, Ziska por Berta.

En pocos dias numerosos ejércitos se reunieron bajo las banderas del valiente guerrero; por todas partes las tropas reales fueron arrolladas. Los taboritas, tal era el nombre de los sectarios que Ziska capitaneaba, difundieron el terror y la desolacion do quiera que la fe católica resistia á la tendencia herética del siglo. Pronto amenazaron los muros de Praga y el suntuoso castillo edificado por Cárlos IV, donde se habia refugiado Wenceslao.

VI.

Hallábase ya entonces solo y abandonado aquel rey á cuyos pies conducia en otro tiempo el terror á todos los bohemios. Habia sonado la hora de la venganza, la del castigo, por que Wenceslao habia dejado pasar la hora del arrepentimiento. Todos los nobles le habian abandonado, unos por odio, otros por ir á defender sus castillos atacados por los taboritas.

Wenceslao no conservaba á su lado mas que su canciller, su esclavo negro y el verdugo del ejército; estos permanecian fieles porque sabian que el dia en que se alejasen de él, era su muerte segura.

Ya los habitantes de Praga empezaban á manifestar la intencion de unirse á los taboritas, y el Rey se hallaba prisionero en su castillo, defendido por su guardia, que tam-

bien estaba señalada para la venganza popular.

Wenceslao, desde su último crímen, habia quedado desconocido. Desde aquel dia, su salud se habia quebrantado; apenas habian transcurrido tres semanas y ya le costaba trabajo incorporarse en los almohadones sobre que estaba tendido.

Horrible espectáculo era el de aquel hombre destronado de hecho, pues no tenia otros cortesanos que un esclavo y un verdugo, ni otros defensores que unos cuantos sayones asociados á sus crímenes, y esperando el último castigo.

Su conciencia habia ya tomado á su cargo castigarle. Sus ojos delirantes y asombrados creian ver desfilar por delante de su lecho una fúnebre y sangrienta procesion. En primer lugar, numerosos y fieles servidores, despues personas que le habian amado y á quienes él habia inmolado; y entre estas la hermosa Isabel, cuyas celestes virtudes habian hecho olvidar mas de una vez los crímenes de su esposo; en seguida Berta con sus rubias trenzas, sus negros ojos anegados en lágrimas, con su encantadora palidez, y su zapato ensangrentado pidiéndole su esposo, cuyo cadáver mutilado yacia á dos pasos. En seguida venian en una larga fila, mas de cien condes y caballeros, revestidos de sus armaduras, precedidos de sus banderas; estas eran las víctimas de la tienda negra. Pero no acababa aqui la pompa mortuoria y aterradora. En pos de las sombras de tantas víctimas, un hombre! solo un hombre! cubierto el cuerpo de una negra coraza, y con la cabeza desnuda, caminaba blandiendo una espada y agitando una antorcha ardiendo. Este era el vengador! era Ziska! Sus miradas fijas y feroces no se separaban del contristado Wenceslao, y pesaban sobre él como una horrible pesadilla.

En la noche del 2 de Junio, mas atormentado que nunca por estas fantásticas apariciones, Wenceslao llamó con voz temblorosa y ronca á sus dos servidores. Un rumor inesperado vino á aumentar su terror, un fulgor estraordinario, una claridad de llamas cubria toda la ciudad, y parecia que estaban asestando repetidos golpes á las puertas del castillo. El choque de las armas, los gritos de triunfo de los vencedores, los sordos gemidos de los moribundos todo formaba en medio de la oscuridad de la noche un ruido horrible, precursor del castigo que esperaba al culpable monarca.

Sus gritos eran inútiles. nadie contestaba! Nadie venia al socorro de aquel Rey enfermo, ya casi agonizante, tendido en tierra, y estremeciéndose convulsivamente á cada golpe que resonaba. Su rostro pálido, desencajado, espresaba de una manera visible la situacion de su alma. El tumulto que escuchaba le anunciaba que habia sonado la hora de la venganza, que la justicia de los hombres iba á castigarle y enviarle á comparecer ante la justicia de Dios, mucho mas terrible porque era eterna.

Ya se le iban agotando las fuerzas, y su lengua pegada al paladar lanzaba sonidos inarticulados: sus penosos esfuerzos para levantarse habian sido vanos, porque parecia clavado en el suelo como por una fuerza invencible. A la verdad, hubiera causado lástima aun á sus mismas víctimas. De repente se levantó el tapiz que cubria la puerta: la vista de Wenceslao se dirijió á ella y vió á su fiel esclavo negro, atravesado el pecho con un puñal todavia hundido en la herida. El miserable dió algunos pasos y cayó, para no volver á levantarse, al lado de su señor á quien inundó de sangre. Wenceslao lo comprendió todo. El tapiz se lavantó otra vez, no era mas que un hombre, pero era el vengador, era Ziska, armado de su espada y de su antorcha. Faltaban las víctimas en aquella espantosa realizacion del sueño que tantas veces habia atormentado al culpable. De un salto se levantó el moribundo y arrojándose en el rincon mas oscuro de la estancia se cubrió los ojos con una mano, tendiendo la otra como para rechazar el homicida acero.

Ziska se adelantó con paso lento hácia Wenceslao, y le asió ásperamente la mano con que cubria la vista. Oh! entonces Wenceslao estaba horrible. Su cuerpo, casi pegado á la pared, temblaba con un movimiento febril, convulsivo, sus cabellos grises estaban herizados, su rostro pálido y contraido. Ziska en aquel momento solemne le recordaba toda su vida pasada que era horrible. Ziska se hallaba allí para abrirle las puertas de la eternidad.

—Mírame, le dijo con frialdad el gefe husita, haciendo visibles esfuerzos para contenerse, mírame Wenceslao, levanta los ojos sobre Ziska; es un amigo antiguo. Tu hora ha llegado, ya lo sabes; Dios te espera, y harto intrincada es la cuenta que tiene que ajustarte. De la del mundo, yo me encargo.

El miserable, casi moribundo, viviendo

por decirlo asi únicamente por los ojos, los clavaba en Ziska con tembloroso espanto.

—Wenceslao, prosiguió este, volviéndole á agitar violentamente la mano con que maquinalmente procuraba otra vez cubrirse los ojos: Wenceslao, asesino de los vasallos que Dios te habia confiado, asesino de tus servidores, de todos cuantos te amaron, díme, dirás pronto ante el tribunal supremo, lo qué has hecho de la virtuosa Isabel? Qué has hecho de mi Berta, de mi hija querida? Qué has hecho de tantos nobles reunidos en torno de tu trono para sostenerle, y donde no he encontrado mas que cadáveres? Qué has hecho de Juan Hus y de Gerónimo de Praga? Nada me respondes, ya te comprendo. Ahora, escúchame: no me toca presagiar la sentencia que Dios te reserva. Soy hombre, y de la justicia de los hombres es de la que soy órgano. Vas á morir, porque has hecho morir; morirás por el acero, porque tu acero no ha perdonado ni hombre, ni muger, ni niño; tu cadáver será presa de las llamas, porque las llamas han devorado tantas nobles víctimas arrojadas por tí.

Pocos momentos despues salió Ziska de la estancia real. Su espada estaba ensangrentada y humeante, y ya no llevaba la tea. En seguida se esparcieron las llamas por todas partes, y en pocas horas el suntuoso castillo construido por Cárlos IV, no era mas que un monton de cenizas y de ruinas.

Los taboritas eran dueños de Praga, dueños de la Bohemia entera: Ziska mandaba como Rey, y rehusaba este título. Por espacio de mas de trece años, la revolucion triunfó de todos los esfuerzos del imperio de Alemania para sugetarlos. Por espacio de trece años, Sigismundo, hermano y sucesor de Wenceslao, no pudo entrar en su reyno hereditario, y no pudo hacerlo hasta despues de la muerte de Ziska.

La historia de Berta, de sus amores, de su muerte trágica, sirve todavia de testo á un gran número de baladas que se refieren en las largas noches de invierno. Todavia se enseña, no muy lejos de Praga, el sitio en que estaba la funesta tienda negra; y como si la naturaleza hubiera querido por su parte perpetuar el recuerdo de este horrible atentado, la tierra que fue inundada de tanta noble sangre ha permanecido estéril é inculta.

J. Z.

EL PUENTE DE TOLEDO.

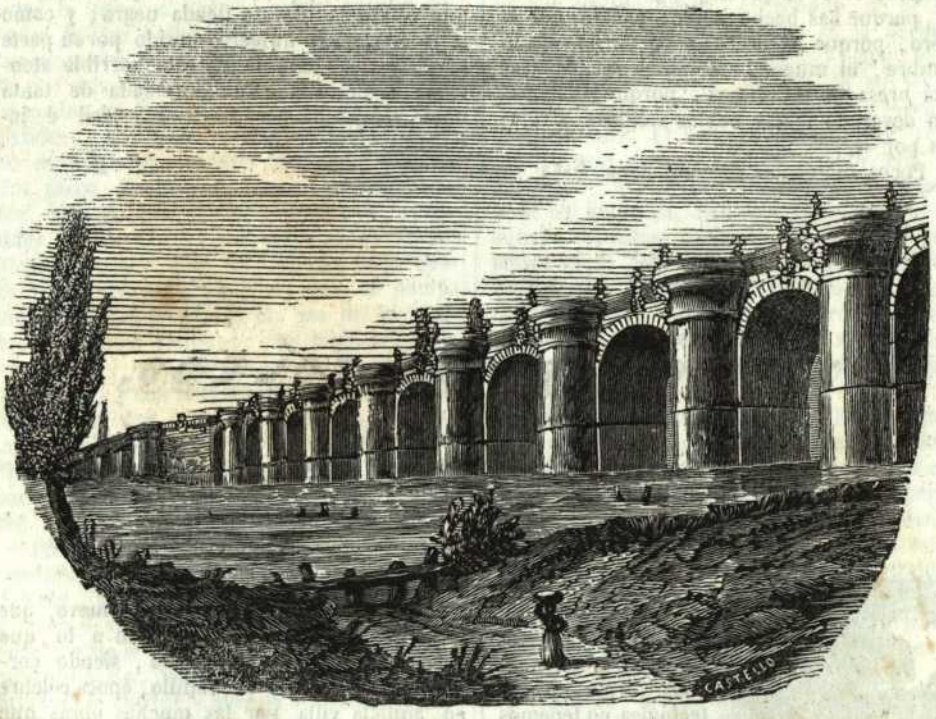


Aunque antiguamente existia en este mismo sitio otro puente, de cuya forma arquitectónica no tenemos noticia, el cual debió ser reconstruido por los años de 1682 segun un largo informe de la villa de Madrid, que se inserta en la noticia sobre la arquitectura española, de los señores Llaguno y Cean, debió desaparecer del todo para dar lugar al nuevo, que es el que hoy existe, construido á lo que parece por los años de 1735, siendo corregidor el marqués de Vadillo, época célebre en aquella villa por las muchas obras que en ella se realizaron, si bien con la desgracia de haber sido dirigidas por el mal gusto de los arquitectos Ribera, Churriguera y sus imitadores.

Sin embargo, la importancia y solidez de esta obra no merece pasarla en silencio. Compónese este puente de nueve ojos, y sus

pilares y arcos tienen grandeza y regularidad, y están esentos de los estravios del ingenio que le condujo; no asi los remates de los pasamanos ó antepechos, las torrecillas que hay á la entrada y á la salida, los pabellones de en medio, en que están colocadas las efigies de San Isidro y Santa María de la Cabeza, en todo lo cual campea á su sabor aquella pueril decoracion gótico-plateresca, que ha quedado sancionada con el nombre de su apóstol Churriguera. No obstante, el gusto varía á cada momento en las bellas artes, y camino las vemos llevar en el dia, de alabar con entusiasmo muy en breve, lo que hace medio siglo mereció la indignacion de los críticos. Por eso somos de parecer de que deben respetarse los monumentos artísticos, que sirven como el presente á la esposicion de la historia del arte en sus diferentes periodos. Hablamos de aquellos en que, en medio del estravio de la imaginacion, se descubre alguna centella de genio, alguna originalidad en el artista, á las cuales sin duda dariamos la preferencia sobre la multitud de remedos prosáicos de que en el dia nos vemos inundados, por la turba de raquíticos copistas.

F. A.



El Puente de Toledo, en Madrid.

EL MEJOR AMIGO.

EL 15 de octubre de 183... un viejezuelo, cubierto de sudor y polvo, entró precipitadamente en la fonda de las Cuatro Naciones, calle de Luis el Grande, en París.

—El señor de Corvelles? preguntó al fondista.

A esta pregunta miró el fondista á una señora que se ocupaba en hacer algunos asientos en el registro, y le dijo:

—No es el jóven que acaba de llegar de Burdeos?

—Creo que sí, contestó ella.

—Pues entonces, subid por la escalera A. núm. 8

Dió el viejo media vuelta, buscó con la vista la escalera A. y la subió de una tirada hasta el núm. 8. Hallando abierta la puerta, se entró dentro; pero el aposento estaba vacío: ó por mejor decir solo habia algunas maletas y un criado que iba de acá para allá para poner algo en órden el equipaje de su amo.

—El señor de Corvelles? preguntó de nuevo el viejo.

—Acaba de salir.

—Como! Si llega en este instante... Y en prueba, la silla está todavia en el patio.

—No lo dudo: pero apenas se ha apeado, se puso mi señor una levita y mandó buscar un carruage de alquiler.

—Voto á cien...! esclamó el desconocido, consternado de este contratiempo.

—Tardará mucho en volver M. de Corvelles? preguntó.

—No sé: no ha dicho nada.

—Está bien: volveré.

—Si quereis dejar algun recado.....

—Es inútil: basta que digais á Mr. de Corvelles que ha venido á verle su mejor amigo.

No bien se hubo marchado el viejo, volvió M. de Corvelles. Era hombre de treinta años: dueño de su hacienda desde la edad de veinte, la habia devorado en un momento por satisfacer los ruinosos placeres que la capital ofrece á los jóvenes privados de la tutela y consejos de su familia. Despues de comerse lo suyo, Victor hizo lo que otros, se puso á comer lo ageno, y contrajo deudas enormes. Verdad es que estas deudas estaban justificadas por la esperanza que tenia de heredar á un tio retirado del mundo, en alguna ratonera de Borgoña; pero al cabo el tio no moria, y podia disponer de sus riquezas para otro que no fuera su confiado sobrino.

Tanto acosaron estas reflexiones á M. de Corvelles, que con objeto de distraerse se resolvió á viajar. Una mañana se puso en camino sin dar parte á nadie, y recorrió sucesivamente los principales estados de Europa. Dos años despues entraba otra vez en Francia por los Pirineos.

Bareges era por entonces el centro de reunion de un gran número de estranjeros: los habia de todos los puntos del globo, y particularmente de París; Victor Corvelles resolvió pasar alli la temporada de baños; pero de todas las habitaciones abandonadas por los habitantes á los huéspedes, que la gota, la moda y el esplin les enviaron aquel año, solo quedaba una miserable choza situada á un estremo del pueblo; sin embargo, nuestro viajero se acomodó en ella como mejor pudo.

Un dia en una de sus correrías por los Pirineos, encontró en el camino dos paseantes atraidos sin duda por una curiosidad igual á la suya. Era el uno un hombre de cerca de cincuenta inviernos: su mirada severa y penetrante, revelaba una rigidez de principios á toda prueba: sus labios finos y fruncidos anunciaban ese carácter fino y reservado, peculiar de las personas versadas

en negocios de dinero ó especulaciones comerciales ; por último, sus rollizas y coloradas megillas, el abultado vientre, eran prueba de una opulencia indisputable, y lo lucia con ostentacion, como si se envaneciese de la causa de su desarrollo: á no dudarlo, era hombre rico, del comercio. Acompañábale una jóven, y por lo esbelto de su talle, por la esquisita finura de sus facciones, debia ser una niña reciensalida de la adolescencia ; pero aunque no hubiesen existido estos síntomas manifiestos, hubiera sido fácil adivinar su edad por la espresion tímida y púdica de su rostro.

En el sitio en que halló Victor á entrambos paseantes, estaba el camino muy estrecho : era una senda abierta en la roca para el paso de los pastores y circunscrita á derecha é izquierda por precipicios ó rocas escurridizas que hubiera sido una imprudencia tantear. Por este motivo, se detuvieron todos, indecisos de lo que harian en tan apurada situacion.

—Caballero, dijo con gravedad el anciano, me parece que será forzoso que nos volvamos por donde hemos venido.

—¿Por qué? preguntó Victor.

—A no ser que querais pasar por encima de mí.

—No tal, yo me volveré atrás, contestó el jóven con urbanidad ; de este modo no interrumpiré vuestro paseo, y tendré la satisfaccion de dar el mio en tan amable compañía.

Esta proposicion ruborizó á la doncella, y su padre, (porque debia ser su padre) se inclinó ligeramente en señal de agradecimiento.

Entretanto la hermosa niña habia producido vivísima impresion en M. de Corvelles, que sin conocer todavia sus sentimientos distintamente, anhelaba entablar conversacion con sus nuevos compañeros de viage. Muchas veces les dirigió Victor la palabra con este intento: empero, ora absorviese toda su atencion el peligro, ó que adivinase la intencion sospechosa del jóven, ó bien que juzgase oportuno sostener su dignidad en presencia de un desconocido, lo cierto es que el comerciante solamente hizo uso de secos monosílabos en sus contestaciones. En rigor, todo conspiraba contra los deseos de nuestro jóven viagero. Colocado á la cabeza de la comitiva, rompia Victor la marcha, y no se atrevia á volverse tan á menudo como hubiera querido á admirar la belleza de la señorita. Muchas veces lo intentó: pero siempre tropezó primero con la adusta faz del viejo que le miraba fijamente y le encubria la parte mas bella de su horizonte. Y era necesario darse prisa : la estrecha senda no podia ser eterna, y en saliendo del paso difícil, conocia Victor que ya no le quedaba pretesto para permanecer junto á sus compañeros.

Asi sucedió en efecto. Apenas hubo visto el austero negociante ensancharse el terreno, se volvió al jóven y le dijo:

—Caballero, mucho os agradecemos vuestra complacencia.

—Señor mio, respondió Victor, yo soy quien debe dar las gracias.

Y saludándose recíprocamente, se alejaron cada uno por su lado.

Apenas se quedó solo M. de Corvelles, resplandeció súbitamente en su alma el sentimiento que le agitara hasta entonces en confuso. Victor no podia dudarlo, estaba enamorado, y por desgracia no abrigaba esperanza alguna de volver á ver á la encantadora jóven. Bajába la montaña, triste y taciturno, cuando un rayo de esperanza le hizo volver la cabeza todavia... De pronto se detuvo.

—Dios mio! esclamó.

Y llevándose la mano á los ojos como para aislar su vista de los variados objetos que se ostentaban en ella, permaneció un instante inmóvil, abismado en profunda meditacion.

—No me engaño! añadió : allá arriba hay un hombre en peligro... una muger está á su lado... agita el pañuelo... pide socorro.

Y cediendo desde luego al generoso impulso de su corazon, se lanzó como una flecha y corrió hácia el sitio de donde procedian las dolorosas señales. Mas júzguese cual, seria el asombro de Victor al encontrar que el personaje apurado era nada menos que su compañero de paseo!

—Por Dios! por Dios! esclamó la hija precipitándose hácia el jóven ; salvad á mi padre.

En efecto, el comerciante llevado de una intempestiva curiosidad, se habia aventurado á trepar á una roca puntiaguda, de donde seguramente se descubria un magnífico horizonte si los precipicios que la rodeaban no hubieran condenado al atrevido á gozar de él eternamente.

—Qué diablos habeis hecho? preguntó

Victor, admirado de aquel rasgo de audacia.

—Toma! al subir no se me ocurrieron las dificultades de bajar.

—Bien; dajaos escurrir, que voy á sosteneros.

—Gracias, amigo mio: á mis años, no se escurre uno, sino rueda.

—Es verdad... Pues aguardad.

Y cruzando de un brinco el espacio que le separaba del imprudente curioso, se tendió Victor en el suelo, se aferró lo mejor que pudo á las quiebras de la roca, y alargó una mano al comerciante.

—Ahora, dijo, dejaos caer. No temais, que no soltaré.

Verificóse la bajada con felicidad y mientras el pobre padre abrazaba á su hija en celebridad de su milagrosa salvacion, Victor, en cuclillas, se abandonó á la pendiente de la montaña y bajó como una avalancha á incorporarse con ellos.

—Caballero, dijo el comerciante, os debo la vida! Podré saber á quien soy acreedor de tan señalado obsequio?

—A M. Victor de Corvelles, contestó modestamente el jóven.

No sonó mal á los oidos del anciano la aristocrática partícula de su salvador.

—Espero, le dijo, que nos volvamos á ver. No residís en Bareges?

—Casi, casi, respondió Victor.

—De todas maneras, si pasais por delante de la fonda del *Caballo Blanco*, celebraré que no os olvideis de M. Auvray, de Burdeos; este es mi nombre.

Victor respondió como estaba en el órden á tan amistoso convite y añadió, una amable sonrisa por la parte que con la vista tomara la jóven en el ofrecimiento.

A las dos horas pasó Victor, por casualidad, por delante de la fonda del *Caballo Blanco*: pero sin duda no le pareció de buena ley esta casualidad, porque no hizo mas que dirigir una ojeada rápida á la casa, sin atreverse á entrar. Al otro dia no fue tan escrupuloso, y las visitas del jóven que en un principio eran de tarde en tarde, llegaron á menudearse de suerte que para el caso no componian mas que una.

No solo amaba Victor á la hija del comerciante, sino que era correspondido. Lucia estaba demasiado falta de esperiencia, sinó para callar el sentimiento que esperimentaba, al menos para contener arrebatos indiscretos.

Sin embargo, todo tiene un término en la vida, hasta la estacion de los baños, y por desgracia llegó el momento de separarse.

—M. Victor, dijo un dia el comerciante, mañana nos marchamos; si mandais algo...

—Volveis á Burdeos? preguntó con ansiedad el jóven.

—No: he prometido á Lucia enseñarle la capital: yo tambien tengo alli algunos negocios importantes... con que vamos á Paris.

—A Paris? yo tambien voy allá. Si me permitís que os acompañe, me ahorrareis el sentimiento de vuestra ausencia.

—Amigo mio, con muchísimo placer; pero no hay caballos para posta, y he tenido que tomar los dos únicos asientos que habia en los coches públicos.

—Es posible!

—De todos modos, aquí teneis las señas de mi habitacion. Ya sabeis que sereis bien recibido.

En efecto, al otro dia se puso M. Auvray en camino con su hija. Victor, gracias á su imprevision, y á pesar de su diligencia, tuvo que pasar ocho dias mortales antes de poder seguirlos. Largo era el intervalo y suficiente para hacer á su cariño un notable perjuicio. Asi que, no bien hubo pisado las calles de Paris, dióse prisa nuestro héroe á llevar una targeta á casa del comerciante, noticiándole su llegada y para preparar la visita que pensaba hacerle en persona, volviendo mas tranquilo á su alojamiento, que era, como dijimos, la fonda de *las Cuatro Naciones*.

—Señor, dijo su criado, aquí ha estado un caballero á buscaros.

—Su nombre? preguntó Victor.

—No lo sé, señor: pero dice que es el mejor de vuestros amigos.

—El mejor de mis amigos! murmuró Victor asombrado, ¿ha dicho si volveria?

—Si señor.

—Bien: retírate.

Con esta órden, el dócil servidor abrió la puerta y se retiró; Victor, rendido por la fatiga del viaje, se repantigó en un sitial: pero á poco tiempo se abrió la puerta del aposento y se presentó el criado.

—Señor, dijo, ahí está.

—Quien?

—La visita de esta mañana.

—Mi mejor amigo?

—Si señor.

—Que pase adelante.

Hízose á un lado el mozo y el viejezuelo, cubierto todavia en sudor y polvo, entró en la habitacion. Pero á su aspecto se estremeció Victor y se levantó.

--M. Benn!

M. Benn cuya fisonomía no hemos podido describir, por lo súbito de su aparicion, era hombre de edad avanzada, y únicamente su estremada flacura por el poco cebo que ofrecia á las enfermedades y achaques de la vejez, podia mantenerle en un estado de salud satisfactorio para sus años. Su frente en otro tiempo estrecha y limitada como las de todas las inteligencias vulgares, habia trabajado despues por el ensanche de su territorio, posesionándose al fin de buena parte del occipucio y de los parietales. Dos cejas blancas y espesas colgadas de su cráneo desnudo y seco como blancuzcas matas en medio de rocas áridas, demostraban igualmente que el invierno se habia apoderado largo tiempo antes de aquella cabeza casi octogenaria. Por fin, hondas arrugas sin espresion y sin carácter, triste y postrero síntoma de una existencia que se estingue, acababan de probar la decrepitud de M. Benn. Sin embargo, bajo tan infeliz esterior, habia conservado un ardor juvenil, que se mostraba en la petulancia de sus movimientos y en el fuego de la mirada

El ardor que los hombres consagran á diferentes pasiones, no le habia dedicado M. Benn sino á una sola: la pasion del dinero. No es pues estraño que se dedicase con habilidad á la usura, y que en pocos años amontonase capitales considerables.

No fue M. de Corvelles el último que recurrió á las costosas complacencias de nuestro usurero, y este, alentado por el nombre de Victor y por los informes habidos acerca del famoso tio de Borgoña, no creyó deber rechazar un negocio en que la indolencia del prestamista le dejaba latitud ilimitada. Asi le fue prestando hasta la cantidad de treinta mil francos. Pero como el jóven continuaba recurriendo sin escrúpulo y sin cuidado á la bolsa pérfida de Benn comenzó á concebir inquietudes y acabó por negarse sin piedad. Desde entonces no volvió Victor, y le tocó al usurero correr en pos de él; Victor pidió plazos, le fueron otorgados, pero al vencimiento no pudo abonar sus pagarés, los que protestados volvieron sucesivamente á la caja del usurero. M. Benn gozaba de cierta reputacion, su crédito podia verse comprometido por estas protestas sucesivas, y se puso en actitud amenazadora.

Al punto se convenció M. de Corvelles de que la lucha no era igual; se replegó en columna cerrada, y verificó la brillante retirada que le hemos visto llevar á cabo á traves de la Europa en general, y á Bareges en particular.

Fácil es de comprender el terror que causaria al jóven la entrada de M. Benn. Despues de dos años de ausencia, recien apeado y en una casa que jamás habia habitado, ¿cómo habia conseguido atisbarle el odioso acreedor? Victor no acertaba á esplicarlo. El mismo subterfugio de que M. Benn se habia valido apellidándose *su mejor amigo* era insuficiente para calmarle. Por otra parte, M. de Corvelles se hallaba aun bajo la influencia de los deliciosos sueños de los Pirineos, y henchido de las dulces esperanzas que el amor de la señorita de Auvray le hacia concebir. Confiaba en que su amor y su bolsa quedarian igualmente satisfechos, cuando la aparicion del usurero renovó todos los ahogos, todas lás inquietudes que ya una vez provocaran su fuga, y le amenazaban ademas con un rompimiento forzoso con el austero comerciante.

Sin embargo, despues de una pausa meditativa, concentró Victor su energia, y se dispuso á resistir con valor el choque del enemigo.

—Qué se ofrece, M. Benn?

M. Benn que contemplaba al jóven estasiado, no pudo mas y alargando los brazos, esclamó.

—Ay! M. Victor, cuanto me alegro volver á veros!

—Cuanta bondad, M. Benn! tomad asiento.

—Gracias, gracias, no estoy cansado — Permitid que os examine despacio. Sois vos de veras? que lindo y rollizo venís! parece que va bien de salud, no es verdad?

—Sí, muy bien, M. Benn.

—Me alegro, me alegro... Que de inquietudes me habeis hecho pasar! Irse sin decir nada y estarse dos años por esos mundos?. Válgame Dios, qué muchachos! creereis que se me metió en la cabeza que habiais fallecido?

—Sí...

—Y con tanta razon cuanto que leí en un periódico la noticia de vuestra muerte.

—Pobre M. Benn!... qué mal rato pasariais; y en verdad que podeis reputar como milagro el haberme vuelto á ver.

—Con que fue cierto el peligro?

—Ciertísimo; naufragamos en la costa de Sicilia; y por un momento pudo creerse que todos habiamos perecido.

—Dios mio! solo de pensarlo me estremezco. Ahora, bendigo la Providencia que os salvó.

—Decis bien, M. Benn; solo á la Providencia debo ahora el gusto de veros. Figuraos que á lo mejor de nuestra navegacion, y cuando ya casi descubriamos la tierra se levantó una furiosa tempestad, que en breve y á pesar de los esfuerzos casi sobrehumanos del capitan, marineros y dos ó tres pasageros que ibamos empezó el buque á naufragar, habiendo perdido los masteleros y



el timon, y haciendo gran cantidad de agua por momentos: perdida ya toda esperanza de salvacion, sin botes ni lanchas pues se los habian llevado las olas, como asimismo al capitan y á dos ó tres individuos de la tripulacion, y empezando á zozobrar el buque, cuya popa desapareció en breve debajo del agua, cada cual procuró librar su vida asiéndose al primer objeto flotante que se le presentaba: pocos se libraron de tan cruel muerte: afortunadamente yo y otros tres compañeros de infortunio, pudimos apoderarnos del trozo de un mástil, y asidos á este apoyo nos abandonamos á merced del mar embravecido. Dios nos miró con ojos compasivos, pues alcanzamos la vecina costa; justamente cuando ya perdidas las fuerzas ibamos á dejar que el abismo nos tragase... Pero, qué teneis M. Benn?....

—Que, qué tengo?... Pues os parece poco el efecto que debe producir en mí esa relacion horrible del peligro en que os hallásteis?... Qué hubiera sido de mí si hubieseis muerto... Ingrato! no conoceis que os amo como á un hijo querido...

—Sí, sí M. Benn; y si siento aquel funesto acontecimiento es solo porque me priva del placer que tendria en corresponderos. En el naufragio perdí mi equipage, y una pequeña fortuna que habia adquirido, y que destinaba para pagar cuanto os debo.

—Oh! no hablemos de eso. Os decia que me habia figurado que habiais muerto... con que mirad cual no seria mi regocijo cuando paseando por las calles os veo pasar en una

silla de posta! Aunque conmovido, saqué fuerzas de flaqueza, y eché como una centella tras de vuestro carruaje... Lo que yo he corrido!... pero por fortuna no ha sido en valde y me doy el parabien; todos mis pesares, todas mis fatigas se han olvidado!

Pronunciando estas palabras, se enjugó una lágrima el viejecillo, y fijó en el jóven una mirada rebosando admiracion y ternura. Victor no podia recobrarse de su sorpresa.

—Con que habeis seguido mi carruaje á la carrera?

—Si señor... y traiais tres caballos. Lo que puede el cariño!

—Oh! mucho. Estoy sumamente agradecido, y no sé cómo manifestaros mi reconocimiento.

—Muy fácilmente. Mucha conducta, mucha salud, vivir mucho tiempo, mucho: es lo único que deseo.

—Por cierto, M. Benn, que no sois ecsigente.

—Ya se ve que no. Mirad, añadió con zalameria, quiero que no se vuelva á hablar de nuestras antiguas rencillas.

—Desde luego.

—Vive el tio, no es verdad? añadió el usurero dejándose caer con sorna.

Ay! sí señor.

—Cómo ha de ser! esclama el viejo. No vengo á que me pagueis, no señor, no faltaba mas! Tiempo nos queda de arreglar ese negocio.

—Por supuesto.

—A mas ver, M. Victor. Supongo que me permitireis que os visite alguna vez?

—Cuando os diere gana, M. Benn.

—Y si os hace falta alguna cosa... con franqueza.

—No dejaré de hacerlo.

—No soy yo vuestro mejor amigo?

Y alargó la mano al jóven y se retiró despues de mirarle con toda la ternura de que era capaz su endurecido corazon.

—Confúndate el cielo! murmuró Victor cerrando la puerta. Que me ahorquen, si entiendo sus monadas!

La conducta de M. Benn, despues de los justos resentimientos que tenia contra M. de Corvelles no era estraño que asombrase á este; pero los designios de la Providencia son impenetrables, y jamás hace mejor sus milagros que cuando obra sobre los caractéres mas empedernidos. Vamos á referir cómo fue la maravillosa metamorfosis del usurero. En un principio, la repentina desaparicion de Victor dejó á M. Benn sumido en un profundo estupor; esta fuga le parecia un acto de insigne mala fé, y mal acostumbrado á engañar á los demas, se desesperaba de que le hubiesen burlado.

En otro tiempo, cuando se queria castigar á un caballero culpable de cualquier felonía, se ahorcaba á su escudero; M. Benn, para vengarse del fugitivo hizo un desmoche general con todos sus deudores, y los amontonó en Clichy. Pero este ciego arrebato de ferocidad duró poco: costaba demasiado, y en el ínterin habia tenido tiempo M. Benn de hacer reflexiones. Efectivamente, hay hombres y mugeres para quienes la vida agitada y elegante de París es tan necesaria que muchos caerian muertos á tres pasos de la barrera. De este número era Victor, y de seguro se podia suponer, que tarde ó temprano volveria á revoletear al rededor de aquella antorcha fatal, que jamas se abandona hasta despues de haberse quemado las alas. Era cuestion de tiempo y nada mas.

Asi lo conoció M. Benn y tuvo paciencia. Sin embargo, prolongándose indefinidamente la ausencia de Victor, ya no pudo dudar que su deudor habia muerto y llevádose consigo al otro mundo sus diez mil escudos; mas por si le quedaba alguna duda, vino á quitársela un diario, insertando en sus columnas la noticia de que M. Victor habia perecido en un naufragio.

Estas eran precisamente las reflexiones de M. Benn al tiempo que vió pasar á M. de Corvelles en silla de posta. Imposible es pintar la revolucion que en él se verificó: desde luego desechó todos los sentimientos inexorables que le constituian el mas bárbaro de los acreedores y adoptó las formas francas y melosas que le hemos visto emplear con Victor. No era este en efecto la representacion mas exacta de su crédito? No estaban los treinta mil francos ligados á la existencia del jóven, de tal modo que acompañaban todas sus fases, que sufrian todas las influencias de su suerte? Enfermando el deudor, se rebajaba indudablemente el valor de los treinta mil francos: se perdian enteramente muerto aquel. Cuando M. Benn encontró á M. de Corvelles, los treinta mil francos, estaban rollizos, ágiles, rebosando salud; y ¡con qué cuidado era menester tratar esta misma salud tan floreciente, y evitar todo lo que pudiera perjudicarla! Era tambien cuestion de paciencia, y siempre habia

tiempo de pedir á aquella tierra tan bien cuidada que restituyese con usura el depósito precioso que se la habia confiado.

Desgraciadamente no penetraba Víctor como nosotros los motivos de la conversion de su acreedor, y resolvió aprovechar los instantes favorables, que al parecer prometia la ternura aparente ó verdadera de M. Been para ejecutar cuanto antes el proyecto que alimentaba en su corazon. Este proyecto, como es de suponer, era pedir la mano de la señorita de Auvray.

Al otro dia se presentó Victor en casa del comerciante bordelés. Hallábase ocupado en su gabinete por un asunto relativo á su comercio, y halló el jóven sola á la hija en el salon. La entrevista fue tierna: pero demasiado pronto apareció M. Aubray, y corrió á abrazar al jóven.

—Ah! vos por aqui!

—Victor respondió como pudo á tan amistosa acogida, y despues de un rato de conversacion indiferente, creyendo propicio el momento:

—M. Aubray, dijo, vos sois árbitro de mi destino: vos solo podeis hacerme dichoso para siempre.

—Y qué hay que hacer para eso? preguntó el comerciante sorprendido.

—Que me concedais la mano de vuestra hija.

A tan inesperada salida, levantóse Lucia y demasiado conmovida para asistir á una conferencia que tanto se rozaba con su felicidad, fingió una ocupacion repentina y se retiró. Por lo que hace á M. Auvray, tan de improviso le habia cogido, que le costó trabajo volver sobre sí. Sin embargo despues de un breve espacio estrechó afectuosamente la mano del jóven entre las suyas.

—Victor, respondió, despues del insigne favor que os debo, podeis suponer que me es sumamente grato el paso que acabais de dar.

Los ojos del jóven despidieron un brillo sobrenatural.

—Pero, añadió el bordeles, siento no poder secundarle: tengo prometida la mano de mi hija hace mucho tiempo, y mis promesas son irrevocables.

No podia darse mas claridad, ni quedaba objecion alguna que hacer: retirose Victor traspasado de dolor, y encontró á Lucia que le esperaba en la antesala:

—Qué ha habido? le preguntó.

—Estoy perdido: vuestra mano está destinada á otro.

—Gran Dios! será posible! mis presentimientos no me engañaban!

—Cómo! qué quereis decir?

—Sí, prosiguió la muchacha, me parece haber oido hablar á hurtadillas de este casamiento: pero hasta ahora no me atrevia á dar crédito, porque no era verosimil que quisiera mi padre casarme sin consultarme.

—Con que conoceis á mi rival!

—Le he visto dos ó tres veces nada mas en Burdeos, donde nos le presentó un amigo de mi padre.

—Su nombre?

—Emilio Lebray.

—Su profesion?

—Médico.

—Su casa?

—En Paris es, pero no sé á punto fijo...

—No importa, yo lo averiguaré; tranquilizaos Lucia, ese casamiento no se hará...

—Dios mio! qué vais á hacer?

—No temais nada. Adios.

Salió Victor precipitadamente, pero asi que estuvo en la calle se paró, porque á decir verdad no sabia qué hacer.

Sin embargo, poco á poco se calmaron sus sentidos, y pudo considerar friamente su posicion que nada tenia de agradable. En vano se calentaba la cabeza, daba vueltas á la imaginacion, invocaba su genio, no sabia como desembarasarse de su rival. Un medio habia siempre: el de matarle; pero en Francia no se mata á un enemigo sin darle el derecho de la recíproca, y á falta de otro mejor, prefirió Victor este partido.

Buscó la casa del facultativo, y por fortuna pudo dar con ella. Era Mr. Emilio Lebray un jóven pálido y seco, pero se adivinaba por cierta espresion de la fisonomía que este estenuamiento no procedia de la meditacion, ni del trabajo. Habia estudiado medicina como tantos otros; pero únicamente por satisfacer los deseos de su familia. Cuando entró Victor, el jóven doctor vestido de una ancha bata y repantigado en un sofá, saboreaba con delicia el humo de su larga pipa.

—Caballero, dijo Victor sin andarse con rodeos, el asunto que aquí me conduce es muy grave permitidme que omita los preámbulos... Creo que os íbais á casar con la señorita d' Auvray?..

—Es verdad.

—Y cuándo ha de celebrarse ese enlace?

A tan importuna pregunta miró el jóven de pies á cabeza á su interlocutor: pero desechando su primera idea:

—Caballero, repuso, la boda se hará probablemente la semana próxima.

—Pues no señor, contestó Victor meneando la cabeza; la boda no se hará nunca.

Tiró Emilio con viveza el cañon de su pipa y se levantó.

—Qué significa esto?

—Significa, respondió Victor cubriéndose, que yo tambien aspiro á la mano de Lucia, y no consentiré que otro se apodere...

—Me proponeis un desafio?

—La muerte del uno ó del otro.

El doctor volvió á sentarse.

—En conciencia, prosiguió con calma y sonriéndose, tendria derecho para negarme porque la partida no es igual: tengo mas que perder que vos; no obstante, acepto... Y cuando?

—Dentro de una hora.

—En qué paraje?

—En el bosque de Vicennes, si os parece.

—Armas?

—Cualesquiera: sin embargo, creo preferible la pistola para el resultado que queremos alcanzar.

—La pistola! corriente.

—Por lo que toca á padrino, os rogaré que me presteis uno de los vuestros, por que no conozco aqui á nadie á quien ir á molestar.

El doctor cogió otra vez su pipa, se inclinó en señal de asentimiento y volvió á fumar.

Muy pronto conoció Victor la necedad en que habia incurrido: pero ya no tenia remedio, y corrió para prepararse al combate.

—Julian, las pistolas, dijo M. de Corvelles al criado, que le presentó una caja magnífica dejándola sobre un almohadon. A la vista de sus armas, brilló en las facciones de Victor una fiereza inesplicable: lo mismo que él, hay una porcion de personas que no tienen con que vivir, pero sí con que matarse. Examinó el jóven las pistolas minuciosamente y en el ínterin otras reflecsiones menos risueñas le asaltaron siendo al cabo tan viva su agitacion que tuvo que abrir la ventana, para apagar con la frescura del aire libre el fuego que le abrasaba frente y pecho.

Al mismo tiempo, se abrió la puerta y apareció M. Benn en el umbral.

—Imprudente! esclamó el viejo corriendo á cerrar la ventana, os atreveis á asomaros con el tiempo que hace?

Era el 16 de Octubre.

—Y qué tal, qué tal va de salud?

El usurero no habia reparado en la conmocion de su deudor.

—A propósito, esta mañana he recibido una partida de vino de Borgoña: quereis que os mande unas botellas? es vino muy estomacal, muy sano.

—Allá veremos, contestó M. de Corvelles con marcada impaciencia.

—Qué diablos es esto, Victor, esclamó, estais todo demudado, qué teneis?

—Nada, nada.

—Vaya, que sí; teneis algun pesar, ó estais enfermo: iré de una corrida por el médico: si necesitais de consuelos, no soy yo vuestro mejor amigo?

Victor no pudo contenerse mas.

—Pues bien, si señor, si señor, tengo alguna cosa, quiero estar solo!

Y esto diciendo, retiróse el jóven hácia la ventana, sin acordarse de que dejaba descubierta á los ojos del viejo la caja de las pistolas. Vióla en efecto y quedóse inmóvil, estupefacto con la lengua de fuera. Victor conoció la enormidad de su imprudencia, y como para acallar al otro no habia mas remedio que chillar mas alto que él.

—M. Benn, esclamó:

Entonces sacudió el viejo su parasismo: miró á M. de Corvelles, retrocedió un paso para dar mas dignidad á su continente y cruzando los brazos sobre el pecho:

—M. Victor, dijo, creeis que está bien hecho lo que haceis? Vais á batiros, á esponer vuestra vida! no os dice vuestro corazon que es un crímen? Pensad al menos, desdichado, en vuestra madre á quien asesinais!

En el calor de la improvisacion se olvidaba M. Benn de que M. de Corvelles era huérfano desde la niñez.

—Mi madre murió hace mucho tiempo, contestó este.

—Y por la novia, no sentis algun remordimiento del llanto qne la hareis derramar?

—La que amo está prometida á otro, respondió Victor rechinando los dientes.

—Y yo, yo que os amo como un padre á su hijo, no comprendeis la pérdida cruel que tendria faltando vos: ah! no os podria sobrevivir.

Y el viejo se enjugó algunas lágrimas con la punta de los dedos.

—Ay! yo me lisonjeaba de ser vuestro mejor amigo.

Victor alzó los ojos al cielo, y perdonó al pobre usurero sus manoseadas protestas de amistad en atencion á su dolor profundo!

—M. Benn le dijo, sé cuanto os debo...

—No, no lo sabeis...

—Si por cierto M. Benn: sé lo que os debo por vuestra amistad, por vuestros desvelos, por vuestras atenciones; pero en la vida hay circunstancias por desgracia en que no puede un hombre atender á la voz de su corazon.

—Con que persistis en batiros?

—Es preciso!

—No, no es preciso: yo no quiero que os batais!

—Pues me batiré.

—No os batireis.

—Con que no me batiré?

—No señor.

—Lo veremos; y lo que es peor, dejaré que me maten...

—Eso lo veremos.

Y M. Benn se precipitó hácia la puerta y desapareció como un rayo.

—Que no me batiré! decia, paseándose por la habitacion muy agitado: eso lo veremos!

Despues de mirar al reloj, comenzó los preparativos de su marcha, y apenas hubo acabado, llamó á gritos á su criado.

—Julian, un fiacre!

Un momento despues volvió el criado á decir que el coche esperaba: tomó Victor la caja de las pistolas, bajó á toda prisa la escalera, y subió al carruage diciendo:

Al bosque de Vicennes á escape!

Partió el fiacre, pero al mismo tiempo otro que aguardaba á alguna distancia se meció sobre sus ejes: M. Benn se asomó por la portezuela y esclamó con todo el vigor de sus pulmones: aprieta, cochero!

Entretanto, el carruage que conducia á M. de Corvelles avanzaba con una lentitud insoportable. Al saber el cochero la estension del viaje, habia tomado todas las precauciones necesarias para hacer el viaje con la posible comodidad: se habia arrebujado en su capa, lanzado al aire un latigazo inofensivo, y dormídose en seguida, encomendando su alma á Dios y su cuerpo á los caballos. Victor que notó la negligencia de su guia, la aguantó en un principio con resignacion, pero temiendo llegar el último á la cita, no pudo contener su impaciencia.

—Cochero, le dijo, á ver si avivais un poco!

El cochero, asustado, se restregó los ojos, alzó la cabeza, y viendo que todo estaba tranquilo en torno suyo, sacudió á los caballos y volvió á dormirse. Pero por fortuna, y á pesar de las dilaciones, M. de Corvelles fue el primero que llegó.

Apurábase en tanto M. Benn, lloraba de antemano la pérdida de su crédito, y de buena gana le hubiera cedido con las tres cuartas partes de pérdida. Un desafio es cosa grave, solemne: cuando dos hombres fian su vida al terrible fuego de las armas, es dificil separarlos, y lo que las súplicas de una madre, la amenaza del castigo, el temor de la muerte no han conseguido jamás, lo intentó M. Benn solo. Puede que tambien le hubiera surtido buen efecto arrojarse entre los combatientes á manera de Sabina, pero no estaba M. Benn por los caminos heróicos, y se contentó con ir á buscar á los gendarmes. Los primeros que tropezó le parecian escelentes para su proyecto.

—Señores, les dijo, va á cometerse un crimen atroz; en nombre de la ley pido auxilio para impedirle!

Esta brusca interpelacion dejó estupefactos á los gendarmes: pero la fórmula era sacramental; prescribia un deber que no era posible esquivar.

—Qué ocurré? le preguntaron.

M. Benn les esplicó en pocas palabras la aventura, y los empujó, aturdidos todavia, haciéndoles tomar asiento en un fiacre que pasaba. Ya sabemos lo que sucedió despues; M. Benn, escondido con su ejército, aguardó que saliera M. de Corvelles y le siguió á alguna distancia hasta el paraje designado.

Apenas se hubo apeado del fiacre, cuando impaciente por evitar la curiosidad que hubiera podido despertar su arsenal portatil, se internó en la espesura del bosque; pero M. Benn y sus dos acólitos no le perdieron de vista un instante, y cuando le pareció oportuno al usurero:

—Gendarmes, dijo; prended á aquel hombre!

Los gendarmes corrieron al alcance del jóven, y acercándose á él cortesmente:

—Caballero, dijo uno de ellos señalando á la caja acusadora; qué llevais ahí?

—Qué os importa? contestó M. Corvelles volviéndoles la espalda.

—Cómo qué? llevais papeles que acrediten?...

Victor se mordió los lábios y se puso pálido porque conoció que estaba perdido.

—Por ventura, hay necesidad de papeles para pasear? preguntó.

—Señor mio, tampoco hace falta una caja de pistolas. Se os ha cogido infraganti: servios acompañarnos á vuestro domicilio para probar la identidad.

Echaba Victor espumarajos de rabia: miraba en derredor esperando algun socorro imprevisto, pero nadie asomó y renunciando á una resistencia inútil, los siguió hasta su coche. Una hora despues llegaron á la fonda de las *Cuatro Naciones*, y los gendarmes despues de cerciorarse de la habitacion, nombre y clase de su prisionero, le pusieron en libertad y le pidieron perdon por haberle molestado.

M. Benn habia asistido desde lejos á la prision de M. Corvelles y á pesar de todo sentia una grande inquietud. En efecto con un carácter tan altivo como el de Victor era de temer que esta escena tuviese consecuencias cien veces mas fatales que el mismo desafio que acababa de evitar. El usurero conoció la necesidad de prevenirlas, y volviendo á subir en su carruage, siguió de lejos á nuestro jóven y entró poco despues que él en la fonda. Victor estaba recostado en un sillon y agoviado por el mas profundo abatimiento; pero apenas vió al viejecillo, se levantó precipitadamente; sus ojos despedian fuego, y con voz terrible, gritó clavando en el pobre hombre una mirada amenazadora.

—Ah! estais aquí: ahora lo comprendo todo; vos sois el que ha enviado los gendarmes, y ahora venís á gozaros en vuestro triunfo.

A esta brusca interpelacion, M. Benn esperimentó por un momento un terror involuntario, pero el recuerdo de los treinta mil francos, le volvió toda su presencia de ánimo:

—No os comprendo, respondió afectando un aire de admiracion.

—Sí, sí, disimulad; yo sabré á que atenerme en adelante! Os habeis portado infamemente conmigo. M. Benn, pero yo juro que os ha de costar caro.

—Pero, que me ha de costar? preguntó el usurero con un asombro que al menos por esta vez era sincero.

Sin duda habeis creido asegurar con esto vuestro dinero; pues os habeis engañado miserablemente, M. Benn!... dijo Victor precipitándose sobre sus armas. A mi desesperacion habeis añadido mi deshonra: ahora no puedo ya vivir, y no me queda mas recurso que el suicidio.

A estas palabras el viejo se arrojó con la ligereza de un tigre sobre el brazo del jóven, y le desarmó; despues hincándose de rodillas, esclamó:

Oh! M. Victor, en nombre de Dios no hagais tal disparate! Sí, yo soy culpable, soy yo quien ha impedido ese cruel desafio, pero solo por salvar vuestra vida, vuestra sola vida; me ois, M. Victor?

A todo esto Victor parecia mas sereno: M. Benn se levantó pero no se atrevia á renovar la conversacion: Victor fue el primero en romper el silencio.

—M. Benn, dijo, os habeis portado muy mal conmigo, confesadlo, pero yo os perdono con la condicion que repareis el daño que me habeis hecho. Sois el mejor de mis amigos, como vos mismo decís; por consiguiente no nos debemos incomodar, tengo dos cosas que pediros.

—Hablad, hablad, repuso el viejo muy contento del giro que habia tomado la conversacion; ya sabeis que mi deseo es solo complaceros.

—Pues bien, por de pronto necesito dinero, y vais á prestármelo. Nadie sabe lo que puede suceder, y yo quiero pagar ahora mismo á todos mis acreedores.

Al oir estas palabras los ojos de M. Benn tomaron una singular espresion y parece querian saltársele de las órbitas, pero el momento no era el mas oportuno para deliberar; el usurero juzgó á propósito el prometer, aunque allá en sus adentros se reservase el cumplir ó no su promesa.

—Está muy bien, M. Victor, tendreis dinero.

—Perfectamente; pero ahora está comprometido mi honor en este desafio que vos habeis impedido, y es menester que váyais en persona á dar una satisfaccion á mi contrario del motivo que me ha impedido el verificarlo, y á decirle que elija la hora y el sitio que mejor le convenga para continuarlo.

—Pero qué ¿quereis todavía batiros? dijo M. Benn consternado.

—Es indispensable. Ese hombre me ha quitado la muger que yo amo, y se va á casar con ella: es necesario que muera él ó yo, y no hay medio ninguno de componerlo.

Al oir esta esplicacion un rayo repentino de esperanza iluminó el rostro de M. Benn.

—Y cuando debe verificarse el casamiento?

—Dentro de una semana.

—Hay dote?

—Sin duda.

—Lleva dote! gritó el usurero fuera de sí... Ese casamiento no se verificará.

Victor encogió los hombros en señal de incredulidad.

—Y quien podrá impedirlo?

—Yo!

—Como?

—Eso es lo que no sé pero os aseguro que no se verificará, y que el dote será para nosotros.

El tono de seguridad del viejo, su aire de inspiracion y la idea que tenia de su gran esperiencia en toda clase de intrigas produjeron en el ánimo de Victor una completa transformacion.

—Ah! M. Benn, esclamó cogiéndole con entusiasmo las manos, si salis bien con vuestra empresa podeis contar con todo mi reconocimiento!

—Cuento con él; pero no hay que perdar instantes. Cómo se llama el suegro?—M. Auvray, negociante...

—Oh! es un negociante...? tanto mejor, un compañero...! calle...?

—De Richelieu, número 150.

—Y el nombre de vuestro rival.

—Emilio Lebray.

Al oir este nombre M. Benn cayó por tierra como si un puñal le hubiera atravesado el corazon.

La caida repentina de M. Benn sin motivo alguno aparente, y cuando su semblante anunciaba la mas viva y sincera alegria, sobrecogió de tal manera á M. de Corvelles que no dudó en manera alguna que hubiese sido atacado de un accidente apoplético. Se arrojó al momento sobre él, pero ya el viejo se habia vuelto á levantar.

—Y bien! preguntó Victor aun mas sorprendido de esta curacion repentina, qué teneis?

Pero el pobre usurero no podia hablar.

—Conoceis á M. Lebray? volvió á preguntar.

—Ah! M. Victor, respondió el prestamista demasiado aturdido aun para poder coordinar sus ideas, M. Lebray es uno de mis deudores.

A estas palabras M. de Corvelles se mordió los labios; entonces lo comprendió todo.

En efecto el doctor y él no se habian solamente encontrado á los pies de la hija del comerciante, ya anteriormente tenian sin saberlo muy íntimas relaciones por medio de la bolsa del usurero.

—M. Benn, repuso Victor con un tono de mal humor que no trató de ocultar, ahora conozco que no debo esperar nada. Teneis dos deudas que os son igualmente queridas, y no hay mas que un dote para poderlas pagar. Acordaos al menos de la mala pasada que me habeis jugado esta mañana, y de la promesa que me habeis hecho de repararla.

Al decir esto nuestro jóven mostraba con el dedo la puerta al usurero Tal vez creia con estas palabras atraer para sí el corazon egoista del viejo, pero su sistema de amenaza no tuvo ningun resultado. M Benn deseoso de salir de una posicion tan embarazosa y de reflecsionar con libertad sobre el modo mejor de escapar de una disyuntiva tan desagradable, se levantó, diciendo al despedirse.

—M. Victor: es verdad que una complicacion inesperada ha venido á contrariar mis ardientes esperanzas; pero no os debeis por eso desanimar: dentro de una hora tendreis noticias mias, de un modo ó de otro.

Y salió sin decir mas palabra.

En cuanto se vió en la calle se dirigió apresuradamente hácia su habitacion.

El doctor y Victor se disputaban tan igualmente su corazon, que M. Benn quedó por algunos instantes anonadado, cosa que sucede á menudo á los mas felices calculistas en medio de sus meditaciones. Al fin un rayo de luz penetró en su alma, y miró su posicion bajo su verdadero aspecto.

El caso es que no habia mas que una sola hija y un solo dote. Era indispensable un combate entre los dos deudores ó entre las dos deudas; la indecision del usurero no fue larga. El duelo real, el de las personas, fue rechazado con horror, y una vez libre de este pensamiento, M. Benn sintió una satisfaccion indecible. Sin embargo quedaba aun un punto bastante dudoso que resolver, y era decidir cual de las dos deudas habia de caducar.

De todos los deudores de M. Benn, Victor era sin disputa el que mas sustos y mas lágrimas le habia costado; aquel á quien habia hecho las mas lisonjeras protestas y dado, en fin, las mayores pruebas de su ternura. M. Benn se decidió casi sin discu-

sion en favor de Victor, mas un cálculo repentino le demostró al mismo tiempo que la deuda de Emilio era algo mayor que la de su rival, de suerte que en buena conciencia, en buena justicia y en buena economía debia este tener la preferencia. Y como antes de ser hombre M. Benn era usurero, por esta vez fue Emilio el preferido. Pero Emilio era un jóven alegre, ansioso de vida y de placeres, y que dejaba envejecer sin aprension sus deudas y sus acreedores; mientras que Victor habia dado aquella misma mañana una prueba tan notoria de su disgusto por la vida y del arrebato de su carácter, que á la verdad el dinero asegurado sobre su vida no estaba muy al abrigo de peligros. Esta última consideracion acabó de decidir al usurero y M. Benn encontró definitivamente al elegido de su corazon.

Resuelto una vez el sacrificio de Emilio solo pensó en los medios de impedir el casamiento; la cosa no era muy difícil, pues bastaba para conseguirlo enviar al doctor á Clichy. M. Benn estaba bien seguro que nunca un negociante como M. Auvray daria su hija á un preso por deudas. Tranquilo ya por la infalibilidad de su proyecto el usurero se acercó á una mesa llena de legajos que ocupaba el centro de su habitacion, y escribió á M. de Corvelles la carta siguiente:

«Mi querido M. Victor, desde este momento podeis consideraros como el solo concurrente á la mano de Mad. Auvray, y renunciar á todo proyecto de duelo ni venganzas: dentro de veinte y cuatro horas estareis libre de vuestro rival."

En seguida entregó la carta á un dependiente, y se dedicó á reunir los papeles que obraban en contra del deudor condenado.

Al dia siguiente, 17 de Octubre, M. Benn llamaba á la puerta de un vecino suyo: este vecino era un hugier.

—M. Plumet, dijo el viejo, enviad á buscar un coche y dos alguaciles del comercio: tengo esta misma mañana que hacer ejecutar un auto de prision.

Algunos momentos despues llegaron los dos alguaciles, y aquellos cuatro siniestros personages subieron al coche. El carruaje partió, pero á poco se detuvo.

—Esperadme aqui dijo M. Benn al hugier: voy á presentarme yo solo para levantar la caza: entonces podeis libremente caer sobre ella.

A estas palabras el hugier dobló las vueltas de sus mangas; no de otro modo muestran esta especie de gatos sus unas; los dos alguaciles le imitaron y M. Benn subió solo á la habitacion del doctor.

—Ola! dijo este viendo de lejos al hugier. Ola M. Benn.

—Si señor, yo soy respondió el usurero arrugando el entrecejo para ocultar la mirada penetrante que arrojaba sobre el pobre jóven.

—Hacia ya mucho tiempo que no tenia el gusto en veros.

—Eso mismo iba yo á deciros.

—Y podré saber lo que os trae por acá?

—Me parece que no os será muy difícil adivinarlo; bastante tiempo he mostrado mi paciencia, pero esto no es una razon para que sea...

—Eterna...

—Vos lo habeis dicho: vengo á pediros mi dinero...

—Habeis hecho muy bien, respondió tranquilamente el doctor: os esperaba para dároslo.

La sorpresa que recibió M. Benn en este momento fue por lo menos igual á la que habia esperimentado la vispera.

—Qué? esclamó, vais á pagarme?

—Os admira eso?

—Habeis tenido alguna herencia?

—Precisamente... Ahora, bien, ya comprendereis que yo no puedo tener en mi casa semejante cantidad á vuestra disposicion. Aqui teneis una póliza pagadera á la vista, sobre mi escribano, á quien entregareis estos papeles.

M. Benn adelantó maquinalmente la mano y los tomó; estaba sin saber lo que le sucedia. En efecto, ya no habia medio de oponerse al casamiento del doctor, y Dios sabe á qué estremo de desesperacion podia conducir á Victor con sus manias de duelo y de suicidio. Sin embargo, M. Benn no creyó deber rechazar la fortuna que le acariciaba á su pesar y cediendo á una especie de reconocimiento por el delicado proceder de su deudor, revistió su rostro de la mas dulce y halagüeña sonrisa que podia espresar su fisonomia.

—Ea pues, M. Emilio, yo os doy las gracias... Hasta la vista.

—No, M. Benn, hasta nunca mas.

Entretanto el hugier oculto en el coche y con la mano en la portezuela atisbaba su presa por entre la persiana. Al ver al usurero solo, le preguntó:

—Cómo! volveis solo?

—Podeis marcharos.

—Y el carruage?

—Pagadle que ya nos veremos.

La primera idea que se le ocurrió á M. Benn, fue la de ir en aquel mismo momento á percibir el importe de su cuenta. Por una previsora casualidad el 17 de Octubre era Domingo, y las escribanias estaban cerradas. M. Benn habia esperimentado tantas sensaciones en el término de 24 horas, que lo habia echado en olvido. Regresaba ya con la cabeza baja y sobremanera indeciso acerca de lo que debia hacer: el ir á ver á Victor le causaba un terror insuperable, y sin embargo era necesario verle. Victor animado por la carta del dia anterior podria ir á casa de M. Auvray, y valia mas avisarle con tiempo que dejarle espuesto á la humillacion y cruel desengaño que le esperaba en casa del negociante.

—Verdaderamente, pensó M. Benn, es una lástima que no haya medio de impedir el casamiento del doctor; sobre todo, ahora que me ha pagado: si yo pudiese hacer pasar el dote á manos de M. Corvelles, recobraria las dos deudas á la vez.

No bien se presentó á su imaginacion esta idea, principió á inquietarle sin descanso, hasta que al fin á fuerza de darle vueltas dió en lo que deseaba. El resultado fue dirigirse precipitadamente á casa de M. Auvray.

Algunos instantes despues M. Benn fue introducido en casa del negociante.

—Caballero, dijo, siento venir á importunaros por una cosa que no merece la pena; pero he sabido que conocíais á M. Emilio de Leblay.

—Es cierto que le conozco, respondió M. Auvray, midiendo con una mirada de sorpresa el estraño personage que tenia delante de sí.

—Caballero, yo me llamo Salomon Benn.

Al escuchar esta revelacion M. Auvray no pudo contener un movimiento de repugnancia, pero M. Benn hizo como que no lo habia notado.

—Yo soy, continuó, soy... negociante lo mismo que vos, y he hecho algunos negocios con M. Leblay.

—Negocios! dijo M. Auvray admirado. Y qué negocios son esos? M. Leblay es doctor en medicina, y no comprendo...

—Ah! repuso el usurero con una sonrisa maligna, los jóvenes tienen á veces necesidad de dinero, y entonces... me comprendeis ahora?

—Si, ahora os comprendo, respondió el comerciante arrugando las cejas. Y qué tenemos con eso?

—Mr. Leblay y yo hemos estado algun tiempo en relaciones mútuas, pero estas relaciones han cesado y M. Emilio me ha quedado debiendo una cantidad considerable.

—Con que os debe dinero?

—Precisamente.

—Y cuanto os debe?

—Unos treinta mil francos poco mas.

—Treinta mil francos! esclamó M. Auvray levantándose bruscamente.

Despues volviéndose á sentar dijo.

—M. Benn, podeis continuar.

—Viendo que no podia reembolsarme de los adelantos que le habia hecho, pedí y obtuve un auto de prision!

—Un auto de prision.

—Ya veis que me seria fácil castigarle por su mala voluntad; pero no quisiera castigarle por su desgraciada suerte.

—Caballero, repuso el comerciante, yo conozco poco á M. Leblay: me ha sido presentado por un amigo hace muy poco tiempo; sin embargo, os aseguro que los buenos informes que él me ha dado desmienten del todo vuestras palabras.

M. Benn conoció que esto equivalia á pedirle pruebas de lo que habia dicho. Entonces se dió mil parabienes de que el 17 de Octubre fuese Domingo, y de que las escribanias estuviesen cerradas; porque sacó al punto su cartera, y presentando los papeles de Emilio dijo:

—Caballero, ved aqui testimonios que no me dejarán mentir.

M. Auvray se apoderó con ansiedad de los papeles, y los examinó minuciosamente uno despues de otro. Hecho esto, ya no le quedó duda alguna.

—No tengo nada que oponer á esto, dijo devolviendo con una mano trémula los papeles al usurero.

Y apoyando su frente sobre las dos manos permaneció algunos momentos sumergido en sus reflexiones.

—Segun parece M. Leblay lleva en París una vida bastante disipada?

—Hum, hum! murmuró el usurero que conocia toda la fuerza de su reticencia; como todos los jóvenes!

—Y creeis vos ser su único acreedor?

M. Benn tomó un aire de dignidad ofendida:

—Caballero, respondió, yo no soy un delator.

Esto equivalia á decir que el doctor tenia otros acreedores.

—Perdonad, murmuró M. Auvray cayendo sobre su sillon, vencido por la indignacion y la cólera.

M. Benn triunfaba: el golpe habia sido dado con acierto, y aprovechó los momentos de descanso que le dejaba el negociante, para saborear su victoria. Sin embargo, este silencio se prolongaba demasiado, y M. Aublay no parecia dispuesto á romperlo.

—Y bien, caballero..? dijo al fin el usurero.

Y bien, respondió el negociante M. Leblay os pagará sin duda ninguna, pues tiene á su disposicion una brillante herencia; su padre acaba de morir.

—Os agradezco infinito el aviso, caballero. Ahora bien; voy á hacer la última tentativa con M. Leblay, para lo que marcho ahora mismo á su casa.

M. Benn hacia esta indicacion para que M. Auvray creyese que la visita que acababa de hacerle habia precedido á la que habia hecho al jóven médico, y en la que este le habia entregado las polizas contra el escribano. Despues haciendo un profundo saludo, dejó al comerciante entregado á sus tristes meditaciones, y salió á la calle muy satisfecho de sí mismo.

El usurero que ya no temia ver á M. de Corvelles, corrió al punto á su casa. Ya era tiempo de que llegase porque Victor se consumia de impaciencia.

—Qué hay? preguntó el jóven luego que vió á M. Benn; habeis vencido?

—Silencio, dijo este llevando misteriosamente el dedo á sus lábios.

—Qué significa esto?

—Vais á saberlo.

—Pero en fin, qué sucede?

—Dentro de poco vendrá quien os traerá mas noticias que las que yo os puedo dar. Tengo un presentimiento que no me puede engañar.

Tan pronto el aire de alegria del usurero infundia esperanza, como sus reticencias llenaban de ansiedad el corazon de nuestro jóven: pero á pesar de las mas vivas instancias, Victor no pudo obtener otra respuesta del inflexible viejo. Algunos momentos despues llamaron á la puerta. M. Benn se levantó precipitadamente, y corrió á ocultarse en la pieza inmediata.

Era el criado de M. de Corvelles que traia una carta que acababan de darle; pero este, preocupado únicamente con su amor, la dejó con indiferencia sobre la mesa. Al punto M. Benn salió de su escondite, y acercándose á Victor, le dijo:

—Y bien, cuando yo os decia!... leed.

Victor admirado del acento particular del viejo abrió la carta y leyó lo siguiente:

«Mi querido Victor, circunstancias imprevistas acaban de libertarme del compromiso que habia contraido respecto de la mano de mi hija: hoy me considero dichoso en poder ofrecérosla: venid, pues os espero con impaciencia."

Esta carta produjo tal aturdimiento en M. de Corvelles, que tuvo por un momento que cubrirse los ojos con las manos. En cuanto á M. Benn rebosaba de alegria.

—M. Benn, esclamó al fin el jóven cogiendo con efusion las manos del anciano, os debo aun mas que la vida!

—Si; seguramente, mucho me debeis, respondió este, que como ya hemos tenido lugar de conocer, tenia siempre una idea fija, y nunca descuidaba su derecho.

—Sin embargo, vos habreis enviado á M. Leblay á Clichy, y yo no puedo permitir que nadie se vea privado por mi causa de la libertad.

—M. Leblay está libre, y no solo está libre, sino que me ha pagado.

—Pero cómo habeis hecho?...

—Ese es mi secreto; pero andad, andad aprisa. Tomad, aqui está vuestro baston, vuestro sombrero; no hay que perder un instante.

—Voy corriendo.

—Sí, corred, mientras os espero aqui, porque quiero asistir á vuestro casamiento; eso es muy justo.

—Seguramente que sí.

—Marchad; buena fortuna, y sobre todo tened cuidado no os atropelle algun coche.

Pero el jóven estaba ya lejos, y se dirigia á paso largo hácia la casa de M. Auvray. Sin embargo, tropezó en el camino con la del doctor, y esta vista le recordó que tenia un deber que cumplir. En su consecuencia, subió.

—Caballero, le dijo, tengo que daros una satisfaccion y ofreceros una reparacion.

—Ni lo uno ni lo otro, respondió sonriendo el doctor; nadie está al abrigo de los gendarmes.

—Pero no sabeis que me caso con la señorita de Auvray.

—Ya lo sé: aqui tengo una carta de M. Auvray en que me lo participa, y á decir verdad, no me pesa de ningun modo; solamente hay uno que me ha hecho traicion en este negocio, pero os prometo darle una buena correccion; por este motivo he cambiado de baston.

Al decir estas palabras M. Leblay le enseñó un garrote de hermosas dimensiones que habia sustituido á el delgado junco que acostumbraba llevar.

—Esta es la única venganza que pienso tomar.

En este momento M. de Corvelles no pudo menos de pensar en las espaldas de su mejor amigo; pero disimuló su pensamiento con cuidado, y despues de haber apretado cordialmente la mano de su generoso rival se dirigió á casa de M. Auvray.

Lo demas se deja adivinar. El casamiento se verificó á pocos dias con gran pompa y sobre todo con una sincera alegria de todos. M. Benn, oculto en un rincon de la iglesia, habia asistido á la ceremonia segun lo habia prometido, pero conociendo despues que no podia presentarse en casa de M. Corvelles por miedo de encontrar en ella al suegro, comprometiendo al mismo tiempo al yerno, aguardó á este al salir, y aprovechándose de un movimiento de la muchedumbre allí reunida, se acercó sin ser notado.

—M. Victor, le dijo, mañana mismo necesito el dinero que me debeis.

—A cuanto asciende.

—A cuarenta mil francos.

—Mañana estará en vuestra casa.

—Ya sabeis que yo siempre...

—Sí, sí, replicó M. de Corvelles interrumpiéndole, sois el mejor y mas caro de mis amigos.

E. D.

Estudios de Historia Natural.

EL CAMELLO.



El camello es un presente de gran precio que Dios ha hecho al hombre, contribuyendo á su servicio desde tiempo inmemorial, y sacando de él una ventaja que ningun otro animal pudiera darle. Manso y sagaz como el elefante, dócil y manejable como el caballo, mas fuerte que el buey, y mas seguro en el paso que ninguna otra bestia, hace la única riqueza de muchas familias árabes. Su leche es tan abundante y de mejor calidad que la de la vaca, su carne mas delicada que la del novillo, su pelo mas apreciable que la mejor lana, poseyendo ademas la cualidad estraordinaria de pasar una semana sin comer ni beber, caminando por páramos inhabitables con

siete ú ocho quintales de carga y un hombre sobre su lomo. Los áridos desiertos de la Arabia, y los arenales ardientes del Africa serian enteramente intransitables, y muchos paises del oriente estarian sin comunicacion, si el Criador no hubiera proveido á aquellos habitantes con la abundancia de unas criaturas, como el camello ó dromedario, formadas con una estructura tan maravillosa. Siendo el piso de la arena suelta intransitable para animales de casco y pezuña, la providencia del Señor ha cubierto el pie del camello con un pellejo grueso, calloso y flexible, haciéndole capaz de marchar con facilidad sobre la movediza arena, asi como á lo largo de los caminos mas escabrosos. Paciente en su estado, el camello se arrodilla al mandato de su amo, y luego se levanta contento con la carga que ha de conducir por una distancia de doscientas leguas, sin necesidad de látigo, de espuela, ni de otro estímulo punzante durante su marcha monótona. La música es lo que mas le alienta en su fatiga; una tonadilla alegre cantada por el arriero árabe, anima á la cansada bestia, y le hace acelerar su marcha hasta llegar al paraje del descanso, donde se vuelve á arrodillar para que le descarguen, y todo el alimento que recibe, despues de una marcha penosa, es un pedazo de torta de cebada que lleva el arriero para sí y para la bestia; y si este alimento grosero llega á escacear por algun accidente imprevisto, el animal se pasa cuatro dias sin comer un bocado, y ocho ó diez sin beber una gota de agua, siendo esta la cualidad mas rara de este cuadrúpedo. Ademas de los cuatro estómagos propios de los animales rumiantes, el camello tiene un ventrículo muy capaz que le sirve de cisterna para guardar el agua que necesita en la travesía de los desiertos; y cuando necesita alguna humedad para macerar el corto alimento que suele tomar, contrae los músculos que rodean el depósito de agua, y vácia en el estómago dijeridor la cantidad necesaria para sostener la vida, la cual es muy larga y casi siempre libre de enfermedad. Este agua no se corrompe con el calor vital, ni se adultera con otro jugo alguno del cuerpo del animal, manteniéndose siempre pura, dulce y saludable.

Hay dos especies de camello; uno que tiene solo una giba, el cual es el verdadero camello árabe, y comunmente llamado dromedario; el otro con dos gibas ó bultos en el lomo es el camello Bactriano. Los asiáticos y africanos llaman dromedarios á los camellos destinados para montar, sin diferencia esencial en la especie, sino solo en la cria. Los camellos de carga usados en las caravanas son como nuestros caballos pesados de tiro, y los dromedarios pueden compararse con nuestros caballos de posta ó de caza. Un correo á dromedario hace en un dia tres veces mas camino que un camello de carga. La jornada de la caravana es seis leguas, y la de un espreso es de quince á veinte; hay sin embargo algunos camellos de una ligereza estraordinaria. Un jóven de Susé estaba enamorado de una dama melindrosa, y siendo apasionada á naranjas pidió un dia á su amante le trajese algunas de Marruecos, pueblo distante veinte y cinco leguas, y donde se crian las mejores de Africa; el galan montó su camello al asomar la aurora, fue en busca de la dorada fruta, y volvió con ella á la noche, presentándola á la jóven antes de acostarse. Que el amartelado árabe pasara un dia de fatiga para satisfacer al capricho de su amada no es estraño, esperando una recompensa proporcionada; pero que el pobre animal hiciera un camino de mas de cincuenta leguas en un dia en aquel ardiente clima para que su amo contentara á la mora antojadiza, era una chanza pesada.

El modo de adiestrar los camellos para bajarse á recibir y levantarse con la carga, no ha sido todavia referido por ningun viajero de el levante. M. Brue, agente de la compañia francesa del Senegal en el siglo pasado, dice que luego que ha nacido el camello, los moros le atan las patas bajo la barriga, le echan un paño sobre el lomo, poniendo piedras pesadas que cuelgan de las esquinas; y de este modo le acostumbran á echarse para recibir cargas pesadas.

En cuanto al peso que un camello puede llevar en largos viajes, hallamos que los antiguos y modernos convienen en la misma relacion. Sandys dice que la carga ordinaria es de seis quintales, pero no duda en que pueda llevar hasta diez. Se distinguen las carabanas en lijeras y pesadas, segun el tiempo en que han de hacer las travesias. El coronel Rennell que observó todas las circunstancias de los habitantes del oriente con tanta esactitud, asegura que la carga de un camello en jornadas cortas es de cinco á seis quintales, y cinco leguas su marcha diaria. Los camellos suelen llevar cuébanos grandes, á manera de serones, hechos de mimbres

y llenos de mercancias ricas y pesadas; otras veces los cargan con fardos de géneros mas bastos, asegurados con correas ó sogas de esparto; otras veces se escoje el camello favorito, y acomodándole una caja perpendicularmente, con dos agujeros para la respiracion y ventilacion, conducen allí encerrada alguna novia rica ó de distincion, y aun hay ocasiones en que ponen una litera grande sobre un par de camellos, en la que va toda una familia y niños con la mayor comodidad.

El costo de mantener estos animales apreciables es estremamente moderado: una torta de pan de cebada, un puñado de dátiles ó un cuartillo de habas, basta para mantener un camello por todo un dia. Ademas que en los campos, á escepcion de los desiertos, encuentran siempre zarzas y breñales espinosos que les sirven tambien de alimento, no habiendo mata alguna que rehusen comer; de modo que los burros de nuestros arrieros andaluces son regalones comparados con loscamellos. Diferente de todas las otras tribus rumiantes, tiene el camello dos dientes incisivos muy fuertes en la quijada superior, y entre las seis muelas de la misma quijada hay una de una figura torcida, que puede llamarse colmillo; en la quijada inferior tiene otros dos dientes incisivos, y las muelas puntiagudas y encorbadas. Asi está el camello armado con un aparato terrible, para cortar, despedazar y mascar cualquiera sustancia vejetal por fuerte que sea; y al mismo tiempo organizado para pacer en la yerba mas fina, ó comer los vástagos mas delicados de las plantas, porque teniendo hendido el labio alto puede agarrar, como con tenazas los renuevos de los árboles, y llevarlos á la boca con la mayor facilidad. En una palabra, que halle el camello el pasto mas fino, el heno mas delicado, ó zarzas y abrojos, todo es bien venido para él, pues con todo queda igualmente satisfecho y contento.

F. L.

MADAMA LAURA.

La Reyna Cristina de Suecia daba en su palacio una fiesta que tenia cierto carácter particular que aumentaba su atractivo y magnificencia, y manifestaba en la heroina del Norte tanta vanidad como talento. Tomando al pie de la letra el sobrenombre que le habian dado de *la Isabel de Suecia*, habia querido Cristina representar por una noche el papel de la ilustre Reyna de Inglaterra, resucitando en derredor suyo toda la brillantísima corte de aquella soberana. Habíase convenido en que todos contribuirian á la ilusion; se arreglaron trages y adornos con sujecion á la mas severa etiqueta, y la Reyna misma acousejada por su historiografo, habia dado á sus convidados un minucioso programa. La corte de Suecia dejaba, pues, de existir aquella noche, siendo en ella todo inglés y atrasado de un siglo, escepto el lenguaje, los rostros y los caracteres; y aun bajo este último aspecto, el disfraz encubria mas de una realidad. Cortesano habia que bajo el vestido de ministro sentia la esperanza de llegar á serlo, asi como algun otro ocultaba su anhelo de conquistar el corazon de Cristina bajo el traje de algun amante de Isabel. Esto divertia estraordinariamente á la jóven Reyna, como puede suponerse, y orgullosa con su disfraz histórico, iba de grupo en grupo por todos los salones manifestando una familiar alegria, que á veces desdecia de su papel.

Entre los personages que mayor interés manifestaban por el baile, se distinguian particularmente por su misteriosa inteligencia un

caballero jóven y una hermosa señora. Elegantes y nobles en su aspecto, se diferenciaban uno y otro de la multitud de cortesanos por cierto aire estrangero, y por la manera con que hablaban el frances dejaban presumir que pertenecian á aquella nacion. Sin embargo se advertia una diferencia notable en el modo de conducirse uno y otra en aquella brillante sociedad. La señora, lejos de ocultarse á nadie, se mostraba cuanto podia, y muy especialmente á los ojos de la Reyna, y el jóven al contrario, evitaba todas las miradas, y especialmente procuraba no llamar la atencion de Cristina. Despues de haber sucumbido mas de una vez en aquella lucha casi insensible, habia conseguido al fin aislarse con su compañera, y ambos hablaban en muy animada conversacion junto al hueco de uno de los balcones. Su coloquio fue tierno y espresivo mientras hablaron de sí mismos, despues alegre y algo malicioso, cuando empezaron á hablar de los demas. Todos aquellos valientes suecos, á la verdad un poco abotargados con sus exóticos trages, fueron sucesivamente sirviendo de objeto á una crítica verdaderamente francesa; este jamás llegaria á ser canciller, por mas que vistiese el trage de tal: aquel manifestaba siempre ser un criado de Cristina, á pesar de su llave de gentil-hombre de Isabel.

—¿Qué le parece á V. nuestro lord Burleigh? preguntó el jóven á la señora, señalándole un corpulento personage.

—Que el verdadero carcelero de María Stuard no debió tener un aspecto mas aterrador.

—¿Y ese Leicestercillo, con sus ademanes tan satisfechos?

—No conoce el pobrecillo que la Reyna le ha puesto hecho una caricatura.

—A propósito de la Reyna; ¿que dice V. de Cristina? preguntó con viveza la linda francesa.

—¡La Reyna! repitió en voz baja el jóven, dirigiendo al rededor de sí una mirada.

—Sí; que semejanza encuentra V. entre ella é Isabel de Inglaterra?

—Si he de decir la verdad, acá para los dos, la misma que entre Mad. Laura y María Teresa de Francia.

Esta agudeza, que pronto comprenderá el lector, fue dicha con cierto atolondramiento mezclado de terror; y el caballero francés apenas pudo acabar de pronunciar la última sílaba, como un hombre que conoce, aunque ya tarde, que acaba de aventurar su destino en una palabra. La impresion que produjo en la jóven fue muy diferente.

—¡Feliz pensamiento! esclamó con alegria, acogiendo con risa la comparacion. Mas la risa se heló en sus lábios al reparar en la persona que tenia delante de sí.

—¿Y quien es Mad. Laura? preguntó Cristina que lo habia oido todo.

Al ver aquella aparicion, y al oir esta pregunta, el jóven perdió el color y apenas pudo sostenerse. Un vértigo de espanto turbó sus ojos á tal punto, que hubo de apoyarse en la pared, y con trabajo pudo tartamudear en voz débil y alterada la siguiente respuesta:

—Mad. Laura es una señora de Paris, que tiene la honra de parecerse á la Reyna de Francia, tanto por la dignidad de sus modales como por la hermosura de su rostro.

La mirada de Cristina se trocó de viva y fija en indecisa y severa, y mordiéndose los lábios dijo:

—Señor conde d'Harcourt, ese es un rasgo de galanteria francesa que tendrá presente la Reyna de Suecia para manifestar á V. su agradecimiento.

Y despues de haber mirado como al descuido de pies á cabeza á la compañera del conde, se acercó á un grupo de cortesanos que le esperaba á cierta distancia.

—La Reyna ha hablado en voz baja al francés, se dijeron unos á otros los concurrentes: ese caballerito ha hecho su fortuna, y nuestra Isabel ha encontrado un favorito.

—¡Estoy perdido! pensaba entre tanto d'Harcourt, mezclándose entre la concurrencia; y despidiéndose de su compatriota se salió del baile.

Cristina se separó de su acompañamiento y llamó aparte al embajador de Francia.

—Tengo que pedir á V. E. un favor, pero bajo la promesa de guardar el mayor sigilo, le dijo con voz conmovida.

—Mándeme V. M., contestó gravemente el diplomático, y cuente con todo cuanto esté en mi poder.

—Aseguro á V. E., replicó la Reyna sonriéndose, que para nada se necesita aqui el poder; trátase de una bagatela futilísima en apariencia; de una noticia que V. E.

sin duda podrá darme. ¿Quién es una muger de Paris que se llama madama Laura?

El embajador se quedó sorprendido y fijó en el techo los ojos estraordinariamente abiertos.

—¡Madama Laura! repitió... ¡Madama Laura!...

—Sí, sí, madama Laura, replicó Cristina impaciente. ¿No la conoce V. E?

—Señora, contestó el diplomático haciendo una profunda reverencia, aseguro á V. M. que es la primera vez que semejante nombre llega á mis oidos.

La Reyna de Suecia dió muestras de impaciencia, y empezó á manejar con violencia el abanico; y despues de murmurar entre dientes una desagradable alusion á los oidos del ignorante personage, le dijo con una sonrisa despótica:

—En tal caso, señor embajador, el favor que exijo de V. E. podrá darle mas trabajo del que yo creia. Es preciso que esta misma noche salga un estraordinario para París, y que nos traiga sin tardanza noticias exactas acerca de madama Laura.

—V. M. será puntualmente obedecida, respondió el embajador, de quien no se separó la Reyna sin recomendarle de nuevo el silencio.

En tanto que el correo de embajada cumple su importante mision, espliquemos al lector alguna parte de esta intriga.

Entre otras relaciones de semejanza que Cristina tenia con Isabel, era una la de preferir, como todo el mundo sabe, el amor al matrimonio; de manera que mas bien queria elegir entre sus cortesanos favoritos, fáciles de cambiar, que encadenar su corona y su mano á un esposo inamovible. El último personage á quien habia distinguido con este objeto, y el primero acaso que habia seducido á la par su corazon y sus ojos, era el jóven frances que acabamos de encontrar en su baile. Tan gallardo en su persona como notable por su talento, de familia muy distinguida, y desterrado por algunas locuras políticas, el conde d' Harcourt tenia todas las cualidades que pudieran desearse para obtener el favor de una Reyna de 20 años. La primera muestra de favor que recibió de Cristina fue el empleo de oficial de su guardia, que aceptó con gratitud; pero sin ver en ello otra cosa que un beneficio; sin embargo, el acogimiento que se hizo á su gratitud, no tardó en ilustrarle acerca de su posicion. Verse amado por una soberana, era á la verdad muy lisonjero! y un frances de 25 años no podia encontrar en pais estrangero un consuelo mas seductor. Desgraciadamente para la ambicion del conde, no podia este disponer de su corazon en favor de Cristina, pues fuese efecto de la ausencia de la patria, fuese preferencia natural hácia una fácil simpatía, los ojos vivos y negros de una compatriota morenita, viuda sin hijos de un diplomático sueco, habian eclipsado á la vista del proscripto todas las rubias y pálidas bellezas de Stocolmo. La condesa Elena de Steinberg habia admitido la pasion de d' Harcourt como un tesoro á que tenia derechos, y sus celos habian descubierto bien pronto la poderosa rival que le disputaba este tesoro.

Tales eran las disposiciones de los tres personages al empezarse el baile en que se habian reunido. Deseando aprovechar la fiesta tanto en beneficio de su amor como de su vanidad, al distribuir Cristina por sí misma ciertos trages, recomendó á d' Harcourt el del conde de Essex, lo cual equivalia á decirlo: «Sé mi favorito, como Roberto Devereux lo fue de Isabel;» y sin ser infiel á Elena en el fondo de su alma, el jóven habia cedido fácilmente á este capricho que iba á labrar su fortuna. La condesa de Steinberg lo habia observado todo, y hojeando al momento la historia como muger entendida, habia encontrado una alegoría secreta que oponer al emblema oficial de Cristina. El conde de Essex, segun los cronistas ingleses, á pesar del distinguido favor con que Isabel le honraba públicamente, entregó en secreto su mano y su corazon á la hija única de sir Francisco Walsingham, viuda del sábio sir Felipe Sidney. Entre los retratos de las señoras inglesas que se habian pintado por órden de la Reyna, descubrió Elena de Steinberg el de lady Sidney, y adoptó su significativo trage para presentarse al lado del moderno Essex en el baile de la nueva Isabel. Sabido esto, fácil es comprender el motivo de los temerarios esfuerzos que hacia para presentarse á Cristina al lado del conde d' Harcourt, y las precauciones interesadas que tomaba este para evitar las miradas de la celosa Reyna; precauciones que ya hemos visto que no llegaban hasta el lenguage; y este es el momento de esplicar la chanza que se habia atrevido á usar en

union de su vengativa compañera, y que tan desgraciadamente habia llegado á los oidos de la soberana, por efecto de su atenta vigilancia.

Desde luego es forzoso decir que el conde habia sido severo, pero nada mas, al juzgar que Cristina estaba vestida con muy poco gusto. A pesar de sus luces y de la superioridad de su genio, no dominaban la dignidad real ni el sentimiento de magestad en la hija del *Leon del Norte*. Sábese ademas que el trage histórico de Isabel de Inglaterra es tan complicado é inflexible, que puede ser ó imponente ó ridículo, segun se lleve bien ó mal, y no solo Cristina le llevaba mal por efecto de su desórden y petulancia, sino que le habia echado á perder exagerando todos sus pormenores. Una rival aconsejada por los celos, y un frances, hombre de gusto y malicioso, no podian dejar de notar y censurar semejante falta, y la exactitud de la alusion á madama Laura, se percibirá fácilmente con leer el pliego siguiente que entregó á la Reyna el embajador de Francia ocho dias despues de haberle hecho Cristina el encargo.

«Mad. Laura, decia el despacho de nuevo género, es una dama de la corte, que se ha vuelto loca. Su mania consiste en creerse Reyna de Francia, y rivalizar con la esposa de Luis XIV; pasa la vida en imitar á Maria Teresa en sus trages y en sus modales, llevando siempre los mismos adornos, los mismos peinados, y procurando ejecutar las mismas acciones. Luego que la primera se presenta en cualquier parte, se puede asegurar que muy pronto aparece la segunda; y como la pobre señora, si bien se pone en ridículo, no hace mal á nadie, la dejan que divierta á Paris con el sobrenombre de *caricatura de la Reyna.*» Seguian algunos pormenores relativos á ciertos trages estravagantes de la demente, y á varias de las aventuras que diariamente le sucedian. Ilustraba, en fin, esta biografia, un retrato, que solo Cristina podia mirar sin reirse.

La soberana de Suecia, participando de la pequeñez de no pocos hombres grandes, se empeñaba absolutamente en hacer creer que tenia las cualidades que le faltaban; asi es que sin hacer caso de su valor y erudicion, que eran prendas que realmente la adornaban, se creia muy elegante, cuando estaba distantísima de serlo. Convencida de que bajo el traje de Isabel parecia la Reyna mas augusta y magestuosa, lo peor que habia podido imaginar en la alusion del conde d'Harcourt, es que habia supuesto en ella ademanes demasiado nobles y altivos. ¡Júzguese, pues, cual seria su despecho y furor al saber que le habia parecido ridícula! ¡Ella ridícula! ¡Dios mio! ¡La heroina y el orgullo del Norte! ¡Y habia sido capaz de amar á un hombre que la comparaba á una loca! ¡Y le habia dejado que adivinase su amor! ¡Y habia dado una señal visible de preferencia, eligiéndole entre mil para que fuese su conde de Essex, á un hombre que se arevia á presentar en palacio su lady Sidney, y venia á burlarse con ella de Cristina en medio de toda la corte!

—¡Desdichados! Vosotros dos si que estais locos, esclamó Cristina arrugando el pliego entre las manos.

Despues, fijando unos ojos airados en al retrato de Mad. Laura, como para pedir al objeto que le habia revelado la injuria, que le revelase tambien la venganza, prosiguió con feroz incertidumbre:

—¡Ah! ¿como podré pagar á esos estrangeros todo el mal que me han hecho? ¿Cómo volveré contra ellos el tiro mortal y sangriento que creen los pérfidos haber ocultado bajo el velo de una lisonja?

Entonces reparó que al fin del pliego habia una posdata que no habia leido antes, y que decia asi: «A pesar de la inocente que es la locura de Mad. Laura, se asegura que la buena señora es una Reyna bastante severa, que no admite la clemencia entre sus virtudes reales, y que cuando habla de sus vasallos es casi siempre para aplicarles el rigor de la ley.»

—Muy bien, dijo Cristina aceptando su papel, pues que me parezco á esa loca, procuraré parecerme en todo, y siguiendo su ejemplo, no tendré compasion con los que me juzgan tan ridícula como ella.

La Reyna de Suecia pasó todo un dia en discurrir el castigo que impondria á d'Harcourt, y ninguno le parecia bastante seguro y pronto, pues ante todo queria vengar su amor ultrajado. El resentimiento le sugirió las medidas mas crueles, y muy poco faltó para que mandase poner preso al conde; pero la noche, prudente consejera, hizo cambiar todas sus disposiciones. Sea que la cólera cediese por su propia violencia, como sucede ordinariamente en las almas fuertes y generosas, sea que quisiese á cual-

quier precio inspirar una pasion que ella no podia desechar, y que la magnanimidad le pareciese el único medio de obtener aquel resultado, lo cierto es que se levantó tan dispuesta á perdonar, como decidida se habia acostado á imponer un severo castigo, y su primera accion aquel dia fue enviar á d'Harcourt un despacho de teniente coronel de su guardia, en la cual habia servido hasta entonces con el empleo de capitan.

Preparábase el conde á salir de Stocolmo, cuando recibió esta sorprendente noticia. Mezcláronse en él el asombro con la confusion, y la gratitud con el remordimiento, y apareció á sus propios ojos tan pequeño como grande la Reyna Cristina, pues nunca pudo persuadirse de que esta hubiese quedado satisfecha de ser chanza, á pesar de la lisonjera esplicacion que habia procurado darle inmediatamente. Resuelto, pues, á espiar su falta sometiéndose al perdon, permaneció en Stocolmo desempeñando su nuevo empleo; y habiendo ejecutado un mes despues en presencia de la Reyna una brillante accion, fue nombrado coronel, y recibió la condecoracion del Amaranto (*). Esta rápida elevacion encontró un vano obstáculo en el celoso dolor de Elena de Steimberg, pues Cristina se mostraba tanto mas magnífica, cuanto mas ofendida parecia su rival, y la primera señal de indiferencia que d'Harcourt se atrevió á dar con respecto á la condesa, fue inmediatamente recompensada con la llave de gentil-hombre. En una palabra, en menos de un año el jóven estrangero agotó los favores regios, y no tuvo mas que hacer sino adquirir la naturalizacion en Suecia, para llegar á ser el primer personage del reyno; el grado de general de caballeria pagó esta última condescendencia, y solo en el momento de verse próximo á ser primer ministro, se detuvo á reflexionar acerca de tanta grandeza.

Parecióle ya evidente que Cristina le amaba por mas que huyese de decírselo, y que solo esperaba para declararse á que él se declarara primero. Por su parte, no podia hacerse ilusion acerca del cambio que en su corazon se habia verificado; delicado y generoso hasta en la constancia la sublime venganza de la Reyna habia cautivado su alma; se sentia arrebatado hácia Cristina, aunque deseaba permanecer fiel á la condesa de Steimberg, y como todas las almas débiles ó ciegas, soñaba en hacer una particion imposible.

Al fin un dia fue necesario decidirse, pues recibió al mismo tiempo una carta de Elena y una órden de Cristina; la primera le anunciaba su marcha de Stocolmo aquella misma noche, prometiéndole que le esperaria hasta las nueve si todavia la amaba bastante para retenerle. La segunda tenia que *consultarle en particular* sobre un asunto personal muy importante. Por una parte, la última cita de un amor reducido á la desesperacion; por la otra la ocasion que tanto tiempo hacia esperaba, para abrir su alma á una pasion tan exigente como misteriosa; de un lado veia la felicidad exenta de remordimientos, si no de pesares, en el seno de una amiga esperimentada, del otro el poder y la gloria con sus seductores peligros, en el trono y en el corazon de una magnánima soberana. Titubeó dolorosamente el conde entre el pasado modesto y tranquilo, y el porvenir brillante aunque agitado, mas al fin dejó que marchase la condesa, y pasó á la habitacion de la Reyna.

Hallábase Cristina enmedio de su consejo cuando anunciaron á d'Harcourt. Al oir su nombre no pudo evitar un estremecimiento, é hizo una señal para que todos se retirasen y la dejaran sola con él. Todos desaparecieron modestamente ante el nuevo sol de la corte, y el conde se estremeció de placer al besar una de las reales manos, como si sintiese que la otra le ponia una corona en la cabeza. La Reyna y el favorito habian perdido el color, y en los primeros momentos solo se hablaron con los ojos. Al fin, tomó Cristina una cartera adornada con las armas reales, y símbolo del poder supremo que deseaba trasmitir, y le alargó al jóven diciendo: ¿La quieres?

Parecia que bajo esta pregunta se ocultaba otra, que el conde interpretó, por ¿me amas? en vista de la sonrisa de la Reyna, y poniéndose de rodillas, respondió:

—Sí, señora; amo á V. M. tanto como la venero y la admiro. Sí, mi corazon se ha hecho tan grande como el vuestro, y mi afecto tan profundo como noble es vuestra clemencia. Todo yo pertenezco á V. M. y

(*) *Orden puramente de galanteria, instituida por un capricho de Cristina, y en que la principal circunstancia de los caballeros era la de permanecer célibes.*

vos sola reynareis de hoy mas en mi alma.....

—Basta, dijo Cristina interrumpiendole con un tono que dejó helado al favorito; con el tono de una cómica que de repente arroja la máscara y se muestra tal como es en realidad. El conde trató de levantarse temblando, mas la Reyna le mandó que permaneciese asi y continuó colérica y con los ojos fijos en su pálida víctima.

—Al fin te he conducido á este punto, y ha llegado la hora de mi venganza.

Un velo de sangre cubrió la frente del jóven que cayó mudo y sin movimiento junto á un sitial.

—Oh! Ya sabia yo que tú me amabas, prosiguió la Reyna con aterradora voz, pero queria oírtelo confesar como acabas de hacerlo. Ahora estoy contenta y puedo á mi vez decirte que te desprecio.

—¡Desdichado! murmuró d' Harcourt, no sintiendo sino este golpe de todos los que le herian.

—Sí, te desprecio! repitió Cristina, y por eso te he elevado tan alto. Acuérdate de mi baile del año pasado, conde de Essex, y de aquella Isabel que se parecia á Mad. Laura. Cada uno de nosotros ha hecho su papel, y le ha desempeñado hasta el fin.

La Reyna de Inglaterra hizo á su favorito capitan, y despues coronel de su guardia; le dió la Jarretera, y le nombró general de caballeria; en fin, habia resuelto hacerle ministro, y cederle la mitad de su poder. Yo he imitado á Isabel, y puedes contar los grados; has sido capitan y luego coronel, has recibido el Amaranto y el mando de la caballeria; por último te he llamado á mi lado, y te he puesto en la mano esta cartera. Mas esto no puede parar aqui, señor ministro, y ya V. sabe cual fue el término del conde de Essex.

—¡La muerte! esclamó d' Harcourt, levantando por primera vez la cabeza.

—Si, la muerte en un patíbulo, repitió Cristina, fue la suerte de Roberto Devereux, y yo bien pudiera darte esta última semejanza, porque he cuidado de hacerte sueco, y estás completamente á mi disposicion; pero acabarás de otro modo, y Madama Laura se vengará todavia mejor que Isabel. Esa muger á quien dicen que me parezco, es á un mismo tiempo mala y loca; yo he representado la mitad de su papel, la otra mitad te toca á tí representarla.

Aun no habia comprendido el conde lo que la Reyna queria decir, cuando esta mandó entrar á sus cortesanos y guardias, y señalando al abatido favorito, dijo á sus guardias:

—Ese hombre está demente y acaba de insultarme; apoderaos de él y llevadle á una casa de locos.

—¡Que horror! esclamó el conde delirando, en tanto que los guardias ejecutaban la órden de Cristina.

El desdichado perdió realmente el juicio, y la Reyna eligió para amante al conde de Lagardi.

Elena de Steimberg habia salido de Stocolmo, mas volvió tan luego como supo la desgracia de su compatriota, y consagró su vida entera á dulcificar la suerte del desventurado.

F. C.



CONSTRUCCIONES CIVILES.

CASA DEL SEÑOR MARQUES DE CASA-IRUJO, EN MADRID.

Este edificio aunque no exento de una escrupulosa censura, reune cierto carácter de grandiosidad y de elegancia poco comun en nuestras casas particulares, y recuerda exactamente los brillantes *hoteles* de la nobleza parisieuse en el barrio de San-German de aquella capital.

El sitio de que pudo disponer el arquitecto comprendia cerca de once mil pies superficiales en un polígono irregular de seis lados; y es de presumir que á no haber tenido que disponer el piso bajo y otras habitaciones de la casa para viviendas alquilables, hubiera variado en esta parte el plan de su obra.

La decoracion de la fachada principal que mira á la calle de Alcalá, consiste en un basamento dividido en sócalo de tres hiladas de silleria lisa, cuerpo bajo y entresuelo almohadillados, y coronado por una imposta. Tiene dos resaltos en los estremos, en cada uno de los cuales hay una puerta, y otra principal en el centro que remata en arco de medio punto, da entrada á la escalera y patio. La puerta de la derecha sirve de ingreso á un café dispuesto con la conveniente distribucion, y la de la izquierda á una tienda que hace enridmia como todas las demas partes que constituyen dichos dos resaltos. El cuerpo que se eleva desde la imposta y comprende toda la altura de la casa, está decorado con ocho pilastras resaltadas de órden jónico compuesto, distribuidas dos en forma de interpilastras en ambos resaltos, y cuatro en el lienzo intermedio y centro de la fachada, con su correspondiente cornisa con algunas modificaciones en ella y proporciones en las pilastras. Comprende esta decoracion tres pisos; el principal tiene en los estremos y el medio balcones bolados, sobre respisas, y los cuatro restantes tambien bolados; pero sobre el de la imposta los de los cuerpos segundo y tercero son balconcillos antepechados. En la fachada que mira á la calle del Barquillo hay otros dos resaltos en sus estremos, y tiene siete huecos en línea como la principal, pero sin decoracion de pilastras. En el piso bajo hay tres cocheras, y la del medio se comunica por el patio y portal á la calle de Alcalá, una puerta en cada resalto y dos rejas; los demas cuerpos en todas sus partes siguen el mismo sistema que la fachada principal.

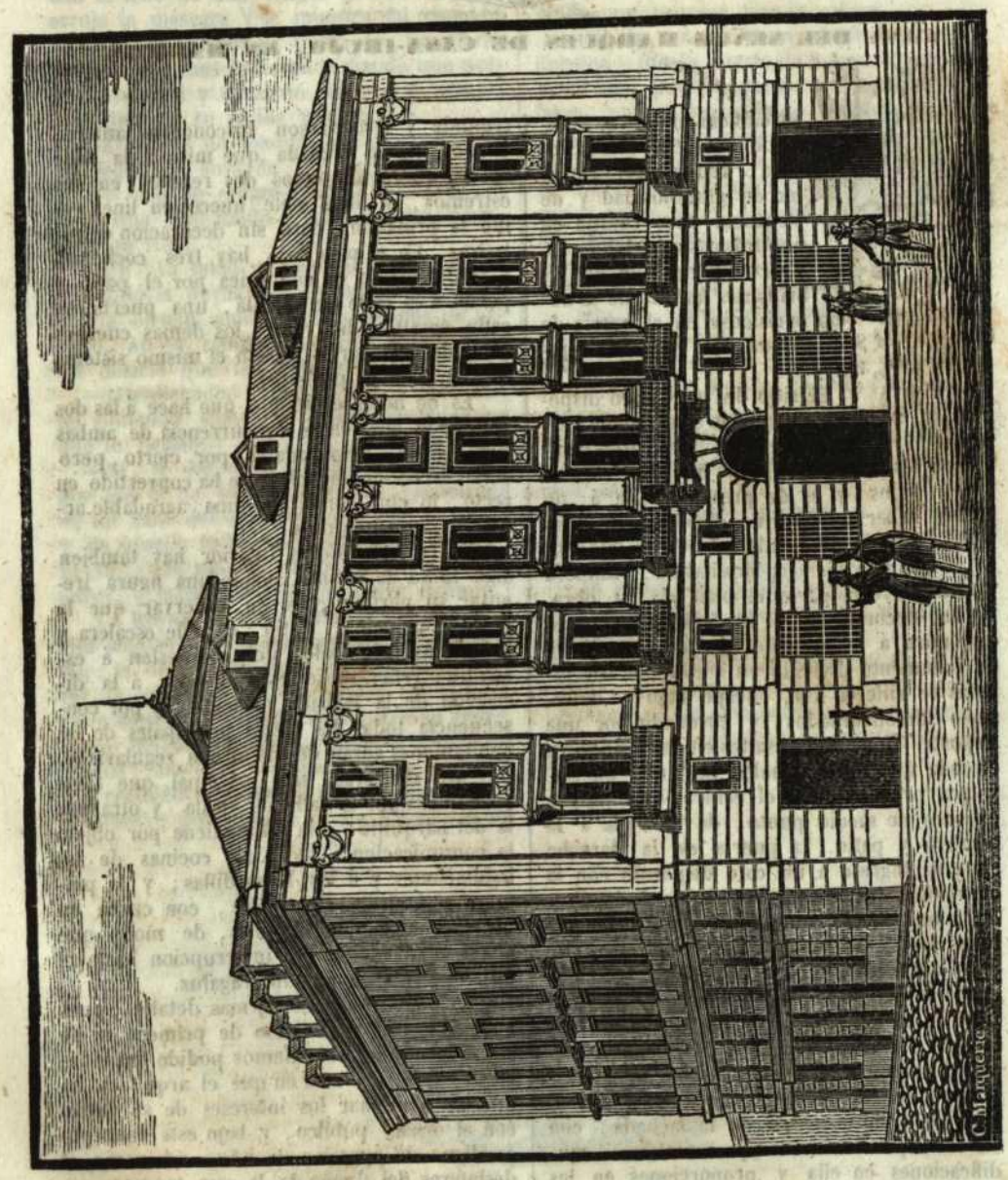
Es de notar el ángulo que hace á las dos calles, el cual en la concurrencia de ambas era agudo, desagradable por cierto, pero una correccion ingeniosa le ha convertido en recto, lo cual constituye una agradable armonia en el conjunto.

En la distribucion interior hay tambien algo fuera de rutina; siendo una figura iregular su perímetro es de observar que la entrada principal, patio, caja de escalera y las piezas principales del café estan á escuadra, refiriéndose esta siempre á la direccion de la fachada principal, y por consecuencia todas las piezas principales de las habitaciones gozan de esta misma regularidad. Hay dos escaleras, una principal que tiene su entrada por la calle de Alcalá y otra por la del Barquillo; esta última tiene por objeto la comunicacion á todas las cocinas de las habitaciones y á las buhardillas; y la primera está ejecutada al aire, con curba en los encuentros de los tiros, de modo que sigue la barandilla sin interrupcion hasta el fin, concluyendo en un tragaluz.

No nos detenemos en mas detalles, pues no siendo este un edificio de primero ni de segundo órden, solo hemos podido considerarle como una casa en que el arquitecto ha querido combinar los intereses de su dueño con el ornato público, y bajo este concepto es digno de apreciar su celo, asi como el desinteres del dueño de la casa, tan poco comun en estos tiempos.

El profesor encargado de esta obra fue el académico de mérito don Lucio de Olavieta.

S. P.



Casa del Sr. Marques de Casa-Irujo, calle de Alcalá en Madrid.

GABRIELA Y CLARA DE LAVAL.

Leyenda histórica del siglo XVI.



Era el 12 de setiembre 1524. Marsella se defendia del Condestable de Borbon; de ese ilustre loco, que para entretenerse y librarse del fastidio habia ideado destruir la Europa. Este dia era el vigésimo segundo que estaba abierta la trinchera: los nobles señores de Aix y los *nobles* plebeyos de Marsella, reunidos dentro de los mismos baluartes, habian jurado sepultarse bajo sus ruinas. El Condestable dirigia contra la ciudad á sus italianos, sus españoles y sus peones tudescos. Las baterías de la torre de San Juan del Cerro de los Molinos y de la torre de San Pablo, arrojaban una granizada de balas por encima de los baluartes, sobre las colinas del Lazareto, sobre el camino de Cannet, donde se veia flotar la bandera del Condestable, y hasta el pie de la abadia de San Victor, donde el marques de Pescara habia establecido su campo. Una violenta tempestad de setiembre estalló á la caida de la tarde; adelantábase la noche rodeada de profundas tinieblas, y en fin, hacia un tiempo á propósito para las empresas de amor y de guerra.

El capitan Cárlos de Monteoux á la cabeza de mil ciudadanos resueltos, manda que se le abra la puerta real que está al fin de la calle de Fabres, porque quiere arriesgar una salida para recorrer las huertas en que se cultiva el cáñamo, y las llanuras de Marsella. Dos heróicas amazonas le acompañan: una es la muger, y otra la sobrina de Cárlos de Laval: llevan en el arzon de la silla pistolas primorosamente filigranadas, y cada una sostiene tambien en su blanca mano una espada de tan preciosas labores y de tan esquisito trabajo, que mas parecia una joya que un arma.

Huia el enemigo en desórden dirigiéndose al camino de Aubagne, pero la caballería española que guardaba esta avenida, cayó sobre los marselleses y les obligó á volver mas que de prisa á la ciudad. Desgraciadamente, cortados algunos de los franceses en su retirada, llegaron demasiado tarde á la puerta Real que ya estaba cerrada, y alzado el puente levadizo, dejando ver claramente un foso ancho y lleno de agua. Alli quedaron prisioneros algunos marselleses, pudiendo otros salir á campo libre, favorecidos por la oscuridad de la noche. De este número fueron el jóven Victor Vivaux, hijo del maestre de artillería, y las dos jóvenes de que ya hemos hablado, cuyos nombres eran Gabriela y Clara de Laval. Todo género de peligros amenazaba aquella noche á las dos amazonas, al atravesar por el ejército enemigo, que mataba, destruia y deshonraba para ganar el infierno, y que despues debia violar á Roma en medio del incendio, y sobre un rio de sangre.

Gabriela, esposa de Laval, tenia entonces treinta y dos años. Sorprendida por la proposicion de esta salida hecha por Cárlos de Monteoux, y que ella y su sobrina habian aceptado con la novelesca temeridad de

que dieron tantas pruebas las mugeres de aquella época, no habia querido hacer esperar al gefe de la espedicion, y partió vestida como estaba; es decir, con una ancha saya de seda, sujeta con un corpiño de terciopelo cortado en cuadro por la espalda, y acabando en punta por debajo del pecho. Guarnecian la orilla superior del corpiño dos órdenes de encages que dejaban descubierto un cuello de cisne.

El rostro que daba vida á este bello cuerpo, tenia un tipo maravilloso de distincion y de nobleza: una frente blanca y pura, cortada en admirables líneas; el mirar dulce de sus rasgados ojos de un color negro brillante; una boca hechicera que se entreabria con la sonrisa como una rosa con el rocio; tal era el conjunto divino que habian legado á Marsella los escultores de Delos y de Mitylene. Adornaba aquella noble cabeza una corona ondeante de hermosos cabellos de ébano.

Clara de Laval que la acompañaba, solo tenia 20 años; y como iba vestida casi como su tia, hubiera podido pasar por su hermana. Tenia cabellos rubios bellamente esparcidos sobre las sienes y la espalda; hermosos ojos druídicos, de color del mar en tempestad; un color admirablemente mezclado de blanco y rosa; una espresion de cara atractiva y magnética; en fin, una gracia sin igual, cuando andaba con ligereza sobre las puntas de sus borceguies dorados como las sandalias de una odalisca.

Su único compañero, Victor Vivaux, era un jóven de 24 años de edad, alto y bien dispuesto, célebre entre los jóvenes mas amables que daban serenatas en la plaza de Leuch; un marsellés franco y generoso de la edad media, con el rostro muy tostado por el sol de los campamentos.

Las dos amazonas y el jóven oficial que les servia de guia siguieron algun tiempo á galope la direccion que habian tomado; pero á poco encontraron el terreno tan cortado por zanjas y fosos, que sus caballos les eran no solo inútiles, sino embarazosos, porque sus relinchos ó sus pisadas podian descubrirlos. Los tres fugitivos se apearon, abandonaron sus caballos, y continuaron su camino sin proferir una sola palabra, pues el ruido de las armas y las canciones de los soldados que se oian por todas partes, les anunciaban la proximidad del enemigo. En fin, las dos damas, siguiendo siempre á su guia por senderos desconocidos, llegaron á las alturas que dominan el valle de Auriol; desde allí caminaron en direccion opuesta á la ciudad, y atravesando barrancos y precipicios, se dirijieron á la playa arenosa que se estiende en semicírculo desde la roca blanca al monte Redon.

En medio de las aguas estancadas del Huveaume, rio que atraviesa esta playa y á la estremidad de una calzada natural de rocas casi siempre cubierta por las olas, habia una casa aislada que parecia protestar contra la soledad, y recordar á los marinos que vogan hácia Planier, los tiempos antiguos en que esta playa fue visitada por las galeras de Tyro y de Sidon.

Cuando los fugitivos llegaron á esta playa, el mar estaba bastante tranquilo á pesar de la tempestad. Victor Vivaux fue el primero en lanzarse por aquella calzada natural agarrándose á las ramas de un tamarindo; y prestando oido á los rumores de la noche, solo oyó el lejano mujido de la tempestad agonizante; el ruido de los sauces cuyas hojas movia el viento, y hácia el Norte un sordo estampido producido sin duda por la culebrina de Santa Paula que acompañaba en su canto á los truenos del mar.

Inclinóse entonces y tendió la mano á Gabriela que con su ausilio subió al momento á la calzada: dióla despues igualmente á Clara, por quien durante todo el camino habia manifestado particulares atenciones; viendo despues á las dos señoras á su lado y echando una rápida ojeada sobre el mar y sobre los pantanos les dijo, respirando con libertad:

—Ahora podeis hablar, señoras; ya hemos llegado á sitio seguro donde no estamos rodeados de soldados, ni de bandoleros.

—De mí sé decir, dijo Gabriela soltando la carcajada, que nunca perdonaré al señor Condestable el haberme cerrado la boca por espacio de dos horas mortales; pero aunque no haya podido dirigir á la tormenta ni un solo cumplimiento, por lo que he visto de ella me ha parecido muy linda.

—¡Virgen del Cármen! esclamó Clara, ¿en qué pais hemos venido á dar? ¿Estamos en tierra ó en mar?

—Tranquilizaos, señorita, conozco muy bien todos estos sitios.

—¿Conoceis este desierto, Sr. de Vivaux?

—Sí señora, y vais á conocerlo como yo, pues ya veis cómo la luna aparta las nubes para veros pasar. Mirad, señoras, allí en-

tre los tamarindos, hay una casa que conozco tan bien como la mia propia, porque he venido á ella mas de mil veces con Mr. de Beauregard, el capitan de la Torre de San Juan.

—Y ¿qué veniais á hacer aquí? preguntó Gabriela con aire burlon, mientras que Clara miraba al jóven con inquietud.

Victor comprendió esta mirada y respondió sonriendo á ambas señoras aunque solo una le habia preguntado.

—Veniamos á hacer una cosa muy sencilla, señoras: veniamos á ver la *pesca con fuego*. Esta casita pertenece á Mr. de Beauregard, que en verdad está muy lejos de pensar que va á servirnos de asilo esta noche.

—¿Y si la puerta está cerrada? preguntó Gabriela.

—La forzaremos, respondió Victor.

—¡Oh!..... murmuró Clara, á quien este modo de tomar posesion parecia algo estraño á pesar del trance crítico en que se encontraban.

—¡La Virgen del Socorro nos valga! dijo Gabriela, me parece que allí veo una luz siniestra, y señaló la colina del Norte con la punta de su espada que aun no habia envainado.

Todas las miradas se dirigieron hácia aquel punto, y hubo un momento de silencio.

—¡Chist! dijo Clara estremeciéndose.

—¿Qué hay? preguntó Victor colocándose instintivamente delante de la jóven.

—Oigo ruido, replicó Clara.

—¿Dónde? preguntó Victor, bajando la voz á cada pregunta.

—Allí, allí cerca de nosotros en esas algas negras, respondió Clara tan bajo, que para oirla, se vió Victor precisado á acercar su mejilla á los lábios de la jóven, hasta que sintió su aliento.

—Será el mar ó el viento, respondió el jóven permaneciendo inclinado un momento. El peligro no está ahí: está allí, añadió á media voz señalando hácia el Huveaume.

—Es verdad, es verdad, dijo Clara apoderándose del brazo de Victor. Mirad allí, allí, delante de nosotros.

Victor se volvió hácia el lado que le indicaban, y en efecto vió una figura negra que se levantaba de entre los sauces del Huveaume, y se dirigia a la calzada.

—¡Silencio! dijo Victor, y dejó á la aparicion que se adelantase por el estrecho dique. Cuando ya solo estuvo algunos pasos distante de él, salió Victor á su encuentro con la espada en la mano, mientras que las damas se disponian á socorrerlo, si era necesario.

—¿Quién eres? ¿qué quieres? preguntó el jóven apoyando la punta de su acero en el pecho del aparecido, que en lugar de defenderse, cayó de rodillas.

—¡Oh, señor marsellés! respondió el buen hombre, que por el acento de Victor habia conocido ser el que le hablaba un compatriota suyo.

—¡Ah! ¡ah! dijo Victor que acababa de hacer el mismo descubrimiento, parece que no es enemigo; pero no le hace; cuando en estos tiempos hay algun encuentro en tales sitios y á tales horas, es preciso conocerse. ¿quién eres? ¿qué quieres? vuelvo á preguntarte.

—Soy el patron Bourquié, el pescador de Mr. de Beauregard, y voy á sacar las redes.

—¡Pardiez que es verdad! dijo Victor. Señoras, añadió dirijiéndose á las damas que permanecian apartadas, no temais, estamos en pais amigo.

—¡Aguarda! ¡es Mr. Victor! dijo el pescador con alegria, ¡y yo que no os habia conocido!—Buenas noches, M. Victor.

—Buenas noches, amigo.

—¡Cáspita! me admiro de veros aquí, cuando os creia detras de las murallas de la ciudad. Es esta una espedicion como.....

—¡Chist! dijo Victor.

—¡Ah! pero habeis escogido un tiempo muy malo.

—¿Dices que ibas á pescar? interrumpió Victor á quien no gustaba el giro que habia tomado la conversacion.

—¡Ah! Si señor, voy á pescar, respondió el patron Bourquié dando un suspiro.

—¿Pero por qué suspiras? En otros tiempos esta ocupacion era para tí una fiesta.

—¡Oh! sí, cuando pescaba para Mr. de Beauregard, ó para vos, cuando veníais con aquella.....

—¿Pues para quien pescas ahora?

—¿Para quién pesco? ¡Madre mia del Cármen! para esos malditos italianos que vienen á comerse mi pescado, y me lo pagan á palos con los mangos de sus alabardas.

—¡Cómo! ¿los italianos vienen aquí? esclamó Victor.

—¿Que si vienen? Todas las noches sin falta; no tardarán ya en llegar: pero no me

hableis de eso, Mr. Victor; son verdaderos turcos, corsarios sarracenos, que buscan gratis mugeres y buena comida: ¡malditos de Dios! traen consigo dos alemanes vestidos como figuras de tapiz, que aunque no han inventado la pólvora, son tan malos como ella.

—Bien, bastante has dicho, replicó Victor, buen patron Bourquié, aquí hay dos señoras que tienen necesidad de reposo..... se han dejado en esas piedras las suelas de sus zapatos, y sus lindos pies estan magullados. ¿Tienes en tu cabaña una buena cama de hojas secas para esas señoras?

—¡Oh! en mi cabaña estarian muy mal esas señoras; aquello no es bueno mas que para muchachas como las que.....

—¡Bien! pero en ese caso, interrumpió Victor, ¿dónde van á pasar la noche?

—Si el mar no estuviera tan terrible os diria que donde estarian mejor seria en su casa. Entrariamos en mi barca, y como el mar está libre desde que La-Fayette ha ahuyentado á ese condenado de Moncada, haria lo que pudiera para poneros dentro de una hora en la cadena del puerto.

—¡Bueno! dijo Gabriela, eso me parece muy bien. Vamos á embarcarnos, ya sabeis que somos valientes y que no tendremos miedo.

—¡Ah! no señora, no, dijo el patron Bourquié meneando la cabeza, eso seria tentar á Dios.

—Pero el mar no está ahora muy alto, murmuró Clara.

—Por aquí no lo está; pero el mar, señorita mia, aunque sea mala la comparacion, es como las mugeres, que no se han de juzgar por lo que se ve. Aquí está tranquilo, muy en bonanza, pero mirad allá abajo, al otro lado de esa roca, y vereis cuan distinto está.

—No, no, Mr. Victor, creedme, mas vale esperar.

—Pero ¿donde hemos de esperar puesto que dices que en tu casa no estaremos seguros?

—Seguidme, dijo el patron Bourquié; voy á abriros la casa de Mr. de Beauregard, donde estareis mejor que en la mia. Si vienen los italianos id subiendo á medida que suban ellos hasta que encontreis una escala y una trampa. Entonces saldreis al tejado, quitareis la escala, y si teneis la desgracia de que os persigan hasta allí, entónces os queda el recurso de arrojaros desde el tejado para no caer en sus manos. Las dos señoras se apretaron la mano.

—Vamos, pues, dijo Victor Vivaux.

El pescador se puso al frente de la columna, y los tres fugitivos le siguieron en silencio: pocos momentos despues pasaron por debajo de un emparrado, subieron las gradas de un pórtico, y el patron Bourquié empujó una puerta que cedió y se abrió con facilidad.

—¡Qué diablos! dijo Victor, si la puerta no cierra mejor que eso, harás bien en conducirnos á otra parte.

—La aseguraremos por dentro, dijo Gabriela.

—No hagais tal, hermosa señora, respondió el pescador: eso seria denunciaros á primera vista. No, no, esos escomulgados tienen la costumbre de encontrar abierta esa puerta; dejadla como está, que no encontrando ninguna alteracion podrá ser que nada sospechen. Creedme, y haced lo que os digo.

—¿Creeis que vendrán? preguntó Clara con temor.

—Puede que vengan, y puede que no... mas no puedo asegurarlo, porque esos malditos italianos son como una veleta. De cualquier modo, procuraré darles bien de cenar para detenerlos en mi casa.

—Toma para indemnizarte de la cena que les vas á dar, dijo Victor poniendo dos monedas de oro en las manos del patron Bourquié.

—¡Ah! no hay necesidad de eso, Mr. Victor; quiero tener el gusto de serviros en nombre de Dios: sin embargo, no quiero rehusar vuestro regalo por no parecer impolítico.

—Vamos, guarda eso, y ponte de centinela.

—Sí, sí; pero no cerreis la puerta: ¿habeis oido?

—Tranquilízate, que asi lo haremos.

—Entonces, buenas noches. ¡Ah! señoras, añadió volviéndose atrás, si sabeis alguna oracioncita que sea muy eficaz..... No tengo el atrevimiento de daros un consejo; pero ya sabeis que no hareis mal en decirla.

El patron Bourquié, como espantado de su osadia, saludó con la mano y salió apresuradamente.

Habiendo quedado solo Victor con sus dos compañeras, trataron de reconocer á tientas el sitio en que se hallaban, porque encender una luz hubiera sido denunciarse

infaliblemente: fuerza era, pues, que las manos les sirviesen de ojos. Al hacer este reconocimiento, Victor oia latir el corazon de sus compañeras en medio del profundo silencio que reynaba, y aun creia reconocer los latidos del de Clara. Al fin halló la escalera.

—Por aquí, dijo, y las dos señoras se dirigieron á donde habia sonado la voz. Victor estendió un brazo y cogió una mano temblorosa que por temor, sin duda, estrechó la suya; pero Victor no necesitó preguntar de quién era aquella mano.

—Seguidnos, señora, dijo volviéndose al lado donde presumia hallarse Gabriela; estamos al pie de la escalera.

—Pues subid, dijo entonces Mad. de Laval, yo voy agarrada de las faldas de Clara.

—¿Qué buscais, tia? preguntó la jóven.

—Nada, mi pañuelo que se me ha caido.

—Voy á bajar al momento y lo buscaré, dijo Victor.

Los tres subieron entonces la oscura y estrecha escalera que conducia á los pisos superiores, buscaron en la oscuridad la puerta de una sala, y entraron en la primera que encontraron decididos á esperar en ella que el mar se serenara. Las damas no pudieron ver si el amueblado era digno de ellas, pues el cuarto estaba enteramente oscuro; pero se alegraron sobremanera de encontrar una cosa blanda que parecia un colchon.

—Victor, dijo Gabriela, si quereis dejarnos descansaremos un rato.

—Y velareis por nosotras, ¿no es verdad? añadió Clara.

—¡Oh! confiad en mí, señorita, respondió Victor, y os aseguro que ningun centinela ha sido nunca tan vigilante en su puesto como yo le seré en el mio.

—Y buscad mi pañuelo, pues sinó por él podrán descubrirnos.

—A eso voy, respondió Victor, y poco despues se le oyó bajar la escalera.

El jóven anduvo buscando por algun tiempo, pero no pudo hallar el pañuelo.

Entretanto las dos señoras se despojaban de sus ropas, con las cuales les era imposible acostarse.

—¿Sabeis, tia, dijo Clara, que Mr. de Laval debe estar á estas horas muy inquieto.

—¡Bah! respondió Gabriela, estos son accidentes de la guerra. Mr. de Laval nos cree muertas, y como está de guardia en la torre de Santa Paula, ni aun tendrá tiempo para llorarnos. Quisiera tener á mano un espejo.

—¡Un espejo, tia, ¿y para qué?

—Para componerme este cabello que está en un desórden horrible.

—Pero aunque tuviéseis el espejo, tia, me parece que no os serviria de mucho en esta oscuridad en que estamos.

—¡Bah! la luna es tan clara, que veriamos ahora como en medio del dia: abre un poco esa ventana, Clara.

—Mirad, tia, que eso es una imprudencia!

—No, no, es solo para ver si todo está tranquilo.

Clara obedeció, mas no bien se hubo asomado cuando retrocedió un paso diciendo:

—Ay tia, me parece....

—¿Qué? preguntó Gabriela.

—Ver unos hombres que vienen hácia aquí por el mismo camino que hemos traido; los estoy oyendo, tia, los estoy oyendo.

—¡Bah! dijo Gabriela, es el viento que mueve las hojas de los árboles.

—No, tia, miradlos, allí están; son cinco... seis... siete...

Gabriela se apartó de la cama donde iba á acostarse, se acercó á la ventana, y apoyándose sobre los hombros de Clara se alzó sobre las puntas de los pies y miró por encima de su cabeza.

—¿Los veis? dijo Clara conteniendo la respiracion.

—Si, los veo...

Los hombres pronunciaron algunas palabras.

—Son italianos, dijo Gabriela.

—¡Oh! Dios mio, Dios mio, somos perdidas, dijo Clara juntando las manos.

Tres ligeros golpes dados en este momento á la puerta hicieron estremecer á las dos damas; despues oyeron una voz que decia: «Soy yo, nada temais, es Victor Vivaux.»

—Gabriela corrió á la puerta y la abrió.

—¿Qué hay? preguntó.

—Que vienen hácia este sitio.

—¿El enemigo?

—Tengo miedo.

—¿Y qué haremos?

—Seguid el consejo del patron Bourquié, subid á los demas pisos, buscad un lugar donde ocultaros, y no os inquieteis por mí. Aunque parezca que me alejo no os perderé de vista; y sin esperar la respuesta de las damas desapareció en la oscuridad de la escalera.

—¿Clara? dijo Gabriela.

—Aquí estoy, tia.

—Ven, y...

Al decir esto la cogió la mano y la sacó fuera del cuarto.

Subieron al segundo piso, y allí permanecieron en acecho con el oido atento á la escalera.

Al mismo tiempo entre el emparrado y las gradas del pórtico hablaban en alta voz dos hombres, que parecian los gefes de una banda de merodeadores, sin reparo alguno, y de modo que se les podia oir muy bien con el silencio de la noche.

—Te digo, Tadeo, decia uno de ellos, que las he visto pasar como sombras, y que he medido sus pies en la arena: no son mas largos que mi dedo, ni mas gruesos que mi lengua. Ademas ¿qué dices de esa franja que hemos encontrado en la colina? ¡Tadeo, aqui huele á carne fresca!

—Empiezo á creer que tienes razon, respondió el otro.

—*Per-Bacco*, ya lo creo que tengo razon; ya ves, hemos perdido el rastro á veinte pasos de aquí donde empieza el empedrado, de modo que esas diosas, si no están tomando un baño en las lagunas, deben estar detrás de aquella puerta. ¡Bien! ¿dónde está mi asistente? ¡Eh! Cornelio, ven acá. Ven pronto. ¿Qué diablos estás haciendo, bribon? ¿estás contando las estrellas? Escucha, pasa por ese arco, buen tudesco, y guarda la casa por el otro lado para cortar la retirada, y por San Pedro, mis bellas damas, que no os habeis de escapar.

—¿Qué es esto? dijo Tadeo recogiendo el pañuelo que Gabriela creia haber dejado caer en el vestíbulo, y que se le cayó al pie de las gradas del pórtico.

—¡Vive Dios, camarada! dijo Gerónimo tomando el pañuelo de las manos de su compañero, esto es un *fazzoleto* muy bordado, y perfumado con esencia de rosa, el cual no tiene trazas de haber salido de la faltriquera de un pescador: no se coge pescado con redes como esta.

—Subamos, Gerónimo, subamos.—Y vosotros camaradas, aquí..... Venid acá, y quedaos ahí.—Bien. Ahora sed prudentes, y se os darán las criadas si las hay.

—¡Qué! no señor, subamos todos que aquí todos somos iguales: ademas, mientras mas seamos, mas agradable será la visita. Solamente el otro aleman..... ¿Y mi asistente? ¡Forster, Forster!... ¡aquí! Siéntate en esos escalones con el puñal en la mano. Esas diosas traen un caballero en su compañía, porque hemos conocido sus pisadas en la arena. Para las señoras todos los miramientos del mundo; para el caballero una bala de plomo. ¿Entiendes, buen aleman? Esta es tu consigna.

—*Ya*; *men heer*, respondió el asistente sentándose en el sitio que le habia indicado su gefe. Entonces Gerónimo empujó la puerta, que segun las instrucciones del patron Bourquié no estaba cerrada.

—No está esto mucho mas claro que un horno, dijo uno de los italianos; no tienes ahí tu eslabon, Tadeo?

—¿Camino yo nunca sin él? respondió el soldado.

Al mismo tiempo se vieron saltar chispas del pedernal, y á poco encendieron una cerilla cuya débil luz fue bastante para que Gerónimo viera un farol colocado en un rincon del vestíbulo.

—Aquí está lo que necesitábamos: Dios proteje á la gente honrada. Vamos, vamos.

Tadeo no se hizo de rogar; los italianos levantaron el farol, que iluminó todo el vestíbulo, pero los merodeadores no pudieron ver mas que redes de todos géneros amontonadas contra la pared.

—Estas son las redes da nuestro padre despensero, dijo Tadeo, es necesario respetarlas, porque vivimos de ellas.

—¡Mirad qué calumnia! respondió Gerónimo, pues con todo eso hay gentes que dicen que nada respetamos: esas son lenguas viperinas. Amigos, no toqueis á nada, ya sabeis que Borbon no juega cuando se trata de los bienes del prójimo.

—¿Donde estan las mugeres? preguntó Tadeo.

—La ordenanza no habla mas que de las mieses, de los ganados, y de los muebles; ya veis que nada dice de las mugeres.

—Entonces, subamos al primer piso, dijo Tadeo, porque aquí nada tenemos que hacer.

La banda siguió este consejo, y entró en el cuarto que acababan de abandonar las damas.

—¡Oh, oh! esclamó Gerónimo; los capullos se han quedado aquí, pero las mariposas volaron. ¡Mira qué vestidos! mira este terciopelo y dime lo que debia haber debajo.

—No demos á las cosas mas valor del que tienen, dijo Tadeo.

—Atencion, compañeros, aquí hay dos escarcelas..... Esto es nuestro, como Marsella es del Condestable. Mañana lo partiremos.

—Gerónimo, esta cama no está deshecha: nuestras diosas no han hecho mas que mudar de trage y se han escabullido. Toca la cama, está tersa y fria como un mármol.

—¡A ellas, á ellas! gritó Gerónimo, que las hemos de encontrar aunque se oponga el diablo en persona. A estas palabras empezaron á subir la escalera.

Gabriela y Clara no habian perdido una sola palabra de esta horrible escena. Al oir que se disponian á subir en su busca, se apoderó de ellas un temblor convulsivo y se les erizaron los cabellos; mas como no habia tiempo que perder, se lanzaron hácia el ángulo en que estaba la escalerilla de madera que conducia á la trampa del tejado, salieron á la azotea, retiraron la escalera y cerraron la trampa.

Pocos instantes despues un grande estrépito de voces que sonaba bajo sus pies les avisó que la banda habia llegado á la sala que daba paso á la azotea, y que aquel era el momento decisivo. Las dos nobles señoras se comprendieron sin hablarse, sus labios se juntaron en un beso de despedida, y con los brazos enlazados y los ojos fijos en el cielo se adelantaron rápidamente hácia las tejas que sobresalian del tejado. Ya los ojos fijos en la trampa esperaban por momentos verla abrirse y en este caso ya habian tomado la resolucion de precipitarse desde la azotea sobre las losas del vestíbulo. Esta agonia fue larga y penosa. Las tejas crugian bajo sus pies, y mas de una vez por efecto de una convulsion nerviosa se sintieron impelidas hácia el precipicio por una mano invisible. Suspendidas así é inmóviles sobre su tumba, se asemejaban á las estátuas del pudor y de la desesperacion, levantadas sobre las ruinas de una ciudad tomada á saco.

Entretanto el sonido de las voces fue alejándose lo propio que el de los pasos: un rayo de esperanza brilló en sus rostros, y levantaron los ojos al cielo con una espresion de gratitud infinita. Gabriela levantó al punto la trampa con precaucion, y oyó distintamente las lamentaciones de la banda que fueron seguidas del ruido que hizo la puerta al cerrarse. A poco se sintieron en la escalera unos pasos ligeros, y se oyó una voz tímida que con el acento de una desesperacion que se aumentaba por momentos, llamaba al traves de todas las puertas. Esta voz era la de Victor Vivaux.

La trampa se volvió á abrir, y la escala se colocó de nuevo: Victor dió un grito de alegria, y puso un pie en el primer escalon.

—Aquí estamos, Victor, dijo Gabriela á media voz.

—Pues venid pronto, respondió Victor, un minuto de tardanza es la muerte.

Las dos señoras bajaron la escalera con una agilidad admirable; al llegar al vestíbulo, oyeron á los soldados á quienes ya creian muy lejos, que estaban hablando debajo del emparrado. Victor colocó á las dos señoras detras de las muchas redes que pendian delante de la pared, y se ocultó con ellas prestando atento oido á todo lo que pasaba; pues un ruido mal interpretado podia ser la muerte de los tres.

—Conque, capitan, decia Forster, la visita ha sido inútil.

—Sí, respondió Gerónimo con tristeza.

—¿Habeis buscado bien por todos lados?

—No hemos dejado nada por registrar. ¿Y tú no has visto nada?

—Nada.

—Baja, que estás ya relevado.

—Gracias, dijo Forster levantándose: no lo siento; porque el puesto no es de los mejores.

—¿Qué estás diciendo tú ahí?

—Digo, capitan, que cuando querais pasearos por los tejados no me pongais de centinela debajo de las canales.

—¿Y por qué?

—Porque cuando llueven tejas y está uno al raso, es malsano recibir la lluvia.

—¡Como! ¿dices que te ha caido una teja en la cabeza.

—¿Una? mas de diez: pero me mantuve firme en mi puesto: asi se me hubiera venido encima el tejado, no me habria movido de allí.

—Amigos mios, esclamó Gerónimo, en el tejado están: mira, querido, si has dicho la verdad te daré diez doblas de oro.

—¡Al tejado, al tejado! gritaron á un tiempo todos aquellos desalmados.

—Vamos, camaradas, ya sabeis el camino; quien quiera ser mi amigo que me

siga... Cornelio, Forster, venid; vosotros tambien, y rastread la cacería como buenos podencos.

Y la banda, llena de nuevo ardor, atravesó el vestíbulo y empezó á subir la escalera, dejando de oirse á poco, hasta los pasos de los dos alemanes que cerraban la marcha.

—Ahora, dijo Victor, no perdamos momento, valor, y nos salvamos.

Al mismo tiempo salió el primero de debajo de las redes, y tomando de la mano á las damas huyó con ellas fuera de la casa, sobre cuyo tejado estaba ya toda la banda.

—¡Capitan! ¡capitan! gritó Forster, mirad cómo huyen por allí: mirad;—allí, allí..... cuidado..... *der Teufel!*

Siguióse á este juramento un gran grito, un grito terrible, uno de esos gritos de muerte que atraviesan el espacio cuando un alma sale violentamente del cuerpo. Los tres fugitivos se detuvieron llenos de espanto, entonces vieron como caer una cosa del tejado, y oyeron un ruido como el de un cuerpo que se estrellara en el enlosado.

—Es el capitan, dijo Vivaux estremeciéndose de horror, que se habrá acercado mucho al borde, y el tejado habrá cedido bajo su peso.

—¡Capitan! ¡capitan! gritaron muchas voces; pero nada se oyó, ni un grito, ni un quejido.....

—Ha muerto, dijo Vivaux: Dios tenga piedad de su alma; ahora pensemos en salvarnos, y cogiendo á ambas damas cada una por una mano, se dirijieron apresuradamente hácia la playa.

Una barca estaba á la orilla del mar, y los fugitivos se acercaron á ella; aunque la noche estaba muy oscura, la tormenta habia cesado, y el tiempo era sereno.

—Echemos esta barca al mar, dijo Victor; Dios no nos ha salvado tan milagrosamente para abandonaros en el último trance.

—¿Sois vos, Mr. Victor? dijo una voz que salia de la barca, mientras que una cabeza inquieta se levantaba sobresaliendo apenas de su borde.

—Nos hemos salvado, dijo Victor, es el patron Bourquié.

—¿Y el mar? preguntó Gabriela.

—Tranquilo como una balsa, contestó el patron, y el viento es bastante para no hacer ruido con los remos. Abordo, abordo.

—Entrad, señoras, entrad, dijo Victor.

Luego que se hubieron embarcado las señoras, el patron Bourquié empujó la barca y se lanzó detras de los fugitivos. Victor tenia ya los remos.

—¡Nada de remos! ¡nada de remos! dijo Bourquié: los remos hacen ruido, la vela al viento, y Dios nos guie. ¿Dónde hemos de ir, Mr. Victor?

—A la cadena del puerto ó á la torre de San Juan.

—Bien, bien, dijo el patron; tomad el timon, cuando yo diga *á estribor*, apoyad sobre la izquierda, y cuando diga *á babor* volved hácia la derecha, ¿Entendeis?

—Sí.

—¡Pues á la vela!

Y como si la barquilla no hubiera esperado mas que el permiso de su amo, comenzó á deslizarse blandamente por el mar. Al cabo de media hora la barca tocaba en la cadena del puerto, y Victor se daba á conocer á la guardia de la bateria situada á flor del agua. En este momento, un silencio solemne reinaba en la ciudad sitiada: los centinelas eran los únicos que velaban sobre los baluartes y delante de las tiendas, donde reposaban los dos ejércitos para repararse de las fatigas de la víspera, y cobrar nuevas fuerzas con el sueño para combatir al siguiente dia.

A los treinta y nueve dias de sitio reinaba en Marsella la mayor consternacion, pues los sitiadores habian abierto una larga brecha desde la base de la torre de Santa Paula hasta el primer arco de la puerta de Aix. Se necesitaba un milagro para salvar á Marsella, porque sus defensores, cansados de una resistencia prolongada, buscaban en sí mismos un esfuerzo supremo que podian negarles sus brazos debilitados. Entonces apareció en medio de los baluartes inflamados, y ruinosos un nuevo ejército para socorrer la ciudad; ¡un ejército de mugeres! Gabriela de Laval mandaba estas nuevas amazonas del moderno Thermodon, y Clara su sobrina llevaba la bandera de la ciudad griega. A esta vista lanzaron los sitiados un grito de esperanza que espantó á los italianos que estaban sobre las alturas del Lazareto y de San Victor. Cuando se dió el asalto encontró el Condestable á todos los habitantes de la ciudad defendiendo la brecha; jóvenes, ancianos y mugeres formaban un baluarte vivo que cubria las ruinas de

las antiguas murallas, y Marsella gritó victoriosamente á su enemigo como Dios gritó al mar: «De aqui no pasarás.»

Quince dias despues se celebraba el casamiento de Victor Vivaux con Clara de Laval. El patron Bourquié no quiso mas recompensa que la de ser convidado á la boda. Por lo que hace á Mr. de Beauregard juró que jamas tocaria á una sola piedra de aquella antigua casa, y que la legaria á sus hijos con su azotea, su vestíbulo y su emparrado, y tal en fin, cual se elevaba en medio de las aguas, como un asilo milagroso que habia salvado á dos mugeres heróicas, en una noche de terrible afliccion.

F. L.

Estudios Históricos.

CONQUISTA DE SEVILLA

POR

D. FERNANDO III EL SANTO.

Asentada á la orilla izquierda del Guadalquivir se halla Sevilla, la antigua *Julia* de los romanos, tan notable por su hermosura y riqueza, como por el importante papel que ha representado en la historia de España, desde la mas remota antigüedad. Codiciada siempre por su posicion y belleza, todos los pueblos que han dominado sucesivamente la península han procurado apoderarse de ella, que en mas de una ocasion ha detenido por largo tiempo ante sus muros á los ejércitos conquistadores.

Destruida la monarquia goda en la fatal y para siempre memorable batalla de Guadalete, que puso los destinos de la España en poder de los sarracenos, fueron cayendo sucesivamente en poder del vencedor caudillo Tarif los pueblos y ciudades del mediodia de España hasta llegar á Toledo. Libráronse de este primer golpe algunas ciudades, y entre ellas Sevilla, si bien no fue de larga duracion su sosiego; pues al año siguiente, luego que Muza vino á España á continuar la conquista y á disputar hasta cierto punto á Tarif los primeros y mas señalados triunfos que habia alcanzado este, uno de sus primeros cuidados fue el sitiar á Sevilla que se rindió despues de un mes de cerco.

Desde este punto fue creciendo Sevilla aun mas si cabe, en importancia y riqueza, llegando con el tiempo y bajo la dominacion de los árabes á ser principalísima ciudad de España, y asiento y morada de una serie de Reyes que dieron su nombre á sus reducidos pero ricos y pobladísimos estados.

La ilustracion de los nuevos señores de la España, se dió á conocer, luego que se hallaron en pacífica posesion de sus estados, en mil obras grandiosas que ejecutaron en todas las capitales de los diferentes reynos que se establecieron: sus hábitos caballerescos, su cultura, su galantería, y ostentacion, unidas á otras cualidades no menos apreciables y sólidas, contribuyeron á aumentar los encantos de este pais privilegiado por la naturaleza, y á hacer doblemente mas rico, fértil y productivo un terreno que

casi podria decirse no necesita de la mano del hombre, para regalar á éste los mas ópimos y abundantes frutos.

No fue Sevilla la ciudad que menos hermosearon los príncipes árabes, tanto en edificios suntuosos como en otros de beneficio público; distinguiéndose el Rey de los almohades Jusef-Abu-Jacub, que en el tiempo que estuvo en ella hizo muchas obras de recreo y de utilidad, entre otras una magnífica *aljama* ó mezquita, un puente de barcas encadenadas sobre el rio, y almacenes grandiosos, muelles con gradas en ambas orillas, y trajo á la ciudad desde el castillo de Gabir sus aguas cristalinas, en cuyas obras consumió sumas inmensas.

Durante el largo tiempo que Sevilla estuvo en poder de los árabes, que fue 536 años, tomó una parte muy activa en las contiendas civiles de la época, y fue teatro de escenas sangrientas y grandiosas, y en todas ocasiones demostró su grandeza y el poderio de sus señores. Casi todos los califas que en diferentes ocasiones pasaron á España con huestes numerosas para engrandecer el poder de los sectarios de Mahoma, y contener los progresos que sucesivamente iban haciendo los cristianos, hermosearon á Sevilla con sus prodigalidades, y le hicieron presenciase sucesos notables por mas de un título. Merece entre ellos particular mencion, la visita que hizo el Rey de Bayona Sancho, (rey de Navarra) al emir Abu-Abdhala-Anasir Ledinala, célebre por haber perdido la batalla de las Navas de Tolosa.

Cuando el emir Abu-Abdhala-Anasir pisó el suelo de Andalucia, seguido de un formidable ejército, se alarmaron, como era natural, todos los príncipes cristianos de España, y se prepararon á la defensa. Otros, y entre ellos el rey de Navarra, pensaron que les convenia mas hacer un tratado de amistad con el emir, y al efecto pidió á éste una entrevista. Concedióla el emir en Sevilla, y dió al efecto las órdenes oportunas para que le recibiesen en todas las ciudades con grandes consideraciones, si bien deteniéndole en cada una, cuando se pusiese en marcha, 1000 caballeros de su comitiva. Asi sucedió en efecto hasta llegar á Carmona, en cuya ciudad le detuvieron tambien los 1000 últimos caballeros que le quedaban, lo cual visto por Sancho dijo al alcaide: «Si asi me de«jas quien me ha de acompañar?» y le respondió el alcaide: «Irás bajo la salvaguar«dia del emir de los fieles Anasir, y á la «sombra de las espadas muslímicas.» En efecto, desde Carmona hasta la puerta de este nombre que hay en Sevilla, que era por la que habia de entrar el rey Sancho, fue caminando por entre las filas de soldados que habia formadas á todo lo largo del camino, vestidos de gala, armados de pies á cabeza, con los alfanges desenvainados, lanzas empuñadas y los arcos tirantes. Hay que admirar en esto el número de tropas que debian concurrir á esta formacion para acordonar doce leguas de camino que hay de una ciudad á otra. El emir Anasir habia dispuesto para recibirle una espléndida tienda, y vacilando acerca del modo como lo recibiria, pues si se levantaba á la llegada del Rey contravenia á la suna con tamaña atencion á un infiel, y si permanecia sentado creia faltar á la debida política, ideó el medio de entrar por una puerta de la tienda mientras D. Sancho entraba por la otra, y de que un intérprete, que debia estar sentado sobre uno de los tres cogines dispuestos para él y para los dos soberanos, se levantase, lo tomase de la mano y lo sentase á su derecha, y lo propio hiciese con D. Sancho, sentándolo á la izquierda. Asi se verificó con la mayor pompa y ceremonia, quedando eterna memoria de la suntuosidad y grandeza de la brillante entrada y recibimiento que tuvo en Sevilla el Rey cristiano.

La opulencia y hermosura de una ciudad como Sevilla debia forzosamente excitar los deseos de los cristianos por poseerla; y asi fue, que algunos años despues cuando ya iba de caida el imperio musulman en España, tanto por el valor y la constancia de los cristianos como por las disidencias y guerras civiles que minaban y destruian el poderio musulman, el Rey de Castilla y Leon D. Fernando III, que por sus virtudes y por el teson con que sostuvo la guerra contra los moros, mereció el renombre de Santo, determinó la conquista del reyno de Sevilla, que llevó á cabo en diferentes expediciones, aunque sin tocar á la capital, hasta que en una nueva, reuniendo numerosas fuerzas vino á ponerla cerco el 20 de Agosto de 1247.

Imposible seria mencionar los nombres de tantos ínclitos varones como vinieron á la conquista de Sevilla, ni las hazañas con que se distinguieron en el largo cerco que duró diez y ocho meses: allí estaban D. Pelayo Perez Correa, maestre de Santiago; los

maestres de Calatrava y de Alcántara, los infantes D. Fadrique y D. Enrique; D. Pedro Ponce de Leon, D. Lorenzo Suarez, Garci Perez de Vargas, D. Pedro de Guzman, D. Gonzalo Giron; D. Sancho de Coria y otros prelados y grandes, dignos todos de ocupar un lugar distinguido en la historia. Las fuerzas navales con que el Rey hizo cerrar el desembocadero del Guadalquivir para impedir que los sitiados fuesen socorridos por el rio, estaban al mando de D. Ramon Bonifaz, que vino á ser el primer almirante de Castilla.

Tambien acudió al cerco con muchos valientes caballeros moros, el Rey Aben Alahmar, primer Rey moro de Granada, y de cuya época data casi la grandeza de este último asilo de los moros en España. Aben Alahmar era ausiliar del Rey D. Fernando.

Puesto ya el cerco, establecidos los reales, que con la larga permanencia en él se convirtió en una especie de ciudad, donde se vendian las cosas necesarias, y en donde habia talleres para proveer al ejército de armas y de máquinas de guerra, empezaron los sangrientos ataques y defensas, en que por una y otra parte se daban continuas muestras de valor y de audacia. Los de la ciudad que tenian buena y florida caballeria hacian continuas salidas y atacaban á los cristianos que estaban acampados en ambas márgenes del rio, si bien sin lograr ventaja, pues firmes estos en sus líneas rechazaban por lo comun á los sitiados, que volvian derrotados á guarecerse detras de los muros de la ciudad. Mientras tanto pasaban dias sin que adelantasen las cosas, derramándose mucha sangre por una y otra parte, pero sin resultados decisivos, con notorio disgusto de los sitiadores, á quienes ya empezaba á incomodar las fatigas del campamento.

Habia asimismo sangrientos encuentros entre la gente de mar de los cristianos y de los muslimes; y no pocas veces intentaron estos quemar nuestra armada con mistos incendiarios y ollas de alquitran, mas nunca lograron su intento, pues la vigilancia de Bonifaz proveia á todo. Mas felices fueron en algunas de las tentativas que hicieron por tierra, pues en una lograron desbaratar los ingenios y quemar las máquinas que servian para el sitio.

Comunicaba la ciudad por un puente de barcas con el arrabal de Atrayana (Triana) que tambien estaba bien defendido con un fuerte castillo. Mas de una tentativa habian hecho los sitiadores para destruir el puente, pero todas infructuosas: sin embargo, como el buen éxito de la conquista dependia de aislar á los defensores cortándoles esta comunicacion, el Rey D. Fernando determinó hacer otro esfuerzo para conseguirlo; y al efecto dispuso que se preparasen dos naves grandísimas y reforzadas hasta no mas, para que arrebatadas por la corriente y por el impulso del viento, volcasen con su empuje la mole de barcas, y rompiesen las cadenas de hierro que las afianzaban.

Fue esta tentativa muy feliz, pues se rompió el puente, y se impidió que los cercados se ayudasen como antes, lo que debilitó mucho su fuerza, haciéndoles tambien decaer de ánimo; si bien siguieron todavia resistiéndose por algun mas tiempo.

Durante este plazo se hizo notable D. Pelayo Correa, maestre de Santiago, con sus valerosos caballeros, rechazando á un numeroso cuerpo de auxiliares que intentaban penetrar en la ciudad. Sucedió esto el dia de la fiesta de nuestra Señora de Agosto. D. Pelayo acometió á los moros al grito de: *Santa Maria, alarga tu dia;* y en efecto, su larga carrera permitió á los cristianos derrotar á los moros, haciendo en ellos gran matanza. En memoria de este suceso se edificó un templo con la advocacion de Santa Maria, en el mismo sitio en que Correa quedó vencedor.

Fatigados al fin los de Sevilla de tan largo cerco, y sin esperanza alguna de verse libres de él, trataron de rendirse, y al efecto el wali Abul-Hassan envió mensageros al Rey Fernando para ajustar con él los pactos de rendicion. Recibiólos el Rey benévolamente, y despues de desechar toda proposicion que no principiase por la completa rendicion de la ciudad, se convino que pudiesen quedar en ella todos los habitantes que quisiesen, viviendo segun sus leyes y costumbres, y pagando al Rey de Castilla el mismo tributo que pagaban al emir de Marruecos; y que por el contrario los que quisieran ausentarse lo podrian verificar en el término de un mes, llevándose sus bienes, y siendo auxiliados por los cristianos con bagajes si querian irse por tierra, ó con naves si deseaban pasar á Africa. Ademas el Rey Fernando ofreció al wali Abul-Hassan un lugar de sus estados donde pudiese pasar su vida, y medios de subsistencia, conforme á su rango; mas este vete-

rano musulman desechó la oferta, y se embarcó para Africa pocos momentos despues de entregar las llaves de la ciudad al Santo Rey, lo cual se verificó el 19 de Noviembre de 1248.

Posesionados los cristianos de la ciudad



y de sus castillos, al punto desaparecieron las insignias del mahometismo, reemplazándolas con la cruz, y todo se dispuso para la solemne entrada del Rey que tuvo lugar el 22 de Diciembre, segun algunos historiadores nacionales. El Rey, acompañado de toda su corte y grandeza y de todos los caudillos y prelados que habian asistido á la conquista, y que iban formados en procesion pública pasó á la mezquita mayor ya bendecida y preparada al efecto con gran suntuosidad, y en ella oyó misa en accion de gracias al Todopoderoso por el triunfo que habia concedido á sus armas. De allí pasó al alcázar donde asentó su corte, y donde murió el año de 1252, tan santa y piadosamente como habia vivido.

A pesar de lo favorables que fueron las condiciones con que se entregó Sevilla, fueron muy pocos los musulmanes que se quedaron en ella, abandonando á los cristianos todas sus posesiones, y llevándose tan solo el oro y alhajas que tenian. Muchos pasaron á Africa, y otros se acogieron á los estados del nuevo y floreciente reyno de Granada.

« Asi, se lee en Conde, acabó el imperio de estos príncipes en Sevilla, y los muslimes perdieron esta hermosa ciudad: sus torres y mezquitas se llenaron de cruces, y se profanaron los sepulcros de los fieles muslimes."

Tan gran catástrofe para los musulmanes llenó de pena y de angustia á los defensores del Coran, y sus poetas la lloraron en sentidas trovas. En la historia de España por Romey se halla la traduccion de un magnífico poema, compuesto por Abu-Bekka-Salch, hijo del gerife el Rondy (de la ciudad de Ronda) y del cual tomamos las siguientes estrofas:

.....

«¿Donde está Sevilla con la hermosura de sus campiñas? ¿y aquel grandioso rio que lleva unas aguas tan cristalinas, abundantes y bellas?

« Ciudades ostentosas, vuestros solares son las columnas de las provincias. ¡Ay de mi! Como se han de sostener las provincias si sus columnas yacen por el suelo?

« Como un amante está llorando la ausencia de su dulce dueño, asi llora inconsolable el islamismo.

« Avasallan incrédulos sus comarcas desamparadas y dolientes.

« Transformáronse nuestras mezquitas en iglesias, sin que se vean en sus torres mas que cruces y campanas.

« Nuestras tribunas y santuarios, aunque de madera yerta y durísima, prorumpen en interminables lloros y gemidos, al presenciar tan grande desventura.

« Tú, que estás ahí descuidado y ocioso

mientras la suerte te insta, si te adormeces ten desde ahora entendido que la fortuna está siempre despierta.

«Te paseas por ahí complacido y sereno viendo con embeleso tu amenísima patria; ¿pero tenemos por ventura patria cuando hemos perdido á Sevilla?

«Este último desastre ha hecho no nos acordemos ya de los anteriores, pero en vano pasarán largos años; su memoria no puede ser borrada.

«Ginetes que montais corceles que vuelan como águilas en medio de la refriega, y cuyo noble furor se escita al centellear de los aceros:

«Guerreros que esgrimis alfanges venidos de la India, que brillan como llamas en medio de la densa polvareda:

«Y vosotros que allende el piélago estais disfrutando dias bonancibles y alhagüeños, y que en vuestros alcázares ostentais boato y poderío,

«No os ha dado nadie noticias de España? Ah! pues volaron mensageros de parte de aquellos ciudadanos sin ventura, para llevar la desastrosa nueva.

«Implorando están dia y noche vuestro auxilio, y entretanto yacen ó cautivos ó muertos; ¡ay de mí! nadie acude á su defensa.

«A qué son esas desavenencias entre los musulmanes? Por ventura, cuántos adorais al sumo Dios, no sois todos hermanos?

«¿No descollarán entre vosotros almas arrojadas, generosas y valientes? ¿No asomarán guerreros para socorrer y desagraviar la religion muslímica?

«Torpe afrenta cubre, ó España, á tus moradores: los mismos que no ha nada se erguian como soberanos en sus palacios, ahora yacen esclavos de gente descreida.

«Ay! si vieras sus ojos preñados de lágrimas, al verse vendidos! Tan inmensa desdicha te traspasaria de quebranto, y ofuscaria tu entendimiento.

«¡Si los vieras errantes, despavoridos, sin arrimo ni asistencia, y cubierto de ropas cuya sola vista está diciendo que son esclavos!

«Ay Dios! ¿Cómo está separada la madre de los hijos? Como las almas andan vagando separadas de sus cuerpos?

«¡Y tantas doncellas, hermosas como el sol, y cuya aurora iba derramando rubies y corales! ¡Oh amargura! Los bárbaros se las llevan para emplearlas en viles oficios; ay! como brotan las lágrimas de sus ojos, y sus pechos aun llenos están de amargura!

«Al presenciar tanto desastre, ¿cómo no se rompen nuestros corazones si aun queda todavia en ellos algun asomo de fe y de islamismo?"

S. Casilari.



Estudios de Historia Natural.

LAS CONCHAS.



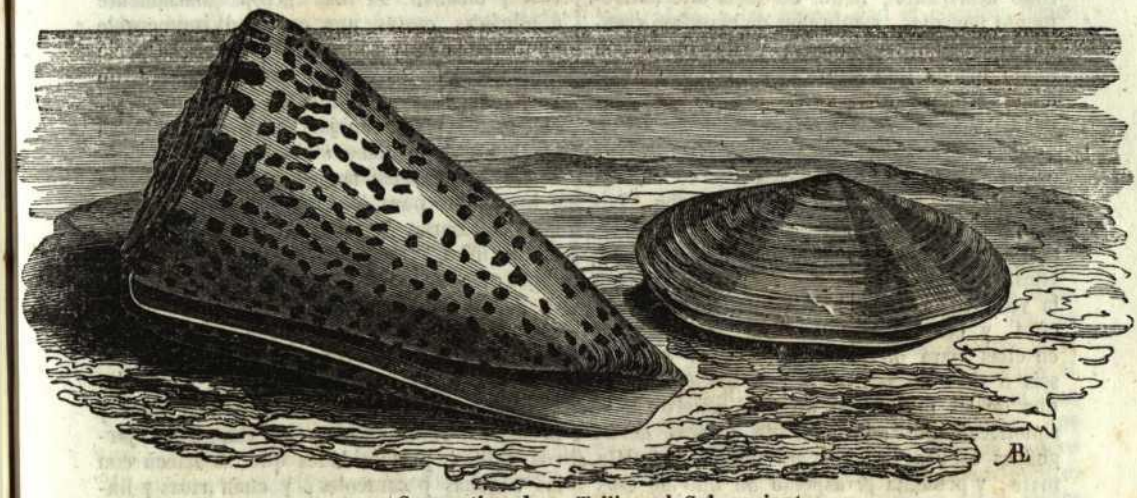
Por un contraste singular, las conchas, de formas tan graciosas y de colores tan brillantes, sirven de morada á animales gelatinosos, tan feos, como bonitas son sus habitaciones: los naturalistas les han dado el nombre de *moluscos*. Los moluscos, lejos de estar repartidos al acaso en el fondo del mar, eligen, siguiendo sus instintos y la configuracion de su concha, parages que nunca abandonan. Los unos, como las *gibias* y los *calamares*, nadan entre dos aguas á poca distancia de las costas, provistos de largos tentáculos; otros, como los *cascos*, se arrastran con lentitud en el fondo peñascoso de los arrecifes, ocultos debajo de sus gruesas conchas, y se adhieren con fuerza á la piedra con la ayuda de su sólido pie: las ostras, asidas á la piedra como los vegetales, permanecen encadenadas en el sitio donde nacen, abren á ciertas horas sus espesas valvas para coger al paso las partículas invisibles que le llevan las olas y con las que se alimentan: los *nautilus*, los *atlantes* y los *argonautas*, por el contrario, que habitan libremente en alta mar, vogan con rapidez, ocultos en sus transparentes conchas, á dos ó trescientas leguas retirados de la orilla: los *nautilos*, deslumbradoras conchas de los mares templados, despliegan durante las calmas sus vivos colores, y su leve envoltura, y se dejan llevar del menor soplo, dando al viento sus diáfanas velas, con la seguridad que les da la inmensidad del Océano. Por lo que toca á los hábitos de los moluscos, se reducen á poca cosa: sus funciones son, dormir sobre la arena, sepultarse en el fondo del mar, ocultarse al abrigo de las ovas, confiarse á la fortuna de una alga flotante, y para librarse de su enemigo, meterse en su concha, ó despedir como las gibias, un licor negro para ensuciar el agua y escaparse por este medio. El mayor número de estos animales es carnívoro.

Limitados en sus instintos, y repugnantes á la vista, es probable que los moluscos hubieran pasado siempre desapercibidos, si sus conchas, matizadas, la mayor parte, de tintas inimitables, no hubiesen atraido la curiosidad de ciertos aficionados, muchos de los cuales han pasado su vida en reconocer numerosas variedades, de que han hecho colecciones preciosas. Para dar una idea general de los principales tipos de las conchas vamos á ocuparnos de algunas de ellas con la mayor rapidez.

No elegiremos, sin embargo, las especies mas raras, y las que, por decirlo asi, forman una excepcion en la familia de los moluscos. Las escepciones expondrian á los que ojeen estas páginas, á caer en errores mas ó menos graves acerca de la familia que queremos darles á conocer.

Es necesario hacer notar que ciertas conchas son tan numerosas como los granos de arena, entre los cuales el microscopio descubre cantidades innumerables. Otras, por el contrario, no aparecen mas que en ciertos paises y de tarde en tarde, por cuya razon causan un placer indecible al afortunado naturalista que puede clasificarlas, con orgullo, en su coleccion.

Entre las mas curiosas se notan las tellinas, cuyos habitantes viven á orillas del mar, sobre la arena. En general tienen fajas de púrpura que se estienden del centro á la circunferencia. La que se llama el *Sol naciente*, es una de las mas hermosas,



Cono atigrado.—Tellina el Sol naciente.

tanto por su forma delicada y su superficie lisa cuanto por sus colores: la concha es color de rosa con fajas anchas blancas que se estienden en radios. La tellina *lengua de gato*, del Océano índico, es tambien muy bonita: blanca con radios de color de rosa, sembrada toda ella de tubérculos ásperos colocados al tresbolillo.

Tambien merecen citarse los Bucardas, entre los cuales se distingue, el *bucarda* exótico, concha ligera y fina como la musolina, de cuya blancura participa: sus valvas están tan comprimidas por los lados, que en medio forman una quilla aguda y dentada.

No son menos curiosas las Arcas, cuyo molusco se fija á las rocas que están á mayor profundidad: sus conchas son delgadas, unas redondas y otras oblongas, y mas ó menos convexas ó encorvadas, semi-trasparentes aunque de matices poco variados: las hay, sin embargo, de listas amarillas sobre fondo rosa.

Las Porcelanas (*Ciprea*) habitan todos los mares desde la costa de la Noruega hasta el golfo de Bengala. Arrojadas sobre todas las orillas no tienen el mérito de la rareza; pero si se considera la riqueza de los colores, y su esmalte, sin duda se convendrá que son las conchas mas bonitas que hay: ninguna iguala á la *porcelana trigre* en lo hermoso de sus colores.

Las Olivas no ceden en nada á las porcelanas; su forma es elegante: la *oliva del Brasil* y la de *Ceylan* son las mas notables: los animales que ocupan estas conchas son feroces, carnívoros y horriblemente feos.

Las Volutas abundan en los mares cálidos de la Australasia. Alli, en las playas de las islas del Océano y al abrigo de los numerosos corales que adornan su fondo, la *voluta imperial* hace brillar sus hermosos y variados colores sobre un fondo de marfil pulimentado, y adquiere á veces dimensiones colosales. La *voluta armada* del cabo de Buena Esperanza es tambien una concha fina y preciosa, puntiaguda, lisa y blanca con manchas grandes rojas.

Los Conos ó Cucuruchos, son á veces muy lindos y se encuentran asimismo en todos los mares: son los mas notables el

cono literato, cuya concha es blanca con una infinidad de puntos cuadrados oscuros; *el cono atigrado*, que es el gigante de ellos, y sobre cuyo fondo blanco y trasparente como el nacar resaltan multitud de puntos oscuros, dispuestos en líneas paralelas; el *cono almirante*, lleno de fajas alternativamente leonadas, sembradas de manchas grandes triangulares blancas, y de otras con fondo blanco que figuran una red fina amarilla; el *cono cedo-nulli* y otras variedades.

Las MITRAS, se diferencian de las OLIVAS en su forma mas prolongada, y en su volúmen por lo general mas pequeño. Los animales que contienen, y que casi no pueden con su concha, viven perezosos é inmóviles, sumergidos en el agua que oculta á la vista los hermosos colores de sus conchas, y cuando algo los toca se encierran en ellas para no presentarse hasta pasadas seis ó siete horas. La *mitra episcopal*, es una de las mas bellas de este género: está simétricamente adornada de figuras geroglíficas oscuras, sobre un fondo de plata mate, y presenta el aspecto de uno de esos hermosos vasos fúnebres hallados en los necrópolos egipcios. La *mitra puntiaguda*, cuya superficie es de un blanco azulado, está sembrada de puntos color de violeta formando laberinto.

Acabamos de echar una rápida ojeada sobre las mas hermosas conchas, y al concluir no debemos olvidar que varios de los moluscos tienen para nosotros un interes mas real y efectivo. El mar arroja diariamente á nuestras costas una cantidad inumerable de marisco muy sabroso al paladar, especie de maná que los pobres recogen sin trabajo y con el cual se alimentan en gran parte. Las ostras y las almejas se sirven en todas las mesas. No debe olvidarse que el licor negro que espelen las gibias es el que sirve á los chinos para hacer su tinta tan afamada y necesaria. En algunos paises como en la Martinica y en las costas del Perú se recogen ciertas conchas, que convierten por la accion del fuego en una cal de excelente uso. Finalmente el nacar, esa sustancia opalina y metálica que se halla en ciertas ostras, se emplea como es sabido en la fabricacion de mil objetos á cual mas ricos y preciosos. Todos conocen los canastillos, jarros y otras preciosidades que se hacen con las conchas y caracoles, y cuan ricas y lindas son las perlas blancas que se hallan en una especie de ostra que se pesca en el fondo del golfo Pérsico. (*T. por S. C.*)

LA VIRTUD DE ROSINA.

I.



La calle de las Lavanderas es la mas triste de todas las que vienen á terminar en la plaza Maubert. Suele pasar algunas veces por ella, confundido con la horrible poblacion de aquel barrio, algun ser que pertenece á la especie humana, tal como un estudiante que va al jardin botánico, un provinciano que busca á su familia en Paris, una linda menestrala que pasa de puntillas y ligera como un gamo desde la tienda de comestibles al puesto de la frutera de las Cuatro Estaciones. Los demas que pasan, ya se sabe que son; un ratero ocioso, un muchacho que juega, una muger que ha envejecido antes de tiempo, y va á mendigar á la sombra, un trapero borracho que busca una taberna, una criada vieja que os barre los pies al pasar, y en fin, toda la fealdad y toda la miseria humana, si á pesar de todo esto reside allí la humanidad.

En 1838 en una antigua y sucia casa de esta calle, sin aire y sin sol, vivia una po-

bre familia de artesanos, natural de Lorena, y digna por todos títulos de habitar mejor pais. El padre era picapedrero; habia abandonado imprudentemente su ciudad natal en compañia de su muger y de seis hijos, para venir á Paris á buscar fortuna. Una vez lanzado en este mar proceloso, en vano hizo los mayores esfuerzos para llegar á tierra firme; combatido siempre por los vientos contrarios, tuvo que sufrir todos los reveses de la fortuna, sin mas tabla de salvacion que sus brazos. La miseria en Paris es mil veces mas triste y sombría que en la provincia mas pobre: mientras se encuentra un rayo de sol que alegre el camino, un árbol verde que dé sombra, y una fuente que ofrezca sus aguas al pasagero, se arrastra la miseria con una fuerza casi juvenil, y una sonrisa del cielo y de la naturaleza penetra hasta el corazon del que trabaja, que ve cada momento á Dios; á Dios que le manda tener esperanza! Pero en Paris, en estas casas que parecen edificadas para prision de los criminales, donde el sol nunca penetra, donde el aire no siembra en el tejado la yerba mas insignificante, donde al abrir las ventanas no se ve el cielo, y donde nunca viene á anidarse la golondrina, la miseria es una imágen de la muerte, que toma puesto en el hogar, que se sienta á la cabecera de la cama y preside al banquete de Lázaro. Es la miseria de Satanás; miseria de las tinieblas que inspira el mal, ó por mejor decir, la miseria que conviene á este mundo de malos ricos y de malas pasiones.

Andres Dumont, asi se llamaba el picapedrero, no ganaba mas que un escudo cada dia, del cual consumia en su persona veinte sueldos á lo menos; y de consiguiente solo traia á su casa por las noches los cuarenta sueldos restantes. Con estos cuarenta sueldos y á veces menos, tenia su muger que alimentar y educar sus hijos sin olvidar el alquiler del cuarto que habitaban. Mientras tuvo leche en sus fecundos pechos, cumplió heróicamente con sus deberes de madre; semejante al pelícano solitario que en los dias en que no puede buscar el sustento para sus hijos se abre el pecho con su pico para alimentarlos. Mas el pecho se secó bajo los lábios hambrientos. Esta familia habia vivido con mil privaciones, sin quejarse ni aun al cielo: pero entonces tuvo que resignarse á vivir con menos. El pobre picapedrero no tardó en ver que la miseria se apoderaba de su casa: hasta aquella época, la alegre y ruidosa turba de sus hijos venia siempre á esperarlo al principio de la escalera; allí saltaban á sus brazos, se colgaban de su cuello, le cogian la mano, y entraba en su casa con este tierno cortejo, olvidando las fatigas del trabajo y abrazando á su esposa con el corazon lleno de alegria. Sentábanse á la mesa quedando los niños en pie para ocupar menos sitio; comian un pan bendecido por el cielo, y un plato de lentejas, ó un pedazo de vaca, y bebian cidra en un jarro que pasaba de mano en mano. Concluida la comida, quemaban los dias que hacia frio un hacecito de ramas, verdadero fuego de alegria, que duraba media hora, despues de lo cual se dormian contentos y sin fatiga. Cuando hacia bueno, toda la familia, escepto el niño que estaba en la cuna, bajaban al muelle de la Tournelle, para respirar el aire libre y ver el cielo. Todo el mundo admiraba al pasar aquella carabana alegre y risueña que con tanta alegria soportaba su miseria. Los hijos estaban vestidos con casi nada; pero por las manos de una verdadera madre. Una vez en el muelle respiraban todos cierto aire de alegria y de fiesta, que les atraia los corazones de todos.

Pero vino un tiempo en que la pobre madre perdió sus fuerzas y su leche. Hasta entonces ella sola era la que habia sufrido sin manifestarlo, consolándose con la sonrisa de sus hijos. Aquella robusta naturaleza desarrollada en el valle de la Meurthe, no pudo resistir á tantos sacrificios ocultos, y se agostó y se marchitó. En vano quiso luchar por mas tiempo; el mal estaba hecho, su salud destruida, y ya no le quedaba mas que buena voluntad, pues conoció que estaba en cinta por la octava vez. A nadie se quejó y solo el picapedrero conoció que estaba próxima á sucumbir al dolor. Lo que principalmente le dió á conocer su próxima miseria fue ver la ausencia de sus hijos en la escalera cuando volvia de su trabajo; y esta ausencia no le afligió mucho la vez primera, pero á la segunda respiró con trabajo. Abrió la puerta y entró sin decir palabra: sus hijos se acercaron á él, pero en silencio, como si nada bueno tuvieran que decirle, y su madre se volvia para ocultar sus lágrimas.

—¿Qué sucede? preguntó Andres Dumont.

—Nada, respondió su muger, procurando

sonreirse; nada mas sino que te se ha olvidado abrazarme.

El picapedrero se levantó y abrazó á su muger, pero ella no pudo contener sus lágrimas.

La cena fue triste y silenciosa, los niños fueron los únicos que comieron, y aquella noche nadie quiso ir á pasear al muelle de la Tournelle. Al dia siguiente pidió Andres Dumont un aumento de sueldo al que lo ocupaba, y como no habia cenado la víspera habló con amargura. Su principal, que acababa de sufrir una pérdida, respondió con dureza; el picapedrero tomó sus herramientas y fue á buscar otra colocacion.

Cuando la desgracia persigue á un hombre no se cansa tan fácilmente. Andres Dumont estuvo tres semanas sin trabajo, y tuvo que recurrir al monte de piedad. Cada dia de estas tres fatales semanas cuando entraba en su triste morada, todas aquellas pequeñas bocas tan lindas y tan rosadas que en otro tiempo se abrian para decirle palabras tan dulces al abrazarlo, ya no articulaban mas que esta palabra terrible digna del infierno,—«tengo hambre.»

Volvió á encontrar trabajo; pero despues de haber ganado tres francos, ya no ganaba mas que cincuenta sueldos. Su pobre esposa á pesar de todos sus desvelos no pudo desempeñar su ropa del monte de piedad. La madre de los dolores parió en un establo que estaba abrigado; pero la muger del picapedrero parió tambien en invierno, en un desvan, sin lumbre y sin ropa.

A pesar de tantos sufrimientos encontró en sus pechos una gota de leche con que alimentar al reciennacido.

Algunos años se pasaron todavía en este triste y doloroso estado. Su hija mayor tenia quince años, y era linda, aunque pálida y triste. La pobre Rosina como todas las jóvenes de quince años, hubiera deseado estar alegre y sonrosada; pero ¿cómo habia de estar alegre su corazon teniendo sin cesar á la vista el espectáculo de una madre que sufre y trabaja, de un padre agobiado bajo el peso del trabajo, y de siete niños que juegan en un desvan sin olvidar que tienen hambre? Por otra parte Rosina no tenia tiempo para reir. Desde por la mañana hasta la noche estaba ocupada en cuidar de sus tres hermanas y sus cuatro hermanos, el mayor de los cuales tenia diez años. Era la maestra de sus hermanitos, pues habiéndola su madre enseñado á leer le repetia la leccion, teniendo apenas el tiempo necesario para coser, lo que continuamente se ofrecia en aquella triste casa. Sin embargo, la juventud tiene tantos recursos en sí misma, que Rosina conservó en aquella atmósfera de muerte toda su hermosura y alegria. De vez en cuando una nube solia oscurecer su frente, pero al momento los puros rayos de la juventud disipaban aquella nube. Asi es que tenia momentos muy dichosos cuando se asomaba á la ventana para contemplar aquella ciudad inmensa donde esperaba ocupar mejor posicion, ó cuando peinaba sus hermosos cabellos delanto de un espejo roto á quien adoraba porque era el único que le hablaba de su belleza. Todas las mañanas al empezar un dia tan triste para ella, cantaba como una calandria algunas tocatas de órgano que el viento traia de noche hasta sus ventanas, ó alguna antigua cancion lorenesa con que su madre la arrullaba en mejores dias.

Rosina tenia esa belleza picante de las parisienses, esos ojos negros que tienen el arte de mirar como la serpiente, esa boca irónica que sabe sonreir con tanta gracia; el perfil de su fisonomia era pura; cada una de sus facciones se perdia en otra faccion con armonía; y aunque algo pálida, su cara enteramente redonda no carecia de nobleza. Asemejábase á una Virgen de Murillo.

La habitacion del picapedrero se componia de una sala y de dos gabinetes, en uno de los cuales dormia Rosina con sus hermanos. Aun en los dias de mayor miseria, este lugar tenia un aire de juventud que encantaba la vista. Aquí un vestido, allí un gorro, mas allá una chaqueta ocultaban la desnudez de las vigas que formaban el suelo: las dos camas blancas tenian un aspecto de inocencia y de pureza que alegraba el corazon: desde la pequeña ventana que se abria sobre el tejado se descubria el cielo en perspectiva; y en fin, cuando Rosina estaba allí cantando al despertarse, y trenzando aquellos hermosos cabellos, su único adorno y su sola riqueza, se veia en ello la personificacion de la juventud?

Adivinaba á todo Paris por instinto, pues nunca lo habia visto sino de lejos. Apenas le habia sucedido dos ó tres veces acompañar los dias de fiesta á su padre al interior de la inmensa ciudad. Por la noche soñaba con aquel esplendor ficticio, y por la ma-

ñana al mirar de nuevo el sombrío asilo de su triste familia, se acordaba de toda la riqueza parisiense. La serpiente, aquella que perdió á Eva y á todas sus hijas, habia ostentado á sus ojos la seda y el terciopelo, el arminio, los diamantes, todas las tentaciones del diablo, todas las pompas humanas. «¿Por que estoy en este desvan? decia ¿qué he hecho á Dios para que me condene á esta negra prision, y á esta dura esclavitud, cuando tantas otras, feas y viejas, se pasean ostentando un lujo culpable?» y la serpiente le respondia: « Deja á tu padre y á tu madre, baja esa sombría escalera, y atraviesa la ciudad con tu pie ligero; yo te conduciré al banquete donde se canta, y donde se rie; el árbol de la vida tiene frutos para tí como para las otras.» La jóven comprendia vagamente que su honor y su virtud serian el precio de su puesto en el banquete, é indignándose volvia á tomar con ardor las cadenas de la miseria.

Una mañana bajó Rosina como todos los dias á buscar leche á la esquina de la calle. Estaba vestida de limosna, y llevaba un zagalejo verde, un corpiño blanco y unos zapatos hechos pedazos; dos bucles de cabellos le caian á los lados de la cara. Un estudiante alto y rubio que la habia visto salir como un dulce sueño del oscuro portal de la casa, la siguió paso á paso, maravillado de tanta gracia y de tanta ligereza. Causóle principalmente un gran contento ver saltar sobre las losas aquellos pies tan pequeños y casi desnudos. La carreta de un hortelano detuvo á Rosina á su paso, y como era natural, el estudiante se paró cerca de ella. La jóven lo miró y se puso colorada.

—Señorita (esta era la vez primera que llamaban á Rosina señorita) ¿no temeis lastimaros esos pies tan lindos?

Nada respondió la jóven; pero tampoco se dió por ofendida.

—Señorita, prosiguió el estudiante mirándola con mas ternura, ¿es posible que una jóven tan linda como vos permanezca oscurecida en esta calle? ¿Por qué las jóvenes hermosas no viven en las mejores calles? No se lo que me digo; pero lo cierto es que casi he perdido la cabeza al veros.

La carreta iba á pasar: el estudiante se acercó á Rosina y le cogió la mano.

— Caballero..... y la voz de Rosina espiró entre sus lábios.

—Una palabra mas, señorita. ¿Quereis que partamos mi caudal de estudiante? 200 francos mensuales (ayer empezó el mes), una bonita habitacion con buenas vistas, un buen corazon, dos veces por semana á la *Chaumiere*, un lindo sombrerito azul para cubrir esa hermosa cara, un vestido de seda, un collar de perlas del Rhin, y unos borceguíes para esos pies tan lindos. Ello no es gran cosa en verdad; pero cuando el corazon toma parte, es un tesoro. Si supiérais cuan hermoso es vivir allá abajo cerca del Panteon, calle de *Grés*, número 2.

La carreta habia ya pasado; Rosina aturdida con tantas palabras que no comprendia, logró sacar su mano de las del estudiante y se escapó.

El estudiante conoció que se habia engañado; sin embargo, no quiso alejarse todavía y siguió con la vista á la jóven, que despues de tomar su leche, se dirijió hácia su casa. Aguardole á pie firme, resuelto á tentar fortuna otra vez; pero Rosa, temiendo encontrarlo, entró en la trastienda de una frutera, de donde no salió hasta pasada media hora. El jóven se habia marchado ya.

II.

Lejos de incomodarse Rosina con los modales algo descompuestos del estudiante le agradeció el que le dijera que le parecia hermosa con acento tan marcado de verdad. Cuando volvió á su gabinete se miró mil veces al espejo sintiendo haber salido con el cabello descompuesto.

—¡Si yo lo hubiera seguido! dijo ruborizándose.

Intentó trazar el cuadro de la vida del estudiante: eligió en él su lugar, se vió con un vestido de seda ¡un vestido de seda claro! decia estremeciéndose, un sombrero, ¡un sombrero con flores! proseguia ciñendo su fresco y lindo rostro con sus preciosas manos que el trabajo no habia embastecido: en fin, fue trayendo á la imaginacion todos los atractivos del lujo del pais de las hadas. Vióse entrar asida del brazo del estudiante en su habitacion de la calle de *Grés*, ordenando y volviendo de diversos modos los muebles, abriendo por las mañanas las ventanas para respirar la felicidad, y regar algunas macetas de jacintos ó de verbena, y trabajando por la noche cerca de un buen fuego en hacer alguna cofia, ó en bordar algun lindo gorro.

—¿Pero y lo demas de la noche? dijo de repente.

A esta idea se disiparon todas sus ilusiones.

Enfrente de la habitacion de Andres Dumont habitaba un anciano de buena apariencia, una casa medio arruinada que un trapero no hubiera querido habitar. Este anciano que se llamaba Mr. Cruchon se habia enriquecido en el comercio y con la usura, y por espacio de medio siglo se le conoció siendo herbolario en la calle de Mouffetard. Habia logrado colocar muy bien á dos hijos que tenia: su hija se habia casado con un escribano de un pueblo, y su hijo era procurador del Rey en el mediodia de la Francia. Por lo que á él hacia, viéndose viejo y retirado del comercio con seis mil libras de renta, se contentaba con llevar una vida oscura que le permitia hacer mas economias, y si habitaba en la calle de *las Lavanderas*, era porque aquella casa le pertenecia, y nadie la queria tomar en arrendamiento.

Una antigua criada á quien él llamaba su camarera, y que gobernaba la casa, murió de repente una tarde despues de comer. Mr. Cruchon que estaba acostumbrado á los cuidados de aquella muger, pareció al principio inconsolable; pero no obstante tratando de consolarse, llamó un dia á su casa á la muger del picapedrero y la dijo:

—¿Sabeis, Mad. Dumont, la desgracia que me ha sucedido?

—Sí señor.

—Teneis una hija que parece muy arreglada; yo no gasto rodeos; quereis dármela por ama de gobierno? Alojaré en mi casa á toda vuestra familia, y ademas le daré cincuenta francos mensuales.

—No señor, dijo la madre retirándose.

—Como gusteis, Mad. Dumont.

Aquella noche volvió Dumont á su casa mas tarde que de costumbre. Hallábanse en los primeros dias de Enero, y un frio intenso penetraba por todas partes. Sus hijos estaban agrupados abrigándose unos con otros, delante de dos leños que ardian como de mala gana en el hogar mas triste y mas desolado que pueda imaginarse: la madre estaba disponiendo una miserable cena, y Rosa acababa de componer la ropilla de uno de sus hermanos. Un sombrío silencio respondia á los mugidos del viento. El picapedrero entró sacudiéndose la nieve que lo cubria de pies á cabeza, y su muger salió á recibirle.

—Vamos, siéntate; ya estaba inquieta por tu tardanza; son mas de las ocho, y los niños se han dormido.

—No los despiertes, respondió Andrés con acento desesperado; el que duerme descansa.

Pero en este instante habiendo hecho la madre ruido con los platos, abrieron los ojos todos los muchachos.

—Id y acostaos, dijo la madre sin consultar á su corazon.

—Tengo hambre, dijo uno de los niños.

—Yo he soñado que he estado comiendo mas de dos horas.

—Ya habeis cenado, replicó la madre.

Al oir estas palabras que pronunciaba la madre con las lágrimas en los ojos, se miraron los niños unos á otros llenos de sorpresa.

—No, volvió á decir la pobre muger, no hagais caso; venid á la mesa, y mientras haya una migaja de pan, participareis de ella.

Rosina no cenó, y no pudiendo dormir aquella noche, escuchó las quejas desesperadas de su padre. «Y cuando pienso, dijo de repente su madre, que si quisiéramos sacrificar á Rosina saldriamos al momento de nuestra miseria.»

Dumont á pesar de lo mucho que sufria, rechazó dolorosamente estas culpables esperanzas de su muger.

—Jamás, jamás, dijo levantando los brazos, tengo todavía bastante fuerza para proteger á mi familia contra el frio, el hambre y el deshonor.

Rosina que todo lo escuchaba desde su alcoba, se puso de rodillas, y dió gracias á Dios por haber inspirado tan bien á su padre.

¡Ah! dijo la madre, sé muy bien que nos salvarás, pero sucumbirás al trabajo.

—Rosina, Rosina, prosiguió el padre, ya tiene edad para no necesitar de nosotros, y al mismo tiempo tu hermana ya puede ayudarte á cuidar de sus hermanos; pero suceda lo que suceda, nunca consentiré en hacer un tráfico con mis hijos. Que ellos hagan lo que quieran; si yerran el camino, no será mia la responsabilidad.

El picapedrero se fue á la mañana siguiente á su trabajo. Rosina salió de su cuarto con aire triste, y su madre abrazándola tiernamente la dijo:

—Anda, hija mia, eres jóven y hermosa, y Dios te protegerá; ve á ganar tu sustento, no te quedes aqui donde habita la desgracia; vete, yo te lo mando, Dios es quien me inspira, y quizá un dia nos volveremos á ver.

Diciendo estas palabras tomó á su hija de la mano y la condujo á la escalera, donde volvió á despedirse de ella. Rosina volvió á entrar en su casa para abrazar á sus hermanos.

—¡Pediré á Dios por mi padre! dijo, y bajó rápidamente la escalera como si obedeciese á una voz suprema.

—¿A dónde iré? dijo luego que se vió en la calle.

Dirijióse al muelle de la Tournelle, teniendo siempre presente á su madre delirante, que acababa de perderla ó de salvarla.

Al llegar Rosina al puente de Ntra. Señora, vió una turba confusa que se agrupaba al rededor de una muger de las que cantan por las calles, acompañándose con un arpa.

Los que la conocian algo cerca la llamaban la arpía. Era una muger ajada y destruida por el tiempo y por las pasiones: tendria apenas treinta años, y representaba ya cincuenta á primera vista. En sus buenos tiempos habia ejercitado sus piernas en los coros de la ópera: desde la ópera bajó á figuranta de los teatros de segundo órden: en fin descendiendo cada vez mas en su carrera, vino á parar en cantar por las calles acompañándose con un arpa malísima, manteniéndose con sus gracias ya marchitas y sus canciones sentimentales. Pasaba la noche donde podia: habia vivido seis semanas en la misma casa que el picapedrero, y habiendo conocido á Rosina de encontrarla en la escalera ó en el zaguan, pensó mas de una vez en arrastrarla consigo á la vida errante y vagabunda que llevaba.

Rosina, que ni siquiera habia visto á la cantora, iba á pasar de largo, cuando se vió detenida por fuerza entre un soldado y un ocioso, á quienes no parecia molesto oir la cancion al lado de una linda muchacha; y ademas, habiendo los que llegaban sin cesar formado un estrecho círculo en derredor suyo, le fue imposible seguir ó retirarse, por lo cual se resignó á quedarse entre la turba de los espectadores. Entonces conoció á la tocadora de arpa, y esta tambien á Rosina, que aquel dia estaba muy triste. Despues de haber paseado la cantante su cubilete, en que cayeron algunos sueldos, agarró á Rosina por el brazo, y la llevó casi a la fuerza á una taberna inmediata, preguntándole cuál era la causa de su tristeza.

—No tengo nada, respondió Rosina.

—Nadie llora sin motivo, querida; vamos, enjuga las lágrimas, y bebe conmigo.

Rosina no quiso beber, lo que visto por la tocadora de arpa, desocupó de dos tragos los dos vasos que el tabernero les habia llenado.

—Vamos, niña mia, te ha engañado tu amante?

Rosina sorprendida esclamó:

—¡Mi amante! ¿Sabeis lo que decís?

—Mira, hija mia; el mejor no merece que nos acordemos de él. Cree lo que te digo, porque entiendo de la materia. He tenido muchos amantes de todas condiciones, pobres y ricos, con coche y sin él: he variado á cada instante, procurando hallar alguno consecuente, pero ya..... buenos estan los hombres!

Diciendo estas palabras se puso á cantar entre dientes.

Incomodada Rosina con la familiaridad y las palabras de aquella muger, quiso retirarse, pero ella la detuvo.

—¡Vamos! ten confianza en mí y dime ¿por qué lloras? ¿Te ha pegado tu madre? Deja á esas buenas gentes en su guardilla, y vente á cantar conmigo.

Rosina refirió entonces sencillamente el modo con que se habia separado de su madre.

—Esta es mi suerte: pero ¿tendré yo valor para cantar?

—¿Canto yo por mi gusto? Lo hago por mantenerme. Si quieres acompañarme, te daré casa, cama y vestidos.

La tocadora de arpa se admiraba cada vez mas de la hermosura fresca y atractiva de Rosa, calculando al mismo tiempo que con tal compañera podria hacer fortuna.

—Soy tu providencia, prosiguió: ¿qué seria de tí si no me hubieras encontrado? pues creo que nada sabes hacer, á menos que no te pongas á frutera ó á vender fósforos.

—Yo, dijo Rosina, olvidando sus tristes pensamientos, quisiera mejor ser frutera que cantar por las calles.

—¡Que niñada! pronto pensarás de otro modo: entretanto, quiero llevar mi bondad

hasta colocarte en una tienda, saliendo responsable de daños y perjuicios, porque tengo confianza en tí. Aquí tengo con que comprar la mesita y un gran ramo de violetas, y ocuparás el lugar de una ramilletera que desde este invierno no se pone en el puente del Change. Esto supuesto, cenaremos aquí: yo iré despues á cantar en los cafes de este barrio: si no quieres venir, irás á acostarte allá arriba, y yo pagaré tu cama, y vendré á buscarte dentro de tres horas. Déjate guiar por mí, y cree que soy una buena muger.

Rosina no sabia qué responder. La tocadora de arpa cogiéndole la mano, la condujo á una sala á espaldas de la taberna, donde hizo llevar pan, jamon y una botella de vino. Rosina se negó al principio á comer; pero habia tanto tiempo ya que no asistia á semejante festin, que al fin se convenció confesando su error.

—Ahora, dijo la tocadora de arpa levantándose, voy á dar una vuelta por la vecindad: aguardame aquí ó vete arriba, que el tabernero te enseñará *mi cuarto*.

—Aquí os esperaré, respondió Rosina sin saber lo que se decia.

Efectivamente, allí permaneció media hora reflexionando tristemente junto á la mesa; pero al cabo de este tiempo se levantó de repente y salió de la taberna, tomando con alegria el camino de la casa paterna.

Mas cuando ya iba á entrar, recobró su valor y se volvió en busca de la tocadora de arpa, á quien encontró acostada.

—¡Por fin has venido! me alegro, porque contaba contigo: mañana te instalaré en el puente del Change.

Al dia siguiente bajaron al muelle, Rosina silenciosa y resignada, y la tocadora charlando como un papagayo, y tratando de derramar en pequeñas dosis el veneno de la corrupcion en aquel corazon inocente y sencillo, que no tenia mas defensa que sus nobles instintos.

Atravesaron la ciudad para comprar las violetas en el mercado de las flores, y por tres ó cuatro francos la tocadora de arpa se hizo de una mesita, de un manojo de violetas, otro de yerba, un ovillo de hilo, y en fin, todo lo necesario para su nueva especulacion.

En seguida condujo á Rosina al puente, y le dijo: escucha lo que has de hacer. Tienes muy buena voz, hermosa cara, y un mirar muy tierno, de modo que con solo hablar tendrás marchantes. Ten cuidado de que los ramos estén muy bien hechos, y con pocas flores, porque comprarán mas bien tus sonrisas que tus ramilletes.

—No quiero vender mas que ramilletes, respondió Rosina indignada.

—Vamos, no te enfades: paséate á menudo, y sóplate en los dedos, porque hoy hace mucho frio. Yo voy á continuar mis canciones como el judio errante, y vendré á buscarte para cenar.

Y la tocadora de arpa se alejó.

Habiendo quedado sola, respiró Rosina con mas libertad: desató las violetas y las hojas, cortó una hebra de hilo con sus blanquísimos dientes, é hizo el primer ramillete. Lo encontró tan bonito, habia tanto tiempo que deseaba comprar flores, que olvidando por un momento que el primer ramillete que hacia era para venderlo, lo colocó en su pecho. Nunca quizá se habrá puesto una señora de gran tono sus ricos adornos con un placer mas dulce. Al ver las violetas en su pecho, casi olvidó Rosina sus penas, y una dulce sonrisa animó su rostro: Se consuela con tan poco la juventud! ¡con un ramo de violetas!

Apenas hubo Rosina colocado su ramillete, cuando un jóven alto y algo desgarbado, aunque con cierto aire caballeresco, se detuvo delante de ella buscando al mismo tiempo alguna cosa en el bolsillo.

—Tomad, hermosa ramilletera, ahí va esa moneda de diez sueldos, dadme un ramo.

—No tengo ninguno hecho, respondió Rosina poniéndose colorada, y sin atreverse á alzar los ojos.

—¡No le hace! esperaré: nada se pierde esperando al lado de una muchacha tan linda..... No obstante, si quereis darme este que teneis aquí. Al decir estas palabras tocó ligeramente el corpiño de Rosina que levantó los ojos ofendida.

—¡Ah! ¿sois vos? esclamó sin poderse contener.

Púsose entonces mas encendida, suspiró, y dejó caer las violetas que tenia en las manos. Acababa de reconocer al estudiante de la calle de *Gres*.

—¡Ah! decia entre sí la jóven, no me ha conocido!

En efecto, el estudiante habia casi olvidado aquella linda cara que tanto le agradó al verla en la oscura y sombría calle de las Lavanderas como una flor á la orilla

de una cloaca. Sin embargo, luego que la jóven levantó los ojos la reconoció tambien.

—Me alegro de este encuentro porque somos amigos antiguos, y con este título no podeis rehusarme este ramillete, y diciendo esto alargó la mano para cogerlo.

—Esperad un poco, dijo Rosina con una sonrisa hechicera; y tomando ella misma el ramillete se lo presentó al jóven.

—¡Qué perfume tan hermoso el de la juventud! dijo acercándoselo á los labios con ardor, y poniendo sobre la mesita la monena de diez sueldos.

—Adios, prosiguió alejándose, ó mas bien hasta la vista, pues paso con frecuencia por este puente que va á ser para mí el puente de los suspiros.

Despues volvió atrás y añadió:

—Hija mia, os vais á morir de frio aqui. Quien diablos se mete á vender flores en el mes de Enero. No tengo por costumbre el llevarme á las mugeres; sin embargo, ya sabeis que os he ofrecido mi corazon y mi cuarto en la calle de Grés, número 2.—Edmundo Laroche.

—Si me hablais de ese modo no volveré á venderos violetas.

—Pero me las dareis, cruel. Adios.

Esta vez Edmundo Laroche se alejó de veras; pero sin embargo volvió la cabeza antes de perder de vista á Rosina, y la saludó con la mano. La linda ramilletera que lo habia seguido con la vista, no pudo menos de contestarle inclinando la cabeza, y continuó su trabajo con un rayo de alegria en el alma. Habia llegado para ella la hora de amar. Conforme iba haciendo sus ramos recordaba palabra por palabra cuanto le habia dicho el estudiante. Veíalo sin cesar con su capa á la española, orgullosamente terciada sobre el hombro, con sus largos cabellos rubios ensortijados, con su vigote varonil, y sus facciones severas que tanto contrastaban con sus palabras dulces y alegres al hablar de amor.

¡Si yo me atreviera! dijo Rosina suspirando.

Ya, gracias al amor mas bien que á la tocadora de arpa que habia intentado hacer con ella el papel de serpiente, Rosina iba perdiendo aquel candor divino con que los ángeles hacen para las jóvenes un velo virginal.

Cuando Rosina tuvo ya hechos tres ó cuatro ramilletes, se le presentó otro comprador; era tambien estudiante, pero este llevaba del brazo á una linda jóven. Esta pareja se dirijia alegremente hácia la ciudad, sin pensar en nada, y con toda la libertad que dan la locura y el amor. El jóven sacó un sueldo del bolsillo de su chaleco, y dándoselo á la ramilletera, escogió un ramo.

—Toma, Indiana, dijo á su compañera, este será hoy tu ramillete de boda.

Rosina no comprendió lo que esto quería decir.

—¿Cuál será la causa, se preguntaba, de que este jóven no me guste tanto como el otro?

Dos razones habia para que sucediera así. Edmundo Laroche era el primero que habia venido, iba sin compañera, y no tuvo el cuidado de ponerle en la mano un sueldo...

—A menos, continuó, que sea porque no me haya pagado tan bien el ramillete.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando descubrió entre las violetas la moneda de diez sueldos.

—¡Ah, Dios mio! dijo suspirando, no le he dado la vuelta de su moneda. ¿Qué haré?

—Despues de haber meditado un poco, prosiguió sonriendo:

—Estoy segura de que volverá, y entonces.....

Diciendo así, vió al estremo del puente al otro estudiante y á su amada que parecian bailar conforme iban andando, bien fuera por un acceso de loca alegria, ó bien para sobrellevar mejor el frio, pues estaban muy ligeramente vestidos.

—¿Dónde van así? decia Rosina para sí. ¡Ah! ¡cuán dichoso es el que no está solo!

III.

Aqui llegaba Rosina con sus sueños de amor y de poesía cuando la tocadora de arpa vino á recordarle todas sus desventuras como un acreedor desapiadado que ni aun quiere esperar á que llegue la hora del vencimiento.

—¡Vamos, hermosa! ¿cuantos ramos has vendido?

—Dos, respondió Rosina temblando; dos y con todo no me han pagado mas que uno.

La jóven no contaba como suya la mo-

neda de diez sueldos del estudiante.

—¡Eres una tonta!..... Si yo tuviera tu edad y tu cara hubiera ya vendido y vuelto á vender todas las violetas; pero tú te estás ahí como una muda sin despegar los labios. ¡Qué lástima que tengas unos dientes tan hermosos y esa cara tan linda! Debes sonreirte, hablar, cantar, y en una palabra, seducir á todo el mundo.

—Me parece que no entiendo este oficio, respondió Rosina con orgullo; ahí teneis vuestra mesa.

—No hagas tantos dengues, te he recibido para que me sirvas, y no tienes mas voluntad que la mia.

Y al decir esto, la tocadora de arpa sacudió violentamente á Rosina.

La mesa cayó entonces al suelo, la tocadora de arpa se puso furiosa; y Rosina atemorizada huyó sin saber donde ir.

¿Adónde dirijirse en un pais en que los desgraciados nunca encuentran socorro ¿Asi es que caminaba á la ventura como una débil hoja impelida por el viento. Viendo el pórtico de la iglesia de Ntra. Señora, entró con el corazon oprimido en aquella iglesia en que tantas veces habia dirijido sus oraciones al cielo en compañía de su madre, y oró con mas fervor que nunca. A lo menos, decia, estoy en la casa de Dios, y nada tengo que temer: me encuentro al abrigo de todas las malas pasiones; porque los que aman á Dios de todo corazon nada tienen que temer aqui. Volvia á empezar su rezo cuando vino á interrumpirla una vieja pidiéndola dos sueldos.

—¡Dos sueldos! dijo Rosina asustada.

—Sí; yo no doy mis sillas de valde.

—Mirad, yo estoy arrodillada, y no he ocupado vuestras sillas.

—Si; pero te has puesto delante de una.

—Mas no la he tocado.

—No le hace.

—¡Oh, Dios mio, esclamó Rosina, creí que podia dirijiros mis súplicas sin tener dinero.

—¿No tienes dinero?

—No, no tengo dinero ni familia.

—¡Vagabunda! este no es el sitio en que debes estar.

Rosina se levantó y se dirijió á la puerta...

—Me ocurre una idea, dijo la vieja, y corrió en busca de Rosina.

—Escucha, hija mia, no soy tan mala como parezco; ¿quieres que te dé un consejo?

Rosina se detuvo sorprendida.

—Eres muy bonita, prosiguió la alquiladora de sillas. Una cara tan bonita como la tuya no debe irse á sepultar en un desierto. Yo tengo una hija que anda buscando una doncella; me parece que no sabrás hacer nada, pero tú te avendrás con ella, que tampoco hace gran cosa. Ve á su casa y busca á Mad. de Saint-Georges, en la calle de Breda, tienda de comestibles.

—Puede que vaya, dijo Rosina alejándose.

—Eso es, decia la vieja volviéndose á la iglesia: mi hija la vestirá con sus desechos, no la pagará, y tendrá á su lado una linda muchacha, cosa que nunca está de mas.

Aunque decidida á no tomar los consejos de la vieja mercadera del templo, Rosina se dirijió hacia la calle de Breda. Cuando llegó á la casa que le habian indicado, ¿qué puedo arriesgar? dijo temblando; siempre estoy á tiempo de irme á otra parte.

Preguntó por Mad. de Saint-Georges, subió al segundo piso, y llamó temblando. Una muger como de treinta años vino á abrir con aire de mal humor, y viendo á Rosina, quiso al momento cerrar la puerta.

—Vuestra madre me envia, dijo Rosina.

—¡Que vaya á pasearse con sus iguales! ¿Qué es lo que todavia quiere?

—Me ha dicho que buscábais una doncella.

—Mi madre está loca, y vos tambien.

Mlle. Georgina (y tambien Mad. de Saint-Georges, segun el caso requeria), se echó á reir.

Encontrando algo estraña la aventura, tomó á Rosina de la mano, y la condujo á su gabinete, donde un jóven estaba mirando con aire de admiracion á una que fumaba un cigarro con todo descaro.

—La broma es algo pesada; mirad qué doncella me envia mi madre.

—Parece una figura de Creuze, dijo el jóven; no le falta mas que el cántaro. Vuestra madre es una muger de talento, y no podia haber hecho mejor eleccion.

Rosina encendida como la escarlata quiso retirarse, pero Georgina la detuvo diciendo:

—Sois todavia una niña: ¿no sabeis reir?

—No señora.

—Pues vaya, calmaos, que ya no nos reiremos mas.

—Habiendo calculado Georgina que Rosina le seria de mucha utilidad, la condujo al tocador, y abriendo un grande armario donde se veian en desórden un gran número de vestidos de todos colores, y de diversas hechuras:

—Mira, dijo sacudiendo aquellas ropas ya olvidadas, escoge el que mas te guste, y vístete; despues nos veremos.

—Cuando Rosina se vió sola, no pudo menos de admirarse de todo aquel lujo.

—Sin duda es una duquesa, dijo maravillándose cada vez mas.

Y miró á su alrededor para cerciorarse de que estaba sola; vió su imágen reflejarse en dos ó tres espejos.

—Así como así, dijo llegándose á una percha, á nadie hago daño.

Y descolgando un vestido, trató de ponérselo, lo cual hizo sin mucho trabajo. Cuando lo tuvo puesto, Rosina que no habia dejado de mirarse al espejo, creyó que estaba mas hermosa que nunca. Era un trage de foulard, que sin duda se hizo para alguna Palmira del barrio. Rosina se subió sobre una silla, inclinó un poco la cabeza, cruzó los brazos sobre el pecho, tomó otras varias actitudes, y en fin, en menos de dos segundos tomó una buena leccion de gracia y de coquetería.

—¡Ah! decia casi con sentimiento, ¡si aquel señor de la calle de Gres me viera ahora!

Al verse tan hermosa notó que ya no la sentaba bien la cofia, aquella cofia que habia bordado en las tristes veladas del otoño, y que tanto le agradaba. Quitósela, y tomando un peine de concha que encontró á mano, se peinó llena de contento: nunca tuvo tanto placer en atormentar sus hermosos cabellos. En esta ocupacion la sorprendió Georgina.

—Vaya, hija mia.—¡Ay Dios mio, qué linda estas!

Esta esclamacion se le escapó á Georgina casi á pesar suyo.

—¿Lo creeis así! dijo Rosina admirada. Vuestra ropa tiene la culpa.

¡Qué cabello tan hermoso! Venid á mi gabinete.

—No, no, replicó Rosina con candor, estoy así demasiado hermosa para que me vean las gentes.

Sin embargo, Georgina no tuvo mucho que trabajar para llevársela.

—Mirad, dijo al entrar en su gabinete, mirad qué transformacion.

—El jóven se levantó admirado de la hermosura de aquella beldad.

—Tened cuidado, dijo á Georgina no se lleven á vuestra doncella.

—¡Llevarme!

—No sabe lo que se dice, no le hagais caso.

—¿Estamos en tiempo de que roben á las mugeres? dijo la amiga de Georgina acabándose de fumar un cigarro.

—¿Pues no me robaron á mí? respondió Georgina con dignidad.

—Sí, replicó la otra, en un ómnibus que iba desde la Opera al Odeon. Me acuerdo muy bien que yo tambien era de la partida.

—Vamos, Olimpia, respétame en presencia de mi servidumbre.

—¡Tu servidumbre! ¿pues qué, te figuras que esta muchacha va á estar siempre á tu servicio?

—Sí, señorita, respondió Rosina con tono firme; serviré siempre á Mad. de Saint-Georges con todo mi corazon.

—No quiero contrariar á una jóven de tan buen modo de pensar; pero no creo que podais estar juntas dos dias.

—No hagas caso de esa loca, respondió Georgina llevando á Rosina al comedor quédate en este cuarto; ahí en esa cesta están los avios de coser, y puedes entretenerte.

Rosina que cosia muy bien, se puso al instante á hacer una toquilla de encajes.

—¡Perfectamente! dijo Georgina muy contenta asi que se fueron las visitas. Creo que nos ha de ir muy bien: yo soy una buena muchacha, que como perezosa no seré demasiado exijente. Ademas, tampoco hay mucho que hacer, porque mi cocina está en el café de los ingleses. Por las mañanas me vestirás, regarás las flores de las macetas, harás de cuando en cuando algunos cigarros para mí, y por las noches, cuando yo te lo mande, irás á buscarme á la Opera.

—¡A la Opera!

—Sí, ya ves que no es mucho el trabajo.

—Esta es la vida de los cuentos de magas.

—Cuando se ve desde lejos...; pero no hablemos de esto.

Aquel nuevo género de vida agradó á Rosina que era curiosa como lo son todas las mugeres, y aun mucho mas, porque nada habia visto: cada dia, cada hora, cada instante, le revelaba alguna escena de ese gran

cuadro triste, y hermoso á la vez en que se pintan las pasiones profanas. La casa era alegre y muy frecuentada. Asi pasó una semana, durante la cual Rosina vió venir á casa de la corista varias personas: estaba en un nuevo mundo, cuyo idioma apenas comprendia, y en sus sueños, casi siempre interrumpidos, se veia tambien adornada, festejada, amada, hermosa y feliz.

Aunque no gustaba de sorprender secretos, teniendo una mañana que hablar á Georgina se detuvo á la puerta del gabinete temiendo incomodarla, y oyó que pronunciaban su nombre. Georgina estaba con su antigua compañera de aventuras Mlle. Olimpia que le hablaba de un paseo á San German.

—Sí, querida, decia Georgina, Mr. Octavio, aquel que lleva siempre una camelia en el ojal de la casaca, está loco desde que ha visto á Rosina, y quiere á toda costa tomarla por querida.

—¡Qué idea!

—Como espera que tú te prestarás á sus deseos, te envia este brazalete.

—¿Te parece que las piedras son finas?

—¿Estás loca? Octavio es un hombre de pró. Hemos dispuesto que váyamos las tres á San German, donde tienen aquellos señores una casa de campo: viste á Rosina con toda la coquetería posible, que se peine bien, y dale tu collar de perlas.

Alejóse Rosina llena de indignacion comprendiendo que gracias á su hermosura y á su pobreza, en ninguna parte estaria segura su virtud: que el mal espíritu la reconoceria y la perseguiria siempre, ya estuviera llena de harapos, ó ya se cubriera de seda y de joyas, y esta reflexion la hizo llorar.

—¡No iré á San German!

Apenas pronunció estas palabras vino Georgina á buscarla, y le mandó que se peinara y se vistiera para acompañarla á un paseo por el campo.

—No te detengas, añadió Georgina; ponte mi vestido de seda verde con guarniciones; ademas, tengo un collar de perlas que te sentará muy bien, y te lo regalo.

Diciendo esto Georgina puso el collar á Rosina que no sabia qué responder. La pobre niña se fue al tocador resuelta á no vestirse: pero no pudo menos de mirarse un poco al espejo para ver cómo le sentaba el collar.

—¡Ah! esclamó, ¡qué lástima! ¡me cae tan bien!

Quiso entonces quitarse el collar; pero el diablo le detuvo la mano, y se quedó un buen rato delante del espejo, sumergida en mil pensamientos peligrosos.

—¿Y por qué no he de ir? continuó. ¿Me castigará Dios porque voy á tomar un poco el sol?

Mas recordando el complot formado contra ella, añadió:

—No, no, nunca á tal precio... y quitándose el collar lo arrojó al suelo.

—¡Rosina! ¿has acabado? le preguntó su ama.

—Sí señora... ¿pero qué vá á ser de mí? Me ocurre una idea.... Dios es quien me la envia.

Entonces abrió un armario donde habia guardado sus pobres vestidos

—¡Ah! decia desdoblándolos, ¿Podré volverme á poner estos vestidos? ¡No, no! me apedrearian en la calle. ¿Es posible que viniera yo aquí con estos harapos?

Nunca se pierde la costumbre del lujo; mas la miseria se olvida muy pronto. Rosina suspiró, y Georgina entró en aquel instante.

—¿Estás loca? mira que te aguardo; ¿qué significa este desórden?

—No puedo vestirme, respondió Rosina.

—¡Qué necia! Vamos, déjate vestir. Olimpia, ven á ayudarnos.

Las dos amigas se apresuraron á vestir á Rosina, que en menos de diez minutos estuvo perfectamente adornada.

—Ya estás hermosa como una recien-casada.

—¿Casada? ¿Qué quereis decir? preguntó Rosina; no os entiendo.

En seguida salieron las tres ocupadas de diversos pensamientos. Bajaron á la calle de San Lázaro, teniendo que ir á pie hasta el camino de hierro. Las dos amigas se agarraron del brazo; Rosina las siguió poco á poco al principio, despues á alguna distancia, y luego altiva y resuelta, huyó como un pájaro que recobra su libertad. ¿A donde iba?

Tomó por la calle Laffitte, y al llegar al *boulevard*, no conociendo ya el camino, se acercó á un *auvernés* y le preguntó ruborizándose como si fuera á confiarle un secreto: *¿Donde está la calle de Grés?* . .

. . . . . .

IV.

Al llegar Rosina á la esquina de la calle de Grés se detuvo creyendo que no tendria valor para seguir adelante.

—¡Dios mio! dijo mirando las primeras casas, si no voy á buscarlo á donde he de ir!

Adelantóse lentamente, pálida como la muerte, y aturdida con mil visiones. No reparó en una elegante berlina que estaba parada á la puerta de la casa á donde se proponia ir, lo cual era un suceso estraño en la calle. Todos los estudiantes habian abierto sus ventanas para ver si podian descubrir el secreto de aquella visita, sobre la cual hacian comentarios muy picarescos.

Antes de entrar levantó la cabeza como para advertir á Edmundo Laroche si la estaba mirando, y no pudo menos de turbarse al ver todas aquellas caras desconocidas rodeadas de una nube de humo.

Apenas hubo mirado cuando volviendo á bajar la vista dijo con cierto desconsuelo: ¡No está ahí!

Puso el pie en el dintel de la puerta sin saber á qué cuarto dirijirse. Al subir y cuando pensaba preguntar al portero se presentó este.

—Tengo que ver le dijo con voz débil, á Mr. Edmundo de Laroche.

—Número 17, al fin del corredor, le respondió el portero.

Anduvo perdida algun tiempo, subiendo al principio mas de lo que necesitaba, y bajando despues mas de lo que era menester; mas al fin, el número 17 se presentó á su vista como si estuviera formado con caracteres de fuego.

—¿Y si no está solo? dijo con terror; y se puso á escuchar. Rosina oia gritos, carcajadas, canciones, mas no podia distinguir si hablaban en el cuarto de Edmundo Laroche. En fin, tocó ligeramente á la puerta y escuchó con mayor ansiedad: nadie respondia, y ya iba á retirarse, cuando sintió ruido de pasos.

Casi en el mismo instante, Edmundo Laroche, vestido con una larga bata vino á abrir, dispuesto á despedir la visita hasta mejor ocasion.

—Soy yo, dijo Rosina con sencillez.

Edmundo no conoció á la vendedora de violetas bajo aquellos vestidos tan brillantes, y Rosina consternada con tan frio recibimiento, no se atrevia á entrar.

—Me parece, dijo el estudiante, que habeis equivocado el cuarto. Permitidme que os enseñe vuestro camino.

—¡Mi camino! Y acaso ¿sé yo misma donde voy? Perdonadme el que os moleste por tan poca cosa; vengo á traeros una moneda de diez sueldos que os dejásteis olvidada hace ocho dias en mi mesa cuando yo vendia flores en el puente del Change.

Y diciendo estas palabras, sacó Rosina la moneda y se la presentó á Edmundo Laroche que apenas comprendia lo que pasaba; mas como la jóven retrocedió un poco, un rayo de luz vino á iluminarle la cara.

—¡Ah! ¿sois vos? dijo Edmundo Laroche con una sonrisa inquieta; ¡qué hermosa estais! ¿Es posible? A fe que no lo comprendo; pero estas cosas tienen en Paris muy fácil esplicacion.

Tomó entonces á Rosina de la mano y la condujo á uno de los cuartos inmediatos al suyo.

—¿A dónde vamos? preguntó entonces la jóven.

—Esperad, respondió el estudiante, y no temais.—Vaya—no hay nadie—¡qué diablos!

Todavia esperó la jóven algun tiempo en silencio sin impacientarse.

—Pero esplicaos, señor.

—¡Malo! prosiguió como hablando consigo mismo, volvamos por aquí, y volvió á llevar á Rosina á la puerta de su habitacion, donde la hizo entrar.

—Vamos, sentaos al fuego. ¡Qué linda estais! ¡Cáspita, qué vestido tan rico! No suceden estas transformaciones sin la intervencion de alguna varita mágica. ¡Ah, hija de Eva; el amor hace milagros. Siento infinito que no háyais venido á encargarme del cuidado de vestiros así.

Edmundo Laroche decia todas estas cosas con aire de curiosidad y de distraccion á la vez.

—Escuchadme; dijo Rosina, porque es necesario que sepais enteramente la verdad. No me condeneis sin oirme: estos hermosos vestidos que os ofuscan no son mios, y diciendo esto inclinó la cabeza para ocultar su rubor.

—Luego me contareis eso, respondió Edmundo.

—No; ahora mismo, porque no quiero que tengais tiempo de...

—Vamos, dijo Edmundo entre sí con im-

paciencia, esto es edificante. Va sin duda á contarme la eterna historia que todas cuentan; pero está ahi Carolina y no puedo emplear el tiempo en escucharla.

—Pronto acabo. ¿No conoceis á Mad. de Saint-Georges? He pasado ocho dias en su casa sin saber donde estaba: por mis vestidos conocereis lo que queria hacer de mí; la querida de uno de sus amigos. Estos vestidos son mi primera y única falta: no son mios, es verdad; pero no he tenido valor para volverme á poner los que llevaba cuando me encontrásteis la primera vez. Me adornaban para otro y yo me he venido aquí. Dios es quien me ha conducido. ¿Es verdad, caballero, que vos me salvareis? porque yo os amo, os...

—Al llegar aquí bajó la cabeza y se enjugó las lágrimas.

Edmundo Laroche le tomó la mano, la miró sorprendido, y con acento de profunda conmocion le dijo:

—¿Quereis que os salve?—Yo os amaré.

Un corto silencio siguió á estas palabras, y Rosina se puso la mano sobre el corazon como para impedir que el estudiante sintiese sus latidos.

—Mirad, dijo el jóven, este es nuestro nido; todo lo que tengo es vuestro, añadió con tono algo burlon, señalando con el dedo los viejos muebles de su cuarto.

—Pero, prosiguió presentando á Rosina su único sillon, ¿se necesitan muchas cosas para ser dichosos?

Rosina no quiso sentarse, y acercándose á la chimenea arrimó al fuego las puntas de sus pequeños y lindos pies, examinando entretanto á hurtadillas la habitacion del estudiante. Este cuarto estaba amueblado con una cama, una silla, un sillon y una cómoda, y por todas partes se veian libros y ropa revueltos y en desórden.

—¡Ah! decia Rosina para sí, ¡con cuanto gusto arreglaria yo este cuarto!

Por mas inquieto que estuviese Edmundo Laroche no se cansaba de admirar aquella belleza tan pura y tan sencilla, que presentándose en el cristal de su espejo le recordaba los soberbios retratos de Juan Bautista Vanloo.

—¡Qué linda sois! no podeis figuraros cuán contento estoy de veros tan cerca de mí. ¡Cuán dulce seria desenlazar esos hermosos y rizados cabellos!

Diciendo esto, el jóven desató el sombrero de Rosina. Levantó ella los ojos y lo miró con ternura y esta dulce mirada turbó de tal manera á Edmundo, que sin acordarse de que no estaba solo, iba á estrecharla contra su corazon, cuando se oyó un ligero ruido que le hizo mirar hácia la puerta del gabinete.

—Aquí hay alguien, dijo Rosina perdiendo el color. ¡Ah! caballero, no debiais haberme abierto la puerta: ya veo, prosiguió con desesperacion que he nacido para ser desgraciada.

El estudiante guardó silencio, y dos sentimientos opuestos agitaron su corazon. No sabia cómo acoger á aquella hermosa jóven que con tanta inocencia venia á refugiarse bajo su techo. El amor no gusta siempre de recoger lo que encuentra á su paso. Edmundo Laroche se hubiera alegrado de atraerse á Rosina el dia que la encontró en la calle de las Lavanderas, porque este género de aventuras es muy comun en el barrio *Latino*; pero habiéndose encontrado con una pasion mas grave y mas digna, despertáronse en él los nobles instintos, y conoció que sus sentimientos se elevaban hasta respetarla. Lo cual le indujo á creer que seria mas noble proteger á Rosina que seducirla.

Rosina al separarse de la chimenea, se volvió á mirar hácia la puerta del gabinete.

—Sin embargo, decia entre sí Edmundo Laroche, como ella lo cree en su santa ignorancia, solo el amor puede salvarla. Con cualquier otro es muger perdida, conmigo...

—Me voy, dijo Rosina.

—La puerta del gabinete se abrió de repente, y una señora jóven, y vestida con mucha elegancia, se dirijió á Rosina.

—¡Ah, Dios mio! soy perdida, esclamó la jóven; y cayó casi desmayada en los brazos del estudiante.

La señora recienvenida le hizo respirar una esencia, diciéndole:

—No tembleis así, volved en vos.

—El estudiante la sostenia siempre en sus brazos: Rosina abrió en fin los ojos.

—¡Oh! señora, dijo con voz débil y suplicante, soy muy culpable... Perdonadme... si hubiera sabido...

Y desasiéndose de los brazos de Edmundo, prosiguió:

—Ahora tendré fuerzas para partir.

—Pobre niña, dijo la señora con tono compasivo, ¿y dónde ireis?

—¿Que dónde iré? es verdad, no tengo donde ir, pero no quiero estar aquí mas

tiempo porque comprendo bien...

Y miró alternativamente al estudiante y á la señora.

—No obstante, soy mas hermosa que ella, dijo entre sí.

—Nada podeis comprender, porque yo soy hermana de Edmundo.

—¿Su hermana? ¿sois su hermana?

—Y Rosina se arrojó en sus brazos con la mayor alegria, ya porque era hermana del que amaba, ó ya porque no era su querida.

—Sí, soy su hermana, y ya veis que tengo razon en cuidar de él... pero no os ofendais, sois una niña inocente, y correis á vuestra perdicion; yo seré, pues, quien os salve, y no Edmundo que se perderia con vos.

Rosina la miraba atentamente mientras decia esto, y Edmundo no sabiendo qué hacer, escuchaba y esperaba indeciso.

—Vais á veniros conmigo, prosiguió Carolina Laroche, estoy segura de que mi marido aprobará este paso. No se á qué os destinaré; pero tranquilizaos porque no estareis como criada; me parece que sabreis coser, leer y jugar con los niños; los mios os entretendrán, y vos los entretendreis mientras que de acuerdo con mi marido os proporciono una colocacion decente.

—Os doy gracias, señora, dijo Rosina con reconocimiento y con tristeza, estoy pronta á seguiros á donde gusteis llevarme. Mi pobre madre tenia razon cuando me cerró su miserable puerta.

—Dia llegará en que váyamos á ver á vuestra familia; venid y en mi carruaje hablaremos largamente.

Rosina levantó tímidamente los ojos para mirar á Edmundo.

—Adios, le dijo, olvidad que he venido aquí.

—Adios, respondió el jóven dándole la mano.—Quizá Rosina, prosiguió dirijiéndose á su hermana, haria bien en esperar aqui la suerte que le prepararas.

—Vamos, Edmundo, no nos burlemos de cosas tan serias.

—Basta, mi querida Carolina, ya me has regañado hoy bastante. ¡Y si no hubieras hecho mas que eso! pero Rosina es una muchacha honrada, mas digna de habitar bajo tu techo que bajo el mio.

Abrazó á su hermana, tornó á estrechar la mano de Rosina, y se volvió á su cuarto sin acompañarlas, temiendo las burlas de los demas estudiantes.

Abrió luego la ventana para ver otra vez á Rosina, esperando que se volveria á mirarlo desde el carruaje; pero fue vana su esperanza porque la jóven entró en la berlina sin intentarlo siquiera. Mil veces se consoló con la idea de que la veria en casa de su hermana; mas cuando el carruaje se hubo alejado, sintió esa vaga tristeza de que nos hallamos poseidos cuando vemos partir á una persona amada para un largo viaje. Solia comer dos veces á la semana en casa de de su hermana, y pensó al principió ir aquel dia; pero habiendo reflexionado un poco lo dejó para el siguiente.

La hermana de Edmundo que tenia con él unos cuidados verdaderamente maternales, no habiendo podido convencerlo á que viviera con ella en la calle de Laffite, venia de cuando en cuando á sorprenderlo con pretesto de alguna visita cercana. Estaba casada con un banquero muy célebre en la Bolsa y en la Opera, llamado Mr. Bergeret. Alababásele porque habia sabido hacer su fortuna con grau rapidez; pero se le acusaba de no ser muy cuidadoso de su muger, y ya algunas de sus aventuras habian dado pábulo á la maledicencia. Era un hombre agradable que no tenia un gran talento; pero que no carecia de atractivos ni de buenos modales. Aquel dia dejó dicho á su muger que volveria tarde por causa de un negocio muy importante.

Mad. Bergeret dispuso que Rosina comiera con ella y con sus hijos; cuando vino la noche la llevó á un cuartito donde Edmundo solia acostarse por el carnaval cuando los bailes de la Opera. Rosina durmió en él perfectamente, pero solia esclamar algunas veces. ¡Ah! ¡si yo estuviera en la calle de Grés!

Levantóse muy temprano al otro dia, y Mad. Bergeret le prometió que para la tarde tendria vestidos mas sencillos y mas dignos de ella. Rosina quiso vestir á los niños empleando todo su esmero en esta obra tan agradable, y como era tan hermosa y tan amable, los niños la amaban ya como si siempre la hubieran tratado. La hermosura no es estraña en ninguna parte.

A la hora del desayuno, Mad. Bergeret llamó á Rosina.

—Venid, le dijo, sentaos cerca de mí. Este es mi marido, que me ha prometido pensar en vos.

Rosina levantó los ojos, y Mr. Bergeret dejó caer el tenedor con que comia.

¡Cielos! dijo Rosina, en voz baja poniéndose pálida,

—¿Qué teneis, Rosina?

—Nada, respondió tratando de disimular; nada, se me habia olvidado....

Levantóse en seguida, salió del comedor, fue á su cuarto, cogió su sombrero y su ropa de abrigo, y abriendo una puerta que daba á la antesala, huyó á todo correr.

Mr. Bergeret no era otro que Octavio, tan conocido en la calle de Breda por sus camelias y sus brazaletes, que el dia antes se habia despedido de su muger y de sus hijos para ir á comer en San German en compañia de Georgina y de Olimpia, con la esperanza de encontrar á Rosina.

Esta jóven comprendió que no podia permanecer mas tiempo cerca del marido, sin verse obligada á esplicar á su muger la causa de su turbacion.

Ademas aclimatada ya en aquella casa donde esperaba encontrar en fin la paz en el trabajo, estaba llena de agradecimiento á su bienhechora: ¿podia, pues, quedarse sin esponerse á engañarla?

—Soy muy desgraciada, dijo cuando se vió en la calle, ya no tengo mas esperanza que la muerte.

V.

—Sí, morir! repitió Rosina, cada vez mas abatida por la desgracia.

Caminaba lentamente por la calle de Laffite sin saber donde ir, y empujada á cada paso por los que iban y venian en encontradas direcciones. Al llegar al *Boulevard* se detuvo un momento á contemplar todo el lujo parisiense que con tanta impertinencia se ostenta en aquellos lugares.

—¡Morir! dijo de nuevo.

Preguntábase vagamente, por qué no podia ocupar una posicion cualquiera en la vida, entre todos aquellos que la empujaban. Anduvo algun tiempo sin objeto, y distraida como suele suceder á su edad, é iba ya á preguntar por el camino que habia de seguir.—¡Ah! ¡el camino que he de seguir! ¿Y cual tomaré?

Diciendo esto, seguia con la vista á las jóvenes que pasaban á su lado.

—¿A dónde van estas? Hay sin duda una casa que abrirá sus puertas para recibirlas; hay un corazon que las espera!

De este modo daba pábulo á su tristeza y á su desaliento. Despues de andar errante mas de una hora, vió que habia tomado sin pensar el camino de la calle de las Lavanderas.

—Sí, dijo entonces, volveré á ver á mi padre y á mi madre, abrazaré á mis hermanos, y si he de morir, esto me dará valor en aquel amargo trance.

Al verse otra vez en dicha calle, recordó todas las escenas de su infancia; el horrible recuerdo de la miseria se presentó á su memoria, y se admiró de haber podido vivir tanto tiempo en la pobreza, devorando un pedazo de pan mojado con sus lágrimas.

—Sí, moriré porque no tengo valor para vivir en aquel desvan, en tan espantosa miseria.

Subió la escalera con el corazon oprimido; ¡ah! ¿dónde estaba aquel corazon que el dia antes al subir las escaleras de Edmundo Laroche latia con tanto temor, pero tambien con tanta esperanza? La puerta estaba abierta: Rosina se detuvo en el umbral, pálida y temblando: su madre estaba cerca de la chimenea secando ropa, y al grito que dió uno de los niños volvió la cabeza.

—¡Rosina! esclamó levantándose con alegria y corriendo á recibirla con los brazos abiertos. ¿Qué hermosa estás? ¿De donde vienes así?

—¡Es verdad! contestó Rosina mirando su trage con un doloroso presentimiento: se me habia olvidado.....

Los niños acudieron todos llenos de sorpresa y curiosidad.

—¡Es mi hermana Rosina! ¡mi hermana Rosina! gritaban con alegria.

En el momento en que Rosina se inclinaba para abrazar á sus hermanos, bajó el picapedrero del desvan donde estaba arreglando sus herramientas. Al ver á Rosina tan adornada, rechazó con una mano á su muger que queria abrazar de nuevo á su hija, y cogiendo á Rosina con la otra, la arrojó desapiadadamente hácia la escalera.

—Anda, le dijo, muger perdida; vé á llevar á otra parte tu alegria y tus adornos, que tan mal cuadran con nuestra miseria.

La indignacion de aquel padre que se creia deshonrado, era tan elocuente, que habiéndola comprendido su esposa, no se atrevió á decir una palabra para disculpar á su hija.

Cuando Rosina volvió en sí, oyó cerrar la puerta con estrépito.

—Todo concluyó, dijo con tono de sombria desesperacion.

Habia sufrido el mas doloroso de los suplicios, y estaba resuelta á no sobrevivir Con esta resolucion bajaba aquella oscura escalera, y ya estaba en el segundo tramo, cuando un criado de librea, creyéndola de la casa, le preguntó por el cuarto de Andres Dumont el picapedrero.

—El de arriba, respondió la jóven sin detenerse.

—Si no me engaño, es la señorita Rosina, dijo el criado.

Rosina lo conoció entonces.

—Mad. Bergeret, prosiguió el criado, está abajo en su carruage, y me parece que os busca, porque en el momento que os echó de menos mandó poner la berlina.

—¡Ah! dijo Rosina, todavia me quedan algunos momentos tristes que pasar: ¿qué voy á responder á esa buena señora?

El criado volvió á bajar para guiarla, y cuando llegó al estremo del portal, Mad. Bergeret que estaba asomada á la ventanilla, la acogió con una cariñosa sonrisa. Abrióse la portezuela, bajóse el estribo, y Mad. Bergeret alargó la mano á Rosina, diciéndole:

—Todo lo sé, tranquilizaos, que nada os pregunto: conozco á Mr. Octavio, no ignoro la comida que se iba á dar en San German, y comprendo toda la delicadeza que hay en vuestra fuga: he perdonado á mi marido, porque una muger prudente debe estar siempre dispuesta á perdonar. No vengo á buscaros para llevaros en mi compañía, sino para que seais dichosa en casa de vuestro padre.

—¡Feliz, señora! ¿si supiéseis lo que acaba de sucederme! Mi padre me ha arrojado de su casa...

—¿Os ha arrojado?

—Sí señora; al verme en este trage no ha querido recibirme.

—Tranquilizaos, mi querida Rosina, pronto calmaré á vuestro padre, á quien honran esos sentimientos: seguidme.

Rosina la siguió llena de alegria. El mismo padre salió á abrir la puerta y lo desarmó el aspecto grave y respetable de Mad. Bergeret, que en el mismo momento tomó la palabra.

—Habeis arrojado de casa á vuestra hija que no es culpable. Tengo marido é hijos, y una madre de familia puede responderos de la honradez y de la virtud de Rosina. Es verdad que han intentado seducirla con adornos y con placeres; mas ella ha rechazado unos y otros. Escuchadme: el dinero con que se hubiera pagado su deshonra, servirá para formar su dote. Mi marido que tambien puede ser oido como testigo en este asunto, prosiguió dirijiendo á Rosina una mirada muy espresiva, me ha encargado entregaros estos ocho mil francos para vuestra hija.

Diciendo estas palabras, Mad. Bergeret sacó de una cartera un paquete de billetes de banco.

—Aqui están: este dinero es la piadosa ofrenda que hace el rico á la virtud y al trabajo del pobre: amad á Rosina porque lo merece: pero si tomais mi consejo casadla pronto; una jóven tan linda como ella no debe andar sola por el mundo.

Mad. Bergeret era compasiva y generosa; pero pensaba tambien que una vez casada Rosina, olvidaria á Edmundo Laroche y seria olvidada de Mr. Octavio.

Rosina lloraba y ocultaba la cara entre las manos de Mad. Bergeret.

El picapedrero estaba pálido y silencioso; temia que Rosina no le perdonase su ligereza: estaba conmovido, y deseaba estrecharla contra su corazon; pero no se atrevia á abandonarse á su ternura en presencia de Mad. Bergeret, porque era uno de esos hombres de carácter altivo y tímido á la vez, que contienen los afectos de su corazon como una debilidad imperdonable, que podria degradarlos.

—Abraza á tu hija, le dijo su muger con viveza.

Rosina se arrojó entónces en los brazos de su padre, que no pudo decirle una palabra.

—Ya veis, señora, prosiguió la madre dirijiéndose á Mad. Bergeret, tiene buen corazon; pero se empeña en ocultarlo.

—A Dios, dijo Mad. Bergeret dando la mano á Rosina, voy muy contenta de haber visitado esta pobre habitacion que nunca olvidaré. Sobre todo, Rosina, decidme el dia en que se celebra vuestro casamiento.

—¡Mi casamiento! respondió la jóven sonriendo; me habeis dado un dote, pero me falta todavia un novio.

—No os inquieteis por eso, hija mia, que el novio no tardará.—A dios, señora, dijo dirijiéndose la á madre de Rosina, yo me encargo del ajuar de vuestra hija.

Despues que Rosina hubo acompañado á Mad. Bergeret hasta su coche, volvió á su-

bir á su casa donde quedó sorprendida de la alegria que en ella reinaba. Los niños que nada comprendian de cuanto pasaba, se alegraban de ver el contento de sus padres, y saltaban cantando: «mi hermana Rosina ha vuelto."

La madre, que apenas podia volver de su sorpresa, pidió á Rosina que le refiriese su estraña historia.

—Madre mia, dejemos para esta noche la relacion de mis aventuras; quiero antes de todo volver á vestirme con mi humilde trage.

Retiróse á su gabinete, á donde todos querian seguirla; pero habiendo manifestado que deseaba estar sola, cerró la puerta, se quitó la manteleta y desató la cinta de su sombrero.

Miróse en su espejo roto; y al verse esta vez con sus brillantes adornos en aquel cuarto tan pobre y tan honrado, se sintió ofendida en su interior y se despojó de ellos apresuradamente, sin el mas leve sentimiento. Púsose en seguida un vestido de percal con listas azules, un pañuelo de musolina...

—¿Y una cofia? dijo de pronto.

Al decir esto tendió una mirada por el cuarto para buscarla, y vió en la ventana puesta á secar una cofia que el dia antes habia lavado su madre en memoria de su querida Rosina. Al ponérsela, mirándose al espejo quedó serprendida de verse tan hermosa:

—¿En qué consiste, dijo, que en casa de Mad. de Saint Georges no tuve valor para volverme á poner mis vestidos? Es necesario enviarle al momento los suyos.·

—Cuando acabó de vestirse corrió en busco de su padre diciendo:

—¿Y ahora me reconoceis?

El pobre y feliz picapedrero, sin poder contener las lágrimas, abrazó á su hija con ternura, y le dió gracias por haber olvidado tan pronto su terrible cólera.

—Mucho he sufrido tambien; pero era tan desgraciada hace una hora, que al venir aquí, no sabia ni aun cómo estaba vestida; únicamente queria daros el último adios; y morir despues: pero no volvamos á hablar de eso.

Uno de sus hermanos, el que siempre soñaba con festines que duraban dos horas, tomó la palabra.

—Rosina, dijo, cenarás esta noche con nosotros.

A estas palabras todos se echaron á reir: aquellas pobres gentes habian ya perdido la costumbre de presenciar escenas de ternura, y la glotoneria del niño las hizo volver á su antigua alegria.

—Sí, sí, dijo Rosina, vamos á cenar como en otro tiempo, y entregando entonces á su hermana menor los vestidos prestados, le dijo:

—Anda, y encarga al mandadero que se pone en la esquina, que lleve esa ropa á casa de Mad. Saint Georges, calle de Breda junto á la tienda de comestibles, y que me traiga la mia si la encuentran. Cuando te veas libre de esas galas, piensa en darnos de cenar de modo que Carlitos quede contento, y mientras pondré yo la mesa segura de que él me ayudará.

Como estaba acostumbrada á las cosas de su casa, dispuso en un instante la mesa, y Carlitos se sentó lleno de alegria.

La hermana menor volvió poco despues: Carlitos salió corriendo á recibirla, y metió la mano en el esportillo quedándose maravillado de no sacar mas que un puñado de rábanos. Miró á Rosina con aire de reconvencion, cuando en aquel instante se presentó en la puerta un personaje inesperado. Era un mozo de la fonda inmediata.

—¡Un pavo! esclamó Carlitos.

En efecto, el mozo de la fonda presentaba un pavo con gran respeto, y á poca distancia le seguia un mercader de vinos con una cesta llena de botellas lacradas.

—¿Qué es esto? dijo Andrés Dumont con tono grave; yo no entiendo de eso, vamos á arruinar á Rosina; ¡botellas lacradas! No las necesitamos, y no las pagaré.

—No importa, dijo el vendedor del vino; pagareis otro dia.

—Vamos, dijo Andres Dumont, ya tenemos crédito.

—Esperad y os pagaré, dijo la madre al mozo de la fonda.

—Otro dia, respondió este yéndose y cerrando la puerta.

La berlina de Mad. Bergeret, la escena que habia pasado entre ella y Rosina, y la larga visita de aquella señora en casa del picapedrero, todo era un acontecimiento estraordinario en el barrio: el lacayo de Mad. Bergeret fue preguntado, y nadie ignoraba ya en aquellas inmediaciones que Rosina habia tenido buena conducta y era ya rica.

La pobre buhardilla se transformó en un lugar de alegria, y la alegria mas pura, la que parte del corazon, se retrataba en todos los semblantes. Sentáronse á la mesa, Rosina hizo la señal de la cruz, y tomó en

brazos á su hermanita mas chica.

Entonces refirió todo cuanto le habia sucedido en aquellos diez dias, y aunque su relacion fue bastante larga, nadie se quejó. Recordaba ya Rosina con cierta confusion, todas las páginas de su historia, pudiendo apenas creer que hubiesen pasado por ella tantos y tan rápidos sucesos, y diciendo al acabar: ¿Será posible?

La historia del dote de Rosina circuló por todo el barrio; la cantidad fue aumentándose de casa en casa, y de tienda en tienda, como los huevos de la fábula. Muchos pretendientes de todas edades se fueron presentando atraidos por el dote y la hermosura de Rosina: el mismo Mr. Cruchon que la habia pedido para camarera se dignaba ahora pedirla por esposa: pero fue rechazado segunda vez, asi como lo fueron otros menos ricos pero mas jóvenes.

—Sin embargo, querida Rosina, dijo un dia el picapedrero, es necesario que te decidas porque yo estoy perdiendo el tiempo en escuchar y responder á tus pretendientes.

. . . . . .

Un dia del último otoño Edmundo Laroche, conocido entre los sábios, y célebre ya en los tribunales pasando por la calle de Sto. Domingo se detuvo sorprendido delante de la casa de un herrero cuya fragua arrojaba una luz muy viva; tenia á la vista un verdadero cuadro flamenco. En un lado, dos trabajadores con los brazos desnudos y el color bronceado, batian el hierro sobre el yunque; y en el otro, alumbrado únicamente por la claridad del dia, una jóven seguia con la vista, aunque sin dejar su bordado, al mas jóven de los trabajadores. Era este un jóven de veinte y cinco á treinta años, en toda la fuerza de la juventud; aunque sus facciones no eran muy hermosas, no por eso carecia de esa belleza altiva y ruda que manifiestan un caracter. No era en verdad mas que un trabajador: pero franco, lindo y sincero, de aquellos que viven en el trabajo, y á quien el trabajo hace felices. Edmundo Laroche hubiera querido darle la mano con todo el placer que se esperimenta al ver una persona dotada de franqueza y de fuerza.

El jóven herrero tenia tambien otros goces ademas del trabajo; pues como ya hemos dicho, habia en su taller una linda jóven, que aunque vestida como muger de un artesano dejaba ver en todos sus sencillos adornos una coqueteria natural y un gusto esquisito. Lo que mas llamaba la atencion era su rostro fresco y su alegria. La vida brillaba en sus ojos y en sus lábios.

En la única ventana que daba luz á aquella estancia, se veian macetas de verbena y de margaritas.

—¡Ah! esclamó Edmundo Laroche, ¡ni una sola violeta! ¿Acaso no se acuerda ya?

Cuando estaba diciendo estas palabras, el herrero que habia concluido su trabajo, se acercó á su muger mientras el hierro se calentaba en la fragua, se inclinó, y besó sus hermosos cabellos. La jóven levantó entonces la cabeza, y lo miró con ternura y reconocimiento, como para decirle: ¡Animo!

Edmundo Laroche se alejó, pensando en la calle de Grés y en la virtud de Rosina.

T. por G. C.

UN VIAJE DIVERTIDO.

Era yo el cuarto en el interior de un coche de camino: mis otros tres compañeros eran un marino, un oficial de tropa, y un jóven elegante hijo, de una familia bastante acomodada.

Como era natural, la conversacion vino á rodar sobre los peligros á que cada uno de nosotros se habia hallado espuesto: el marino habia naufragado por tres veces; y cierto dia, al dar un abordage en el mar de las Indias, habia caido en el agua á muy pocas brazas de las cabernosas fauces de un tiburon: en otra ocasion habia volado hasta una altura prodigiosa de resultas de la explosion de un buque de vapor. El oficial, hecho prisionero por un beduino, iba á ser decapitado; y ya penetraba el fatal yatagan por entre las vértebras de su cuello, cuando vino á su socorro una bala francesa que destrozó la cabeza del árabe.

Por lo que á mí hace, señores, dijo el jóven elegante, que hasta entonces habia guardado silencio, jamás he navegado; tampoco he visto el fuego de los combates, y sin embargo me he hallado en una situacion mas crítica que cuantas puedan ocurrir; á lo menos tenia el mérito de la novedad.

No há muchos años que me encontraba en Bruselas: emprendedor temerario, ávido de sensaciones violentas intenté junto con un amigo mio verificar una ascension aereostática.

A la hora fijada mi compañero faltó á su palabra; y ya me disponia á abandonar solo la tierra, cuando he aqui á un desconocido que saliendo del círculo de los espectadores, me suplicó le permitiese acompañarme. Tan activas fueron sus instancias, y tantas sus promesas y juramentos de conformarse punto por punto á cuanto le prescribiese, que accedí por fin en admitirle.

Entró en la barquilla: inmediatamente hice soltar las amarras, y á los pocos segundos sobrepujábamos ya las cimas de los árboles.

Mi compañero no manifestó el menor sintoma de inquietud: iba sentado dentro de nuestro frágil y peligroso asilo con la misma calma y sangre fria que si se hallase en la mas cómoda butaca procurándose el reposo que exige la digestion de una comida suculenta. Semejante al volátil parecia deleitarse en su elemento. Con objeto de facilitar nuestra ascension, vacié un saco de arena de los que me habia pertrechado, y esta accion pareció embelesarle, pues me suplicó que me deshiciese del lastre restante.

Me resistí; insistió; preguntéle entónces de qué provenia su empeño en querer remontarse á tanta altura.

—Temo que me reconozcan, me contestó.

Al pronto creí tener que habérmelas con un ente original que habia emprendido aquel viage aéreo por efecto de una calaverada, y que se sentia con temor de que el suceso llegase á noticia de algun pariente suyo; mas yo le aseguré que bien podia ir descansado, porque desde la tierra no distinguirian su fisonomia.

Sordo á todas mis razones, me apremió con nueva vehemencia á que aligerase la barquilla de su lastre.

Yo no podia acceder á su ruego; nos encontrábamos ya muy elevados; el viento nos impelia hácia la marina; y yo sentia en mis adentros cierta inquietud: mandéle con toda formalidad que se tranquilizase y se estuviese quieto.

Murmuró entre dientes ciertas palabras interrumpidas, y luego ví que arrojaba al aire su sombrero; quitóse acto continuo la levita y la hizo seguir el camino que recorriera el sombrero.

—Bien! muy bien! esclamó: ahora ire-

mos algo mas descargados; subiremos mejor. Y empezó á desanudar su corbata.

—Por qué haceis eso? le grité; si aunque nos observen con telescopio, no pueden saber desde abajo quién seais.

—Que no os lisonjee mucho esa idea, me replicó; buena vista tienen en casa del doctor Van-Speen.

Asi se llamaba un médico que dirigia un establecimiento sanitario célebre, y consagrado especialmente á la curacion de las enfermedades mentales.

—Por ventura, le dije, ¿conoceis al señor Van-Speen?

—Toma si le conozco! He estado dos años alojado en su casa, donde se me han prodigado los peores tratamientos; allí me han sangrado, purgado, rociado con agua fresca, en fin, se me ha atormentado sin cesar. Jamás fui allí dueño de mis acciones: allí vivia como en una mazmorra. Esta mañana he conseguido escaparme de aquella condenada mansion; no, no volveré á ella.

Ya pueden VV. figurarse como me quedaria al oirlo; me hallaba en compañia de un loco, dentro de una débil barquilla levantada por un globo aereostático y á una elevacion de cerca de dos mil varas. Un momento permanecí anonadado, yerto de pavor. Un rapto súbito de mi camarada, una veleidad funesta de parte suya, una lucha entre nosotros, cualquier accidente, en fin, nos conducia á la perdicion. El repetia con furor su grito que con tanta alarma me impresionaba: ¡mas arriba! ¡mas arriba! ¡mas arriba! y se desnudaba á toda prisa, y en seguida echaba al aire los vestidos. Yo le miraba con ojos embrutecidos; sin atreverme á hacerle la mas pequeña observacion; pues conocia que todo trabajo era perdido, y temia encolerizarle.

Pero mi terror llegó á su colmo, cuando no bien se habia quitado las medias, le veo volverse hácia mi, y que mirándome de arriba abajo con ojo feroz, me dice:

—Aun nos quedan diez mil leguas por andar; preciso es que uno de los dos se deshaga del compañero.

Sus cabellos se erizaban, sus manos se contraian: él era por otra parte de complexion mas robusta que la mia, y por lo tanto no me era dable pensar en oponerle resistencia.

Si hubiese tenido una pistola ó un puñal no hubiera vacilado en abrasarle los sesos, ó traspasarle el corazon de una estocada. ¿Qué austero moralista se hubiera sentido con derecho á reprobar esta accion?

Antes que verme en tal estado, hubiera preferido hallarme abandonado á un antropófago; ó cara á cara con un tigre en ayunas; todo lo que se quiera, antes que contemplarme allá, á la merced de un insensato para con quien eran supérfluos los ruegos, las súplicas, las observaciones, los discursos.

Sin que siquiera intentára impedírselo; le ví coger y precipitar nuestros tres sacos de lastre; el globo subió entonces con una velocidad mas y mas aterradora; alcanzaba ya una region á la cual jamás hubiese imaginado poder llegar: la tierra habia desaparecido; apiñados nubarrones iban dando vueltas debajo de nosotros, ascendian sobre nuestras cabezas, se cernian en derredor; un frio mortal embargaba todo mi cuerpo. Y siempre continuábamos subiendo.

El loco se mostraba descontento y hablaba consigo mismo. Nosotros no vamos allá, no vamos allá, zuzurraba entre dientes. De repente volvióse de nuevo á mí, y me dijo:

—¿Sois casado? ¿Sois padre?

—No, le contesté.

—Por eso no teneis prisa en llegar; yo tengo trescientas esposas, y cinco mil hijos; y á estas horas estaria con ellas si el doble peso que arrastra el globo no amainase su vuelo; tanto retardo me exaspera.

—¡Caramba! repliqué á la aventura, y siempre ansioso de ganar tiempo; ¿pues no deja de ser numerosa vuestra familia? ¡Cinco mil hijos! Supongo que á proporcion de la familia serán vuestros medios de fortuna?

—Quién piensa en eso!

—Y habitan todos juntos?

—Sí. Y cada una de mis mugeres tiene un gatito y un loro, y cada uno de mis hijos, un caballo y diez perros?

—¡Santo Dios!..... Pero.....

—No hay peros que valgan: tengo un palacio todo de una pieza de cristal de roca; que contiene fábricas de paños y de sombreros, almacenes de todo género, tahonas y otros artefactos: tambien hay en él un sinnúmero de fanegas de tierra de pan llevar, otra porcion de viñas y árboles frutales; huertas y molinos; una balsa en un patio donde navegan cinco navios de tres puentes, con 5525 cañones de á ochenta, y cinco culebrinas que plantan una bala á la distancia de 1.825,000 millas.

—Magnífico! ¿Y donde teneis ese palacio?

—En la luna! y allá voy yo, y allí haré un desembarco, luego que me haya librado de tí. Vamos, vete, no ves que me estás estorbando? bastante tiempo te he sufrido... fuera de aqui y pronto.

El globo se remontaba con nueva rapidez.

Nada mas oí; pues á las palabras de aquel furioso se siguió una lucha horrible, espantosa... Echóse sobre mí, y á su contacto creí que se me habia caido encima una montaña; su aliento abrasador me turbaba; sus brazos me apretaban el cuerpo como si fuesen un círculo de hierro... por instantes me faltaban las fuerzas... no podia gritar ¿y para qué? Me hallaba en el inmenso espacio, donde ninguna voz humana podia contestar á la mia; donde ningun ser caritativo podia acudir á salvarme... cerráronse mis ojos, perdí la cabeza, y...

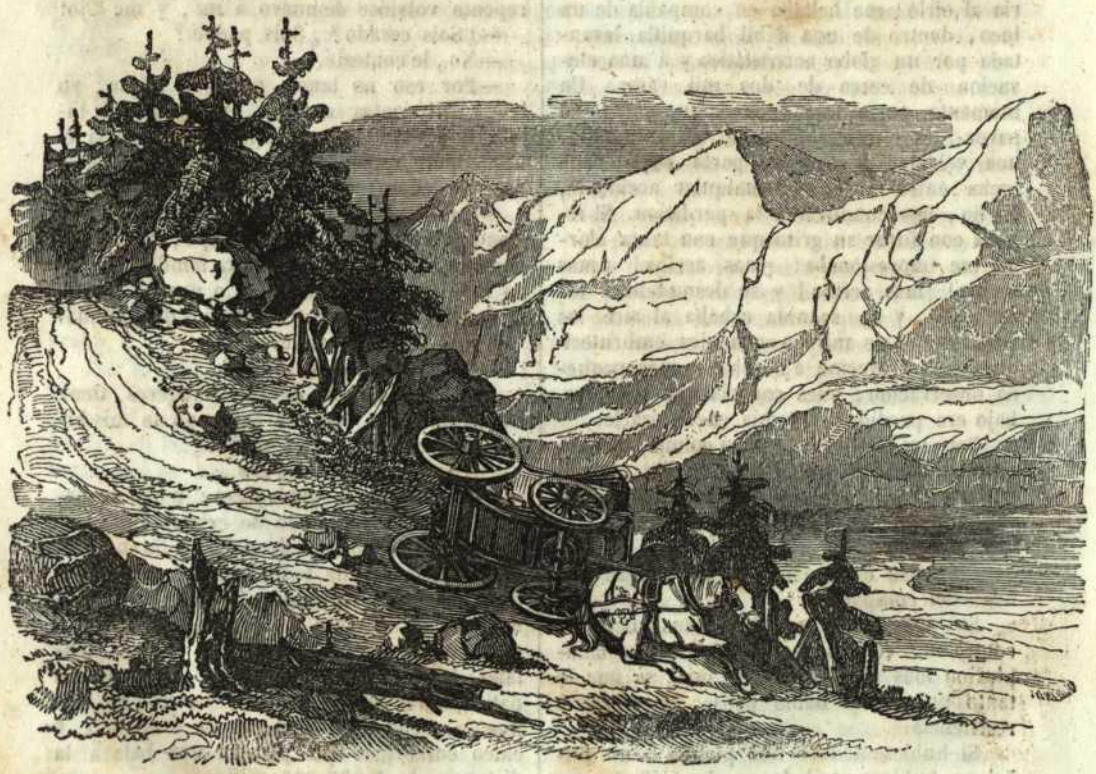
Al llegar á este punto la relacion resonó un alarido horrendo; y una violenta sacudida nos arrojó unos encima de otros, casi sin sentido: el coche en que íbamos se habia volcado, y afortunadamente no habia rodado á un abismo, porque caballos y coche quedaron sujetos en su caida en unas gruesas estacas que habia clavadas en uno de los lados del camino.

Los mas salimos bien librados con algunas contusiones asaz ligeras; mas el aereonauta cuya narracion fuera tan bruscamente interrumpida, sacó un brazo roto, en razon de haberse dado al caer contra una piedra.

Dejamos á aquel pobre contuso en el primer lugar donde hicimos alto; allí se le puso en manos de un curandero, que probablemente acabaria de estropearle.

Desde entonces no he vuelto á saber de él, ni por consiguiente el resultado del mal paso en que se vió metido. Es lástima, por que el desenlace del drama aereo no dejaria de ser interesante.

D. L. Q.



Estudios Históricos.

REYNADO DE ISABEL DE INGLATERRA.



El reynado de Isabel, hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, forma una época decisiva en la historia de Inglaterra. Puede decirse, que él fue el ariete que desmoronó el imperio de la fuerza, y el cimiento sobre que se edificó el de las ideas.

Dedicando Isabel todos sus cuidados en el interior á establecer el reposo y prosperidad de sus pueblos, empezó á renacer la civilizacion destruida por anteriores discordias; la industria tomó nueva vida, el comercio y la marina florecieron, y el pueblo empezó á gozar de cierta comodidad y bien estar que le eran desconocidos. Muchos cronistas de aquella época, atestiguan, que durante el reynado de Isabel, fue cuando empezaron los aldeanos y personas de humilde condicion á tener colchones para dormir, cobertores para cubrirse, cubiertos de plata, y platos de loza; cosas todas enteramente desconocidas por el pueblo en los reynados anteriores.

En el reynado de Isabel, mientras las altas clases se regocijaban en fiestas y galanterias, absorviéndose en ellas buena parte de las riquezas y los ocios de los cortesanos, una administracion independiente mantenia en los condados y ciudades hábitos é instintos de libertad; y las almas mas ardientes iban á buscar á lo léjos aventuras. Sir Drake, atraia en torno suyo centenares de voluntarios, y muchos jóvenes distinguidos vendian sus bienes para asociarse á la expedicion que proyectaba Sir Raleigh: sucedianse unas tras otras las tentativas y las empresas patrióticas, y este mismo movimiento lejos de cansar los ánimos, creaba en ellos nuevas facultades: las ideas reclamaban su parte en los placeres, y eran el alimento de pasiones mas nobles y serias. Coke, Bacon y Plowden, célebres legistas, particularmente Bacon, tan notable por sus obras filosóficas, trabajaban continuamente por legar á su patria obras de un mérito inmortal. La Inglaterra, se poetizó, digámoslo asi, en el reynado de Isabel: numerosos poetas tales como Pecle, Roberto, Greene, Marlow, Lyly, Kid, entre los que empezaba á descollar el gigantesco nombre de Shakspeare, elevaban la poesia dramática al mas alto grado de esplendor. Con Isabel, se hizo de moda en la corte la erudicion griega y latina, y se tradujeron en su época, todos los autores clásicos, á lo cual contribuyó mucho el espíritu de adulacion palaciega, luego que se vió hacer á la misma Isabel una version de Horacio. «Todo era allí una mitologia perpetua, dice un autor: cuando la Reyna se dignaba visitar á algun grande de su corte, recibíanla los dioses Penates, y Mercurio la conducia al salon de honor. En los postres de la comida estaban representadas todas las metamorfosis de Ovidio. Cuando por la tarde se paseaba la Reyna en los jardines, hallaba el castillo cubierto de tritones y nereidas, y la servian pages disfrazados de ninfas. Cuando cazaba por el parque al rayar el dia, encontraba á Diana, que la saludaba como á dechado de pureza virginal. Finalmente, cuando hacia su entrada solemne en la ciudad de Norwich, acudia el amor á presentarle una flecha de oro, que bajo el influjo de su irresistible hermosura, no podia menos de atravesar el corazon mas empedernido; presente que su graciosa magestad que ya rayaba en cuarenta años, recibia siempre con alhagüeña sonrisa."

Domingo 31 de Octubre.

Aunque el pueblo era ageno en su mayor parte á aquella erudicion cortesana, algo se le pegaba no obstante de todas aquellas fiestas y regocijos: gozaba con tanta variedad de espectáculos, sin que le distrajesen ideas tristes ni presentimientos de nuevas luchas y desgracias: cierto es que este mismo impulso dado á las ideas, esa série no interrumpida de disputas literarias, de controversias religiosas, la filosofia, la crítica, los epígramas, que á la sazon formaban el poder de la opinion y el sentimiento de la libertad, habian mas tarde de contribuir á arrojar al pueblo en la senda de las revoluciones; pero en los dias de Isabel formaba su gloria; porque aquella muger extraordinaria, se guardó siempre mucho de dar lugar á los comunes á que se quejasen de su arbitrariedad; si alguna vez les imponia silencio, las mas les permitia hablar, y hasta cierto punto con aspereza, resultando de aquí que el despotismo y la libertad se evitaban lejos de buscarse para combatir, y se cedian mútuamente léjos de resistirse siempre, que es lo que atrae los odios populares y las revoluciones.

Si la gloria de los Reyes debe reputarse por la mayor suma de bienes materiales que proporcionan á sus pueblos, y por la mayor grandeza á que elevan sus reynos, no hay duda que Isabel merece la fama de que goza, pues durante su reynado empezó la Gran Bretaña á levantar su cabeza entre las naciones. A ella debió su marina, hoy la mejor del orbe; á ella la preponderancia de su comercio, pues en el reynado de Isabel se creó este, por la contratacion con la India, formándose la célebre Compañia de mercaderes de Lóndres, conocida por la Compañia de la India; y finalmente á ella se debe esa política astuta que tan bien ha servido á los intereses de sus sostenedores: pero si la gloria de los Reyes debe considerarse en relacion á la causa de la humanidad, y á la de todos los pueblos; si estriba aquella en su moralidad y virtudes, en su franqueza y lealtad, en su generosidad y grandeza de alma, fuerza es confesar que Isabel no se hizo muy notable por estas bellas cualidades, que desconoció hasta el punto de olvidar los sentimientos mas propios y dignos de su sexo. Vengativa y sanguinaria, destruyó cuanto le hacia sombra, sin que á ello le indujesen otros motivos que el temor ó los celos.

En su política exterior, siguió un rumbo diametralmente opuesto á los Reyes sus predecesores, y enteramente nuevo y desconocido hasta entonces. La corrupcion! he aquí la gran palanca con que removia los obstáculos; he aquí el sistema que empleó con tan buen éxito: ella fue la primera que en lugar de reclamar subsidios de otras naciones derramó el oro en Francia, en Holanda y en Escocia, promoviendo en todas partes turbulencias, haciéndose de agentes, é introduciendo la desunion y la discordia, donde quiera que se elevaba algun poder que pudiera amenazarla, donde quiera que pudiese destruir, aniquilar, envolver á las demas naciones, rivales, pues todas lo eran suyas. Isabel habia adoptado, sin duda como suya, la máxima de que el éxito justifica los medios, y por eso no retrocedia ante la intriga, ante la corrupcion, ante la violencia; que si tuvo la felicidad de que le produjesen los resultados que deseaba, no por eso dejan de producir como efectos ciertos, las represalias en el exterior, y los odios y las venganzas en el interior.

Tan allá llevó este sistema desmoralizador, que introdujo espias pagadas en todas partes; y con órden de que tomasen parte en cuantas conspiraciones y tramas se fraguasen, para delatarlas luego, y complacerse en derramar sangre. Puede decirse, sin aventurar nada, que provocaba excisiones y fraguaba planes inicuos para desembarazarse de los que creia sus enemigos, ó podian infundirla temores. Asi murieron muchos grandes señores, y gente del pueblo; y de tales medios se valió para asesinar juridicamente á su prima hermana la infortunada Reyna de Escocia Maria Stuard, muerta en el cadalso el 18 de Febrero de 1587, despues de muchos años de cautiverio. Semejante crímen que en vano han tratado de justificar los admiradores de Isabel, y que no ha podido atenuar el tiempo, será siempre un borron para su memoria. ¿Qué imperiosa necesidad reclamaba este asesinato? Aun dado caso que hubiese conspirado, no la tenia en su poder? ¿no la habia imposibilitado para que no pudiese perjudicarla? ¿Qué podia temer de ella, ni de sus partidarios, contando con el apoyo de la nacion, siendo Reyna victoriosa, y Maria una pobre proscripta, aherrojada y sumida en una prision? La causa de la muerte de Maria debe buscarse en otra parte: por mas que Maria estuviese cautiva, podia salir de su encierro y subir al trono el dia en que



Isabel de Inglaterra.

Isabel falleciese sin sucesion, como se esperaba; y esta idea indignaba tanto la vanidad femenil de Isabel, que, cediendo solo á los instintos de un frio y cruel egoismo, firmó la muerte de su desdichada rival.

Sin embargo, era tanta su hipocresia y tan hábil en el arte de disimular, que cuando llegó á la corte la noticia de la ejecucion, se manifestó poseida de un violento pesar, declarando que no habia ordenado tal cosa. Y para dar con sus obras algun valor á sus palabras, persiguió por el pronto á los miembros de su consejo privado; hasta que cansada de representar este papel, volvió á su gracia á todos los que habian tomado parte en aquel sangriento drama.

Enhorabuena que los ingleses tengan una veneracion casi idólatra por su *Reyna Doncella*; de lo contrario merecerian que se les llamase ingratos, cuando á ella y á su política deben su preponderancia y grandeza; pero no sucede asi respecto á los demas pueblos, y á la causa toda de la humanidad, que tanto sufrió y tanto tiene de que quejarse de aquel reynado. Su carácter sanguinario, y el establecimiento del cisma y de la heregia, son mas que suficientes á eclipsar las demas buenas cualidades que pudo tener. A pesar de que con el fin de no alarmar á los católicos, habia prometido Isabel al subir al trono, no alterar la Religion que se hallaba establecida por la ley, en el transcurso de una legislatura que duró solo algunos meses, olvidó todas sus palabras: devolviéronse á la corona las annatas y diezmos; nombróse á la Reyna gefe supremo de la Iglesia; se pusieron en vigor las leyes de Eduardo VI sobre la Religion, una de las cuales prevenia que se administrase á los seglares la comunion bajo ambas especies; y por último, en 1562 ya se habia llevado del todo á cabo el restablecimiento de la Religion reformada. Verdad es que las circunstancias políticas y la opinion general favorecian mucho este cambio, y es una prueba de ello que de 9400 personas que obtenian beneficios eclesiásticos, solo hubo catorce obispos, doce deanes, otros tantos arcedianos, cincuenta canónigos, quince rectores de colegio, y sobre ochenta individuos del clero parroquial que prefiriesen renunciar á sus destinos, y sufrir la suerte de los confesores y de los mártires, antes que abjurar de su fe.

Mas no paró aquí todo: en 1571 se dictaron nuevas y mas atroces medidas contra los católicos, advirtiéndose solo en las mas de ellas un lujo de barbarie odiosa, como era el impedir que los católicos emigrasen al continente. En 1581 se redobló aun mas si cabe el horror de estas medidas, agregándole otras nuevas; una de ellas prohibia á los padres enviar á sus hijos á educarse fuera por temor solo de que recibiesen una educacion católica. Finalmente en 1587 y 1593 nuevas resoluciones mas arbitrarias todavia pusieron el sello á la persecucion y abatimiento en que yacian los católicos.

Durante el reynado de Isabel, tuvieron tambien nacimiento las sectas de los puritanos y brownistas, que despues tomaron el nombre de independientes, y que tan famosos se hicieron unos y otros en los reynados subsiguientes, hasta el punto de cubrir de sangre á causa de sus disidencias religiosas y políticas, la superficie de los Tres Reynos, y levantar un cadalso para asesinar en él á su Rey.

En la vida de Isabel hay que notar la resistencia que siempre opuso á tomar un esposo; resistencia que nada justifica; algunos historiadores suponen que la naturaleza le habia negado este don; pero mal concuerda esto con su carácter celoso, con sus ínfulas de hermosura, y con los amantes que tuvo. Mas natural es presumir, que á su carácter dominante repugnase el estar sujeta á un hombre del que no le fuera fácil poder desprenderse; y que al contrario de su padre Enrique VIII, creyése mas político y menos escandaloso llevar al cadalso á los favoritos que no á los maridos. Mas sea de esto lo que se quiera, es lo cierto que cuantas veces los comunes le instaron á que eligiese un esposo, les contestó: «Soy casada; el Estado es mi marido, y los ingleses son mis hijos: maravíllome de que lo hayais olvidado... Si nuevas disposiciones de la Providencia me forzasen á mudar de vida, uniéndola á la de otro, podeis estar seguros de que la eleccion siempre será favorable al Estado... Hasta ahora, es mi único deseo que para conservar mi memoria y mi gloria, escribais sobre la losa de mi sepulcro: *Aqui yace Isabel, que vivió y murió Reyna y Doncella.*"

En medio de las grandes atenciones que tenia, de las circunstancias azarosas que la rodearon, y de las que salió por los medios que hemos indicado, imposible parece

que pudiesen ocupar su imaginacion cosas que rayaban en pueriles. Asi es, sin embargo; mas como se referian solamente á su persona, esto hace creer que la ocupaba á la par que los negocios del Estado, y que habia llegado á concebir una elevada idea de cuanto valia. La órden que dió relativa á su retrato es un documento original de presuncion y de coqueteria, impropio de una gran Reyna, á cuyo título aspiraba, es una prueba de debilidad humana, mas que suficiente á probar de cuanto no seria capaz Isabel contra cualquiera que excitase su envidia ó sus celos: la muger que se creia dechado de perfecciones y de gracias, no podia tolerar que hubiese alguien que la encontrase algun defecto; y desdichado de aquel que despues de haber merecido alguna atencion de su parte, cediese á los encantos de alguna beldad! La Reyna doncella, como queria que la llamasen, tenia siempre un tajo, una cuchilla y un verdugo para apagar la luz de los ojos que se hubiesen fijado en otro rostro que el suyo; para cortar la garganta que hubiese dado paso á palabras de amor y de adulacion que no fuesen dirigidas á su graciosa magestad! Por la expresada órden que hemos citado, se prohibia á los pintores y grabadores el hacer ningun retrato de la Reyna, hasta que fuese hecho por un buen artista que lo sacase exacto, cuyo retrato serviria de modelo para las demas copias que se hiciesen; pues que hasta entonces, *ninguno habia logrado copiar con exactitud las perfecciones y gracias de S. M.*; debido acaso á la ligereza con que se habian hecho, para satisfacer el deseo natural que tenian todos los vasallos de poseer su retrato. A fin de evitar este mal, mandaba que se nombrasen peritos que juzgasen de la exactitud de las copias, con facultad de que no tolerasen ninguna que tuviese algun defecto ó deformidad, *de que, gracias á Dios, estaba S. M. exenta.*

No obstante, es menester decir que Isabel ha sido juzgada siempre por lo comun apasionadamente: los unos la han atribuido cualidades heróicas, al par que otros solo la han presentado como un monstruo de perversidad, como una furia del Averno: unos y otros se han dejado llevar de la pasion y han exagerado sus buenas y malas cualidades. Como muger, Isabel desatendió los atributos de su sexo en su parte mas noble; como Reyna en sus relaciones exteriores fue un foco perenne de intrigas, de falacia y de doblez; mas por lo que toca al gobierno de sus pueblos, al través de algunas faltas, fue lo que debia ser en un pais devorado por las discordias intestinas, empobrecido, amenazado por todas partes, y donde la mayoria de los habitantes adicta á la reforma ó pronta á adjurar de sus antiguas creencias, arrastraba en su impulso á cuanto se le oponia. Isabel, restituyó la paz á su pueblo durante su largo reynado, é hizo á ella sacrificios costosos, á los cuales se hubiera negado en cualesquiera otras circunstancias. La fortuna le sirvió de muy poderosa auxiliar, declarándose por ella en la sola ocasion en que estuvo sériamente amenazado su reyno; y la destruccion de la *Armada Invencible* que aprestó Felipe II para vengar justos agravios, la dejó reynar tranquilamente en sus Estados, que acrecentó con conquistas coloniales.

S. CASILARI.

UNA MAÑANA DE OTOÑO.

Estaba la iglesia de la aldea de *** engalanada como para el dia de Pascua. Las flores de los vasos sagrados eran recien cortadas, y aun las cubrian abundantes gotas de agua, cual si llorasen sus plantas y sus jardines. Hollaban los pies fragrantes rosas, y los cristales de las arañas, desnudos de su empolvada cubierta, despedian torrentes de luz. Era el otoño; era dia de aquellos frios y claros que Mad. de Sevigné denominaba dias de cristal. A ambos lados de la calle mayor de la aldea, se estendia una fila de magníficos carruages que los niños contemplaban embobados, y en aquel dia todas las hembras del pueblo se sentian con santos deseos de oir misa, deseos que las malas lenguas llamaban curiosidad. En efecto, al compas del órgano y del canto llano de los prestes de la parroquia, celebraba el cura de toda ceremonia el enlace de Mlle. Van-Blocken, hija de un agente de cambio, con el conde de Ligny, uno de los mas atildados elegantes, que compensaba con la bondad de su corazon y la delicadeza de su carácter, la singularidad de sus modales y de su trage. Una circunstancia estraña tenia este matrimonio: era un matrimonio de amor.

Y sin embargo los esposos estaban melancólicos. Aunque no admitimos un regocijo descarado, hay mucha diferencia de aquel placer concentrado que se adivina en el semblante, á la tristeza que poseia á los novios oscureciendo su frente, cual si el yugo que se les ponia en emblema de su eterna alianza fuera un fúnebre crespon.

Tendria diez y ocho años Maria Van-Blocken: brillaba en su rostro la belleza de los ángeles, porque se asemejaba á ellos en la pureza de los contornos, en la serenidad de la mirada. Mas ah! sus lábios estaban pálidos como rosas blancas marchitas por el yelo. La blancura de su piel deslumbraba, y las niñas de sus ojos destellaban á veces el sombrío fulgor de aquellos focos luminosos que asoman en cezas apagadas en su superficie.

La pobre jóven estaba amenazada de una enfermedad del pecho.

M. Van-Blocken hubiera dado toda su fortuna por ver un matiz rosado en aquel rostro de alabastro; pero todas las mañanas hallaba á la pobre niña mas blanca, mas cercana al cielo. El Sr. Hernandez, médico jóven, y de los mas célebres, habia aconsejado un viaje á Italia, á aquella estufa tibia y dulce para las flores que matan nuestras nieblas. El viaje estaba acordado; pero el doctor no consentia que M. de Ligny acompañase á Maria, y se amaban tanto!

El conde lloraba como un niño, y la jóven habia recobrado una animacion singular: brillaban sus ojos; se sentia con fuerzas y no queria partir. Hablaba de bailes, de cavalgatas, de cacerías, mientras el doctor temblaba por el espíritu vital que consumia para alimentar esta hermosa llama pasagera. Asi es que se decidió casar á los amantes antes del viaje.

Esperábase que esta certidumbre de pertenecer uno á otro haria renacer la calma en su corazon. Terminada la ceremonia nupcial, recojieron los carruages á los convidados, y desaparecieron, dejando no mas que un poco de polvo, lo mismo que queda de todo placer desvanecido.

Por un momento se turbó el órden con una disputa suscitada entre M. de Forbin y un jovencito, Alfredo de Cussy, con motivo de un codazo. Pero los dos adversarios se dieron por satisfechos, y no volvió á hacerse caso de este incidente.

La quinta de M. Van-Blocken era un verdadero palacio, establecido en el estremo

de un inmenso parque fresco y espeso. Cuando todos los convidados estuvieron reunidos en el elegante salon, ofreció M. de Ligny el brazo á la nueva condesa, y ambos bajaron lentamente los escalones del peristilo de columnas, siguieron una oscura calle y desaparecieron.

Comprendióse esta necesidad de aislamiento, esta entrevista dispuesta con un atrevimiento lleno de castidad, este beso de despedida, y se les dejó solos.

Atravesaron el parque poco á poco, sin decir una palabra, arrastrando ojas muertas con los pies, teniéndose de la mano, y columpiando ligeramente los brazos, como los niños. Así llegaron á una rústica cabaña en cuyo fondo habia un banco de materia silvestre. Se sentaron.

—Maria, ¿con que partís? dijo el conde.

—Quiero vivir para amaros! quiero tornar á ser bella!

—No, no podré pasar todo un año lejos de vos; mis fuerzas no alcanzan á tanto. Antes me parecia que no debiais marchar, lo oia decir y no hacia caso. Ahora menos que nunca creo que me dejeis cuando estoy á vuestro lado, cuando somos tan felices!

—Pues venid, esclamó la jóven, seguidnos á Florencia; habitareis en alguna aldea vecina. No nos veremos de dia, pero sabremos que es corta la distancia que nos separa. De noche, pasareis por debajo de mi ventana y os echaré un ramillete como á un enamorado. Oh! será precioso! Cuando eche jazmin, significará que estoy pálida y enferma, que tengo en torno de la frente una venda dolorosa como si hubiera respirado el perfume de esas flores. Siemprevivas negras.....

Cerróla el conde la boca con la mano y no la dejó concluir.

—Pero si os envio un ramo compuesto de una granada, una rosa y un capullo de naranjo, sabreis que mis labios han cobrado sus matices rojos, que en mis mejillas hay tintas rosadas, y que soy aun vuestra esposa en la tierra.

—Callad, dijo el conde, sabeis que es fuerza olvidarme este año?

—Olvidaros!

—Hablar poco y muy quedito.

—De qué he de hablar no pudiendo hablar de vos? Teneis razon, vale mas quedarme.

—En nombre de nuestro amor, partid. Ahora soy yo quien os lo ruega.

—Partir, Dios mio, partir! Enrique, perdonadme lo que voy á deciros. Estoy loca, es verdad..... porque estoy celosa. Ay! quién me asegura que otro amor no ahogue en tu alma mi recuerdo? Yo tengo solo mi corazon para amaros, una mirada llena de admiracion y siempre la misma, una palabra, la única que sé y que repito sin cesar. Pero hay mugeres, cuyo amor lleva, como las bailarinas, colores tornasolados, brillantes pero engañosos: bordados bajos y groseros, pero que deslumbran. Esas mugeres saben lanzar miradas furtivas que seducen: su rostro está siempre animado de una sonrisa que es su máscara. Creeis por un momento que sus radiantes ojos se han fijado en vos, que ha brotado en su alma algun sentimiento grave, dulce, apasionado, pero harto pronto recobran sus pupilas la espresion vaga y mudable de la coqueteria. Os parecerán estas reflexiones demasiado graves para mi edad, pero he observado tanto!..... tanto en los bailes donde no se me permitia bailar! Enrique, esas mugeres son muy peligrosas, y á propósito no puedo menos de hacer una comparacion que me sujiere la baronesita de Gernay. Está entre sus cinco amantes como en medio de cinco lamparillas encendidas por ella. Ya se ocupa del uno, ya del otro; y cuando aquellos de quienes se aparta, vacilan próximos á apagarse, con una mirada los enciende de nuevo. Asi mantiene en torno suyo cierta iluminacion, cuya claridad es suya propia...

—Y cuyo humo lo será tambien, continuó el conde riendo.

Como todas las mugeres que aman, la condesa era hábil; acababa de matar á Mad. de Gernay, á la que mas temia, con una comparacion.

Hermosa estaba Maria, con su frente pálida coronada de flores de naranjo, con su mirada lánguida que confundia destellos luminosos con los destellos de sus diamantes. El conde la miraba con pasion, y advirtiéndolo la esposa:

—Enrique, dijo, ya es tiempo de volver á casa!

—No, no, todavia no!

—Me estan aguardando.

—Un solo beso de despedida!

—Dentro de un año, señor conde!

Y la jóven huyendo de la cabaña con la risa en los lábios, envió un beso á su marido.

M. de Ligny quiso seguirla; pero un ruido de hojas despertó su atencion.

La choza que ocuparan estaba al estremo del parque, tocando con el cercado de zarzas que le cerraba. A favor de una abertura practicada en estas, vió M. de Ligny pasar á M. de Forbin, Alfredo de Cussy y otros dos jóvenes.

—Ah! esclamó la condesa, ese M. de Forbin me inspira un miedo!...

—Loca! por qué?

—Ha tenido ya dos desafios.

—Eso no deshonra á un caballero.

—No digas tal, Enrique, el duelo es infame: mas diré, si no fuera cruel, me pareceria estúpido.

—A veces es inevitable, repuso el conde.

En este momento sonó una detonacion, y Maria cayó desmayada.

Corrió el conde á buscar socorro: Mad. de Ligny volvió en sí pronto, y una hora despues por órden del señor Hernandez, subió á la silla de posta, arrebozada en una pelliza de raso blanco forrada de cisne. Su padre y el doctor la acompañaban.

Asegurósela que el desafio entre M. de Forbin y Alfredo de Cussy no habia tenido resultado desastroso... y el coche desapareció.

A no haber precipitado de este modo la partida, hubiera tenido que saber por Mad. de Gernay ó alguna otra oficiosa amiga, que M. Alfredo de Cussy habia sido muerto.

II.

M. de Forbin es un espadachin. En el tiempo á que se refiere nuestra historia era poco conocido en el mundo del que hoy está escluido enteramente. Es un hombrecillo, de cara pálida y flaca, ojos entre azules y pardos, barba rara y tostada: por lo demas muy elegante en maneras y en traje, aunque siempre lleva encima algun color chillon. No vayan á creer mis lectores que es algun maton de baja estofa, que confunde la groseria con la libertad, no por cierto: M. de Forbin es algo mas, es elegante, y elegante impertinente. Fiel secretario de la moda, va siempre hecho un dije; pero nadie sospechará que hay manchas de sangre bajo los limpios guantes.

Con una palabra hacemos su retrato. Tenia un amigo, un amigo de infancia, el único que le habia quedado: por una fútil disputa, le mató. Por la noche le vieron en el teatro.

Hoy dia es despreciado; se le mira con hastío, con repugnancia; pero antes de llegar á este estremo, asesinó no pocos infelices, empezando por M. de Cussy que contaba diez y ocho años.

Pero dejemos á este hombre y prosigamos nuestro cuento.

Al cabo de un año volvió la condesa de Ligny. Sus miradas habian perdido su funesta trasparencia, no era ya aquella muger como la cera diafana, detrás de la cual flamea una combustion terrible. Sus mejillas habian recobrado los hechiceros contornos de la juventud, y fulguraba la vida en su frente despojada de su palidez febril. Maria rebosaba salud.

Si hubiera de pintar una rosa, no haria un mosáico de piedrecitas mas ó menos bien combinadas, sino que os diria: corred al jardin vecino y mirad! Para pintar la dicha de los amantes no enseñaré un mosáico de palabras; pero os diré: volved la vista á vuestro corazon y me comprendereis.

El dia de su reunion fue el primero de su matrimonio, y en celebridad dió M. Van-Blocken un baile, al que fueron convidados naturalmente cuantos asistieran á la misa nupcial. El baile se dió en París en una magnífica casa que M. Van-Blocken poseia en la Chausée de Antin. Los espejos, los cristales, los diamantes, los ojos de las bailarinas se trocaban relámpagos ardientes, flechas inflamadas que se cruzaban y tropesaban en el aire. Las mugeres y las flores se enviaban perfumes. Todo encantaba, deslumbraba! Las cortinas de punto de Inglaterra, sujetas con bellotas de plata, descubrian los sombríos árboles del jardin que destacaban sobre el pardo cielo. La lluvia azotaba los balcones, silvaba el viento, y la tempestad de fuera aumentaba la serenidad interior, donde todo era luminoso, florido, tibio y perfumado.

La coqueta baronesa de Gernay... la baronesa de las lamparillas, ya os acordareis... fue aquella noche terriblemente desgraciada, y sin embargo su trage era divino. Llevaba un vestido de crespon verde con marabuts del mismo color y bordado de corales. Pero á una señora se le ocurrió decir que parecia aquel trage un espárrago espigado con sus semillitas rojas y la ocurrencia hizo furor. Mad. de Gernay la habia oido y estaba

desesperada, aumentando su mal humor el ver á la jóven condesa de Ligny tan bella y admirablemente adornada: oh! con gusto habria consentido en que toda aquella iluminacion se trocase en incendio; tan terrible es el despecho de una coqueta.

Tambien M. de Forbin lo pasaba mal. El sol que alumbraba á otro le hacia sombra, la dicha de sus amigos era un insulto para él, y las gozosas miradas de M. de Ligny le irritaban extraordinariamente. Sabia que el conde vituperaba altamente el duelo que costó la vida á Alfredo de Cussy, y que habia trabajado para que se le negase la entrada en la casa de M. Van-Blocken; pero á este le gustaban los pendencieros, por lo que defendia á capa y espada la causa de M. Forbin.

Por lo que toca á M. de Ligny no tenia fuerzas para resistir su alegria. Sentado en un rincon, cerca de la chimenea, se embebia dulcemente en su embriaguez, contemplaba con entusiasmo á su muger, tan hermosa, tan esbelta bailando. Necesitaba recogerse dentro de sí mismo para convencerse de su fortuna, para analizar lógicamente lo que le tenia loco.

La coqueta de Gernay tampoco bailaba: aun no estaba digerido el golpe del *espárrago espigado*. Fue á sentarse cerca del conde, cual si le sacrificara aquella contradanza, y le dijo con zalamería apuntando á la condesa: Que hermosa está!

El conde la dió gracias con una mirada húmeda de lágrimas.

—Haceis mal en dejarla bailar asi, mañana escupirá sangre.

M. de Ligny se agitó en su asiento con dolor: al contacto de una avispa sigue siempre el aguijon.

Al mismo tiempo M. de Forbin, dando el brazo á otro jóven, fue á colocarse delante de M. de Ligny. Hacian ambos observaciones sobre el baile, y hablaba con voz suficiente para que los oyese el conde.

—Sabeis, dijo el compañero de Forbin, que la condesa de Ligny está hechicera?

—Deliciosa, amigo mio.

—El clima de Italia la ha sentado perfectamente.

—El clima de Italia y el amor.

—Cómo! si su marido se quedó aquí!

—Calle! no sabeis que el doctor Hernandez es su amante? Mlle. Van-Blocken se moria de amor por él, y el viaje ha sido un pretesto.

Quedó pálido Ligny, sus lábios se crisparon, pero se contuvo.

—Qué teneis, señor conde? preguntó Mad. de Gernay con simulada amistad.

—Señora, sois demasiado buena, no tengo nada.

M. de Ligny se levantó. Dió algunas vueltas por el salon y se acercó al hueco de un balcon donde estaba M. Forbin.

—Caballero, le dijo el conde en voz baja, sois un miserable, un calumniador. No puedo daros de bofetadas aqui delante de todos... pero...

—Dicho y hecho, señor mio. Arma?

—La pistola.

—Hora?

—A las seis; puerta Maillot.

Mad. de Gernay habia observado atentamente este manejo, y comprendido los insultos de su mirada.

Se levantó y fue á tomar el brazo de Mad. de Ligny.

—Maria, bailais?

—He estado tan triste todo un año!

—Y sois feliz hoy?

Esta pregunta fue hecha con acento singular.

—Cómo no he de serlo? esclamó la condesa con efusion.

La baronesa no respondió: al cabo de un rato, dijo sencillamente:

—Conoceis á M. de Forbin?

—Mi padre conoce á su familia. Pero ¿por qué me lo preguntais?

—Porque vuestro esposo ha tenido esta noche una disputa con él, y he creido de mi deber avisároslo, amiga mia.

No daba ciertamente la envidiosa este caritativo aviso por precaver una catástrofe. Deseaba solamente que en medio de sus placeres brotase este dolor como el aspid de Cleopatra en medio de las lozanas frutas. Maria se puso pálida, y apenas tuvo tiempo para apoyarse en su sillon donde cayó inanimada. Fue conducida al templo nupcial, á aquella alcoba, amorosamente colgada de tafetan azul, y allí la colocaron, con los ojos cerrados, la boca fruncida, el rostro lívido. Su primer pensamiento al volver en sí fue confiárselo todo á su padre; pero sabia que M. Blocken creia aun en los lances de honor y que deploraria su desgracia pero que dejaria hacer.

La condesa penetrada de esta triste verdad, encubrió su dolor con una sonrisa, como los padecimientos de su corazon iban

ocultos debajo de un ramillete. Dijo que se sentia mucho mejor, y quiso quedarse sola

Cuando entró M. de Ligny, estaba sentada la condesa en una butaca, orando, por no poderse sostener de rodillas. El conde estaba triste, no porque fuese cobarde! pero haber perseguido durante años la felicidad, como el *espejeo* que huye en el desierto, y en el momento en que aniquilado, rendido, va á dejar el cielo árido y la arena ardiente para entrar en el Oasis, encontrar un hombre que porque asi se le antoja, no teniendo nada que perder, le detiene y dice: Quiero ver si consigo mataros! es cosa terrible! M. de Ligny se acercó lentamente á su esposa.

—Enrique, dejadme, estoy orando! esclamó.

El conde se puso de rodillas á su lado; sus manos estaban cruzadas, sus ojos abrasados; él tambien oraba, pero no á Dios. Oh! decia, Maria, Maria, cuanto os amo!

—Enrique, quiero pasar esta noche en oracion.

—Maria, un año ha que aguardo noche y dia el momento en que solos oiga de vuestra boca estas palabras: Te amo! y no me decis nada!

—Sois mi esposo? esclamó la condesa fuera de sí; y si lo sois, lo sereis mañana? Todo lo sé. Palideceis, no me habian engañado. Enrique, es preciso que me prometais no batiros: es absolutamente preciso! Enrique, ¿no es verdad que no quereis que yo muera, que me amais, y que no os batireis?

—Os han exagerado una disputa de poca importancia y que no tendrá resultados!

—Mentís! sí; mentis! quereis engañarme; ir mañana á batiros! Dios mio! porqué no me dejásteis morir un año hace? No saldreis de aquí, mientras yo viva!

Y se levantó Maria hácia la puerta estendiendo los brazos y tiritando.

El conde, loco de desesperacion, se precipitó hácia ella esclamando:

—Maria, no me batiré! Qué importa una necia preocupacion y la opinion del mundo! no vales tú para mí mas que todo el universo? Estaba loco, perdóname! creia que ese hombre te habia insultado..... no llores, no te aflijas, amada mia. Anda, descansa, yo velaré, oiré el rumor de tu respiracion y estaré contento.

Asióla en sus brazos y la colocó sobre el lecho; Maria fatigada por aquella noche de baile y padecimientos, cerró poco á poco los bellos ojos y se durmió. El conde se sentó cerca del lecho.

Poco tardó en asomar el dia, haciendo estremecer al conde porque recobraba la realidad. Oh! cuanto se hablaria de él aquel dia! Cuantas veces antes de tender la noche sus sombras seria pronunciado su nombre, en el paseo, en el café, en el teatro, en casa de la baronesa de Gernay!—Sabeis la historia del conde de Ligny?—Se casó ayer.—Sí; y tuvo una disputa con M. de Forbin y hubo desafio; pero M. de Forbin ha madrugado en valde.—Calle, yo le creia valiente. El fresco de la mañana hace daño al pulmon.

Se le figuraba oir todas estas conversaciones en voz baja, ver todas las sonrisas y los guiños! Ah! él universalmente respetado, no podrá ya alzar los ojos! Y sin el honor, cómo vivir? el honor es la atmósfera del alma; sus amigos le despreciarán, sus enemigos tendrán lástima de él. Todos le mirarán con altivez, se atreverán á provocarle, y si algun dia osa levantar el brazo, habrá de batirse con este, con aquel, con todos!

Duerme la condesa. Despues de aquella noche de insomnio y de fatiga, su sueño será largo. Dentro de una hora puede estar de vuelta. Son las seis menos cuarto, y M. de Forbin estará ya aguardando con impaciencia y sonriéndose horriblemente. Este pensamiento exasperó al conde, y partió.

Celoso compañero es el dolor, se acuesta á nuestro lado, pone la mano fria y pesada sobre el corazon: os arranca el sueño, y no quiere que se le olvide. Maria despertó sobresaltada: buscaron sus ojos al conde, lanzó un grito, corrió al despacho, y hallándole vacio volvió exánime á su habitacion. Apoyóse la mano en la frente para sostener su pobre cabeza aturdida; pero fue solo un momento. Una resolucion súbita animó sus facciones: se arrancó las flores, las pedrerias que adornaban aun sus cabellos y ajitó violentamente una campanilla.

Pero su doncella no parecia. Era una alsaciana de pesadísimo sueño, y vanas eran las voces para despertarla. Mandar poner el coche, era imposible: cocheros y lacayos habian ido á celebrar la boda en la taberna. Por otra parte, en la habitacion de la condesa, como recienamueblada, estaba todo en desorden y el tiempo urjia. Tenia Mad. de Ligny un vestido de crespon blan-

co de manga corta: tomó un chal de gasa que halló á la mano, y con él se abrigó la cabeza, los brazos y los hombros. Marchó: el conserge, acostado aun, no hizo mas que tirar del cordon sin informarse de quien era el que salia.

Una espesa niebla cubria las casas. Apenas se divisaba de trecho en trecho alguna luz rojiza y ténue de algun reverbero; la atmósfera estaba húmeda y fria porque habia llovido toda la noche. Nubes inmensas tapizaban el cielo, nubes deformes, vapores como humo que anunciaban mas lluvias.

Donde habria ido el conde? Mad. de Ligny vió un vendedor que colocaba su puesto en una esquina, y le preguntó:

—Habeis visto poco há salir un hombre de esa casa?

—Me parece que sí.

—Hácia dónde se dirigió?

—Si no me engaño, señorita, se fue por allí.

Echó Maria á correr, porque comprendió que el conde se encaminara al bosque de Boulogne.

Entonces comenzó una carrera terrible, infatigable, desesperada! Las casas, las plazas, las calles huian tras ella! Entretanto íbase despertando la ciudad, y los transeuntes se paraban para ver pasar á aquella muger vestida de *baile* y con la cabeza desnuda. Algunos la llamaban, Dios sabe con qué nombres; otros corrian tras ella para verla mejor. Los muchachos la seguian con mas agilidad y perseverancia, y tambien con mas gritos. Mas ella solo veia sombras que se deslizaban á su lado: oia vagamente voces, esclamaciones y risotadas, pero no distinguia nada, no escuchaba nada, corria sin parar. Pasó por delante de un puesto de fiacres y estaba vacío: la pobre muger continuó su carrera. Sus cabellos estaban empapados de sudor; su chal de gasa mojado por la niebla; pesaba sobre su cabeza y sus hombros transparentados por aquel velo. Los zapatos de raso se habian destrozado con las piedras, y el lodo manchaba los pies, el agua los penetraba. Mas ella nada notaba, corria! Las mugeres del pueblo la injuriaban, la perseguian con ahullidos, y el público comenzaba á mostrarse amenazador cuando llegó Maria á los Campos Eliseos. El suelo estaba tan esponjoso que los mas curiosos cesaron de seguirla.

Pudo llegar la condesa á la calle del centro, arrastrando tras sí con trabajo los girones del destrozado vestido empapado en lodo. Bajaba un fiacre por el lado opuesto, y Maria se arrojó con desesperacion en medio de los caballos gritando de rodillas.

—Llevadme por piedad á donde estén!

Una de las personas que iban en el carruage, impacientada por esta dilacion, asomó la cabeza por la portezuela y exhaló un grito de terror. Saltó del coche, levantó en sus brazos á la condesa y la tendió sobre los almohadones pero ella no pudo ver á su marido por estardesmayada.

III.

Cayó enferma Mad. de Ligny. Los síntomas de la enfermedad del pecho resucitaron con una fuerza inaudita, y en pocos dias desapareció su brillante salud: parecia una flor arrastrada por el lodo y hollada con los pies. El conde no la dejaba un momento, y aunque tambien estaba horriblemente demudado, conservaba una fuerza ficticia que llegó á apagarse. Oh! qué dia tan horrible!

Una mañana, pareció que la condesa cobraba fuerzas; toda la casa estaba loca de júbilo; pero Maria se sonreia tristemente. Se coronó de rosas blancas, mandó abrir los balcones y su doncella se acercó llorando á besarle la mano: mas ella la rechazó esclamando con amargura:

—Cuánta salud!.. En seguida la llamó, la abrazó y rompió á llorar. Su marido, con la cabeza reclinada en el lecho, sollozaba, y ella le dijo con voz débil!

—Enrique, conozco que voy á morir. Ay! y te amo... Escucha; quiero dar gracias á Dios por cada dia que me concede para verte y amarte. Todos los dias tráeme algun muchacho miserable: hazle comprar vestidos limpios y de abrigo para que no padezca frio este invierno, este invierno que yo no veré!

Por espacio de ocho dias se vistió de nuevo á un niño pobre y se le hizo pasar por delante del lecho de María, debiendo sin duda cada niño llevar la conviccion de haber visto un ángel. Al octavo dia, el niño vestido no pasó por delante del lecho.

M. de Ligny no ha sobrevivido á María.

Respecto de M. de Forbin habia sido gravemente herido en su encuentro con el conde; pero ayer por una silla mal puesta rompió un brazo á su adversario; nuestro espadachin se iba enmendando.

J. G.

Viajes.

MESINA.

Esta ciudad perteneciente al reyno de Sicilia, fue fundada hácia el año 1004 antes de Jesucristo por los *siculos*, y en un principio se llamó *Zancle*, que en el dialecto de aquellos pueblos significa *falso*, por analogia á la forma cimbrada de su puerto: despues, cuando por el año 94 de Roma se establecieron en ella los *mesenios* le cambiaron el nombre en el de *Messana*. Esta ciudad, presenta la forma de un paralelógramo, y se levanta á manera de anfiteatro al pie de los Neptunianos en un espacio de unos tres cuartos de legua. A alguna distancia en alta mar presenta un hermoso punto de vista, y la blancura de sus edificios contrasta deliciosamente con lo sombrío de los bosques de la montaña. Su puerto que es de los mejores del Mediterráneo, tiene legua y cuarto de circunferencia y es muy profundo; la entrada es bastante estrecha y difícil, pero los buques están en él con seguridad.

Mesina es notable por las catástrofes de que ha sido víctima. En diferentes épocas ha sido bombardeada, las epidemias han hecho en ella bastantes estragos; y los temblores de tierra la han destruido mas de una vez, particularmente el que tuvo lugar en 1785. De resultas de este terremoto se construyeron las casas mas bajas y las calles mas anchas. Atraviesan la ciudad dos rápidas corrientes que desaguan en el puerto, y se hallan contenidas por medio de malecones para precaver las inundaciones. Entre sus edificios públicos son notables la catedral, de hermosa arquitectura gótica, el palacio real, arzobispal, y el del senado: cuéntanse en ella unas 50 iglesias, muchas de las cuales son muy hermosas, y estan decoradas con magníficas pinturas, unos 40 conventos de religiosos de ambos sexos, cuyos edificios son en lo general buenos, un gran seminario, un colegio, un espacioso hospital, un lazareto, muchos hospicios y montepios, una cárcel, un teatro y dos arsenales. Su industria, consiste particularmente en tejidos de seda, con especialidad rasos, damascos, &c. Para facilitar las operaciones del comercio hay un banco municipal.

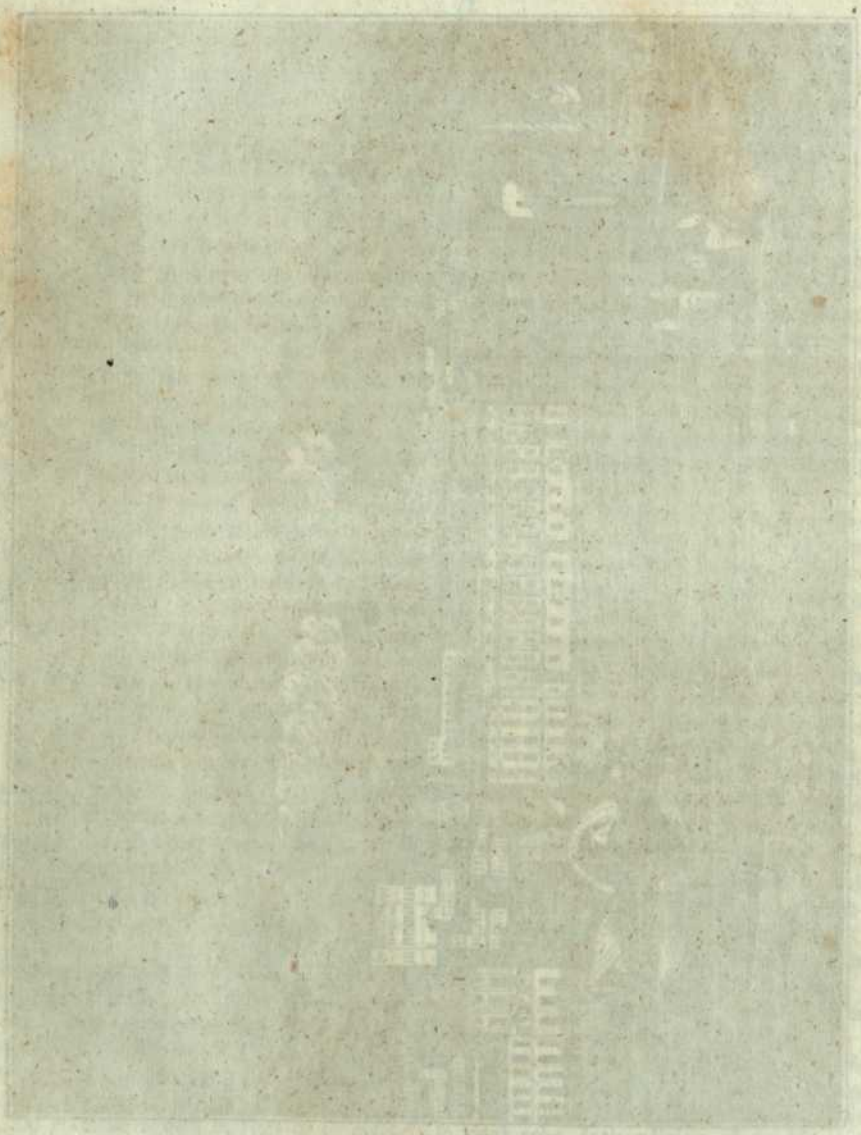
La poblacion de Mesina es bastante crecida, pues cuenta mas de 80,000 habitantes generalmente de poca instruccion.

Las procesiones que se celebran en Mesina en diferentes épocas del año atraen gran concurrencia de forasteros. Una de ella es notable por la circunstancia de ir el Altísimo, la Virgen y los Angeles representados por seres animados. He aquí como: sobre un inmenso tablado de unos sesenta pies de alto, y con ruedas para moverlo, estan representados en diferentes planos el Sol, la luna, y las estrellas: en la cumbre de la máquina está sentado un anciano que representa al Padre Eterno, llevando sobre la mano, que descansa en un tronco de madera una niña de ocho á diez años, destinada á representar á la Virgen, en equilibrio, á una altura tan espantosa, y desde la cual echa la bendicion al pueblo, conforme va andando aquella singular decoracion.

Al extremo de los rayos del Sol y de las estrellas, que lentamente ejecutan un movimiento circular, van suspendidos unos cuantos niños, vestidos como pintan á los ánge-



Vista de Mesina.



les. Mas abajo de los cuerpos celestes, y entre nubes está colocada una orquesta que toca y canta himnos adecuados á la festividad. Esta escena es de las mas curiosas que se pueden imaginar; pero al ver adelantarse la máquina vacilante, y temblar á los inocentes actores, que tan cercanos estan á una catástrofe, cualquier espectador que no participa del delirio de la multitud, no puede menos de experimentar cierta sensacion de horror.

La procesion de la madrugada del Domingo de Pascua es tambien notable. Figúrase el encuentro que tiene la Virgen con el Redentor. Para el efecto salen dos procesiones distintas, y luego que se unen entran en la Catedral, á cuyo tiempo se sueltan multitud de pajaros, y se hacen infinidad de disparos.

En conmemoracion de la famosa galera que llevó á Messina la carta de la Virgen, se edificó en la plaza de San Giovanny un pilon ó fuente de 150 pies de largo para meter en ella un buque construido segun el modelo del que la Virgen habia mandado. Tiene sesenta pies de largo y setenta de alto. Sesenta y cuatro esclavos encadenados en cada banda, figuran hacer la maniobra; estas esculturas son buenas y de un tamaño natural. Los dorados y demas adornos espléndidos del navio y de las estatuas, unidas á su misma construccion han debido costar sumas inmensas. La galera se arma y se desarma, conservándose las piezas en el convento de San Giovanny. En el dia fijado para esta ceremonia se conducen á la plaza con grande ceremonia; y cincuenta operarios estan durante una semana ocupados en armar la galera. Al punto queda en pie en su dársena, empavesada y brillante de oro, revestidas las cuerdas con guirnaldas de flores, desplegadas las velas al viento y flotando sus gallardetes; una orquesta numerosa anuncia con sus alegres tocatas que ha llegado la hora de dar principio á la fiesta. Una vez dada la señal, suenan por todas partes canciones populares: la alegria se propaga, se extiende, circula por todos los barrios de la ciudad; la multitud se empuja, se codea, se mezcla, se pisa..... es un flujo y reflujo continuo de los barrios á la gran plaza. Paralízanse los negocios, nadie piensa mas que en distraerse, las casas quedan vacias y toda Messina está en las calles. Al punto que anochece se extiende una feria magnífica desde la plaza hasta el puerto y por los alrededores de la ciudad. Los chalanes, los galanes, las jóvenes, los frailes, los campesinos, los militares, afluyen á ella por mil avenidas, improvisándose bailes, juegos, y otros regocijos populares. En seguida y á una hora dada se ilumina la galera: puentes, mástiles, vergas, todo aparece ardiendo. Las *Madonas* brillan en sus capillas alumbradas por infinidad de luces; y guirnaldas y otros caprichos formados de vasos de color disipan las tinieblas en la plaza, en el puerto, y á lo largo de los caminos que conducen á la ciudad. Siguen el baile, la risa, las canciones, que se suspenden por un momento para presenciar los vistosísimos fuegos artificiales que se queman, y que continuan, hasta que el dia aparece y disipa la multitud que se retira con el sentimiento de ver disipados tantos placeres.

C. F.



UN MATRIMONIO EN LA ALTA SOCIEDAD.



El 10 de Agosto de 183... se leia en el Court Journal el artículo siguiente:

«La rica heredera Miss Emelina S... ha fijado al cabo su eleccion entre los infinitos pretendientes que se disputaban su mano: M. Dawlison, abogado de Lincoln's Ynn va á tener la dicha de conducirla al altar. El casamiento se celebrará el 12 del corriente en la parroquia de Mary-le-bone."

Estas líneas produjeron una grande emocion en la alta sociedad de Lóndres. Decian en todas partes, Miss S... que ha rehusado los mejores partidos del reyno unido, se contenta con ser simplemente Mistris Dawlison, muger de un triste abogado!! Es una rareza inesplicable, es menester que haya algun motivo oculto; de aqui se seguian innumerables conjeturas.

Sin embargo, Mr. Dawlison era uno de los individuos mas honrados del colegio de abogados de Lincoln's Ynn; tenia treinta y un años la reputacion que se habia adquirido por su probidad y capacidad bastaban para contentar á la muger que llevase su nombre; pero se creia que Miss Emelina S... aspirase á una boda mas brillante, se la creia destinada al primogénito de algun par del reyno; reunia esta señora á una fortuna colosal la figura mas encantadora que se puede imaginar; sus cabellos rubios, su tez de una blancura incomparable, sus ojos negros daban á su rostro la fisonomía de las jóvenes del mediodia, sin quitarle, sin embargo, la espresion noble y distinguida de las bellezas inglesas. Hija única de uno de los directores de la compañia de la India, y habiendo perdido á su madre siendo aun niña, concentraba todo su cariño en su padre, de quien era el ídolo; al frente de su casa y gozando de una libertad que las costumbres inglesas solamente toleran, su suerte era bastante feliz para que se negara que con dificultad cambiaria su posicion independiente por la dicha incierta de un matrimonio.

Miss Emelina S... habia llegado á los veinte y seis años, sin que se hubiese observado la menor preferencia de su parte hácia ninguno de los jóvenes que trataban de agradarla. No obstante, sus amigas íntimas insinuaban que un jóven Lord, el vizconde de B... mas afortunado que sus rivales, habia conseguido cautivar este corazon que parecia insensible; pero como las atenciones de Lord B... no habian sido muy visibles, y como hacia mas de un mes que no se le veia parecer por casa del rico director de la compañía de la India, no se dió ningun crédito á las hablillas de las jóvenes amigas de Miss Emelina S..... y se colocó el nombre del vizconde de B... á la cola de la larga lista de pretendientes despedidos. Así fue que la noticia del Court Journal, encontró un gran número de incrédulos, y no se le dió mayor crédito hasta despues de leer en el mismo periódico en el número de 13 de agosto el artículo siguiente:

«Ayer á las once se celebró en la parro-«quia de Mary-le-bone el enlace de M. Daw-«lison con Miss Emelina S..... Los recienca-«sados salieron inmediatamente despues de «la conclusion de la ceremonia para Wil-«hon-Park, residencia del padre de la no-«via, Mr. S.... uno de los directores de la «compañia de la India.»

Seria inútil tratar de describir la alegria de Dawlison durante este viage; poseia la muger mas rica, la mas bella, la mas

envidiada de los tres reynos, y aun mas que eso, una muger á quien amaba con pasion.

Estaba tan enteramente preocupado con su felicidad que en vano procuraba esplicar el ardor del amor que sentia al objeto que se lo inspiraba: en el camino apenas hablaron; á las breves frases que Dawlison dirigia de tiempo en tiempo á su muger, ésta contestaba brevemente y con embarazo, presentando un semblante mortificado y contraido. Para una imaginacion menos absorta, menos preocupada en aquel momento que la de Dawlison, hubiera sido evidente que debia atribuir la taciturnidad de Mis Dawlison á otro sentimiento que al del cariño; pero el abogado de Lincoln,s Ynn vió en el recogimiento de su muger un motivo mas para creerse amado.

A cosa de las cinco de la tarde la silla de posta entraba en Wilbon Park, y un instante despues los esposos bajaban de ella á la puerta de la elegante mansion de Mr. S.. Un criado antiguo los introdujo en un salon espacioso, y despues de anunciarles que la comida estaria pronta dentro de una hora, se apresuró á retirarse para dejarlos solos. Dawlison echó una mirada sobre su muger, y no pudo menos de esclamar:

—Qué tienes? ¡Dios mio! Estás pálida como un cadáver. ¿Estás mala?

—Me siento mala efectivamente, respondió la jóven, bien mala; y despues de un instante de intervalo, añadió: ah! ¡cuánto sufro!

Dawlison hizo llamar á la doncella; quiso enviar á buscar un médico, ir él mismo por el; pero Emelina insistió vivamente en que no se hiciese nada de esto, y se contentó con pedir permiso para retirarse á su aposento.

Dawlison no sabia qué pensar de indisposicion tan súbita é inesperada, ni á qué atribuir su negativa de ver al médico; mil conjeturas se agolparon á su imaginacion, no osando detenerse en ninguna de miedo de no ver desplomarse el edificio de felicidad que con tanto deleite habia fabricado en el camino de Lóndres á Wilbon.

A cada instante se presentaba á la puerta del cuarto de su muger.

—La señora quiere meterse en cama, respondió la criada, y suplica al amo la dispense de acompañarle á comer.

El marido no pudo hacerlo, porque perdió el apetito: la inquietud, el temor, todas las emociones que habia esperimentado durante el dia obraban demasiado violentamente sobre su organizacion nerviosa para permitirle permanecer en un mismo sitio mas de cinco minutos: á cada instante volvia maquinalmente y casi á su pesar á la puerta de Emelina: á eso de las ocho la doncella salió de la alcoba.

—La señora sigue mala aun, dijo, y está acostada; pero me ha mandado que os ruegue entreis un momento.

A estas palabras Dawlison esperimentó un trasporte de alegria inesplicable; su primer pensamiento fue arrojarse violentamente al cuarto de su muger; pero pronto se reprimió, y entró lentamente como si tuviese miedo de que su dicha fuese corta, y quisiese hacerla mas duradera.

El cuarto estaba casi oscuro; sin embargo, la colgadura de la cama que se hallaba descorrida dejaba ver sobre el rostro de Emelina señales de llanto; mucho habia llorado en efecto la reciencasada, pero sin embargo se incorporó al acercarse su marido.

—Perdonadme, le dijo con una voz balbuciente, perdonadme que me halle tan triste, perdonádmelo pues sufro demasiado.

Al pronunciar estas palabras, ella le tendió la mano. Dawlison tomó esta mano con pasion y la cubrió de besos.

—Mi querida Emelina, me pedís perdon, á mi... no penseis... yo...

Ella lo interrumpió retirando su mano, como si la ternura que su marido le demostraba le causase sentimiento.

—Mañana, señor, mañana iré yo misma á despertaros; espero que la noche me dará bastante fuerza para... Aguardadme en vuestro cuarto .. mañana.

Dawlison quiso hablar, pero ella le puso la mano en la boca. Os suplico, aguardad á mañana. El se retiró.

Al dia siguiente por la mañana el reciencasado se acababa de levantar, fatigado de una noche de insomnio, y buscaba alguna distraccion á su imaginacion agitada, recorriendo las doradas páginas de una hermosa edicion del don Juan de lord Byron, cuando la puerta se abre y entra Emelina vestida con un peinador blanco: su larga cabellera rubia recogida con donaire, los ojos lánguidos y melancólicos, y el padecer estampado en sus facciones; todo el conjunto traia á la memoria una de las hermosas vírgenes de Rafael. Dawlison quiso levantarse para ir á su encuentro.

—Os ruego, señor, que permanezcais sentado, le dijo ella con una voz suplicatoria

y las manos en cruz. Dawlison, mudo de admiracion, se sometió maquinalmente á su voluntad incomprehensible. Emelina permaneció un momento pensativa; despues haciendo un esfuerzo se arrojó á los pies de su marido.

—En esta actitud debo hablaros. Escuchadme sin interrumpirme, pues de otro modo no tendria fuerzas para llegar hasta el fin.

—Os he dado mi mano, y ya pertenecia á otro. Nada quiero ocultaros. He amado al vizconde de B.; nuestro enlace era cosa ajustada entre nosotros, pero se necesitaba, me decia él, el consentimiento de su padre ausente, el cual estaba seguro de obtener; por eso no queria que nuestra union fuese pública antes de haberlo obtenido. Entretanto los dias transcurrian y la carta de su padre no llegaba; nos amábamos, pasábamos muchas horas juntos... ¡Hará como un mes que me escribió que su padre le negaba el consentimiento y que él se embarcaba para Indias! ¡Se embarcó sin volverme á ver!... A poco adquirí la triste certeza que no podia ocultar mucho tiempo mi deshonra. Sabia que si mi padre conocia mi delito, moriria de dolor. En esta alternativa he preferido engañaros, he preferido hacerme culpable del crímen mayor que una mujer puede cometer contra un hombre, mas bien que causar la muerte del autor de mis dias. Yo sé que no puedo tener escusa á vuestros ojos; sé que merezco de vuestra parte el mas duro trato, los mas severos castigos; dispuesta estoy á recibirlos, resignada á cuanto querais, sois mi juez, pronunciad; la sentencia cualquiera que sea la sufriré sin murmurar; pero una gracia, una sola gracia os pido, que mi padre no sepa jamas que yo he deshonrado sus canas.

Dawlison, que se habia contenido durante este discurso no pudo reprimir su emocion por mas tiempo, dió libre curso á su dolor, y sofocadas por sus sollozos, se le oia repetir muchas veces estas palabras: maldicion! ¡maldicion! De repente se retiró del cuarto. Emelina, incapaz de ningun esfuerzo para detenerlo, quedó arrodillada y la cabeza baja; por último, al cabo de una hora cayó exhausta en el suelo privada de conocimiento. Su criada habiéndola encontrado en este estado, la condujo á la alcoba; no quiso absolutamente acostarse, dijo que queria estar sola, y sentada en una silla con las manos juntas, se abandonó á una melancolía que parecia idiotismo.

Dawlison, que habia vagado el dia entero por los campos, no volvió hasta la noche; en sus pálidas facciones estaba impreso un profundo dolor; pero se veia que aparentaba estar sereno, y su tranquila fisonomia atestiguaba que su emocion, dominada por una fuerte voluntad, hacia estragos en lo mas recóndito de su alma.

Dirigiose al cuarto de su muger, abrió la puerta, entró lentamente y pronunció con una voz conmovida, pero firme, estas pocas palabras.

—Señora, mañana salimos para el continente, jamás volvereis á ver la Inglaterra, jamas vuestro padre sabrá vuestra falta.

Emelina se arrojó á sus pies y abrazó sus rodillas.

—¡Gracias! ¡gracias! ¡Oh! ¡el mas generoso de los hombres! mi vida entera para pagaros...

Dawlison no la dejó acabar, se retiró sin levantarla, y al abrir la puerta añadió:

—Estad pronta para mañana.

II.

En el mes de Setiembre del mismo año un carruage de que tiraban cuatro caballos de posta, precedido por un correo con librea galoneada por todas las costuras, entraba en el patio de una de las fondas de Bagnéres-de-Luchon. El dueño de la posada despues de haber conducido á los nuevos huéspedes á la habitacion que les destinó, fue á buscar á su muger y le dijo:

—Si supieras, querida, mia, qué hermosa pareja se nos ha entrado por las puertas... En mi vida he visto personas que se hallen tan en armonía por su aspecto.

—Son ingleses sin duda.

—Sí; ¡pero qué ingleses! Tienen trazas de ser inmensamente ricos.

—Bueno! tambien á mí me han agradado mucho, aunque apenas los he visto al subir la escalera; pero lo que no me gusta nada es la melancolía que domina en ellos. Estan tan tristes que parecen dos buhos.

¡Tristes! qué tonteria, estan enfermos; y á quien le falta la salud le falta la alegría. Vienen aqui á curarse, y prueba de ello que el caballero me ha enviado á buscar un médico al instante. Vamos, muger, es menester cuidarlos bien; no todos los dias se presentan huéspedes de tan alto copete.

Al dia siguiente la hermosa viagera, que era la misma Mrs. Dawlison, se presentó en el establecimiento de baños, acompañada

de su criada, mientras su marido recorria á caballo las montañas de las cercanías de Luchon. No se hablaba en todo el pais de otra cosa mas que de la actividad y de la intrepidez del inglés; fatigaba regularmente tres caballos al dia, y atravesaba á galope los sitios mas fragosos á pesar de las exhortaciones de los guias que no se atrevian ellos mismos á seguirle al paso que llevaba.

Una semana despues de su llegada á Luchon, Dawlison dijo á su muger al acabar de comer.

—Mañana salimos para Canteretz.

—Estaré prevenida, fue la única respuesta de Emelina, que se habia acostumbrado á obedecer pasivamente hasta los mas insignificantes caprichos de un hombre á quien consideraba como un dueño absoluto. Obrando de este modo creia llenar un deber sagrado, y por otra parte la desgraciada esperaba á fuerza de cuidados, de dulzura y de abnegacion, conseguir poner término á la frialdad que Dawlison le demostraba constantemente desde la terrible confesion que se habia atrevido á hacerle en Wilbon-Park.

Apenas llegados á la fonda de Francia en Canteretz, Dawlison hizo llamar á su dueño. Monsieur Derey se le presentó vestido con una chaqueta de lana rayada, y teniendo en la mano una gorra al estilo de los propietarios; y ciertamente nadie tenia mas derecho á usar esta clase de gorras, porque en verdad, aquel marqués de Carabas de la ciudad, es poseedor de jardines, casas, terrenos, caballos, carruages y especialmente de un hijo artista-culinario de los mas notables; pues para adquirirlo, habia recorrido la Francia y la Europa con el objeto de hacerse digno de la confianza de los viageros (estilo corriente). El marqués de Carabas de los Pirineos, se apresuró, pues, á prestarse á los deseos de un estrangero tan distinguido como Dawlison, y entró en su cuarto sonriéndose, (lo que daba á su boca una estension algo mas que razonable): « Que mandais, señor, ó mejor dicho, milord,» dijo con un acentillo meridional, que hubiera sobrado para que cualquiera que no fuese inglés le reconociese por hijo de las orillas del Garona.

—No quisiera permanecer en la posada, respondió Dawlison, ¿no podriais proporcionarme una casita aislada?

—No señor; ó mas bien, no milord; en Canteretz todas las casas estan en la ciudad, y unidas unas á otras: yo soy el único que tengo aun terreno libre, y el año que viene pienso edificar un pabellon encantador con persianas verdes al fin de mi jardin, dándole vistas á la montaña, al torrente, en fin..... que no dejará nada que desear.

¡Qué me importa lo que hareis el año que viene! replicó algo impaciente el jóven abogado. Lo que quiero es saber si hay alguna casa que se alquile en la ciudad, en la que pueda uno vivir solo.

—Una hay aqui al lado, pero no llenaria mis deberes hácia vos, señor, ó mas bien milord, si no os advirtiera que está acabada de hacer. Prefiero advertíroslo de antemano para que nadie pueda echarme en cara que por contemplacion con los intereses de mi vecino he contribuido á que un noble estrangero vaya á habitar una casa en la que puede recoger un buen reumatismo.

Dawlison no pudo menos de sonreirse, conociendo la habilidad con que el huésped, ocultaba sus verdaderas ideas.

—Dicho de otro modo, señor huesped, repuso: lo que os proponeis es que nos quedemos en vuestra casa; enhorabuena, sea, pero en tal caso enviad al instante á buscar un médico.

El doctor afirmó que si las aguas de Canteretz hubiesen sido creadas espresamente para Mis. Dawlison, no podrian ser mas propias para que recobrase su salud. Le ordenó los baños de la Raillere, y pronosticó que antes de tres semanas estaria en estado de no apreciar su eficacia.

Dawlison pasaba el tiempo en Canteretz, como en Luchon, recorriendo á caballo las montañas mas ásperas. Un dia despues de haber subido por la orilla derecha del Gave siguiendo un sendero escarpado y pedregoso, el monte Vignemale con su magestuosa sima cubierta de nieve apareció repentinamente á su vista; un torrente espumoso que nacia en la misma cúspide precipitándose de cascada en cascada, se trasformaba luego en un lago profundo que ocupaba un vallecito formado por las laderas de los montes Vignemale, Piemayon y Cadome.

Aquel estanque cristalino y rodeado de una vigorosa vejetacion, recibe el nombre de Lago de Gaube.

El jóven abogado se detuvo un instante para contemplar el sublime espectáculo que se presentaba á su vista; despues se dirigió hácia una choza de pescadores, única habitacion humana de aquel parage silvestre. Un anciano encorbado por el peso de los años

salió á recibirle de la cabaña, ofreciéndole con la mayor cordialidad aguardiente y truchas de Gaube que gozan en el pais de una gran reputacion.

—Mil gracias, nada necesito, respondió Dawlison, pero me hareis el favor de decirme la profundidad de ese lago.

—Mil doscientos cincuenta pies, mi buen señor.

—¿Suelen venir á bañarse aqui las gentes?

—Ochenta y cinco años hace que vivo aquí, y jamás he visto un hombre bastante atrevido para bañarse en el lago de Gaube. El agua está helada, y entorpeceria en dos minutos los miembros del temerario que se arrojase al lago, y una muerte cierta seria el castigo de su audacia.

—¿Podria ser socorrido?

—Imposible; no tenemos mas que esta mala barca que nos sirve para echar las redes, el menor movimiento á un lado ú otro la haria volcar.

En efecto, Dawlison, observó en la orilla una especie de balsa formada con algunas tablas, y á la que dos palas servian de remos.

—Gracias, buen hombre, le dijo Dawlison, poniendo en la mano del viejo pescador una moneda de 40 francos; volveré.

Esta última palabra la pronunció con una sonrisa diabólica, en la que un fisonomista hubiera hallado motivo para hacer profundas observaciones.

Aquel dia Dawlison regresó á Canteretz mucho antes de lo que tenia de costumbre; le dijeron que su muger estaba en su cuarto leyendo, y entró á verla. Desde que salieron de Inglaterra esta era la primera vez que Emelina lo veia entrar en su cuarto á hora que no fuese la de las comidas, por lo que al verlo no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

—¿Qué os ha sucedido? le preguntó con interés yendo á levantarse para recibirle.—Nada, respondió con tono dudoso el abogado: he dado un paseo magnífico y quiero haceros disfrutar de la hermosa perspectiva que he descubierto hoy mismo.

Estas palabras, aunque pronunciadas con sequedad, hicieron en Emelina una impresion dificil de esplicar. Estas eran las primeras palabras que con acento afectuoso le habia dirigido su marido despues de tanto tiempo, y en ellas osó entrever un porvenir mas feliz. Dos torrentes de tiernas lágrimas se escaparon de sus ojos; tomó la mano de su esposo y la llevó á sus lábios sin poder proferir una sola espresion. Dawlison volvió la cabeza á otro lado, retiró su mano, salió del cuarto con precipitacion y fue á encerrarse en su estancia hasta la hora de comer.

Emelina estaba ya sentada á la mesa cuando Dawlison entró en el comedor, y trató con ansiedad de encontrar en su rostro un indicio que confirmase las ilusiones á que acababa de entregarse; pero las facciones de su marido, frias é impasibles como de costumbre, destruyeron sus esperanzas.

La comida fue silenciosa; cuando Dawlison se levantaba de la mesa para ir como acostumbraba á fumar al jardin, Emelina se atrevió á preguntarle si el paseo tendria efecto al dia siguiente.

—Sí, respondió Dawlison con voz poco firme, como si aquella contestacion fuera resultado de una lucha interior, y marchó sin añadir una palabra.

En la tarde del 24 de setiembre, Juan Gaye, el viejo pescador del lago de Gaube, se preparaba á echar sus redes; el tiempo cubierto y cargado le quitaba toda esperanza de que viniese por allí ninguno de los forasteros que habia en Canteretz, cuando divisó en la altura un hombre á caballo seguido de una silla de manos. A pesar de su vista cansada por los años, reconoció bien pronto al viagero que la víspera le habia dado tan magnífica prueba de su generosidad, é inmediatamente le salió al encuentro. Habeis querido enseñar á vuestra esposa nuestro hermoso lago, dijo, pero venis algo tarde y habeis elegido mal dia. La señora debe tener frio, y si quiere entrar en mi choza allí puede calentarse.

—No tiene frio: preparadnos la comida, respondió Dawlison secamente. Hizo detener la silla; Emelina bajó de ella, pálida y desfallecida, fatigada por el penoso camino, y arrecida de frio.

—Esto es hermoso, dijo á su marido, y os doy mil gracias por haberme traido aquí.

Dawlison volvió la espalda sin responder, se dirigió hácia la choza, y despues se reunió con su muger.

—¿Quereis dar un paseo conmigo en este barco?

—Con gran placer, respondió Emelina conmovida al escuchar aquella proposicion.

Dawlison entró el primero, dió la mano á su muger para ayudarla á entrar, y con la ayuda de los remos, pronto la condujo al medio del lago: hizo birar y rebirar la barca en distintas direcciones; y despues deteniéndose de repente, abandonó los remos y se entregó á una profunda meditacion. Emelina, en la que todavía obraban las impresiones del dia anterior, se atrevió á esperar que la hora del perdon habia llegado.

—Dawlison, le dijo, tendiéndole la mano, ¡oh! ¡cuán dichosa soy hoy, que me parece os veo menos severo conmigo! ¡sería posible que me hubieseis devuelto una parte de vuestro cariño!!! No tengo mas que un deseo, el de acabar mis dias aqui en esa cabaña, separada del mundo entero; despues que me háyais perdonado, toda mi vida la consagraria á serviros como á un amo querido, á amaros como á un bienhechor.

Dawlison levantó lentamente la cabeza; sus miradas enternecidas teniaa cierta espresion de ternura y de bondad, parecia como si quisiera aceptar la mano que le tendian; pero de repente su fisonomía se obscureció y volvió á tomar su aspecto sombrío y triste, una sonrisa amarga erró en sus lábios.

—¿Y qué hariamos, señora, con vuestro hijo?

En vano se trataria de pintar el agudo dolor que esperimentó la pobre Emelina al oir estas palabras. Sus ilusiones se desvanecieron para siempre, y el verdugo volvió á aparecer en lugar del hombre misericordioso que ella se habia figurado; ocultó su rostro entre las manos, y lloró amargamente.

Dawlison habia vuelto á tomar los remos y condujo la barca á la orilla. Saltó en tierra, y Emelina quiso seguirle.

—No desembarqueis, señora, aun no hemos concluido el paseo: vuelvo al instante.

—Se dirigió á la choza; bebió una botella de aguardiente de un solo trago, y se presentó á los ojos de Emelina, con la vista estraviada, los cabellos en desórden, la cara color de púrpura, y la boca abierta; de un salto se precipita en el bote, coje los remos y dirije la frágil embarcacion hácia en medio del lago.

—¿Qué teneis? le preguntó Emelina asustada.

Ninguna respuesta. ¿Oh cielos! esclamó la desgraciada, la muerte!!! la muerte! aquí, es horrible! Oh! no, todavia no, os lo suplico! es demasiado pronto! no estoy preparada! Dawlison, tened compasion de mí! Ninguna respuesta.

—Ay de mí! que ha perdido el conocimiento y no sabe lo que hace! Oh Dios mio! me dejareis perecer de este modo! Socorro! Socorro!

Estos gritos se oyeron en la choza: el viejo pescador y los mozos de la silla de manos acudieron á la orilla y un horrible espectáculo se ofreció á sus ojos. Dawlison tenia á su muger cogida por medio del cuerpo; ella se resistia arrojando gritos lastimeros; en fin, se oyó un último grito mas agudo que los otros, este grito lúgubre se prolongó á lo lejos, repetido por el eco de los montes; el agua del lago, turbada un instante por la caida de dos cuerpos volvió á quedar en calma, y todo permaneció en el silencio de la inmovilidad.

Algunos dias despues dos cuerpos humanos sobrenadaban en la superficie del lago de Aube, eran los restos de Mr. y Mis. Dawlison.

Mr. S..... supo que un accidente espantoso lo habia privado á la vez de su hija y de su yerno. La promesa de Dawlison estaba cumplida. La falta de Emelina er un misterio para siempre impenetrable.

G. S.

Estudios de Historia Natural.

LAS AVES.



Todo viviente ha sido criado por el Señor con una forma adaptada para vivir en su elemento respectivo, mas en la formacion de las aves resplandece con singularidad la divina sabiduria. Un animal, proporcionadamente pesado, se mantiene suspendido en el aire aun sin batir las alas; sube ó baja, se dirije ó vuelve á su voluntad con tanta facilidad como lijereza. La flexibilidad de sus largos cuellos, el gracioso corte de sus cuerpos, la estension horizontal de sus colas, el admirable juego de sus alas, y la acertada posicion de sus plumas manifiestan la suprema sabiduría de su Autor.

Las plumas, parte prominente en estas graciosas criaturas por su adorno y utilidad, están colocadas simétricamente unas sobre otras; un astil convexo por dos lados y arqueado por los otros dos, al principio cilíndrico, hueco y trasparente, luego cuadrado, maciso y esponjoso, va estendiéndose insensiblemente hasta perderse en punta. Este astil se halla guarnecido por uno y otro lado con barbillas sutiles y lijeras, estrechamente unidas con un gluten oleoso peculiar, capaz de resistir la humedad de la atmósfera y defender el cuerpo de las aves de la lluvia á que estan espuestas, manteniéndose secas y cerradas á la introduccion del aire. Tal es la máquina que mantiene á las aves suspendidas en el aire; aparato el mas lijero que es posible, y sin embargo de una fuerza inconcebible. El músculo pectoral es proporcionado al peso del ave, y á la longitud de las alas, siendo tan fuerte en las aves mayores, que una alada de cisne quebraría la pierna de un hombre si llegara al contacto suyo en el vuelo, y la alada de un águila en su curso mataria á una persona en un instante. ¿Qué artista humano podria dar una fuerza tan considerable á un artificio tan lijero, ni aun concebir su posibilidad?

Si la estructura de esas criaturas aladas es digna de admiracion, no lo es menos la finura de sus sentidos, en los que exceden las aves á todos los demas animales. La Providencia ha dado á las aves la vista mas perspicaz, tal cual era necesaria para hallar su sustento. Remontada el águila á una elevacion donde el ojo humano no la puede divisar, observa el movimiento del cordero retirado, al conejo paciendo la yerba, á la liebre sentada en el cesped, ó á la perdiz que pasa por entre las matas. Revolviéndose el milano entre las nubes, ve al polluelo que se aleja de la gallina, y calcula la distancia á que se halla la madre; y el palomo, desde lo alto de la torre, percibe un grano perdido en el suelo. La estremada delicadeza del oido les hace sentir desde la mas alta rama de un árbol el movimiento de cualquier insecto, ó el bamboleo de una

paja. El sentido del olfato no es menos delicado que el de la vista y el del oido, oliendo muchas veces su presa á una distancia inmensa, y percibiendo no pocas por el olfato el hálito del enemigo mucho antes de aproximarse. Tales son las facultades que el próvido Autor de la naturaleza ha dado á las aves en general para su conservacion y seguridad.

Mas de tres mil especies diferentes han llegado á distinguir los naturalistas en la creacion alada, pues no hallando estas criaturas sustento en el aire, se hallan precisadas á buscarlo en la tierra ó en el agua segun su configuracion: las aves de rapiña buscan su alimento en el activo ejercicio de la caza, armadas de garras y encorvado pico; las granívoras corren por los campos en busca de las semillas; las gralatorias, valiéndose de sus largos tarsos, y aun mas largos cuellos, entran en las lagunas y sacan su comida del fondo de los pantanos, las paludes caminan dentro del agua ó por las riberas de los rios pescando pecesillos; y las acuáticas, teniendo su cuerpo defendido con el fino y tupido plumon de que está cubierto, nadan detras de su presa impelidas por las membranas que unen sus dedos. Cuanto mas examinamos cada especie, tanto mas admiramos sus cualidades peculiares: unas se distinguen por su agigantada estatura, y no poder volar por la flexibilidad de sus plumas, otras son alicortas, y muy apreciables por sus cualidades domésticas, algunas por la estencion y fuerza de sus alas cortando el aire como una flecha; muchas por el colorido y ricos matices de su plumage; mientras que otras, deleitándose en su canto, nos embelesan con su armonía. Demos un vistazo por las varias tribus aladas, seguros de hallar en cada especie asunto bastante de admiracion, motivos suficientes de gratitud.

El agigantado avestruz africano, con la cabeza empinada hasta tres varas de alto, con un ancho y fuerte lomo, sus lados y cola adornados con plumas abultadas, suaves y hermosas, es el primero en este órden de vivientes que se ofrece á la contemplacion. El contorno, plumage y propiedades lo clasifican entre las aves, pero la fuerza, el tamaño y apariencia de camello casi lo constituyen bruto de la tierra.

Parece que el Criador ha querido llenar el vacío ó espacio que hay entre las aves y los brutos con la formacion del avestruz, asi como el pájaro niño une el órden de las aves con los peces: el avestruz habitando en los desiertos de Africa, y viviendo allí en sociedad, se mantiene con vegetales, y no ofende á criatura alguna. Domesticados los avestruces en la Libia y Abisinia son de mucha utilidad á sus dueños. Y dejando al casoar, al dodo y otras especies brevipennes, los cuales aunque alados, no se levantan de la tierra, observemos á los verdaderos habitantes del aire.

Bajo el nombre de halcon, como género, han clasificado los naturalistas mas de ciento y cincuenta especies, pero con tan poca esactitud, por falta de fundamento, que se duda mucho la existencia de muchas de estas especies. Todas, sin embargo, se distinguen de la tribu de buytres en tener el cuello y cabeza cubiertos de plumas, y por la prominencia de las cejas que da á los ojos la apariencia de hundidos. Las hembras en todas las especies halcónicas, son siempre una tercera parte mayores que el macho. Todas tienen un pico muy fuerte, considerablemente largo, derecho en su basa y encorvado solo en la punta. Las patas son muy fuertes, y están cubiertas de plumas hasta la punta de los dedos, que están armados con garras encorvadas y poderosas.

El halcon por su mansedumbre y generosidad para con su dueño, ha sido distinguido entre las aves de rapiña, hallándose reunidas en este pájaro todas las propiedades apreciables: doméstico en estremo, fiel á su custodio, ligero en su vuelo, sagaz en sus movimientos, y certero en su acometida, era en otros tiempos parte de la ostentacion real, y del lujo de los Grandes en la caza de la cetrería. Puesto sobre el brazo de su amo, aguardaba atento la órden para tomar el vuelo, se remontaba en el aire sin perder de vista el objeto que le habian señalado, y cayendo con la velocidad de una flecha sobre el fugitivo pájaro, hacía presa de él, y lo traia con aparente contento á las manos de su dueño con la esperanza de recibir sus halagos. Estas cualidades hicieron á esta generosa ave digna de ser atendida en los palacios, no por manos plebeyas, sino por nobles que se honraban con la dignidad de halconeros.

La fuerte, la noble y poderosa águila, parece reynar sobre todas las aves. Este leon del aire no tiene enemigo que se le oponga en su elemento. Siendo la mas alta en el vuelo, la mas perspicaz en la vista, la mas

formidable en sus armas, la mas veloz en su descenso, y la mas intrépida en el ataque, vuela y posa solitaria en los parajes mas encumbrados, por no dividir su imperio. Magnánima como el leon, desprecia á las aves pequeñas que la molestan; satisfecha de su pujanza desdeña la presa de pajarillos, y solo se dirije contra animales dignos de conquista; soberbia en sus recursos, no toca la carne mortecina ni despojos de fiera, sino al enemigo rendido por sus propias fuerzas; y satisfecha la necesidad de la naturaleza, abandona generosamente el resto á otros animales inferiores que la siguen en sus triunfos para participar de los despojos de sus batallas. Tales son las cualidades de escelencia y poder que el Criador puso en esta noble ave; contemplémosla ahora en sus cualidades individuales con respecto á la historia natural.

Nos reduciremos á la descripcion de la águila grande, bajo cuyo término incluyen los naturalistas la águila comun, la águila real, la águila dorada, y la águila negra; aunque muchos autores consideran que estas son diferencias de una sola especie ocasionadas por circunstancias. El macho tiene como una vara de largo, y la hembra sobre vara y cuarta, las alas estendidas tienen tres varas de punta á punta. Está claro que estas dimensiones varian mucho en los individuos. La águila hembra no solo es mas corpulenta que el macho, mas tambien posee mas valor y astucia en el estado de libertad; ventaja necesaria para la cria de su progenie.

La águila en la formacion de su nido busca solo la firmeza; la hendidura de una roca mas comunmente, ó las ramas mas fuertes de un árbol descollado algunas veces, es el cimiento del edificio hecho con trozos de palos de dos varas de largo, cruzados y entretejidos con mimbres ó enredaderas, y llenos los intersticios con yerba seca; no tiene hondura ninguna como los nidos de todos los pájaros, mas está plano como una plataforma. Tanta es la fortaleza de este nido, que si no se descompone por algun accidente, sirve de habitacion para un par todo el tiempo de su vida. La águila no pone mas de dos ó tres huevos, y tarda treinta dias en sacar á luz á los polluelos. A proporcion que estos crecen se aumenta la actividad de la madre para procurarles alimento; de modo que por algunas semanas antes de la emancipacion, el nido del águila parece una carnicería. Ansiosa la madre en este tiempo, corre por los bosques y por los llanos, y trae al nido todo género de presa, todavía palpitante, para enseñar á los aguiluchos los animales que han de buscar, y acostumbrarlos á la sangre y á la matanza.



La Aguila.

La águila grande, en tiempo sereno se remonta por lo alto hasta perderse de vista, pero en tiempo nublado vuela mas bajo. Rara vez deja las montañas para bajar á los llanos, y cuando lo hace es generalmente en el invierno. Tanto es el poder muscular de esta ave, que puede luchar con facilidad contra los mas fuertes vientos, viéndose frecuentemente volar con la mayor rapidez contra los mas violentos temporales, dando una

especie de gritos que se asemejan al ladrido de un perrillo de faldas.

El águila con su mirada atrevida, su aire orgulloso, su elevado vuelo, y fuerza potente de sus miembros, reune tantas cualidades apreciables, que se ha grangeado el nombre de noble, y los antiguos la llamaron «El ave celestial," haciéndola en su mitología la mensajera de Júpiter, y la portadora de sus rayos. Su figura en oro ó en plata, fijada sobre la punta de una lanza, era la insignia militar de los persas, de los romanos, y de los franceses durante su efímero imperio moderno, y actualmente ennoblece las armas de Austria, Prusia y otras naciones del Norte.

La águila grande ó real, aunque no es ave comun en parte alguna del globo, se halla en todas las partes del mundo; en las regiones montuosas de Europa como los Pirineos, los Alpes, y los Apeninos; en lo interior del Asia, en los Atlas de Africa, en el norte de América, y probablemente en varias partes de la Cordillera de los Andes. En Inglaterra é Irlanda se han hallado algunas, pero esto ha sucedido rara vez. La mayor que se ha cojido en Inglaterra fue en el año 1735, midiendo cuatro varas de estremidad á estremidad de las alas. En 1804 se vió otra en el norte de Inglaterra, y despues de recibir tres tiros en el cuerpo cayó herida al suelo, donde se defendió con tanto corage que no fue posible asirla, hasta que arrimándole un palo largo agarró con el pico la punta con tanta tenacidad que la llevaron á la casa colgada del palo. Abiertas las alas tenia tres varas y tercia de largo. Otra no muy grande fue cogida en Irlanda en 1769, acompañada de una circunstancia tan extraordinaria que merece ser mencionada.

Cazando unos caballeros junto al lago Tay, en el condado de Wicklow, bajó un águila de repente, agarró á un perro zorrero, y voló con él, suspendido de las garras. Uno de la partida gritó al perro animándole, y el animal, cobrando aliento con las voces de su amo, logró agarrar en la boca un ala, asegurándola con tanta fuerza, que no pudiendo el águila volar bajó á tierra envuelta con el perro, el que no la soltó hasta que los cazadores se apoderaron del ave. En esta ocasion todo el honor fue del valiente perro.

Si fuera fácil amansar las águilas como á los halcones, es probable que pudieran emplearse para dirigir los globos aereostáticos, siendo fácil en tal caso aparejarlas y adiestrarlas.

B. I.



Mr. S. K. G. Nellis, á la edad de treinta años,
su estatura unos 5 1/2 pies de Rey, ó sean 49 pulgadas castellanas.

LIGERA NOTICIA

SOBRE

MR. S. K. G. NELLIS,

nacido sin brazos en 12 de Marzo de 1817.



Entre los fenómenos que de vez en cuando se complace en producir la naturaleza, y que muestran tan palpablemente el poder y providencia del Sumo Hacedor, figura el ser desgraciado que motiva estas líneas. Ingrata con él la naturaleza, lo envió al mundo sin brazos, como criatura condenada á arrastrar una existencia miserable; como una víctima mas, relegada al olvido, á la abyeccion y al abatimiento, como una carga añadida á las innumerables que pesan sobre la sociedad. El infortunado *Nellis*, al abrir sus ojos á la luz, debió la miseria anotarlo en el libro de sus afiliados, tanto por la carencia de unos miembros tan indispensables, como por la posicion nada aventajada de sus padres. El padre de *Nellis*, que ejercia la profesion de sombrerero en la villa de Johnstown, estado de Nueva York, se encontraba bastante escaso de recursos y cargado de hijos, cuando en 12 de Marzo de 1817 nació el infortunado hijo de que aquí hablamos; por tanto solo podia fundar tristes esperanzas en el ser informe y mutilado que le enviaba el cielo; ni podia recibirlo de otro modo que como un amargo don destinado á acibarar mas y mas su vida, por la triste consideracion de los males y disgustos á que, segun la limitada comprension humana, nacia condenado. Sin embargo, y acaso mas bien por esa misma idea del desvalimiento en que aquella inocente criatura iba á hallarse, vino ésta á ser objeto de sus mas tiernos cuidados y atenciones.

Mas he aquí la ocasion de alabar y bendecir la mano de la Providencia divina; he aquí, donde debe empezarse á admirar el poder de la criatura dotada de inteligencia y de fuerza para aprovechar los recursos que se le dejen por pocos que sean; he aquí la oportunidad de celebrar una y mil veces los frutos del trabajo y de la constancia; he aquí, en fin, el momento de presentar á la juventud en general, y mas particularmente á los que como Mr. Nellis son juguete triste de la naturaleza, un gran ejemplo que no debe pasar desapercibido, una leccion elocuente que debe ponerse de bulto para que no sea perdida.

No bien habia cumplido Mr. Nellis cinco años cuando lo pusieron en la escuela, donde en breve aprendió á leer, contar, y, en suma á cuanto solo requeria la accion de la inteligencia: pero de qué podia servirle esto? de qué el alimentar su entendimiento? Solamente para hacerle conocer cada vez mas todo el horror de su desgracia; pero no, no le servia solo para esto, sino tambien para incitarle á vencer los obstáculos al parecer insuperables que nacian de él mismo, en cuyo noble proyecto debian afirmarlo los ejemplos de constancia y de trabajo que le presentase la lectura. Y tal fue, sin duda, el fruto de aquella primera instruccion: la lucha de la naturaleza contra la naturaleza; del corazon y de la mente

contra los órganos rebeldes á suplir la falta de otros, para cuyo trabajo no estaban destinados. En efecto los pies que á fuerza de constancia y de trabajo habian de llegar á suplir la falta de sus brazos, solo estan destinados por la naturaleza á servir de apoyo al cuerpo y á dar á lo mas una ayuda útil, en ciertos casos, con las articulaciones de sus dedos al trabajo de los otros miembros. Observando á los reciennacidos, cuando sus movimientos son solo producto del instinto, se verá que al punto que nacen, ponen en continuo movimiento los dedos de las manos, cierran y abren estas á cada paso, palpan con ellas, y desde luego se dedican al uso para que han de servir: á los pocos dias de nacidos asen los objetos, los estrechan, y los manejan: ¿sucede asi con los dedos de los pies?; la longitud de ellos ¿no es un inconveniente grandísimo al efecto? ¿lo poco ó nada que se prestan á abrirse, no revelan que su destino no es por cierto el de que supla al de los dedos de la mano? Y siendo esto asi, ¿puede apenas comprenderse los esfuerzos gigantescos, que tuvo Nellis que hacer para suplir con sus pies la falta de sus manos y brazos? ¡Cuantas horas de penoso trabajo, cuantas penalidades y sacrificios no habrá pasado para llegar al estado en que lo hemos visto y admirado! Desde luego se debe notar cuan esenciales son los brazos para sostener el equilibrio del cuerpo, pudiendo decirse que son para este, lo que el balancin para el volatinero: su falta expone á cada instante al riesgo de caer, y al de no poderse levantar despues de caido, estando expuesta á multitud de peligros la persona que carece de estos dos poderosos remos, equilibrio del cuerpo, y tambien su *para caidas*, sirviéndole (como la nariz, la frente y demas prominencias del rostro sirven para salvar á los ojos) para librarlo de gólpes mortales: á esta falta de los brazos y como consecuencia de ella, á las caidas y actitudes que Nellis tomara en su infancia, se atribuye, que en la parte superior derecha de la espalda exista una desviacion de la columna vertebral. Antes de pasar adelante, daremos á conocer el resultado del exámen que han practicado varios facultativos en la persona de Mr. Nellis. Se ha reconocido en él, la falta de ambos húmeros, que son los huesos del brazo, aunque existen señaladas las cavidades en que debian encajar las cabezas de aquellos huesos; el omóplato izquierdo es perfecto; no asi el derecho, que está imperfecto, y cuya causa, como hemos dicho, se atribuye á las caidas. Nada influye esto en su salud y robustez, como lo prueba el que á pesar de ser pequeño de cuerpo, pesa actualmente 115 libras. Para concluir de una vez la descripcion física de Mr. Nellis, añadiremos, que sus extremidades inferiores, es decir sus pies han adquirido una flexibilidad y fuerza extraordinarias, como lo muestra en los ejercicios que ejecuta, adquiriendo tambien estas estremidades un tacto y una sensibilidad exquisitos.

Cuéntase como cosa maravillosa y admirable la paciencia y constancia de Demóstenes para corregir el defecto de su lengua; pero esto era, preciso es confesarlo, cosa muy pequeña, en comparacion de la inmensa falta que ha logrado vencer Mr. Nellis.

Demóstenes, como hemos indicado, solo tuvo que corregirse un defecto, mas no suplir con unos miembros la absoluta falta de otros, esencialísimos en los usos de la vida. Razones son estas que deben tenerse en cuenta para no pasar de ligero por la vida de Mr. Nellis, de ese hombre singular, que al exhibir sus habilidades y ejercicios nos hace formar una idea altamente ventajosa de la enerjia de su alma y de su virtud; porque virtud ha necesitado para luchar sin desanimarse años y años á fin de salir adelante en una empresa, penosa cual ninguna, y en la cual ha hallado al fin la fama y la fortuna, justo premio de sus fatigas.

Mr. Nellis, que naciera para arrastrar una existencia miserable, se ha labrado una posicion independiente, y el que habia de servir de carga y gravámen á la sociedad, la sirve no solo procurándola horas de diversion, sino dándole un ejemplo que imitar, y contribuyendo al alivio de la humanidad doliente, ejecutando en muchos puntos funciones, cuyo producto destina á fines piadosos, á beneficio de las mismas poblaciones que recorre, segun lo ha verificado en esta ciudad.

Despues de aprender Nellis en sus primeros años, como ya queda dicho, todo lo que requeria solo el empleo de la inteligencia; animado del ardiente deseo de remediar su imperfeccion se propuso escribir con la boca, lo que consiguió en breve: convencido despues de los inconvenientes que tenia este método, recurrió á los pies, y obteniendo felices resultados, siguió en adelante escribiendo con ellos. Bien pronto al

deseo que tenia de remediar su imperfeccion, se agregó el no menos noble de atender por sí solo á todos sus gastos, y el de aliviar á sus padres, y este deseo aumentó y desenvolvió sus facultades hasta el punto que todos hemos visto y admirado. ¡Y sin embargo, Mr. Nellis era un niño, muy niño, pues á la edad de trece años principió ya á trabajar en público! Hoy tiene treinta, y en esos diez y siete que han transcurrido ha visitado todos los estados de América, y algunas ciudades de España, recogiendo en todas partes abundante cosecha de aplausos y de dinero. Mr. Nellis pasa á Francia despues de visitar los puntos del litoral. Para completar esta parte de la biografía de Mr. Nellis, añadiremos que de vuelta á los Estados-Unidos, antes de pasar á España, contrajo matrimonio con una jóven virtuosa que hace la felicidad de su esposo; y de la cual tuvo una hija hermosa y bien formada, que ha tenido la desgracia de perder.

Para juzgar debidamente los ejercicios admirables de Mr. Nellis, se necesita presenciarlos: no basta decir Mr. Nellis pica el papel en mil caprichos y juguetes, escribe, maneja un relox, le da cuerda, le quita y pone el cristal, dispara una pistola, tira la flecha, afeita, toca varios instrumentos, &c.; pues si bien á esta sola enumeracion ocurren á la mente porcion de dificultades, es menester ver la facilidad, la soltura con que hace todas estas cosas, y la admirable movilidad de los dedos de sus pies, mas ágiles que las manos mas listas.

Los ejercicios mas notables que exhibe son el manejo del arco, con el cual dispara una flecha con tan admirable punteria que quita con ella á la distancia de algunos pasos una peseta de la mano del que la tiene; y el afeitar, manejando sueltamente la navaja en la multitud de posiciones y cortes diversos que necesita. Antes de llegar á empuñarla Mr. Nellis, prepara los paños, los pone con ambos pies en torno del cuello del que va á afeitar, forma la espuma con una brocha, enjabona, aparta los cabellos del rostro, saca la navaja del estuche, le arma el cabo, y ora con el pie izquierdo, ora con el derecho, echa abajo la mas cerrada barba con una ligereza que daria envidia al mas experimentado barbero: esta operacion se concluye, como todas las de su clase, por el lavado del rostro, despues de lo cual lo enjuga ligera y delicadamente. Qué mas puede decirse para dar una idea del tacto exquisito que Mr. Nellis ha adquirido en sus pies?



Mr. Nellis músico, es tambien un prodigio: el acordion en sus pies es mas que un juguete, es un instrumento armonioso que produce tocatas delicadas: cuando toca la tambora muestra la fuerza prodigiosa de los dedos de sus pies: hiere el violoncello con una destreza prodigiosa; y por último toca el triángulo admirablemente, arrancando de él sonidos sordos, sonidos argentados, sonidos melodiosos y ejecutando variaciones difíciles y delicadas.

Por conclusion, Mr. Nellis baila, y da saltos elevados: sus movimientos son ágiles, y se basta á sí propio en mucha parte de las necesidades de la vida. ¿Qué mas se puede pedir á la humana inteligencia? Y á qué mas se debe aguardar para bendecir al Señor en sus criaturas?

En cuanto á la parte moral, su genio es sumamente vivo, su talento despejado, y su trato afable y afectuoso.

S. Casilari.

LOS DOS HUERFANOS.

En el pueblo de Breughel, próximo á Breda, vivia un jóven aldeano, huérfano de padre y madre, que se alimentaba á expensas de la caridad pública, con no poco dolor de su alma, pues á cada pedazo de pan que le daban acompañaba una injuria porque no sabia ganarlo. Mas no era suya la culpa, pues el pobre niño, débil y enfermizo, hubiera necesitado de los cuidados y caricias de una madre que lo meciese sobre sus rodillas, lo calentase con sus besos, lo durmiese con sus arrullos, y por las noches lo abrigase bien con un buen cobertor de lana. Lejos de esto, el pobre niño se creia feliz, cuando á fuerza de implorar la compasion pública podia pasar la noche sobre una poca de paja, y cuando un mozo de labranza le permitia dividir con el perro de la quinta, los restos que le quedaban de su comida. Mas de una vez habia querido Pedro, como los otros muchachos de su edad, ganar su vida, dedicándose á los trabajos del campo; pero despues de algunas horas de trabajo, quedaba su frente bañada de sudor; sentia fuertes dolores por todo su cuerpo, y caia desvanecido. Cuando esto sucedia, todos se reian de él, se burlaban de su debilidad, y le llamaban el señorito, sufriendo asi en el alma y en el cuerpo, abrumado de vergüenza y de pesar.

Sin embargo necesitaba vivir, y para ello seguir implorando la compasion de las mugeres que siempre son mas caritativas. Para alcanzar mejor resultado, ideó grabar sobre cortezas de árboles imágenes de vírgenes y de santos, que pronto llenaron de admiracion á todos los habitantes del pueblo, y que valieron á su autor no solo pan en abundancia, sino tambien algunas monedas con que pudo comprar papel, pinceles y colores. El cura de Breughel se encargó de comprar dichos efectos en Breda. Asi que Pedro se vió en posesion de todos aquellos tesoros se puso á pintar desde por la mañana hasta la noche, estableciendo su taller en un rincon de la cocina del cura, el cual, agregó á todas sus dádivas una mesita y un banco. Pronto gozaron de gran reputacion las pinturas á la aguada de Pedro, no solamente en Breughel, sino tambien en los demas pueblos comarcanos: el jóven pintor pudo comprar con el producto de su trabajo vestidos de abrigo y una buena cama: alquiló una habitacion en el mismo pueblo, y tomó á su servicio á una pobre mendiga que ya no podia ganar su pan trabajando.

Un vecino de Breda vió una de las pinturas de Pedro, y admirándose de que un niño hiciese tan lindos dibujos, sin maestro, sin modelos, y sin otras ideas de pintura que las que habia bebido en láminas groseramente iluminadas de una Biblia de pergamino, le compró cuatro retratos de santos, invitándole á que los llevase á Breda. Alegre y orgulloso de su triunfo, no desperdició Pedro tan feliz coyuntura de ver una ciudad, y poniéndose en camino llegó á Breda. El comprador lo convidó á comer, y en seguida lo condujo á una iglesia para que admirase los cuadros que habia en ella.

Al ver aquellos grandes lienzos se extasió el jóven, y preguntó por qué procedimientos se pintaba de aquel modo.

—No lo sé, respondió su conductor, pero he oido decir que para ello se preparan

los colores y se pinta sobre un lienzo tirante.

El jóven examinó atentamente los cuadros, volvió á la iglesia al dia siguiente, y pasó ocho dias en ella ocupado en la misma cosa. Al cabo de este tiempo compró todo lo que necesitaba, volvió á su pueblo, y un mes despues llevó á su conocido de Breda un cuadro al oleo. Pedro habia inventado el maravilloso procedimiento de esta pintura, asi como lo habian hecho los hermanos Van-Dyck, y sin embargo no era químico como estos; lejos de esto no sabia leer ni escribir, y solo tenia diez y seis años.

Aunque el vecino de Breda no entendia de pinturas, comprendió todo lo que habia de maravilloso en aquella obra del jóven, y concibiendo por él un vivo interes lo llevó de nuevo á la ciudad á fin de presentarlo á Peters Koeck, pintor que gozaba entonces de grande reputacion. Peters Koeck animó al huerfano, le dió consejos, y ofreció tomarlo de aprendiz y tenerlo á su lado durante cuatro años, encargándose de darle alimento, ropa é instruccion, con la condicion de que Pedro trabajase á sus órdenes y le cediese el producto de sus cuadros. Para esto hubiera sido menester que Pedro abandonase á la anciana, que era la sola persona á quien amaba, y de la que era amado; mas no se sintió con fuerzas para ello, y se contentó con prolongar su permanencia en Breda durante un mes. De vuelta á Breughel leia ya muy correctamente, y empezaba á escribir tal cual. Al punto emprendió de nuevo sus trabajos y en poco tiempo envió á su conocido de Breda quince ó diez y seis lienzos, y emprendió la obra de otro gran cuadro que figuraba una disputa burlesca entre el Carnaval y la Cuaresma. Concluido este trabajo, se puso en camino para Breda, á pie y con su lienzo debajo del brazo. En el camino encontró á un jóven caballero ricamente vestido, á quien acompañaban un escudero ya anciano y tres criados.

—Ola, mozo! le gritó el caballero, qué llevais debajo del brazo?

—Un cuadro, que voy á venderlo á la ciudad.

—Enséñamelo, y si vale algo te ahorraré el trabajo de ir á Breda.

Dió Pedro el lienzo al jóven caballero, quien despues de haberlo examinado minuiosamente, preguntó á aquel:

—¿Quién te manda á vender este cuadro, y cómo te encargan de una comision tan importante?

—Yo mismo me he encargado de su venta, pues el cuadro es mio.

—Tuyo? y cómo has adquirido cosa de tanto precio? preguntó severamente el caballero. O mientes ó eres un ladron.

—Ni uno ni otro, si á bien teneis, caballero. Ese cuadro me pertenece porque yo lo he pintado; y voy á venderlo á maese Jacobo Elias, el chamarilero, que me dará por él un escudo de oro.

—No creas que me deje engañar con una mentira tan grosera. ¡Cómo habia de ser esta escelente pintura obra de un niño, de un labriego! Aun suponiendo que fuese asi, si fueras el autor de este lienzo sabrias que en lugar de un escudo vale muchos mas. En España, donde hay muchas pinturas del mismo maestro se pagan á precio exhorbitante.

—Cómo! qué decis? esclamó Pedro asombrado.

—Verdad es que este lienzo no tiene el nombre del pintor, como los que yo he visto, pero es fácil reconocer que es obra del mismo artista. Este cuadro es de Breughel.

—Pero, caballero, si yo no me llamo asi, vivo en el pueblo de ese nombre, y maese Elias puede haberlo puesto en los cuadros que yo le vendo, como si fuese la firma del pintor. Por lo demas os juro que este cuadro lo he pintado yo.

—Y tambien la *Torre de Babilonia?*

—Y tambien la *Torre de Babilonia*, caballero, y la *Matanza de los Inocentes*, y la *Conversion de S. Pablo*, y la *Misa de la aldea.*

—Pues siendo asi, repuso el jóven caballero, toma todo este oro por tu cuadro; vuelve al pueblo, y disponte para ser mi maestro por uno ó dos meses: en cambio te daré quinientos escudos.

—Vírgen santa! no os burleis de mí, caballero; ¿cómo quereis que yo crea en tan brillantes ofrecimientos?

—Don Luis Quijada, dijo el caballero hablando al anciano que le seguia, entregad á este jóven la cantidad que le he ofrecido, y estendedle una obligacion para que la firme, en la que conste el compromiso que contrae de darme lecciones por espacio de dos meses.

—Durante dos meses! esclamó el anciano;

señor don Juan, considerad que tenemos órden de viajar por los Paises Bajos, y que no puede reputarse como tal el permanecer dos meses en un pueblo en casa de un pintor.

—Señor de Quijada, respondió el jóven; ya os he dicho muchas veces que si quereis que obedezca esas órdenes que decis se os comunican, sin duda para satisfacer vuestros caprichos, me manifesteis de quien proceden. Os he seguido á los Paises Bajos no para conformarme á las voluntades anónimas que me manifestais, sino porque este viaje me agradaba ó me era indiferente. Ahora quiero ir á Breughel y permanecer en este pueblo dos meses pintando: permaneceré en él y pintaré. Vamos, mi digno ayo, mandad á vuestros criados que lo preparen todo para mi estancia en el pueblo. Es cosa resuelta.

El anciano cedió no sin hacer largas observaciones, y el caballero y Pedro se dirigieron á Breughel. Por el camino don Juan se entretuvo en hacer varias preguntas á su compañero, y no tardó en conocer todo el talento del jóven pintor. No fue menor su asombro cuando entrando en casa de Pedro fue testigo de la pobreza que reynaba en la habitacion del artista. A fuerza de oro logró que los demas vecinos de la casa la desocupasen, y mandó á sus criados que la amueblasen como era debido, lo que verificaron transformándola en un palacio al parecer de Pedro y particularmente de su vieja criada, que á cada instante se restregaba los ojos para cerciorarse de que no dormia ni soñaba.

Pronto una tierna amistad unió á ambos jóvenes. Mientras que Pedro enseñaba á Juan los secretos de suerte, y le contaba de qué modo habia llegado á ser un gran pintor sin saberlo, Juan le referia las no menos extrañas aventuras y misterios de su vida. Nacido en Ratisbona, habia sido educado por los cuidados de don Luis Quijada y de una señora alemana que se llamaba Bárbara Blomberg. Desde la cuna lo habian rodeado de la opulencia mas fastuosa: sus caprichos eran órdenes para su nodriza y para su ayo, y le daban oro á manos llenas para que satisfaciese todos sus caprichos. Cuando querian que hiciese alguna cosa le hablaban de órdenes emanadas de personages desconocidos que debian ejercer sobre él un poder sin restricciones; cuando queria que le manifestasen los nombres de aquellos seres misteriosos se callaban, y le recordaban que tenian órden de guardar silencio.

—Esto me hace muy desgraciado, añadia; de buena gana daria mi fortuna y mi lujo, y viviria como el mas oscuro labriego, por tener una madre á quien amar, y un padre para abrazarlo y decirle: Padre mio! De indócil y caprichoso me trocaria en respetuoso y obediente delante de aquel que de noche me echase su bendicion, delante de aquella que me dijese: Hijo mio! Pero esta es una felicidad á la que debo renunciar para siempre! añadió vertiendo una lágrima: mi ayo me lo ha dicho, y hasta me ha prohibido que procure penetrar los tristes secretos de mi nacimiento. Si tú quieres, Pedro, tú serás mi hermano y mi familia. Con tu ayuda seré tambien un pintor célebre; y la Europa aprenderá á repetir con entusiasmo los nombres unidos de los dos huérfanos Pedro y Juan! La gloria, Pedro, es el sueño de mi vida. Dar brillo á mi nombre desconocido, revestirlo de esplendor, hacerlo famoso, ganarme el blason y la familia que me ha negado el destino; conquistarme un escudo de armas que poder legar á mis descendientes, ser el primero de mi raza, puesto que no soy vástago de ninguna, hé aquí lo que yo quiero, y lo que acaso el arte me proporcionará. Tú no eras mas que un mendigo, un huérfano, un labriego, y sin sospecharlo siquiera, la España y los Paises Bajos te admiran y repiten tu nombre. El arte y el genio han hecho ese prodigio. Pues bien! yo tambien quiero como tú, llamar en mi auxilio al genio y al arte. No tengo que luchar contra las trabas que pone la pobreza. La mitad del camino está andado, y tú me ayudarás á andar la otra mitad; ¿no es verdad, hermano?

Y tomando las manos de Pedro, ambos jóvenes se juraban una amistad eterna.

Una mañana se alborotó el pueblo con la llegada de un posta, que parando á la puerta del pintor preguntó por don Luis Quijada, y le entregó los pliegos que llevaba. Al punto que el anciano los leyó, manifestó una alegria que rayaba en delirio, y fue á encontrar á su discípulo.

—A España! esclamó, á España! es menester que nos pongamos en camino para nuestra patria! Ahora mismo, don Juan, ahora mismo.

—No lo penseis, señor. Pienso todavia estar dos meses en Breughel, y al cabo de ellos partiré para Italia.

—Virgen Santa! qué decís? ¿Sabeis las desgracias que pueden caer sobre nosotros si al punto no partimos para España?

—Y qué me importa? Acaso es la vida cosa tan preciosa para mí qne tema el arriesgarla por un capricho.

—Cierto es, replicó don Luis que podeis disponer de vuestra cabeza, pero no de la mia, no! Seria pagar mal los cuidados que os he prodigado desde vuestra infancia. Ahora bien, si al momento no nos ponemos en camino para España, matadme, en ello me hareis un servicio; abreviareis mi agonia, porque, tenedlo entendido! vuestra resistencia la pagará mi cabeza.

No pudo ver D. Juan sin conmoverse las lágrimas y el pesar del pobre Quijada, y para consolarlo le dijo:

—Vamos, veo que no hay mas que hacer lo que me pedis. Pero, Dios mio! ¿quien soy yo para que personas tan poderosas y temibles se mezclen en mis asuntos?

—Si mis esperanzas no me engañan, todos esos misterios van á aclararse á nuestro regreso á España.

—Siendo asi, partamos, exclamó D. Juan, partamos. Ahora soy yo el que tengo prisa. Pedro, tú me acompañarás, ¿no es verdad? mi destino va á sufrir un cambio feliz ó desgraciado, y es menester que tú participes de él, hermano.

Pedro por toda respuesta estrechó la mano de Juan, y dió á su vieja criada la órden de disponerlo todo para su partida.

Pronto llegaron los viageros á Valladolid, porque D. Luis Quijada distribuia el oro á manos llenas y reventaba los caballos por ganar horas. Próximos ya á la ciudad, al atravesar un bosque supieron que el Rey andaba en él de caza. Grande fue la turbacion de D. Luis á esta noticia, y notando que el Rey se acercaba á donde se hallaban, gritó á los jóvenes:

—Pie á tierra! pie á tierra! y doblad la rodilla. Mirad al Rey! Vamos, pronto!

Y dándoles el ejemplo se arrodilló. Juan y Pedro lo imitaron.

No tardó el Rey en llegar á ellos.

—Sois vos, D. Juan? preguntó al jóven.

—Sí señor.

—Os he reconocido, porque teneis las mismas facciones de vuestro padre. ¿Sabeis quien era?

—No señor; pero si V. M. lo sabe, en nombre de Dios y en el de vuestro glorioso padre, el gran Cárlos Quinto, le pido que me lo diga. Es un acto de caridad, del que los ángeles recompensarán á V. M., y por el que diariamente pediré á Dios por vuestra felicidad.

—Levantaos, jóven. Vuestro padre era un hombre ilustre... era el mio, era el Emperador Cárlos Quinto; vos sois mi hermano.

Don Juan pensó fallecer de gozo y de sorpresa.

—Levantaos, señor don Juan de Austria, añadió Felipe. Señores, saludad al hermano del Rey.



Y tomando á D. Juan del brazo se lo llevó consigo á su palacio.

En medio de su alegria embriagadora, tuvo D. Juan un recuerdo para Pedro, y volviéndose á él le hizo seña de que le siguiese.

Al dia siguiente D. Juan pasó á ver al pintor á casa de don Luis, que se habia apresurado á ofrecer hospitalidad al amigo de D. Juan.

—Hermano, le dijo, mírame triste en medio de mis grandezas, porque el Rey quiere que siga la carrera de la Iglesia: dice que asi lo exige la política de España. Pero ni la púrpura cardenalicia, ni la misma tiara que me muestran á lo lejos pueden decidirme á ello. Yo quiero servir á mi hermano en los campos de batalla, quiero con la espada del Emperador mi padre, merecer el honor de ser su hijo. Tanto suplicaré al Rey, que al fin accederá á mis ruegos.

En efecto, no tardó en obtener de Federico II el honor de marchar contra los moros rebeldes. El dia en que partió para ir á tomar el mando del ejército imperial, Pedro Breughel, porque el pintor flamenco habia tomado el nombre de su pueblo, que el judío de Breda habia escrito en sus primeros cuadros, se puso en camino para su querida Flandes. Rico ya, gracias á su talento y á la munificencia de D. Juan de Austria, fijó primero su permanencia en Amberes y despues en Bruselas; casóse con la hija de Peters Koeck, jóven de estraordinaria belleza, y murió de una edad avanzada, dejando dos hijos herederos de su nombre y de su gloria: Ians, sobre todo, conocido bajo el nombre de Breughel de Terciopelo, adquirió grande celebridad; y su hermano Breughel de Infierno, se grangeó tambien mucha fama.

Pedro Breughel era un pintor muy alabado por Rubens. Proponíale muy á menudo como modelo á sus discípulos, y se complacia en decir á Téniers, cuyo estilo participa algo del de el célebre pintor aldeano:

«Tu serás mi Pedro Breughel.»

J. Q.

MEMORIAS DE UN HOMBRE FELIZ.

PARIS 17 DE AGOSTO DE 1851.

Aun no habian dado las ocho cuando me levanté de la cama esta mañana; antes que me acabase de vestir entró mi criado German á preguntarme si queria recibir al señor Benito Duprat.

—Sí, respondí, que entre al punto, porque me alegro verle.

Y volviéndome hácia German que me estaba calzando á toda prisa y arreglándome la bata añadí con voz solemne:

—German, Benito Duprat es mi mejor y mas verdadero amigo; si no le teneis siempre abierta la puerta, os pudiera suceder... salir por ella mas que de prisa.

Esta oportuna advertencia debió hacer mucha impresion en German segun las señales de asentimiento con que lo oyó, y la prisa con que introdujo á mi amigo.

Luego que nos quedamos solos, alargué la mano á Benito preguntándole:

—¿Qué buen aire te ha echado por aquí tan temprano? ¿Vienes á almorzar conmigo?

Pero Benito tirándose sobre un sillon sin cogerme la mano, ni responder á mis preguntas, suspiró dolorosamente.

—Benito, esclamé, ¿qué tienes? ¿Te ha sucedido alguna desgracia? Habla, dímelo.... tu silencio me mata.

Entonces se levantó como movido por un resorte, y ocultando sus crispados dedos entre el cabello empapado en sudor, me dijo con voz sepulcral, como si cada palabra saliese de una sima.

—Delanone, estoy perdido.

—¿Como?

—¡Perdido sin remedio!

—¿Pero, es posible?

—Me voy de Paris dentro de una hora, y mañana saldré de Francia para siempre..... puede que no nos volvamos á ver.

Esta repentina declaracion me dejó fuera de mí: quise hablar, mas espiró la voz en mis lábios; traté de andar, se negaron mis piernas á sostenerme; y no recobré el uso de los sentidos hasta que le oí pronunciar estas tristes palabras:

—Vamos..... me marcho..... Abrázame... . ¡adios!

—Mas por Dios, esplícate, le dije, ó creeré que me quieres volver loco. ¿Qué significa esa marcha tan repentina? ¿Es un viaje, ó es acaso..... que te ves precisado á huir?

Duprat estrechó fuertemente una de mis manos entre las suyas, y pegando sus lábios á mi oido, murmuró:

—¡Huyo, huyo vergonzosamente!

—¿Y por qué?

Hubo un instante de silencio que me pareció tan largo como la eternidad.

—¿Por qué he de huir? esclamó al fin Benito; huyo porque me encuentro sin recursos; porque mañana protestarán mis letras; porque quedaré desacreditado, y porque dentro de tres dias me declararán en quiebra.

—¡Bendito sea Dios! contesté casi alegre. Si la herida es de plata, todavia se podrá curar, porque estas heridas no siempre son mortales.

Benito se sonrió tristemente.

—Te equivocas, es una herida incurable.

—Yo la curaré.

—Imposible; he caido en una sima profunda de donde no puedo salir.

—Pues bien, yo bajaré á ayudarte.

—Seria una locura inútil; no conseguirias nada, y tendria ademas el remordimiento de haberte arruinado sin éxito.

Irritado por semejante resistencia, le dije.

—Escucha; si tú estuvieses en mi lugar, no se lo que harias, ó mas bien, sí lo se; te sacrificarias por mi: ¿y por qué no he de hacer yo por tí lo que tú harias por mí si llegase el caso? Crees que mi amistad es menor que la tuya? Si te ha ocurrido tal pensamiento, recházale, porque es injusto. No se dirá que, viviendo yo, he abandonado al amigo de toda mi vida; á un hombre que ha sido mi asociado mas de quince años. No, añadí con calor, no se dirá que los síndicos de comercio han declarado en quiebra á Benito Duprat, de la antigua casa Benito Duprat, Santiago Denone y compañia. ¿Qué necesitas? mi cartera, mi crédito, mi firma, de todo puedes disponer.

—Pero no tocaré á nada. ¿Debes tu expiar las faltas que yo he cometido? No: ademas debo una cantidad enorme, que te asombrarias, si te dijese á cuanto asciende. En vez de continuar en el comercio de vinos, que mientras fuimos socios dió tanto crédito é importancia á nuestra casa, me he lanzado hace tres años, en especulaciones atrevidas y espuestas; he jugado de un modo que tenia que hacerme rico como Rothschild ó quedar tan pobre como Job; me ha sido contraria la suerte y tengo que pagar mañana mas de un millon y doscientos mil francos.

—¡Insensato! esclamé. ¿Por qué has tenido tanta sed de riquezas? ¿Por qué no imitaste mi ejemplo cuando me retiré de los negocios?

Benito se encogió de hombros.

—Cada uno obedece á su destino, me contestó. Unos nacen para ser felices, como tú; otros para ser desgraciados: á tí todo te sale bien, y á mí se me frustran todos mis proyectos. No creas por esto que sienta tu felicidad: al contrario, me alegro de ella; pero quiero sentar un hecho y nada mas. Ahora tú continuarás la vida tranquila y dorada de los vecinos de Paris, mientras yo, triste de mí, arrastraré una existencia errante y desolada.

—Pero ya volverás, porque tu ausencia no ha de durar eternamente.

—¡Nunca! ¿A qué habia de volver á Francia, aun cuando lograse desarmar los rigores de la policía correccional? ¿Has reflexiona-

do alguna vez acerca de la triste y precaria posicion en que dejan las leyes á un hombre declarado en quiebra? Quedaria privado de mis derechos civiles; no podria ser ni tutor, ni jurado, ni guardia nacional, ni elector, ni elegible; no podria entrar en la bolsa: y es seguro no conocerás ningun honrado negociante que consintiese en llamarme su yerno.

—Es verdad; ¡cuantos padecimientos morales lleva consigo la quiebra!

—Ya ves, Delanone, que debo marcharme..... no puedo menos de huir. Adios, hombre feliz, solo te pido que pienses alguna vez en mí, cuando no tengas otra cosa mejor que hacer.

—¿Te vas sin decirme adonde piensas retirarte?

—Por ahora á Bélgica, á ese paraiso terrenal de los especuladores arruinados, y luego..... sabe Dios á donde. Adios, ya es hora, y apenas me queda tiempo para llegar á la barrera.

—¿Por qué vas á la barrera?

—Por pura precaucion. Mi presencia en la casa de diligencias podria escitar sospechas, y daria lugar á comentarios que harian descubrir hoy mismo la verdad: ya tengo tomado el billete y esperaré el coche en el camino.

Interrumpí á mi amigo para llamar á German.

—Que pongan el cabriolé, pronto.

Veinte minutos despues pasábamos la barrera al gran trote y nos deteniamos algo mas allá en medio del camino. Abracé á Benito por última vez, y le apreté la mano, dejando en ella una cartera con algunos billetes de banco.

—Adios, ¡pobre amigo mio!

—Adios, ¡hombre feliz! me respondió con voz profundamente alterada.

En aquel momento llegó la diligencia; digimos al mayoral que parara, y subió Benito á su puesto agarrándose á las correas.

Asi que perdí de vista el carruage, subí á mi cabriole, y me volví á París acordándome de las últimas palabras de mi amigo, que resonaban con un ruido, estraño en mis oidos.

—¡Adios ¡hombre feliz! me habia dicho.

Y yo me repetia: En efecto, soy feliz; ¿qué me falta para ser del todo dichoso? Menos que nada. Tengo treinta y nueve años; poseo una bonita fortuna, y disfruto de buena salud; sin ser un Adonis, no soy mal parecido. y sin ser un sábio, tengo mas talento que algunos presumidos. Puedo entrar con libertad en la bolsa; y por último, segun me ha hecho observar ese pobre Benito, me hallo en el pleno goce de todos mis derechos civiles, es decir, puedo ser jurado, tutor, coronel de la guardia nacional, elector, concejal, y hasta diputado; todo esto sin contar con que puedo hacer un brillante casamiento.

Y me dirigí á mi casa saboreando mi felicidad.

15 DE JUNIO DE 1832.

Al cabo no me he muerto, pero estoy muy malo: se me arde la garganta, me tiembla el pulso... apenas tengo fuerza para escribir estos pocos renglones.

¿Adónde estoy? ¿Qué me ha sucedido? Si no me engaño me hallo en mi cuarto, acostado en mi cama, la mano que me está alargando una medicina pertenece á un brazo cubierto con mi librea; es el de German. Abro la boca para preguntarle, y me manda callar con una pantomima tan espresiva como imperiosa. ¿Qué significa este misterio?

20 DE JUNIO.

Voy recobrando fuerzas y al mismo tiempo la memoria.

Hace pocos dias, el 5 de este mismo mes, que circulaban por París de boca en boca estas lúgubres palabras: «el general Lamarque se muere.» A la mañana siguiente todo Paris repetia la fúnebre noticia: «el general Lamarque ha muerto.»

Apesar de que se conmueve fácilmente la gran ciudad de París, aquel dia fue de luto universal; perdiamos en una sola persona á dos hombres eminentes: un ilustre soldado y un elocuente tribuno; por eso fue tan llorada su muerte. Todo el mundo repetia sus últimas palabras: á unos les habia dicho: «Muero con el sentimiento de no ver á la Francia vengada de los traidores de 1815.» A otros: «Estoy seguro que yo hubiera derrotado á ese duque de Wellington.» Y viendo que algunos de sus mejores amigos lloraban en torno de su lecho, habia esclamado: «¡Qué importa que yo muera si la patria vive!

El dia 5 de Junio se debian celebrar los funerales del general Lamarque.

Desde que amaneció circulaba alrededor de la casa mortuoria una inmensa multitud, y á eso de las once se puso en marcha el fúnebre cortejo: mientras se atrepellaban y pisoteaban unos á otros en ambos lados de la calle, iba yo cerca del general Lafayette, del mariscal Clauzel, y de Mrs. Laffitte y Mauguin que llevaban las cintas del féretro, y habia obtenido tan buen sitio, gracias á mi uniforme de guardia nacional, ventaja que no hubiera podido gozar, por consiguiente, mi pobre amigo Benito.

Mas de tres horas tardamos en llegar desde la calle de Saint-Honoré hasta la plaza de la Bastilla, en la cual se habia preparado de antemano un tablado para pronunciar los discursos de costumbre. «¿Qué sucedió entonces? Lo ignoro. Se temia que estallasen sérios desórdenes; no se necesitaba mas que una chispa para que rebentase la mina, y en un instante se encendieron mil hachones. De pronto se vió á un hombre montado en un caballo negro que agitaba una bandera encarnada, y casi al mismo tiempo salia del cuartel de los Celestinos un escuadron de dragones, y se dirigia al galope hácia el puente de Austerlitz. Fue esto lo bastante para que apareciesen como por encanto gran número de barricadas; muchos guardias nacionales pusieron mano á los sables, y por todas partes se rompió un fuego mortífero contra los dragones.

Cuando conocí que las cosas iban tomando un aspecto demasiado sério, abandoné aquel sitio con la mayor presteza, y me volví á casa.

—German, grité á mi Fígaro, mi bata, mis zapatillas; no vuelvo á salir; haz que me den de comer al punto, y procura que la comida sea abundante y apetitosa.

Despues de comer, fumé un esquisito cigarro; me tendí voluptuosamente en una mullida butaca, y me puse á leer la última novela de Paul de Kock, mi autor favorito.

Serian como las diez de la noche, y me estaba disponiendo para acostarme, muy contento del modo como habia empleado la tarde, cuando llamaron con gran estrépito á la puerta; poco despues entró German en mi cuarto para anunciarme á Mr. Ledoux, fabricante de botones, caballero de la legion de honor, y capitan de mi compañia en la guardia nacional.

Al punto mandé que le introdujesen, y le ví aparecer de gran uniforme, con el sable al lado, y la gola puesta como si estuviera de servicio.

—Buenas noches, cabo de escuadra, buenas noches, me dijo con el acento imperioso que dan á su voz los que están acostumbrados á mandar soldados.

Se me habia olvidado decir que en las últimas elecciones me habia honrado mi compañia con los galones de cabo; no era gran cosa, pero era dar el primer paso en la carrera de los honores, en la cual, lo mas difícil es siempre el empezar.

—Buenas noches, mi capitan, respondí sonriéndome con la mayor amabilidad.

—Cabo Delanone, me dijo, ¿estais malo?

—¡Yo! capitan... nunca me he sentido mejor; he comido perfectamente, he fumado soberbios cigarros, y me he leido cuatro tomos de Paul de Kock.

—¡Tanto mejor, por cierto! Cuando os ví esta mañana desaparecer de la plaza de la Bastilla, creí que alguna indisposicion repentina..... mas, puesto que no es nada, permitidme que os felicite, que me felicite á mí mismo, y que felicite tambien al gobierno.

Nada comprendí de todo este puñado de felicitaciones; que Mr. Ledoux me felicitase porque disfrutaba de buena salud, ya lo comprendia; que se felicitase á sí mismo, pase; pero no podia concebir porqué habia de felicitar tambien al gobierno: no obstante, me incliné por política.

—Puesto que me he engañado en mis conjeturas, continuó Mr. Ledoux, ¿podré contar con voz mañana, por la mañana?

—¡Que si podreis contar conmigo mañana por la mañana! esclamé: no solo mañana por la mañana, sino tambien por la tarde, y pasado mañana, y todos los dias.

—Gracias, me dijo: ¿sois adicto al gobierno?

—Os consta mi adhesion, capitan. ¿Qué hay que hacer?

—Concurrid mañana á las siete en el sitio donde se reune la compañía.

—Pero mañana no me toca de guardia.

—Pardiez, ¿se trata acaso de entrar de guardia?

—¿Pues entonces, de qué se trata?

—¡Cómo! ignorais lo que pasa, cabo Delanone?

—? Pues qué sucede? Ya sé que con motivo de los funerales del general Lamarque, ha habido esta mañana un pequeño albo-

roto; pero creo que ya se habrá restablecido el órden.

El capitan Ledoux dió un salto sobre la silla, y esclamó con voz de trueno:

—¡Creeis eso! ¿Os parece que se hace entrar en órden á los amotinados con mucha facilidad? ¿Ignorais los progresos que ha hecho la insurreccion mientras que estábais comiendo, fumando y leyendo? Los republicanos se han apoderado del Arsenal.

—¡Es posible!

—Se han hecho dueños tambien de la Galiote, y del Chateau-d'Eau.

—¡Ah!

—Dominan todo el cuartel de los Pantanos.

—¡Es posible!

Se han apoderado de mil doscientos fusiles que habia en la fábrica de armas de la calle Popincourt.

—Dios mio, Dios mio!

—Se estan disponiendo para atacar algunos puntos importantes y apoderarse del Banco, de la casa de Correos, y del cuartel de Petits-Peres.

—¡Tantas fuerzas tienen!

—En fin, se han fortificado terriblemente en la calle de San Martin y en las inmediatas, resueltos á establecer en este punto el cuartel general de la insurreccion. Esto es, cabo Delanone, lo que ha sucedido en Paris, mientras que os regalábais voluptuosamente la imaginacion y los sentidos.

Al oir la relacion de tantos desastres, me reconvine interiormente por haber saboreado con tanto placer mis perdices, mis cigarros, y mis tomitos en dozavo.

El capitan Ledoux prosiguió:

—Vamos al asunto; yo conozco muy bien los hombres, y sé que sois ambicioso.

—¡Yo, capitan!

—Sí, cabo Delanone; y por eso mismo os diré sin andarme en rodeos: acuda á la cita con puntualidad; pórtese bien: sirva con celo al gobierno..... y no se le olvidará. No os digo mas; pero cuente con que se le tendrá presente.

Me dió un apreton de manos, y desapareció.

—Poco despues me acosté, y no bien me quedé dormido, soñé que el gobierno, satisfecho de mi admirable y valerosa conducta, me nombraba comandante general de la guardia nacional de todo el reyno, con cien mil francos de sueldo, en reemplazo del mariscal Lobau, lo cual no dejaba de ser un bonito ascenso para un simple cabo primero.

A las ocho de la mañana del dia siguiente nos poniamos en marcha unos cincuenta camaradas y yo, con tambor batiente, y el capitan Ledoux á la cabeza. Al llegar á la calle de San Martin la hallamos interceptada por dos formidables barricadas, una al norte al lado de la calle Maubuée, y otra mucho mas fuerte al mediodia, cerca de la iglesia de Saint-Mery.

Luego que llegamos á pocos pasos de los amotinados, mandó el capitan: ¡Preparen.. armas... apunten... fuego!!

No sé á ciencia fija lo que pasó en el fondo de mi alma al oir esta órden siniestra; me horroricé de mí mismo; me acordé que eran hermanos nuestros aquellos con quienes ibamos á pelear, y levantando bruscamente el cañon de mi fusil, disparé al aire.....

¡Qué horror! mi bala fue á alojarse á la cabeza de una vieja que estaba en una ventana, y cayó bañada en sangre.

En aquel mismo instante, como si la cólera celestial hubiese querido castigar al homicida, caí al suelo sin sentido; un tiro de los sublevados acababa de pasarme el pecho.

El médico me ha asegurado que antes de quince dias estaré restablecido del todo. Quiera Dios que no se equivoque!

25 de Diciembre de 1832.

Silvio Pellico, Casanova, Latude, baron de Trenk, vosotros que habeis sufrido padecimientos iguales á los mios, y habeis sido mis compañeros de infortunio, enseñadme el arte precioso de escabar un subterraneo de trescientos metros de largo con la hebilla de mis tirantes; decidme cómo se arrancan de su lugar las piedras de sillería sin mas instrumento que la uña del dedo meñique, y cómo me he de valer para construir una escala de cuerda con el pañuelo del bolsillo. Y tú, ¡oh Pelisson! dime de qué medio te has valido para civilizar las arañas.

Hace una semana que estoy preso en el *Hotel des Haricotz*, como guardia nacional desobediente é insubordinado, y me queda otra que estar encerrado. Yo, que era en otro tiempo la honra y gloria de mi compañía, la deshonro ahora con mi conduc-

ta. (*Palabras del fiscal del consejo de disciplina.*)

¡Imbéciles! No saben que prefiero estar quince dias preso, antes que estar de guardia ó de servicio una hora; me ponia malo cada vez que veia mi uniforme ó mi chacó, y se los he regalado á mi portero.

¡Pobre Benito! concibo bien que hayas sentido tanto verte privado del ejercicio de tus derechos civiles; mas en verdad, no habrias perdido mucho, si solo hubieses perdido el derecho de montar la guardia, y de hacer patrullas.

7 DE MARZO DE 1834.

Ayer recibí un oficio de la prefectura del Sena, en el que se me hace saber que me ha designado la suerte como uno de los que han de componer el jurado en la próxima sesion; esta mañana han publicado los periódicos la lista de los individuos que han de componerle, y he visto en ella mi nombre que figura de los primeros.

Esta es la primera vez que me toca ejercer tan importantes funciones, aunque estoy hace tiempo en el goce de este derecho civil. A medio dia he ido á dar un paseo, y me he visto al momento rodeado de mas de veinte personas que me han felicitado por mi buena suerte.

—Dichoso Delanone, me decian á porfia; bendecid vuestra estrella: precisamente el jurado de que formais parte tiene que sentenciar la célebre causa de Mad. de Glandureau, y mientras que nosotros tendremos que contentarnos con el árido é incompleto relato de los periódicos; mientras que los mas favorecidos tendremos que estar de pie confundidos entre la multitud para no ver ni oir sino á medias, vos cómodamente repanchigado en un buen sillon, disfrutareis de todas las peripecias de tan célebre causa. Os enterareis de todo, de la lectura del acta de acusacion, de las deposiciones de los testigos, del informe de los químicos, de la acusacion, del alegato del abogado defensor, de las réplicas y rectificaciones, del resúmen del presidente, de la fisonomia de la acusada, del veredicto del jurado, vamos, no perdereis ningun detalle, ninguna de esas emociones tan vivas, tan enérgicas, tan interesantes.

—¡Pobre Benito! pensaba en mi interior, mientras me acosaban con tantas felicitaciones. Nunca podrás gozar de este derecho civil que me hace ahora tan dichoso y envidiado.

—Daria 500 francos por hallarme en vuestro lugar, me decia uno.

—Yo tengo mala suerte, esclamaba otro. Cuando me ha tocado ser jurado, no he tenido que juzgar mas que delitos insignificantes... y nunca he podido habérmelas con grandes criminales. ¿Podrá nadie creer que no he tenido todavia el gusto de condenar á nadie á muerte, ni aun á presidio perpetuo?

Habrá quien crea que el que se espresaba asi es un cafre ó un canibal; nada de eso, es Pomeret, el fabricante de flores de la calle de la Paz; y Pomeret es hombre de buenas costumbres, que pasa con justicia por buen hijo, buen ciudadano, buen amigo, buen padre, buen contribuyente, y buen marido.

Debo convenir en que no he tenido mala suerte para la primera vez, porque hace tres meses que no se habla en Paris y en toda la Francia de otra cosa que del proceso Glandureau. Mad. Glandureau, acusada de haber envenenado á su marido, ¿es ó no culpable? ¿Será condenada ó absuelta? Estas son las preguntas que se oyen en todas partes; se han hecho gruesas apuestas, y se puede decir que Paris está dividido en dos bandos: los glanduristas y los antiglanduristas; los solteros componen el primero, los casados pertenecen todos al segundo.

—¡Pobre jóven! dicen unos. Atreverse á sostener que es culpable, ¡qué infamia! Es blanca como la nieve, y bonita como un serafin; es una santa, y mártir ademas.

—Es otra segunda Voisin; es una nueva Brinvilliers, dicen otros; debe ser condenada á muerte.

Yo mismo, que soy de temperamento pacífico y un tanto flemático, y que no me dejo impresionar asi como asi, he hecho lo que los demas; he leido y vuelto á leer el acta de acusacion, y mas de una vez he disputado fuertemente entre mis amigos, con los defensores de Mad. Glandureau. Estoy casi convencido de que ha cometido el crímen de que la acusan.

16 DE MARZO DE 1834.

Anoche á las doce y cuarto han concluido en el jurado los debates acerca de Mad. Glandureau: despues de habernos tenido ocupados cuatro dias seguidos, me ha favo-

recido la suerte hasta lo último, y he sido uno de los doce que han condenado á esta gran criminal.

¡Cuántas emociones diversas he esperimentado en estos cuatro dias! Agitado unas veces, conmovido otras, horrorizado algunas; y todo esto sin contar con que estaba sentado en el mejor sitio, mientras que Pomeret y sus amigos confundidos con la plebe, han estado veinte veces á pique de ser ahogados en un estremo del salon. ¡Qué espectáculo tan interesante! ¡Esto es lo que se llama gozar de la vida!

Una vez pidió el procurador del Rey que quedásemos solos, y se despejó el salon saliendo de él todo el mundo, menos el juez, los jurados y el defensor. Pomeret me dirigió al salir una mirada penetrante que revelaba la envidia que le consumia, y hasta llegué á adivinar en el movimiento de sus lábios que me maldecia, á mi, y á mi insolente felicidad.

El procurador del Rey habló divinamente: es hombre muy instruido, cuyos discursos se componen de periodos tan redondos como círculos geométricos, de los cuales se podria jurar que no tienen principio ni fin. Ha probado que era preciso hacer un ejemplar, y que estaba interesada la tranquilidad de las familias en que se condenase á la acusada. Seguramente este buen magistrado es casado, y si no lo es se puede apostar que está en vísperas de casarse; la energia de su discurso me probó que combatia en favor de sus dioses lares.

El abogado defensor no quiso ser menos; pero lejos de formar periodos redondos como su antagonista, amontonaba frases y palabras puntiagudas como alfileres de Paris, y armado del pesado martillo de su elocuencia, se divertia en introducir sus puntiagudas frases por todos los resquicios, y las clavaba en todas partes, sin advertirlo antes siquiera! Ha encontrado un escelente medio de probar que su defendida era inocente, acriminando á los testigos, á los farmacéuticos, á los médicos, á los químicos, al cura, al notario, á los jurados, al presidente, á los consejeros, á los ugieres, al público y al Gran Turco. ¡Qué hombre de tanto talento es este abogado! Pero lo mas interesante de todo ha sido la deposicion de los cuatro químicos, á quienes se ha mandado analizar el cadáver de Mr. Glandureau.

Primer químico.—Juro por mi honor y mi conciencia que he hallado veneno en el estómago, en el hígado, y en el bazo del cadáver que se ha sometido á mi exámen.

Segundo químico.—Juro por mi honor y mi conciencia que no he hallado veneno en el estómago, ni en el higado, ni en el bazo del cadáver que se ha sometido á mi exámen.

Tercer químico.—Juro por mi honor y mi conciencia que he hallado veneno en el estómago, en el hígado, y en el bazo del cadáver que se ha sometido á mi exámen.

Cuarto químico.—Juro por mi honor y mi conciencia que no he hallado veneno en el estómago, ni en el hígado, ni en el bazo del cadáver que se ha sometido á mi exámen.

Con esta luminosa discusion me he creido bastantemente ilustrado, y he votado la muerte de la acusada.

28 DE MARZO DE 1834.

Hoy á las siete de la mañana ha sido ajusticiada Mad. Glandureau en la plaza de Santiago. ¿Por qué me han dado escalofrios al leer esta noticia en un periódico? ¿Por qué han corrido por mi sienes gruesas gotas de sudor?

Porque me he preguntado á mí mismo: ¿Si esa muger, á quien yo como uno de los doce jueces, he borrado del número de los vivientes, no fuese culpable del crímen de que le han acusado?.. Si esa muger fuese inocente?...

Verdad es que me he respondido de un modo victorioso y convincente; que me he demostrado á mí mismo que era culpable y que no podia menos de serlo, que he recordado las deposiciones de los testigos de cargo, el informe de los químicos que encontraron veneno, y el acento de conviccion con que se espresó el abogado del rey... á pesar de esto, si hubiese de votar otra vez, admitiria circunstancias atenuantes.

En el concurso de los debates se ha probado que Glandureau usaba gafas verdes y peluca roja: estas eran circunstancias atenuantes... ¡Cómo no me acordé en tiempo de las circunstancias atenuantes!

Estoy seguro que esta noche voy á tener horribles ensueños.

2 de Setiembre de 1836.

He sido condenado á 500 francos de multa por no haber asistido al tribunal para desempeñar las funciones de jurado. ¡Cómo ha de ser! Lo mismo sucederá cada vez que me designe la suerte para este cargo.

22 de Febrero de 1837.

Muy pronto será llamado el pais á ejercer una de sus mas preciosas prerogativas, y los ciudadanos uno de sus derechos mas queridos.

Ha sido disuelta la cámara de diputados, y el cuerpo electoral, del cual tengo el honor de formar parte, va á desempeñar la alta mision de reconstituir este gran poder del Estado. Las elecciones se verificarán dentro de quince dias.

Este es otro derecho de que se veria privado el pobre Benito si viviese en Paris.

O

23 de Febrero.

Mr. Fabuloso, candidato legitimista de mi distrito, me ha remitido la siguiente profesion de fe:

«Mr. Fabuloso promete, si es elegido, disminuir todas las cargas, y aliviar todos los impuestos que pesan sobre su distrito en particular, y sobre el pueblo francés en general.

«Procurará con todas sus fuerzas hacer la felicidad de la patria y aumentar su gloria.

«Rechazará enérgicamente con su voto todos los proyectos liberticidas, y promoverá todos los que sean grandes y generosos.

«No faltará á las sesiones.

«Independiente por su posicion y por su carácter, nunca sacrificará sus principios, como se ha visto en otros, por un destino, ni por un pedazo de cinta encarnada.

«Su conducta pasada es garantia de su porvenir."

Esta declaracion de principios me ha encantado. Decididamente Mr. Fabuloso es el hombre que nos conviene, y á quien de seguro doy mi voto.

24 de Febrero.

Hoy he recibido la profesion de fe de Mr. Vértigo, candidato conservador de mi distrito. ¡Qué cosa tan particular!

«Mr. Vértigo promete, si es elegido, disminuir todas las cargas y aliviar todos los impuestos que pesan sobre su distrito en particular, y sobre el pueblo francés en general."

Lo mismo que el otro.

«Procurará con todas sus fuerzas hacer la felicidad de la patria y aumentar su gloria."

Absolutamente lo mismo que el otro.

«Rechazará enérgicamente con su voto todos los proyectos liberticidas, y promoverá todos los que sean grandes y generosos."

Lo mismo que el otro.

«No faltará á las sesiones, no aceptará destinos ni recompensas, y su conducta pasada es una garantia de su porvenir."

¡Como el otro, lo mismo que el otro! ¡Dura alternativa! ¿Qué haré? ¿A cual de los dos daré mi voto? ¿No seria lo mejor echar mi diputado á la suerte?

25 de Febrero.

Tambien ha llegado á mis manos la profesion de fé de Mr. Gibraltar, candidato radical de mi distrito.

«Mr. Gibraltar promete por su honor, si es elegido, etc. etc.

«Procurará, etc. etc.

«Rechazará enérgicamente, etc. etc.

«No faltará, etc. etc.

«Independiente por su posicion, etc. etc.

«Su anterior conducta etc. etc.

La apurada posicion en que me hallo tiene muchos puntos de semejanza con la del asno de Buridan; con la diferencia de que el asno de Buridan estaba entre dos piensos solamente, y yo me encuentro entre tres candidatos.

28 de Febrero.

¡Par diez, que se me va acabando la paciencia! ¿No me han de dejar quieto y sosegado en mi casa, solo porque pago doscientos francos de contribucion? Cada uno es el rey en su casa, dice el refran; pero cuando se hizo el adagio, ó no habia elecciones ó debieron esceptuar á los electores.

Hace dos dias que tienen continuamente invadida mi habitacion varias personas á quienes no conozco, que van y vienen, entran y salen, que se instalan en mi gabinete, me despiertan al amanecer, me retrasan la hora de almorzar, tienen la cul-

pa de que se queme la comida, y por la noche me tienen despierto hasta muy entrada la noche. Todos estos señores son electores, ó al menos asi lo dicen: unos son partidarios de Mr. Fabuloso, otros de Mr. Vértigo, y aquellos de Mr. Gibraltar, y cada uno me predica en favor de su candidato con gran fuerza de pulmones.

—Monsieur Delanone, me dicen unos, ¿es V. ilustrado?

—Asi lo creo.

—¿Ama V. sinceramente á su patria?

—El dudarlo seria injuriarme.

—¿Es V. partidario de la libertad bien entendida?

—Sí, sin duda.

—Entonces dareis vuestro voto por Mr. Gibraltar que es el candidato que os conviene.

—Monsieur Delanone, me dicen otros, ¿ama V. sinceramente á su patria?

—¡Pues no!

—Es V. partidario de la libertad bien entendida.

—Y tanto!

—¿Es V. ilustrado?

—Me precio de serlo.

—Entonces debeis votar en favor de Mr. Fabuloso, que es el hombre mas apropósito para defender tan caros objetos.

Vienen luego aquellos y entonan la misma cancion.

—Monsieur Delanone, ¿es V. partidario de la libertad bien entendida?

—Ciertamente.

—¿Es V. ilustrado?

—Por tal me tengo.

—¿Ama V. á su patria?

—Con el alma y la vida.

—Entonces no podreis menos de votar por Mr. Vértigo, que es el diputado que corresponderá mejor á vuestra confianza.

Al fin me quedo solo; acaba de retirarse el último corredor electoral, y ya me voy á entregar al descanso, cuando entra German todo alterado.

—¿Qué sucede? le pregunto.

—Señor, no encuentro el canastillo en que guardaba la plata; nos la habrá robado alguno de esos fingidos electores que no nos han dejado en paz en todo el dia de Dios..... Apuesto á que el ladron es aquel larguirucho de tan mala cara, que tanto y tan fuertemente hablaba de patriotismo y de conciencia..... ¡Tunante! ¿Si le pillase entre mis manos!

—Mejor seria cojerle con mis cubiertos y mi vajilla, respondí filosóficamente.

3 DE MARZO.

¡Qué escándalo, Dios mio, qué escándalo!

La casualidad hizo que llegasen á un mismo tiempo á mi casa con pocos minutos de retardo los tres candidatos que se disputan mi voto. Se han encontrado en mi gabinete, y creo que se han encontrado ya, y que se volverán á encontrar en las casas de otros electores. Si no se ha derramado sangre, seguramente no ha sido suya la culpa.

Mr. Gibraltar era el que habia ganado el premio en esta carrera electoral, sacando unas cuantas varas de ventaja; llegó á mi casa el primero y estuvo hablando solo conmigo como unos cinco minutos. Es á la verdad maravilloso y casi imposible de esplicar lo bien que aprovechó la ocasion; nunca hubiera yo creido que en tan corto tiempo se podia decir tanto mal de los demas y tanto bueno de sí mismo.

—Mr. Delanone, yo no os diré como la mayor parte de mis cólegas: «Votad por mí; soy indispensable para la felicidad de la Francia...» no; yo no necesito echar mano de esos medios vulgares, ni me gusta emplear ese charlatanismo de mal gusto. Yo solo os diré: Dadme vuestro voto, pues estoy persuadido de que seré útil á mi patria. Util, sí, indispensable, no; pensad bien el valor de mis palabras. Convengo con noble franqueza, porque detesto la falsa modestia, en que seré útil, y en que reuno á mis grandes conocimientos en varias materias, una probidad á toda prueba. Hace mucho tiempo que me estoy preparando en el retiro de mi gabinete para servir á mi patria como merece; he estudiado con detencion todas las cuestiones vitales, políticas y administrativas que el pais está llamado á resolver; el actual sistema de hacienda, la cuestion de la libertad de enseñanza, la de los caminos de hierro, la de navegacion interior, la contribucion de patentes, el sistema monetario, la cuestion rusa, la cuestion belga, la cuestion española, la cuestion inglesa, la cuestion suiza, la cuestion italiana, la de Argel, la de Siria, la de Monaco, la ley sobre la pesca del bacalao y la de propiedad literaria; todas las resolveré como desea el país, y aun me atrevo á decir que no contribuirá poco mi elocuencia á que se

consideren bajo su verdadero punto de vista. Ademas, tengo en mi favor la circunstancia de no ser ambicioso, al paso que Fabuloso y Vértigo, que me disputan la eleccion, son capaces de vender su voto y su conciencia por un estanquillo de tabacos ó de papel sellado.

El párrafo anterior es un sucinto resumen de los innumerables periodos que ha pronunciado Mr. Gibraltar en mis oidos, con la ligereza y regularidad de una máquina de hablar de fuerza de veinte lenguas.

A lo mejor vino á interrumpirle German para anunciar á Mr. Vértigo.

Los dos nobles rivales trocaron una mirada en que se descubria el odio mas violento.

—¡Ah, ah! esclamó Mr. Vértigo sin siquiera saludarme, parece que llego algo tarde; este caballero estaba sin duda recomendando su mercancia.

—¿Qué es eso de recomendar mi mercancia? ¿Me tomais por algun corredor de comercio?

—Precisamente.

—¡Insolente!

—De la respetable casa Blague-Puff y compañía.

—Tengo mi reputacion tan bien sentada, que no me alcanzan vuestras injurias, señor abogado sin causas!

—Curioso es oir hablar asi, señor médico sin enfermos!

—Qué bien harán los electores en dejaros encerrado en vuestro solitario despacho!

—Calle el matasanos, y busque algun pobre calenturiento que echar al otro mundo.

—Bonita eleccion á fe mia.

—Vaya un representante que daria honor al pais.

—Afortunadamente hay electores que tienen sentido comun.

—Y una prueba de ello será que no os nombrarán diputado.

—Y yo estoy seguro que no obtendreis tres votos.

—Siempre saldré mejor librado que vos que no tendreis mas que uno, contando el vuestro.

En vano procuré interponer mi autoridad; mis palabras solo sirvieron para irritarles mas y mas, y estaba temiendo que llegasen á las manos, cuando se abrió la puerta y entró German anunciando á Mr. Fabuloso.

Entonces tuvo lugar una escena tan terriblemente cómica, que creí estar viendo representar el primer acto de la célebre comedia de Moliere, titulada el *Plebeyo Noble* y presenciar el gracioso altercado entre el maestro de esgrima, el maestro de baile y el profesor de fisolofía del buen Mr. Jourdain. Despues de haberse llenado de injurias, echaron mano de otros argumentos mas persuasivos, que no convencieron sin embargo á nadie mas que á mí: tenia yo en la sala sobre un velador un magnífico juego de café de porcelana de Sajonia, y el velador vino al suelo haciendo añicos el juego de café, de resultas de un puntapie destinado á Mr. Fabuloso, y evitado por este con la mayor destreza.

No sin trabajo conseguí desembarazarme de ellos, ayudado de mi lacayo y de mi ayuda de cámara; luego que conseguimos sacarlos á la meseta de la escalera les dimos con la puerta en las espaldas, y hasta mucho tiempo despues no quedó en silencio la escalera, ni la calle.

He quedado harto de elecciones, de electores y de candidatos; dentro de cuatro dias se dará la gran batalla, pero yo me voy mañana al campo, y no volveré hasta la semana que viene.

FONTENAY-AUX-ROSES 7 DE MARZO.

¡Monstruos! Me han perseguido hasta ta mi oscuro retiro; creyéndome al abrigo de sus pesquisas, me habia dormido halagado por este pensamiento, mas ha sido corto el sueño, y el despertar terrible.

Mr. Vértigo, á quien inquietaba mi ausencia porque contaba con mi voto, me ha enviado esta mañana á las diez un birlocho, conducido por uno de sus mas ardientes partidarios, con el encargo de llevarme vivo ó muerto al colegio electoral, y de hacerme votar á su vista y siguiendo sus instrucciones.

A las once ha llegado una carretela, y dentro de ella un elector que venia de parte de Mr. Gibraltar.

El coche y el elector de Mr. Fabuloso han llegado á las doce.

A la una, no sabiendo ya cómo librarme de tan odiosa é incesante tiranía, he adoptado el prudente partido de mandarme poner diez sanguijuelas en la boca del estómago.

Cuando me vieron en este estado, y conocieron que no lograrian nada, el coche

de Mr. Fabuloso tomó por fin otra vez el camino de Paris, precedido de la carretela de Mr. Gibraltar, y seguido del cabriolé de Mr. Vértigo.

¿Cómo es posible que mi amigo Benito haya sentido verse privado de un derecho que proporciona tantos disgustos?

16 DE JULIO.

Cuando uno se decide á escribir memorias, es menester tener un valor extraordinario para decir siempre la verdad, por mucho trabajo que cueste. Asi lo hizo Juan Jacobo Rousseau, aquel original ginebrino, que se vestia de armenio, y andaba en cuatro pies convencido de que el hombre pertenecia á la especie de los cuadrúpedos y no á la de los bizmanos.

Voy, pues, dejando á un lado la falsa vergüenza, á confesar la falta que he cometido disminuyendo mi capital en cien mil francos, ó sean cinco mil de renta, solo por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa.

Pasaba yo un dia por la calle de Vivienne sin pensar en nada, y sin saber á punto fijo adonde me dirigia, cuando encontré á mi amigo Pomeret, el florista, que marchaba tan de priesa como si llevase puestas las famosas botas de las siete leguas.

—A dónde vas tan de priesa? le pregunté.

—A la Bolsa; me estan esperando: ¿quieres venir?

—Lo mismo me da ir á la Bolsa que á otra parte, pensé yo; nada se opone á que yo vaya á la Bolsa, porque no he hecho quiebra, como mi pobre Benito, y me puedo presentar en ella con toda libertad.

Y me fui con Pomeret.

Me habian educado en un santo horror al agiotage, y los reveses que Benito habia sufrido en aquella caverna no eran el ejemplo mas á propósito para curarme de mi antipatia. Con tan saludable prevencion entré en la Bolsa á las cuatro; dí algunas vueltas por allí, entreteniéndome en mirar las pinturas de Abel y de Pujol, y me dirigí en seguida hácia la puerta, aturdido con el incesante tumulto que reyna en tal sitio, y sin poder comprender ni una palabra del dialecto especial que usan los abonados. Apenas habia estado alli media hora.

Al salir vi á Pomeret que hablaba misteriosamente con un sugeto, que sin interrumpir la conversacion trazaba geroglíficos en una gran cartera de marfil.

—Te marchas ya? me dijo el florista: has hecho algun negocio?

—No, ninguno, le contesté poniéndome la mano delante de la boca para ocultar un interminable bostezo, que temí me sacase de quicio las quijadas.

—Lo siento, replicó mi amigo con una sonrisa de íntima satisfaccion; yo he comprado asfalto de Seysel y betun Polonceau... y he ganado mas de tres mil francos.

—Tres mil francos en menos de media hora! esclamé asombrado.

—Tres mil doscientos cincuenta y siete francos y ochenta y cinco céntimos, dijo el de la cartera; y hoy no ha sido mi cliente tan feliz como debiera.

Estas doradas palabras produjeron en mi imaginacion un efecto sorprendente, y dieron al traste con mis prevenciones, con la misma facilidad que el buen vino de Chipre da al traste con la razon de un bebedor novato. Desde la Bolsa á mi casa fui repitiendo en todos los tonos imaginables:

—Tres mil doscientos cincuenta y siete francos y ochenta y cinco céntimos por la gracia todopoderosa del betun Polonceau y del asfalto Seysel!... Yo quiero asfalto! Que me traigan betun!

Al llegar á mi casa estaba medio loco, y habiéndome preguntado German al comer si estaba bien, le respondí sin saber lo que me decia:

—Mejor hubiera querido un poco de betun Polonceau.

Aquella noche soñé que me llamaba Cupon, y que habia formado una sociedad para esplotar el Missisipí, cuyas acciones ganaban de prima un ciento por ciento. Vivia en la calle de Quincampon en un magnífico palacio todo de oro; tenia vestidos de oro, y habiéndome mandado á llamar el Rey para pedirme un empréstito, fui á palacio en una carroza de oro, tirada por cuatro caballos tambien de oro.

A la mañana siguiente entré en la Bolsa no bien abrieron las puertas, habiéndose verificado en mí desde la víspera una estraña transformacion. Aquel confuso rumor, mezclado de ahullidos salvages, que veinte y cuatro horas antes me atolondraba, me parecia entonces una música deliciosa; y el demonio que preside al juego me susurraba al oido mil halagueñas provocaciones. Por esta vez no me acordé de las pinturas de Abel

y de Pujol, y me puse á buscar con afan al de la cartera de marfil; no tardé en hallarle; le saludé, y su contestacion fue que si queria hacer algun negocio.

—Ha adivinado V. mis deseos, le contesté: no sois el agente de cambio de mi amigo Pomeret?

—Justamente.

—Pues sedlo tambien mio; maneje V. mi dinero, y hágame ganar tres mil francos lo mas pronto que sea posible.

—Tres mil francos es una bagatela que no merece la pena de que nos ocupemos en ello... contestó con profundo desden mi nuevo agente de cambio, que se llamaba Mr. Ligero.

—¡Una bagatela! no digo que no; repliqué guiñando maliciosamente un ojo; mas tales bagatelas no son despreciables.

A los dos dias se habia dado Mr. Ligero tan buena maña que poseia toda mi confianza, y me habia prometido tales ganancias, que le dí carta blanca para que hiciese en mi nombre cuantas operaciones quisiese. Usó y abusó de este permiso, y gracias á su interesada cooperacion, me abismé con el bolso en la mano en un oceano de especulaciones, donde no tardé mucho en irme á fondo, y gracias que pude salir sin ahogarme.

¡Qué hombre tan activo, qué hombre tan inapreciable era Mr. Ligero! bien merece que lo recomiende á mis amigos y conocidos.

Siempre que me veia me saludaba con estas palabras.

—Todo va bien, todo va bien: se estan haciendo ahora en la bolsa muchos negocios buenos, y he procurado que os intereseis en todos.

Yo le apretaba la mano, y él me decia modestamente:

—Mas adelante me dareis las gracias; el resultado os dirá quien soy. Y echando mano al bolsillo, sacaba una porcion de pedacitos de papel amarillos, colorados, verdes, blancos y azules, y añadia al entregármelos: con esto vais á ser tan rico como Creso.

—Pues que es esto? le pregunté el primer dia.

—Son acciones de las empresas industriales de mas garantia y de mejor porvenir.

—¿Hay aqui asfalto y betun?

—Sí, y ademas...

—Poco me importa lo demas, le interrumpí: lo principal es, mi querido Poloneeau, y mi precioso Seysel. ¿Cuándo cobraré las ganancias?

—A fin del mes ajustaremos cuentas. Entretanto, añadió, el tercero ó cuarto dia tendreis que hacer algunos adelantos; poca cosa... he comprado en nombre vuestro acciones por valor de cien mil francos.

—¡Cien mil francos! esclamé, ¡esa es una cantidad exhorbitante!

—Sí, ya sé que es una cantidad regular, pero tambien sé que segun marchan los negocios, tal vez le habrán producido á fin de mes un millon ó mas.

Esta respuesta me cerró la boca, y fui á casa de mi banquero á que me entregase cien billetes de á mil francos.

¡Pobrecitos mios! ¡qué lindos eran!... Ay! ya no os volveré á ver en este mundo... ni tampoco en el otro probablemente.

Imposible es formarse idea de la impaciencia con que esperaba el fin de mes. ¡Qué dias tan crueles! Diez y ocho veces me desperté soñando con el último dia antes que llegase, y cada uno me parecia un año.

En esta parte de mi confesion, tiembla mi mano, y mi corazon desfallece. El dia 31 del mes á las doce de la mañana debia ajustar las cuentas con mi agente de cambio, y percibir las ganancias; el 29 por la noche desapareció con mis cien mil francos. Oh ligerísimo Ligero!

El gobierno hizo maniobrar el telégrafo, mas en vano; mi agente de cambio era mas *ligero* que el telégrafo.

Estas son las ventajas de poder entrar con libertad en la Bolsa. ¡O buen Benito! ¿Crees todavia que merece llorarse el estar privado de semejantes derechos?

7 DE AGOSTO DE 1840.

Hace seis meses que contrage matrimonio con Rosa Vermont, hija única de uno de los mas ricos comerciantes de la calle de Bondy, y hasta la presente soy el mas feliz de los maridos; verdad es que tengo cuarenta y ocho años, y mi muger veinte, pero procuro hacerla olvidar esta diferencia á fuerza de atenciones, y espero que tardará mucho en concluirse nuestra luna de miel.

20 DE AGOSTO.

Acabo de tener una verdadera pesadumbre; la primera desde que me casé.

Ha muerto mi amigo Pomeret dejando un hijo de veinte años, y me ha nombrado su tutor. Desde mañana serviré de padre á mi pupilo Edmundo Pomeret.

ROMA 16 DE MARZO DE 1841.

¡Ya era tiempo!

Hace quince dias me hallaba aun en París gozando todas las dulzuras de una vida tranquila, sin acordarme de Italia mas que cuando me ponian á la mesa un plato de macarrones con queso de Parma; ahora estoy en Roma instalado en la mejor fonda del *Coso*.

Ayer fuí á ver el Coliseo; esta mañana admiré la Basílica de San Pedro, y á la noche iré á oir la *Semíramis* al teatro de Apolo.

¡Ya era tiempo!

El dia 1.° de Marzo, fecha que no olvidaré así como quiera, entró German en mi gabinete con aire misterioso.

—Señor..... me dijo.

Y deteniéndose de pronto, comenzó á dar vueltas entre sus dedos al gorro que usa en casa. Esperé largo rato, y viendo que no proseguia le pregunté.

—¿Qué hay? ya te escucho, habla.

—Señor, esta carta.....

—¿Te han mandado que me la des en propia mano? tráela.

—¿No señor, no es para V.....

—Entonces dásela á la persona á quien diga el sobre.

—Es para la señora.

—Pues llévasela.

—Es que.....

—¿Qué?

Nueva indecision de German, hasta que al fin le dije:

—¿Te quieres esplicar ó no?

—Esta carta es de Mr. Edmundo; me ha encargado que se la dé á la señora, y me ha regalado veinte francos para que desempeñe bien la comision.

—Ah! ah! esclamé entonces levantándome de un salto, mas inquieto que un ciervo cuando llega á oir los ladridos de los perros.

Tomé la carta y despedí á German.

Luego que me quedé solo, examiné minuciosamente la carta de mi pupilo, que estaba escrita en papel satinado y despedia un olor á patchouli capaz de perfumar todo el barrio.

—¿Por qué escribia Eduardo á mi muger, pudiéndola hablar á todas horas? me pregunté rascándome la frente.

Y me contesté al punto.

—Vamos, habrá hecho alguna calaverada de muchacho .... alguna querida..... deudas..... cualquiera cosa; y temiendo la severidad de su tutor, se dirige á Rosa, cuya escesiva bondad conoce.

Convencido de esto, dí un paso hácia la puerta y puse la mano sobre el picaporte, resuelto á llevar la carta á mi muger.

—Mas, ¡y si no fuese este el objeto de la carta? pensé de repente; preciso es asegurarse, y para descubrir la verdad, voy á repetir las infamias del gabinete negro.

Me encerré pues en mi cuarto con llave, encendí una bugia, derretí el lacre del sello, y leí lo que sigue:

«Encantadora Rosita:

«No puedo resignarme á seguir desempeñando el triste papel que vuestra rígida virtud me ha impuesto; me permitis que os ame como á una hermana, sin reflexionar que una hermana solo inspira amistad, y que vos me habeis inspirado un amor ardiente é inextinguible.

«Soy tan fatalista como un turco, y creo que no es solo la casualidad la que nos ha reunido, sino el destino, que formó nuestros corazones para amarse eternamente. Ved en prueba de ello como todo sonrie á nuestro amor; hasta vuestro marido, lleno de confianza, nos deja solos horas enteras. ¿Por qué huis de mí?

«¡Cruel! No me rechaceis; esta noche tocaré á la puerta de la sala, no seais sorda á mis ruegos; es imposible que ameis al hombre á quien estais unida como el presidiario á su grillete: acceded á mis deseos, y ese hombre será el padre de ambos; sus cabellos comienzan ya á encanecer, y se le va poniendo el vientre de la figura de un caldero.

«Hasta la noche á las once en vuestro cuarto; vuestro marido estará en el casino, y no volverá hasta las doce lo menos.»

Este es el estilo caballeresco que emplean en sus epístolas nuestros Lovelaces de veinte años. La carta produjo, sin embargo, buen resultado, por que conocí que tenia demasiado abandonada á mi muger, y he jurado ocuparme mucho mas de ella en lo sucesivo.

Guardé el billete de Edmundo en mi cartera, y procuré que mis facciones no reve-

lasen en lo mas mínimo los pensamientos que me agitaban. Edmundo me preguntó despues de comer si queria acompañarle al teatro de la Opera, donde bailaba la Grissi aquella noche un paso nuevo.

—No, le contesté; voy al casino.

Pero asi que se fué, aparenté que habia mudado de parecer, dije á mi muger que no saldria de casa, y la pedí permiso para pasar la noche conversando con ella en su gabinete.

A las once en punto estaba Edmundo tocando á la puerta: fui á abrirle, y debí parecerle un ser venido del otro mundo, segun lo atónito que quedó, á pesar de mi bata y mi gorro de terciopelo.

—¿No ha salido Vd.? me preguntó con voz sofocada.

—No, querido mio, no: he preferido quedarme esta noche con mi muger: ¿no te parece que he hecho bien? Mira qué bonita está.....

Y al mismo tiempo pasé mi brazo al rededor de su cintura, y la di un beso en la frente.

Edmundo se apoyó en la puerta; y bien lo necesitaba, porque parecian sus piernas dos endebles arbolillos combatidos por recios vendabales.

—¿Te ha dicho German que vinieses á buscarme? continué; ya le advertí que tenia que hablarte precisamente esta noche.

Mi pupilo de pálido que estaba se puso colorado, y sucesivamente fue pasando de colorado al color de limon, y de este al carmesí.

—Tenia V. que hablarme? dijo con voz trémula.

—Si; para decirte que mañana nos vamos á Italia.

—¿Los tres?

—No, los dos; mi muger y yo.

—¿Pues y yo?

—Tu te quedas, el otro tutor me suplirá por el poco tiempo que te falta para ser mayor de edad. Adios..... es ya tarde, y nos vamos mañana de madrugada.

En efecto, al dia siguiente muy temprano me puse en camino, jurando no volver á ser tutor de nadie.

¡Otro derecho civil que renuncio con la mejor voluntad! ¡Oh Benito, Benito! Si hubieras sabido cuando quebrastes las inmensas ventajas que esto te podia proporcionar, es seguro que no lo hubieras sentido tanto.

S. M.



EL LENGUAGE DE LAS FLORES.



El lenguage de las flores es conocido de casi todos los pueblos; pero donde mas principalmente está en uso es entre los orientales, donde reproduce las graciosas ideas del estilo figurado. Allí se hace entender misteriosamente por medio del selan, ramillete en que cada flor tiene un significado que varía segun su posicion relativa. En Europa, si bien no se ha llegado á formar con las flores un lenguage completo, sirven ya para esplicar cierto número de ideas que se encuentran reasumidas en el siguiente cuadro.

Acacia.	Amor platónico.
Acacia rosa. . .	Elegancia.
Adelfa.	Bondad y belleza.
Adonida.	Recuerdos dolorosos.
Agenjo.	Disgustos y amarguras.
Albahaca.	Odio.
Alelí.	Belleza permanente.
Alelí silvestre. .	Fidelidad en la desgracia.
Amapola.	Consuelo.
Amaranto. . . .	Indiferencia.
Anagalida. . . .	Cita.
Ananas, ó *Piña de India*. . . .	Perfeccion.
Anemona.	Perseverancia.
Anemona silvestre.	No teneis derecho alguno.
Aguilea	Guerra
Artemisa.	Felicidad.
Avellano.	Reconciliacion.
Azafran.	No abuseis.
Azucena.	Pureza.
Balsamina. . . .	Impaciencia.
Batata.	Benevolencia.
Calendula. . . .	Celos, tormentos.
Capuchina. . . .	Discrecion.
Celedonia.. . . .	Primer suspiro amoroso.
Clavel encarnado	Vivas sensaciones.
Colchico ó matacan..	Pasó el tiempo de mi felicidad.
Coronilla.. . . .	Fidelidad.
Coronilla silvestre.	Pureza de sentimiento.
Crisocómo. . . .	Hacerse esperar.
Dondiego de dia.	Coquetismo.
Eliotropo.. . . .	Solo á vos miran mis ojos.
Escabiosa.. . . .	Viudez.
Espino blanco. .	Esperanza lisonjera.
Espino negro.. .	Dificultades.
Flor de limon.. .	Recuerdos transitorios.
Flor de manzana	Arrepentimiento.
Flor de naranja.	Castidad.
Fresa.	Bondad perfecta.
Fumaxia.	Timidez.
Gerânio de rosa.	Preferencia.

Girasol.	Yo os amo.
Geringuilla. . .	Amor fraternal.
Hepática.	Confianza.
Hojas secas. . .	Melancolia.
Hortensia. . . .	Sois muy fria.
Iris.	Mensage.
Jazmin blanco.	Amabilidad.
Junquillo.	Deseos, goces.
Laurel.	Triunfo, gloria.
Lila.	Primera emocion de amor.
Lirio silvestre.	Volver á la felicidad.
Lupulo.	Injusticia.
Madreselvas. . .	Union tierna.
Malva.	Dulzura.
Maravilla. . . .	Timidez de amar.
Margarita. . . .	Lo pensaré.
Margarita doble.	Participo de vuestros deseos.
Mirto.	Amor.
Moral.	No os sobreviviré.
Morera.	Prudencia.
Musco.	Amor materno.
Olivo.	Paz.
Ortiga.	Crueldad
Pensamiento. . .	Vos ocupais mi pensamiento.
Perpetua.	Eterno amor.
Roseda.	Vuestras cualidades esceden á vuestros atractivos.
Retama.	Débil esperanza.
Rosa blanca. . .	Sigilo
Rosa blanca en capullo. . . .	Inocencia.
Rosa blanca marchita. . . .	Antes morir que perder la inocencia.
Rosa de cien hojas.	Garvo.
Rosa pajiza. . .	Infidelidad, desden.
Rosal.	Música.
Sensitiva. . . .	Pudor.
Serval bravio. . .	Prudencia.
Tilo.	Amor conyugal.
Trigo.	Riqueza.
Tulipan.	Declaracion de amor.
Vellosilla. . . .	No me olvideis.
Verónica.	Fidelidad.
Violeta.	Modestia.
Violeta doble. .	Amistad recíproca.
Yedra.	Ternura recíproca.
Yerba buena. . .	Curacion.
Yerba doncella.	Eterna amistad.
Zarza rosa. . . .	Amor desgraciado.



Viajes al Mar Artico.

ESPEDICIONES DE LOS COMANDANTES

ROSS, BUCHAN, Y PARRY.

Luego que la paz general fue restablecida en Europa por la ruina del imperio ambicioso de Napoleon Buonaparte, la atencion del almirantazgo inglés se fijó sobre la agitada cuestion del mar Artico. La posibilidad de efectuar el pasage Noroeste por la América, habia crecido con la noticia del desaparecimiento de una grande cantidad de hielo, que formaba la supuesta barrera con que la naturaleza habia cerrado el paso en aquellas latitudes, por lo que el gobierno inglés resolvió mandar dos espediciones distintas; una, directamente al estrecho de Davis, para que navegando cuanto fuese posible hacia el Norte, tomase luego el rumbo hacia el N. O. buscando el estrecho de Behering; y la otra directamente al Norte cuanto fuese practicable, por entre el continente de América y la isla de Spitzbergen; y pasando el mar Glacial dirijirse tambien al estrecho de Behering.

Cuatro barcos mercantes fueron tomados á flete por el gobierno, y comisionados á la empresa: la Isabela, de 385 toneladas, mandada por el capitan Juan Ross, y el Alejandro de 252 toneladas, mandado por el teniente Eduardo Parry, fueron destinados para la mar interior; y la Dorotea, de 382 toneladas, al mando del capitan Buchan, y el Trento, de 249 toneladas, mandado por el teniente Franklin, para el viaje exterior de Grinlandia.

Reparados y fortalecidos estos barcos, cuanto el arte de construccion pudo sujerir, y abastecidos con todo lo necesario para dos años, se hicieron á la vela en 18 de Abril de 1818, partiendo de Londres para sus respectivos destinos, con la mayor confianza de buen éxito de parte de las tripulaciones, y la esperauza de ganar el premio que la munificencia del Parlamento habia prometido en caso de lograrse el objeto deseado. Sin embargo, en el mes de Octubre siguiente, regresó el capitan Buchan sin haber podido conseguir su intento. Los barcos de su mando se remontaron hasta la latitud 80° 30, cuando una tempestad tremenda los llevó contra los bancos de hielo, desarbolando la Dorotea, y maltratándola de tal modo, que fue necesario volviese á Inglaterra, acompañada del Trento, por temor de que naufragara en su vuelta.

El resultado de la espedicion del capiton Ross fue menos desastroso. Entrando por el centro del canal del estrecho de Davis, hallaron que el hielo iba aumentando á tal punto que hacia casi imposible la navegacion, encontrándose rodeados los barcos de enormes bancos de nieve. Sin embargo, la perseverancia é intrepidez de aquellos marineros vencieron los obstáculos que se les oponian, hasta llegar á la isla de Waygat, á donde desembarcaron para hacer observaciones astronómicas. De allí continuaron costeando hacia el Norte, hasta la latitudud 76°, donde quedaron sorprendidos al

ver una partida de Indios que venian acercándose á los barcos por el hielo, y luego fueron á recibirlos en paz. Tal era la ignorancia de estos salvages, que hasta entonces, como confesaron, se habian creido los únicos habitantes de la tierra. «No hay raza de Indios,» dice el capitan Ross, «mas feos que estos, porquísimos en estremo, cubiertas las caras, manos y cuerpos con aceite y polvo, que parece no haberse lavado ni una sola vez desde que nacieron.»

Continuando los navegadores en su empresa quedaron admirados al ver montones de nieve colorada, la que derretida parecia vino de Oporto; y traida una porcion á Inglaterra, se halló, por exámen de químicos y naturalistas, que el color procedia de la vegetacion de un lichen, estremamente menudo, criado sobre la nieve. Despues de haber reconocido varias ensenadas, llegaron á la sonda de Smith; el rumbo hasta entonces habia sido al Oeste, pero despues fue dirigido al Sur. La navegacion se halló á la sazon franca, habiendo poco hielo en la mar y mucho fondo de agua; luego que entraron por la sonda de Lancaster, hallaron un canal, en el dia 30 de Agosto, de cerca de cincuenta millas de ancho, cuyo aspecto llenó de alegria el corazon de todos los individuos de la espedicion, no dudando hallar por alli paso á la gloria y fortuna á que aspiraban; pero ¡cuan vanas son las esperanzas del hombre cuando solo están fundadas en su deseo! Despues de haber navegado diez leguas descubrieron una cadena de montes que formaba el fondo de aquel canal, de donde volvieron tan desanimados como habian entrado contentos. Llegado en esto el mes de Octubre, resolvieron volver á Inglaterra despues de un viaje de seis meses.

Hemos mencionado la confianza anticipada del buen suceso que se esperaba de la mas completa espedicion que jamás se habia hecho con el objeto de descubrimientos; su malogro, por consiguiente, causó gran disgusto en el público. La empresa, decian los críticos, fue abandonada en el momento mismo que presentaba el mejor aspecto. El capitan Ross fue culpado de omision en no haber examinado hasta el pie la aparente cadena de colinas que á gran distancia parecia cerrar aquel canal; y aun el gobierno censuró de negligencia el no haber examinado el comandante la costa occidental de la bahia de Baffin, para correjir ó mejorar la geografia efectiva de aquella costa en las cartas marítimas.

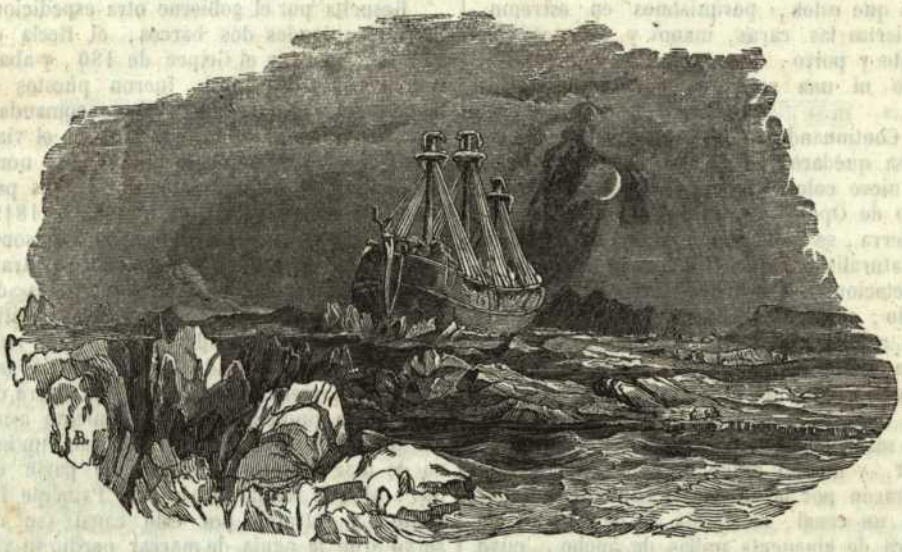
Primer viaje del capitan Parry.

Resuelta por el gobierno otra espedicion, fueron equipados dos barcos, el Hecla de 375 toneladas, y el Griper de 180, y abastecidos para dos años, fueron puestos al mando del capitan Parry, como comandante, y compañero del capitan Ross en el viaje precedente, y el teniente Liddon fue nombrado para el Griper. Estos dos barcos partieron de Inglaterra en 11 de Mayo 1819; y á principios de Agosto llegaron á la sonda de Lancaster, á la que llamaron Barrow Strait, y en el primer dia pasaron los límites del primer viaje, continuando hasta la longitud 89° 18' Lóndres, donde descubrieron una isla por la proa, desde la cual corria una completa barrera de nieve hasta la tierra del Norte, no pudiendo por consiguiente avanzar por el Oeste. Habia, sin embargo, un brazo de mar abierto todavia á la parte del Sur, al que llamaron Abra del Principe Regente, y entrando por este canal, se observó que la aguja de marear perdió su virtud directiva, quedando inútil para la navegacion; guiando entonces el rumbo por las observaciones del azimut del sol, y el tiempo aparente. Despues de navegar por el Abra del Regente como 120 millas, se hallaron enteramente detenidos por el hielo: volviendo entonces al estrecho de Barrow, hallaron con sorpresa, que la barrera de nieve que les habia impedido avanzar por el Norte de la isla habia desaparecido, y navegando por alli descubrieron un canal (que llamaron Wellington) en el que no veian ni tierra ni hielo.

La apariencia del pasaje deseado parecia ahora muy favorable, y navegando con mucha dificultad, á causa de las nieblas, despues de pasar varias islas llegaron á una que llamaron Melville; y en el dia cuatro de Septiembre cruzaron el meridiano 110° longitud Oeste de Lóndres, ganando el premio de 25,000 pesos, uno de los ofrecidos por el parlamento: haciendo mas esfuerzos llegaron hasta la longitud 112° 54', cuando los obstáculos vinieron á ser tan insuperables que determinaron volver atrás para tomar el puerto que habian escojido, y pasar en él el invierno que se iba aproximan-

do; y ciertamente que no volvieron temprano, porque el hielo en la bahia llamada de Hecla y Griper, ya tenia siete pulgadas de grueso, siendo necesario abrir un canal con las sierras por tres cuartos de legua para que entraran los barcos al lugar donde habian de quedar.

Establecidos ahora en los cuarteles de



Buque acuartelado durante el Invierno.

invierno donde habian de continuar por ocho ó nueve meses, en tres de los cuales no habian de ver la cara del sol, fue necesario tomar todas las precauciones necesarias para la seguridad de los barcos, y la preservacion de las provisiones. Los barcos fueron desarbolados, y sobre la cubierta de cada uno de ellos se formó un techo de tablones, forrándole con paño muy grueso; y para mantener el calor y desterrar la humedad fueron dispuestas las estufas en los lugares mas convenientes. La distribucion de las provisiones fue arreglada con economía y con respecto á la salud. La limpieza personal era examinada cada dia; y adoptados los medios para descubrir y remediar la mas leve apariencia de escorbuto. Ejercicio diario en tierra, y si el tiempo estaba muy inclemente, saltos y danza en la cubierta. Las partidas de caza eran tambien frecuentes. Para evitar la tristeza se representaban comedias y farzas; y cada semana se imprimia á bordo una gazeta, titulada. «*Las Crónicas de un invierno.*» Por este y otros medios, procuraron aquellos intrépidos marineros vencer, en algun modo, el tedioso estado y la desagradable monotonía de su triste existencia. La escena, á la verdad, era melancólica en estremo; y segun las palabras del capitan Parry «era una muerte lenta de la mas terrible desolacion, una privacion total de existencia animada.

El año nuevo principió con tiempo suave, y la Aurora Boreal hizo entonces su aparicion, particularmente en el 15 de Enero, cuando fueron alhagados con la vista mas brillante y variada de este fenómeno de todas las que se observaron durante aquel año. En el dia tres de Febrero se vió por la primera vez, desde la cofa del palo mayor del Hecla, el limbo superior del sol, que habia estado bajo el horizonte desde el once de Noviembre, en un periodo de 84 dias. Este fue el mes mas frio de todo el invierno.

En 30 de Abril subió el termómetro al punto de comenzar el deshielo, pero hasta el primero de Agosto no pudieron salir los barcos del puerto. Se tomó entonces el rumbo hacia el Oeste, pero el estado del hielo era tal que detenia la navegacion á cada milla, de modo que costó 16 dias de continuo esfuerzo para llegar á la longitud de 115° 47', en latitud 74° 28'. Aquí se vió que era impracticable el continuar la espedicion, y consiguientemente se resolvió volver atrás, á la primera oportunidad, asegurando los barcos por algunos dias. En una ocasion se descubrió una manada de ganado, y se mandó una partida á caza de ellos, logrando matar dos toros, uno de los cuales dió 552 libras de carne, la que sin embargo de oler mucho á almizcle fue un regalo para la tripulacion.

El 26 de Agosto se hicieron los barcos á la vela por el Este, y el 31 se hallaron fuera de la sonda de Lancaster, é inmediatamente se comenzó el reconocimiento de la costa Occidental de la bahia de Baffin, continuando hasta la latitud 68°; cuando hallando imposible el acercarse á tierra, ni seguir el reconocimiento, se tomó el rumbo para Inglaterra, arribando á principios de Noviembre con gran satisfaccion del tribunal del Almirantazgo, y alegria del público inglés.

Segundo viaje del capitan Parry.

Aunque el resultado del primer viaje del capitan Parry no fue favorable con respecto al pasage por el Norte de América, en la direccion Oeste, por la sonda de Lancaster, se creia muy probable verificarlo por algun otro brazo de mar que se hallara siete ú ocho grados de latitud mas baja; y en consecuencia se formó otra espedicion para que bajo la direccion del mismo comandante procediese á examinar cuidadosamente la costa Occidental de la bahia de Hudson. El Hecla y la Furia, mas ventajosamente equipados que en el viaje anterior, partieron del Támesis en 6 de Mayo 1821, y el 2 de Agosto llegaron á la estremidad Oriental del canal que forma la isla de Southampton y la costa del norte, y atravesando por entre bancos de nieve descubrieron un puerto muy espacioso al que dieron el nombre de Duque de York.

En 21 de Agosto, se halló la espedicion en *Repulse Bay*, totalmente limpia de nieve, y aqui se puede decir que comenzó el designio principal del viaje. Desde el 22 de Agosto hasta el fin de Septiembre estuvieron esplorando todas las abras que ofrecian paso hacia el Oeste; tarea que ejecutaron con la mayor perseverancia y precision por un espacio de mas de 200 leguas. Apenas habian completado este laborioso reconocimiento, cuando el tiempo les advirtió la necesidad de escojer un lugar seguro donde defenderse de la inclemencia del invierno que ya comenzaba, para lo que eligieron una pequeña isla, á la que llamaron del *Invierno*, tomando las precauciones que la esperiencia del viaje anterior les habia hecho conocer como mas convenientes. Ademas de la representacion de comedias, formaron una escuela para cultivar la mente de los marineros, y una especie de academia de música, lo que contribuyó mucho á mantener alegre el espiritu de la tripulacion en aquella triste morada. Pero la circunstancia que mas contribuyó á su diversion fue la venida inesperada de una partida de Indios, que en primero de Febrero vinieron caminando sobre el hielo hacia los barcos, y con los que se entabló una comunicacion amistosa. El capitan Parry y el otro oficial Lyon los acompañaron á su rancheria, teniendo el gusto agradable de ver el estraño espectáculo de un pueblo formado todo de nieve.

«Cuando se considera, dice el capitan Parry, que estas habitaciones estaban á vista de nuestros barcos, y que los ojos de muchos de nosotros habian estado continuamente espiando para descubrir algun objeto de variedad y de interés en nuestra situacion actual, podrá facilmente imaginarse nuestra sorpresa, al hallar un establecimiento de ranchos, con canoas, trinéos, perros, y una poblacion como de sesenta hombres, mugeres y niños, tan regularmente establecidos sobre el hielo, como si hubiesen ocupado aquel mismo lugar por todo el invierno.» En la construccion de estas casas estraordinarias no habia sido empleado otro material alguno sino hielo y nieve. Cada rancho estaba edificado con cantos de hielo de dos pies de largo, y de seis á siete pulgadas de grueso, dispuestos en hileras formando círculos, é inclinada cada hilera un poco hacia dentro acercándose arriba hasta dejar solo un agujero redondo; un círculo de hielo era la clave que cerraba la bóveda. El interior no era menos curioso; despues de

entrar á gatas por dos pasajes seguidos, de tres á cuatro varas de largo y de una y media á dos de ancho, llegamos á un aposento circular donde habia tres puertas que comunicaban á tres cuartos, uno en frente de la entrada, y los otros dos á los lados. En estos cuartos estaban sentadas las mugeres en sus camas junto al fuego, con los utensilios de cocina al rededor, y los niños retozando por detras.

La estatura de aquellos indios es algo menor que la de los Europeos en general. El mas alto de todos los que vimos, tenia seis pies y cuatro pulgadas castellanas. Sus caras son redondas y gordas, sus ojos negros, pequeños y medio cerrados, nariz pequeña, pero no chata; manos y pies notablemente pequeños; y las piernas derechas con rodillas muy gruesas; el cutis suave y de color castaño. La vestidura es de mucho abrigo, hecha de pieles de venados y lobos marinos, y consiste en un calzon ancho y largo, y una chaqueta grande. Se cubren las piernas y pies tan bien que no sienten el frio por grande que sea.

Los barcos no pudieron hacerse á la vela hasta el dos de Julio, y entonces se tomó el rumbo al Noroeste del canal de Fox, á fin de rodear la península llamada Melville, que se cree ser la punta Nordeste de América. Despues de una navegacion muy intrincada llegaron á un canal con direccion al Oeste, al que llamaron Estrecho de la Furia y el Hecla, el que dió esperanzas de salir por él al mar Artico, pero quedaron pronto desvanecidas por el obstáculo insuperable de una barrera de hielo que al parecer no habia sido quebrada por muchos años. Siendo ahora imposible hallar paso volvieron á la boca del estrecho, y se vieron obligados á invernar en una isla llamada *Igloolik*. Aqui fueron visitados por otra partida mas numerosa de indios cuyas casas estaban construidas de cantos de hielo como las de los indios que se habian visto el año anterior, con la sola diferencia de haber algunas forradas con cueros. A mediados de Agosto fue necesario aserrar el hielo para que saliesen los barcos, y volvieron á Inglaterra en 10 de Octubre de 1823.

Tercer viaje del capitan Parry.

Siendo ahora evidente la inutilidad de buscar un paso al mar Artico por la bahia de Hudson, la única probabilidad que restaba era hacer otra tentativa por el abra del Príncipe Regente, y para esto se formó una tercera espedicion compuesta de los mismos buques, oficiales y la mayor parte de la tripulacion anterior, y esta fue sin duda la mas malograda de todas. El capitan Parry se hizo á la vela en 19 de Mayo 1824, pero antes de llegar al abra del Príncipe Regente, se halló obligado á invernar en Puerto Owen, en la costa Oriental. En el siguiente mes de Julio continuaron hacia la orilla Occidental del abra; la Furia fue aqui muy maltratada por el hielo, y sobreviniendo una tempestad, la echó á pique y fue necesario abandonarla, volviendo el Hecla á Inglaterra.

Cuarto viaje del capitan Parry.

Sin embargo del malogro de las espediciones anteriores, el capitan Parry no se desalentó en la temeraria empresa del descubrimiento. Este comandante propuso al Almirantazgo el proyecto de navegar desde Spitzbergen derecho al Polo Artico, por encima de la barrera de hielo que habia detenido al capitan Buchan en 1818, y siendo recomendada la propuesta por la Sociedad Real de Londres, fue últimamente aceptada, dándose órden de equipar de nuevo el Hecla. Se construyeron dos botes, tan ligeros cuanto permitia la fuerza necesaria, cubiertos por defuera con encerados fortísimos, y forrados por dentro con fieltro; y las quillas dispuestas de tal modo, que sirviesen para rodar por el hielo, y para navegar en caso de agua. El capitan Parry partió de Inglaterra el 4 de Abril, 1827, y en 21 de Junio comenzó la ardua tarea de su proyecto, el que fue tan desgraciado como todos los precedentes. El hielo, que se habia supuesto ser una capa uniformemente llana, se halló ahora tan desigual, que despues de haber avanzado con gran dificultad hasta la latitud 82° 36, se sintieron arratrados hacia atrás por los montones de nieve suelta que descendia contra ellos; y frustrado el proyecto, volvió la espedicion á Inglaterra.

E. I.

LA ORGANISTA DE FLORENCIA.

I.



Gran gentio abrigaba en su seno la catedral de Florencia: toda la pompa del catolicismo de la edad media ostentaba sus maravillas: millares de luces reverberaban su claridad bajo las inmensas bóvedas, y se alzaban los cantos en medio de las nubes de embalsamado incienso, esos cánticos divinos de los siglos de fé, música sencilla y pura, melancólica y sublime, que las épocas de duda no pueden reproducir. Todas las frentes se humillaban; y aquel pueblo heróico, tan trabajado por sangrientas revoluciones, llevaba al pie de los altares las ardientes pasiones que le dominaban en la política y en la guerra. Todo aquel cuadro interior estaba vivamente iluminado: los colores de los vestidos del pueblo eran oscuros, y contrastaban con estos lúgubres matices las vestiduras sacerdotales: aquellos rostros morenos, alumbrados por el rojizo fulgor de las antorchas, indicaban al observador hábil, que el pueblo que tenia delante acababa de ser esperimentado por el fuego y el acero de las discordias civiles.

Circulaba solemnemente por la iglesia la procesion del Ssmo. Sacramento; y los blandones de los sacerdotes alumbraban á dos hombres de notable aspecto que trataban de ocultarse tras una gruesa columna. El uno representaba medio siglo, sus ojos despedian sombrio fuego y su despejada frente respiraba una calma magestuosa superior á la condicion humana. Ignoro cual seria su poder; pero su presencia incitaba á temblar, y sin embargo eran estremadamente sencillas sus posturas y ademanes. Su grandeza emanaba del alma, era natural y se ignoraba á sí misma.

El segundo era un jóven de veinte á veinte y dos años, delgado y gracioso, su tez pálida, sus largos cabellos negros, la melancolia de su frente, de sus ojos y de su boca, inspiraban conmiseracion y cariño. Los dos hombres se inclinaron profundamente cuando el santo Sacramento pasó por delante de ellos, y permanecieron abismados en larga adoracion. Hasta que hubo cesado el canto, no alzaron la cabeza. Suspiraba el órgano con voz tan melodiosa y tan santa, penetraban los corazones sus acordes de un amor tan profundo y celestial, que era en verdad un mágico espectáculo ver todas aquellas plegarias suspensas, aquellos ojos clavados en el cielo, aquel silencio que reynaba en la inmensa catedral: era tal la armonia entre el sublime cántico del órgano y las nubes de incienso y la piedad de la muchedumbre, que estaba olvidada la tierra, sea cúal fuese la suma de dolor que pesase entonces sobre aquel pueblo arrodillado delante del Dios que consuela.

Tocó largo rato el órgano un *andante* lleno de melancolia, y pasó de pronto á un aire triste y mas lento todavia: parecia la espresion de un sufrimiento que no pertenece al mundo actual, porque está sobrada y dulcemente consolado. En el momento que cesó el órgano, se esperimentó en la iglesia tal sensacion, que los sacerdotes no acertaron á continuar los sagrados cánticos.

Cuando se dispersó el gentío, Silvio, el mas jóven de los dos, decia á su compañero.

—Angela se ha sobrepujado esta tarde á sí misma.

—Ha sobrepujado á los mismos ángeles.

—Yo no dije tal.

—Pero yo lo pienso.

Marcharon en silencio por las calles atestadas de gente, y do quiera percibian sus oidos los elogios de la jóven artista. Cuando llegaron al puente de la Trinidad, el mas viejo de los dos, mirando tristemente el azulado cielo, cuyas estrellas se reflejaban en las aguas del Arno, dijo como hablando consigo mismo.

—¿Por qué misterioso poder ha adivinado esa niña la sombria tristeza de los que viajan tiempo ha por el mundo? Quién ha inoculado en su alma el intenso dolor de Jeremias, y los consuelos del Psalmista? Aun menos que tú, Silvio, ha conocido los amargos disgustos de la vida real, los ensueños no satisfechos que gastan las facultades del alma, la ágria esperiencia de los despreciables hombres, y los tormentos del artista que no alcanza jamas la realizacion de la belleza que ha ideado.

Departiendo de esta suerte llegaron á su morada, se sentaron al balcon, y pasaron mas de una hora en contemplacion silenciosa, interrumpida por cortas palabras.

II.

Angela era hija de un aleman llamado Schrumber, organista de la catedral de Florencia, y hacia pocos meses que la gran ciudad de los Médicis no se ocupaba sino de él. Schrumber, original sin genio, tenia gran facilidad, dedos ligeros y hábiles, pero su modo de tocar el órgano no hacia grande impresion en los Florentinos, cuando un domingo durante la misa mayor, el trozo ejecutado mientras se alzaba la hostia, dejó estasiada á aquella poblacion tan artista. El asombro era sin igual: ¿cómo el padre Schrumber nos ocultaba los tesoros de su genio? se decian todos. Por la noche en todas las reuniones no se hablaba de otra cosa que del maravilloso andante, y á poco se esparció la noticia de que el asombroso artista era una doncella de quince años, hermosa como una madona, delicada y pálida, un alma revestida apenas de una forma. Mayor fue entonces la curiosidad, y la casa de Schrumber fue invadida por todos los elegantes de Florencia: en especial los artistas acudieron en tropel, y Angela fue reproducida en todos los albuns, en todos los cuadros, bajo la forma de la virgen. La devocion del pueblo florentino se habia despertado, y era forzoso madrugar para encontrar sitio en la iglesia, los dias en que debia dejarse oir la inspirada organista. En las calles, en las plazas públicas se detenian los hombres con respeto por ver pasar á la niña que sabia hacer hablar el órgano el lenguaje del cielo. En medio de su gloria seguia Angela sencilla é indiferente; la fama no la exaltaba.—Casi todos los artistas gozan con oir repetidos sus nombres por el pueblo: en ciertas épocas morian á una ojeada de un Rey: en otros tiempos, cuando el poder reside en las masas, basta á los infelices para morir un silvido que salga de la boca feroz de algun rústico imbecil. Los que no sucumben, son torturados por una palabra dura ó el olvido; pero los mas grandes, los mas fuertes, saben crearse una vida superior á estas tormentas: les basta su pensamiento y se alimentan con su sustancia espiritualista. Estos se cuidan poco de la opinion de los hombres; pero tienen dentro de sí otro tormento, la vision ideal tras de la cual caminan y que nunca alcanzan. Angela era demasiado inocente, demasiado jóven para conocer este dolor: el arte era para ella una embriaguez de que se dejaba arrastrar por instinto. Era delgada, con ojos azules; sus negros cabellos caian en flotantes rizos sobre sus blancos hombros; nada de muger se vislumbraba en aquel cuerpo semejante al de los ángeles del pintor Angélico.

El profesor Schrumber que viniera de Viena á Florencia para hacer fortuna, mas sin conseguir su objeto, no podia comprender la naturaleza de su hija. Era bebedor insaciable, y hubiera dado todas las melodias que el cielo inspiró á Mozart y Beethoven, por un vaso de los esquisitos vinos italianos. Para él la música consistia en la medida y precision de los sonidos, y tanto comprendia el alma de la armonia como el alma del hombre. Por lo demas, era un pobre diablo que dejaba correr la vida como las aguas del Arno, sin cuidarse de donde viene, sin saber adonde va. A veces se le ocurria echarla de chistoso cuando habia bebido un poco, y entonces soltaba groseros sarcasmos sobre las tristezas de sus cofrades que le hacian reir, como un comerciante se burla de un poeta.

Gran número de artistas entre los que figuraba Silvio, acudian diariamente á casa del anciano Schrumber y sufrian las

chanzonetas del profesor con la esperanza de oir una melodia, ó de ver un instante á la graciosa hija del organista.

III.

Silvio era un jóven estatuario de grandes esperanzas, y en los suntuosos jardines de Lorenzo de Médicis se admiraba una Ninfa asustada, obra de Silvio, que recordaba la gracia del arte antiguo. Hacia dos años que estaba casado con una romana, célebre por su belleza, y hasta entonces ningun disgusto turbara la paz de su matrimonio; el trabajo, la indolente alegría del artista, el amor á su hermosa Laura, hacian de su vida una especie de embriaguez.

Cuando un camarada estaba triste, á él acudia para recobrar su serenidad. Silvio presidia todas las fiestas: su cincel habia representado no mas que la felicidad, pero de repente se desvaneció la dicha de Silvio; las caricias de Laura le hallaban melancólico y distraido, sin que la jóven supiese esplicar tan repentino cambio: cuando preguntaba á su esposo, la contestaba que estaba meditando una grande obra, y que se achacaba á tristeza lo que solo era reflexion. Pero el corazon no se engaña mucho tiempo; Laura derramó amargas lágrimas en el silencio de la noche, porque vió destruido para siempre quizá su imperio sobre Silvio. Qué he hecho? decia para sí; le amo menos? soy menos bella? solo amando á otra puede esplicarse este abandono. La desdichada pasaba dias y noches repitiendo estas terribles cuestiones; y á cada paso aumentaba su desdicha, porque la tristeza de Silvio se hacia por momentos mas sombría.

Un dia, descubriendo Silvio lágrimas en los ojos de Laura, y recordando por una de aquellas intuiciones repentinas, tan ordinarias en las almas ardientes, toda la serie de padecimientos de aquella muger, sintió grande conmiseracion, y besando su mano la dijo:

—Oh! perdóname Laura, porque no te amo como te amaba!

—Y me lo dices asi! esclamó ella.

Pero entonces se elevó aquella muger á una altura sobrehumana: lo perdonó todo porque en un momento lo comprendió todo: de amante que era se tornó en madre cariñosa, y su ternura tomó el caracter de abnegacion que distingue el sublime sentimiento materno.

No concebia Silvio á aquella muger singular: si hubiera podido saber qué hondos dolores la atarazaban en un momento de soledad, qué frenéticos accesos de rabia agitaban su seno, se habria confundido ante tanta grandeza de alma.

Y entretanto ignoraba Angela las borrascas que habia suscitado. Perseguida por las miradas de Silvio, fijaba en él alguna vez su pensamiento, y estrañaba su tristeza siendo antes tan alegre y bullicioso: mas en seguida lo olvidaba todo en medio de sus mudos éstasis. Avanzaba en tanto su debilidad física: pasaba dias enteros tendida en un sofá, anonadada, casi dormida; y luego como por encanto recobraba sus fuerzas, corria al coro y paseaba sus afilados dedos sobre el órgano que exhalaba melodías desconocidas: despues de una de estas improvisaciones sublimes, se la acercó Silvio una tarde y la habló por primera vez de su amor.

Dificil seria analizar lo que pasó en el alma de Angela; pero se pintó un asombro tal en su hechicero rostro, que Silvio quedó desconcertado.

—Yo tambien os amo, Silvio, dijo la doncella despues de largo espacio, como amo á Laura, como amo á cuantos abrigan piedad en su corazon, á cuantos sienten como yo y conmigo; pero no comprendo ese amor que liga á un ser único cuando es debido á todos los demas: tan solo á Dios y al arte puede amarse asi.

Pero las palabras de Silvio se lo revelaron todo: la sombria existencia del jóven estatuario, las angustias de Laura, y ciertas sonrisas burlonas que habia notado en los concurrentes á su casa.

Asi pasaron muchas semanas, fomentando sus sufrimientos cada actor de este pequeño drama: por una gracia especial, mientras los talleres de Florencia se ocupaban del amor de Silvio á la jóven organista, Laura sola lo ignoraba. Sabía, sí, que su marido era infeliz, que la amaba menos; pero la desventurada no conocia la causa de tan repentino desvio.

Angela habia comenzado á preveer la proximidad de su fin, y miraba con amor cuanto la rodeaba como para despedirse de cada objeto, de cada flor. En sus momentos de fuerza se arrastraba al piano, y esparcia por el viento armonías vagas y sagradas, que la fatiga interrumpia muy pronto.

Schrumber no sospechaba el estado de su hija: indolente por naturaleza, era poco hábil para adivinar la desgracia y el sufrimiento, y Angela, desde el borde del sepulcro conoció que solo seria llorada por un ser.

—Toda Florencia sentirá mi pérdida, decia: irán á la catedral á cantar y arrojar rosas sobre mi tumba; pero Silvio solo llorará en Angela otra cosa que una artista inspirada: Silvio llorará á una muger.

Por eso le amó en sus últimos dias: le acogia con la sonrisa en los lábios asi que se presentaba, y le hacia leer los místicos pasages de Alighieri... Una noche se detuvo el jóven estatuario pronunciando un verso del gran poeta sobre la muerte... arrasáronse de lágrimas sus ojos... y Angela alargó la mano á Silvio, quien estampó en ella un beso.

—Oh! podeis amarme, Silvio, murmuró la jóven, porque las mugeres de la tierra no pueden estar celosas de los habitantes del cielo.

A medida que se aproximaba la muerte, mas serena estaba su alma, y sus palabras mas llenas de poesia.

—Me parece decia á Silvio, que oiré en la otra vida armonías que no he hecho mas que soñar en la tierra.

Hacia mucho tiempo que no salia, y todas las mañanas se preguntaba tristemente: ¿moriré hoy? y si se sentia con fuerzas, se consagraba á sus poetas, á su música, á sus ligeras tareas de muger. Aseguraba que sentia singulares deleites, porque la oracion elevaba su alma á la mansion que ansiaba poseer.

Pero con general sorpresa, recobró Angela fuerzas repentinamente, y tuvo una de esas reacciones que suelen observarse en las enfermedades de consuncion: se coloró su tez y se avivaron sus miradas. El Domingo de Trinidad quiso que la condujeran á la catedral para tocar por última vez en su querido organo.

Jamas se habia visto tanta gente reunida bajo las bóvedas de la iglesia; se sabia que tocaria la enferma. Angela encontró acentos mas celestiales que nunca, y de todos los ojos brotaron lágrimas. Pero el espanto fue general cuando espiró el canto en medio de una melodia: todas las miradas se dirigieron al órgano; los amigos de la jóven artista la rodearon, pero su cabeza estaba doblada sobre el pecho, su alma habia volado al empíreo.

El dolor de Silvio fue mudo: con ojos enjutos contemplaba á la dormida doncella, mientras que Laura regaba con lágrimas la mano de su esposo.

Pronto circuló la triste noticia por la concurrencia, y casi toda la poblacion siguió silenciosa, recogida, el cuerpo de la vírgen, que un anciano estatuario trasladó en sus brazos.

Pero lo que la multitud ignoraba, lo que ignoraba todo el mundo, escepto Silvio que recibiera el último suspiro de Angela, eran las postreras palabras de aquel angel:

—Amigo, habia murmurado al oido de Silvio, me muero: lo que me consuela de haber columbrado una dicha imposible para mí, es restituírsela á Laura: piensa en mí como en un alma perdida en el cielo.

Hubo luto nacional en Florencia porque las artes eran las verdaderas soberanas del pais: y las doncellas de las primeras familias en union con las del pueblo, formaron la comitiva y regaron flores sobre la tumba de Angela.

F. L.

SEPULCRO DE FERNANDO EL VI

EN LAS

SALESAS.



Reynando Fernando VI, y su esposa la Reyna Bárbara, se dió principio en el año de 1750 á la suntuosa fábrica del Monasterio de la Visitacion de Religiosas de san Francisco de Sales, de Madrid, obra verdaderamente regia, en que sus ilustres fundadores pudieron ostentar las inmensas riquezas y la bienhechora tranquilidad de aquel pacífico reynado.

Duró esta obra ocho años y medio, ascendiendo su costo á la suma de diez y nueve millones cuarenta y dos mil treinta y nueve reales y once mrs., sin contar con las halajas de oro y plata, y piedras preciosas. —Consta la estension de todo el edificio y dependencias de 774,550 pies cuadrados de superficie; el convento tiene 155,056 y 49 de alto; la iglesia, sacristia esterior y pórtico 9580; 128 de longitud, 58 de latitud y 80 en el crucero.—Su altura es de 48 pies hasta la cornisa; sobre esta arranca la bóveda y arco torales, y carga encima el cuerpo de luces que levanta 22 1/2: sigue la media naranja que supera 20, recibiendo la linterna que tiene 21 de elevacion por 10 de diámetro.

El adorno de este templo es de pilastras y columnas del órden corintio en los pilares con regular decoro y sencillez. Ademas le enriquecen mármoles de varios colores, y bronces dorados en los retablos con costosos lienzos pintados los mas en Italia.

Su fachada es de un solo cuerpo con ocho pilastras del órden compuesto, con dos torres en los estremos y un atrio en el medio de tres puertas. Cierra la entrada una espaciosa lonja con pilares y verjas de hierro. Pero la fachada mejor de esta casa es la que cae al jardin, y corresponde á lo que llaman el palacio, por ser la habitacion que destinó para sí la Reyna doña Bárbara. Toda la obra en general tiene magnificencia, y atendida la época en que se construyó, por ser una de las primeras que se apartaron del mal gusto que reynaba en España, mereció mucho aprecio, aunque no esté exenta de la crítica de los inteligentes. Se cree que los planes de esta obra fueron inventados por don Francisco Garlier. Su direccion estuvo á cargo de don Francisco Moradillo.

En esta iglesia en que tan privilegiadamente se ostentó el poder real de la casa de Borbon, es donde determinaron descansar sus fundadores don Fernando VI y doña Maria Bárbara, su esposa; y su hermano y sucesor Cárlos III, se hizo un deber en realizar aquella voluntad. El arquitecto don Francisco Sabatini fué el encargado de la construccion de los Sepulcros Reales, y la escultura corrió á cargo de don Francisco Gutierrez.

En el crucero de la iglesia al lado de la epístola, y dentro de un arco y nicho, se eleva el sepulcro del Rey cubierto de escogidos mármoles de diversos colores. En el sitio de la clave están las armas reales sostenidas por un niño y una fama de mármol, con clarin en la mano. Sobre el primer zócalo se levanta un pedestal á cuyos lados hay dos estátuas en pie, mayores que el natural, y representan la Justicia y la Abundancia. Luego sienta la urna sobre dos Leones de bronce, y en su frente hay un bajo relieve que representa las tres bellas artes, acogidas bajo la real proteccion. Parte de la urna se figura cubierta de un paño, y sobre ella hay dos niños llorando, el uno levanta el paño y el otro tiene una espada en la mano. En el fondo detrás de la urna se levanta una especie de pirámide, y alli



Sepulcro de Fernando el VI.

está colocada la figura del Tiempo, que con una mano sostiene el retrato del Rey y con otra le señala. En una tabla de mármol que sienta sobre el pedestal, está escrita con letras de bronce dorado, la inscripcion siguiente que compuso, con la que se dirá de la Reyna, don Juan de Iriarte. « *Hic jacet hujus Cœnobii conditor, Ferdinandus VI Hispaniarum Rex, optimus princeps, qui sine liberis, at numerosa virtutum sobole patriæ obiit IV id. Aug. An. MDCCLIX. Carolus III fratri dilectíssimo, cujus vitam regno prœoptasset hoc mœroris et pietatis monumentum.* » En el sepulcro de la Reyna doña Maria Bárbara colocado en el recinto del coro á espaldas de el del Rey, se puso la inscripcion siguiente: « *María Bárbara Portugalliæ Ferdinandi VI Hispaniarum Regis uxor; post conditum D. O. M. Templum, Sacris Virginibus Cœnobium, optatur fruitur sepulchro et votiis proprior et aris. Obiit annos nata XLVII. VI Kal. Sept. MDCCLVIII.*

S. P.

Estudios Históricos.

LA DONCELLA DE ORLEANS.



Juana de Arco nació en 1410 en Domremi cerca de Vancouleurs al Norte de Francia, en el tiempo de las mas grandes calamidades políticas que jamas sufrió la Francia, habiendo sido este pais por mas de veinte y cinco años el espectáculo de toda suerte de perversidad humana. Cárlos VI, Rey frenético é incapaz de gobernar, entregó las riendas del gobierno á los príncipes sus tios, los que arrastrados por ambicion, zelos y odio uno contra el otro, formaron partidos que se calumniaban y asesinaban sin respeto á Dios, al honor ni á la humanidad. Hasta la iglesia se dividió en dos facciones implacables. Los prelados robaban las iglesias y vendian públicamente los despojos sagrados; los sacerdotes abandonaron los altares y los religiosos sus monasterios, para tomar las armas, hacerse bandidos, homicidas é incendiarios. Todos los franceses, sin distincion, encarnizados unos contra los otros, parecian haber perdido todo miramiento por la patria, toda compasion por los que no eran de su opinion. El príncipe heredero, todavia niño, fue proscrito por una madre desnaturalizada, muger voluptuosa, esposa cruel, y traidora á la nacion, entregando la parte que quedaba á un enemigo estrangero que ya poseia la mitad. Los esfuerzos de los pocos súbditos fieles al jóven Rey Cárlos VII se concentraron en Orleans, donde estaban estrechamente sitiados por un ejército inglés, orgulloso con sus continuadas victorias por muchos años, é irresistible con los refuerzos que constantemente recibia; y la guarnicion y habitantes de Orleans iban ya á rendirse por falta de víveres, cuando apareció en la escena Juana de Arco, á fines de Febrero de 1429.

Juana de Arco era una humilde paisana,

hija de un pobre labrador, y de una educacion correspondiente á su clase en aquellos tiempos, no habiendo aprendido jamas á leer ni escribir; coser, hilar y cuidar algun ganado en el campo fueron todas sus ocupaciones. Juana era hacendosa, amable, sumamente religiosa, no gustando oir, ni hablar sino de Dios y de la Vírgen Maria, los únicos y tiernos objetos de su amor. Deberá tambien observarse en ella, para juzgar del resto de su vida, que era tan tímida que bastaba hablarle un desconocido para turbarla á punto de no poder responder una palabra.

A media legua de su lugar habia un bosque llamado Chenu, en cuyo centro estaba una magestuosa haya antigua, y á donde el Señor del lugar daba todos los años una fiesta á los mozos y mozas de Domremi, los que iban alli en pompa campestre en el mes de Mayo para bailar, cantar y divertirse inocentemente, y traer flores para la imagen de la Virgen de Domremi; este último objeto era lo que movia á la muchacha Juana para ir á aquella fiesta, porque nunca se juntaba con las otras en la danza. En este tiempo, y cuando solo tenia trece años, dió los primeros indicios de la exaltacion de su imaginacion, teniendo un éxtasis á mediodia en el jardin de su padre pareciéndole ver la figura y oir la voz del arcangel Miguel unas veces, y otra á Santa Catalina y Santa Margarita. Debe observarse que se mantuvo siempre tan persuadida de la realidad de estas apariciones, que ni los rigores de la prision, la promesa de libertad, las amenazas de sus jueces, la presencia de sus verdugos, ni la vista de la hoguera pudieron hacerla retractarse.

Llegada Juana á la edad de diez y nueve años, sintió la voz que le anunciaba ir á socorrer la plaza de Orleans; y comunicó su mision al capitan Baudricourt. Admitida á la presencia de este gefe le dijo delante de los oficiales que le rodeaban. «Que habia recibido órden de su Señor para ir á librar á Orleans, proclamar al Delfin por Rey de Francia, y conducirle á Reims para ser coronado.» «¿Quien es tu Señor?» le preguntó Baudricourt. «Mi Señor,» respondió la muchacha, «es el Rey del cielo.» El general no consintió que fuese presentada al Delfin, pero Juana sin desesperar por esto reiteraba todos los dias su peticion, hasta que confuso el gefe con la firmeza y simplicidad de la paisana, la mandó acompañada de un caballero muy estimado en la corte. Juana, antes de partir, se hizo cortar su hermoso cabello, se vistió de hombre, y dándole Baudricourt la carta de recomendacion al Delfin, le dijo que advirtiese el peligro á que se esponia en el camino, porque no podia darle mas escolta que siete hombres. «Si hay enemigos en el camino, respondió la doncella, Dios que es el que me envia abrirá el camino; yo he nacido solo para esta empresa.» «Ve, dijo entonces el general, y suceda lo que sucediere.»

Despues de haber caminado, á fines del invierno, ciento y cincuenta leguas por un pais ocupado por el enemigo, y espuesta á tantos peligros, llegó la doncella con su escolta, en 24 de Febrero de 1429, á Chinon, donde el Delfin tenia su corte. Los señores de la corte eran de opinion que hiciesen volver á su casa á aquella pobre muchacha ilusa sin oirla; pero despues de algunos dias de deliberacion, fue resuelto que entrase á la presencia del Rey, donde repitió su mision de parte de Dios. Omitiendo todos los incidentes que ocurrieron en la corte con respecto á Juana, diremos solo que el Rey la escuchó con respeto, y que todos admiraban su hermosura, la franqueza de su alma, sus nobles miradas, y la simplicidad de sus respuestas, siempre exactas y frecuentemente sublimes; ella no tenia mas de dos asuntos y estos los espresaba lacónicamente,—cumplir con la órden de Dios, y salvar á la Francia.—El Rey nombró una comision de teólogos para saber si podia admitir lícitamente los servicios de aquella muchacha; estos la interrogaron varias veces, y últimamente le dijeron: «Nosotros no podemos aconsejar al Rey, solo sobre tu palabra, que ponga á tu disposicion un ejército para que lo pongas en peligro. Danos una señal por la que podamos conocer que vienes mandada por Dios.»—«Padres Reverendos,» respondió Juana, «yo á la verdad, no he venido aqui para hacer milagros. Aquel Dios que desde su alto solio gobierna este mundo, me ha enviado al Rey para salvar la patria. Vosotros me pedis señales porque no quereis creerme sobre mi palabra; la única señal que me ha sido dada para mostrar que vengo de parte de Dios, es la promesa de su auxilio poderoso, para librar á Orleans del sitio que la aflije, y á la Francia del yugo con que la afrenta un enemigo. Déseme un ejército por pequeño que sea, y entonces daré á mi Rey, á la patria y á

vosotros una señal incontestable de la verdad de mi mision.»

Mientras esta comision examinaba á la jóven, otra comision fué á Domremi para informarse de su conducta en su propio lugar. La consecuencia de una y otra comision fue, que no se hallaba nada de malo en lo que Juana proponia, ni la menor tacha en su vida, y que por tanto podia el Rey aceptar el socorro de la jóven. Cárlos, sin embargo, quiso hacer la última prueba, y la envió á la Reyna de Sicilia, Yolanda de Aragon, que estaba en su corte, para que con sus damas de honor examinase á Juana de Arco; y la Reyna certificó con varias señoras, «que Juana de Arco era perfecta virgen, sin la menor sospecha de corrupcion.»

Resuelto Cárlos VII á dar á la doncella los auxilios para su mision, nombró á un caballero para servirle de Mayordomo, otros para pages, y una plana mayor con un solo batallon, y la dejó marchar á Orleans. Los sitiados, cada dia en mayor necesidad, habian oido la espedicion de la Doncella, y deseaban con impaciencia el efecto de su prediccion. La heroina concluyó todos los preparativos de su convoy y se puso en marcha para socorrer la plaza con un solo batallon, cada soldado tan entusiasmado como su generala. Luego que llegó á vista de los sitiadores, les mandó la siguiente intimacion. «Hago saber á los generales ingleses en este sitio de Orleans, que Dios el Rey del cielo manda que se retiren, y que evacuen todas las ciudades que ocupan en Francia.» Inútil es decir el desprecio con que los victoriosos ingleses oyeron la intimacion tan perentoria de una muger, á la cabeza de un batallon, pero como la Doncella no habia sido enviada para perder tiempo en contestaciones, dió la órden de ataque, arrolló todas las líneas del ejército ingles, y entró con su convoy en la ciudad el 29 de Abril de 1429. Al dia siguiente puso su cuartel fuera de las murallas y frente del enemigo; y por una semana les estuvo dando batallas, desalojándolos de fuerte en fuerte hasta hacer retirar precipitadamente al ejército ingles, despues de perder la mitad de su gente. Lo mas admirable era la presencia de ánimo y valor de la Doncella en los mayores conflictos ella era siempre la primera en los ataques y la última en la retirada; con su presencia animaba á sus tropas, y luego que veia declarada por ella la victoria, corria á detener los soldados para que cesasen de perseguir. Enemiga de la efusion de sangre, no usaba jamas su espada sino para defender su persona; y cuando se hallaba rodeada de enemigos se abria camino con su lanza, y mas frecuentemente con una pequeña hacha que llevaba colgada al lado.

El último puesto de los sitiadores en Orleans fue un fuerte donde estaba la flor del ejército ingles. La Doncella dirijió el ataque con una habilidad que asombró á los capitanes mas esperimentados de ambas partes; pero los franceses fueron rechazados, lo que observado por Juana, los manda detener y á su vista se arroja al foso, toma una escala y la aplica contra el baluarte, cuando una flecha disparada de la muralla la hiere entre el cuello y la espalda y cae al suelo ensangrentada. Luego bajó al foso una partida inglesa, pero arrancándose la Doncella misma la flecha sacó la espada y se defendió con tanta destreza y valor, que dió lugar á que viniera su tropa y la socorriera. Dunois, su teniente general, la condujo fuera del campo de batalla, y tendida sobre la yerba la desarmaron para examinar la herida por donde se desangraba mucho. El ataque habia durado desde las diez de la mañana, y ya se acercaba la noche, sin conseguir el asalto, por lo que Dunois mandó tocar á retirada. Luego que la Doncella supo la determinacion de su teniente general, pidió su caballo y partió al ejército mandando dar el último ataque. Los soldados al ver á su capitana á caballo, creyéndola ya muerta, cobran nuevo ánimo: Juana tomó el estandarte en lugar de la espada y los condujo al foso con las escalas. Exhaustos los ingleses, y acobardados a la vista de una muger tan estraordinaria, se retiraron paso á paso mientras que avanzando los franceses se apoderaron del fuerte. Concluida la jornada se retiró la Doncella con su tropa á la ciudad, donde fue recibida en triunfo con todas las aclamaciones de un pueblo entusiasmado Los generales ingleses, viendo la pérdida del fuerte mas principal, deliberaron en la noche y resolvieron retirarse al dia siguiente. La guarnicion se preparaba ir tras ellos seguros de hacerles gran daño, pero la humana Doncella los detuvo diciéndoles: «Dejadlos ir, y contentaos con verlos huir.»

La Doncella habia ya hecho en una semana con un solo batallon, lo que todo el ejército frances no habia podido hacer en los siete meses que habia durado el sitio de Orleans, y ahora se preparaba para la re-

conquista del reyno. Los generales franceses eran de opinion de marchar hacia la Normandía; Juana, al contrario, pensaba debian dirijirse á la Champaña, y asi fue decidido. Seria alargarnos demasiado detallar las batallas dadas bajo el mando de la Doncella, por lo que solo referiremos las victorias mas señaladas.

La primera accion fue el asalto de Jurgeau, defendido por Lord Suffolk, uno de los mas esforzados generales ingleses, que habia resuelto quedar sepultado bajo las ruinas del fuerte antes que rendirse. La Doncella dirijió la artilleria con tanto acierto que abrió una brecha practicable, y luego mandó asaltar animando las columnas. El Duque de Alenzon mandaba una, y acercándose Juana á él le dijo sonriéndose: «Al ataque, gallardo príncipe, no dudeis de la victoria; ¿no sabeis que yo he prometido á la princesa vuestra esposa restituiros á ella vivo, sano y victorioso?» A este tiempo observó la fuerte resistencia que hacian los sitiados en un baluarte, y bajando precipitadamente al foso montó por la escala con el estandarte en la mano Un ingles arrojó una piedra enorme que derribó á la Doncella al foso, gritando los sitiados, Victoria! Juana se levanta luego mas osada y terrible que antes, estiende el brazo y dice: «Animo, franceses, el Señor ha entregado los ingleses á vuestras manos.» Animados los franceses con estas palabras vuelven al asalto, se apoderan de la fortaleza, entran por las calles, matan 1,100 ingleses, y toman prisionero el resto de la guarnicion con los generales Suffolk, Poll, y otros capitanes de nota. A esta victoria se siguió la toma de Meun, y el puente y castillo de Beaugenci, aunque defendidos por Lord Talbot, el mas famoso guerrero ingles de aquel tiempo.

Alarmado el Duque de Bedford, el general en gefe ingles, con estas pérdidas, mandó seis mil hombres de Paris, á los que se juntaron las guarniciones de varias plazas que habia mandado abandonar, para detener la marcha de los franceses; estos eran inferiores en número, y sus comandantes el condestable de Richemont, el Duque de Alenzon, el mariscal Rieux y el general Dunois, no querian dar batalla en campo abierto á un ejército mas numeroso y mas aguerrido. La Doncella, sin embargo, los anima y les promete la victoria. Entonces se dió la famosa batalla de Patay, en la que fueron completamente derrotados los ingleses con pérdida de 1,500 muertos y 1,200 prisioneros. Al dia siguiente partió la Doncella escoltada por todos los generales á dar cuenta al Rey de la victoria de Patay.

El ascendiente que esta muger estraordinaria habia adquirido sobre los soldados y pueblo frances no tenia límites; pero los generales no podian disimular sus zelos de la superioridad que una muchacha aldeana tenia sobre tantos nobles é ilustres capitanes; mas atenta Juana solo á cumplir lo que llamaba su mision, los reducia á razon por su conducta heróica é irreprehensible, y á obediencia con sus amenazas.

A la victoria de Patay, se siguió un curso de triunfos sucesivos sin interrupcion hasta llegar á tomar á Reims en 16 de Julio, 1429, y al dia siguiente fue consagrado Cárlos VII en aquella catedral como Rey de Francia. Despues de la ceremonia de la coronacion, se postró la Doncella á los pies de su soberano, y derramando lágrimas le pidió su permiso para retirarse, pues que su mision estaba ya cumplida. Su padre y sus hermanos habian venido á Reims para verla, y los tiernos abrazos de su familia avivaron mas sus deseos de volver á su casa y entrar en la humilde condicion de que habia salido solo por mandato del Señor. El Rey le respondió que consideraria su peticion. Yendo el Arzobispo de Reims á visitarla, y entendiendo que el Rey no queria que dejase el ejército, esclamó la Doncella; «Ojalá se sirviese Dios mi Criador disponer que el Rey me permitiese partir y abandonar estas armas y uniforme; yo seria feliz en mi lugar, en compañia de mis padres, guardando su rebaño con mis hermanos y hermanas, que se regocijarian mucho de verme alli.» Convencido Cárlos VII de la influencia mágica que Juana de Arco ejercia sobre el ejército, y de la necesidad de echar á los ingleses de Francia, se opuso á que la Doncella se retirase. Esta pidió al Rey en recompensa de sus servicios una gracia para sus parientes, conocidos y paisanos, «la escepcion de toda tasa y contribucion cualquiera á los habitantes de Domremi y Greux» (estos dos lugares formaban una sola parroquia). Cárlos consintió, y mandó expedir la Cédula Real para esta concesion, que continuó hasta la última revolucion de Francia.

Abierta la campaña siguiente, las tropas del Rey reconquistaron mas de veinte plazas ocupadas por los ingleses. Mencionaremos una incidencia singular que ocurrió al

fin de la campaña. Estando el ejército frances sitiando á París, vió la Doncella entre los soldados á una prostituta desenfrenada, y no pudiendo contener su zelo por la castidad, sacó la espada y le dió un golpe de plano, cuando por casualidad se rompió la espada que habia usado desde el principio de su carrera militar. El Rey y los cortesanos creyeron que este era un presagio funesto, y que tendria una fatal influencia en el ejército; y Juana de Arco misma pensó que este era un aviso del cielo, haciendole saber que habia cesado su poder, y concluido su carrera militar. Pocos dias despues se dió un asalto á un reducto que protegia á Paris, pero sin suceso; Juana vió por la primera vez huir á los franceses, y procuró reanimarlos para un segundo ataque: á fin de darles ejemplo, llegó al foso é intimó á la guarnicion se rindiese, cuando un tiro de ballesta la hirió en el muslo. El dolor de la herida y la pérdida de la sangre la obligaron á retirarse, y sin ser vista de nadie se recostó detras de una eminencia alli cerca; asi continuó hasta la tarde, cuando fue hallada por el general Thichonne, pero disgustada con este primer reves, ó quizas mas por la ingratitud de sus compañeros de armas, rehusó moverse de alli, hasta que viniendo el duque de Alenzon la hizo conducir á San Denis donde estaba el Rey. Recobrada un poco, la acompañaron el Rey, los príncipes y mariscales á la basílica real de San Denis para dar gracias á Dios por los favores que le habia dispensado. Entonces reiteró su súplica para volver á su casa y acabar su vida en la oscuridad, pero las instancias del Rey y oficiales principales triunfaron otra vez de su resolucion. El Rey en esta ocasion expidió la Cédula Real de nobleza á Juana de Arco y á toda su familia con sus descendientes, no solo varones mas tambien las hembras, privilegio muy notable en la heráldica francesa.

La brevedad nos compele á pasar en silencio la campaña siguiente, en la que sus conquistas, victorias y hazañas no fueron menos ilustres que las anteriores, para llegar á la prision y fin trágico de esta célebre heroina.

Conduciendo una pequeña division hácia Marigni en 24 de Mayo 1430, vino á dar con un ejército ingles mandado por Montgomery, y siendo imposible entrar en batalla con una fuerza tres veces mayor, resolvió la Doncella la retirada á Compiegne, yendo ella la última para proteger la retaguardia. Los ingleses entretanto habian mandado una fuerte division para interceptar á los franceses, y sorprendidos estos al mismo tiempo por los bourguiones, se arrojaron unos al rio y otros se rindieron prisioneros. La Doncella quedó sola, y siendo conocida por su vestido de púrpura y el estandarte que llevaba en la mano, fue rodeada de enemigos. Ella se defiende y rechaza con su espada á todos los que la acometen, dirijiéndose hacia el puente para entrar en la ciudad, pero Flavi, gobernador de Compiegne, cerró traidoramente la barrera para impedir la entrada á la heroina de Orleans. Esta, no viendo mas modo de salvarse que la huida, puso espuelas á su caballo; pero un diestro y atrevido ginete la agarró por el vestido, la hizo caer del caballo, y desarmada fue enviada con una guardia numerosa á Marigni, donde estaba el cuartel general ingles. La prision de la Doncella causó mas alegria á los ingleses que todas sus victorias de Creci, de Poitiers y de Agincourt; y los oficiales acudian en tropas á ver una muchacha de diez y nueve años, cuyo solo nombre habia sido por doce meses el terror de Inglaterra. Esta misma jóven, tan temida de los generales ingleses por su valor casi sobrenatural en las batallas, temblaba ahora á la sola idea de hallarse bajo el poder de sus enemigos. Primero tentó escaparse del castillo de Beaulien, y siendo descubierta, la condujeron al fuerte de Beaurevoir; el deseo de salvarse la impelió á arrojarse de una ventana de la torre en que estaba, y quedó insensible con el golpe de su caida. Restablecida un poco fue conducida á Crotoi, ciudadela muy fuerte á la embocadura del Somme; mientras que el Duque de Bedford trazaba la mas inhumana tragedia para satisfacer la venganza de los ingleses por las derrotas que habian sufrido sus armas. Todos los generales y partidarios ingleses concurrieron unánimemente á la cobardia é inhumanidad de sacrificar á la Doncella; y aunque la condesa de Luxemburgo, que la habia asistido en su prision, suplicó de rodillas á Bedford no hiciese matar á una cautiva tan interesante por su valor como recomendable por su virtud, todo fue en vano, y las leyes de la guerra fueron violadas.

Si sus enemigos la hubiesen acusado, aun por testigos falsos, que ella habia quebrantado el derecho de gentes, que era rebelde

á su soberano, ó que habia faltado á la humanidad, el proceso, á lo menos, no hubiera sido tan infame; pero estas acusaciones eran imposibles por la notoriedad de su fidelidad á su patria y humanidad á sus enemigos rendidos. No habia otro medio que valerse de la religion para insultar la religion. La Doncella de Orleans fue condenada á morir en las llamas, como una muger abandonada, porque habia tomado el uniforme de soldado, y como hechicera porque habia vencido en veinte batallas á los ingleses. Referiremos el proceso antes de mencionar su muerte.

Cauchon, un Obispo expatriado de Beauvais, y un tal Lemaire inquisidor, fueron los jueces, con sesenta asesores que solo tenian voz consultiva. Nada fue omitido en su interrogatorio; preguntas insidiosas, reticencias, amenazas, violencias, imposturas, nada podia sacar á luz material alguno para servir de acusacion. Una comision de matronas bajo la inspeccion de la misma Duquesa de Bedford, fue encargada de averiguar la virginidad de la prisionera, y el informe fue en su favor; entonces fue absolutamente necesario abandonar la parte de acusacion contra su castidad, é insistir solo en la de mágia y hechicería. «Tú has dicho, fue una de las preguntas, que Dios aborrece á los ingleses.»—«Si Dios ama ó aborrece á los ingleses no lo sé; lo único que he dicho es, que Dios ha determinado que los ingleses sean echados de la Francia.»—«Pero tú decias á tus soldados que serian felices si morian combatiendo.»—«No, yo no les decia mas que: Animo, atacad á los ingleses, miradme á mí siempre á vuestro frente.»—«¿Qué te ha dicho Dios ó sus santos sobre este proceso tuyo?»—«Dios me ha dicho que no tema mi martirio, y que ganaré la gloria; pero yo no sé si mi martirio es la prision en que me hallo, y estas cadenas que me oprimen, ó si he de sufrir mas tormentos.» Esto dará una idea del proceso, cuyo original se conserva en la Biblioteca Real de Paris. Pero lo mas infame fue la perfidia de sus enemigos. No pudiendo Bedford ni los jueces justificar en la corte de Inglaterra una sentencia de muerte contra la Doncella por el interrogatorio, convinieron en estender una cédula para que la Doncella la firmase, haciendo al pie la señal de la cruz, por no saber leer ni escribir, prometiéndole perdon si prometia: No tomar mas las armas contra los ingleses, dejarse crecer el cabello, y vestirse en lo sucesivo como muger. Juana de Arco consintió en esto, pero en lugar de darle á firmar la cédula que contenia estas palabras, le dieron otra que contenia las siguientes.—Confieso haber sido seducida por el demonio, y de haberle invocado en todas mis acciones; y no puedo negar haber sido sediciosa, herege, y haber cometido las mayores abominaciones.

Estando su muerte resuelta, hasta por el conde de Warwick, gobernador de Francia por Inglaterra, el Obispo presidente del tribunal le leyó la siguiente sentencia:—«Juana de Arco, el tribunal te entrega al brazo secular para castigarte como herege, relapsa, excomulgada y arrojada del seno de la Iglesia.» La pobre Doncella esclamó entonces:—«Apelo á Dios, el juez supremo de los hombres, contra el agravio é injusticia que se me hace»

Dada la sentencia y señalado el dia siguiente para el suplicio, la Doncella pidió la confesion y la comunion antes de morir, lo que puso en la mayor confusion á sus injustos jueces, pues con esta accion desvanecia las acusaciones de tener pacto con el demonio. Al principio intentaron prohibir que la viera confesor alguno, pero la piedad ejerció su imperio en este momento aun sobre los corazones mas corrompidos y feroces. Despues de este acto de piedad, la Doncella cesó de llorar y aflijirse, revistiéndose del valor y firmeza que tanto la habia distinguido en su mando militar. Llegada la hora fue conducida de la prision, vestida de muger, y escoltada por ocho alabarderos ingleses hasta el lugar donde estaba la pira preparada, fuera de la muralla de Roan. Puesta de rodillas, declaró solemnemente que solo la voluntad de Dios, la lealtad á su soberano, y su amor á la patria la habian inducido á las obras que habia hecho, ya fuesen reprehensibles, ya fuesen dignas de alabanza. Luego rogó á todos los espectadores tuviesen compasion de ella, y á los sacerdotes que estaban presentes que dijese cada uno una misa para el bien de su alma. Abrazando una cruz que á su ruego le habian traido de una iglesia vecina y dada la señal, fue arrastrada por los soldados ingleses al quemadero, y mientras que la ataban al poste que habian puesto en medio de la hoguera, esclamó «¡Ah! Roan! Roan! habias de ser tú mi última morada!» Frente del patibulo estaba escrita en un tablon la inscripcion siguiente:—«Juana, la que se ha hecho

llamar Doncella, sufre la muerte por embustera, perniciosa, abusadora del pueblo, adivinadora, blasfema de Dios, idólatra, cruel, disoluta, amiga de los diablos, cismática y herege.»—Dada la señal por el juez estallaron las llamas, por entre las que salia una desconsolada voz gritando, Jesus! Jesus! Apagado el fuego, mandó el cardenal Winchester recojer las cenizas de la martirizada Doncella, y arrojarlas al rio Sena.

No quedó retrato ni pintura alguna de esta estraordinaria muger, y por los manuscritos contemporáneos solo se sabe, que tenia una bella figura de cuerpo, ojos negros, un pecho muy hermoso, y la mas feliz mezcla de los atractivos de una muger con la energia de un jóven guerrero. Mas de treinta manuscritos, ademas de los documentos jurídicos, existen en la Biblioteca Real de Paris relativos á los hechos y fin trágico de esta heroina; sin embargo, muchos historiadores ingleses los han negado, lo que no es estraño; otros han asegurado que fue perdonada, y que casada despues tuvo hijos, aun esto seria tambien escusable; pero negar que jamás existió tal muger, y que solo es una heroina de romance, como han hecho algunos, es la mayor impudencia en la pluma de un historiador.

El carácter, pues, de esta jóven, por mas estraordinario que parezca, no tiene nada de sobrenatural. Que no era una vidente ni un ángel de Dios, como pretendian sus amigos, lo mostraron evidentemente sus heridas, la ignorancia de su fin desgraciado, y la triunfante injusticia de sus enemigos, porque seria una blasfemia suponer, que el Altísimo permitia insultar la virtud é inocencia de una persona que obraba por su inspiracion. Decir que obraba por el poder del demonio, ademas de ser un error grosero, seria una ridícula suposicion, porque el mismo demonio la hubiera librado de las manos que tantas veces habian sido burladas por su agencia. Juana de Arco no tenia, pues, nada de divino, nada de infernal. Era una jóven entusiasmadamente patriota, dotada de una grande energia mental, de una constitucion física que le hacia sobrellevar toda fatiga, y de un estoicismo genial que no le permitia ver peligro alguno, creyendo que cuanto hacia estaba decretado en el cielo. Se arrojaba á las batallas confiada en un hado favorable, y salia victoriosa con humildad, atribuyendo al ángel de su guarda todo el mérito del triunfo. Vencida y oprimida sintió su debilidad, y con sus lágrimas y en su súplicas mostró la agonia de su afliccion.

E. I.



UNA DEUDA DE HONOR.



Un dia del mes de Julio de 1838 almorzaban alegremente varios jóvenes en una sala del café ingles.

Segun lo avanzado de la hora (eran las dos y media) y la cantidad de botellas que lucian sus desnudos vientres en una estremidad de la mesa, la broma habia sido grande y borrascosa. El apetito estaba satisfecho, pero las imaginaciones herbian mas que nunca al compás de las copas de champagne.

El héroe de la fiesta daba el ejemplo apurando los vasos sin cuidado y sin temor. Era un jóven de hasta veinte y cinco años. Un bigotito negro ligeramente retorcido daba á su rostro pálido pero animado aquel carácter de atrevida resolucion, agradable en un oficial que ostenta en su pecho las cruces ganadas con su sangre. Todos los convidados eran militares tambien, del mismo grado, del mismo regimiento, pero de edad distinta; y el objeto de la reunion era mojar, como suele decirse, las nuevas charreteras del anfitrion promovido al grado de capitan á consecuencia de su reciente expedicion á la Argelia.

Cárlos de Montilly era uno de los pocos oficiales que hicieron la campaña con felicidad, revelando un mérito precoz y un valor que sin la guerra se hubiera obscurecido siempre. Algunos lances de honor en que desplegara tanta intrepidez como generosidad, le habian proporcionado esa reputacion de valor tan envidiada por los hijos de Marte, y su inteligencia, su viveza y su ambicion le auguraban un porvenir venturoso. Empero un defecto capital en la carrera de las armas, afeaba su escelente natural. Cárlos era fanfarron, vicio que no es incompatible con el verdadero valor, y que acompaña siempre á los pocos años. Verdad es que á los pocos momentos de haberse escedido, soltado el insulto, se arrepentia de su falta, detestaba su funesta inclinacion, y de buena gana habria pedido perdon si la susceptibilidad del pundonor militar se prestase á tales reparaciones.

El dia en que vamos hablando estaba mas templado que de ordinario, y los brindis, la zambra y el alboroto iban calentando las cabezas á pasos agigantados: todo era bullicio y animacion y vida; empero de pronto Cárlos, dejó de tomar parte en el báquico regocijo de sus compañeros. Con el codo apoyado en la mesa y la mano en los cabellos, se ocupaba en disponer en monton á manera de balas de cañon una razonable cantidad de huesos de cerezas.

—Qué diablos haces? preguntó uno de los convidados asombrado de no oir la voz de Montilly.

Pero este, sin contestar, prosiguió tranquilamente el geométrico alineamiento de los globitos rojos.

—Qué significa ese aparato? dijo otra vez: tratas de esplicarnos algun sitio?

La única respuesta de Cárlos fue volver los ojos lentamente hácia uno de los ángulos de la sala, y siguiendo la direccion de sus miradas, divisaron sus compañeros en otra mesa un hombre chato, regordete, fornido de hombros y bajo de estatura. Recostado sobre la mesa sostenia con ambas manos su enorme cabeza armada de una erizada peluca rubia. La inamovilidad de su continente y los rasgos de su rostro en mitad del cual se distinguian dos ojillos redondos y vidriosos, formaba singular contraste con la animacion de los calaveras que él observaba en silencio.

Una carcajada general celebró el descu-

brimiento del exótico personage; pero Cárlos y el desconocido permanecieron impasibles, fijando uno en otro la mas escudriñadora mirada, cual si hubiesen adivinado el secreto pensamiento que los agitaba interiormente.

El oficial fue el primero que perdió la paciencia.

—Ira de Dios! esclamó, yo haré bajar los ojos á ese descarado arlequin.

Y el capitan Montilly cogió un hueso de cereza entre el índice y el pulgar, alzó la mano derecha á la altura del ojo, mientras el otro brazo puesto perpendicularmente sobre la mesa á guisa de punto de apoyo, aseguraba la exactitud del tiro. Despues de apuntar cuidadosamente.

—Al ojo derecho del mónstruo, dijo, y partió el proyectil.

Arrugóse ligeramente la frente del desconocido; se pasó la mano para borrar la mancha roja que dejara el hueso, recogió este, y se le guardó gravemente en el bolsillo del chaleco. En seguida recobró su primera actitud como si no diera importancia alguna á lo que acababa de suceder.

Todos los espectadores se miraron con asombro.

—Buen tino! esclamaron los oficiales en coro.

—No, he apuntado muy alto, respondió Montilly con afectada calma: veremos otra vez.

De varios puntos de la sala salió un murmullo de desaprobacion, pero el capitan impertérrito renovó la prueba con la mayor tranquilidad. El golpe dió en el carrillo poco mas abajo del ojo, pero el desconocido no pestañeó. Recojiendo el hueso como el anterior, se apresuró á guardarle en el mismo sitio.

—Ese hombre es un hipopótamo, dijo uno de los oficiales. Te aconsejo que mudes de calibre.

—Si especulará el vejete en huesos de cereza? añadió otro.

—Veremos, replicó Montilly, yo tengo hecha provision de huesos y de paciencia.

Cuatro veces se repitió el mismo esperimento con la misma insolencia perseverante de una parte é insensibilidad aparente de la otra. Habia llegado á su colmo la indignacion de los testigos de aquella escena: pero el amenazador ademan de los oficiales y sobre todo la mirada imperiosa y firme del desconocido los habia impedido tomar eficazmente su defensa. Muchas veces habia sido tocado en la cara y el chaleco, cuyo fondo blanco estaba marcado de puntitos rojos como manchas de sangre. A la sesta prueba botó el hueso en medio de la sala: el paciente se levantó para recojerle, y en seguida dijo al capitan:

—Caballero, no sois muy certero y espero que me permitais daros algunas lecciones: creo que bastará con seis, y podremos comenzar desde mañana si os parece.

—Como gusteis, respondió Cárlos impávido. Estoy á vuestras órdenes.

—Elegid padrino: cualquiera de esos señores me hará el obsequio de acompañarme.

Pagó en seguida su gasto, y salió saludando á la reunion con caballerosa cortesanía.

Al dia siguiente por la mañana el capitan Montilly con su padrino aguardaba en el bosque de Vincennes, cuando llegó un carruage del cual se apearon tres personas.

—Caballero, dijo el adversario de Cárlos, perdonad mi tardanza. Tengo la costumbre de almorzar antes del combate, y no es estraño que uno se descuide algun tanto en la amable compañia de este caballero.

El desconocido señalaba á su padrino.

—Por lo que toca á este otro amigo, añadió señalando al segundo acompañante, ya me alegraria yo manejar la pistola como él maneja el bisturí y la lanceta.

Arregladas las condiciones, medido el espacio, cupo al capitan la suerte de tirar primero: la serenidad é irónico ademan de su adversario le habian aturdido, y su bala raspó el hombro del desconocido.

—No habeis apuntado bien, dijo este. A ver si yo tengo el pulso mas seguro. Cuidado con moveros, quieto, porque os importa la vida. A la oreja derecha!

Ora fuese terror ó indiferencia, Montilly se estuvo quieto como una estátua.

Silvó la bala, hizo el capitan un movimiento..... colgábale sobre el hombro la oreja derecha mutilada, si bien el cirujano declaró que la herida no ofrecia peligro.

—Hubiera sentido, dijo el desconocido acercándose, privaros de una oreja. Otro dia continuaremos..... Os devuelvo uno de los huesos, y no echeis en olvido que aun me quedan cinco. . . . . .

Dos años trascurrieron despues del suceso que acabamos de referir, y Carlos recordaba á veces la dura leccion que reci-

biera y la promesa de las sucesivas. Si cumplia su palabra, bien podia darse por muerto antes de la sesta prueba. No era cobarde el capitan, pero hubiera preferido asaltar veinte reductos y trepar á una brecha, mejor que esponerse cinco veces al fnego del impávido tirador. Desde entonces se verificó una reforma notable en su carácter, se hizo mas reservado, mas modesto, y sin perder ninguna de las dotes que honran á un militar, adquirió otras que no le hacen menos apreciable.

Empero con el tiempo se le borró de la imaginacion la memoria de su percance y la perspectiva de los que podian subseguir.

Mudó de guarnicion su regimiento, y Cárlos Montilly se estableció en Nimes. Una tarde que volvia de una de sus escursiones descubrió el capitan un grupo de muchachas sentadas á la sombra, y que á su aproximacion huyeron como pájaros asustados. En el desorden de la fuga olvidó una de ellas el pañuelo, y Cárlos que no era lerdo en materias amorosas, se dió prisa á recogerle y seguir á las fugitivas con el plausible objeto de restituir la perdida prenda: de esta suerte trabó conocimiento con la jóven mas linda que pueda darse, conocimiento que se familiarizó por dias, y que al fin como todas las relaciones de esta especie degeneró en amor.

Una mañana estaba citado por su amada y se habia levantado al amanecer para acicalarse y vestir el mas brillante uniforme; pero ¡oh instabilidad de las cosas humanas! llamaron á la puerta y entró un hombre; era el aficionado á los huesos de cereza!

—Acabo de llegar á esta ciudad, dijo al asombrado capitan; parto mañana al amanecer, y sabedor por casualidad de que os hallábais aqui de guarnicion, no he querido perder la ocasion de ofreceros mis respetos y recordaros... que soy vuestro deudor.

—Me hareis el obsequio de diferir el viaje: por hoy es imposible!.....

El desconocido miró fijamente al capitan.

—El negocio que me obliga á partir, replicó, es grave y no permite demora. Tan contado teneis el tiempo?... con cinco minutos..... A qué hora es vuestra ocupacion?

—A las doce...

—Oh! son las ocho, tenemos cuatro horas por nuestras. Podemos no perder un momento: mi criado aguarda abajo con las pistolas, y en cuanto á padrinos para maldita de Dios la cosa nos hacen falta.

Media hora despues recibió Cárlos Montilly un balazo en el brazo, y en el paraje mismo donde poco despues debia ver á su amante.

—Caballero, le dijo su adversario, sacando de una bolsita un hueso de cereza: aun quedan cuatro, pero os los ofrezco en pago de mi deuda y en memoria de mi cortesía: Adios...

Cárlos curó felizmente de la segunda herida, y se vió libre para siempre de la presencia y lecciones del temible profesor; pero no volvió á ver á la señora de sus pensamientos, porque el regimiento mudó de guarnicion durante la convalecencia.

J. S.



INDICE POR MATERIAS.

ESTUDIOS DE CIENCIAS NATURALES.

Los Necróforos. Página 33.
El Perro. 77.
La aurora boreal. 151.
Edad de los árboles. 164.
El Goliath Gigante. 224.
Las Serpientes. 271.
El Camello. 299.
Las Conchas. 322.
Las Aves. 366.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

La Corona y el Hacha. 3.
Memorias de Iosouf. 38.
El dia 2 de Mayo de 1808 en Madrid. 138.
Vida de Torcuato Tasso, extractada de la que escribió en frances Mr. Suart. 145.
Biografia del Cardenal de Lorenzana. 161.
Wamba trigésimo segundo de los Reyes Visigodos de España. 179.
Vida de Esopo el Frigio. 196.
Nicolás Flamel. 234.
La batalla de Guadalete. 242.
Biografia de don José Alvarez. 273.
Conquista de Sevilla por don Fernando III el Santo. 317.
Reynado de Isabel de Inglaterra. 345.
La Doncella de Orleans. 405.

ESTUDIOS ASTRONÓMICOS.

La Luna. 96.

VIAJES.

Los Kalmukos. 13.
La Meca. 45.
Los Lapones. 82.
Mesina. 356.
Expediciones al mar Artíco de los comandantes Ross, Buchan y Parry. 394.

COSTUMBRES.

Condicion social de las mugeres egipcias. 135.
Sobre las salutaciones y zalemas. 148.
Costumbres andaluzas. 207.
Del calzado entre los antiguos. 217.

LEYENDAS HISTÓRICAS.

El Conde Rodulfo. 174.
La hermosa Fosseuse. 183.
La tienda roja y la tienda negra. Crónica bohema del siglo XIV. 276.
Madama Laura. 301.
Gabriela y Clara de Laval. Leyenda del siglo XVI. 309.
Los dos huérfanos. 374.

NOVELAS, CUENTOS Y ANÉCDOTAS.

Dos negaciones equivalen á una afirmacion. 17.
El muerto vivo. Cuento por Washington Irving. 25.
El Músico de Hernival. 42.
Maria. 52.
El Baron Von-Koëldwethout de Tromberg: por Washington Irving. 85.
Los Recaudadores del Banco: por E. Berthet. 101.
El veneno de los Obeahs. 154.
El orgullo castigado. 169.
Eduardo y Enriqueta. 226.
Una pastorela en Montmorenci. 236.
El Capitan Wolf: por Eugenio Sue. 251.
Una hora de sueño. Aventura china. 264.
El mejor amigo. 285.
La virtud de Rosina. 324.
Un viaje divertido. 342.
Una mañana de Otoño. 350.
Un matrimonio en la alta sociedad. 360.
Memorias de un hombre feliz. 378.
La Organista de Florencia. 399.
Una deuda de honor. 412.

MISCELANEA.

Gustos de diferentes naciones por varios manjares. 23.
La Cárcel de Filadelfia. 84.
Elogio de los embusteros. 91.
El poeta ingles Waller. 153.
El autor trágico ingles. 153.
Efectos saludables del ejercicio. 160.
La Astrologia y los Astrólogos. 168.
A la Adelfa. Monostrophe. 220.
Utilidad de los baños. 221.
Historia de las campanas. 231.
De las perlas y del modo de cogerlas. 247.
La Catedral de Córdoba. 260.
El puente de Toledo, en Madrid. 283.
Casa del señor Marques de Casa-Irujo en Madrid. 307.
Ligera noticia sobre Mr. S. K. G. Nellis, nacido sin brazos el 12 de Marzo de 1817. 371.
El lenguage de las flores. 392.
Sepulcro de Fernando el VI en las Salesas. 403.

LÁMINAS ILUSTRATIVAS QUE CONTIENE ESTE VOLUMEN.

Henrique IV y Ana Boleyn. Página 3.
Palacio de White-Hall, morada del Cardenal Wolsey. 7.
Trages de los kalmukos. 13.
Kalmuko cazando. 16.
Julia Berger. 17.
El Muerto novio. 25.
Necróforos enterrando un Topo. 36.
El kaaba (Vista de). 45.
Una noche en un convento. 52
Maria en la ventana. 62.
El Perro. 78.
Los Lapones. 82.
La aparicion y el baron Von-koëlwethout. 89.
Vista telescópica del disco de la Luna en el plenilunio. 97.
Casa del Ayuntamiento de Paris. 107.
Galeria de las fieras en el Jardin de Plantas de Paris. 124.
Monumento del 2 de Mayo en Madrid. 137.
El Cadáver del Tasso condu-

cido en la carrosa fúnebre. 147.
Embarque de Mr. Compton. 154.
Retrato del Cardenal de Lorenzana. 161.
Eduardo burlado por sus condiscípulos. 173.
Eleccion de Wamba. 181.
Rochefort besando la mano á la Reyna. 189.
Esopo probando su inocencia. 197.
Janto presenta á Esopo á su muger. 199
Esopo sirviendo á Janto y sus discípulos. 201.
Esopo descubre un tesoro. 202.
Esopo es conducido á la muerte. 206.
Costumbres españolas. 215.
Calzado de los antiguos. 217.
Goliath Gigante. 225.
Nicolás Flamel y su muger. 234.
D. Rodrigo en la batalla de Guadalete. 246
El Capitan Wolf. 254.
Vista interior de la Catedral de Córdoba. 261.
Soldados de la Milicia Tigre. 268.
El grupo de Zaragoza. 275.
El Puente de Toledo en Madrid 281
Un naufragio. 289.
El Camello. 299.
Casa del Marques de Casa-Irujo, en Madrid. 308.
Toma de Sevilla. 320.
Conchas. Cono atigrado y tellina. 323.
Un viaje divertido. 344.
Isabel de Inglaterra. 347.
Vista de Mesina. 357.
El Aguila. 358.
Retrato de Mr. Nellis. 370.
Mr. Nellis afeitando con los pies. 373.
D. Juan de Austria y Felipe II. 377.
Buque acuartelado en invierno en el mar Artico. 396.
Sepulcro de Fernando el VI en las Salesas. 404.

REVISTA

PINTORESCA

1142
19
B3
1-3